



*El secreto de
la Belle Nuit*

Maite R. Ochotorena

El Secreto de La Belle Nuit

El Secreto de La Belle Nuit

Maite R. Ochotorena

Título: El Secreto de la Belle Nuit
copyright © 2014 by Maite R. Ochotorena
Segunda Edición: julio 2015
ISBN:
Depósito Legal:
Cubierta: Paul Caballero Barturén

Quedan rigurosamente prohibidas sin la autorización escrita del titular del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Impreso en España - Printed in Spain

Capítulo 1

Nantes, Francia. 1793.

En medio de la muchedumbre tres hombres se movían al unísono, oculto el rostro bajo negros sombreros de ala ancha. No llamaban la atención, deambulaban sin aparente destino, cada uno por un lado de la angosta calle, acompasados sin embargo sus firmes pasos en un premeditado recorrido a través de los variopintos puestos que inundaban las calles con motivo de la feria artesanal de Nantes; a menudo intercambiaban cómplices miradas de las que nadie se percataba en una tarde festiva como aquella, de modo que, amparados en el ambiente distendido, la algarabía, la marea de visitantes que empachaba la ruidosa villa, en silencio y por separado, fueron avanzando hasta desembocar en una amplia plaza tan abarrotada entre puestos y viandantes que parecía imposible que cupiese un alma más. Al fin se situaron junto a uno de aquellos puestos, rodeados de cerámicas, ungüentos, aromáticas hierbas y oscuros bálsamos, apretados en el caótico desorden...

Abstraída por completo, la pequeña Mireille Jacquenet, perfecta infante aristocrática, con su almidonado vestido de raso azul y sus enguantadas manecitas, su sombrero y sus bucles dorados, contemplaba a su padre con los ojos muy abiertos. Destacaba en el informe tumulto como un zafiro entre las piedras de un río. La niña apretó con fuerza la mano de su madre, Louise Marie Jacquenet, la cual aguardaba impacientemente a su lado a que su esposo se deshiciera de una vez por todas de una incómoda vendedora ambulante empeñada en amargarles el día.

El caballero discutía sin perder los estribos con la mujer, desgreñada y maloliente, pero ni sus buenas maneras ni su porte severo lograban ejercer

influencia alguna en su determinación. La mujerona, desesperada por ganar algún dinero en la feria, no aceptaba un “no” por respuesta, por lo que, lejos de marcharse en busca de otro cliente más predispuesto, se puso de puntillas y empezó a gesticular de forma exagerada, dando manotazos en el aire, todo para hacerse notar y apocar al caballero y a sus atónitas esposa e hija. Sabía que si les incomodaba lo suficiente les obligaría a desprenderse de algunas monedas, así que, pese a la mirada cada vez más encendida del caballero, se mantuvo obstinadamente a su lado, a base de empellones, mientras agitaba en su congestionada cara un bote de cristal con un oscuro líquido en su interior. Jean François Jacquenet trató de mantenerla apartada de sí mismo y de su familia con enérgico desprecio, sin ser consciente de que estaba siendo observado.

Los tres hombres de sombrero negro presenciaron durante unos minutos la escena. Nadie se fijaba en ellos, eran como sombras, sabían moverse con discreción y estaban muy bien adiestrados en el arte de pasar desapercibidos. Aguardaron pacientemente. Todo estaba a su favor. Sopesaron con extremo cuidado la cantidad de gente que rodeaba a la pequeña Mireille, la escasa atención que sus padres le prestaban, entretenidos por la desagradable vendedora... No había soldados cerca. Uno de ellos, de baja estatura, sacó una bolsita de ante por debajo de su capa. Con experto disimulo extrajo de ella un oscuro frasco de cristal y vertió en un pañuelo una parte de su extraño contenido; su dulce perfume se mezcló con la variedad de olores que saturaba el vespertino aire de la plaza. La música alegre de un violín se elevó a lo lejos y una bandada de palomas blancas cruzó por encima de la muchedumbre hacia la torre de una iglesia cercana. Una leve señal y los otros dos cómplices se acercaron subrepticamente a los Jacquenet. Estaban a menos de un metro sin que ellos se hubiesen percatado, listos para actuar.

La vieja vendedora, husmeando la tensión que dominaba a su víctima, redobló aún más sus esfuerzos, esgrimiendo arriba y abajo una mano huesuda y temblona ante su congestionado rostro. De pronto recibió un empujón malencarado del cada vez más molesto caballero, que no estaba dispuesto a soportarla más. La vieja pícara, un tanto intimidada por su inesperada reacción, decidió alejarse, perdiéndose entre la gente. Jean François Jacquenet se volvió entonces hacia su apocada esposa y su hija. Esta última le sonreía llena de admiración.

—No os separéis, queridas —ordenó tomando del brazo a su esposa; no

apartaba los ojos del lugar por donde se había marchado la vendedora, temeroso de que volviera—... No sé por qué he accedido a venir otro año más a esta vulgar feria, desde luego no es sitio adecuado para un caballero y su familia.

—Hemos venido porque sabes lo mucho que disfrutamos tu hija y yo, querido —sonrió más relajada Louise Marie.

Mireille discrepaba en grado sumo de la opinión de su padre acerca de la feria, y coincidía mucho más con el gusto de su madre. Por su parte estaba encantada de encontrarse allí, lejos de su monótona existencia y de la asfixiante superioridad de sus tres hermanas. Miró alrededor, menos aturdida que sus padres ante la variedad de gentes que les rodeaba. Le gustaba ir a la feria cada año, aspirar los intensos olores, a especias, frutas, perfumes... deleitarse con aquel apabullante colorido... había más vida en aquella concurrida plaza de la que ella jamás podría experimentar en la fría rigidez de su opulento hogar. La mano de su madre oprimía con fuerza la suya, menuda y frágil.

—Mamá, ¡mira qué telas tan bonitas! —exclamó entusiasmada.

Mireille se soltó involuntariamente de la férrea mano de su madre. Unos preciosos pañuelos de seda italiana colgaban mostrando sus intensos colores en un pequeño puesto de tela al peso, y ella ansiaba tocarlos, verlos de cerca. Sin darse cuenta se vio zarandeada por la multitud, que no paraba en su incesante ir y venir. En medio del tropel de curiosos que circulaba alrededor pronto se vio separada y sola. Uno de los tres hombres de sombrero negro se colocó de pronto a su lado. Mireille alzó los ojos hacia él, pero sólo vio un fulgor siniestro en su mirada.

Louise Marie se volvió en cuanto percibió que su hija se soltaba de su mano y empezó a llamarla. Al principio aún adivinó entre la gente, muy cerca, el coqueto sombrero azul con que Mireille cubría sus rubias caracolas, pero de pronto la perdió de vista y asustada se volvió hacia su molesto marido; había demasiada confusión alrededor.

—¡Mireille! —chilló poniéndose de puntillas para atisbar por encima del gentío—. Jean-François, no encuentro a Mireille... ¿tú la ves?

Capítulo 2

Velas aromáticas ardían en la habitación de Sara Salazar, como si el suave aroma de sus llamas fuera a extinguir el de la muerte. Eso era imposible, porque ella, enferma desde hacía más de tres meses, estaba a punto de expirar, y ni las velas, ni los deseos, nada que pudiera venir de la mano del hombre, alejaría la negra sombra de la muerte de su lado. Tendida boca arriba respiraba despacio, los labios agrietados, los ojos hundidos, sin brillo, la piel cenicienta. A su lado Milena velaba aturdida, incapaz de aceptar que su madre pronto perecería. La joven sujetaba la mano gélida de Sara entre las suyas, tan cálidas, tan llenas de vida, como tratando de transmitirle algo de su calor, de su juventud, de su fuerza. Llevaba así desde aquella mañana, cuando el cura había acudido para darle a la moribunda la extremaunción; se negaba a creer que al fin había llegado el momento de la despedida.

Milena no lloraba, pero en su corazón se libraba una batalla desgarradora entre su fe y sus anhelos, una lucha que estaba a punto de perder y que consumía su entereza del mismo modo en que la enfermedad había devorado la salud de su madre. No se atrevía a mirarla por temor a descubrir que ya no respiraba, y tampoco se atrevía a abandonarla por miedo a que se fuera en su ausencia.

Llamaron a la puerta quedamente y enseguida se asomó Benjamin Rembrandt, abogado y amigo de la familia desde que ella tenía uso de razón.

—Señorita Milena —susurró con aparente serenidad—, ¿estáis bien?

—Pasad Rembrandt —repuso la muchacha con un cálido ademán—, ella os llamaba sin cesar, creo que quiere decirnos algo antes de...

No pudo continuar; las palabras se negaron a salir de sus labios temblorosos,

como si al pronunciarlas fuesen a atraer aún más a la muerte, cuya presencia era patente en toda la habitación; la notaba impregnada en el aire, en las sombras vacilantes, en el silencio.

Rembrandt entró y besó a Milena en la mejilla. Cuando ella se abrazó a él buscando consuelo no trató de apartarla, sino que se limitó a suspirar profundamente, hasta que la joven se retiró y le dejó a solas con su madre. Él se acercó y la contempló entristecido; no reconocía en ella a la hermosa mujer que había sido, no quedaba vestigio alguno de su auténtico espíritu, de su elegancia, de su mirada soñadora, nada... Y sin embargo era Sara Salazar. Estaba a punto de perderla para siempre.

Se sentó en el lugar que acababa de abandonar Milena y tomó la mano de Sara con delicadeza, como si fuera a romperse. Ella al principio no pareció advertir su presencia. Al rato abrió los ojos y le miró con intensidad. Trataba de decir algo, pero las fuerzas no le alcanzaban. Rembrandt tuvo que inclinarse para escucharla mejor; tras varios intentos ininteligibles las palabras brotaron de sus labios exangües en forma de susurros entrecortados.

—Benjamin —una lágrima se deslizó por su mejilla demacrada—, quería verte...

—Sara, he venido en cuanto he podido...

—No, deja que te diga esto, o no podré hacerlo ya... Siento la muerte tan cerca...

—Sara, no...

Un silencio breve se mantuvo entre ambos, íntimamente instalado entre sus corazones.

—No dejes que él le haga daño a Gael...

—¿Él?

Rembrandt no acertaba a comprender lo que ella quería decirle. Quizás la proximidad de la muerte afectaba a sus facultades mentales y estaba divagando, pero algo en la expresión de su rostro le hizo entender que estaba perfectamente lúcida.

—Él, él le hará daño... No lo permitas...

Asintió desconcertado. Oprimió la mano de ella. Le intrigaban sus enigmáticas palabras, y no imaginaba ni remotamente por qué temía por su hijo menor.

—Prométeme que cuidarás de mis hijos —rogó ella haciendo un gran esfuerzo para expresarse—, Benjamin, prométeme que cuidarás de Gael...

¿Lo harás?

—Lo prometo, Sara, te lo prometo —aseguró emocionado.

Una pausa permitió a la enferma recuperar algo de la fuerza que necesitaba para continuar. Miraba ahora al vacío, a algún punto perdido en el espacio, y su mano perdió firmeza entre las de Rembrandt. Se marchaba.

—Ya nos hemos despedido... —dijo al fin—. En otro momento, ya lo hicimos, no digas nada ahora... No llores por mí, no llores...

Rembrandt contenía a duras penas el dolor, deseaba con toda su alma complacerla hasta el final, abrazarla y llorar sobre su pecho, pero se contuvo, porque sabía que ella lo prefería así. Desde el respeto profundo que siempre le había profesado se quedó sentado, sosteniendo su mano hasta que la vida la abandonó, hasta que horrorizado la vio cerrar los ojos y dejar de respirar. Las velas se agitaron levemente y su dulce aroma pareció llenar la estancia repentinamente, como si alguien acabara de encenderlas.

Capítulo 3

El padre Matías contemplaba a Edouard compasivo; no sabía qué decirle acerca del tema que estaban tratando. Sólo estaba seguro de que no debían retrasar mucho más el entierro de Sara Salazar. El joven se mostraba enfadado y preocupado al mismo tiempo, y con razón, puesto que su padre, Grégoire Dubois, hacía semanas que debía haber regresado de su finca en Beaune; era su obligación estar al lado de su esposa, acompañarla en sus últimas horas, velar por sus hijos... Sin embargo, a pesar de las reiteradas veces que le había escrito rogándole que acudiera en aquellos días tan dolorosos, no había dado señales de vida; ni una sola nota, nada. Eso era lo que enfurecía a Edouard. El padre Matías era del parecer de que un hombre se debe a su familia por encima de todo, por encima incluso de sus deberes patrimoniales. ¿No era mucho más digno y honorable regresar con los suyos a tiempo y acompañar a su esposa en los últimos días de su vida?

La otra cuestión que debatían era si debían esperar su regreso o no. Milena, la hermana de Edouard, de veinticinco años de edad, había discutido varias veces con su hermano sobre aquel delicado tema; ella era partidaria de esperar a su padre; estaba convencida de que iba a regresar a tiempo, de que no pretendía ignorarles, y aborrecía la sola idea de officiar el funeral sin su presencia. En resumidas cuentas, se negaba a seguir discutiendo aquel delicado asunto. Edouard, a pesar de su actitud de obstinado silencio, defendía con fervor que no iba a volver; no había dado muestras de tener intención de hacerlo, no había respondido a ninguno de sus mensajes... ¿Qué podían esperar?

El joven caballero se volvió hacia el cura y fijó en él unos ojos enrojecidos, tan cargados de pesar, que si no hubiese sido por la entereza que le caracterizaba habría derramado allí mismo amargas lágrimas. Suspiró entrecortadamente y al fin se sentó, la mano en la frente, cabizbajo. Al cabo de un rato pareció recobrase lo suficiente como para poder expresarse sin emocionarse demasiado, y habló con esforzada calma.

—Sé que me ganaré la furia de mi hermana. Milena no entiende los motivos que nos obligan a celebrar el funeral antes de que acabe la semana...

—Ella cree que su padre volverá antes, lo sé —intervino el padre Matías conciliador.

—Entonces, bajo esa prerrogativa, no habrá problema para fijar la fecha —arguyó el joven convencido—. Si es como ella asegura, mi padre estará aquí a tiempo, el día en que vos oficiéis el entierro, ¿qué diferencia hay?

—Si no ocurre así, la señorita Milena os lo recriminará una y mil veces.

—Sí, lo sé... vaya si lo sé... La conozco bien —Edouard frotó ambas manos sobre la pernera de sus pantalones, nervioso—. Pero acabo de tomar una decisión.

—Entiendo.

—Según vos deberíamos enterrar a mi madre el viernes. Bien —Edouard se volvió hacia la ventana como si buscara una señal de que obraba correctamente—, pues el viernes será, esté o no mi padre.

—Rezaré para que él llegue a tiempo, señor. Nada me gustaría más que celebrar el funeral con la familia Salazar reunida al completo. Sara lo merecía, en realidad... hubiera merecido otro final, pero en fin... El Señor seguramente tenía otros planes para ella.

Edouard no respondió; últimamente su fe en Dios flaqueaba peligrosamente. Se cuestionaba muchas cosas, entre ellas las razones que el sacerdote argüía defendiendo que Dios era el único que podía otorgar el derecho a la vida o favorecer la muerte... Si Sara hubiese sanado, según planteaba el padre Matías, hubiese sido gracias a Dios, pero había fallecido, lo cual sin duda respondía a los designios del Señor, siempre en aras de un plan maestro que ellos, simples mortales, no estaban en disposición de comprender en toda su grandeza. Edouard rechazaba tales argumentos, sobre todo cuando su madre había sufrido postrada en la cama con la espalda llena de llagas durante tres largos meses de agonía.

—Señor, sé que en estos momentos tenéis muchas dudas, pero dejadme

ayudaros; ahora más que nunca necesitáis mi apoyo, debéis volcar vuestro dolor en la Iglesia, porque Él es misericordioso y de su palabra os llegará el consuelo. No os alejéis de Él, Edouard, y no dejéis que vuestros hermanos lo hagan... Si me lo permitís, tengo la intención de ir a visitaros a menudo, quisiera llevaros todo el calor que mis oraciones os puedan dar, para que la herida que se ha abierto en vuestros corazones sane cuanto antes.

—Gracias padre... Vos siempre tenéis la puerta abierta —repuso el joven a pesar de sus dudas. Le debía respeto en atención a la sincera preocupación que demostraba—. Mientras mi madre agonizaba —continuó entonces en voz baja—, devorada por una enfermedad desconocida que consumió sus fuerzas, su mente y su alma durante tanto tiempo, tenía ganas de...

—Edouard...

—Padre, no... No entiendo por qué, qué había hecho ella para que Dios la castigara con semejante sufrimiento. Me hubiera cambiado por ella una y mil veces, con tal de no verla padecer como lo hacía.

—No debéis torturaros. La aceptación es el único camino. Sara está ahora en el cielo.

Edouard calló. No tenía ganas de continuar con aquella conversación, envenenada por un grave resentimiento. El pesar estaba demasiado vivo todavía. Además, ahora que había tomado una resolución ya nada le retenía en la parroquia. Podía marcharse.

El padre Matías se dio cuenta de que se disponía a dejarle, y se levantó al mismo tiempo que él, sin añadir nada más. Le acompañó hasta la puerta y le vio salir cabizbajo, agobiado por los acontecimientos.

Fuera el cielo plomizo ensombrecía la tarde cubriéndolo todo con su mortecina luz otoñal; el viento soplaba gélido del norte, agitaba sobre ellos las desnudas ramas de los árboles que rodeaban la parroquia; también anunciaba la inminente llegada del invierno. Cuando Edouard montó a caballo y tomó la carretera, cabalgó hacia el norte, en lugar de hacerlo hacia Lyon, donde estaba su hogar; pensaba hacer cuanto pudiera para lograr que su hermana tuviera la razón en aquella disputa. Para ello sólo tenía que personarse en la finca que su padre poseía en Beaune, enfrentarse a él y obligarle a regresar a tiempo para el entierro. Dubois no había respondido a sus mensajes, pero sería incapaz de faltar al funeral si él se lo pedía en persona.

La finca no estaba demasiado lejos, y aunque la tarde estaba ya muy

avanzada y pronto se haría de noche Edouard no temía la oscuridad y conocía bien el camino. Espoleó a su montura con determinación imaginando qué diría su padre cuando le viera. ¿Qué explicación le daría? De cualquier modo nada apaciguaría su enfado, pues seguía pensando que una simple nota no era demasiado pedir.

Beaune era un lugar apacible situado al pie de las colinas borgoñonas, al abrigo del viento que soplaba desde las lejanas cumbres de las montañas del norte en invierno. Edouard había pasado largas temporadas en esa región cuando era pequeño, sin embargo, sus recuerdos del lugar eran vagos e imprecisos. Su padre le llevaba con él de vez en cuando, en apariencia con idea de disfrutar de unos días en su compañía, pero Edouard recordaba bien que en realidad sólo lo hacía para aparentar ser un hombre de familia ante la sociedad. Invariablemente el trabajo acababa absorbiéndole de tal forma que no pasaban juntos más de dos horas en total. Para él Grégoire Dubois constituía un misterio, un hombre reservado y extraño, constantemente ausente. Durante todo el trayecto hasta la finca Edouard trató de recuperar algún recuerdo que le hiciera sentir apego por él; sin embargo no encontró nada, y eso le llenó de tristeza.

Bien entrada la noche atravesó un viejo puente de madera que daba entrada a la finca y enfiló un ancho camino de tierra a través de un bosquecillo de viejos robles. La oscuridad hacía rato que dominaba el entorno, circunstancia que no le impidió reconocer la casa de su padre a escasa distancia, al pie de una loma. El corazón latió en su pecho a gran velocidad cuando por fin alcanzó la sobria entrada del edificio y desmontó. Estaba helado de frío. Corrió hacia la puerta y la aporreó con fuerza; se preguntaba si sería una hora demasiado tardía para llamar. Luego recordó que su padre nunca se acostaba hasta altas horas de la noche, y por último concluyó que no le importaba si le molestaba. Tenía sobradas razones para presentarse de madrugada.

Empezó a llover. Edouard aún tuvo que insistir dos veces antes de que un hombre anciano le abriera la puerta con gesto hosco. Llevaba una vela y le miraba de arriba abajo sin reconocerle. Era Maxime, el hombre que cuidaba la casa desde que su padre adquiriera la propiedad.

—¿Qué deseáis? —inquirió de mal talante, sin dejarle entrar.

—Maxime, soy Edouard Salazar, he venido a buscar a mi padre.

El viejo se quedó callado lo que a Edouard le pareció una eternidad, hasta que al fin una luz debió encenderse en su memoria y cayó en la cuenta de que era

el hijo de su amo. Para entonces la lluvia se derramaba sobre él torrencialmente. Edouard estaba empapado.

—Oh, el hijo del señor Dubois —murmuró entre dientes—, pasad, pero no le encontraréis aquí.

Maxime se hizo a un lado y Edouard entró al recibidor, entre aliviado y pasmado al oír aquellas palabras. Se detuvo en seco, incrédulo.

—¿Cómo?

—El señor salió ayer y dijo que no regresaría antes de una semana.

—¿Recibió mis cartas? —preguntó Edouard sin saber cómo reaccionar ante aquella fatal noticia—. ¿Sabe ya que mi madre... que su esposa ha fallecido?

Maxime calló, pálido y avergonzado. Bajó la vista y cerró la puerta, para evitar que se colara el helado viento nocturno y la lluvia.

—Sí señor, recibí todas vuestras cartas... Yo mismo se las entregué. Pero como sabéis, sus obligaciones...

—¿Obligaciones? —rugió Edouard exasperado. Sin duda sabía que el entierro se llevaría a cabo aquella semana. Odiaba tener tanta razón—.

Maxime, ¿estáis seguro de que hoy no volverá, o mañana?

—Sí señor, lo lamento...

—Ésta es una pésima noticia...

—Puedo disponer una habitación para vos, señor. No deberíais quedaros con esas ropas mojadas.

Edouard temblaba de furia. No se le había pasado por la cabeza que su padre no fuera a estar allí, que se negara a acompañarle, sí, pero que ni siquiera tuviera la oportunidad de hablar con él... superaba sus peores temores.

—No me quedaré Maxime, nada me retiene aquí —hablaba más para sí mismo que con el anciano, cuya turbación era evidente—. Decidle a mi padre a su regreso que he venido. El funeral de mi... de la señora Salazar se oficiará este viernes.

—Siento mucho vuestra pérdida señor, ¿puedo hacer algo por vos?

—Me temo que no —repuso el joven poniendo una mano en el hombro encorvado del viejo—. Despedidme de él, y decidle sólo que hemos lamentado muchísimo no haber recibido noticias suyas.

—Así lo haré, señor.

No esperó más. Ciego de rabia salió de la casa como una exhalación, montó a caballo en medio de la lluvia y se perdió en la oscuridad de la noche. El anciano mayordomo se quedó mirando hacia el camino por el que había

desaparecido y se santiguó meneando la cabeza con afectación.

Capítulo 4

La lluvia continuaba cayendo sobre Lyon a las seis de aquella triste tarde del viernes; empapaba el camino empedrado que seguía la comitiva funeraria en dirección al cementerio. Edouard caminaba junto a su hermana a pocos metros del coche que trasladaba los restos mortales de su madre. Milena se apretó contra él bajo el paraguas que les protegía de la lluvia, serena y pálida, pero temblorosa. Tras ellos lloriqueaba su desconsolado hermano pequeño, Gael, oculto el rostro infantil en las faldas de Estela, su doncella, y por último un pequeño grupo de amigos cerraba la silenciosa marcha.

Edouard, vestido de luto para la ocasión, miró de soslayo a su compungida hermana, cuyo enfado no había desaparecido. La comisura de sus labios apretados en un gesto contrariado contrastaba con la delicadeza de su apariencia. Estaba molesta porque continuaba creyendo que deberían haber esperado el regreso de su padre, en vez de officiar el entierro sin él; habían discutido por aquel motivo, sin que Milena alcanzara a entender por qué él se empeñaba en afirmar que su padre no sólo no llegaría a tiempo, sino que no iba a presentarse. ¿Cómo podía pensar así de su propio padre? Era cierto que siempre estaba ausente, siempre de viaje, eternamente retenido por asuntos de vital importancia... sin embargo, no era menos cierto que la muerte de su esposa, sin lugar a dudas, debía constituir un asunto lo suficientemente grave como para hacerle volver a casa, con su familia. La joven se empeñaba en que si hubiesen retrasado el entierro tan sólo un día o dos, él habría regresado a tiempo. Edouard le había relatado lo ocurrido, cómo había viajado hasta Beaune con la intención de encontrarse allí con su padre y regresar con él a

tiempo para el funeral, el modo en que se habían frustrado sus planes... Aun ante tan revelador suceso ella no había querido escucharle; se empeñaba en que ese viaje era fruto de un imprevisto y afirmaba que Maxime seguramente se había equivocado al afirmar que estaría ausente una semana.

Ahora iban al cementerio, bajo aquella lluvia torrencial, separados como nunca antes lo habían estado aunque caminaran muy juntos. Edouard trataba de convencerse a sí mismo de que había hecho lo correcto; disponer un funeral en condiciones, despedir a su madre dentro del seno de la Iglesia, orar para que su alma alcanzara un lugar en el cielo... Y hacerlo sin atreverse a esperar que su padre se dignara dejar de lado sus quehaceres, cualesquiera que fueran, para estar con ellos en aquellos momentos de dolor. ¿Se le podía censurar por ello? Las lágrimas de su hermana le castigaban más que su propia conciencia. No podía demostrar lo que él sabía sobre la auténtica personalidad de Grégoire Dubois más que con los hechos; cuando transcurrieran los días sin que apareciera, cuando fuese patente su descastada forma de obrar.

El coche fúnebre describió una curva justo antes de entrar en el cementerio y enfilar hacia el panteón familiar que acogía los restos mortales de toda la familia Dubois, el lugar donde descansaría para siempre Sara Salazar. Sara, de origen español, mujer inteligente, introvertida y dulce, tan distante en ocasiones como cariñosa y protectora el resto del tiempo; demasiado frágil...

La comitiva se detuvo frente al panteón. El ataúd fue trasladado al interior y el reverendo Matías les hizo señas de que se acercaran, pues iba a dar comienzo la liturgia. Milena no lloraba ahora, ni derramaría lágrima alguna después y Edouard no dejaba de torturarse pensando que tardaría en perdonarle. Rodeado de toda aquella gente, se sentía más solo que nunca, el panegírico del reverendo se tornaba ininteligible en sus oídos, se perdía en un murmullo sin sentido al que no podía prestar atención, porque la tensión del momento le superaba. La lluvia ensombrecía el cementerio del mismo modo que la frialdad de Milena el alma de Edouard.

Sumido en agoreras reflexiones apenas prestó atención a Gael, que se había apartado de Estela y deslizaba su pequeña mano entumecida en la suya, más cálida, buscando el consuelo que no encontraba en la doncella. El pequeño estaba desorientado, no comprendía la repentina ausencia de su madre y miraba a Edouard asustado. Los tres hermanos soportaron así aquellos momentos, con el corazón desgarrado, temerosos ante un futuro incierto, muy

solos, a pesar de estar rodeados de amigos.

El mal tiempo no cesó en la hora que duró la ceremonia. Los allí reunidos lanzaban contrariadas miradas al cielo, tosiendo algunos, farfullando otros por lo bajo, aunque todos compadecían la suerte de los Salazar y soportaban el frío y la humedad en deferencia a ellos.

Sara Salazar había sido apreciada en vida como una mujer recta, de gran corazón y conducta intachable, aunque no fuera francesa. Sus tres hijos habían heredado sus buenas maneras, la nobleza y honestidad que siempre habían acompañado al apellido Salazar, y por ello también eran reconocidos y considerados. Sin duda la muerte de Sara había conmocionado a cuantos la habían conocido. Las negras nubes que cubrían el cementerio sólo atestiguaban la tragedia y daban un tono acorde con la pena que nublaba los corazones de los allí presentes.

Gael miró a sus hermanos todo el rato porque no se atrevía a dirigir los ojos hacia el ataúd donde reposaban los restos de su madre; en su infantil entendimiento, si lo hacía, sería esa imagen triste la que conservaría en el recuerdo, mientras que si mantenía la vista apartada sería su ternura, su belleza, lo que perduraría en su memoria, viva para siempre... ¿Estaba muerta realmente si no la veía así?

El regreso a casa fue largo y pesado. Milena se limitó a mirar por la ventanilla del carruaje durante todo el trayecto, muda, acusadora, distante... llena de reproche. Los tres hermanos habían recibido el pésame de tanta gente que habían perdido la cuenta y la conciencia de quiénes eran los que se acercaban a presentarles sus condolencias, hasta que simplemente habían optado por dejar transcurrir el tiempo, como muñecos animados que repiten mecánicamente las mismas palabras una y otra vez. El reverendo Matías les había abrazado antes de despedirse, nervioso y poco acertado en su torpe intento de consolarles. Todo lo demás era un recuerdo borroso y confuso que cada uno a su manera esperaba olvidar lo antes posible. Sólo querían llegar a casa y llorar a solas... El recorrido por la carretera calmaba en cierto modo la ansiedad que dominaba el ánimo de Edouard, cuyo malestar se había convertido en ira en la última media hora. Acariciaba los revueltos cabellos de Gael mientras rumiaba la desfachatez de su padre... Apretó los puños y echó un vistazo por la ventanilla. Atravesaban una cuidada arboleda que bordeaba el camino de entrada a la propiedad familiar. Desde allí, el coche no tardó en llegar a la casa; se detuvo suavemente frente a la escalinata de la

entrada. Gael se despertó desorientado, pues se había quedado dormido sobre el regazo de su hermano.

—Milena... —murmuró suavemente Edouard. Extendió la mano hacia ella. Pero la joven le ignoró premeditadamente. Abrió la portezuela y sin atenderle rechazó el paraguas abierto que le ofrecía para protegerla de la intensa lluvia; salió a la carrera en busca del seguro refugio de su casa. Gael saltó tras ella y la siguió corriendo con cierta torpeza, mientras la llamaba inútilmente para que le esperase. Edouard suspiró y salió también él, despacio, como en una pesadilla.

Capítulo 5

Por la mañana los fantasmas suelen desvanecerse, arrastrados por la luz del nuevo día; las sombras se baten en retirada, se llevan con ellas los miedos, los malos presagios... Por eso cuando Edouard bajó a desayunar lo hizo con un estado de ánimo mucho más sosegado; estaba de nuevo esperanzado. Tras haber pasado la noche en vela, atormentado por las circunstancias que atenazaban a su familia, el amanecer había desterrado la angustia. Ahora animaba su rostro con una expresión serena. Lucía una hermosa mañana de otoño; cuando entró al comedor los rayos del sol iluminaban la estancia, bañando a su hermana y al pequeño Gael en un aura dulce y cálida. Se quedó parado en el umbral, extasiado. Contempló con una medio sonrisa aquella escena familiar... en la que sólo faltaba su madre.

Milena sorbía distraída un vaso de zumo mientras Gael, de diez años, jugueteaba a su lado con los cubiertos, muy próximo. Desde que faltaba su madre buscaba el calor de sus hermanos, empeñándose en permanecer el mayor tiempo posible pegado a ellos. A Edouard aquel gesto inconsciente le inspiraba ternura, pero a Milena últimamente le irritaba sobremanera. La joven no estaba comportándose como solía hacerlo; lejos de mostrar su habitual buen humor, de ofrecer la calidez de su espíritu, expulsaba un agrio carácter impropio de ella.

—Gael, tienes tu sitio, ¿no puedes dejarme desayunar tranquila? No puedo ni mover los brazos...

—Buenos días —saludó Edouard sonriendo—, ¿habéis visto qué mañana tan buena? Se me ha ocurrido que podríamos dar un paseo los tres, como

hacíamos antes...

—Antes éramos cuatro Edouard —espetó Milena sin mirarle— ... no sería lo mismo.

—A mí me gusta la idea...

—Pero tu opinión no cuenta, Gael, eres el más pequeño y aún no tienes poder de decisión.

Edouard suspiró profundamente. No quería ser víctima del mal talante de su hermana. Estaba rabiosa, y buscaba cualquier pretexto para poder discutir; era como un polvorín. Se sentó tranquilamente frente a ella; de inmediato Gael optó por cambiar su sitio, enfadado.

—Gael, déjanos a solas, por favor —susurró Edouard apoyando la mano en la nuca de su hermano cuando éste estuvo a su lado.

—Aún no he acabado de desayunar... —protestó él haciendo una mueca. Pero el gesto de Edouard no dejaba espacio para la alternativa, así que, sumiso, se levantó y abandonó el comedor.

Cuando el pequeño hubo salido un silencio incómodo y prolongado se instaló entre los dos hermanos mayores. Milena hacía como si no se diera cuenta de nada, y Edouard aguardaba a que ella diera el primer paso; esperaba una señal, un signo de que existía alguna brecha, por pequeña que fuese, en aquella coraza de hielo con que la muchacha había protegido su corazón. Sin embargo la obstinación de la joven quedaba patente en cada uno de sus gestos. Al final Edouard tuvo que aceptar que no iba a dar el primer paso hacia la reconciliación; tuvo que recurrir a toda su entereza para que al hablar su voz no sonara alterada. Milena mantenía la vista en la ventana, con la mirada perdida en algún punto remoto del paisaje, una mirada fría y distante. Edouard estaba convencido de que fingiría no escucharle. ¿Por dónde empezar? ¿Cómo romper las barreras?

—Aún no entiendo por qué no has querido esperar el regreso de nuestro padre, Edouard... —soltó de repente la muchacha sin volverse.

Aquellas palabras le tomaron por sorpresa, después de todo había tomado la iniciativa. No pudo evitar una medio sonrisa; la gravedad y el resentimiento que acompañaba la compostura de Milena, que no quería mirarle, no mitigó la honda satisfacción que le embaucó.

—La verdad... es que ya no sé cómo explicártelo para que comprendas mi forma de proceder —Edouard sopesó sus palabras dubitativo. Deseaba acertar al decir lo que quería expresar—, sin herir tus sentimientos.

—Pues inténtalo, te lo ruego. “Necesito” una explicación, papá vendrá con toda seguridad hoy o mañana... ¿qué crees que pensará, cómo se sentirá cuando descubra que mamá ya ha sido enterrada... que no podrá despedirse de ella?

Un suspiro contenido agitó su pecho, pero las lágrimas no asomaron a sus ojos acusadores. Continuaba sin mirarle.

—Ya te lo expliqué. ¡Fui a buscarle a Beaune y se había ausentado por una semana! La razón por la que no le he esperado, es que, evidentemente, no va a venir. Milena —susurró Edouard con dulzura— ...papá no vendrá. Le escribí ya hace muchas semanas, muchas veces, advirtiéndole de la gravedad de la enfermedad de mamá. Sabía de sobra que la estábamos perdiendo... ¿Acaso se ha dignado responder? Una sola nota hubiera significado mucho, aunque fuera para excusar su presencia en momentos tan delicados... No lo sé, ya hemos mantenido esta misma conversación tantas veces que empiezo a perder de vista el motivo. ¿No es suficiente prueba de cuanto afirmo el hecho de que haya avisado de que se marchaba de viaje por “una semana”?

—Sin duda habrá alguna razón de peso que le ha impedido venir, e incluso escribirnos —le defendió ella—. ¿Cómo sabes que no le ha sucedido algo grave? ¿O que en sus planes cuando se fue de viaje no incluía venir aquí?

—¡Aunque así fuese! Milena... Estás siendo muy testaruda. Te ciega la pérdida de mamá. ¿Qué puede haberle mantenido apartado de su familia, del lecho de su esposa moribunda, de sus hijos... hasta ahora? —arguyó él lleno de rabia, conteniendo una respuesta que conocía demasiado bien. Aspiró con fuerza y trató de calmarse. Milena sólo había visto un lado del complicado carácter de su padre, el rostro amable que él había jugado a mostrarle con tal de embaucarla. Él en cambio había sufrido su egoísmo, su total despego por su familia—. Milena, la única verdad es que papá nunca nos ha tenido en cuenta, ni lo hará en el futuro más de lo que lo ha hecho hasta ahora.

El silencio de su hermana era gélido. Por fin algunas lágrimas se deslizaron por sus mejillas. Volvió el rostro para ocultarlas.

—Dentro de unos días, una semana... un mes —explicó Edouard extendiendo la mano hacia ella con gesto conciliador— ...cuando veas que no aparece, tendrás la prueba de lo que te digo. Él no vendrá, ni escribirá una sola letra, no llamará. Nos dará la espalda, como ha hecho siempre... Y si no es así, será por algún motivo egoísta... Cuando eso ocurra... y estés dispuesta a escuchar, podremos seguir adelante. Es necesario que comprendas que estamos solos,

los tres, para que podamos empezar de nuevo. Recuerda que tanto Gael como yo también estamos sufriendo, lo mismo que tú. Te necesitamos, Milena...

Algo cambió en la actitud de la joven. Fijó sus ojos en él. En vez de reproche había miedo en ellos, los labios le temblaban trémulos, le necesitaba, pedía a gritos consuelo. A pesar de su enfado Edouard era su hermano y le adoraba. En el fondo, la duda hacía tiempo que había anidado en su corazón, e intuía algo de verdad en las palabras del joven. Por eso puso su mano helada en la de él; por eso cuando él se levantó y rodeó la mesa para abrazarla estalló en sollozos y se dejó llevar por el dolor.

—Perdón señor... —Rafael entró en el comedor visiblemente turbado por interrumpir la escena. El señor Rembrandt acaba de llegar y solicita una entrevista con vos. Dice que no puede esperar...

Edouard se mostró preocupado. Besó a su hermana en la frente y se levantó despacio, aún emocionado. No esperaba la visita del abogado de la familia. La voz no le salía y su mano parecía negarse a soltar la de Milena.

—¿Le hago pasar a vuestro despacho? —se adelantó Rafael comprensivo.

—Gracias Rafael —murmuró al fin con la voz rasgada—. Dile que iré enseguida.

Ahora que había logrado una pequeña tregua en la sorda batalla que mantenía con su hermana, se sentía inclinado a permanecer a su lado. Dejarla a solas con su pena justo entonces podía suponer un paso atrás, y él deseaba tanto recuperarla...

—Ve Edouard. No te preocupes por mí, estaré bien, te lo prometo.

La joven apretó su mano con ternura antes de soltarle con una medio sonrisa. Iré a buscar a Gael y daremos ese paseo... Tenías razón, hace una mañana preciosa.

Él asintió en silencio, la besó de nuevo y salió tras Rafael. No se sentía de humor para afrontar aquella entrevista con el abogado, por mucho aprecio que le tuviera; pero si se trataba de algo urgente debía atenderle. Se lo debía. Rembrandt siempre se había portado bien, e incluso le había ofrecido un puesto en su despacho al finalizar él sus estudios en la universidad de derecho. De momento no había aceptado su oferta, no quería volcarse en una profesión tan absorbente cuando su familia atravesaba momentos tan complicados. Sus hermanos le necesitaban al cien por cien. Por eso dejar a su hermana le costó tanto. Se giró al salir para ver qué hacía. Estaba ensimismada en sus pensamientos, más tranquila, apaciguada su rabia. Eso le

tranquilizó.

Hacía tiempo que no veía a Rembrandt, concretamente desde hacía un mes. Le esperaba en la biblioteca, ensimismado en la lectura de unos documentos. Rafael se había ocupado ya de encender el fuego y de servirle una copa de coñac. Sentado en una butaca junto a la chimenea aguardaba pacientemente.

—Rembrandt... —saludó Edouard con amabilidad extendiendo una mano franca hacia él—. ¿Sucede algo grave? No esperaba veros hasta nuestra próxima cita la semana que viene.

—Lo siento... Ante todo quisiera daros mi más sentido pésame. Ésta es sin duda una de las razones que me ha traído hasta aquí antes de tiempo, la más importante, claro... Me hubiese gustado tanto asistir al funeral... —Rembrandt se había levantado y la sinceridad de su afecto emanaba de toda su noble persona—. Lamento no haber podido acompañaros profundamente... Pero el otro asunto que me ha traído hoy aquí me retuvo más de la cuenta... Rembrandt parecía más nervioso que nunca. Miró al suelo dubitativo.

—Os escucho... Pero tomad un trago, creo que lo necesitáis más que yo. Edouard cerró la puerta y se preparó una copa de coñac para acompañarle. Luego se sentó a su vez, y con calculada paciencia, aguardó a que el hombre se decidiera por sí mismo a hablar.

—Veréis Edouard... —dijo al fin tras dar un breve sorbo a su copa—. Os conozco desde el día en que nacisteis, he sido amigo de esta familia durante mucho tiempo, y... no podría, no quisiera, cometer un error, inmiscuirme en vuestras vidas más allá de lo necesario. Sin embargo, tuve una conversación con vuestra madre que...

—¿Conversación sobre qué?

—Acercas de Gael... Bueno, no fue exactamente una conversación, más bien me hizo una advertencia...

Edouard guardó silencio y el abogado tomó aire, como si le costara superar aquellos momentos delicados. El joven se levantó y miró por la ventana, hacia el patio, donde su hermana paseaba con Gael de la mano.

—Sé que son momentos difíciles, no es que pretenda hacerlos aún más complicados. Pero debo hablaros de esto. Como os decía a pesar de mi torpeza... aunque vuestra madre estaba a punto de expirar, su mente demostraba una perfecta lucidez... cuando me rogó... que vigilara a vuestro hermano —Rembrandt dio esta vez un largo trago a su copa y apuró todo el coñac de un golpe—. Quizás es demasiado...

—¿Qué queréis decir? Por el amor de Dios, Rembrandt, seguramente quiso pedirnos que os ocuparais de él, como de hecho habéis venido haciendo hasta ahora... ¡Habéis demostrado mucho más compromiso que nuestro propio padre! —una pena inmensa ahogó su corazón en un puño. Contempló absorto la figura esbelta de su hermana mientras se alejaba por el sendero que discurría junto al río que bordeaba la finca; su gracilidad, casi le parecía que flotara en el aire... como si no estuviera realmente allí, como si fuese más una aparición de otro mundo—. No creáis que no os agradezco vuestras muestras de cariño hacia esta familia, sé muy bien cuánto habéis hecho por nosotros... Rembrandt —continuó volviéndose hacia él con semblante sombrío—, seguramente, debido a la gravedad y al carácter triste del momento distéis un significado equivocado al deseo de mi madre.

—No, no lo comprendéis. Me dijo expresamente que vuestro padre le haría daño a Gael, y me hizo prometer que haría lo imposible por evitarlo. Lo siento, yo...

Un silencio sepulcral se adueñó de la biblioteca. Ambos miraron en dirección al jardín. Milena y Gael desaparecían entre los árboles, ajenos a todo.

—Deberíais vigilarle de cerca, Edouard —suspiró tristemente Rembrandt—, porque temo por él. Estoy seguro... convencido, de que vuestra madre me estaba “advirtiendo”. La conocía muy bien, y sé que algún peligro amenaza a vuestro hermano... Por favor, debéis escucharme, tenedlo en cuenta, os lo ruego... Ya veis, en lugar de traeros sosiego vengo a remover vuestro dolor, y me siento fatal por ello, creedme.

—Desde aquí parece tan... serena. ¿No? Es esa serenidad la que asusta. A veces uno la contempla, habla con ella y no sabría decir si está entre nosotros realmente... —Edouard hablaba más para sí mismo que con Rembrandt. Sacudió los hombros como queriendo alejar aquellas ideas de su mente—. Está bien, lo tendré en cuenta, por deferencia a vos... Y ahora, ¿podéis decirme en qué situación estamos?

—Milena es fuerte, Edouard. Estoy convencido de que lo superará todo. Además, tiene un gran apoyo en vos. No es como vuestra madre, en extremo sensible... Ella tiene vuestro coraje, aunque es muy dulce e ingenua, ciertamente —Rembrandt puso su mano en el hombro del joven—. Pero ahora debéis centraros en salvaguardar a vuestra familia. Tras la muerte de vuestra madre aún disponéis de una buena fortuna... —sacó una carta de su bolsillo, sin acabar de decidirse a dársela Edouard—. Me ha costado mucho

deciros algo así precisamente a causa de esto —se la dio al fin, bastante alterado—. Es de vuestro padre, es una carta en la que me ruega que interceda ante vos...

—¿Cómo es posible? ¡Le escribí al menos diez notas rogándole que se dignara venir y jamás obtuve respuesta! ¿Cómo se atreve a valerse de vos para retractarse? ¿Por qué simplemente no acudió atendiendo a mis ruegos, o me respondió una sola vez? ¡Es inaudito!

—Edouard... Calmaos... La escribió ayer, y está tan avergonzado que no se atreve a dirigirse a vos, ya que afirma que no le escucharéis. Me pide que haga de intermediario para que accedáis a recibirle después de todo lo ocurrido, y que le perdonéis. Asegura estar dispuesto a cambiar y pretende recuperaros, acercarse a vosotros, ser un padre... Al parecer después de no haber asistido al funeral de su esposa recapacitó y se dio cuenta de sus innumerables errores... En fin, leedla.

—Es imposible, sabéis bien que él siempre se ha desentendido de nosotros —contestó Edouard rechazándola de pleno—. Siempre lo ha hecho. Esta carta sólo puede ser otra de sus mentiras. Demasiado bien le conozco y sé que encuentra gran placer en ofrecer cariño y apoyo para luego retirarse y herir...

—Leedla, yo no sé qué pensar. Parece sincero... ¿Y si os equivocáis esta vez? Puede que haya tenido una razón de peso para haberse ausentado tanto tiempo... Hablad con él.

—¿Hablar? Rembrandt, perdonadme, pero sois aún más ingenuo que mi hermana —a pesar de sus palabras cogió la carta de manos del abogado y la abrió—. ¿Qué pretendéis que le diga? Él es así, nadie cambia tanto de repente, y menos él. Sin duda hay un interés detrás de estas líneas... No puedo impedirle que continúe con su vida, ni hacer que sea de otro modo. Vos sabéis muy bien que no tengo poder alguno para hacer que vuelva la vista hacia lo que de verdad debería importar. Ya lo intenté en una ocasión...

—Es vuestro padre, si leéis ese mensaje y decidís darle una oportunidad, si lográis hallar el modo de hacerle comprender, os escuchará. Sus ocupaciones... Creo que es hombre inteligente, y que comprenderá que debe dedicaros más tiempo, atender los asuntos de la familia, darles prioridad, sobre todo ahora.

—¿Y qué hay de las advertencias de mi madre? ¿Estáis dispuesto a pasarlas por alto?

—No... Pero puede que ella estuviera tan dolida que... A lo mejor tenía razón

antes, a lo mejor vuestro padre ya no es el mismo, algo le habrá hecho recapacitar... No es que pretenda ignorar las palabras de Sara, yo...

—Dejadlo Rembrandt. Hace años que mi padre perdió el rumbo por completo. Dudo que alguna vez haya tenido algún rumbo... ¿Y qué puedo hacer? ¿Acorralarle? No... Hace mucho que está fuera de control, no entiende de palabras ni razonamientos, no sé qué ha consumido su juicio, pasa todo el tiempo absorbido por alguna clase de... lo que sea que haga... y su familia ya nada significa para él... Mi madre lo sabía. Yo lo sé, y este papel nada significa, salvo una mentira.

—Palabras funestas, derrotistas... son ésas, Edouard. Pero comprendo vuestra ofuscación y desaliento, dadas las circunstancias. Afortunadamente vuestro apellido está a salvo. Por muy ruin que sea su comportamiento nunca podrá mancillar el buen nombre de vuestra madre. Vos y vuestros hermanos, con vuestra rectitud, sois la viva imagen de ella. Lleváis en la sangre todo lo que ha hecho de la familia Salazar uno de los apellidos mejor considerados de la región. Aun en estos tiempos, donde al parecer la nobleza es despreciada, donde todos los viejos valores parecen tambalearse, todos reconocen la dignidad de esta familia. Vuestro padre nunca se ha hecho merecedor de tal distinción y no puede emborronar lo que nunca ha sido suyo con su comportamiento. Sin embargo, reconozco que si lo que decís es cierto, y esa carta es un fraude, pronto no os quedará nada que hablar con él y deberéis tomar precauciones...

Edouard le miró, avergonzado por el comportamiento de un padre tan irrespetuoso y egoísta.

—Como os decía, estamos hablando de los avatares de familia. Leed la carta, a solas, y decidid por vos mismo qué es lo mejor. Por ahora —continuó Rembrandt subiéndose las gafas sobre el puente de su nariz aguileña—, os diré que no todo son malas noticias. Vuestra madre disponía de una extensa fortuna personal en España, herencia de vuestro abuelo, y antes de morir dispuso lo necesario para que vuestro padre, que nada sabe de su existencia, no pueda tocarla. El motivo lo ignoro... Quizás lo hizo así precisamente por su eterna ausencia... Vendió casi todas sus propiedades en España y lo dispuso todo para que vosotros entrarais en posesión de los beneficios obtenidos de ellas a su muerte. Esto os dotará de una firme estabilidad, os devolverá la paz y un futuro halagüeño. No dependeréis de vuestro padre jamás.

Edouard se echó a reír. Resultaba tan evidente la relación entre la carta que sostenía entre las manos y aquella herencia que no pudo evitar una risa tan inoportuna.

—Rembrandt... ¿no lo veis? —dijo alzando la carta significativamente—. Ahí está el motivo del cambio. ¡Mi padre ha de conocer necesariamente la existencia de esa herencia! —luego se calmó y procuró contener su creciente enojo—. En fin, sea como sea —guardó el papel en su bolsillo—, no tenía ni idea... ¿a cuánto asciende nuestro legado?

—Ahora mismo no dispongo de los datos exactos —sonrió Rembrandt sentándose de nuevo en la butaca y entregándole los papeles que había traído consigo—. Ésta es una copia del testamento original de vuestra madre, donde queda explícito que vuestro padre no puede tocar nada. De todos modos, deberíais mantener una conversación con él. Soy de la opinión, pese a las últimas palabras de Sara, de que uno siempre ha de poner de su parte para remediar los errores, los problemas, porque de otro modo el destino suele acarrear más pesares y arrepentimiento por no haberlo hecho, surgen las dudas, “¿qué hubiera cambiado si yo hubiese... podría yo haber hecho algo...?”. Os garantizo que no hay forma de que pueda acceder a vuestra herencia, Edouard. Pero por supuesto, si tras haberos escrito una carta como esta, no cambiara de actitud, una vez quemados todos los barcos, nadie podrá decir que no hicisteis lo suficiente. Estará en vuestras manos qué rumbo tomaréis...

—Comprendo lo que queréis decir. Pero sospecho que esta carta es demasiado oportuna. ¿Conocía mi padre la existencia de la fortuna de mi madre? ¿No será que pretende tener acceso a ella? Ya no puedo llamarme a engaño, Rembrandt... Es como es, reniego de él.

—Yo espero que os equivoquéis. Vuestro padre nada sabe de esa herencia, estoy seguro. Quizás, sí... —recapacitó— ...es posible que sea sincero, que vuestra hermana tenga razón, y que hoy mismo, o mañana, se presente al fin aquí, si vos le dais vuestro permiso, siendo un hombre nuevo. Eso lo cambiaría todo, ¿no?

—¡No! En absoluto. Hace mucho que perdió toda credibilidad conmigo. ¿Por qué os ha escrito a vos en vez de responder mis mensajes? ¿Por qué no ha sido capaz de dar la cara? ¡Si hubiese venido cuando debía hubiese podido tener una oportunidad, le hubiera resultado más fácil! Pero escribiros a vos, acudir a vuestra amistad conmigo para ablandar mi determinación, para

excusarse... Ha tenido engañada a mi hermana hasta ahora, pero eso también acabará pronto, cuando vea que nos ha dado la espalda, cuando la realidad de nuestra situación sea patente. Tendrá que abrir los ojos a la verdad. Y Gael, bueno...

—Comprendo... De todas formas, ¿le escribiréis? Dadme permiso para escribirle yo al menos y permitid que regrese ahora... —Rembrandt se levantó cerrando la cartera—. Os aconsejo como amigo que lo hagáis. Dadle una oportunidad, si no, os arrepentiréis, creedme.

—No lo sé, amigo mío. Leeré la carta y veré qué hacer...

—No dudéis en llamarme si necesitáis algo. Pronto volveré para la lectura del testamento de vuestra madre.

—Gracias Rembrandt, gracias por todo.

Rembrandt inclinó la cabeza y salió del despacho de Edouard con aire cansino.

Capítulo 6

Tal y como había vaticinado Edouard, transcurrieron los días sin que su padre diera señales de vida. Grégoire Dubois parecía el nombre de un fantasma, alguien cuya presencia empezaba a estar más asociada a un recuerdo confuso que a una realidad. Sentada sobre un viejo tronco a la orilla del río Milena contemplaba ensimismada a su hermano Gael, el cual, aparentemente ajeno a los problemas que acuciaban a su familia, se entretenía en descubrir algún pez en la corriente. Pensaba agradecida que el niño había sido bautizado con el nombre de su abuelo, que debió ser un gran hombre. No había llegado a conocerle, ya que toda la familia de su madre estaba en España y ella jamás había viajado más allá de la región en la que se asentaba Lyon.

En los últimos días había sufrido algún cambio interior; de manera paulatina e imperceptible había pasado de la furia a la melancolía, todo en un corto espacio de tiempo. Ahora ya no estaba enfadada con Edouard, de hecho, reconocía la razón que le asistía, los hechos eran patentes... Aún bullía una obstinada imagen romántica de su padre en el fondo de su alma; todos sus recuerdos acerca de él eran agradables, siempre atento con ella, afectuoso... Edouard, cuando así se lo confesaba, le hacía notar cuántas promesas incumplidas les había hecho, en especial a ella, cuántas verdades a medias les había contado, cuán ambiguo era al hablar... Grégoire Dubois era un embaucador nato, engatusaba, enredaba, sin dar nada por sentado, siempre dejando una puerta abierta al cambio. Con una afirmación a medias resolvía cualquier malentendido, de tal forma que luego era imposible achacarle culpa de nada, porque realmente, jamás hacía promesas... También llamaba su

atención sobre el hecho de que cuando demostraba afecto en realidad era afectación, y sólo se molestaba en ello cuando había alguien delante de cuya aprobación necesitara; todo en sus actos respondía al más puro interés. Milena había tardado mucho en reconocer aquella táctica en su forma de hablar, pero finalmente, con un gran esfuerzo por su parte, había reconocido que no era capaz de atribuirle una sola frase clara y contundente, y mucho menos sincera...

—Milena, ¿nos vamos? Estoy aburrido...

Gael había abandonado la orilla y la miraba con un simpático mohín en su rostro. Últimamente paseaban mucho por aquella parte del río, ya que Gael encontraba innumerables cosas en las que entretenerse y ella podía abstraerse mientras tanto, dejando que su mente divagara... Una suave brisa soplaba del oeste y la temperatura era aún agradable. Pronto el frío haría imposible pasear y tendrían que recluirse en casa, buscando entretenimiento en el piano y la lectura, o acudir al teatro, los bailes... Lo malo era que la actividad social no le resultaba atractiva a su melancólico ánimo, así que Milena intentaba aprovechar aquellos días al máximo. No esperaba que aquél invierno tuvieran demasiadas visitas, y en aquellas circunstancias tampoco era previsible que quisiera salir y ocuparse en promoverlas. Desde que su madre enfermara había tenido que abandonar sus ocupaciones rutinarias para cuidar de ella día y noche. No se arrepentía, haber pasado cada minuto a su lado sabiendo que podía ser el último era todo lo que ella había querido.

—¿Vamos? —insistió Gael impaciente.

—Está bien —aceptó con desgana levantándose al fin—. ¿Quieres que volvamos por el otro lado?

—Bueno, por el puente viejo es divertido. Pero tienes que caminar más deprisa, me aburro esperándote, eres tan lenta...

—¡Gael! —sonrió divertida a su pesar—. Yo no puedo andar corriendo de aquí para allá como haces tú...

—Edouard sí lo hace —repuso el niño descaradamente.

—Pero Edouard no está aquí ahora, así que tendrás que conformarte.

Caminaron en silencio durante un rato; seguían un angosto sendero de tierra que poco a poco se alejaba del río y se internaba en parte entre los árboles. Gael golpeó con un palo las ramas más bajas rompiendo las que ya estaban secas, y removió después la hojarasca otoñal que comenzaba a cubrir el suelo. Parecía distraído, pero de repente dio media vuelta y se colocó junto a

Milena; la tomó de la mano muy serio y tiró lejos de sí el palo, hacia el río.

—¿Dónde está papá?

—Gael...

—Milena, ¿por qué no viene nunca? ¿Por qué siempre está de viaje? Estoy cansado de que cuando le necesito no esté. Me pregunto qué excusa tendrá ahora para no haber venido a ver a mamá. No conozco a ningún otro niño de mi edad cuyo padre se comporte del mismo modo que el mío... Los padres de mis amigos acuden a sus celebraciones, pasan mucho tiempo con ellos... ¿Por qué ha de ser distinto mi padre?

—No lo sé... —¿qué podía decirle? Al buscar una respuesta para Gael se dio cuenta de la complicada lucha que Edouard había estado librando con ella todo aquel tiempo. Sintió remordimientos.

—¿No podemos ir a verle? Me gustaría, ¿a ti no?

—Gael, no podemos ir a verle, estará ocupado, si no fuera así ya habría vuelto.

—Yo creo que si fuéramos a visitarle, le convenceríamos para que vuelva, sobre todo si vas tú —afirmó convencido—, a ti te hará caso.

Milena, a pesar de todo, no pudo dejar de escuchar a Gael, que aún conservaba una inocente imagen de su padre en la memoria. Después de todo se debían una oportunidad. ¿Qué podían perder que no echaran ya en falta?

—Cuando le encontremos volverá a casa —sentenció Gael. Echó a correr despreocupadamente hacia el viejo puente de piedra que cruzaba por encima del río, frente a ellos.

Era ya mediodía y el sol brillaba con fuerza, arrancando la humedad de la tierra; algunos tramos del camino aún estaban embarrados a causa de las últimas lluvias, lo que obligó a Milena a recogerse la falda de su vestido azul varias veces antes de alcanzar el puente y cruzarlo. Estaban cerca de su casa y el sendero que seguían les conducía derechos al camino principal que llevaba hasta ella. Gael iba muy por delante, al parecer deseoso de volver de su paseo por el campo. Milena dejó que se distanciara; de todos modos a ella no le importaba caminar sola.

De pronto le oyó gritar lleno de alborozo.

—¡Mira! ¡Es papá! ¡¡Papá!!

Gael señaló entusiasmado un fastuoso carruaje que se aproximaba por el camino de grava, en dirección a la casa. Milena miró y reconoció enseguida la librea del cochero y los caballos de su padre. No podía creerlo... Había

transcurrido más de una semana después del entierro, y ahora regresaba, después de su viaje, ni un día antes... Un impulso antiguo estuvo a punto de llevarla a salir corriendo para recibirle, pero el despecho la contuvo a tiempo; se quedó clavada en el punto del sendero donde se hallaba. Gael se encontraba ya a los pies del carruaje, gritando de entusiasmo, cuando éste se detuvo y la portezuela se abrió, asomándose Grégoire Dubois con una amplia y falsa sonrisa en su rostro. ¿Cómo no había visto antes la forma en que interpretaba ese hombre cada gesto suyo?

Milena no se movió. Su padre después de todo resultaba ser un extraño para ella; le vio abrazar a Gael y cubrirle de besos, y luego volver la vista. La buscaba a ella.

No podía quedarse allí.

Echó a correr, pasó por delante del coche y se alejó en busca de Edouard. No podía hablar con su padre ahora. Aunque días atrás hubiese deseado tanto su regreso, aunque le hubiese defendido con todo el ardor de su corazón. Ya era tarde. Estaba demasiado dolida y decepcionada... Si le miraba a los ojos no sería capaz de ocultar un profundo reproche y el desprecio que le prodigaba.

Cuando horas más tarde llamaron a la puerta de su habitación, la joven se resistió a abrir. Llevaba horas encerrada, debatiéndose entre sentimientos contrapuestos. Había buscado refugio en la casa, hubiera querido hablar con Edouard, el único con capacidad para sosegarla, pero Estela le había dicho, asustada por su evidente estado de nervios, que estaba en la ciudad. Así que privada de su consuelo se había quedado en su dormitorio, presa de la más terrible ansiedad que jamás había experimentado.

—Milena... —reconoció aliviada que era la voz de Edouard. Llamó de nuevo con suavidad—. Soy yo, Edouard, por favor ábreme...

Escuchar a su hermano resultó ser un bálsamo reparador. Abrió la puerta y le dejó entrar. Se abrazaron largo rato, en silencio. Milena lloró, incapaz de expresar la rabia y la desconfianza que se habían adueñado de su alma. Edouard apretó contra sí su cuerpo tembloroso; había sentido mucho haber estado ausente cuando nada más llegar de Lyon Estela había corrido a decirle que su hermana no se encontraba bien. Trató de darle sosiego; comprendía bien lo que le sucedía a su hermana, porque él ya había pasado por aquello hacía muchos años.

Cuando hubo transcurrido un rato alargó la mano y cerró la puerta tras de sí; se la llevó a continuación hacia la cama, donde la obligó a sentarse.

—¿Cómo estás? —fue lo primero que preguntó.

—Oh, Edouard... ¡Papá ha vuelto! No pude... no puedo verle —estalló de nuevo en sollozos—. No quiero verle...

—Milena, debes tranquilizarte, te lo ruego —suplicó él; secaba las lágrimas de sus mejillas con los dedos—. Sé que papá ha vuelto, y también comprendo la confusión que debes sentir... pero tienes que hacer un esfuerzo por serenarte.

—No te creí Edouard, te he culpado, te he odiado —él sonrió involuntariamente—, y tenías razón. Siempre la has tenido...

—Bueno —dijo sentándose a su lado. La rodeó con el brazo—, aunque sabes lo que opino, por ti, te diré que quizás ésta sea una buena oportunidad para que hables con él, déjale que se explique, y hazle ver el mal que nos ha hecho... Te conozco, aunque no cambie nada, te hará sentirte mejor. Además, en parte es culpa mía que ahora estés así. Te oculté algo importante... —sacó la carta que su padre había escrito a Rembrandt y se la dio a Milena—. Se la escribió a Rembrandt hace ya unos días, en ella se excusa, pide perdón y me ruega que le permita regresar a casa. Al parecer desea empezar de nuevo... Debí hablarte de ello y no lo hice. Por eso te pido perdón. Si papá está aquí es porque al fin, tras haber leído innumerables veces esas mismas líneas que ahora tú tienes ante ti, creí que debía darle una oportunidad. Si no por mí, por vosotros. Yo no le creo cuando habla de arrepentimiento, pero la decisión no me corresponde sólo a mí... Le escribí pidiéndole que viniese. Por eso está aquí ahora, y no antes.

—¿Qué quieres decir? ¿Por qué has hecho algo así? ¡Debiste decírmelo! ¡Yo pensaba que se comportaba como siempre! —Milena estaba molesta, pero comprendía los motivos de su hermano—. De todos modos, yo no quiero hablar con él, no le necesito...

Su hermano guardó silencio pensativamente. Él no creía en lo que estaba a punto de decir, pero Rembrandt le había hecho ver lo que era bueno para ellos. Les debía una oportunidad, al menos a Milena y a Gael. El abogado tenía razón cuando le aconsejó que hablaran con su padre, que intentaran arreglar las cosas, sólo que para él ya era demasiado tarde. Milena en cambio aún albergaba lazos de afecto suficientemente fuertes, lo mismo que Gael.

—Milena, pese a mi postura, a cuanto te he dicho estos días atrás, y a riesgo de proporcionarte sufrimiento en el futuro... te pido que lo olvides todo por el momento, que apartes de ti la rabia que te domina, y que le des una

oportunidad... Rembrandt me hizo ver que debe ser así, o más adelante te torturarás por lo que no llegaste a hacer. Las palabras de esa carta probablemente son otra mentira más, pero si no lo fueran...

—¿Qué? No... ¿Cómo puedes pedirme eso? Precisamente tú...

—No, oye, sé muy bien qué hay en tu corazón, te conozco, sé que ahora mismo no le perdonarás —suspiró—, ni yo desde luego estoy en disposición de hacerlo... Pero te conozco, tu corazón es demasiado tierno, tu juicio más inclinado que el mío al perdón... Si no lo intentas al menos, te aseguro que se abrirá una herida en tu interior que jamás sanará. Y ¿quién sabe? A lo mejor tiene una buena excusa, a lo mejor ha vuelto para cambiar.

—Edouard... Tú no crees en tus propias palabras, ¿por qué intentas que me reconcilie con papá cuando tú mismo no deseas hacerlo? No seas hipócrita. Llevas tiempo advirtiéndome, mostrándome la verdad que yo no quería ver, y cuando por fin abro los ojos y te digo que no puedo confiar en él... No te entiendo —Milena se enjugó las lágrimas visiblemente más calmada—. Hasta ahora le había defendido contra viento y marea, tú lo sabes. Pero ahora... —dejó caer la carta sobre la cama— es como si... como si ya no le conociera. Esta mañana, cuando llegó, le miraba y veía en él a un impostor. Nos engañará, como ha hecho siempre, y después seguirá como hasta ahora, se marchará de nuevo y desaparecerá... ¿Por qué me pides que le escuche?

—Por ti. Y por Gael... Yo no puedo hacerlo, pero tú sí, y sé que si no lo haces te arrepentirás. Siempre pensarás en lo que podrías haber cambiado, y no quiero ser el responsable de tan amargas dudas. Necesitas convencerte a ti misma. No lo niego, yo creo que es un farsante, pero necesitas comprobarlo. Necesitas que sea él quien rechace tu mano, y no al revés. Mientras tanto, le vigilaré. No permitiré que nos perjudique.

Milena apoyó la cabeza sobre el hombro de su hermano y cerró los ojos meditando.

—Sí... por mamá, por Gael... Pero sobre todo lo haré por ti.

Edouard la besó en la frente y se levantó.

—Bien —sonrió abierto y franco, como queriendo quitarle tensión a la situación—, entonces tenemos un trato... ¿Bajarás a cenar? Yo te ayudaré...

—aseguró él. Fue hacia la puerta, pero se detuvo antes de abrirla. Con aire resuelto se giró y la miró larga e intensamente—. Sea como sea, sabes que siempre me tendrás. Milena, yo no voy a abandonaros, jamás os traicionaré.

Milena sonrió a su vez. ¡Cómo quería a su hermano! Al mirarle allí de pie,

gallardo protector, noble y leal, recordó una promesa que desde niña se había propuesto cumplir: la de vivir a su lado para siempre. No pensaba casarse jamás, prefería su amor fraternal antes que el de un esposo; estaba muy lejos de acariciar la idea de enamorarse algún día, y pasar por el altar cumpliendo así con un destino impuesto en el que su principal labor habría de ser la de tener hijos y cuidar de ellos y de su marido. La mayoría de sus amigas, si no todas, no soñaban con otra cosa. Todo su afán era casarse bien, encontrar un buen partido y asegurar así su futuro... Su naturaleza rebelde en cambio la impulsaba poderosamente a rechazar aquellos convencionalismos, la obligación social a mantener un rumbo predeterminado; aquellas normas la hacían reír. Ella no se enamoraría jamás. Prefería una y un millón de veces vivir junto a Edouard para siempre, incluso aunque éste se casara; valoraba demasiado su compañía y su afecto de hermano, su inteligencia y su nobleza, y estaba persuadida de que ningún otro hombre podría igualarle en modo alguno, tanto como para robar su corazón. Sería la hermana solterona y se burlaría de su “destino”. Se complacía pensando en su victoria frente a la norma. Por eso cuando él abandonó la habitación se puso en pie y tocó la campanilla para que Estela la ayudara a vestirse. Bajaría a cenar y complacería a Edouard, un pequeño esfuerzo que estaba dispuesta a superar si con ello podía agradecerle de alguna forma todo cuanto hacía por ella y por Gael.

Aquella noche el comedor reunió por primera vez en mucho tiempo a un nutrido grupo de personas alrededor de la misma mesa. Cuando Milena se decidió a bajar encontró, para su sorpresa, no sólo a su padre, sino a la hermana de éste, su insoportable tía Louise, al padre Matías y a Rembrandt, además de a sus hermanos. El enojo estuvo a punto de dar al traste con sus buenas intenciones, había sobreentendido que la velada iba a consistir en una íntima reunión familiar... La presencia de su tía, a quien detestaba profundamente, pues era una mujer fría y de naturaleza envidiosa y falsa, le resultaba especialmente molesta; por otra parte no podía rehusar la compañía de Rembrandt, a quien apreciaba sobremanera, él siempre era bien recibido, y el reverendo Matías resultaba tan inofensivo que nadie notaba nunca su asistencia o su ausencia. Al recapacitar sobre ello se dio cuenta de que no tenía motivos reales de enfado. Se dio cuenta de que últimamente su comportamiento era muy infantil, nada propio de una señorita educada como

ella que se preciara de ser sensata y consecuente. Trataba de remediarlo y volver a su habitual forma de ser, mucho más comedida, dulce y condescendiente.

La dicha de Gael era patente en su risueña expresión infantil; no dejaba de mirar a su padre y constantemente se dirigía a él haciéndole muchas preguntas. El chiquillo había olvidado su recelo de por la mañana y ahora no albergaba del todo los mismos sentimientos encontrados que sus hermanos mayores; en su ingenuidad aún adoraba al hombre que se sentaba a su lado por vez primera en muchos meses; le había disculpado en un santiamén de sus faltas gracias a su incondicional afecto.

Milena observó todo esto y decidió que ella no se lo pondría tan fácil: ganarse de nuevo su confianza le iba a costar algo más que una simple disculpa, o un gesto de ternura. Estaba resuelta a mostrarse todo lo distante que pudiera. Para demostrar la determinación con que se conducía se sentó a propósito en el extremo opuesto de la mesa, entre el padre Matías y su tía Louise, por muy insufrible que le resultara la compañía de esta última. De esa forma, pensaba, quedaba claro lo que opinaba y de paso se evitaba el tener que dirigirle la palabra a su padre. Al menos de momento. Edouard ocupó una silla a la izquierda de éste, que se sentaba a la cabecera de la mesa y Rembrandt se sentó a continuación, con aire reservado.

No mostraba su habitual amabilidad, sino que parecía dispuesto a permanecer callado durante toda la velada, algo insólito en él. Era cierto que había promovido un reencuentro entre los hijos y el padre, pero ahora recordaba las palabras de Sara y no lograba desembarazarse de una corrosiva sensación de culpa: temía haberse equivocado y poner en peligro a Gael. Ver al chico tan feliz junto a quien presumiblemente podía causarle daño... era más de lo que podía tolerar.

Lo cierto era que flotaba una timidez general en el ambiente. Salvo Gael, nadie se atrevía a hablar demasiado. Cuando los criados sirvieron el primer plato el reverendo Matías propuso bendecir la mesa y todos agradecieron la oportunidad de permanecer callados por más tiempo mientras él cumplía a la perfección con aquella obligación. Milena volvió a echar en falta a su madre y miró hacia el lugar que solía ocupar en la mesa; indudablemente Edouard sintió lo mismo. Sus miradas se cruzaron significativamente. Él le sonrió con dulzura desde el otro lado de la mesa, pero ella desvió la vista; se concentró en el plato de consomé que acababan de servirle con tal de que su hermano

no pudiera dirigirle la palabra, pues tenía la firme intención de no abrir la boca en toda la cena. Para su desgracia, su tía, que nunca era capaz de respetar el silencio de los demás ni sabía distinguir cuándo uno desea que le dejen en paz, pronto empezó a interrogarla con su habitual hipocresía.

—Dime Milena, ¿has pensado ya en retomar tus clases de pintura con la señorita Verreault? Tu educación, a pesar de las circunstancias, no debe ser abandonada —aquella mujer jamás se ocupaba de ella, ni de sus inquietudes y ahora se las ingeniaba para ejercer de tía ante los demás. Sobre todo lo hacía porque el sacerdote estaba delante—. Una señorita debe cuidar sus habilidades en extremo. Comprendo muy bien una breve pausa en tus deberes, es comprensible, pero ahora creo que deberías volver a la normalidad. Estuve precisamente el otro día con ella y me dijo que estaba del todo de acuerdo conmigo en este punto. Además, me hizo ver con toda la razón, que ocupar tu mente en actividad tan creativa sería de gran ayuda para superar estos momentos tan dolorosos... ¿No estáis de acuerdo conmigo reverendo Matías?

—Por supuesto —convino él. Llevaba rato en silencio y tuvo que hacer un esfuerzo para salir de sus abstraídas meditaciones—. Aunque debéis disculparme, no os estaba escuchando y no he oído todo cuanto decíais.

—Vaya —le reprochó ella contrariada—, hoy todo el mundo parece estar en otra parte, ¿no crees Milena? Yo por mi parte he pensado continuar como siempre, actuar de otro modo sería como permitir que el dolor se adueñe de nuestros corazones, en cambio, forzarnos a comportarnos con naturalidad es el mejor camino para recuperar el control de nuestras vidas.

—Sin duda debemos tomar una actitud positiva, la pasividad sólo atrae la memoria del pasado y eso nos conduce inevitablemente a la añoranza, la nostalgia —añadió el sacerdote frotándose con gesto nervioso la nariz—... Sentimientos tristes que ahora más que nunca debéis apartar de vuestro lado.

—Eso decía yo, padre —convino triunfalmente la tía Louise clavando sus azules ojos en Milena—. Mi sobrina debe retomar sus clases con la señorita Verreault cuanto antes, eso la distraerá de otros pensamientos más tristes.

—Tengo intención de volver a mis clases, tía —aseguró Milena sin mirarla—. Pero será cuando me sienta dispuesta —¿por qué esa mujer, que nunca se molestaba en visitarles, que jamás mostró dedicación hacia ellos, es más, que profesó siempre una gran antipatía hacia su madre, a causa de su origen español... tan falsa y premeditada en cada frase, se permitía decirle lo que

debía hacer?—. No veo cómo el hecho de profundizar en el arte de la pintura puede mejorar mi estado de ánimo. He perdido a mi madre, y concentrarme en algo que no sea echarla de menos como es al parecer vuestra postura y la de mi padre —acusó con premeditada malicia—, me resulta imposible y detestable.

El padre Matías levantó la vista de su plato y la miró con aire comprensivo, aunque a la vez había algo de reprensión en su gesto. No creía que aquél fuera el lugar ni el momento para los reproches. También la joven se dio cuenta de lo impulsivo de sus palabras, pero no se lamentaba por haberse expresado así, porque su tía, que tan solícita y preocupada intentaba ser con su sobrina ante los presentes, tampoco se había dignado aparecer durante la enfermedad de su madre, como su hermano, ni había hecho nada por ella, ni había dado muestras de compasión alguna. Ni siquiera se había dignado acudir al entierro. Probablemente había tenido algo que hacer aquella tarde, mucho más alegre y entretenido. Sus atenciones para con ella resultaban tan forzadas que demasiado esfuerzo le costaba contenerse. Su tía tomó aquella acusación a título personal, como debía ser; se mostró ofendida en extremo, se enfurruñó y a partir de entonces aprovechó para no tener que volver a hablarle. Así, dirigió toda su atención al pobre padre Matías, con quien entabló conversación sin incluirla a ella. Éste se sintió tan azorado por la evidente muestra de rencor de aquella mujer, que sólo fue capaz de responder a base de frases cortas y monosílabos a su insufrible charla. Milena por su parte prefirió ser ignorada.

Liberada del atosigante interés de su tía, Milena dedicó el tiempo que duró el resto de la velada a observar el comportamiento de su padre. Trató de averiguar a través de los detalles quién era aquel hombre, por sus palabras o sus gestos. Sin embargo nada de cuanto dijo o hizo la sacó del oscuro pozo en que se hallaba con respecto a su persona. Se mostraba cariñoso en extremo con Gael, ¡pero qué falsedad denotaban sus palabras y sus sonrisas!, hablaba a Edouard y a Rembrandt con respeto, aparentado, y en varias ocasiones trató de dirigirse a ella, aunque sin lograr arrancarle más de una palabra seguida. Milena no pudo fingir, no estaba en su naturaleza. Y eso que lo intentó cada vez. Se asombraba de que un hombre pudiera ser tan falaz como ella sospechaba de él en aquellos momentos. Todo en su porte, su apariencia, su voz, mostraba a un hombre recto, educado, noble, cariñoso... En cambio ella veía una coraza de mentiras, un disfraz conveniente... Se comportaba

absolutamente al contrario de lo que sus actos demostrarían después. ¿Cómo podía resultarle tan fácil aparentar ser un auténtico padre de familia cuando estaba con ellos, y luego ignorarles y tratarles como si no existieran ni tuvieran nada que ver con él? ¿O era que ella ya no lograba verle de otro modo, que no podía perdonarle?

Grégoire Dubois era muy parecido a su hermana Louise, aunque gozaba de mayor intelecto. Aquella era envidiosa y egoísta, falsa, como él, pero de escasa inteligencia. En su hermano había un algo misterioso, ambiguo, oculto detrás de una mente brillante y una buena educación. A Milena se le antojaba, a la luz de sus nuevos sentimientos, artificioso, embaucador y un gran manipulador, un chantajista.

Cuando terminó la cena se retiraron al salón para poder charlar un rato antes de separarse. Milena hubiera preferido escabullirse con la excusa de sentirse indisputada y agotada, pero su padre se interpuso antes de que hubiera podido siquiera abrir la boca para poner en práctica su plan de fuga. Puso tal empeño y se ocupó tanto de que todos vieran cómo trataba de retenerla a base de ruegos cariñosos, que no tuvo más remedio que permanecer un rato a solas con él. Se dejó acompañar de mala gana hasta la chimenea, donde un alegre fuego ardía con intensidad; estaban ahora algo aparte del resto del grupo. Su hermano charlaba con Rembrandt, demasiado lejos como para ayudarla, y mientras, Gael disfrutaba de su compañía, sentado a sus pies. Su tía Louise no soltaba al pobre reverendo Matías, habiéndole acorralado en un rincón donde le obligó a escucharla todo el tiempo. Estaba sola frente a su padre. Había llegado el momento que con tanto empeño había procurado eludir.

—Milena, hija mía... Sé que estás enfadada conmigo, y llevo toda la noche buscando el modo de disculparme —empezó Dubois mientras contemplaba las llamas, cuyo resplandor iluminaba una expresión aturdida y llena de pesar tan convincente que corría peligro de desarmar a la joven. ¿Estaba fingiendo?

—. ¿Cómo puedo yo enmendar un comportamiento a todas luces egoísta y despreocupado? Sé que nada de cuanto te diga borrará la negativa imagen que debes tener de mí, pero créeme, mi arrepentimiento es sincero... Esta noche, al verte tan distante, me he dado cuenta aún más de mi error. No quiero perderte, Milena... Os quiero con locura, pese a que mis actos han demostrado lo contrario, lo sé... Pero es mi firme propósito demostrarte mi arrepentimiento... con el tiempo.

—Con que te hubieses dignado escribirnos hubiese bastado, papá —aseveró

ella—. No alcanzo a comprender qué obligaciones son esas que te mantienen perpetuamente apartado de las personas a quienes afirmas amar tanto, de mamá... de tus hijos... ¿Cómo puedes compensar el daño que nos has hecho abandonándonos en momentos tan duros y difíciles? ¿Qué te alejó de la mujer con la que te casaste, de tu deber como marido y padre? Yo creo que no hay nada que pueda justificarlo, y sinceramente, no creo que vayas a cambiar ahora. Sólo es una forma más de engañarnos, como haces siempre. Afirmas ahora una cosa, y luego harás otra. Edouard tiene razón, él te conoce mejor que yo, y aunque me ha costado reconocer la realidad, no creas que ahora me convencerás tan fácilmente. Esto no viene de ahora, y lo sabes, siempre has sido igual; antes podías engañarme, cuando era niña, como haces ahora con Gael... Papá, sólo tiene diez años, pero crecerá, y se dará cuenta de cómo eres, al igual que Edouard y ahora yo. No creo en ti, dudo mucho que puedas cambiar eso.

Él guardó silencio.

—Sé que Edouard hace tiempo que me repudia, aunque he tratado de remediarlo... Nunca nos hemos llevado bien, quizás porque somos muy distintos. Sin duda su resentimiento, aun siendo justificado, pues reconozco mis faltas, te ha envenenado. Milena, no soy un monstruo insensible... Edouard sin duda es quien te ha hecho pensar así. Tú... ¿Nada de lo que pueda decir te hará cambiar de opinión, creer más en mí, o en mi palabra? — Milena miraba hacia otro lado con el rostro encendido de indignación.

—No deberías culpar a Edouard —dijo sin volverse hacia él—, eso sólo me enfurece más, papá. Qué fácil te debe resultar echar tierra sobre otros.

—No... Milena, no pretendía tal cosa... Pero supongo que cuanto diga no servirá de nada. Sólo con los hechos podré demostrar algo. Sólo con el tiempo podrás confiar de nuevo en mí. Milena, quiero que tú y Gael me acompañéis por una temporada, que vengáis a pasar unos días al campo. Te prometo que no os dejaré, estaré dedicado en exclusiva a vosotros, será una forma de empezar de nuevo...

—No me separaré de Edouard, y menos ahora —manifestó ella enfadada—. ¿Por qué te empeñas en atacarle? ¿Por qué le excluyes a él? Deberías quedarte en casa con todos nosotros, en lugar de intentar separarnos, ¿no te parece? Tienes tres hijos, no dos...

Grégoire Dubois acogió aquella dura acusación con una mueca de disgusto, pero no se echó atrás e insistió en sus ruegos, extendiendo la mano hacia ella

para acariciar su mejilla. Milena se apartó molesta.

—No pretendo separaros —argumentó apasionadamente. Tuvo que retirar la mano—. Lo he hablado con tu hermano, y él conviene en que os vendría bien pasar unos días...

—Edouard no ha podido decir eso... —le interrumpió la joven indignada.

—...pasar unos días en el campo —continuó Dubois haciendo caso omiso de la interrupción—, distraeros... Es una oportunidad para estar juntos, y él mientras tanto arreglará algunos asuntos pendientes tras la muerte de vuestra madre. Vendrá en cuanto haya terminado y se reunirá con nosotros. Estaremos todos juntos de nuevo, ¿podrás creerme?

Milena calló. No quería creerle, el resentimiento era demasiado grande. Así como había tardado en convencerse de que su padre les había abandonado, de que no era como ella pensaba, ahora se resistía con igual intensidad a confiar en que hubiese cambiado, o en que estuviese dispuesto a hacerlo. Le miró al fin, buscando respuestas. Vio tristeza en sus ojos, auténtica o no. La lucha interior que sostenía no le pasó inadvertida a él, que de nuevo trató de ganarse su confianza; le habló con tal ternura que las barreras que ella había levantado entre los dos empezaron a derrumbarse.

—Nos debemos una oportunidad, Milena. Por tu madre, por tu hermano pequeño, Gael... ¿No harás un esfuerzo? Esta familia merece empezar de nuevo, todos hemos sufrido ya demasiado, quisiera que encontraras en tu interior algo del cariño que alguna vez me profesaste, y que recurras a él para darnos esa oportunidad. Si tu madre estuviera aquí ¿qué te diría?

—Pero ella no está, ¿no crees? —soltó la joven enojándose aún más.

Milena se marchó con precipitación; dejó a su padre con la sorpresa pintada en su rostro, y a los demás confundidos por su repentina ausencia.

En parte debido a ello la velada terminó temprano. De pronto nadie quería prolongarla demasiado, unos por deferencia a la muchacha y otros, el padre Matías y la tía Louise en concreto, porque se encontraban incómodos o porque ya no hallaban aliciente en aquella reunión.

Cuando tras los saludos de rigor y los interminables buenos deseos y promesas de un pronto reencuentro todos se hubieron ido, Edouard le pidió a su padre que se quedara un poco más, para charlar de algunos asuntos. No había tenido ocasión de conversar a solas con él desde su regreso, y necesitaba una explicación. Se encerró con él en la biblioteca.

Grégoire Dubois mostraba una evidente afectación por el rechazo de su hija,

sincera o no, pero Edouard no pensaba brindarle apoyo alguno. Sospechaba que estaba fingiendo, como siempre. Padre e hijo estaban físicamente juntos en la misma estancia y al mismo tiempo tan distanciados como si se encontraran cada uno en un continente diferente.

—Papá, a pesar de tu carta, y aun habiendo accedido a que regreses a casa, creo que me debes una explicación, por eso quería hablar contigo —empezó Edouard—. Fui a buscarte a Beaune para que vinieras al entierro de mamá. Cuando llegué tu mayordomo, Maxime, me explicó que estabas de viaje... como siempre. La verdad, no me sorprendió... ¡Si hubieras mostrado algo más de juicio quizás ahora no estuvieras en esta desagradable situación con Milena! De nada sirve la carta que enviaste a Rembrandt. ¿Crees que hablar de arrepentimiento en un papel cambia en algo el daño que nos has hecho? No esperes mi compasión en ese asunto. No creo en ti, es más, sé que ocultas algo.

Dubois no contestó inmediatamente. Estudió a su hijo con interés, envuelto en una nube de humo procedente del puro que acababa de encender. Era hombre fornido, de edad madura y ojos azul pálido, fríos y escrutadores. Incluyó su cabeza entrecana entrecerrando aquellos ojos tan directos; conocía bien a Edouard y sabía que no debía intentar disculparse con él; no tenía sentido. Sin embargo le necesitaba para recuperar a Milena. Buscaba el modo de atraerse su ayuda.

—Sabías que no vendría al entierro... Me conoces bien, pero eso no te da derecho a juzgarme, ni a iniciar una campaña de desprestigio contra mí. Tu hermana parece odiarme, Edouard... Tú no sabes lo que hay en mi corazón, sólo crees conocerme... Hay cosas que no puedo explicarte, de mi vida, cosas que me mantienen demasiado alejado. ¡Lo siento! No permitiré que apartes a tu hermana de mi lado. Por una vez, deberías dejar a un lado tu injustificado resentimiento. Escribí a Rembrandt porque sabía que si me dirigía a ti directamente romperías la carta sin leerla, ¡dime si me equivoco! Poco me importa si no me crees... Mi arrepentimiento es sincero.

—Tú nunca has demostrado apego por tu familia, papá. Ni ahora ni antes. No entiendo cuáles son tus verdaderos motivos, por qué tanto interés en tus hijos ahora... —acusó Edouard con saña—. Dime... Acompañar a mamá durante su enfermedad hubiera sido demasiado pedir, ¿no?

—Edouard... —Dubois se echó atrás apoyando su estrecha espalda en la silla que ocupaba—. Sé perfectamente a qué atenerme con respecto a ti, pero estoy

convencido de que tu buen juicio te está diciendo a gritos que me ayudes con Milena.

—Dime —se resistió su hijo—, ¿para qué te casaste? ¿Para qué tuviste hijos? Tienes fortuna propia, no necesitas una vida familiar, nunca quisiste a mamá. ¿Por qué engañarla, hacerla sufrir?

—¿Crees que engañé a tu madre?

—¡Mamá nunca se hubiera casado contigo por otro motivo! Puede que después se diera cuenta de quién eres en realidad, pero sé que el día de su boda creía en ti... Eres muy capaz de embaucar cuando quieres.

—Te equivocas. Ella deseaba tener una familia por encima de todo, y renunció al verdadero amor a cambio de un buen apellido y la seguridad de mi fortuna.

—Eres despreciable... ¡Mamá no necesitaba tales cosas!

—¡Tu madre no tenía nada!

Edouard calló, no quiso decirle lo que Rembrandt le había revelado acerca del patrimonio de su madre, por si realmente desconocía su existencia, cosa que dudaba. Se lo ocultó deliberadamente.

—Incluso me atrevería a decir que no renunció al amor... El buen Rembrandt podría decir mucho al respecto.

—Por Dios... ¿Qué estás diciendo ahora? ¿No te cansarás de emponzoñar cuanto te rodea? ¿Por qué no te marchas ya de una vez y nos dejas vivir tranquilos? ¿Esa es tu forma de mostrar arrepentimiento? ¿Fingirás al otro lado de esa puerta, ante los demás, y no tendrás el decoro de fingir ante mí?

—Tienes mucha imaginación —insistió Dubois— y estoy seguro de que no te costará mucho atar cabos y sacar tus propias conclusiones. Cuando lo hayas hecho, sin esfuerzo además, reconocerás que llegar a la misma conclusión que yo te habrá resultado demasiado fácil y evidente como para haber incurrido en un error. ¿Crees que Rembrandt os visitaba tan a menudo sólo por amistad? Vamos...

—Papá, harías mejor en callar —Edouard apenas lograba dominar el impulso de golpear a su padre. Estaba enfurecido—. Al menos ten la decencia de comportarte, de respetar a tu esposa ahora que ya no está. De respetarme a mí.

—Mis disculpas hijo... —Dubois dejó el puro y abrió la ventana aspirando el aire fresco de la noche—. Tienes razón. Mis disculpas, retiro lo dicho... Todos estamos tensos y decimos cosas que no deberíamos. Acepta mis

disculpas, te lo ruego.

—Padre, nunca te disculparé. En cambio permaneceré en esta habitación un rato más como muestra de una atención por mi parte que tú nunca has tenido hacia mí, ni hacia ningún otro miembro de esta familia.

—De acuerdo, plantéalo así si quieres.

—Ya que no piensas darme una explicación de tu ausencia, dime ya de una vez qué quieres y así podremos retirarnos cada uno y olvidar que hemos mantenido esta desagradable conversación.

—Necesito como ya sabes que me ayudes a convencer a Milena de que he venido para cambiar. Está demasiado enfadada y no quiere escucharme.

—¿Es eso tan extraño?

—Sin duda has tenido mucho que ver en eso... —¡Por supuesto!

—Está bien, está bien... —rectificó Dubois inmediatamente—. Lo que quiero decir es que aunque tú no me creas, quiero recuperar esta familia. Contigo o sin ti, no voy a renunciar a Milena ni a Gael, y recurro a tu honestidad para que me ayudes. Si no por afecto, al menos ayuda a tus hermanos. En justicia merecen tener un padre, no tienes derecho a apartarles de mí, a desvirtuar la opinión que puedan tener de mí a causa de tu personal despecho. Te ruego que dejemos atrás el pasado, no puedo justificar mis actos, no está en mis manos explicarlos ante ti, pero debes creerme. Las palabras que escribí en esa carta eran sinceras.

—Qué equivocado estás, papá. A pesar de todo fui yo quien convenció a Milena de que bajara a cenar esta noche. No quiero que ella te dé la espalda sin que se dé cuenta por sí misma de quién eres en realidad. No seré yo quién la aparte de ti. Serás tú mismo quien lo haga, de eso estoy seguro.

—Lamento disentir. Pese a la triste opinión que tienes de mí, te demostraré que estás en un error, que no soy el monstruo que imaginas. Y cuando lo veas claro, si lo deseas, aún tendrás un hueco en mi corazón.

Edouard soltó una risotada. El sarcasmo de aquellas afirmaciones le sacaba de sus casillas.

—No intentes jugar conmigo, no te servirá de nada. Te conozco, sé que estás mintiendo, tratas de manipularme.

—Está bien, está bien... Empezaré de nuevo... Sólo ayúdame. Te pido sin tapujos que la hagas recapacitar, habla con ella. Le he dicho que tú mismo reconociste esta noche que venir conmigo al campo le haría mucho bien. Mentí, pero sabes bien que tengo razón, aquí no hay más que recuerdos

amargos.

—Ella confía en mí, no le diré nada que la conduzca a engaño.

—No te estoy diciendo que le mientas.

—No sé qué te traes entre manos, pero sí sé que no estás pensando en el bien de mis hermanos —Edouard a pesar de todo pensaba que ir a Beaune era efectivamente una buena idea. Convendría a Milena sobre todo, aunque ello entrañaba un riesgo que no estaba dispuesto a correr—. No pienso convencer a Milena, sé que mientes. Si decide ir a Beaune será por sí misma, y en tal caso te estaré vigilando. Y te advierto que al menor atisbo de oportunismo, de manipulación... Nada me impedirá apartar a Milena y a Gael de tu lado para siempre, tan rápido que no tendrás tiempo de aspirar y expulsar el aire que respiras dos veces seguidas.

—No lo dudo... —sonrió Dubois.

Los dos hombres se miraron largo rato, midiéndose mutuamente. Edouard sabía que su padre mentía, no albergaba esperanza alguna con respecto a sus verdaderas intenciones. Le odiaba, le despreciaba, era el suyo un profundo resentimiento nacido del abandono constante y premeditado de aquel hombre a lo largo de toda su vida. Su labor a partir de aquel instante sería seguir los pasos de su padre en todo momento e impedir cualquier artimaña por su parte, salvaguardando así la felicidad de Gael y Milena a toda costa.

Capítulo 7

Todas las cosas malas siempre le sucedían de noche, cuando las sombras llenaban el reducido espacio al que se había visto confinada y los fantasmas nublaban su ánimo atormentándola. Pasaba el día rezando fervientemente, convencida de que si Dios la oía acabaría por obrar un milagro que la sacaría de allí. Sin embargo las horas y los días se sucedían uno tras otro, inmutables. Cada mañana alguien deslizaba un cuenco con una sopa avinagrada y un trozo de pan a través de la ranura de la puerta de hierro de su celda, y ella lo devoraba a pesar del desagradable sabor que tenía; no sólo estaba aguada, sino que siempre estaba estropeada, rezumaba moho. El hambre que la consumía era demasiado grande para hacer ascos al pan duro o a las patatas cocidas del mediodía, rancias, adornadas con esporádicos trocitos de carne avinagrada. No le daban nada más, y las raciones siempre eran escasas... Después, cuando se acercaba la noche, al verse rodeada de tinieblas, Mireille enmudecía, expectante. Siempre se decía a sí misma que aquella vez nadie acudiría a reclamarla, que por una vez la olvidarían...

Pero se equivocaba.

Odiaba aquel lugar, y lo que la obligaban a hacer allí. En el poco tiempo que llevaba atrapada en él la había visitado un hombre, y a su manera, sin dejarse ver jamás, la obligaba a desnudarse, a hacer cosas que ella no entendía, pero que le provocaban una profunda repulsión, un miedo aterrador, vergüenza, asco, pánico... todo junto. No sabía por qué lo hacía, pero le odiaba, y desde su infantil corazón deseaba que se muriera. Sabía que era un sacerdote, por sus ropas negras y su alzacuello, también que se llamaba Lautrec. Le decía al

oído mientras la sobaba con sus manos heladas y ásperas que la amaba, que era su esposa, que sólo ella podía hacerle feliz...

Mireille se arrebuja en su sencillo vestido, apretándose instintivamente en el rincón más oscuro de la angosta celda, como si así fuera a hacerse invisible, como si no fueran a encontrarla. Tenía mucho frío, hambre y miedo. Recordaba a su madre y a su padre, a sus tres hermanas, añoraba su hogar, y no se cansaba de llorar, consumida de angustia y temor. Los primeros días había gritado tanto que se quedó afónica, incluso había tenido fiebre, pero nadie la oía, o si lo hacían, la ignoraban por completo. Aquella celda estaba tan enterrada bajo el suelo que aun cuando alguien acertara a pasar por encima de ella, no la oiría. De día, cuando había más luz, podía asomarse al estrecho ventanuco abierto en el techo y mirar hacia arriba a través del largo pozo de piedra, allí donde un trocito de cielo se abría lejano... e inalcanzable. Las horas se le antojaban eternas, porque no tenía nada en qué entretenerse, nada que hacer, salvo esperar y esperar... Lágrimas amargas empaparon silenciosamente su menuda carita; ya no hablaba, no gritaba, sólo esperaba que un día u otro todo acabara.

Aquella noche sus ojos ya no le permitían distinguir nada a su alrededor, y su celador tardaba en aparecer. Mireille creyó que por una vez se había olvidado de ella. Tan inesperada circunstancia hizo que se sintiera incluso feliz; se atrevió a albergar esperanzas y agradecida empezó a rezar para rogar a Dios y a la Virgen que la sacaran de allí. Sin embargo pronto comprobó que estaba equivocada.

Aquella dulce magia duró poco tiempo.

Al cabo de un rato los conocidos pasos de su carcelero resonaron al otro lado de la puerta, arrastrándose por el pasillo. Enseguida la puerta se abrió, chirriaba estruendosamente. La luz de la lámpara que aquel gigante de espeluznante aspecto alzó hacia el interior la deslumbró. Mireille nunca lograba ver su rostro.

Cada noche la sacaba de su encierro, sabía que siempre era el mismo, por su modo de andar, por sus ademanes, por su olor sucio y rancio... Ahora, rotos sus sueños de libertad, se deshizo en lágrimas y trató de resistirse cuando él quiso colocarle la capucha en la cabeza. Su inesperada rebelión despertó el mal genio del carcelero, que la golpeó sin piedad con la mano abierta, hasta que la tuvo dominada por el terror. Sin miramiento alguno le puso por la fuerza aquella espantosa capucha y la sacó de la celda medio a rastras. Ella ya

sabía a dónde la llevaba. Deseaba huir. Prefería los golpes de aquel hombre que lo que le aguardaba en la lujosa habitación donde sin duda iba a dejarla una vez más... a solas con el odioso sacerdote, Lautrec. Pero no era tan fácil, entre anhelar algo y alcanzarlo había una gran diferencia, abismal para ella. Él la tenía bien sujeta y la guiaba con mano férrea hacia su inevitable destino. Tras bañarla y adecentarla en una pequeña antesala, donde le puso ropas limpias y perfumó su piel y su cabello, el celador la obligó a entrar en la Sala Roja. Allí le arrancó bruscamente la capucha y Mireille reconoció entre lágrimas dónde estaban. Ya no sangraba por la nariz, ni sentía dolor, sólo estaba aterrorizada. Miró a su alrededor buscando al indeseable Lautrec. Aún no se había presentado. De todos modos su carcelero la dejó allí, junto a una columna central de piedra, y se marchó. La chiquilla sabía que de allí era imposible salir. Mireille respiraba con dificultad, notaba los desbocados latidos de su corazón en el pecho, temía el momento en que el cura apareciera y diera comienzo su particular y solitaria pesadilla.

La estancia era de construcción recia y circular, estaba lujosamente decorada, aunque poco iluminada; el suelo había sido alfombrado, y en las paredes se habían colgado ricos tapices cuyos dibujos representaban escenas de caza. Olía a velas aromáticas, y la temperatura era muy agradable. Frente a ella había una especie de confesionario, como un habitáculo reducido con una gruesa cortina encarnada que le proporcionaba intimidad. Era allí donde Lautrec solía atormentarla.

—No te asustes... Mireille, cielo... Te he echado tanto de menos...

Aquella voz aguda sonó en el interior del habitáculo, opaca y ansiosa. Mireille la reconoció enseguida. Se quedó paralizada.

—Mireille... Mireille, ángel mío, quédate quieta un momento —dijo la voz de Lautrec al rato. El cura no deseaba mostrarse todavía—. Quédate muy quieta, para que pueda verte... Sólo ansío contemplar tu belleza, eres tan hermosa...

—Por favor... —ella lloró, sacudido su cuerpecito perfumado por estremecedores sollozos. No podía contenerse—. Por favor, no me hagáis daño...

La voz tardó un rato en responder, como si su dueño no lograra desprenderse de un cierto remordimiento, como si dudara. Aquel hombre demostraba a veces compasión, aunque nunca tal sentimiento le había impedido hacer lo que había ido a hacer. Mireille insistió, esperanzada, rezando para que esa vez aquel gesto de confusa duda que demostraba significara algo. Pero no

podía estar más equivocada. No eran dudas lo que albergaba Lautrec, sino admiración por ella, por su asombrosa belleza infantil, tan turbadora, tan tierna... Aquella noche fue la primera de las más terribles que se sucederían desde entonces, la que le hizo creer que aquel hombre era el mismísimo Satanás, que había ascendido de los infiernos vestido de cura para apoderarse de su cuerpo y de su alma...

Capítulo 8

Milena aún no había tomado una decisión con respecto a la propuesta de su padre; le costaba muchísimo ceder, e incluso cuando su corazón le decía que accediera, se resistía. Su padre se quedó en Lyon unos días, dispuesto a esperar cuanto hiciera falta para que ella cambiara de opinión. Estaba decidido a demostrar que había dicho la verdad cuando afirmaba que en adelante las cosas serían diferentes. De la mano de un empeño creciente, mantuvo cualquier ocupación que no fuera familiar alejada de sí, rechazaba cartas y avisos, evitaba visitas inoportunas y pasaba cada día en compañía de sus hijos, volcado en ellos. No con el mismo resultado con unos que con otros.

Gael era quien más disfrutaba de la nueva conducta del señor Dubois. Empezaba a desarrollar apego por su padre, aunque no tan profundo como el que le hacía idolatrar a su hermano Edouard. Por este último sentía auténtica veneración, era un ídolo, le admiraba, no en vano se había ocupado siempre de él y continuaba haciéndolo.

El señor Dubois procuraba enmendarse, recuperar el tiempo perdido. Trataba con especial predilección al pequeño de la familia, le dejaba ver su faceta más amable, se iba ganando su confianza y su cariño a pasos agigantados, claro que con él era fácil. Gael tenía diez años y no albergaba resentimiento alguno, era maleable e ingenuo. Con Edouard, en cambio, tenía la batalla perdida de antemano. Su hijo mayor le miraba entre líneas, interpretaba cada gesto suyo, cada palabra, dispuesto a desentrañar sus verdaderas intenciones, convencido de que pretendía mentirles. Le vigilaba, convencido de que tramaba algo o se divertía a costa de sus hijos atrayéndose su lealtad y cariño

filial para luego poder hacerles más daño... Entre ellos había aumentado una enemistad insuperable. Solían tolerarse, apartándose cada uno del camino del otro.

Su otra línea de batalla era Milena; de momento tampoco lograba acercarse a ella. La escarmentada joven mantenía hacia él un desconfiado rencor; le mostraba en cada ocasión su orgullo herido y su desdén; prefería comportarse así ante él y esconder la confusión que a pesar suyo sostenía en su interior. Era una dura batalla consigo misma. Su indomable carácter, tempestuoso en ocasiones, no facilitaba el final de aquella contienda que prometía durar indefinidamente.

Fue Gael el que la desarmó al fin, con su infantil y sencilla forma de ver las cosas. Él, tan natural, tan desprovisto de prejuicios, la convenció una mañana de domingo en que todos acudían a misa, de que ella en realidad deseaba la reconciliación con su padre. Le rogó que accediera a pasar unos días en la finca de la Borgoña, donde serían una familia de nuevo; argumentaba con naturalidad que su madre les estaría viendo desde el cielo y estaría encantada de que volvieran a estar juntos. Algo en su expresión, o en el modo de cogerle la mano mientras la miraba intensamente con sus grandes ojos castaños ablandó su determinación e inclinó la balanza hacia el perdón. Nunca supo qué fue en concreto lo que doblegó su espíritu rebelde en aquel asunto, pero sí que Gael había sido el factor determinante. Nadie más. Él había logrado abrir una brecha en su espesa coraza de resentimiento.

Aquella misma tarde, mientras paseaban de compras por Lyon, habló con su padre para comunicarle aquel cambio de parecer. Él se mostró tan encantado que Milena terminó de ablandarse en el acto, y fue capaz incluso de abrazarle. Luego Gael se le acercó y la besó en la mejilla, muy contento de que ella hubiese accedido al fin; no paró de repetirle lo bien que lo pasarían en el campo, tanto que acabó por irritarla y Edouard tuvo que llevárselo un rato.

Una vez tomada la decisión, el señor Dubois empezó a planearlo todo. Exteriorizaba entusiasmo con la idea, se mostró impaciente por partir y se obstinó en fijar la fecha para dentro de dos días, lo que no les dejaba margen para preparativos. Únicamente el razonamiento y el buen juicio de sus dos hijos mayores lograron aplacar en parte sus deseos y dejar la partida para una semana más tarde. La aplazaron no sólo para darles tiempo a hacer el equipaje y disponerlo todo convenientemente, sino en parte porque

Rembrandt necesitaba citarles para la lectura del testamento de su madre. Edouard, Milena y Gael serían beneficiarios de una considerable fortuna cuya cuantía les permitiría mantenerse holgadamente sin el apoyo económico de su padre. Rembrandt no dejó de subrayar aquel punto, pues a su parecer, la difunta Sara Salazar dejaba traslucir un recelo y desconfianza que ellos no debían perder de vista, aun cuando llegasen a una reconciliación con el señor Dubois. Quedaba claro que ella, empujada bien por el despecho, bien por afán protector, no deseaba que sus hijos quedaran a merced de su padre en el futuro, había querido asegurarse de que tal circunstancia no pudiera darse nunca. Mantuvieron una grave discusión en torno a aquella cuestión, pues había sentimientos encontrados entre los presentes; Milena no quería admitir que su madre había previsto una circunstancia que ella no se atrevía siquiera a imaginar. Edouard defendía la sensatez de tal medida. A Gael por descontado se le mantuvo al margen, el pequeño no tenía por qué saber nada concerniente a tales desavenencias familiares, por eso no estuvo presente ese día.

Así pues, no fue hasta pasado este delicado punto que pudieron emprender el pequeño viaje hacia la residencia de campo, en Beaune. Partirían en principio Milena, Gael, el señor Dubois y Estela; después se les uniría Edouard, pues necesitaba quedarse para cerrar algunos puntos en torno a la disposición de la herencia. Acordaron que Rafael conduciría el coche de caballos hasta la finca y ayudaría a Maxime a poner la casa en condiciones para recibir a toda la familia, algo que no ocurría desde que Edouard tenía seis años.

Capítulo 9

La finca que el señor Dubois tenía en el campo era magnífica; disponía de numerosas habitaciones, era amplia, cómoda, y había sido construida en un entorno incomparable, en plena naturaleza. Alrededor de la casa se extendían productivos viñedos de los que obtenía una elevada rentabilidad. Los grandes y sinuosos campos mostraban en esa época un aspecto espectacular, con los pequeños troncos negros, que en invierno asomaban como muñones retorcidos de la fértil tierra, cargados todavía de una frondosa capa de hojas multicolores encarnadas, amarillas y verdes, a punto de caer. Enriquecían el bello paisaje con un colorido ensoñador que invitaba al romanticismo.

Y Milena era romántica. Nada más llegar se enamoró de ese paisaje tan evocador y quiso recorrerlo a caballo. Planeó desde el primer momento hacer una excursión larga y solitaria para descubrir cada rincón de tan vivificante región.

Los primeros días transcurrieron apacibles, animados por el buen tiempo que acompañó la llegada del mes de noviembre. La casa pronto estuvo preparada a gusto de todos y cada uno dispuso de una habitación perfectamente aseada, acondicionada a la perfección. Todo fue gracias a la eficiencia de Estela, ya que ni el viejo Maxime, ni Rafael eran demasiado duchos en tales tareas. Siempre ardía un buen fuego en las estancias, el comedor y el salón, de manera que la temperatura se mantenía muy agradable en el interior, y la despensa se hallaba bien abastecida de todo lo necesario para poder organizar agradables veladas, invitar a quien quisieran, a cenar o a comer. Estela, al

poco de llegar, hizo ver al señor Dubois que haría falta contratar a una criada más por lo menos para que la ayudara en las tareas de la casa o a atender a Gael. A los tres días una muchacha llamada Muriel, de extremada timidez y algo despistada pero eficiente y ordenada, se presentó en la finca con una maleta en la mano.

Milena escogió, con el beneplácito de su padre, la habitación situada al sur de la casa, amplia y confortable, pero sobre todo muy soleada y dotada de un amplio ventanal que daba al bosque. Nada más visitarla se había prendado de su luminosidad y de las hermosas vistas que ofrecía. Al saber que había sido en otro tiempo la preferida de su madre, no paró hasta que consiguió que el señor Dubois ordenara a Estela que la adecentara para su uso. Todas sus pertenencias fueron trasladadas allí y el mismo día de su llegada ya estaba todo organizado a fin de que pudiera dormir de inmediato en ella.

Sentada junto a esa misma ventana solía contemplar encandilada la campiña, mientras leía un libro. Era gran aficionada a la lectura y gustaba de entretenerse con ella por las mañanas o al atardecer, cuando el sol descendía en el horizonte, sobre el multicolor manto con que las viñas tapizaban las colinas.

Una tarde, acusando la ausencia de Edouard, que había retrasado su llegada a la finca más de la cuenta, quiso buscar la compañía de su padre. Éste parecía cumplir con su palabra, y empeñado en ello desde el primer día había dedicado su tiempo exclusivamente a estar pendiente de ella y de Gael. Aunque detectaba cierta falsedad en sus maneras, Milena estaba agradecida porque al menos lo intentaba; sabía que era un riesgo dejar que un hombre tan imprevisible se asomara a sus corazones y viera lo que había en ellos; era un arma que luego podía utilizar a su antojo, dejaba al descubierto sus sentimientos, un terreno abonado para alguien que estuviese buscando herirles. ¿Pero cómo saber si ésa era realmente su intención? Milena avanzaba por un terreno peligroso, consciente de que al menor descuido tropezaría.

Anochece. Cansada de leer tanto como de estar sola, bajó al despacho donde su padre solía entretenerse en la lectura, igual que ella, o jugando con Gael. Fuera de su habitación olía a leña, a campo. Se cruzó con la nueva criada, Muriel, a quien preguntó si su padre estaba en el despacho. La muchacha, azorada debido a su timidez natural, contestó que no lo sabía, ya que había estado ocupada en la cocina. Milena la dejó ir; sonrió ante su cándida forma

de ser, gracias a ese mismo candor se llevaba muy bien con Gael, que empezaba a encariñarse con ella.

El despacho estaba abajo, cerca del recibidor. Era una estancia recogida y algo oscura, forrada de madera. Milena había estado pocas veces en él. Antes de llegar notó el dulzón olor del humo de los puros que su padre solía fumar. Ahora ya sabía que le encontraría allí. Sin embargo, cuando estaba a punto de cruzar el vestíbulo y entrar, creyó ver que estaba ocupado con una visita. A través de la puerta entreabierta distinguió la figura de un hombre vestido de negro. Extrañada se acercó en silencio, no para espiar, sólo deseaba ver mejor quién era aquel desconocido. Se aproximó con sigilo, pegada a la pared y echó un vistazo.

La estrecha abertura que dejaba la puerta le permitió ver a medias que su padre hablaba en voz baja con un caballero elegante, muy alto, ataviado con un largo abrigo negro, guantes, sombrero del mismo color, y botas de montar de cuero. Milena estiró el cuello para verle el rostro, pero permanecía en pie de espaldas a ella, y sólo pudo distinguir un espeso bigote en su perfil cuya negrura sombreaba una piel en extremo pálida. No le gustó su aspecto, resultaba muy siniestro. Aguzó el oído, por si lograba captar parte de la conversación que estaban sosteniendo; hablaban en susurros y a aquella distancia no alcanzaba a comprender sus palabras. ¿Quién era ese hombre y qué quería?

Maxime apareció inadvertidamente a su lado y carraspeó. Milena dio un respingo y enrojeció al verse sorprendida escuchando.

—¿Necesita algo la señorita? —se interesó el anciano sin asomo de desaprobación en su mirada. Tanto le daba lo que estuviese haciendo en el vestíbulo.

—No, Maxime, sólo venía a buscar a mi padre.

El mayordomo la dejó tranquila para continuar con sus ocupaciones. La joven, exaltada y algo avergonzada, tuvo que dominar su respiración agitada. Se alisó la falda del bonito vestido verde oliva que llevaba, compuso su peinado y decidió llamar a la puerta en vez de andar escondiéndose. Así quizás lograría ver de frente al anónimo visitante. Caminó hasta la puerta sólo para descubrir atónita que estaba abierta de par en par y que la visita había desaparecido. ¿Pero por dónde? No le había visto pasar... Vio desde el umbral que su padre miraba por la ventana de espaldas a ella, fumando apaciblemente. En el interior del despacho, a la derecha, había una segunda

puerta y así quedó explicado el misterio. Sin duda daba al jardín trasero y el caballero había salido por allí.

Dubois estaba pensativo.

—¿Papá? —llamó muy confundida sin cesar de echar miradas furtivas a aquella segunda puerta.

—Hola cielo... —saludó él guardando un papel doblado en el cajón de su escritorio. Se dio la vuelta y la invitó a sentarse.

—¿Con quién estabas? Me pareció que había un caballero contigo.

—¿Un caballero? No, te habrás equivocado —mintió cerrando con llave el cajón—. Sólo era Philippe, el mozo de las cuadras.

—Oh, creí que era una visita. Vestía tan elegante que... —Milena le miró algo turbada. Ignoraba por qué su padre pretendía proteger la identidad de su visita, conocía ya a Philippe, un mozalbete desgarrado e imberbe. Había algo turbio en su mirada y sintió un involuntario escalofrío.

—No, cariño, no le des más vueltas, te habrá parecido otra cosa, con esta luz... ¿Qué querías?

—Nada, sólo venía a charlar un rato contigo, me aburría un poco... Pensaba dar un paseo uno de estos días, recorrer la finca a caballo, si no te importa. Es tan hermoso el paisaje que quisiera disfrutarlo de cerca. Quería saber si me acompañarías, podrías enseñarme tus viñedos. Sería una buena forma de pasar el tiempo juntos, ¿no crees?

—¿A caballo? —Dubois frunció el ceño. Odiaba montar a caballo—. Lo siento, Milena... creí que lo sabías. Odio montar, no lo hago nunca, de no ser que resulte imprescindible...

—Vaya, no, no lo sabía... He visto que tienes bastantes caballos en las cuadras y deduje, al parecer precipitadamente, que te gusta montar.

—No, no me gusta... Pero soy hombre de recursos, y procuro rodearme de cuanto un caballero pueda necesitar, caballos, coches... Todo está a tu disposición, desde luego. Pero... como te advertía, no me gusta montar y aún me gusta menos la idea de que lo hagas tú, si vas sola. Sería mejor que esperases la llegada de Edouard, ¿no crees? Ese tipo de excursiones se disfrutan más en buena compañía, y ya que yo no puedo acompañarte... Además, mis caballos son algo nerviosos, su carácter es fuerte e imprevisible, demasiado fogosos para una muchacha como tú, por muy bien que sepas montar. No quiero que te ocurra nada malo.

—Papá, son caballos españoles, su carácter es alabado en todas partes por su

nobleza y su temple... A pesar de tus absurdas objeciones, esperaba que hicieras una excepción, ¿tan desagradable te resulta?

—En extremo.

—Iré de todos modos, soy buena amazona. No tienes que preocuparte por mí. ¿Tienes alguna recomendación? Quizás podrías indicarme dónde están los mejores parajes.

—Milena, preferiría que esperaras a Edouard...

—No papá, no te molestes. Necesito algo de ejercicio.

Dubois tuvo que aceptar a regañadientes que su hija cabalgara sin compañía. Conversaron sobre cosas intrascendentes hasta la hora de la cena, compartiendo algunos recuerdos, debatiendo acerca de Gael, sobre sus inquietudes, en fin, acerca de pequeñas cosas sin aparente importancia, pero que Milena utilizaba a menudo para intentar desentrañar la forma de pensar de su padre. Sin embargo una cierta tensión se mantuvo entre ambos todo el tiempo. Porque Dubois había mentido a su hija acerca de su visitante, y ella lo sabía.

Entre tanto la noche cayó con rapidez y las sombras nocturnas velaron la vista que hasta entonces se apreciaba a través de la ventana, sumiendo la región en una oscuridad penetrante.

Después de la cena Milena se retiró a su habitación sumida en un agitado estado de inquietud. No lograba sacarse de la cabeza la figura siniestra del caballero de negro. Estaba segura de lo que había visto, y el que su padre mintiera acerca de su existencia convertía ese incidente en un asunto aún más misterioso y extraño. Echó de menos a Edouard, con quien hubiese podido compartir tales temores.

Se acostó. Procuró no pensar más en ello, y para lograrlo centró su atención en la excursión del día siguiente. A pesar de las reticencias de su padre, o más bien a causa de ellas, se levantaría temprano y escogería alguno de los numerosos caballos de las cuadras. Gozaba con aquella premeditada incursión a la intimidad de su padre; recorrer sus propiedades era como ahondar en una parte importante de él, de sus quehaceres cotidianos. Aquella finca constituía sin duda una buena forma de aprender a conocerle. Milena sonrió satisfecha de inmiscuirse en su vida sin llamar, se sintió intrépida. Cerró los ojos y suspiró.

Capítulo 10

La mañana siguiente le saludó gris, apacible y serena, perfecta para ir a caballo, ya que ni el viento ni el calor afectaría su sensible naturaleza. Milena, tras una noche desapacible, se encontraba levantada desde el alba, vestida e impaciente por bajar a desayunar. Se asomó a la ventana y miró el cielo. Amenazaba lluvia y eso la contrarió, pero no se echaría atrás. Cogió una liviana capa con la que protegerse de una eventual llovizna y salió de su cuarto.

Desayunó tranquila, a solas, con un leve rubor de excitación encendiendo sus mejillas. Estaba particularmente hermosa aquella mañana. Estela zascandileaba desde primeras horas, ayudada por la joven Muriel, y Maxime y Rafael pasaban de vez en cuando por el comedor. El resto de los criados se ocupaba en sus tareas mientras el señor de la casa se levantaba. Gael aún dormiría un par de horas más. El hecho de saborear su desayuno tan apaciblemente llenó a Milena de paz.

Cuando al fin terminó salió de la casa, hacia las caballerizas. Allí llamó a Philippe, el mozo encargado de los caballos. Cuando el chico salió para atenderla pudo constatar que en nada se parecía al hombre que viera en el despacho de su padre la tarde anterior. Ahora estaba segura de que le había mentido.

—¿Deseáis algo, señorita Milena? —quiso saber Philippe sonriente.

—¿Podrías ensillarme un caballo? Tengo intención de ir a dar un paseo por los alrededores.

—Hace un hermoso día para eso. ¿Montáis bien?

—Sí. Pero esperaba que escogieses tú un caballo de temperamento tranquilo.

Voy sola, y no quiero llevarme sorpresas con un animal demasiado fogoso. Mi padre asegura que estos caballos son muy nerviosos.

—Nada de eso, señorita. No sé por qué habrá dicho tal cosa, quizás como no suele montar tenga una idea equivocada... En cualquier caso os aseguro que cualquiera de ellos es tan manso que un niño podría montarlo sin vigilancia y nada sucedería. Valentine será perfecta. Es una buena yegua, os encantará —dijo él al punto—. Venid, os la ensillaré.

Milena se preguntaba por qué su padre mentía constantemente. Sacudió la cabeza enojada y acompañó a Philippe al interior de las cuadras; esperó mientras el mozo sacaba una espléndida yegua torda de gran alzada. El animal piafó satisfecho, al parecer deseaba tanto como ella salir al campo. Oisqueó a Milena con curiosidad dejando que ella le acariciara. Al cabo de diez minutos Philippe le había colocado la silla y la ayudaba a montar.

—Si vais hacia el río por la vereda de atrás encontraréis el camino que va al lago. Todavía habrá patos, es un lugar muy bonito —Valentine se revolvió un poco, bufando excitada.

—Gracias Philippe, puede que siga tu consejo.

—Es un buen paseo señorita —afirmó el mozo, que sujetaba solícito de las riendas a Valentine mientras ayudaba a Milena a ajustar los estribos a la altura adecuada para ella—, no encontraréis barro y es bastante largo si queréis hacer ejercicio. Además Valentine ya conoce esa ruta.

—Está bien, probaré por allí, otro día puedo escoger otro camino.

—Por supuesto. Dejad las riendas sueltas, Valentine no soporta que le tiren continuamente del bocado. Si me hacéis caso os llevaréis muy bien con ella. Es buena yegua...

—Gracias Philippe, ¿así? —aquel muchacho resultaba encantador, y muy servicial.

—Muy bien, dejadla ir un poco a su aire, sólo sujetadla cuando vaya a galopar —aconsejó el muchacho palmeando suavemente la grupa de la yegua para que saliera al paso.

Milena salió de las cuadras. Pronto descubrió que Valentine no sólo era dócil, sino que tenía un trote suave y fácil de acompasar. Resultó ser un animal de carácter alegre, complaciente y nada taimado. Cabalgó alternando el trote con el paso mientras seguía el sendero indicado por Philippe hasta llegar al río, cuyas aguas bajaban suavemente en una corriente caudalosa de mansas aguas transparentes.

El día no podía ser más agradable, a pesar de las espesas nubes que encapotaban el cielo; la temperatura era fresca y apenas había brisa, manteniéndose en el bosque un ambiente magnífico; de no ser por las ramas desnudas de los árboles, la joven hubiera podido imaginar que estaba en plena primavera. Milena dejó que la yegua la guiara a su ritmo. Disfrutaba tantísimo con el paseo, que su mal humor casi se había disipado. Estaba a punto de perdonar los engaños de su padre.

Al cabo de una hora, a unos cien metros de distancia, atisbó la superficie cristalina del lago, que cubría una amplia extensión de terreno. Allí se abría el bosque paulatinamente a un verde prado que bordeaba las orillas arenosas de aquel paraje encantador, un lugar perfecto para detenerse a descansar. Sin embargo, cuando estaba a punto de espolear a Valentine para llegar cuanto antes, oyó llegar un carruaje a su espalda. Milena hizo girar a su montura y miró atrás, hacia el lugar donde confluía un camino principal con el sendero que ella venía siguiendo. Efectivamente vio aproximarse un elegante coche tirado por cuatro magníficos alazanes negros. El coche en cuestión traía a algún caballero, a juzgar por la librea, y se dirigía sin lugar a dudas a la casa de su padre. La imagen del caballero de negro acudió con fuerza a su memoria y un escalofrío la sorprendió temerosa. Por primera vez aquella mañana se arrepentía de haber salido sola. Valentine cabeceó muy apacible. Milena no lo estaba tanto, pero se negaba a sentir miedo ni a amilanarse ante un desconocido. Estaba en la finca de su padre, por eso obligó a la yegua a trotar hacia la carretera, allí donde se cruzaba con el sendero en que ella se encontraba. Sujetó con coquetería su pequeño sombrero y se estiró altiva. Intentaba mostrar un porte sereno y decidido ante quienquiera que llegara en aquel soberbio coche de caballos. Si quien llegaba era ese hombre misterioso, se proponía interpellarle y averiguar su nombre y qué clase de relación sostenía con su padre. Apretó en su mano derecha la fusta decidida a hacerlo. —¡Buenos días! —saludó dando el alto al cochero—. Soy Milena Salazar y me gustaría presentar mis respetos a vuestro señor. Soy la hija de Grégoire Dubois, el propietario de esta finca.

El cochero detuvo el carruaje obedientemente y se inclinó ante ella con respeto.

—Sin duda me alegro de conoceros... —un hombre joven de aspecto educado y elegante se asomó de repente abriendo a medias la portezuela. Para su sorpresa y alivio no era el hombre de negro, su piel no era tan

espantosamente pálida ni lucía bigote alguno. Muy al contrario, su rostro era franco y de facciones muy agradables. Deslizó una mirada inquisitiva, asombrada y extrañada sobre la esbelta figura de Milena.

—Buenos días señor, vos sois... —dentro había alguien más, pero Milena sólo pudo ver el borde de un vestido de seda y una mano enfundada en un elegante guante gris perla apoyada en el asiento.

—Soy Florian Bousquet, a vuestros pies. Soy vecino y amigo de vuestro padre... He de decir que ignoraba que tuviese una hija... —parecía molesto y desconcertado, pero sonrió—. Mi amiga y yo viajamos en visita de cortesía. Vivo muy cerca de su finca, a escasos cinco kilómetros...

—Cuánto lo lamento. Temo que mi padre no os atenderá ahora si vuestros motivos están relacionados con cualquier asunto fuera de las visitas sociales o de cortesía...

—Oh, no, nada de eso...

—Perdonad mi impertinencia —rectificó Milena avergonzada de sus resentidas palabras—. Me explicaré mejor, no pretendía ser descortés... Está disfrutando de unos días de vacaciones con su familia y prometió no interrumpirlos en modo alguno. Si tenéis que resolver alguna cuestión con él debisteis notificar vuestra visita, y de ese modo os hubieseis ahorrado el viaje. Si habéis venido por cortesía, olvidad lo que he dicho y disculpadme. Bousquet sonrió, pero el gesto fue más amable que ofendido. Su expresión era totalmente afable cuando se dirigió en voz baja a su extraña compañera, de quien Milena no alcanzaba a ver nada revelador. Discutió con ella brevemente y después dirigió de nuevo su atención hacia ella.

—Convendréis en que mi visita alegrará a vuestro padre, siendo que pretendíamos invitarle a una próxima velada en mi casa. Ya que estáis aquí, permitidme que extienda tal invitación a vos también. Ignoraba vuestra presencia, si lo hubiera sabido hubiera dispuesto las cosas de otro modo, os lo aseguro. Os prometo señorita, que no hablaré con él de otra cosa, lo que en principio pudiera parecer trabajo fácilmente lo convertiré yo en visita social... Nada resultará más fácil... —señaló a la mujer sentada a su lado, aludiendo a ella por primera vez con un ademán significativo—. Respecto a mi compañera, la señorita Elizabeth Guisset, es una buena amiga de ambos.

—Tendré un gran placer en conoceros —dijo de pronto la dama saliendo de la penumbra del coche. Observó a Milena con un brillo oscuro en su mirada azul. Era increíblemente hermosa, llamativa y elegante, con una sorprendente

melena rubia enmarcando un adorable rostro marfileño, lo que provocó en Milena una cierta sensación de azoramiento—. Estoy encantada de conoceros, al fin... Por favor, os aseguro que este caballero está siendo sincero. Sólo vamos de visita, no distraeremos la atención de vuestro padre como no sea para dar un paseo o disfrutar de su compañía en la mencionada velada, a la que espero asistáis...

—Disculpadme, no pretendía ser grosera. Hace pocos días que mi madre ha fallecido y hemos venido al campo buscando tranquilidad, de ahí que mi padre haya decidido olvidar por un tiempo sus asuntos. Normalmente está tan ocupado que temo que cada visita que recibe le aparte de mi lado.

—Es comprensible —se apresuró a disculparla el caballero—. Mi más sincero pésame, señorita... —clavó en ella la mirada, llevándose la mano al pecho—. No es nuestra intención, como ya os decía, molestar. Si me lo permitís, la de hoy será una visita rápida, no os robaremos a vuestro padre más de media hora, a lo sumo, y después nos marcharemos. Aunque espero volver a veros pronto... ¿Aceptaréis mi invitación y acompañaréis a vuestro padre a la cena que tenía pensado ofrecerle? Entonces tendremos ocasión de conocernos mejor...

—Dejadla ya Bousquet —le interrumpió su acompañante—. La estáis incomodando con vuestra excesivo interés... Tal vez no esté de humor para veladas de ninguna clase, acaba de perder a su madre. Decidme, señorita, ¿de dónde venís?

—De Lyon.

—Lyon, una hermosa ciudad —repuso pensativa entrecerrando los ojos—. Pues espero que Beaune os guste lo suficiente como para disfrutar de vuestra compañía más adelante, cuando os sintáis más dispuesta. Siempre nos agrada recibir nuevas amistades, la vida social en el campo no es tan variada como en la ciudad, ¿no es cierto Bousquet?

—Cierto, señorita Elizabeth —contestó él sin poder apartar la mirada de aquella joven frágil y altiva, cuya timidez sólo lograba ensalzar aún más aquel menudo rostro, tan delicado. Se preguntaba por qué Dubois jamás le había confesado que era hombre casado y que tenía además una hija tan bella—. ¿Acaso vos encontraréis la vida en el campo aburrida?

Milena eludía mirarle directamente; por alguna razón aquel hombre turbaba su ánimo más de la cuenta y temía ruborizarse por ese motivo. Mantenía pues su semblante pálido medio girado hacia el suelo, mientras agarraba las

riendas de Valentine con fuerza.

—No, en absoluto. Adoro el campo. Precisamente me proponía recorrer la finca, porque había visto de lejos la belleza de estos parajes. No me perdonaría permanecer aquí sin haberlos visitado.

—Desde luego... —Florien Bousquet se inclinó levemente y cerró la portezuela. La señorita Guisset se echó atrás saludando a Milena con una encantadora sonrisa—. Os ruego nos disculpéis —continuó él desde el interior con voz suave— por haberos entretenido. Espero veros pronto. Por supuesto las puertas de mi casa estarán siempre abiertas para vos, nada me agradaría más que vuestra presencia en ella, venid cuando queráis.

—Buenos días, caballero —Milena saludó cortésmente—. Olvidad lo que he dicho antes, no pretendía molestaros. Mi padre os recibirá sin duda con los brazos abiertos y yo no me opondré a ello.

Bousquet asintió y con un leve ademán a modo de saludo indicó al cochero que reanudara la marcha. En unos minutos el carruaje desapareció de la vista y Milena se quedó de nuevo sola. El encuentro causó en ella un profundo malestar, ocasionado por su natural timidez y la censura con que se castigaba por no haberse dominado mejor. Era tal su incomodidad que perdió todo interés por ver el lago. Sin embargo, tras meditarlo unos minutos, la opción de regresar se le antojó extraña, pues si lo hacía enseguida cabalgaría por detrás del caballero y su amiga, llegando incluso a alcanzarles antes de que llegaran a la casa. ¿Qué explicación daría entonces? Milena desmontó y se fue andando, resuelta a pasar allí al menos una hora con tal de dar tiempo a los visitantes para que se marcharan. No albergaba el menor deseo de volver a encontrarse con ellos, al menos no tan pronto. Tampoco se le había escapado el hecho de que al parecer su padre no le había contado a su amigo que tenía familia... ¿Por qué? Milena condujo a Valentine sendero adelante y procuró disfrutar del paisaje.

—Reconoced el descaro y la falta de caballerosidad de Dubois, señor —decía Elizabeth Guisset a su compañero mientras se alejaban en el carruaje después de dejar a Milena atrás—. Yo por mi parte no hace mucho que he descubierto lo mismo que vos. Mirad, y juzgad por vos mismo. Ved qué clase de hombre es al escribirme semejante nota.

Sacó un papel de su bolsito de mano y se lo dio con la severidad plasmada en sus ademanes. Bousquet se había quedado desde luego impresionado. Desconocía por completo que Dubois tuviese una hija, y al haberla conocido

de aquella forma se sentía defraudado. Muy turbado tomó aquel papel y leyó su contenido. Palideció al instante y luego enrojeció.

—Suponía qué clase de relación había entre los dos, pero hasta ahora no lo tenía por cierto —dijo en un murmullo.

—No es eso lo que os pido que juzguéis —adujo ella con descaro—. Mi desvergüenza sería grande si yo hubiese sabido que era hombre casado, pero al igual que vos, lo ignoraba, lo cual me convierte en amante clandestina o acaso algo peor. Ved que en esa nota infame me desvela por vez primera semejante secreto.

Efectivamente, Dubois explicaba a la señorita mediante aquel texto que era hombre casado, que acababa de enviudar y que deseaba recuperar el trato con sus hijos. Le rogaba que se abstuviera de visitarle en los próximos días, hasta que él le indicara lo contrario, por temor a poner en peligro esa relación que él tanto se iba a esforzar por preservar. Bousquet se lo devolvió y se echó atrás en el asiento, meditando. Aunque allí no ponía claramente de manifiesto qué clase de relación le unía a la señorita Guisset, se sobreentendía, y tal circunstancia empeoraba a causa de las intenciones abyectas de su autor.

—¿Cómo se atreve a revelarme algo así a través de una simple carta? Y vos, acabáis de descubrir lo mismo que yo sólo por casualidad... Si no hubiésemos encontrado a esa joven en el camino, no lo habríais sabido sino gracias a mí... Porque sabed que me proponía encararme a Dubois en esta visita, y de paso haceros partícipe de lo que está pasando a vuestras espaldas. Entonces vos, que no merecéis tanta perversidad por parte de quien se tiene por un buen amigo, habríais conocido la verdad.

—¿Deseabais desenmascararle delante de mí? Cualquiera de las dos formas me resultan igualmente deplorables... Señorita, condeno vuestra relación, impropia de una dama tanto si Dubois es hombre casado como si no, por las formas y maneras, y el trasfondo en sí mismo... al igual que repruebo las mentiras de nuestro común amigo. Nada podrá justificar semejante conducta, y vos deberíais replantearos esa relación. Es deshonesto.

—Puede ser. Pero tengo mis motivos para mantenerla si Dubois se comporta como espero después de verle hoy.

—¿Y si no es así?

—Entonces veré qué hacer.

—Tendré que anular la velada —decidió al recordar cuál había sido su intención original al emprender aquel pequeño paseo a casa de Dubois.

—No, no lo hagáis.

—No tiene sentido, no invitaré a Dubois después de lo ocurrido.

—Es vuestra decisión, pero anular esa velada significará cortar toda relación con Dubois, pues habéis invitado a su hija hace un momento. ¿Retiraréis la oferta sin más? ¿Qué pensará ella de vos en tal caso? Comprended que ella es inocente y se sorprenderá de una decisión tan voluble a sus ojos...

Bousquet se quedó callado, profundamente disgustado.

Al oír un coche de caballos, Dubois, que se hallaba en la biblioteca, se asomó a la ventana. Creía que podía ser Edouard, cuya llegada esperaba de un momento a otro. Sin embargo su sorpresa fue mayúscula cuando reconoció la librea de Florien Bousquet, y más aún cuando vio bajar a dicho caballero acompañado de Elizabeth Guisset. Permaneció unos instantes perplejo, hasta que poco a poco un creciente enfado se adueñó de su ánimo. Se apartó confuso y empezó a dar vueltas por la sala, las manos a la espalda. ¿Con qué objeto recibía aquella visita, tan inesperada como peligrosa?

Al cabo de un breve espacio de tiempo Maxime se presentó en la puerta y anunció al caballero y a la dama. Dubois le lanzó una furibunda mirada, pero no dijo nada. Bousquet entró, muy serio, y tras él Elizabeth Guisset.

—Señores... ¿A qué debo el honor de esta visita? —murmuró Dubois tratando de mostrar cortesía.

—Sabéis muy bien por qué hemos venido —le espetó ella al momento mientras se quitaba los guantes—. Al menos yo, ya que el pobre Bousquet, hasta hace bien poco, se hallaba al margen de todo. ¿Creíais que me apartaríais de vos tan fácilmente?

—No comprendo... Si me hacéis el honor de sentaros, quizás podáis explicarme vuestro evidente mal humor y un comportamiento tan inaceptable —mintió Dubois fingiendo desconocer el motivo de que ella estuviese tan enojada.

—No hace falta que sigáis mintiendo, Dubois, lo sé todo —informó Bousquet. El joven se sentó, mirando hacia otro lado.

—¿A qué os referís?

—A vuestras mentiras, señor —dijo Elizabeth—. Bousquet acaba de conocer a vuestra hija de camino a esta casa.

—¿Qué... —enrojeció hasta las orejas y sus ojos brillaron de furia.

—Desconocía que tuvieseis familia, Dubois. Lamento mucho haberme

enterado de esta manera.

—Disculpadme si soy descortés, pero estoy algo sorprendido por vuestras palabras... —empezó clavando una mirada sombría sobretodo en la señorita—. Con perdón de vos, Bousquet, pues no estabais al tanto de ciertas cosas y seguramente os sorprenderéis de cuanto voy a decir aquí... Ya que al parecer se han desvelado algunos detalles de mi vida, no trataré de ocultarlos por más tiempo ni ahorraré esfuerzo con rodeos absurdos.

—Adelante, señor. No temáis que os interrumpa. Estoy deseando oír cuanto tengáis que decir.

—Os pedí, señorita Guisset —Dubois se dirigió a ella en particular—, que no vinierais a mi casa estos días... —trataba de aparentar un dominio sobre la situación que estaba lejos de sentir y se mordió la lengua para no decir más de lo que debía—. Supongo que éste es el verdadero motivo de vuestro enfado. Me pregunto qué puede suceder para que eludáis mis indicaciones, por mucho que valore vuestra amistad, sin avisarme con antelación. Mis hijos están aquí, ¿una nota hubiera sido demasiado pedir?

—Dubois... Os ruego comedir vuestras interpelaciones —saltó Bousquet algo alterado—, si no por la señorita, al menos en deferencia a mí.

Ella en cambio no se dejó intimidar y sonrió abiertamente. Se sentó con coquetería premeditada, entornó sus grandes y sombreados ojos azules y se inclinó hacia él despacio, elegante en cada gesto.

—Querido Grégoire... ¿Una nota? Ciertamente... —repuso, sacando a la vista el mensaje que él le había escrito, arrugado y doblado de mala manera. Dubois lo reconoció al instante—. ¿Una nota como ésta? Si no valorara vuestra amistad como lo hago renunciaría ahora mismo a ella, señor, por haberme enviado unas líneas tan crueles y desconsideradas. ¿Qué pretendíais? ¿Cómo os atrevéis a mentirme primero y a escribirme después para pedirme que no venga más a esta casa mientras estén en ella vuestros hijos? ¡Creía que me teníais en mayor estima!

Hubo un silencio prolongado; la señorita Guisset debía sentir un justificado disgusto, aunque parecía mofarse de todo aquello con sus ademanes desenvueltos.

Entre tanto, Florian Bousquet tomó partido por mantenerse al margen, ya que a duras penas lograba disimular su cólera. Dubois no sólo mantenía una relación secreta con Elizabeth Guisset, algo de lo que él hasta entonces no había tenido una certeza fehaciente, pero que desde luego había supuesto...

sino que les había ocultado a ambos desde el principio que era un hombre casado y que tenía hijos. Y para empeorar las cosas, con todo descaro, ¡le escribía una nota a ella en la que de la forma más ignominiosa le revelaba tan sorprendente noticia y le rogaba que se abstuviera de volver a verle a fin de no indisponerle con su familia! Bousquet no daba crédito a aquel comportamiento por demás infame; jamás hubiera sospechado tal cosa de Dubois, a quien hasta entonces había tenido por un noble caballero. Por otra parte, ahora que sabía que Dubois tenía una encantadora hija, a la que acababa de conocer por casualidad, lamentaba mucho más la situación. Se preguntó cuántas secretos más le habría ocultado Dubois. Bousquet empezó a mirar con otros ojos a su vecino.

Dubois por su parte no acertó a decir nada antes de que su amante siguiera hablando; se limitó a mirar el papel que ella sostenía en alto. Lamentaba enormemente el error que había cometido al escribirlo, pues con ello sólo había logrado el efecto contrario al deseado, y debería haberlo previsto.

—No debisteis escribirme una nota de esta naturaleza, dice mucho en contra de vuestra educación. Si no valoráis mi amistad lo suficiente como para apreciarla, no tendríais que haberla cultivado, ¿no os parece? —Guisset dejó la mencionada nota sobre la mesa. Un mohín en su rostro estropeaba ahora su natural hermosura—. Para un asunto así, hubiera preferido que hubieseis venido a verme personalmente, como hago yo ahora. Podría haberme limitado a escribiros otra nota como respuesta a la vuestra y habéroslo enviado a través del señor Bousquet, o de cualquier otro, pero entonces estaría cometiendo el mismo error y pecaría de la misma infamia —tomó aire un momento antes de seguir—. En cambio he querido venir para que me expliquéis en persona por qué no me habíais hablado antes de vuestra familia, o ¿acaso no lo merezco? Mi amistad no lo vale, señor... ¿O quizás os valoraba muy por encima de lo debido? —Bousquet observaba atento a las reacciones de Dubois—. Respecto a vuestra hija, ya os lo he dicho. Hemos tenido el placer de conocerla de camino aquí... En cuanto a eso, no debéis preocuparos por mí, he sido extremadamente discreta. Apenas ha reparado en mí... Es una muchacha muy bella, encantadora... Estoy convencida de que se parece a su madre.

—Supongo que no pretenderéis chantajearme. Una sola palabra a mi hija y os lo haré pagar caro... —logró interrumpir Dubois con evidente soberbia—. Pese a no haberos hablado de mis hijos hasta ahora no tenéis derecho a

irrumper de esta manera en mi vida personal, ni creeros con poder sobre mí como para pretender intimidarme, señorita...

—¡Por Dios Dubois! —le increpó Bousquet levantándose a medias—
¡Conteneos! ¡Nadie os está chantajeando!

—Vaya —Guisset le detuvo con un ademán de su mano—, no le deis tantas vueltas, caballero. Ya veo que vuestra imaginación os ha jugado una mala pasada —reconvino de pronto ella con voz áspera aunque comedida—. A pesar de todo, de las mentiras y de vuestro ruin comportamiento, pasaré por alto lo ocurrido si os avenís a razones, o en su lugar me dais un motivo claro y suficiente para no venir más. Hablad, ya que al parecer hasta ahora sólo habéis sabido mentir. Decidme que sois hombre casado, con una familia a la que cuidar, y que por tal motivo no deseáis volver a verme jamás. No parece tan complicado, ¿verdad?

Dubois no quiso decir nada. Miraba los sensuales labios de Guisset y se sentía incapaz de renunciar a ella. Tampoco deseaba recapacitar ni retractarse por haberle ocultado aquellas cosas, por eso se mantuvo en obstinado silencio.

—Querido, creo que mi presencia aquí es mucho más conveniente de lo que habéis querido reconocer... No podéis mantenerme eternamente en secreto... y Bousquet estará de acuerdo conmigo en este punto.

Bousquet desvió la mirada y no contestó. En realidad no estaba de acuerdo con nada, ni con Dubois ni con ella. Desaprobaba la conducta de ambos.

—En fin —sonrió ella—, rogué a Bousquet que me acompañara a vuestra casa, pese a vuestra nota, porque me niego a mantenerme al margen, a ser un secreto —Bousquet miraba con aprensión a Dubois—, y por supuesto pensé que él también debía saber la verdad. Creo que exageráis con respecto a vuestros hijos. Somos algo más que amigos... ¿No es así? Aunque comprendo que no es el momento para hacer revelaciones, vuestra nota me otorga una desfachatez y falta de compostura que no son propias de mí. Me habéis insultado, señor. Yo no sabía que sois hombre de familia, viudo desde hace poco además... Vaya, qué poco habéis llorado a vuestra esposa... Vos me lo habéis ocultado deliberadamente. La desfachatez es vuestra. Solucionadlo como os plazca, pero no me impongáis a dónde puedo ir o no ir. Debéis tomar una decisión definitiva, o bien me marcharé para no volver, o bien buscaréis la forma de que vuestros hijos me conozcan y me acepten. Una de las dos me devolverá la honra que me habéis arrebatado.

Dubois se sentía acorralado en su propia casa. No quería terminar con su relación y no podía reprocharle su enfado, menos después de haberle mentido. Se dio cuenta consternado de la forma en que Bousquet le miraba.

—No podéis apartarme como si fuera un mueble después de la relación que hemos tenido —siguió ella haciendo caso omiso de su evidente enfado—, y espero que recapacitéis acerca de ello. No se trata así a seres queridos, y creedme, si no os retractáis lo lamentaréis...

—¡No! No... —Dubois se lo pensó antes de hablar, buscaba desesperadamente una excusa que le librara de culpa ante Elizabeth Guisset. Finalmente optó por mantenerse en su postura—. No tengo por qué justificarme... Y desde luego no quiero que volváis por aquí mientras estén mis hijos en la finca. Al menos por el momento. Esto debería ser suficiente para vos. Ya os lo dije, no es el momento más indicado.

—Oh, estoy segura de ello, mi querido amigo... ¿Cuándo vuestros hijos se hayan ido volveré a veros? Vaya desfachatez... Mi corazón me advierte de que para vos soy sólo una amistad relativa, ahora sí, ahora no... Bousquet y yo os valorábamos... cada uno a su manera, nunca pensé que os conduciríais de una forma tan poco caballerosa. ¿Acaso no me consideraríais digna? ¿He hecho o dicho algo que os lleve a creerme tan infame? Nunca ha sido mi intención ocasionaros problemas, y ésta es la moneda con la que me pagáis...

—Grégoire, recapacitad... —intervino con determinación Bousquet. Él creía conocer bien a aquella mujer y aunque reconocía en su carácter algunos aspectos ciertamente inquietantes e incluso indecorosos en muchas ocasiones, no dejaba de valorarla y tras haber guardado silencio todo el rato había acabado pensando que había llegado la hora de salir en su defensa. Dubois había cometido una falta grave—. La señorita Guisset es digna de vuestra amistad como de la mía, desde luego merece todo mi respeto. La verdad, no entiendo qué os ocurre. ¡Mentirnos acerca de vuestra familia y después prohibirle venir por aquí mientras estén vuestros hijos! ¡Y a través de una impersonal nota! ¿Qué os sucede? Os tenía por un caballero... Ya solamente semejante actitud constituye toda una afrenta, y, sinceramente, ella está en su derecho de perdonaros o no... Personalmente me siento estafado, no sé quién sois.

—No diré aquí nada más —se defendió Dubois—. Sólo os ruego algo de tiempo, señorita, para poner las cosas en su sitio —su voz se hizo más suave y una mirada de ansiedad asomó a sus ojos azules—. No deseo perderos, y os

prometo una compensación... Por ahora, baste mi palabra de que remediaré este error y os pondré en el lugar que os corresponde. Pero dadme tiempo, respetadme y esperad a que os llame.

—No haré tal cosa. No pienso esconderme. Si habéis de necesitar tiempo, será a vuestra costa, no a la mía.

Dubois no quiso seguir escuchando. Se levantó de repente y con gesto airado les hizo entender que daba por finalizada aquella visita. No permitiría ni un segundo más la presencia de aquella inoportuna visita en su casa. Temía que su hija regresara de su paseo en cualquier momento, o que Gael bajara de su habitación.

Bousquet comprendió que debían marcharse. Titubeó unos segundos, tentado de forzar a su amigo a reparar sus errores allí mismo, pero finalmente se encaminó a la puerta. La señorita Guisset se alzó, muy molesta, aunque sin perder su aplomo, y sin más siguió a Bousquet.

—Espero ser recibida en otra ocasión con mejores muestras de amistad, señor —dijo antes de cruzar la puerta—. Acabaréis por darme la razón, no ahora, pero estad seguro de que pronto tendréis que reconocer ante mí lo equivocado que habéis estado, y entonces os daréis cuenta de lo mal que me habéis tratado, de vuestra arrogancia y vuestro desprecio. Ese día volveremos a hablar, y os prometo que estaré dispuesta a perdonaros si os retractáis.

Dubois no respondió, estaba dominado por sentimientos muy controvertidos que muy fácilmente le hubiesen traicionado de querer decir algo que le excusara frente a ella. Estaba contrariado, consigo mismo, con Bousquet por enfrentarse a él, y con la dama por su atrevimiento. La dejó salir sin abrir la boca, admirándose a pesar suyo de la suavidad de la curvatura de sus delicados hombros.

Bousquet la dejó pasar y volvió a la biblioteca. Cuando se hubo asegurado de que ella se había alejado lo suficiente como para que no pudiera oírles, se dirigió a él.

—Sabed que lamento lo ocurrido. Quiero suponer que teníais vuestras razones para haberos comportado como lo habéis hecho —Dubois suspiró impaciente. No deseaba el sermón de aquel joven. Podría ser su hijo, de hecho, debía tener la misma edad que Edouard, o pocos años más—. Aun así, he de insistir en que no os habéis conducido como debe hacerlo un caballero; ella tiene razón en este aspecto —Dubois se apoyó con cierto desdén en la puerta—. No es mi intención ponerlos en una situación comprometida, como

creo que estáis pensando... —recapacitó unos instantes antes de continuar, como si quisiera dotar de una mayor solidez a su razonamiento—. A pesar del carácter liberal o las insinuaciones de la señorita Guisset, ella no es culpable. Vos señor, alentasteis su amistad e incluso llegasteis más allá. Debéis reconocer vuestra responsabilidad en la actual situación. Ella no os traicionará delante de vuestros hijos, no lo creo, y deberíais buscar una salida honrosa para ambos si no pensáis continuar adelante con ella de forma honorable.

—¿Casarme con ella? ¿Estáis hablando de matrimonio? —se mofó Dubois—
¿Pretendéis que se la presente a mi hija y le diga: querida, ésta es tu futura madre? Ah no, señor... ¿Habéis terminado? Porque señor Bousquet, estáis equivocado si creéis que podéis decirme lo que debo o no debo hacer. Nuestra amistad no llega tan lejos. Mis hijos no pueden saber que sostengo una relación así cuando hace pocos días que falleció mi esposa, sólo les alejará de mi lado, y no estoy dispuesto a que eso suceda. Y por último, la señorita Guisset desea un compromiso que no puedo ofrecerle, no tengáis duda sobre ello.

—¿Por qué entonces alentáis sus sentimientos? Nadie os obligó a cortejarla, es más, es impropia tal actitud en un hombre casado... Sed sincero con ella ahora, ya que no lo habéis sido hasta ahora con ninguno —acusó Bousquet con cierto resquemor—, decidle que no la amáis o casaos con ella.

—No me sermoneéis, Bousquet. Mi matrimonio era una farsa. Un hombre tiene derecho a buscar la felicidad si no la encuentra en su casa. La señorita Guisset llegó en el momento adecuado...

—Está bien... —Bousquet le miraba como si le viera por primera vez. La alarma palpitaba en sus entrañas advirtiéndole de la mezquindad manifiesta de las palabras de su amigo—. No estoy de acuerdo, no puedo estarlo... Pero en virtud de vuestra amistad y como no deseo importunaros más, dejemos tan desagradable asunto por ahora... Buenos días.

—Buenos días.

Así fue como Florian Bousquet se fue, llevándose consigo a Elizabeth Guisset. Dubois se quedó contemplativamente junto a su chimenea, sopesando nervioso las consecuencias de aquella inquietante y rápida visita. En un raptó de rabia cogió la nota que ella había dejado sobre la mesa y arrugándola en su mano la arrojó al fuego para que se quemara. Se arrepentía de haberla escrito, reconocía su error y se repetía una y otra vez que en lugar

de prevenir lo único que había logrado había sido atraer el peligro. Ahora Elizabeth Guisset representaba una vaga amenaza de naturaleza desconocida, una sombra que entorpecería sus planes para reconciliarse con sus hijos... Cómo lo haría, lo ignoraba todavía, pero sabía que sucedería.

Capítulo 11

Al cabo de unos días Bousquet decidió que debía llevar a cabo la velada y enviar la invitación a casa de Dubois a tal efecto, pues a pesar de las circunstancias reconocía la razón que asistía a Guisset. Había invitado a la señorita Salazar antes de discutir con Dubois, y ahora no podía retirar el ofrecimiento sin una mínima explicación. ¿Y qué explicación podía ser esa? Tras mucho meditar optó por superar su natural recelo y malestar con Dubois y celebrar dicha velada. Así pues ocupó toda una mañana en la redacción de una nota extensa y estudiada en la que se disculpaba por las graves palabras que entre los dos se habían cruzado la última vez que se vieran. Procuró esmerarse en cada línea, eliminando todo rastro de rencor en sus expresiones, pidió disculpas dotando de sinceridad a la carta y le rogó que como muestra de reconciliación aceptase asistir a la velada que proyectaba celebrar en breve acompañado de sus hijos, a los que deseaba conocer.

Dubois por su parte recibió aquella carta con satisfacción. No era que despreciase la amistad de Bousquet, pero valoraba las oportunidades que su relación con él podía brindarle en aras de un mayor acercamiento a sus hijos. Sin duda una velada en casa de un caballero reputado como Bousquet le daba prestigio a él, y le ofrecía un entorno perfecto para lucirse ante Milena. Significaba un paso más hacia el perdón en el corazón de su hija. Así, cuando Maxime le llevó tan amable carta y la leyó, decidió al punto hablarle a Milena y convencerla de que debían aceptar la invitación.

Pero Milena ya estaba al tanto de esa celebración, tal y como le hizo saber enseguida. Le explicó algo tímida que se había encontrado al caballero en cuestión durante su paseo por el bosque, y que él ya le había transmitido su

deseo de que acudiese a la velada. Pero no pensaba ir.

Dubois se disgustó al ver que ella rechazaba una oportunidad como aquella y trató de que cambiara de opinión por todos los medios. Le habló con cariño de lo agradable que resultaría disfrutar de la compañía de tan respetable caballero, de lo bien que les vendría salir a cenar fuera del círculo familiar, conocer a otras personas... Todo sin éxito. Milena se empeñó en decir que no y nada pudo hacer contra su obstinación.

Afortunadamente Edouard regresó al día siguiente de Lyon. El joven se presentó por la mañana, a caballo, cansado pero satisfecho. Fue recibido con grandes muestras de alegría por parte de sus hermanos, y un reservado saludo por parte de su padre. Se instaló en una estancia cercana a la de su hermana y después de descansar se dispuso a conversar con Milena para ver qué tal habían pasado aquellos primeros días en compañía de su progenitor. Ella se mostró contenta en general, le habló con entusiasmo de la finca, ensalzando las bellezas de aquellos parajes, de las agradables veladas en familia, de la alegría de Gael, cuyo ánimo había mejorado muchísimo... Todo parecía ir bien. Sin embargo, no pudo evitar contarle a su hermano lo referente a la visita de aquel hombre misterioso de quien no había logrado olvidarse. Le relató algo exaltada cómo su padre le había mentido al preguntarle acerca de tan extraña visita, y le describió el aspecto tan inquietante del caballero. Edouard no recordaba a nadie parecido entre las amistades de su padre, y supuso que debía tratarse de algún vecino de Beaune. Procuró calmar a su hermana al respecto. Sin embargo Milena aún tenía más cosas que contarle que en nada ayudaban a mejorar la impresión negativa que Dubois despertaba en ella. Le habló de su fortuito encuentro con Florian Bousquet y la señorita Elizabeth Guisset en el camino del bosque, y le advirtió de que por lo visto ni el caballero ni la dama estaban al tanto de que su padre estaba casado o tuviera hijos.

—¿Por qué iba a mentir en ese aspecto? ¿Por qué ocultar a sus amistades que es un hombre de familia? Estas cosas me inquietan muchísimo, Edouard... Nuestro padre es un mentiroso.

—Pero Milena, eso ya lo sabíamos, no sé de qué te asombras —repuso Edouard pensativo—. En fin, esto ahora ya no es un secreto para ese caballero, me pregunto qué habrá pensado al respecto.

—No es nuestro problema, ¿no crees? Es papá quien ha quedado como un mentecato ante él... A pesar de todo me invitó a una velada que al parecer

tenía intención de celebrar. Papá recibió la invitación formal el otro día, pero yo me niego a asistir.

—¿Qué clase de caballero es ese tal Bousquet? No he oído hablar de él.

—Según papá es hombre respetable y de gran fortuna, muy conocido en la región.

—Entonces, ¿por qué negarse a tan amable consideración hacia nosotros? Probablemente sólo desee conocer a la familia de su vecino, nada más natural.

Edouard no había recibido tan mal como su hermana la posibilidad de trabar amistad con Bousquet, pues sintió inmediatamente una natural curiosidad por el caballero. Empeñado en conocerle quiso convencer también él a Milena de que debían acudir a esa velada. La joven se molestó mucho al ver que todos trataban de persuadirla y se obstinó más que nunca en renunciar a cenar en compañía del caballero.

Por tanto la invitación que Bousquet con tanto cuidado había redactado pensando en no ofender a unos y a otros, suscitó no pocos desvelos en casa de Dubois. Obtuvo el inesperado apoyo de Edouard, que veía en aquella cena la oportunidad de hacer una nueva amistad, el disgusto de Milena, quien por motivos que ni ella misma lograba concretar no deseaba conocer mejor a Florien Bousquet ni volver a ver a la señorita Elizabeth Guisset, cuya asistencia daba por sentado, y por último el enfado de Gael, que por su corta edad no podría asistir a la mencionada reunión. El chiquillo se encerró en su habitación como protesta y la joven Muriel tuvo que cuidar de él toda la tarde, haciéndole compañía.

—No soy tan joven, ¿por qué no puedo asistir a esa cena? —decía Gael mirando por la ventana con los brazos cruzados y el mentón apoyado en las manos.

—Para algunas cosas sois aún demasiado niño, señor, pero por encima de todo deberíais obedecer sin rechistar los deseos de vuestro padre y de vuestro hermano Edouard. Parece un joven muy sensato. Eso demostraría madurez y haría que más adelante cambien de parecer, reconozcan que ya sois mayor y os lleven a otras veladas.

—¿Y qué sabes tú de eso Muriel? Para lo que quieren ya soy maduro, y para lo que no, sigo siendo un niño. Yo creo que ya he demostrado una y mil veces que he crecido... Pero tú llevas poco tiempo aquí para apreciarlo, no me conoces lo suficiente.

—Lo suficiente sí, señor, muy al contrario —aseguró ella afirmando con la rubia cabeza—. Yo diría que sois ya todo un caballero, hecho y derecho.

—Pero lo que tú creas no me ayudará, Muriel, y me tendré que quedar aquí contigo mientras Milena y Edouard se divierten conociendo a otras personas...

—¿Tan desagradable os resulta mi compañía?

Gael lo meditó muy serio, y tras unos instantes de reflexión decidió que Muriel era una buena amiga en realidad. Podía hablar con ella de casi todo, y era sensiblemente más divertida que Estela.

—No —aseguró convencido—, eres buena compañía en realidad.

Mientras tanto, la idea iba cuajando en el seno de la familia. Milena era la única que mostraba recelo. No expresaba por qué no deseaba asistir, pero su obstinación, como siempre, ganaba terreno. Dubois trataba de convencerla de que aquella reunión les iría bien a todos sin éxito. Edouard fue quien jugó un papel importante a la hora de vencer su terca negativa. Su persuasiva personalidad obró en aquella ocasión un pequeño milagro.

—Milena, ¿por qué esa actitud? —le dijo para obligarla a sincerarse— ¿Tan desagradable te resulta ese caballero?

—Hay algo en él... —ni ella misma podía descifrar la auténtica naturaleza de su reacia actitud—. No sé, me hace sentir incómoda. Y la señorita Guisset, ya te hablé de ella, estoy convencida de que no nos llevaremos bien.

—Son excusas. Milena, sé que eres tímida, y lo comprendo, pero no puedes rechazar cada invitación que recibas de esta manera. Si no acudes, no mediando razón alguna que lo justifique, el señor Bousquet se sentirá defraudado y molesto, y con razón. Reconoce que así haremos nuevas amistades, y podrás distraerte un poco, salir, cambiar de aires... Eres una muchacha en plena juventud, es ahora cuando debes disfrutar un poco, tratar con otras personas, relacionarte, y sobre todo dejar atrás el pasado... Si después resulta que tenías razón con respecto a esa señorita e incluso con respecto al caballero, siempre podrás evitar su compañía, pero ya con motivos más sólidos.

—No sé, puede que tengas razón.

—La tengo. Confía en mi buen juicio, te lo ruego.

Cuando Edouard, tras sostener varias conversaciones como ésta con su hermana, logró vencer sus reticencias y que accediera, se lo dijo a su padre. Éste, entusiasmado, echó mano de su pluma y escribió un mensaje largo y

premeditado para Bousquet; llamó a Rafael y lo envió enseguida a la finca del caballero con la respuesta afirmativa escrita de su puño y letra. En la nota aceptaba de buen grado sus disculpas y le anunciaba que iría encantado a la cena acompañado de sus dos hijos mayores. Dubois estaba muy satisfecho, le preocupaba que la señorita Guisset también hubiese sido invitada, algo bastante probable, pero se negaba a adelantar acontecimientos, seguro de poder dominar la situación cuando se diera. Su único objetivo era atraerse a Milena en un ambiente distendido, donde los rencores y los reproches no tuviesen cabida, y estaba a punto de lograrlo, gracias a Edouard. Éste lo había hecho guiado por otros motivos muy distintos a los suyos, pero al fin y al cabo había trabajado a su favor. Además, Dubois sabía que su amistad con Florien Bousquet se había visto comprometida por el incidente con Guisset, desavenencias que en parte quedarían resueltas esa noche.

Salvando estas vicisitudes, los días transcurrieron rápidamente, y antes de que se dieran cuenta se encontraron preparándose para acudir a la cita. Con ayuda de Maxime, Dubois se hallaba en su alcoba vistiéndose; se estaba poniendo una elegante chaqueta sobre el chaleco y después de contemplarse en el espejo quedó por fin satisfecho de su aspecto. Entonces salió de su habitación. Edouard y Milena le esperaban ya en la entrada, donde había sido dispuesto el coche que les llevaría a la casa de Florien Bousquet. Mientras bajaba las escaleras no pudo dejar de observar que su hija se había convertido en una hermosa mujer, y sobre todo en cuánto se parecía a su madre... Asombrado contempló su finísimo cabello castaño, su tez pálida, sus grandes ojos oscuros, su figura... todo en ella le recordaba a Sara Salazar. Profundamente conmovido se detuvo un momento; luego, sin saber muy bien por qué, se volvió y miró hacia arriba. Gael, que estaba apoyado en la barandilla con aire decepcionado, le devolvió la mirada; luego se volvió y se marchó sin decir nada. Gael era demasiado joven aún para aquella clase de reuniones.

—Vamos papá, llegaremos tarde —advirtió Edouard desde abajo. Milena se aferraba a su brazo con fuerza—. Deja a Gael, ya se le pasará.

—Hija mía, estás radiante...

—No es lo que pretendía, desde luego —contestó ella con un mohín distraído. Estaba contrariada porque se había prometido no esmerarse demasiado en la elección del vestido y ahora parecía una muñeca. No quería acudir así a la velada de Bousquet.

—Lo pasarás bien, Milena —protestó Edouard—. Además, estás guapísima —añadió con admiración—, ¿cuándo dejaste de ser niña para convertirte en una mujer tan hermosa? Florian Bousquet se quedará prendado de ti en cuanto te vea.

—Harás que me ruborice y me arrepienta de ir a esa velada... —murmuró ella muy inquieta—. Perdóname, te aseguro que ahora que ya estamos a punto de salir me apetece muchísimo cenar fuera, pero te agradecería que te abstuvieras de hacer esa clase de comentarios.

—Lo haré encantado, Milena. Sólo quiero verte sonreír. ¿Lo harás?

—Tú eres el único capaz de arrancarme una sonrisa sincera, querido hermano, si no lo estropeas con tus bromas —la sonrisa que lució entonces en su maravilloso rostro fue mágica y nada aparentada. Edouard sonrió a su vez y la besó en la mejilla.

—¿Cuánto hay hasta la casa de ese caballero, papá?

—Apenas cinco kilómetros, siete a lo sumo, según creo. Te aseguro que Rafael nos llevará allí antes de que te des cuenta.

El trayecto fue corto y agradable, tal y como Dubois había prometido. La noche acompañaba, el cielo lucía estrellado y aun cuando la temperatura había bajado notablemente, en el interior del carruaje ninguno notó sus efectos. Padre e hijo se sentaban enfrentados, sin dirigirse la palabra más de lo necesario. Cada uno recelaba del otro, Edouard trataba de dejar a un lado sus diferencias, sin por ello cerrar los ojos al más que probable fraude al que su padre pretendía arrastrarles, eso era evidente para él, y Dubois simulaba ante su hijo prodigarle un afecto que estaba lejos de sentir. Semejante pantomima se desarrollaba ante Milena con sutileza, aunque ella captaba el tono socavado de esa falsa relación con una facilidad que ninguno de los dos sospechaba. La joven suspiró, sentada junto a Edouard. No lograba reprimir el desasosiego en su pecho, ni estando con su hermano. Estaba acostumbrada a esa clase de veladas, desde luego, en Lyon solía acudir a los bailes, al teatro, a la ópera... pero allí, en Beaune, todo acontecimiento se tornaba más íntimo, más personal... Y su timidez había aflorado como por encanto, traicionera e imprevista. Edouard le oprimió la mano con cariño.

En cuestión de una hora escasa se hallaron a las puertas de una hermosa casa de estilo victoriano. Las luces estaban encendidas y algunos criados aguardaban ya en el exterior. Otro coche de caballos y una calesa sencilla y discreta se encontraban cerca de allí, lo que significaba que otros invitados

habían llegado con antelación. Edouard salió y ayudó a Milena a bajar con caballerosidad, tendiéndole la mano. Se volvieron hacia la casa y admiraron juntos su elegancia. Tras ellos Dubois cerró la portezuela del coche.

—Será mejor que entremos, creo poder decir que somos los últimos y no quisiera ser tan impuntual con nuestro amigo.

Uno de los criados les condujo ceremoniosamente hacia la entrada principal. Al cruzar la puerta accedieron a un magnífico recibidor, donde fue el propio Florien Bousquet quien les dio la bienvenida. Sonreía muy halagado de que hubiesen aceptado acudir a su casa y no quiso aceptar sus excusas por el retraso. Se adelantó muy seguro de sí mismo, se inclinó ante Dubois sin asomo de enfado, y recibió la presentación de sus dos hijos con esmerada atención. Edouard estrechó una mano firme y cálida, habló con él y comprendió de inmediato por qué aquel caballero turbaba tanto a Milena. Al tratarle descubrió a un joven de unos veintinueve años, alto, de aspecto agradable, afable y en extremo correcto; le observó cuando saludaba a Milena, y en el modo en que sujetaba su mano al saludarla adivinó auténtica admiración y respeto. Aquella elegante deferencia hacia su hermana provocó en ella un rubor intenso que él no dejó de advertir con una sonrisa. Edouard ya le profesaba una incipiente simpatía y juzgó que aquel joven sería un buen amigo cuando se conocieran mejor. Cruzó algunas palabras de cortesía más con él, y a continuación Bousquet les acompañó hacia el salón, donde les dijo que ya esperaban el resto de los invitados.

El lujo del recibidor no había sido sino la antesala de lo que encontraron después en el resto de la soberbia casa. Toda ella estaba finamente decorada, repleta de detalles, sin que ello implicara exceso alguno en el gusto de su dueño, que predominaba en la acertada elección de cada mueble, de las cortinas, las alfombras, cuadros y figuras. Esto agradó a Milena, pues al conocer a Bousquet durante su paseo a caballo le hubiera tildado de hombre aparente e inclinado a presumir. Ahora meditaba sobre ello y pensaba en lo equivocada que había estado y en que tan injusta impresión debía habérsela provocado más Elizabeth Guisset que él mismo.

Florien Bousquet no pudo mostrarse más atento y amable con sus invitados. Sus modales, carentes de exceso y ampulosidad, cautivaron muy pronto a los hijos de Dubois, y su mente abierta e inteligente atrajo fácilmente la amistad de Edouard; ambos eran jóvenes, con apenas cuatro años de diferencia entre ambos, siendo Bousquet el mayor de los dos, y compartían al parecer las

mismas inquietudes.

Cuando les hizo pasar al salón, observaron la presencia de un sacerdote de apariencia sencilla y recatada, el cual sostenía una conversación con dos mujeres, una de ellas elegantemente vestida y de extremada belleza, la otra más modesta. La fuerte personalidad de la primera sorprendió a casi todos. El grupo guardó silencio, preguntándose Edouard cuál de las dos podría ser la señorita Elizabeth Guisset, de la que tanto le había hablado Milena; tras observar a las dos señoritas unos instantes adivinó con facilidad que debía tratarse de la señorita más hermosa y llamativa. Bousquet, que había previsto la reacción de Dubois al ver a Guisset en la velada, se apresuró a adelantarse y presentar debidamente a sus invitados.

—Permítanme presentarles a la señorita Elizabeth Guisset, de Bergerac — Edouard sonrió satisfecho de haber acertado—, y a su prima la señorita Emmanuelle Bertrand, ellas son mis invitadas estos días. Vos, señorita Milena, ya conocisteis hace poco a la señorita Guisset.

—Lo recuerdo... —afirmó Milena inclinándose ante ella con una sonrisa.

—Éste es el padre Lautrec, nuestro párroco. Vos, Dubois, no le conocíais.

—Buenas noches, señores —saludó Lautrec. Era muy alto y extremadamente delgado, de piel amarillenta y cerosa, pómulos hundidos y mirada huidiza. Parecía agitado e indispuerto.

Ambas señoritas se inclinaron a su vez con respeto y su aspecto agradó a todos, excepto a Dubois y a la propia Milena, que sin saber por qué no acababa de tolerar a Guisset. Por lo que afectaba a Dubois, suponía una ofensa personal el que Bousquet se hubiese atrevido a invitar a la señorita Elizabeth sabiendo como sabía la clase de relación que mantenía con ella y que su presencia allí podía acarrearle graves problemas. Desde luego había previsto que tal cosa pudiera suceder, pero al verla allí su animadversión hacia el caballero aumentó notablemente. No obstante, después del inicial enfado, y evaluando las circunstancias, el carácter de Guisset y recordando sus palabras durante su última conversación, se planteó si la iniciativa no habría partido más bien de la joven dama. Al llegar a la conclusión de que ciertamente así debía ser, empezó a tomársela mucho más en serio y procuró perdonar a Bousquet. Tuvo que disimular y aceptar el hecho de que sus hijos iban a conocer a la mujer a la que amaba sin control, pasionalmente, a su amante... Sólo deseó que ni Edouard ni Milena entablaran amistad con ella y que todo se redujera a un esporádico y puntual encuentro. Tendría que

advertir a Guisset para que no se extralimitara, esperaba de ella que se abstuviera de ponerle en evidencia.

La señorita Emmanuelle Bertrand, en contraste con su prima, resultó ser una muchacha muy tímida, de excelentes modales, nada afectada y muy modesta y recatada, todo lo contrario que Guisset. Su delicadeza era relevante tanto en su personalidad como en su apariencia. Desde el principio se distanció de los demás, como si temiera tener que mantener una conversación; mantenía en todo momento la cabeza baja y se refugiaba tras su prima, eludiendo así todo compromiso con aquellos desconocidos. Bousquet trató de hacerla hablar en varias ocasiones, pero en cuanto se dirigía a ella la muchacha enrojecía y acababa murmurando por lo bajo alguna cosa ininteligible, por lo que pronto todos la dejaron tranquila, lo cual pareció tranquilizarla muchísimo, sin que por ello cambiara su actitud en toda la velada.

Antes de cenar Guisset se acercó a Milena y le rogó que tocara el piano, pues al parecer Edouard le había asegurado, al ver que Bousquet disponía de uno, que era éste un arte que ella dominaba muy bien. La joven palideció al principio, trató de excusarse aludiendo a una prolongada ausencia de práctica y quiso que Edouard la sustituyera, pues él también tocaba muy bien. Pero fue tal la insistencia de los presentes que al fin hubo de sentarse complaciente al pie del magnífico instrumento, a todas luces sin estrenar. Con razón Edouard había alabado su destreza, pues la música era para ella magia en estado puro, y no sólo interpretaba maravillosamente bien, sino que ponía tanto sentimiento en la ejecución de cada pieza escogida que lograba emocionar. Con prontitud tuvo cautivado a su pequeño auditorio, cuyos aplausos cuando terminó sólo lograron turbarla hasta hacerla enrojecer. Dubois fue en especial pródigo en alabanzas, y Edouard tuvo que acudir en ayuda de su hermana antes de que su natural timidez fuera demasiado patente. La señorita Guisset se acercó a ella e insistió en que la dejara cantar mientras ella la acompañaba al piano. Milena no simpatizaba con ella, pero su educación le impedía negarse con tanto descaro, por lo que aceptó demostrando una amabilidad que estaba lejos de sentir. A Guisset no se le había escapado qué clase de emociones despertaba en la muchacha, pero no se sintió ofendida. Era la hija de Dubois, y si llegara a saber que ella era la amante de su padre, con razón acabaría odiándola. Se colocó a su lado muy altiva y tras meditar entre las dos qué pieza podrían interpretar, Milena empezó a tocar una alegre melodía. Guisset esperó el momento adecuado y

entonces elevó una voz cálida y armoniosa en perfecta sintonía con las notas que Milena arrancaba a aquel magnífico piano. La belleza de las dos mujeres resaltaba aún más al unir su talento natural para la música. Milena era de una belleza frágil, delicada y distante, siempre envuelta por un aura de misterio cautivador, en cambio Elizabeth era hermosa y seductora, hechizaba su figura y atraía su mirada desafiante. Juntas resultaban una extraña pareja, tan distintas una de otra como perfectas para la música cuando la compartían. Al terminar, Dubois quiso alabar a su hija y demostrar un sincero afecto hacia ella.

—Querida, me alegro de ver que eres una auténtica virtuosa del piano. Siento que no dispongas de uno en casa...

—Papá, no es necesario... —enrojeció Milena.

—No, desde luego que sí. Sabes que no te privaría de nada, y me encantaría proporcionarte uno sólo para que nos deleites con tu talento cada noche...

—Papá... —¿a qué venía tanta adulación? Nunca le había regalado nada y ahora trataba de agasajarla delante de aquellos desconocidos.

—Tenéis un padre muy considerado, querida —dijo Guisset tomándola del brazo con familiaridad mal recibida.

—No escatimaría nada si es por mi hija. ¿En qué otra cosa podría aprovechar mi fortuna aparte de cuidar de ella? Nada le faltará si de mí depende.

Edouard le observaba con curiosidad. Conocía bien a su padre y sospechaba cierta falsedad en aquella forma de colmar a Milena de atenciones. Se preguntaba si pretendía ostentar ante Bousquet, el sacerdote y las otras señoritas.

—Señorita Salazar, sois afortunada de tener un padre tan atento —intervino Lautrec, quien desde el principio se había mostrado ausente e inquieto—, deberíais estar encantada de semejante cumplido a vuestro talento, sin duda.

Milena no contestó. Estaba enojada con su padre y bastante avergonzada a causa de aquella actitud sobreactuada. Después de un rato, y para alivio suyo, dejaron el piano y fueron pasando de un entretenimiento a otro, sin que hubiera espacio para el aburrimiento. Ningún silencio incómodo enturbió la reunión, y cada uno pareció encontrarla grata a su manera, puesto que además Bousquet estaba demostrando ser un soberbio anfitrión. Attendía a las damas con fina elegancia, se interesaba en su conversación, procuraba no perder de vista al tímido Lautrec, cuya tendencia a mantenerse algo apartado era manifiesta, y hablaba con locuacidad a Edouard, de quien ya albergaba una

favorable impresión. Dubois sin embargo no estaba tan contento de cómo discurría la velada. Buscaba el momento de atraer aparte a Guisset y hablarle. Al fin pudo apartarla del resto sin llamar la atención.

—¿Os molesta que me acerque a vuestros hijos? —le susurró Guisset al oído —, vuestra hija es muy bella, resulta inevitable que cualquier joven sienta antes o después alguna inclinación hacia ella... Por otra parte, es demasiado evidente vuestro malestar, querido, deberíais procurar disimular un poco.

—Os pedí que no vinieseis... Ya veo que no tenéis respeto alguno. Me equivoqué al juzgaros. Os ruego que procuréis demostrarme algo más que deferencia... no me pongáis en evidencia esta noche.

—¿Vos habláis de respeto? Procurad contener vuestra lengua para otra ocasión y relajaos, no voy a ponerlos en un compromiso. Sólo he venido a una agradable velada en casa de mi amigo Bousquet... ¿Y vos? ¿A qué habéis venido, Dubois?

Él apretó los labios y abandonó su incómoda compañía. Se anunció que la cena estaba lista y se dirigieron al comedor.

—Decidme señorita Salazar —le decía en aquellos instantes Bousquet a Milena—, ¿encontráis agradable la vida en el campo?

—Hasta hace bien poco estaba deseando marcharse, os lo aseguro —intervino Edouard—. Mi hermana no encuentra aquí suficientes distracciones, fuera de los paseos a caballo.

—Oh sí, recuerdo que fue así como nos conocimos —dijo Guisset sonriendo a Dubois desde el otro extremo de la mesa.

—¿Siempre habláis vos por ella? —sonrió Bousquet a Edouard sin mala intención.

—Creedme que no, señor —se adelantó Milena mirando de soslayo a su hermano—. Es cierto que le dije a Edouard que no veía entretenimiento suficiente aquí como para quedarnos demasiado tiempo, pero...

—¿Ahora sí?

Milena se echó atrás para que le sirvieran y no contestó inmediatamente.

—Hallaría otros motivos si no fuera porque como sabéis acabamos de perder a nuestra madre, y lo cierto es que al menos a mí me cuesta separarme de todo lo que me la recuerda. En Lyon está todo cuanto la rodeaba... La echo de menos, señor Bousquet, estoy convencida de que vos comprenderéis la solidez de una excusa como ésta, más que suficiente, además, para desearirme. Luego —continuó despacio, como estudiando sus palabras antes de

pronunciarlas—, está el hecho de que allí tengo a todas mis amistades, y aquí en cambio, no conozco a nadie.

—Bueno, eso ahora ya no es así, señorita Salazar —indicó Guisset—. Pronto tendréis que retractaros de lo que acabáis de decir, de eso nos encargaremos el señor Bousquet y yo, querida —a su lado su prima Emmanuelle se tomaba la sopa sin apartar los ojos del plato—. La vida aquí puede ser muy cautivadora, y encontraréis muchas cosas en las que invertir vuestro tiempo, os lo aseguro.

—El campo es un lugar perfecto para olvidar nuestras penas y acercarnos más a nuestro Señor —dijo Lautrec secándose el sudor que cubría su frente—. Vuestro padre os brindó una gran oportunidad al traeros aquí, donde estoy seguro de que hallaréis el reposo conveniente y os reconciliaréis con la muerte.

—Por lo que me toca me alegro de haber traído a mi hija —dijo Dubois mirando a Milena—. Es la mejor decisión que podía haber tomado, nunca lamentaré más no haber estado más tiempo a su lado. Me propongo remediar eso —advirtió levantando su copa hacia su hijo—. Padre Lautrec, ¿no estáis de acuerdo?

—Desde luego, señor Dubois.

—Decidme padre —dijo Bousquet volviéndose de súbito hacia el sacerdote—, ¿cómo van vuestros asuntos en la parroquia? ¿Qué fue de esa familia a la que os proponíais visitar?

Lautrec se agitó nervioso en su silla. En su mente apareció de inmediato el lóbrego recuerdo de una familia desarraigada y paupérrima a la que había frecuentado en las últimas semanas con asiduidad. Pero sobre todo visualizó con espantosa nitidez al pequeño Jacques. Jacques, un hermoso niño de siete años, dulce y tímido, tan servicial... Enrojeció violentamente y un mareo sacudió su escuálida figura.

—Aún no he podido visitarles, como era mi intención... —mintió en un susurro. Se limpió los labios con la servilleta, y de pronto, de forma involuntaria, pensó en Mireille. La vio en la Sala Roja, desnuda. Ansiaba volver a poseer a aquel ángel de luz—. No he podido visitarles, pero, en su lugar, les envié alimento y asistencia.

—El padre Lautrec —explicó Bousquet—, es un ejemplo de bondad en Beaune. Visita personalmente a los más desfavorecidos, procurándoles consuelo y alguna ayuda, deberíamos aprender de él, sin duda.

—Exageráis, señor —Lautrec temblaba levemente, porque pensamientos impuros se estaban adueñando de él, incomodándole por su sordidez. A pesar de sus esfuerzos no lograba apartar la imagen de la pequeña Mireille de su imaginación, y temía que su pecaminosa mirada se hiciese evidente ante Bousquet y los demás comensales—, me limito a cumplir con mis obligaciones como sacerdote...

—¿Os encontráis bien, padre? —Bousquet detectó en él un brillo febril y una palidez extraña.

—Sí, sí, sólo estoy algo cansado...

Bousquet pareció convencido de que así era. No deseaba importunar al sacerdote con sus preguntas, y por otra parte prefería continuar su conversación con la joven Milena. Durante unos instantes no dijo nada.

—Como veis, señorita Salazar, tenéis en Beaune un buen ejemplo a seguir en nuestro querido padre Lautrec —Guisset sonreía con sus grandes ojos azules muy abiertos—. Es un auténtico samaritano, a pesar de que esta noche no parece encontrarse muy bien. No iréis a decir que no tenemos en el campo una gran variedad de personalidades donde buscar diversión, entretenimiento, consuelo o reflexión... Os lo aseguro, Beaune nada tiene que envidiar a vuestro querido Lyon.

—La señorita Guisset tiene mucha razón... —Bousquet se volvió hacia la joven y le habló con delicadeza—. Y espero que me consideréis ya un amigo. Admito que vuestras razones para desear un pronto regreso a Lyon son muy válidas, y creedme que lamento vuestra pérdida... Sin embargo, permitidme deciros, que quizás aquí encontréis el consuelo que necesitáis, o, corrijo... creo no equivocarme si os digo que el hecho de haber venido aquí os ayudará a superar más fácilmente el dolor y olvidar la melancolía.

—Yo no lo hubiese expresado mejor —convino Guisset.

—Sin duda —Edouard tomó brevemente la mano de su hermana oprimiéndola con ternura—. Él tiene razón, Milena. Necesitas distraerte, y yo también...

Bousquet observó aquel gesto y se abstuvo de decir nada más. Satisfecho por el modo en que discurría la velada miró a Dubois directamente, con una sonrisa. Se alegraba de haber hecho caso a Guisset, ya que gracias a ella había trabado una incipiente amistad con el hijo mayor de Dubois, que en nada se parecía a su padre. Apreciaba en Edouard un talento innato, una educación intachable y una afinidad con sus gustos extraordinaria. A su vez

su hermana, la señorita Salazar, le había cautivado, pues era bella, encantadora e inteligente, y nada pretenciosa ni afectada. Ya desde su primer encuentro cuando paseaba a caballo se había percatado de que en nada se parecía a las otras jóvenes con las que él estaba acostumbrado a tratar habitualmente, un hecho inusual que no dejaba de asombrarle. Desde entonces había esperado el momento de volver a verla para comprobar si efectivamente era tan distinta como había intuido al principio. Ahora la observaba con una mezcla de curiosidad y diversión, escuchando su particular parecer en cada cuestión que se planteaba a lo largo de la cena, siempre procurando que ella no se diese cuenta del modo en que estudiaba su carácter. Pronto hubo en su mirada una admiración sincera hacia ella.

—Decidme, Bousquet, ¿habéis resuelto ya vuestros problemas con los jornaleros de vuestros viñedos? —preguntó Dubois.

En el noble corazón de Bousquet no había resentimiento alguno hacia Dubois, aun cuando continuaba reprobando su actitud a todas luces deshonrosa. Al enviarle la invitación había sido sincero, decidido a mantener su amistad en consideración hacia sus hijos, de cuya intachable conducta había quedado prendado desde el primer momento.

—Temo que no... Es un asunto complicado, no puedo aumentar su jornal ni reducir sus horas de trabajo sin perder en el proceso... Paso horas discutiendo con el administrador de la finca, buscando una solución, y creedme que no sé cuándo acabará esto ni de qué manera.

—Son tiempos difíciles —intervino Lautrec. Estaba más tranquilo, habiendo dominado su arrebatado de lascivia—. Los campesinos se niegan a trabajar tanto, se mueren de hambre, las guerras y la revolución tampoco han traído mejoras a sus vidas.

—Sí, pero yo no puedo remediar su situación sin que perdamos todos en el proceso —añadió Bousquet poco deseoso de hablar de esos asuntos durante la cena.

—Pasáis demasiado tiempo ocupado en esos problemas, amigo mío — Dubois vio en aquella conversación una oportunidad para hacer comprender a sus hijos que él no era el único que se veía absorbido por los quehaceres cotidianos en la finca. Se justificaba así, dando a entender que los problemas con los jornaleros en los viñedos eran algo común y corriente—. Miradme a mí, tantas complicaciones en el campo consumen cada segundo de mi tiempo, y creedme que lo lamento.

—Decidme, señor Bousquet... ¿soléis desatender vuestras relaciones a causa de vuestros problemas en la finca? —quiso saber Milena.

—Vaya, no, señorita Salazar... —la señorita Guisset salió en defensa de Bousquet con una medio sonrisa—. Nada más lejos del carácter de este caballero, os lo aseguro. Antes bien le tengo por un hombre atento y equilibrado, jamás permitiría que ningún aspecto de su vida entorpeciera otro acaso más importante.

—Vos le conocéis sin duda mejor que yo, no voy a discutir eso. Pero detesto que un hombre se olvide de una parte importante de sus obligaciones hasta el punto de descuidar a los suyos.

—Indudablemente un hombre que trabaja demasiado suele olvidar la otra parte de su vida, tan relevante o más que todo lo demás, pero querida, ¿no ennoblece eso a un caballero? Siempre que se ocupe de todos sus asuntos con igual empeño será considerado noble y digno, será respetado por sus amigos y por cuantos le traten. ¿No le libera esto de cualquier acusación?

Dubois acusó la forma en que la señorita Guisset le miraba al hablar y no pudo evitar turbarse. Él había provocado aquel incendio, y ahora Guisset, aunque no pretendía desvelar su secreto, estaba dispuesta a hacerle pagar. Por fortuna creyó que nadie más se había dado cuenta y procuró tranquilizarse.

Qué equivocado estaba, Bousquet sí que se había percatado de las miradas que ella le lanzaba, y fue muy consciente de la intención con que se había dirigido a él. Sin embargo el caballero observó que Milena, al menos de momento, no acusaba su manifiesta malignidad, que era lo que más le inquietaba. Deseaba que la joven se mantuviera ignorante acerca de la relación existente entre Guisset y Dubois, protegerla de un golpe tan duro, que sólo podía añadir más dolor a la reciente pérdida de su madre.

Milena contemplaba a Elizabeth con cierta aprensión. No deseaba continuar conversando con ella acerca de asuntos tan delicados. Temía decir algo inapropiado, o dejarse llevar por su despecho. No era propio de ella ser descortés y quiso responder con amabilidad.

—Desde luego, no puedo estar más de acuerdo con vos, y no restaré méritos a quien procure tratar todos sus asuntos tan personalmente.

—Que un hombre trate todos sus asuntos de un modo personal... siempre es deseable, creo yo... —Elizabeth vigilaba con especial interés las reacciones de Milena, pero por el rabillo del ojo mantenía siempre a la vista al padre de ésta—. El señor Dubois encaja perfectamente en ese tipo de persona, siempre

tan atento...

Milena no contestó. Estaba cada vez más molesta con el tono que estaba adoptando la señorita Guisset.

—Por favor, señorita Salazar —Bousquet se inclinó hacia ella y le habló en voz baja, de manera que nadie pudo escuchar sus palabras salvo ella—, os ruego disculpéis a la señorita Guisset. A veces es un poco atrevida y suele molestar a la gente con sus comentarios, poco apropiados. Yo mismo responderé por ella si os habéis sentido ofendida.

—No será necesario, señor —se sonrojó ella.

—Decidme señorita —intervino de pronto Lautrec con una medio sonrisa compasiva en su enjuta cara—, tengo entendido que os parecéis extraordinariamente a vuestra madre.

—Milena es su vivo retrato —confirmó en el acto Dubois, clavando en ella sus ojos azules—. Cada día se parece más, en realidad.

Milena bajó la vista algo aturdida. No deseaba pensar en su madre durante aquella velada, y todos parecían empeñados en recordársela.

—Tal vez deberíamos hablar de otras cosas —Edouard se daba cuenta de que la cena estaba siendo un pequeño tormento para su hermana y quiso acudir al rescate—, ya que mi hermana aún se siente afectada por los recientes acontecimientos y se entristece con facilidad.

—Tienes razón, Edouard... Milena se volvió hacia Bousquet, que se hallaba sentado a su lado y ruborizándose levemente le sonrió—. Perdonadme, lamento mostrarme tan sensible y estropear vuestra velada...

—¡Nada de eso! —sonrió él al punto—. Sois demasiado encantadora... ¿Cómo podríais estropear nada? —Bousquet se puso más serio y habló con tono comedido y lleno de respeto—. Más bien, señorita, creo que hemos sido nosotros quienes os hemos importunado.

Dubois deseó salir pronto de la casa y huir por un rato de las insistentes miradas que Guisset le dedicaba desde que se habían sentado a cenar. Era precisamente aquella actitud la que hubiera evitado de haber tenido éxito sus pretensiones de alejarla de su vida durante un tiempo; ahora se veía atrapado por las atenciones manifiestas de una mujer embaucadora que muy bien podía dar al traste con sus planes. A pesar de todo, cuanto más le presionaba ella, más seductora y arrebatadora la encontraba.

—Bueno Milena —intervino Edouard—. Podemos tocar a dúo ese maravilloso piano. Por mi parte estoy deseando practicar un poco y hace

mucho que no disfruto haciéndolo contigo.

—Quisiera salir a tomar un poco el aire —Dubois necesitaba de veras salir y despejarse—. Espero poder escucharos cuando vuelva.

—Me encanta la idea —convino Guisset—. Aunque temo que si hace demasiado tiempo que no practicáis, estropeareis la maravillosa técnica de vuestra hermana.

—Comprobémoslo ya mismo —se envalentonó Edouard bromeando mientras se levantaban—, estoy deseando demostrar lo equivocada que estáis, señorita Guisset. Es más, pienso dejar a mi hermana en ridículo.

—La señorita Salazar toca muy bien —intervino de pronto la joven Bertrand. Era la primera vez que oían su voz y todos se volvieron para escucharla, admirados de que al fin se hubiera decidido a hablar—, no veo cómo podríais vos ridiculizarla, señor.

—Señorita —contestó él al tiempo que Milena sonreía a la muchacha con agradecimiento—, creedme que estoy de acuerdo con vos, pero de vez en cuando me siento irresistiblemente tentado de bromear a su costa.

—Querida prima —sonrió Guisset a Emmanuelle—, veamos quién de los dos queda en ridículo, haremos de jueces en este asunto, y seremos implacables. Todo el grupo regresó al salón entre risas y bromas, excepto Dubois, que aprovechó para salir a la terraza. Fuera hacía mucho frío. Se asomó a la insondable oscuridad de la noche y encendió un puro. Aspiró el humo con satisfacción y trató de relajarse. Las cosas no iban todo lo bien que debieran. De momento Milena estaba tan lejos de él como al principio, y ahora corría el peligro de perder también a Guisset. Suspiró contrariado. Amaba a la dama, no con ternura, sino con pasión desmedida, y a pesar de las discusiones, aun cuando ella constituyese una amenaza, deseaba conservarla a su lado.

—Buenas noches, Dubois... —aquella voz provenía de las sombras, a su derecha. Dubois se volvió rápidamente, sobresaltado, sólo para descubrir que a su lado había un hombre medio oculto tras una gran columna. No podía verle la cara, pero le reconoció enseguida por su palidez extrema—. Al fin os dignáis salir, temí que pasara mucho tiempo sin poder hablaros... Pero abreviemos, tengo algo urgente que comunicaros...

—¿Qué hacéis aquí? ¡Teyssière! ¿A qué viene este absurdo? No había necesidad de esto, os estáis arriesgando demasiado, y a mí...

—No hay tiempo para demasiadas explicaciones... Necesitaba hablar con vos esta misma noche, es sencillo.

—Teyssière, os habéis extralimitado —hablaba en voz baja para que no les oyesen desde el salón, aunque la música ahogaba su conversación lo suficiente—. Si necesitabais hablarme podríais haberme encontrado fácilmente, sin necesidad de importunarme en medio de una fiesta, en casa de un amigo además. No hace tanto que nos hemos visto... ¿Qué puede ser tan urgente desde entonces? —Teyssière se había atrevido a presentarse allí, algo insólito—. Exijo una explicación. ¿Qué pretendéis? ¿Se trata del testamento de mi esposa? ¿Habéis averiguado ya algo al respecto?

—Calmaos señor Dubois...

—No deberíais estar aquí, y lo sabéis. Si nos vieran juntos...

—Sé perfectamente cuáles son las normas... Y soy cumplidor, vos lo sabéis. Pero en esta ocasión acato órdenes directas. Nada tiene que ver lo que he venido a deciros con vuestro... encargo, aunque ciertamente tengo noticias para vos al respecto. Por ahora debéis preocuparos más de otros asuntos... Creedme, cuando sepáis por qué he venido, comprenderéis la necesidad que me obliga... Ha surgido una cuestión que pone en peligro nuestro común proyecto. Podríamos vernos comprometidos si no actuamos de inmediato, de ahí mi presencia en casa de vuestro amigo Bousquet...

—¿De qué estáis hablando? —Dubois palideció—. Aclaraos o marchaos. No os andéis con rodeos... Debería echaros. Nos estáis poniendo en peligro, y no pienso tolerarlo.

—Calmaos, Dubois... Os estáis precipitando. A lo mejor esto os ayuda a comprender —el hombre le alargó un diario doblado con una mano blanca y en extremo cuidada—. Leed el artículo que os he marcado, en vuestra casa, despacio... Y dentro de unos días volveremos a vernos. Quizás entonces os mostréis más cooperador...

Dubois cogió el diario sin atreverse a mirarlo siquiera. No lograba centrarse en lo que estaba sucediendo. Miró de soslayo hacia el interior de la sala, donde sus hijos tocaban el piano rodeados por Bousquet y el resto de invitados. La música llegaba hasta la terraza animando la noche.

—Vuestra hija tiene una hermosa voz... Resulta encantadora.

—Manteneos apartado de ella, ya fuisteis suficientemente indiscreto en vuestra última visita. Tuve que mentirle, porque os vio en mi despacho —Dubois lamentaba que Milena supiese de la existencia de Teyssière. Estaba seguro de que ella no le había creído cuando le aseguró que se trataba de Philippe, el mozo de cuerdas—. No sé qué sucede, Teyssière, pero más vale

que sea importante.

—Bueno —siseó aquél extraño personaje apartando la vista de la joven—, hagamos una cosa... Vos, leed el artículo que os he dado... eso no os cuesta ningún esfuerzo, y dentro de unos días, cuando creáis conveniente, me decís qué conclusión habéis sacado.

—¿Cómo os encontraré? —preguntó Dubois clavando los ojos en Bousquet, que se inclinaba sobre el piano ensimismado en una arrobada contemplación de Milena.

—Venid a Dijon... Allí concretaremos este asunto... y de paso, os adelantaré algo de lo otro... Mientras tanto, señor, disfrutad de vuestra familia, tenéis unos hijos maravillosos... ¿Por qué no habéis traído al pequeño Gael? Me hubiese gustado volver a verlo...

Cuando Dubois apartó la vista de Bousquet el hombre había desaparecido, tan rápida y silenciosamente como había llegado. Aquella visita inesperada le había descolocado por completo. Nunca antes aquel sicario se había presentado de forma tan arriesgada, lo que significaba que un serio peligro les amenazaba, más allá de toda duda. La respuesta debía estar en aquel diario; lo guardó bajo su chaleco, ocultándolo lo mejor que pudo. Dubois maldijo por lo bajo a Teyssière por su temeridad. Dio unas caladas más al puro y exhaló el humo hacia el estrellado cielo nocturno. Al cabo de un rato se vio obligado a entrar en la casa, antes de que acusaran su ausencia demasiado.

En aquellos momentos habían abandonado el piano y Lautrec se excusaba por tener que marcharse. El sacerdote estaba muy nervioso y sudaba impaciente por abandonar la reunión.

—Pero aún es muy pronto —decía Bousquet tratando de retenerle.

—Lo lamento pero debo atender cierto compromiso que no puede esperar —Lautrec se preguntaba si sería demasiado tarde para visitar a Mireille—. Os ruego seáis comprensivo, he de irme.

—Papá, el padre Lautrec nos deja —le informó Milena al verle entrar.

—¿Por qué? Es una lástima, padre —Dubois apartó al instante el recuerdo de Teyssière de su mente—. Esperaba disfrutar de su compañía toda la velada, ya que tenía muchas ganas de conoceros —Lautrec enrojeció y evitó mirarle.

—No, lo siento, he de irme.

—Bien, no seré yo quien os ponga en un aprieto, padre —le tranquilizó Bousquet al ver lo incómodo que estaba—. Os acompañaré hasta la salida.

—Gracias, pero sé encontrar yo solo el camino. No es necesario. Vos os

debéis a vuestros invitados, ocupaos de ellos que yo debo irme inmediatamente.

Lautrec se despidió torpemente de las señoritas, saludó a los caballeros y se inclinó muy nervioso ante Dubois, lo cual no dejó de llamar la atención de Bousquet. De repente palideció y se tambaleó. No se encontraba bien. Estaba tremendamente pálido.

—Oh, señor... ¿os encontráis bien? —Milena se levantó alarmada y se acercó a él tomándole suavemente del brazo. Ante la mirada atónita de los demás le guió hasta un sofá para que se sentara, brindándole toda su atención. Todos notaron al mirarle que Lautrec se encontraba claramente mal, afectado y débil; a tal extremo que aún se agarraba al brazo de Milena como si le faltara el equilibrio.

—Os traeré una copa, temo que la cena os haya indispuerto —dijo la señorita Guisset al punto. Pasó junto a Milena y se apresuró a servirle un buen coñac francés, asegurando que debía estar sufriendo los primeros síntomas de algún constipado. En cualquier caso el coñac le ayudaría, templaría su cuerpo.

—No os preocupéis, estoy bien, sólo algo destemplado —se excusó él agradecido mientras se tomaba de un trago el coñac que tan diligentemente le ofrecía Elizabeth—. No es nada, suelo sufrir bajones de tensión, probablemente las emociones de una velada tan encantadora han podido conmigo. No estoy acostumbrado...

—Os habéis mareado —dijo Bousquet arrodillándose ante él y mirándole a los ojos con atención—, deberíais venir a mi consulta cualquier día de estos. Os atenderé personalmente encantado, padre.

—No debéis salir, y menos sin abrigo alguno, quedaos un rato más, hasta que os hayáis repuesto —Milena le puso una mano en la frente y comprobó que estaba helada—. Os arriesgáis por nada, señor. ¿Es tan importante vuestro compromiso como para arriesgar vuestra salud? Estoy convencida de que Bousquet os invitará a pasar la noche.

—Desde luego —convino el caballero encantado por la cercanía de la joven. Lautrec suspiró más aliviado y se recostó en el sofá cerrando los ojos. El remordimiento era lo que le había indispuerto, nada más. Ahora que había pasado su arrebato pasional, prefería que aquellos amables amigos le retuvieran. Era mejor mantenerse lejos de la pequeña Mireille. Rogaba para que Bousquet le librara aquella noche de sus amargas tentaciones—. Os quedaréis en la habitación de invitados y mañana os llevaré a mi consulta.

—No, debo irme —su voz brotaba involuntaria. ¿por qué se empeñaba en marcharse? Deseaba que le impidieran salir, y al tiempo se resistía—, tengo una cita que no puede esperar...

—No sé a quién tenéis que ver, pero tendréis que renunciar por hoy —Dubois oprimió involuntariamente el diario que Théodore Teyssière le había entregado y que todavía permanecía en su chaqueta—. Mañana haréis cuanto Bousquet os mande y estoy convencido de que quedaréis plenamente satisfecho.

—Ignoraba que fueseis médico, señor —dijo Milena dirigiéndose a Bousquet en voz baja.

—¿No os lo había dicho? —repuso él—. Tengo una consulta en Beaune, algún día os la enseñaré encantado.

Milena bajó los ojos al sentir los suyos, intensos, fijos en ella.

—Padre, creo que deberíamos retirarnos temprano —le dijo a Dubois muy turbada—. El señor Lautrec probablemente esté deseando descansar y quedándonos sólo conseguiríamos prolongar su malestar...

—No, os lo ruego...

—Milena tiene razón —Edouard fue a salir—. Llamaré al cochero y nos retiraremos temprano. Creo que la velada ya se ha prolongado lo suficiente por hoy. Vos no os encontráis bien, padre Lautrec. Permitidme que avise también a vuestro cochero, señorita Guisset —se excusó Edouard —, espero que no os molestéis si nos marchamos ahora mismo...

—Cómo podría negarme...

—No por favor, no es necesario que os marchéis por mí —rogó Lautrec compungido—, os aseguro que estoy ya mucho mejor. Me desagradaría muchísimo que una velada tan agradable acabara de esta forma por mi culpa.

—Nada de eso, señor —afirmó muy seria Milena—. Todos estamos de acuerdo en que debéis descansar, ¿no es cierto señorita Guisset? Vos y vuestra prima seguramente estaréis conformes con esto.

—Por supuesto —repuso Elizabeth mirándola con fijeza.

Milena se quedó sentada junto a Lautrec hasta que Edouard volviera. Se concentró en atender al cura, prodigándole toda su atención con tal de verle mejorar y también a fin de abstraerse de la cercanía de Bousquet. El joven médico hacía preguntas a Lautrec, tratando de averiguar la causa de su desfallecimiento, le miró las pupilas, le obligó a abrir la boca, le tomó el pulso... Al fin reconoció que no hallaba nada extraño y que quizás había sido

una simple bajada de tensión, tal y como el propio enfermo había dado a entender. Entre tanto Edouard se mostraba solícito y atento a la llegada de los carruajes a la entrada de la casa. Lautrec se deshacía en excusas por haber estropeado la velada y Bousquet procuraba calmarle; hacía cuanto estaba en su mano por tranquilizarle. Se levantó, para alivio de Milena, y llamó a un criado a fin de que dispusiera una habitación para el sacerdote. La señorita Guisset le hizo notar que Lautrec parecía estar muy mejorado. Efectivamente gracias al coñac había recuperado el color y poco a poco el temple volvía a formar parte de sus gestos. Antes de que Edouard llegara para decirles que los coches estaban preparados ya demostraba un talante muy distinto y sonreía agradecido.

—Hemos pasado un rato muy agradable, padre, os lo aseguro —le indicó Milena a Lautrec mirando a Bousquet sin poder evitar sonrojarse ligeramente—. No debéis culparos por haber sufrido esta indisposición. Estáis en las mejores manos ahora, de eso estoy segura...

—Gracias señorita, sois un ángel del cielo...

Al rato el criado de Bousquet regresó, anunciando que la habitación se hallaba dispuesta. Casi a la vez Edouard volvió para avisarles de que los coches estaban dispuestos y todos se despidieron amablemente, deseándole a Lautrec una pronta reposición.

—No sé qué puede haberle pasado. Ha estado toda la noche muy raro —dijo Guisset mientras se ponía su abrigo para marcharse.

—Siento acabar la velada así —se excusó Bousquet.

—Oh no, nada de eso. Lo hemos pasado muy bien, ¿verdad señorita Salazar? Ha sido encantador.

—Ciertamente, lo he pasado muy bien —admitió ella.

—El placer de vuestra compañía ha sido mío, sin duda —Bousquet sonrió agradecido—. Espero que pronto podremos repetir.

Las señoritas Guisset y Bertrand salieron enseguida, puesto que ya habían dispuesto de su coche. Bousquet se ofreció a acompañarlas hasta la puerta donde también esperaba el carruaje de los Salazar.

—Iré a visitarlas si no les molesta, para ver cómo se encuentran.

—Gracias señor, seréis bien recibido... —la señorita Guisset le correspondió con una sonrisa mientras salía.

—No creo que volvamos a vernos pronto señor —dijo su prima casi susurrando—. En cualquier caso estaré encantada de veros más adelante. Lo

hemos pasado muy bien —se inclinó ruborizada y dando media vuelta subió a su coche sin esperar respuesta. Elizabeth sonrió a Bousquet excusando a su prima y con una leve inclinación de cabeza se marchó también.

—Señor... —Edouard le saludó con gesto amistoso y también salió acompañando a su hermana.

Cuando Grégoire Dubois se disponía a salir Bousquet le retuvo agarrándole del brazo. Sus ojos expresaban preocupación. Aun cuando todo había ido bien no había dejado de observar la tensión imperante entre él y la señorita Guisset, y estaba más que molesto.

—Dubois, iré a veros muy pronto, y entonces espero de vos una charla más prolongada y seria acerca de vuestras cuitas con la señorita Guisset. Hacedlo por vuestra hija, habéis corrido un gran riesgo esta noche.

—Creía que ya estábamos de acuerdo en eso... ¿Me estáis cuestionando? Sé perfectamente qué hacer con la señorita Guisset, y no aceptaré de vos consejo alguno.

—Sólo pretendo ayudaros, como amigo... ¿No os dais cuenta de que si vuestros hijos descubren esa relación habréis perdido su estima para siempre? Por no hablar de la deshonra a la que estáis sometiendo a Elizabeth. Os lo ruego...

—Dejadlo estar, amigo mío... ¿A qué darle más vueltas? Creo que no deberíais inmiscuirnos tanto —Dubois bajó la voz y procuró calmarse, más pendiente del diario que ocultaba en su chaleco que de las pretensiones de Bousquet—. Si mis asuntos personales os atormentan tanto, os prometo mayor discreción por mi parte en el futuro, nada más.

Bousquet no quería acorralar a Dubois, y empeñarse en hacerle cambiar parecía tarea ardua y complicada. Decidió que más tarde o más temprano tendría que atender a razones y le soltó el brazo disculpándose. Hizo una solemne inclinación de cabeza a modo de despedida y le dejó ir. Desde la entrada de su casa vio cómo subía al carruaje y éste se alejaba por el camino, desapareciendo rápidamente en la oscuridad de la noche. Cuando el sonido de los cascos de los caballos se hubo extinguido en la lejanía él todavía permaneció en la entrada un rato más, apoyado en el quicio de la puerta. De brazos cruzados trataba de discernir hasta qué punto debía inmiscuirse en los problemas de ese caballero, hasta dónde estaba dispuesto a sostener aquella amistad cuando era evidente que él no la merecía. Luego recordó el agradable trato de Edouard y la dulzura de Milena y resolvió que ellos sí merecían su

constancia.

Grégoire Dubois disponía de unos días antes de volver a enfrentarse a Théodore Teyssière. Embargado por la rabia y el temor que le inspiraba la temeridad y prepotencia de ese hombre, ruin y peligroso, lo primero que hizo al volver de la velada de Bousquet fue disculparse y encerrarse en su alcoba. Saltó del coche y dejó a sus hijos precipitadamente, dejando que pensaran lo que quisieran, poco le importaba. Una vez a solas sacó el arrugado diario del bolsillo interior de su chaleco y a la luz de una lámpara echó un vistazo a su contenido.

Dubois frunció el ceño preocupado. La fecha de la publicación era de una semana antes, y en ella aparecía la breve noticia de un misterioso asesinato cometido en la cercana villa de Poitiers. No daban muchos detalles acerca del suceso, pero había uno en concreto que llamó poderosamente su atención: la víctima había sido atacada en la oscuridad de la noche, habiendo muerto de una puñalada en el corazón... El asesino no se había llevado el arma homicida, que la policía había hallado clavada en su pecho, y además... esto fue lo que conmovió a Dubois, le había cosido los ojos. Según había hecho notar el Inspector de la policía que investigaba el caso, tal operación había sido llevada a cabo con la precisión de un cirujano. El Inspector había añadido, según el diario, que el criminal, no contento con aquel salvaje asesinato, se había dedicado a coserle los párpados con gran esmero.

Dubois reflexionó unos instantes, pálido como un cadáver. El asesino debía ser un hombre templado y concienzudo, muy seguro de sí mismo, puesto que por alguna razón se había entretenido haciendo aquello en lugar de huir, aun a riesgo de ser descubierto. Un sudor frío empezó a humedecer su altiva frente, goteando por sus blancas sienes. ¿Tenía aquel atroz asesinato realmente algo que ver con él? ¿Tenía razón el infame Théodore Teyssière? Leyó de nuevo, buscando más pistas, y entonces descubrió otro detalle aún más revelador: el nombre de la víctima. Se trataba de Armand Augereau, un adinerado hombre de negocios a quien él conocía demasiado bien, y también Théodore Teyssière... ¿Quién podía querer asesinar a Augereau? ¿Y si sólo era una casualidad? Dubois no podía estar seguro. Necesitaba algo más. Pero en cualquier caso tenía motivos sobrados para preocuparse. No esperaba más, tenía que verse con Teyssière cuanto antes.

Capítulo 12

Un coche de posta llegó a la mañana siguiente a la casa de los Salazar, dejando a un atribulado Benjamin Rembrandt a la puerta. Había viajado toda la noche desde Lyon y estaba cansado y entumecido, deseoso de tomar un tentempié y disfrutar de un merecido descanso antes de hablar con Edouard. Había recorrido la larga distancia entre Lyon y Beaune solo, y no era hombre acostumbrado a pasar tantas horas sin tener a su lado a otro ser humano. Por eso se quedó pasmado y desilusionado cuando tras llamar repetidas veces a la puerta le abrió Maxime y le anunció que ningún miembro de la familia Salazar estaba presente para recibirle. Boquiabierto preguntó si tampoco el señor Dubois estaba en la finca, sólo para oír de labios del viejo mayordomo que como ya le había dicho anteriormente, no había nadie.

La señorita Milena había salido a montar muy temprano, e ignoraba a dónde había ido el señor Edouard, aunque estaba seguro de que tanto él como su padre, el señor Dubois, llevaban ausentes desde primera hora. Rembrandt suspiró consternado, pero rogó a Maxime que le ayudara con su equipaje, ya que había viajado hasta Beaune con idea de quedarse unos días.

—Dime Maxime —preguntó cuando éste se disponía a subir sus maletas al segundo piso, donde estaban las habitaciones para invitados—, ¿tampoco está el pequeño Gael? ¿No habrá ido con su hermana?

—Oh no, señor —Maxime se detuvo al comienzo de la escalera muy molesto, claro que todo parecía incordiarle—, el joven señor está con su doncella, Muriel, en el jardín —y añadió como si acabara de recordar cuáles eran sus deberes—, ¿...deseáis que se os prepare un pequeño almuerzo?

—Gracias Maxime... —afirmó Rembrandt más animado ante la perspectiva

de acallar los terribles rugidos de su estómago hambriento—. Estaré fuera, si no es molestia. Voy a ver si encuentro a Gael.

—Como deseáis... —Maxime se inclinó ante él levemente y se retiró escalera arriba murmurando algo por lo bajo.

Los jardines que rodeaban la casa eran amplios y estaban muy bien cuidados, extendiéndose con su césped recién cortado a lo largo de una gran extensión de terreno cuyos límites bebían de la hermosa campiña francesa. Mientras caminaba por un sendero de piedras hacia la parte de atrás de la casa, Rembrandt no dejó de contemplar admirado los viñedos que el señor Dubois poseía hacia el sur, acunados por las suaves colinas que los rodeaban y sobre las que trepaban ya desprovistos de sus hojas. El invierno acababa de comenzar, y las vides mostraban sus pequeños troncos retorcidos desnudos, formando un manto oscuro de gran extensión. El señor Dubois debía obtener grandes beneficios de la explotación de aquellas tierras. Rembrandt estaba inquieto, porque necesitaba hablar con Edouard lo antes posible.

—¡Benjamin!

Gael apareció corriendo por detrás de unos setos y Rembrandt apenas tuvo tiempo de reaccionar antes de que se arrojara en sus brazos con extremada familiaridad.

—¡Gael! ¡No debes correr de ese modo! —una joven doncella venía detrás muy enfadada. Debía ser Muriel, y estaba sonrojada por tener que ir tras el muchacho.

—Mira Muriel, ¡es el señor Rembrandt!

—Sí ya lo veo, pero eso no os da permiso para correr como un gamo, señor. ¡Me habéis dado un susto de muerte! —la joven se aproximó jadeando y al llegar junto a ellos se inclinó con respeto—. Señor...

—Buenos días, soy Benjamin Rembrandt, abogado y amigo de esta familia y acabo de llegar desde Lyon. Maxime me ha informado de que no hay nadie en la casa —dejó en el suelo a Gael—. Pensaba quedarme unos días...

—Nos haremos cargo de vuestras maletas...

—Oh, no será necesario, Maxime ya se ha ocupado, no os preocupéis. Si no os interrumpo y en tanto regresa el señor Edouard, quisiera pasar un rato con el joven Gael.

—No, claro que no —se apresuró a replicar la joven sonrojándose algo nerviosa—, sólo estábamos dando un paseo por el jardín. Podéis descansar en la terraza de la casa, si lo deseáis. La señorita Milena seguramente no tarde en

volver, se fue a dar un paseo a caballo bien temprano. En cuanto a su hermano, no tengo idea de cuándo volverá... Mientras tanto avisaré a Estela para que os sirvan algo de comer.

—¿Vas a quedarte, Benjamin?

Gael le tomó de la mano muy contento de verle y le guió hacia la terraza tirando de él. Había crecido mucho desde la última vez que le había visto, no hacía tanto, y cada vez se parecía más a su madre; tenía unos suaves cabellos cargados de espesos rizos, y sus ojos grandes y castaños eran luminosos, muy expresivos, como los de Sara Salazar. Su recuerdo embargó el ánimo del abogado enterneciendo sus pensamientos, y por un instante deseó abrazar de nuevo al chiquillo, pero se contuvo.

—Me quedaré unos días... —contestó al fin sonriendo a su pesar—. ¿Te han dejado solo? ¿Cómo ha sido eso?

—Ayer mi hermana acudió a una cena en casa de un caballero. El sacerdote de Beaune, que también estaba allí, al parecer se puso enfermo y Milena tenía mucha prisa por ir a ver cómo se encontraba —explicó Gael con tranquilo convencimiento—. Por eso se fue tan temprano.

—Comprendo...

—No ha querido llevarme con ella, porque iba a casa del señor Bousquet. Es médico. El reverendo Lautrec se encuentra allí desde anoche, recuperándose según creo.

—¿Y Edouard?

—No lo sé, cuando me he levantado ya no estaba, ni Elliot tampoco, así que habrá ido a la ciudad. Y papá tampoco sé dónde está, aunque sé que se ha llevado el coche, porque no está en las caballerizas.

Habían llegado a la terraza y se sentaron junto a una mesa de jardín que se había dispuesto a la sombra de unos magníficos rosales para pasar las tardes. Estela había llegado ya y estaba disponiéndolo todo para atender al recién llegado, con la ayuda de Muriel.

—Dime Gael, ¿estás a gusto aquí? ¿Te gusta esto? Beaune es un buen sitio para vivir, ¿no crees?

—¿Vivir aquí? Yo prefiero vivir en casa, en Lyon —corrigió él muy serio—. Echaré de menos a Pilgrim, pero prefiero volver a casa.

—¿Y quién es Pilgrim? ¿Otro caballo?

—Sí, mi caballo. Espero que papá me lo regale. Aunque sé que no se desprenderá tan fácilmente de uno de sus mejores caballos. Aún he de ver el

modo de que me lo regale.

—¿Consigues todo lo que te propones?

—No... —meditó unos instantes con la vista clavada en el suelo—. No, no suelo hacer eso.

—No quería decir eso, Gael. Te conozco bien, y me enorgullezco de tu madurez.

—Pues debes ser el único —se quejó—. Aquí nadie me toma en serio... Muriel quizás...

Rembrandt le observó pensativo mientras Muriel se acercaba con el pequeño refrigerio; se percató de que miraba a la doncella y sonrió afectuosamente, parecía llevarse muy bien con ella. Luego recordó el asunto que le había obligado a viajar hasta allí y soltó un bufido impaciente. Necesitaba hablar con Edouard urgentemente, contarle lo que había sucedido, porque lo que él sabía ahora podía cambiar las cosas. ¿Cuánto más tendría que esperar al joven?

Ajena a las preocupaciones de Benjamin Rembrandt Milena se disponía a llamar a la puerta de la casa de Bousquet. Había salido a pasear con la excusa de averiguar cómo se encontraba el padre Lautrec después de haber pasado la noche en casa del caballero. Ahora, a pesar de la legitimidad de tan buenas intenciones, estaba molesta consigo misma, por dejarse llevar, por precipitarse tanto en volver a la casa cuando no habían transcurrido más que unas horas desde la última vez que estuviera en ella, la noche anterior. Se dijo una y otra vez que su única intención era interesarse por el estado de salud del reverendo, ¿acaso había algo más natural que eso? Por otra parte, al ver que tardaban en abrir pensó que después de todo era probable que Bousquet no se hallara en casa...

Pero no resultó así. Un criado abrió al rato y cuando ella se presentó no tuvo reparo en conducirla enseguida a la sala de estar, donde le aseguró que encontraría el señor Bousquet. Milena se prometió a sí misma no volver a incurrir en un futuro en un error como aquel, y que en adelante se mostraría mucho más juiciosa y comedida en sus acciones. Meditaba sobre ello cuando el criado le abrió la puerta de la sala con diligencia y la invitó a entrar. Su sorpresa fue mayúscula cuando descubrió que no era la única que había vuelto allí. Palideció y sus bellos ojos resplandecieron de vergüenza.

—Vaya, qué sorpresa, señorita Salazar... —saludó Elizabeth Guisset

sonriendo triunfante—. Parece que no soy la única que se preocupa por Lautrec, señor Bousquet.

El caballero se había levantado al verla y la miraba incrédulo y algo azorado.

—Me halaga comprobarlo —se inclinó él entonces, muy serio y respetuoso, lejos de seguirle el juego a la dama. Estaba gratamente sorprendido ante aquella inesperada visita—, sois bienvenida señorita Salazar. Me alegro de teneros de nuevo aquí, aunque lamento deciros que el señor Lautrec ya se marchó... Espero que todos en vuestra casa estén bien...

—Oh sí, muchas gracias —se apresuró a responder Milena sin mirarle—, todos están bien... —ahora no sabía qué hacer, ya que el objeto de su visita se había ido—. Salí a dar un paseo a caballo sin otro objeto que comprobar cómo había evolucionado el sacerdote, pero si se ha marchado...

—Está perfectamente —aseguró Bousquet—. Lo de ayer fue una leve indisposición, nada que deba ser tenido en cuenta. Esta misma mañana a primera hora estuve con él en mi consulta y pude comprobar que su salud es excelente. A estas horas se encuentra ya en su parroquia.

—Me alegro, señor.

—Todos nos alegramos, señorita Salazar. El padre Lautrec es muy apreciado en Beaune.

—¿No queréis sentaros? —invitó él con amabilidad.

Milena se sentó y los tres quedaron en incómodo silencio. Ahora que se encontraba allí Milena no sabía qué decir, y la molesta presencia de la señorita Guisset lo estropeaba todo. ¿Qué estaba haciendo allí? Al parecer coqueteaba con Bousquet, su descaro era evidente. Milena temió que el caballero creyera que ella se comportaba del mismo modo y sintió vergüenza. Impelida por un natural sentido del decoro y a pesar de que acababa de tomar asiento, volvió a levantarse. Se excusó con educación.

—Veréis, señor, ahora que ya he visto que Lautrec está bien, será mejor que me vaya. Nada tengo que hacer aquí...

—Pero si acabáis de llegar... —protestó él sin comprender—. Por favor, sentaos, os lo ruego.

Milena volvió a sentarse, azorada, mientras la señorita Guisset contemplaba la escena muy interesada. Parecía complacida ante el mal rato que estaba pasando la joven.

—Decidme, señorita Salazar, ¿lleváis mucho tiempo lejos de vuestro hogar?

—Apenas una semana. Lyon no está tan lejos, al fin y al cabo.

—Si fuese necesario, recorrer esa distancia no supondría un gran esfuerzo, desde luego —admitió la mujer dirigiéndose más bien a Bousquet. Pero éste no le prestaba atención, se hallaba sumido en la absorta contemplación de la delicada timidez de Milena—. Esta es una hermosa tierra, habréis visitado ya los viñedos de vuestro padre, sin duda.

—No aún no, la verdad. Aunque pensaba hacerlo pronto. Es posible que aún lo haga esta tarde, aunque mi padre no esté dispuesto a acompañarme.

—Debéis disculpar a vuestro padre —afirmó Bousquet con ánimo de defenderle a pesar de sus desavenencias—, señorita. Me consta que a pesar de sus preocupaciones siempre os ha debido tener en cuenta —se refería evidentemente a la conversación de la noche anterior y así lo entendió Milena—. Me niego a creer que le supongáis tan necio como para abandonar a quienes más le importan.

—¿Así que se trata de eso? ¿Opináis que él está demasiado absorto con sus obligaciones? Por eso os molestasteis tanto anoche cuando hablábamos de ello... —la señorita Guisset hizo un gesto de connivencia hacia ella—. Creedme que lo lamento, si os molesté...

—No, no os preocupéis —se apresuró a decir Milena, muy incómoda con aquella conversación.

—Los viñedos de vuestro padre son los más productivos de la región, debéis sentirnos orgullosa de cómo administra su hacienda.

—¿Desde cuando ejercéis como médico, señor, si no es indiscreción? —cambió Milena de tema. Sentía curiosidad por saber más de él—. Ayer me sorprendí mucho al saber que os dedicáis a tan noble profesión.

—El señor Bousquet es un gran médico, desde luego —afirmó entonces la señorita Guisset.

—En ello pongo todo mi empeño, señorita Guisset...

Milena no supo qué decir. Bousquet parecía muy joven para ejercer, no podía llevarle a Edouard más de tres o cuatro años, y su hermano acababa de terminar sus estudios de derecho.

—Jamás lo hubiera dicho... ¿Desde cuando ejercéis? Quiero decir...

—Tengo otra consulta en Dijon desde hace dos años, aunque estos días he dejado mis obligaciones en manos de mi socio, el señor Raynaud. Deseaba tomarme un descanso...

—Es una profesión muy dura, así lo creo yo. Cuando mi madre enfermó nos visitaron un sinfín de médicos, pero sólo el doctor Calvet comprendió que la

enfermedad que la aquejaba no tenía cura. Antes de su llegada todos se empeñaban en tratarla a base de sangrías... —Milena calló, dominada por el amargo recuerdo.

—Debió ser muy duro —quiso consolarla Bousquet después de un incómodo silencio—. Creedme que lo lamento. Desgraciadamente hoy todavía hay muchas lagunas en el campo de la medicina, demasiadas veces la muerte nos sorprende sin que poseamos las armas adecuadas para enfrentarnos a ella.

—¿Vuestra madre era española? —la señorita Guisset parecía saber mucho de ella.

—Sí. Mi padre la conoció en España. Vino a vivir a Lyon cuando contrajeron matrimonio.

—He oído que es una tierra maravillosa, soleada, donde las mujeres son hermosas y... muy ardientes... —se rió alegremente.

—Si de belleza española se trata, la señorita Salazar es un claro ejemplo de ella —afirmó con convicción el señor Bousquet haciendo enrojecer a Milena—. Personalmente siempre he querido visitar España. El caballero Raynaud, mi socio, como os decía, ha estado en innumerables ocasiones allí y me ha hablado maravillas de vuestra tierra. Deberíais visitarla, ¿no querríais conocer el lugar donde nació vuestra madre?

—Desde luego... —repuso en un susurro ella. Pugnaba por contener su amargura. Siempre había soñado con viajar a España y Edouard le había prometido llevarla algún día. Irían juntos a la casa de su madre.

—No debéis dejar de hacerlo, conocer nuestras raíces engrandece el espíritu, lo hace crecer y lo enriquece.

—Vaya, esta conversación se está poniendo demasiado trascendental, creo que ha llegado el momento de marcharme, querido amigo.

—Señorita Guisset, ¿os resulta incómodo hablar de estos temas?

—No, pero hace una mañana tan agradable que creo que me acercaré a Dijon a comprar algunos sombreros —aseguró sonriente levantándose—. Estoy segura de que en otro momento más propicio podremos hablar de cosas más importantes si así lo deseáis, pero ahora no, por favor.

—Está bien —convino él levantándose—. Os acompañaré entonces hasta vuestro coche.

—No, no es necesario, tenéis que atender a la señorita Salazar.

—No, yo en realidad debería irme también...

Milena se apresuró a levantarse. No deseaba quedarse a solas con el señor

Bousquet.

—No, por favor, quedaos —rogó él deseoso de tenerla a su lado por más tiempo—. Me encantaría que me contarais más cosas de vos, de vuestra familia...

—Quedaos querida. Estáis en buenas manos —intervino la señorita Guisset alejándose hacia la puerta con desenvuelta determinación. La falda de su vestido sonaba al deslizarse por el suelo como un fresco murmullo de seda—. Por mi parte, me retiro de la escena, aunque no por mucho tiempo. Espero me devolváis la visita, caballero.

—Dadlo por hecho, señorita Guisset. Dadle mis recuerdos a vuestra prima, la señorita Bertrand.

—Desde luego.

Ella salió inmediatamente, dejándoles a solas. Al poco rato escucharon el sonido de su coche de caballos alejándose por el camino hacia Dijon. Continuaron en incómodo silencio, sin saber qué decir. Milena se levantó de repente, visiblemente preocupada. No necesitaba prolongar por más tiempo aquella situación. Bousquet la siguió con la mirada.

—Será mejor que me vaya, de veras... —rogó ella.

—Salgamos fuera, os sentará bien tomar un poco el aire —se resistió Bousquet. Ahora que la tenía tan cerca no deseaba que se alejara—. Demos un paseo. Por favor...

La voz del caballero era tan suplicante que Milena no pudo oponerse, y se dejó llevar. Juntos salieron de la casa y tomaron un sendero de tierra que llevaba a las caballerizas. A lo lejos aún se divisaba el coche de la señorita Guisset.

—¿Conocéis desde hace mucho tiempo a la señorita Guisset? —Milena se arrepintió al instante de haber formulado aquella pregunta. Él podía interpretar que estaba demasiado atenta al interés que pudiera albergar hacia esa dama. Sin embargo Bousquet no pareció tomarlo así, y tardó un rato en responder. Milena se preguntó en qué estaría pensando.

—No, lo cierto es que no... Ella vino hace cosa de seis meses, más o menos. Alquiló una casa en Chenôve y... en fin. Me la presentó mi socio, el señor Raynaud —mintió, omitiendo que había sido Dubois quien se la había presentado.

—Entiendo.

—No sé mucho acerca de ella, es muy reservada en ese aspecto, y nadie la

conoce bien aquí excepto Raynaud —odiaba tener que mentir de aquella manera, pero no podía sincerarse con ella—. Y me atrevería a asegurar que él mismo desconoce por completo quién es en realidad. Es una dama misteriosa...

—¿Y a mi padre? ¿Conocéis a mi padre desde hace mucho? —se interesó Milena acercándose involuntariamente a él. Bousquet no se apartó, consciente de que ella quería cambiar de tema—. Siento curiosidad por saber cómo alguien como vos puede sostener una amistad sincera con alguien como mi padre.

Bousquet guardó silencio, admirado por la forma tan franca que tenía la joven de afrontar cuestiones tan personales. Milena en cambio se mordió los labios arrepentida de haber dicho algo así.

—Tenéis una curiosa forma de expresar vuestro malestar hacia él... Al parecer tenéis mucho que reprocharle, ¿no es cierto? Le conozco hace ya bastantes años, aunque no en profundidad.

Milena no contestó. Se volvió algo confusa hacia la casa. Era soberbia, de recia construcción, tres plantas, altas ventanas, con un exterior muy cuidado y profusamente decorado. Bousquet admiró el suave perfil de su rostro, su delicada nuca, los hombros... Estaba tan cerca que podía oler su perfume. De pronto, molesto consigo mismo, apartó la mirada y suspiró contenidamente.

—Mi padre no es un dechado de virtudes, aunque no es mi pretensión enemistaros con él, desde luego. Tal vez toméis por desatinados mis ataques hacia su persona...

—No, no... os lo ruego, quisiera escuchar vuestra versión. Aunque imagino sin esfuerzo de qué se trata, a juzgar por vuestras palabras de anoche. Demasiado volcado en sus asuntos, no os ha prestado la debida atención, ¿me equivoco?

—No, es exacto. No recuerdo que jamás se haya preocupado por mis hermanos, por mi madre o por mí.

—Tristes palabras son esas viniendo de una hija... —se lamentó Bousquet maldiciendo la desfachatez de Dubois, quien a sus pecados debía añadir el del adulterio. Ese secreto empezó a consumirle por dentro más de lo debido, probablemente a causa de la joven.

—¿Creéis que debería perdonarle? Mi hermano y yo hemos venido a Beaune con objeto de darle una oportunidad. Asegura estar dispuesto a cambiar, pero no puedo confiar en él... Han sido demasiados años de premeditado

abandono. Cuando mi madre murió... ni siquiera fue al funeral, la dejó a su suerte durante su enfermedad. En realidad, ya no recuerdo cuándo se marchó, cuántas veces le rogó mi hermano que volviera...

Bousquet no sabía qué decir. Aquello era nuevo para él y le ofrecía una imagen de Dubois aún más negativa que la que ya tenía.

—Es un honor que confiéis vuestro corazón a mi juicio haciendo tan poco que nos conocemos, señorita —empezó sopesando las palabras a medida que las pronunciaba mientras paseaban juntos—. Y en deferencia a esa confianza, trataré de ser sincero. No soy quién para juzgar lo que me pedís. No conozco tan bien a Dubois como para aconsejaros y probablemente erraría en el esfuerzo. Pero creo que debéis ser prudente.

Milena alzó los ojos hacia él y se detuvo. Estaba pálida.

—¿Os encontráis bien? —preguntó él preocupado al verla así.

—Sí... Es sólo que...

—Esperabais oír otra cosa...

—No... No, al contrario. Quizás sea que eso era justo lo que esperaba oír. Es exactamente lo que mi hermano me dice, que sea prudente, que no me deje encandilar por mi deseo de tener un padre en quien confiar.

—Vuestro hermano es un joven juicioso y me merece un gran respeto, deberíais hacerle caso.

—No sé por qué he venido —se excusó de pronto ella—. Creo que mi visita ha sido por demás inconveniente, os lo ruego, no lo tengáis en cuenta.

—Jamás pensaría tal cosa —se apresuró a asegurar Bousquet muy serio—. Sois siempre bienvenida, y nada tiene de malo que hayáis venido sola, si es eso lo que os preocupa. Es cosa habitual en esta región entre vecinos. Mirad, la señorita Guisset llegó antes, sola, al igual que vos. Por otra parte no puedo censurar el que busquéis mi consejo, al contrario, eso me enorgullece, porque denota que confiáis en mi criterio pese a que nos conocemos muy poco.

—Sí, supongo... —sonrió Milena agradecida—. Me alegro de que Lautrec esté mejor —deseaba evidenciar que el verdadero motivo de su visita había sido un sincero interés por la salud del sacerdote.

Bousquet se apartó al percatarse de que se hallaba demasiado cerca de la joven y miró hacia otro lado, muy incómodo consigo mismo y algo asombrado de los dispares sentimientos que despertaba en él. De pronto Milena aprovechó su momentánea distracción para excusarse. Estaba segura de que debía marcharse cuanto antes.

—Ya he abusado demasiado de vuestro tiempo...

Bousquet levantó la vista sorprendido. Milena le tendía la mano a modo de saludo.

—Ya os he entretenido suficiente, es hora de irme —repitió con una leve sonrisa, y estaba encantadora—. Además, no quiero que se preocupen por mí. Si me ausento tanto tiempo, mi hermano saldrá a buscarme, estoy segura.

—Y no le censuro por ello —admitió él.

En cierto modo sintió alivio al saber que se marchaba, pues su compañía le estaba resultando cada vez más violenta, más de lo que deseaba admitir. Bousquet tomó su mano y la besó. No vio la palidez con que ella recibió aquel gesto. Después la acompañó hacia las caballerizas, donde aguardaba Valentine muy tranquila.

—Espero volver a veros muy pronto —le pidió Bousquet cuando la ayudaba a montar—. He disfrutado mucho de vuestra compañía... —reflexionó un instante y cambió de opinión, para no incomodarla, ya que en verdad deseaba volver a estar con ella—. O si lo preferís, es decir, si os resulta demasiado incómodo venir hasta aquí, seré yo quien vaya a visitaros. Me encantará volver a ver a vuestro hermano.

—Se lo diré, señor —contestó ella sujetando las riendas. Bousquet la miró a los ojos muy serio—. Buenos días, señor, hasta pronto...

—Buenos días, señorita Salazar...

Se despidió. La vio dar media vuelta y alejarse al trote, con su gracioso sombrero sobre la cabeza, la deliciosa espalda muy erguida sobre la silla, los bucles castaños danzando al ritmo de la yegua sobre los delicados hombros... Bousquet se arrepintió allí mismo de haber dejado que se fuese, pero tenía la mente llena de confusas ideas que amenazaban con atormentar su corazón violentamente si no se contenía. Dejó que Milena se alejara con una leve inclinación de cabeza, y en cuanto la vio desaparecer por el camino regresó a la casa.

Milena espoleó a Valentine con energía, galopando muy enfadada consigo misma. No había dominado la situación en absoluto, tal y como se había prometido, y la señorita Guisset se había mofado de ella todo el tiempo. Era odiosa, presuntuosa, zalamera y falsa. Estaba muy equivocada si pensaba manejarlos a todos, como al parecer le gustaba hacer. ¿Qué pretendía coqueteando con el señor Bousquet? Milena estaba en extremo avergonzada, por todo, desde el inoportuno arranque que la había conducido de improvisa a

casa del caballero, hasta cada palabra que había cruzado con él. Estaba asombrada de haberle confesado sentimientos tan personales sin conocerle bien, hablarle de la relación con su padre denotaba una ligereza en ella muy censurable. Milena se preguntaba qué pensaría el joven médico. ¿Se habría escandalizado a pesar de sus palabras por su visita, en solitario, por sus confidencias, cuando hacía tan poco que se conocían? ¿Cómo había sido tan necia?

El sol se ocultó tras una elevada barrera de nubes y el viento comenzó a soplar del norte, frío y constante a su espalda. Valentine galopaba rítmicamente, de buen humor, recorriendo fácilmente el camino hacia su casa. Al poco de haber abandonado la finca de Bousquet empezó a llover y Valentine apretó el paso. En poco más de media hora yegua y jinete estaban de vuelta. Milena se alegró de estar tan rápido a salvo, pues cuando salía de las caballerizas la lluvia caía ya torrencialmente en forma de espesa cortina de finas gotitas de agua helada. Corrió hacia la casa deseando hablar con Edouard, necesitaba desahogar su corazón y conocer qué pensaba él de su comportamiento. Probablemente lo reprobaría.

Sin embargo, su decepción fue grande. Nada más preguntar por él Estela le informó de que ni su padre ni su hermano habían vuelto en toda la mañana, y aunque la noticia de la llegada de Benjamín Rembrandt le proporcionó cierto consuelo, ya no pudo desprenderse de una amarga melancolía. Después de cambiarse se reunió con el amable abogado y con su hermano Gael en el salón y trató de mostrarse educada y complaciente, agradable como siempre solía ser, pero el desasosiego que la dominaba era tal que pronto se hizo patente ante el señor Rembrandt.

Éste le había contado que poseía una información que debía transmitir de inmediato a su hermano, y que al igual que ella le esperaba con impaciencia desde hacía ya al menos tres horas. Luego, tras unos minutos de banal conversación se percató de su ansiedad e intentó animarla, aunque en vano. La joven se comportaba torpemente, estaba distraída y en ocasiones enrojecía sin motivo aparente, como si algo en su interior la turbase sobremanera. Al final Milena optó por retirarse, excusándose ante su invitado de todas las formas que fue capaz de expresar.

Por la tarde Edouard estuvo de vuelta. Llegó montando a Elliot, muy serio y abatido, empapado por la lluvia que desde la mañana no había dejado de caer. Venía solo, y nada más entrar le preguntó a Maxime dónde estaba su padre, si

había vuelto ya. Al responderle el mayordomo que el señor Dubois estaba ausente todavía, Edouard se mostró preocupado. Estaba mojado y molesto, e incluso cuando se le informó de la presencia del señor Rembrandt en la casa no pareció aliviarse mucho. Se desprendió de su abrigo y subió a cambiarse, necesitaba liberarse de sus ropas y en buena parte de su mal humor. Después, algo más sosegado y predispuesto, bajó al salón.

Rembrandt se levantó al verle, muy contento, y le estrechó la mano con efusión. Le contó que Milena había vuelto de su paseo a caballo, que había hablado con ella un rato y que estaba muy extraña y se había retirado a su habitación, donde aún continuaba; Gael estaba con Muriel, leyendo.

—¿Os han dejado solo? —se extrañó Edouard.

—Vaya, no tiene importancia... Me encanta esta biblioteca y tenéis muchos libros donde entretener los ratos de ocio...

Los dos hombres se sentaron, cada uno ensimismado con sus propios problemas. Edouard contempló el fuego como si algo le estuviese devorando por dentro, parecía furioso. Rembrandt, al verle así, no se atrevió a sincerarse con él, aunque lo que había ido a revelar le era de extrema importancia... Al fin, haciendo acopio de valor, fue él el primero que sacó a relucir sus inquietudes.

—Querido amigo... Os preguntaréis por qué he venido tan pronto... No hace tanto que estuvimos juntos en Lyon, ¿verdad? Bien, lo cierto es que ha sucedido algo... extremadamente grave. Son terribles noticias, y lamento ser el portador de ellas, pero así ha de ser... ¿Quién si no... —se ajustó las gafas muy alterado—. Edouard, ha ocurrido algo muy inquietante.

—¿De qué se trata? —quiso saber Edouard, consciente del malestar de su amigo—. Creedme, a estas alturas ya nada puede sorprenderme.

—Alguien trató de robarme la otra noche.

—¿Qué? ¿Dónde? —se alarmó al punto palideciendo—. ¿Os han agredido? ¿Cómo fue? ¿Qué querían? ¿Vuestra cartera?

—No, no... Me he explicado mal... No a mí, no he sido atracado. Lo que quería decir, tal vez a pesar de mi torpeza... es que hace dos noches entraron en mi despacho y se llevaron el duplicado de la documentación del testamento de vuestra madre. Cuando llegué por la mañana habían forzado la puerta, estaba todo revuelto y sólo faltaban esos papeles... Me alarmó mucho, después de nuestra conversación... No sé qué pensar, y he creído mi deber hacéroslo saber.

Edouard calló espantado. Había estado tan obcecado con sus propias cavilaciones que no esperaba que Rembrandt fuera a decir nada parecido. Su mente trabajaba a toda máquina, conjeturando, atando cabos, pero sólo había a su juicio una respuesta a aquel enigma.

—¿Quién puede querer robar esos papeles? —preguntó sin atreverse a decir lo que pensaba en voz alta—. Vos mismo acabáis de decir que no se llevaron nada más.

—No lo sé, pero creo que pretendían llevarse los originales, no sabían que lo que yo tenía allí era un simple duplicado, desde luego... Recordad que os hice firmar dos ejemplares idénticos del testamento... Y sabéis que si desaparecieran esos documentos, en su totalidad... no habría forma de demostrar que jamás haya existido el testamento... que lo haya habido jamás... Y la herencia pasaría a engrosar la fortuna de vuestro padre...

—Tiene que haber sido él —soltó Edouard al fin—. ¿Quién si no? ¿Quién podría estar interesado en hacer desaparecer todo vestigio de ese testamento?

—Edouard, yo no...

—No Rembrandt, no le defendáis. Para mí está claro, y os lo advertí. Como vos mismo habéis dicho, si no hay testamento, las propiedades de mi madre, toda la herencia en su totalidad, pasaría directamente a engrosar la fortuna de mi padre y nosotros nos quedaríamos sin nada —dijo Edouard con amargura—. Y él podría muy bien desheredarnos y quedarse con todo...

—Pero no ha logrado hacerlo desaparecer. Afortunadamente tengo el original a buen recaudo, cuando me hicisteis ver vuestras sospechas me lo llevé, lo oculté... Jamás lo encontrará, es decir, si es que es él quien... Sea como fuera, todo está en orden.

—Lo pagará caro. Ese bastardo lo pagará.

—No Edouard, conteneos —le rogó Rembrandt—. Debéis obrar con prudencia en este caso. No tenemos pruebas fehacientes de que haya sido él, aunque he de reconocer que es demasiado evidente... Tenéis que ir con mucho cuidado, velar antes por vuestros intereses que por el deseo de venganza.

—No podré disimular ante él. Me pedís demasiado, amigo mío. Debo velar por mis hermanos. Me los llevaré de inmediato a Lyon y no volveremos a verle.

—Pero él sabrá por qué lo hacéis, ¡al instante! Es peligroso, Edouard... Precisamente por eso os pido calma. Meditemos este asunto. Mientras yo

tenga el testamento él no habrá logrado nada, estaréis a salvo... Es necesario buscar el momento oportuno para apartaros de su lado, esperar a que cometa algún error que justifique vuestra marcha, porque temo que de otro modo tome medidas desesperadas contra vos, o contra vuestros hermanos... Recordad las palabras de vuestra madre, Edouard, tenedlas bien presentes.

—No deseo tal cosa...

—Yo he sido la causa de todo... No debí convenceros para que le dieseis una oportunidad. Os he puesto en peligro, yo precisamente... —Rembrandt le observó de pronto, notando su palidez—. ¿Ocurre algo? Desde que habéis llegado os veo muy... alterado. No creo que sean mis noticias el único motivo de vuestro tormento... Os conozco bien, sé que algo más está sucediendo, ¿qué es ello? —continuó mirándole directamente—, decidme qué os ocurre, os lo ruego. Sabéis que podéis confiar en mí.

Edouard sonrió indolente, confuso por lo que acababa de oír y por el secreto que llevaba guardando desde aquella mañana. Relatárselo a Rembrandt no haría sino aumentar sus preocupaciones, pero le estaba quemando las entrañas. Se frotó los ojos y pálido como la muerte suspiró prolongadamente antes de hablar.

—Siempre he confiado en vos, igual que lo hacía mi madre —empezó lleno de dudas—. Habéis sido más que un amigo, habéis sido mi mentor, y un padre.

—Edouard...

—No, no, dejadme seguir —pidió poniéndole una mano firme en el antebrazo—. Por eso, voy a contaros algo que si bien no dice nada en sí mismo, como acontecimiento, sí que me ha hecho recelar en extremo, y afirmarme en mis sospechas... Recelar aún más de mi padre, si ello es posible... Aunque después de vuestras noticias, en fin, tal vez lo que voy a contaros sea una nimiedad... Antes de continuar prometedme que no contaréis nada de todo esto a Milena. Ella no debe saber nada, no quiero que se preocupe...

—Tenéis mi palabra.

—Por supuesto —Edouard se quedó callado unos instantes. Parecía sopesar lo que iba a decir a continuación, o el modo en que iba a decirlo—. La cuestión es que esta mañana, al amanecer, vi que mi padre se disponía a salir. El coche estaba preparado a la puerta y él pasó por delante de mi habitación como un fantasma. Me levanté, me vestí y le seguí hasta Dijon. No tengo que deciros lo extraño de su paseo a esas horas, acababa de amanecer. La noche

anterior habíamos acudido a una velada en casa de un amigo reciente, el señor Florian Bousquet, un excelente caballero a quien espero pronto conoceréis, y ya al regresar noté a mi padre muy extraño, como abrumado por algún problema grave. Por eso al verle salir a hurtadillas le seguí. Algo me decía que ocultaba algo, algún secreto... no lo sé.

—Continuad, por favor.

—Como os decía, le seguí hasta Dijon, y una vez allí le vi abandonar el coche y continuar a pie, adentrándose en las calles más apartadas... Iba como a escondidas, caminando pegado a las paredes, como si temiera ser visto. Yo fui tras él.

Edouard volvió a callarse. Se quedó con la vista clavada en el vacío, como si se hubiera quedado en blanco.

—¿Qué pasó? Edouard...

—Bueno... —continuó el joven sacudiendo la cabeza y encogiéndose de hombros—. En un momento dado le vi reunirse con un hombre... No sé quién era, se mantenía apartado en las sombras, pero su aspecto era tan extraño... —rememoró las palabras de Milena cuando días antes le contara que un hombre muy inquietante había visitado a su padre; a su mente acudió la descripción que ella había hecho de él: la palidez extrema de su rostro, su bigote. La joven le había advertido que su padre no había querido admitir su presencia en la casa... Era demasiada coincidencia.

—Dios mío... ¿Quién podía ser?

—Lo ignoro. Luego se alejaron y... les perdí el rastro. —Pero...

—Por más que los busqué, y busqué concienzudamente, se habían esfumado. Al regresar al lugar donde él había dejado el carruaje, éste ya no estaba. Y ahora, como podéis comprobar, mi padre aún no ha vuelto. En fin, no lo sé, quizás no sea nada, pero ese caballero era demasiado... Parecía un sicario.

—Desde luego suena extraño —confirmó Rembrandt con aire sombrío—. Y esto viene a apoyar mis temores, creo yo. Aunque no tenga nada que ver con el robo del testamento, pienso que debéis vigilarle con mucho cuidado.

—Pero ¿de qué se trata? ¿Qué tienen que ver las extrañas amistades de mi padre con todo lo demás? ¿Y qué hay del robo del testamento en vuestro despacho?

—¡No lo sé! Maldita sea, no lo sé... Pero son ya demasiadas cosas como para no tenerlas en cuenta, Edouard. Temo por vosotros.

—¿Os quedaréis unos días?

—Desde luego, si no soy una molestia, claro.

—No, por favor, os lo ruego. Me vendría muy bien vuestra presencia. Necesito averiguar qué está tramando mi padre, y vos podríais ayudarme, y de paso cuidar de Gael. Él os aprecia mucho.

—Contad con ello —en realidad Rembrandt deseaba quedarse y si Edouard no se lo hubiese pedido, él mismo se hubiera ofrecido—. ¿Qué vais a hacer?

—No lo sé. Veremos qué ocurre cuando vuelva mi padre. Aunque dadas las circunstancias, quizás no regrese...

—¿Le preguntaréis directamente? No lo hagáis, os lo ruego.

—¿Para qué? Eso sólo le pondrá en guardia, mentirá... No, necesito descubrirle por mis propios medios. Sean los que sean los asuntos en los que anda metido, me temo que no son nada bueno. Esperaré paciente, vigilante, y acabará cometiendo un error. Entonces le descubriremos y me llevaré a mis hermanos lo más lejos que pueda.

—Lamento que sea así, creedme. Vos, Milena, Gael... vuestra madre... Merecéis un padre mejor, una vida mejor. Sólo espero que vuestras dudas se disipen pronto y que el futuro no sea tan negro como aparenta.

Capítulo 13

Una rata enorme atravesó la celda pisando con sus pequeñas patas el húmedo suelo de piedra. Caminaba muy pegada a la pared, olisqueando con absoluta indiferencia cada tramo de aquel reducido espacio como si Mireille no existiera. Luego desapareció por una diminuta grieta abierta en la base de la pared y sólo entonces la niña respiró tranquila. Al contrario de lo que había creído desde el día en que la confinaron allí, no estaba sola en absoluto: la acompañaban las ratas, las cucarachas, chinches y otra gran variedad de insectos repugnantes que no conocía. Lo que más miedo le daba era que las ratas llegaran a comérsela mientras dormía, por eso en los últimos días no había logrado conciliar el sueño. A su tormento particular se había unido el horror que le infundían las ratas; su padre le había contado una vez que eran animales despreciables, sucios y malolientes, capaces de matar a una persona o de contagiarle a través de su mordedura las más mortales enfermedades.

Mireille cerró los ojos y trató de recordar el rostro de su adorado padre. Pero no lograba concentrarse lo suficiente... por más que se esforzaba, cada vez le resultaba más difícil visualizar las caras familiares de sus seres queridos; trataba de retener sus rasgos, de guardarlos en su memoria, como un precioso tesoro al que recurrir en los peores momentos... Empezaba a flaquear. Estaba olvidando.

Entre sollozos lastimeros volvió a mirar hacia la grieta por la que acababa de desaparecer la rata y se convenció para echarse a dormir un rato. Necesitaba desesperadamente descansar...

—¡Arriba!

No había oído llegar a su carcelero. Asustada le miró sin comprender. Era

demasiado pronto, aún faltaban horas para que la llevaran a la Sala Roja. El hombretón entró en la celda llevando la capucha en las manos y ella temió que a partir de entonces la obligaran a visitar aquel infierno más de una vez al día. Se resistió, pero como siempre, él la dobló a base de golpes. Le colocó la capucha en la cabeza y la cerró con un cordel alrededor del cuello.

—No, por favor... —sollozó sin fuerzas.

—Andando...

El carcelero la sacó de la celda a rastras. La guió a empellones a través de largos pasillos de suelo húmedo y frío, hasta que la chiquilla perdió la noción del tiempo y del espacio y se desorientó. Cuando al fin pareció que habían llegado a su destino, no sabía dónde estaba. Cuando él le quitó la capucha descubrió, aliviada, que no era la antesala donde solía bañarla, ni tampoco la temida Sala Roja. Se encontraba en una estancia cuadrada llena de estanterías, oscura y maloliente. En medio había una especie de mesa baja manchada de sangre. Mireille al reparar en ello se echó a temblar. ¿Qué nuevo horror le aguardaba allí?

—Camina... —susurró amenazante su opresor carcelero—. Súbete a la mesa y tumbate boca arriba.

—No...

—Maldita sea...

La agarró sin miramientos y alzándola sin esfuerzo la colocó por la fuerza sobre la resbaladiza mesa, obligándola a permanecer tumbada mirando hacia el techo. Mientras la ataba de pies y manos y sujetaba su cabeza con una correa, vio cómo entraba un hombre alto y enjuto por una puerta medio oculta tras las estanterías. No podía verle bien el rostro porque tenía los ojos anegados de lágrimas y no podía volverse hacia él, pero pudo distinguir una cruz que colgaba de una cadena alrededor de su cuello. Le oyó hablar y ya nunca olvidaría su voz, rasgada y aguda.

—¿Está ya preparada?

—¿Qué hay que preparar? —rezongó el celador despreciativamente mientras pegaba a Mireille en la mejilla con el dorso de su manaza—. Ya está atada si os referís a eso.

—Está bien, quedaos por si surge alguna complicación...

—Si sale algo mal, se morirá, y sólo tendré que arrojar su cuerpo al pozo, ¿creéis que me preocupa? Llamadme cuando terminéis...

Salió de la sala dejándola a solas con aquel desconocido. La niña lloraba

entre hipidos incontenibles, removía frenética manos y pies, trataba de liberarse sin éxito.

—No os mováis y os dolerá menos —le oyó decir.

Luego él se acercó y colocó a su lado, sobre un taburete, un extraño maletín, del que sacó un paño donde guardaba diversas agujas, grandes y pequeñas, e hilo. Mireille no alcanzaba a distinguir bien lo que hacía. El terror nubló su mente, ahogó su voz en la garganta y le impidió respirar; temblaba de arriba abajo convulsivamente. El desconocido se santiguó, limpió las lágrimas de sus ojos y con una mano le cerró el ojo derecho. Luego, sin miramientos, comenzó a coserle los párpados. Mireille aulló de dolor, aterrorizada. Se desmayó.

El hombre continuó con su labor sin importarle nada más, cosiendo concienzudamente los párpados de ambos ojos hasta que los dejó cerrados para siempre, unidos párpado superior con párpado inferior, para que no pudiera ver nunca nada más... durante el tiempo que durara su vida.

Al terminar soltó un resoplido, guardó el material empleado en el maletín, se santiguó y llamó al carcelero, quien ya sin capucha alguna, pues no hacía falta, se llevó a Mireille de nuevo a su celda, donde la abandonó en su triste inconsciencia, con un trozo de pan y un poco de vino.

Capítulo 14

Era noche cerrada en Bordeaux, y la señora Isabelle Margain acababa de acostar a su hijo de diez años, Gérald, en su pequeña cama. Vivía en un pequeño piso en pleno centro de la ciudad, encima de la tienda de su marido, una tienda de dulces. Llevaban una vida bastante acomodada, sin grandes lujos, pero no les faltaba de nada. Era una mujer satisfecha. Se tumbó agotada por la dura jornada de trabajo junto a su marido y se quedó mirando por la ventana, tratando de descansar. Desde su cama podía ver y oír a su hijo si se

despertaba durante la noche, cosa bastante habitual en él, y eso la tranquilizaba. Estaba embarazada de seis meses; puso su mano en el vientre ya bastante abultado y suspiró feliz. Amaba a su hijo Gérald y a su marido, y pronto llegaría un nuevo miembro a la familia. Deseaba que fuera una niña, en contra de la opinión de su marido. Ya tenía pensado el nombre: Adèle.

De pronto, cuando ya empezaba a sumirse en un agradable sueño, un ruido seco la sobresaltó. Asustada se incorporó y aguzó el oído. Le parecía que había sonado debajo de ella, en la tienda. Inmediatamente imaginó que les estaban robando, por eso zarandeo a su marido, susurrándole al oído que alguien había entrado a robar. Feodor Margain se despertó malhumorado. Isabelle le indicó por gestos que había oído ruido en la tienda, y entonces él se levantó despacio. Se puso sus calzones, cogió un palo que ocultaba bajo la cama por si alguna vez sorprendían a un intruso en su casa, como estaba sucediendo entonces, y se dispuso a hacerle frente. No tenía miedo.

—Ten cuidado... —siseó Isabelle temerosa.

—Calla... —ordenó él— quédate aquí, pase lo que pase, no bajas. Si no regreso, sal de la casa con Gérald y corre a pedir ayuda...

—No, Feodor...

Él no esperó más. Salió palo en mano y desapareció. Isabelle permaneció sentada en medio de la cama, con las manos entrelazadas sobre el pecho. Respiraba agitadamente, rezando por su marido. Feodor era un hombre de complexión fuerte, nada temeroso, muy capaz de echar a golpes a cualquiera que intentara atacarle, pero eso no la tranquilizaba en absoluto. Al poco oyó un ruido, y muerta de miedo se levantó para ver si podía ayudar, a pesar de las advertencias de Feodor. Se acercó sigilosamente a la escalera y se asomó. No se veía nada. Todo estaba muy oscuro y en silencio.

—Feodor... —llamó quedamente.

Nadie le respondió.

De pronto vio moverse a alguien entre las sombras, y creyendo que era su marido dio un paso hacia él... Pero estaba equivocada. Un hombre grande y fuerte se abalanzó sobre ella de súbito, la cogió violentamente y la arrojó escaleras abajo. Isabelle Margain soltó un gemido y cayó rodando. Se desplomó boca arriba al pie de la escalera, sangrando por la boca y la nariz, sin sentido. Mientras tanto, un segundo intruso apareció por la ventana de la habitación del matrimonio Margain, y de dos zancadas se aproximó hasta la cama del pequeño Gérald, que por una vez dormía plácidamente, ajeno a los

atrocios acontecimientos. El hombre le tapó la boca con un pañuelo untado con alguna droga y entonces lo levantó en volandas de su cama. Un gesto hacia su compañero le bastó para hacerle entender que ya tenía lo que habían ido a buscar. Apretando entre sus brazos al niño le puso una capucha y le amordazó con destreza. Lo ocultó bajo su capa de viaje y se lo llevó por la ventana. El rapto había durado cinco minutos. El segundo secuestrador salió tras él, y pronto ambos desaparecieron calle abajo, perdiéndose en la noche.

Al día siguiente un gran revuelo alborotaba la tienda de los Margain. A primera hora había llegado el panadero, descubriendo al señor Feodor tendido en el suelo y sin sentido. Había encontrado la puerta de la tienda abierta, rota, y desde la entrada había podido comprobar que la señora Isabelle también se hallaba allí, tendida en el suelo, cerca de su marido; estaba a los pies de la escalera que daba a la vivienda. Alarmado, había avisado a la policía, y ahora le explicaba a un oficial de aspecto circunspecto todo cuanto había visto. Una multitud de curiosos se arracimaba alrededor, en la calle, entre gritos de curiosidad y preguntas sin respuesta. Cuando llegó el Inspector Rabechault, una hora después, ordenó que toda aquella gente fuera expulsada inmediatamente, pues nada tenían que hacer allí.

Para entonces el señor Margain se había despertado y se frotaba la cabeza allí donde le habían golpeado. Su mujer, magullada por la caída, se agarraba el vientre con las dos manos, temerosa de haber perdido a su bebé. Un médico la atendía no sólo de su caída, sino del ataque de nervios que la dominaba. No hacía más que preguntar por su hijo, Gérald, y fue tal su insistencia, que al fin el Inspector, Vasek Rabechault, ordenó a uno de sus hombres que subiera a buscarlo.

—Yo no he visto al pequeño Gérald desde que llegué —aseguró el panadero—. Sólo vi al señor y a la señora Margain inconscientes sobre el suelo.

—¿No visteis nada más? ¿Nadie?

—No, señor Inspector, sólo que la puerta estaba rota, forzada, y a ellos como os digo, desmayados.

—Bien, entonces dadle vuestro nombre y dirección a uno de mis hombres y marchaos. Recordad que debéis colaborar, si os requerimos, deberéis presentaros inmediatamente. Por ahora, nada más tenéis que hacer aquí.

—Pero oíd, señor, yo podría... —insistió el hombre queriendo quedarse a toda costa para enterarse de lo que sucedía.

—Idos ahora mismo.

Un policía acompañó al testigo fuera de la tienda. Una vez a solas, el Inspector se dirigió al señor Margain, quien aturdido trataba de asimilar lo ocurrido.

—¿Recordáis algo de lo que pasó anoche? ¿Quién os atacó? ¿Sabéis si os han robado algo?

Margain le miró sin comprender. No recordaba nada.

—Probablemente esté aturdido por el golpe —intervino el médico acompañando a Isabelle Margain junto a su marido y ayudándola a sentarse—. Es probable que no recuerde nada.

—Alguien nos atacó —afirmó Isabelle más calmada. Limpiaba la sangre reseca que manchaba su rostro—, entraron durante la noche, venían a robar...

—Señor, arriba no hay nadie —informó el policía que había subido al segundo piso a buscar al hijo de los Margain—. La ventana está forzada y abierta de par en par...

—¿Mi hijo? —Isabelle se levantó, pero el médico la retuvo tratando de calmarla—. ¿Dónde está mi hijo? ¡¡Gérald!!

—¿Qué queréis decir con que mi hijo no está? —inquirió con voz ronca Feodor.

—Creo poder adelantar que no habéis sido víctimas de un robo, señor, sino de un secuestro —el Inspector Rabechault clavó sus ojos insensibles en el pobre señor Margain. No había compasión en ellos, sino hastío—. Os prometo que cogeremos al culpable.

—Señora cálmese... —rogaba el médico.

Isabelle Margain se desmayó, incapaz de soportar lo que les estaba ocurriendo. Feodor enterró su rostro entre las manos, sollozando como un niño. Lloraba por haber perdido a su hijo, pero sobre todo por no haber sido capaz de proteger a su familia.

—Escuchad señor Margain... es de vital importancia que recordéis todo lo que podáis, cualquier detalle, por nimio que os parezca, servirá. No os imagináis la cantidad de casos que se han resuelto gracias a insignificancias —el Inspector se aproximó y puso una mano enguantada en la fornida espalda del desesperado Feodor. No sentía lástima, pero deseaba resolver el caso. Su único afán era lograr un sonado éxito que catapultase su carrera—. El tiempo corre, necesito que os serenéis... Dejaremos a vuestra esposa con el médico y vos vendréis conmigo. Mis hombres buscarán alguna pista en la casa mientras tanto.

—No puedo dejarla sola ahora, está embarazada, es demasiado...

—Id tranquilo, señor Margain, vuestra esposa no corre peligro, y el bebé está bien —aseguró el médico colocando a Isabelle en una silla con ayuda de un policía—. Sólo ha sufrido un desvanecimiento, debido a todo lo que ha pasado.

Feodor asintió sin fuerzas. Le superaba todo aquello y era fácil de manejar. No sentía deseos de enfrentarse a la realidad, el dolor que le abrumaba era tan desgarrador que anulaba su voluntad y su juicio.

—Sólo quiero recuperar a mi hijo... —sollozó—. Os lo ruego, tenéis que encontrarle...

—Haremos cuanto podamos, os lo prometo. Ahora acompañadnos, por favor. El Inspector se llevó al señor Margain fuera de la casa y le instaló en su carruaje, entre dos policías. Ver a un hombre grande y rudo como él derrumbarse de aquel modo resultaba conmovedor, aunque el Inspector no tenía hijos, ni esposa, por lo que no podía imaginar lo que debía sentir aquel pobre hombre. Se arrellanó frente a él y le observó con detenimiento, sus fornidos hombros, sus manos grandes, sus facciones bien marcadas, con una nariz pronunciada dominando sobre un rostro cuadrado... No parecía un hombre fácil de derribar, lo que invitaba a pensar que había sido atacado por sorpresa, probablemente por la espalda, a traición. Los intrusos quizás le conocían de antemano o le habían estado espionando, y habrían planeado bien la forma de vencerle, como en los casos anteriores... Rabechault conjeturaba sobre la marcha, sumido en profundas reflexiones. Aquel no era el primer caso de secuestro, y el número de sucesos similares acaecidos en poco tiempo resultaba ya alarmante. Muchos niños estaban desapareciendo en distintas ciudades de toda Francia, y aún no poseía la menor pista, nada que le acercara al momento de detener a los criminales. No obstante, sospechaba que todo aquel asunto tenía un tinte político muy peligroso. El Inspector Vasek Rabechault estaba dando palos de ciego, y aquel nuevo secuestro empezaba a quebrar su confianza. El único aspecto común que unía aquella larga serie de raptos era el aspecto físico de los pequeños y su procedencia... Todos ellos respondían a un mismo perfil, niño o niña de familia acomodada y liberal, declarados defensores de la República; rubios o castaños, ojos grandes, delgados y de rasgos finos y armónicos. Probablemente Feodor Margain le describiría a su hijo Gérald como a un angelical chiquillo, de rostro dulce y rasgos suaves, más o menos rubio, etc, etc... El Inspector sintió asco y por

primera vez incertidumbre, desorientación, sensaciones que odiaba y a las que no estaba en absoluto acostumbrado. Se consideraba hombre resolutivo, capaz y eficiente, inteligente y metódico; nunca hasta entonces se había visto tan agobiado por las circunstancias, se jactaba de haber resuelto casi todos los casos en los que había intervenido, directa o indirectamente. Sin embargo, aquella serie de secuestros superaban su pericia. Los criminales operaban con gran resolución, premeditación y antelación. ¿Con qué fin? ¿Serían como él pensaba partidarios del Antiguo Régimen, enemigos declarados de hombres y mujeres revolucionarios, de quienes defendían la Constitución? ¿Volverían a ver alguna vez los desconsolados padres a sus hijos? Algo le decía que no.

Entre la muchedumbre que aún curioseaba en los alrededores de la tienda, un hombre tomaba notas discretamente. Había visto llegar al Inspector y a sus hombres, y cómo poco más tarde salían de nuevo llevándose a Feodor Margain. Nadie había reparado en su presencia, a pesar de que su aspecto era muy llamativo, tanto por sus ropas como por su porte. Era muy alto, atlético y elegante, dotado de una gran apostura, moreno, de cabello largo muy bien peinado hacia atrás y sujeto con una coleta bajo su sombrero; rostro fino y correcto en el que destacaba una cuidada perilla perfectamente cortada y perfilada; sus ojos, sobre cualquier otro rasgo, eran lo que más destacaba de su fisonomía aristocrática, pues poseían una gran viveza, miraban de forma penetrante y directa, eran grandes, oscuros y llenos de misterio. Aquel personaje vestía completamente de negro, calzaba caras botas de cuero italiano y cubría su cuerpo con una excepcional chaqueta de montar también de cuero, larga y abierta por detrás. Destacaba tanto entre la multitud de comerciantes, jornaleros, mujeres y demás transeúntes que se agolpaban junto a él en torno a la tienda de los Margain, que resultaba increíble que nadie se hubiera fijado aún en su persona. Sin embargo, ni el Inspector, ni sus hombres, nadie a decir verdad, se percató de su discreta presencia, ni de la atención con que seguía cuanto sucedía allí. En cuanto el coche del Inspector se hubo alejado, entró en la tienda sin que nadie se lo impidiera, desapareciendo escaleras arriba con la agilidad y la discreción de un gato.

Capítulo 15

Las ventanas de las dependencias de la policía francesa en Bordeaux eran altas y estaban orientadas a una plaza central muy espaciosa por la cual cada día el Inspector veía pasar miles de oficiales. El hecho de verlos ir y venir, cada uno atento a sus obligaciones, le relajaba, le ayudaba a recapacitar. Apoltronado en su despacho acababa de despedir al desgraciado Feodor Margain, con quien había mantenido una larga y poco fructífera conversación. Se atusaba el bigote mecánicamente, los gruesos labios apretados y la mirada perdida. No había obtenido ni un solo dato esclarecedor, básicamente porque su principal testigo, el señor Margain, no recordaba nada, no había podido ver a su asaltante, y su mujer menos aún. Ni siquiera había podido averiguar si los agresores eran más de uno... Miró de reojo la pila de documentos relativos a los secuestros que había ido apilando sobre su mesa y se maravilló de lo abultada que era ya. Todos estaban sin resolver. Necesitaba algo, lo que fuera, antes de que se le echaran encima. Desesperado y descompuesto descargó un violento puñetazo sobre aquella mesa de madera y de un manotazo arrojó al suelo la pila de informes, desparramándola sobre la alfombra. Llamaron suavemente a la puerta pidiendo permiso, y no tuvo más remedio que recomponer su agitación. La puerta se entreabrió y su ayudante, el joven Arnaud, se asomó tímidamente. Era un muchacho de frente huidiza y ojos saltones, permanentemente temeroso de él.

—Disculpadme señor, ¿puedo hacer algo por vos? —sin duda le había oído golpear la mesa y ahora contemplaba con expresión embobada todos aquellos papeles tirados por el suelo. De repente pareció caer en la cuenta de lo que

debía hacer, y sin dejar de disculparse entró en el despacho para recogerlo todo—. Disculpadme, os ayudaré a ordenar todo esto, señor...

—¿Ha venido alguien en mi ausencia? —interrogó Rabechault indiferente, sin prestarle apenas atención.

—No, señor. Nadie.

—Bien...

Con aire ausente recogió él mismo uno de los informes, que casualmente había caído a sus pies; estaba medio abierto, y sin saber muy bien para qué, lo abrió y repasó cansinamente su contenido. Como todos los demás, relataba el secuestro de una niña, Mireille Jacquenet, desaparecida en plena calle cuando acudía a una feria con sus padres, en Nantes. Todo había sucedido tan rápida y misteriosamente como si de magia se tratara... ¿Cómo era posible? Había visto un retrato de la pequeña Mireille, según sus progenitores y cuantos la conocían una fidelísima reproducción de su bellísimo rostro infantil, y recordaba haberse emocionado al contemplarlo. Aquella niña, de doce años de edad, era tan preciosa, tan delicada, que nadie hubiera imaginado nunca que el mal pudiera abatirse sobre ella como lo había hecho... A aquellas horas probablemente ya estaría muerta. Rabechault suspiró y lo arrojó sobre la mesa, junto al montón que su ayudante acababa de depositar en ella.

—Tráeme algo caliente, esta mañana no iré a ninguna parte.

—Sí señor, al instante... —respondió el joven Arnaud sin atreverse a contrariarle.

Siempre inseguro y temeroso salió enseguida del despacho; caminaba hacia atrás con torpeza. Dejó a solas a aquel hombre taciturno y malhumorado que era en aquellos momentos el Inspector.

De pronto, nada más salir, cuando aún no habían transcurrido más que unos minutos desde que se fuera, volvió a llamar a la puerta.

—No puede ser... ¡Ni siquiera tú puedes haber tardado tan poco en interrumpirme! —rugió contrariado Rabechault, quien esperaba que el joven tardara al menos media hora en regresar con algo caliente.

—Lo siento señor, no era mi intención...

—¡Pasa, por Dios! ¿Has de notificármelo todo desde el otro lado de la puerta? ¡Si tienes algún recado entra de una vez, de lo contrario márchate!

—Perdón... Tenéis una visita... —murmuró Arnaud cabizbajo, las mejillas arreboladas de vergüenza. Traía una carta de presentación en sus sudorosas manos. Se la extendió al Inspector y se quedó plantado en medio del

despacho.

—¿Qué es esto?

Rabechault rompió el sello y abrió la carta, que se hallaba doblada en dos. A continuación leyó el contenido con suma atención. En ella se le ordenaba atender la visita del Inspector parisino Lázaro Maltés y complacer todas sus peticiones. No decía nada más. Aquel hombre, del que nada sabía, acudía a él respaldado por el Departamento de Justicia de París... La sorpresa se dibujó en su expresión. No conocía a su visitante y no imaginaba el motivo de su presencia en Bordeaux. Con un gesto evidente indicó a su atribulado ayudante que le hiciera pasar sin demora. Se moría de curiosidad... Un hombre que llegaba respaldado por las más altas autoridades no debía ser despreciado ni ignorado... ¿Pero quién era, y para qué le visitaba? No tuvo que esperar mucho para resolver el enigma.

Por la puerta entró un hombre todo vestido de negro, tocado con un sombrero y enfundado en una larga chaqueta de montar, de cuero. El Inspector no le reconoció porque sencillamente no había advertido su presencia aquella misma mañana, cuando había acudido a la tienda de los Margain. Si le hubiera visto, su apariencia no le habría pasado desapercibida, y habría quedado grabada en su memoria por su peculiar fisonomía. Lázaro Maltés, pues así se llamaba aquel misterioso caballero, se adelantó hasta él y se inclinó con respeto, aunque no abrió la boca. Sus ojos escrutadores repasaron rápidamente, sin ofensa en su mirada, la figura oronda del Inspector.

—Lázaro Maltés, para serviros...

Su voz era grave y suave, agradable al oído. Se desprendió de su sombrero y descubrió una frente amplia y despejada enmarcada por una espesa cabellera negra anudada correctamente en la nuca con una coleta. Pidió permiso con un ademán cortés y se sentó; depositó su sombrero sobre la mesa. No parecía tener prisa y todos sus movimientos eran parsimoniosos y deliberados.

—Inspector Vasek Rabechault... Encantado de conocerlos —carraspeó algo confuso el Inspector—. ¿A qué debo el honor de vuestra visita? No creo haber oído hablar de vos con anterioridad...

—No lo creo —fue su enigmática y evasiva respuesta—. Pero eso carece de importancia, creedme —hizo una breve pausa—. He sido encomendado para ayudaros a resolver definitivamente el caso que tenéis entre manos actualmente y que precisamente os ocupaba esta misma mañana.

—¿Perdón?

El señor Maltés calló con la obvia intención de subrayar con su silencio la evidencia de su incuestionable e innegociable participación en las investigaciones en torno a los casos de secuestro. Era evidente que había sido designado específicamente para terminar de una vez con aquella larga ristra de crímenes, ya que el Inspector no daba con los responsables. Rabechault se sintió al punto intimidado y enfadado, ofendido, desde luego, ya que a su juicio aquello le tildaba de incompetente y arriesgaba su futuro.

—Hay muchas personas muy molestas con todo lo que está sucediendo, personas muy influyentes... que exigen una respuesta determinante que liquide el asunto de una vez por todas, y de manera ejemplar. Muchas de las víctimas son de buenas familias de este país que no están dispuestas a aceptar la amenaza y la inseguridad en la que viven.

—¿Quién sois vos? ¿A quién obedecéis?

—Como ya os he dicho antes, eso carece de importancia. Mis credenciales son la carta que sostenéis en vuestras manos, París. Eso debe bastar —Maltés vio el malestar del Inspector, cuya palidez era patente—. No he venido a suplantaros —quiso tranquilizarle a ese respecto—, no soy una amenaza ni estáis siendo puesto en entredicho, Inspector. Vuestro trabajo es muy valorado en París, sólo he venido para ayudaros.

—Entiendo... —Rabechault empezaba a ver a Maltés como un claro enemigo, a pesar de sus palabras—. Por supuesto, no tendré el menor inconveniente en colaborar con vos en esta investigación... Nada me alegraría más que acabar con este horror de una vez —mintió. Él siempre trabajaba solo, no soportaba tener a su espalda a otro investigador, y aquel hombre le resultaba extremadamente incómodo y peligroso. Guardó la carta en el cajón de la mesa mientras hablaba y trataba de recuperar el dominio de sus nervios—. Supongo que estaréis al corriente de cada caso. Precisamente aquí tengo toda la documentación pertinente, que...

—La conozco bien, se me facilitaron los duplicados antes de viajar hasta aquí.

—¿Y os habéis formado ya una opinión al respecto? ¿Podrías aportar algo... esclarecedor?

—De momento no, aunque tengo un informe en mi poder del que vos no tenéis conocimiento y que probablemente nos ayude.

—¿Qué es... —Maltés sacó de su chaqueta un documento doblado y se lo extendió con amabilidad. Rabechault lo tomó y lo abrió inmediatamente—.

Es un asesinato...

—Hace diez días hallaron el cadáver de un niño abandonado en la rivera del río en Tulle, cerca del puente Lachoud... Era uno de los niños secuestrados, del que vos tenéis el informe sobre la mesa. Se llamaba Jean-Paul Lesage.

—Por Dios...

—Como podéis leer, fue hallado semidesnudo, y con los párpados de ambos ojos cosidos. Al parecer la causa de la muerte no ha podido ser determinada, el cuerpo no presenta golpes o marcas ni hay síntomas de envenenamiento...

—¿Creéis que aparecerán más cadáveres? ¿Qué... irán apareciendo?

—Lo ignoro. Jean-Paul Lesage no es el primero en haber sido secuestrado, ni de los más antiguos... por lo que más bien parece una muerte aislada, casual. No obedece a ningún patrón. Yo creo que ha sido un caso único, aunque esto no quiere decir que no vayamos a encontrar algún cadáver más. Mi opinión, es que se les murió, no entraba en sus planes deshacerse de este niño... He hecho trasladar el cuerpo hasta aquí, si no os importa, para poder examinarlo personalmente. Quizás hallemos en él alguna pista.

—Yo tengo mi propia opinión, y es que toda esta barbarie la han provocado esos reaccionarios contrarios a la república. Todos sabemos que se esconden como ratas para atacar desde sus agujeros los intereses de nuestra bienamada Constitución. Están raptando a los hijos de los liberales, ciudadanos influyentes, compatriotas comprometidos con la constitución... y está claro cuál es el motivo, y cuál el propósito...

—Os equivocáis, y espero por vuestro bien que no le deis esa orientación al caso.

—¡No, no me equivoco, en absoluto! Ya lo veréis... —sentenció iracundo el Inspector. Luego, tratando de suavizar su postura, preguntó con otro tono más amigable—. ¿Sois médico forense?

—Soy muchas cosas. Calculé que os gustaría estar presente durante el examen.

—Sí —admitió aún enervado por su mentalidad claramente radical—, sí... por supuesto.

—Bien, en tal caso —indicó Maltés levantándose y recogiendo su sombrero—, os espero mañana en esta dirección, a primera hora.

—Desde luego, allí estaré —convino el Inspector tomando un trozo de papel que Maltés le tendía—. Decidme...

Maltés se detuvo volviéndose hacia él mientras se calaba el sombrero.

—Prescindiendo de otros detalles... ¿Por qué creéis que raptan niños tan parecidos entre sí?

Lázaro Maltés suspiró con un ademán indescifrable. Se inclinó antes de salir, dejándole a solas en su despacho. Rabechault sólo pudo concluir que o sabía mucho más de lo que daba a entender o simplemente no tenía una respuesta todavía para aquella pregunta.

El Hospital Saint-Louis, construido en 1714, acogía a los niños abandonados en los días más crudos de la Revolución. Era el lugar en el que Lázaro Maltés aguardaba al Inspector de Bordeaux. Gracias a la influencia de Sor Emmanuelle, de la orden de las Hermanas de Saint Vincent de Paul, encargadas del entretenimiento de los pequeños, se le había cedido una sala apartada y discreta para acoger el cuerpo del pequeño Lesage, y allí se encontraba él, inclinado sobre el cuerpo sin vida, cuando daban las nueve de la mañana. Rabechault llegó tarde y con prisas, aureolado por un aire triunfante. Entró en la sala con paso firme y no se molestó en saludar; se limitó a colocarse con altivez junto al señor Maltés y a escudriñar por encima de su hombro el cadáver amoratado del niño. Éste no se molestó en absoluto, ni siquiera se volvió hacia el recién llegado, sino que continuó con su examen, como si estuviera solo.

—Tienen pocos medios en este Hospital. Por suerte siempre llevo conmigo un maletín de herramientas —informó distraídamente Maltés—. Acabo de cortar las suturas de los párpados del ojo derecho para ver si ha sido extirpado el globo ocular, pero por lo que veo, no ha sucedido tal cosa.

—Señor Maltés, por mi parte os traigo alguna noticia nueva, que quizás os ayude a decidiros a apoyar mi teoría acerca de los traidores. Además convendréis en que tiene mucho que ver con ese macabro detalle de los ojos...

—¿Qué es ello? —inquirió él irguiéndose al punto. Al hacerlo resultó evidente la diferencia de estatura entre los dos, y Rabechault se apartó un poco, contrariado.

—Tened —repuso tendiéndole un arrugado diario—. Lo había tirado a la papelera, como tengo por costumbre con este tipo de publicaciones clandestinas, pero hoy, por casualidad, descubrí que había en él una noticia que probablemente nos atañe. Leedla y juzgad por vos mismo.

Lázaro Maltés lo hizo y al instante halló un nexo de unión entre la muerte de

Jean-Paul Lesage y la del hombre del que hablaba la noticia, encontrado en Poitiers sin vida. Sin embargo, a pesar de la similitud de aquel asesinato con el del pequeño Lesage, no estaba de acuerdo con el Inspector. En aquel diario se relataba de manera exaltada, con el lenguaje habitual de aquel tipo de ediciones, el hallazgo de un hombre muerto al que le habían sido extirpados los dos ojos. El asesino le había clavado a su víctima un puñal en el corazón, lo cual parecía haberle causado la muerte, y después de sacarle los ojos había cosido sus párpados...

—Ahí lo tenéis. Ése hombre, Augereau, era un ejemplo a seguir de nuestra época, un fiel servidor de la libertad y de la República... Es evidente que ha sido atacado únicamente por ese motivo. Añadiré que sin error en modo alguno han sido esos traidores, los mismos que abogan por la restauración de la monarquía desde la sombra... Quizás incluso los mismos que ayudaron a Capeto y a la Austríaca a huir de Francia... Nos odian, caballero. Anhelan usurpar nuestra gloria, tener lo que nosotros tenemos, ser lo que nosotros somos... recuperar las antiguas formas, la tiranía del Antiguo Régimen... algo inconcebible.

—No niego que ambas víctimas presentaban mutilaciones muy similares, señor Rabechault —Lázaro Maltés se apoyó en la mesa de espaldas al niño y se cruzó de brazos—. A los dos les han cosido los párpados, sí... pero fijaos en que mientras que a Jean-Paul Lesage se lo hicieron “antes”... de morir, a esta otra víctima se lo hicieron “después”... de su muerte. Y no sólo eso, sino que al hombre de Poitiers, Augereau, le extirparon los ojos. Este chiquillo —continuó volviéndose hacia el cadáver y cogiendo unas pinzas—, como ve... —abrió los párpados del ojo izquierdo— aún los conserva.

—¡Pero es una clara muestra de que los autores son los mismos! ¿Acaso habéis visto algún otro caso en toda vuestra carrera profesional en el que se haya practicado una mutilación salvaje como ésta? Es mucha casualidad, ¡demasiada para ser una coincidencia!

—Sí. Demasiada... —convino Maltés meditabundo. —A Augereau no le robaron nada, sólo la vida... —Su muerte es un símbolo.

—¡Y la del niño también!

—No, Jean-Paul Lesage murió por otras causas, probablemente de malnutrición... Fijaos en su delgadez.

—¿Decís que no fue un asesinato, sino muerte natural?

Lázaro Maltés no respondió. Cogió un bisturí y cortó el tórax con precisión.

Rabechault se volvió para no ver cómo le abría el pecho y el abdomen con un objeto contundente, serrando el hueso, y dejaba al descubierto sus órganos vitales.

—¡Por Dios! ¿Qué hacéis?

—Compruebo si hay alguna infección, en sus pulmones, por ejemplo, para determinar la causa de su fallecimiento —una sonrisa asomó en su rostro—, y por lo que veo... no andaba muy desencaminado.

—¿Qué decís? —el Inspector se negaba a mirar, se tapaba la boca con la mano para contener las náuseas. No soportaba la sangre, y mucho menos ver un cuerpo humano destripado.

—Ved esto. Este niño tiene los alvéolos pulmonares llenos de pus, y están visiblemente inflamados, hay evidentes síntomas de enfermedad, una neumonía... Además, fijaos en sus labios, y en sus uñas, presentan un característico color azulado. Sí, puedo deducir que murió aquejado de una neumonía aguda.

—¿Estáis seguro?

—Inequívocamente. No hay duda.

—Entonces, se deshicieron del cadáver arrojándolo al río.

—Debemos buscar la conexión entre las dos muertes. Algo se nos escapa. Lázaro Maltés empezó a limpiar su instrumental, lo guardó en el maletín y cubrió con una sábana los restos de Jean-Paul Lesage. Cuando hubo terminado se puso los guantes con intención de marcharse.

—Un momento, ¿os vais? Aún no hemos terminado...

—Mi trabajo aquí ha finalizado. Pediré a la hermana Emmanuelle que procure el entierro de este pobre chico y haré que avisen a sus padres.

—Pero aún debemos trabajar buscando alguna pista que nos lleve a comprender qué tienen en común las dos víctimas... —protestó Rabechault—. Se supone que habéis sido enviado para ayudarme...

—No... No se equivoque. He sido enviado para ayudar a acabar con todo esto. Vos en cambio parecéis empeñado en cazar fantasmas, los vuestros... Haríais bien en no enterrar la verdad debajo de vuestros prejuicios y rencillas personales, o de vuestros anhelos. Esto nada tiene que ver con una traición a nuestra República. Vos, amigo mío, sólo veis lo que queréis ver... —Maltés ladeó la cabeza estudiando el encarnado rostro del Inspector, cuya ira era palpable—. Sin embargo trabajo solo, señor. Sabed que no estoy obligado a daros acceso a todo lo que descubra en esta investigación, al contrario que

vos. Sin embargo, y tal vez a pesar de las apariencias, no soy vuestro enemigo. Si me necesitáis hacédmelo saber.

Dicho esto se retiró, caminando con paso decidido, muy seguro de sí mismo. Rabechault apenas lograba respirar, enrojecido de enojo, y clavaba sus rasgados ojos en la espalda del caballero. Sentía una animadversión hacia él cada vez mayor. Era la primera vez que alguien se interponía en su labor como Inspector, la primera vez que alguien usurpaba sus funciones por mandato del Departamento de Justicia... y su ególatra visión de sí mismo le impedía aceptarlo. Solo en medio de la sala decidió que averiguaría, antes que aquel presuntuoso, la identidad de los criminales, y demostraría además que eran traidores y que se trataba de un complot para minar la autoridad de la Convención y aniquilar la Constitución. Él conduciría a los culpables a la guillotina...

Capítulo 16

Los inviernos en Beaune eran por lo general muy suaves. Pocas veces el frío llegaba a ser tan intenso como en Lyon, pero en pleno mes de enero, y por primera vez desde hacía muchos años, se avecinaba una tormenta de nieve. Las noches anteriores había helado y las carreteras se llenaban de charcos congelados que hacían peligroso el paso de los carruajes y de los caballos, cuyos cascos resbalaban con facilidad en el hielo. Los campesinos miraban al cielo con aprensión, temiendo perder sus escasas cosechas y pasar aún más hambre que otros años, nadie hubiera vaticinado que se avecinaba un invierno tan crudo como aquél.

Gael, en cambio estaba entusiasmado con la novedad. Cansado de dibujar en su cuarto, se había asomado a la ventana y contemplaba el blanquecino manto de nubes, rezando para que cayeran los primeros copos de nieve. Su entusiasmo infantil nada tenía que ver con las preocupaciones que una nevada provocaba a los mayores, él deseaba ver nevar; un entretenimiento como aquél no lo disfrutaba muy a menudo.

—Os enfriaréis si os quedáis junto a la ventana, Gael —sermoneó Muriel inclinada sobre su labor. Un alegre fuego crepitaba en la chimenea, iluminando su joven rostro ladeado.

—Quiero ver si nieva... ¿Podré salir a jugar con la nieve?

—Ni hablar. Cogeréis un resfriado...

—¡No! Pediré permiso a Edouard, ¡seguro que me dejará!

—Hacedlo, y estaréis una semana en cama sin salir a montar.

—No me chantajeéis Muriel, ¿qué tiene de malo que salga a jugar con la nieve? Me abrigaré bien, lo prometo, y luego me cambiaré enseguida de ropa

y me pondré junto a la chimenea. Mamá decía que lo importante es no quedarse con la ropa mojada encima.

—Qué razón tenía.

—Entonces, me dejarás, ¿verdad?

—Primero ha de nevar, ¿no creéis?

—Mira el cielo, creo que está a punto...

—Ya veremos.

La ilusión de Gael era tan evidente que Muriel sonrió enternecida. Le había tomado mucho apego a aquel chico, a su tierna mezcla de madurez e inocencia, de picardía... Pasaba mucho tiempo con él, habiéndose convertido ambos en buenos amigos y confidentes. Le vio por el rabillo del ojo apartarse de la ventana y coger uno de los libros ilustrados que había dejado en el suelo. Estaba aburrido, y sus suspiros daban fiel testimonio de ello.

Muriel se enfrascó en su labor, tratando de enhebrar la aguja que sostenía entre sus finos dedos. Estaba cosiendo una colcha para la cama del niño, y a veces se concentraba tanto que las horas se le pasaban volando. Estela solía reñirle por perder de aquel modo la noción del tiempo. Se le escapó la aguja y se pinchó en un dedo, arrancándole un gemido de dolor y rabia. Entretenida en no manchar de sangre la tela de la colcha, tardó un rato hasta que volvió a levantar la mirada para ver qué hacía Gael. Cuando lo hizo, descubrió consternada que no estaba en la alcoba. Se había ido.

—Será...

Se había escabullido como un ratón, y no era la primera vez que lo hacía. Muriel se preguntó sin alarmarse demasiado a dónde habría ido aquella vez.

En el exterior la temperatura había bajado mucho. Gael se arrebujó en su grueso abrigo de lana. Satisfecho de su exitosa fuga, titubeó; no sabía si dirigirse hacia el río o caminar por el bosque, hacia el norte. Esperaba que durante su paseo empezara a nevar para poder así divertirse con la nieve, por eso escogió el bosque como el mejor lugar para deambular tranquilo. No tenía intención de alejarse mucho, en realidad sólo quería matar el aburrimiento.

Echó a correr y enseguida abandonó los límites del jardín que rodeaba la casa, internándose entre los altos robles del bosque. El terreno se empinaba a partir de allí suave y paulatinamente, lo que motivó que muy pronto empezara a jadear por el esfuerzo. Nunca había ido por aquella parte. El hermoso terreno que se extendía ante él, cubierto por un colorido manto de

hojarasca húmeda, resultaba fantástico y lleno de magia. Decidió que otro día tendría que explorarlo más a fondo, por si descubría algo interesante por allí. Absorto en sus fantasías, no se dio cuenta de lo mucho que se estaba alejando de la casa, hasta que se detuvo en lo alto de una colina y miró hacia atrás. No podía ver nada salvo el bosque, a sus espaldas y por delante de él. Gael no era miedoso, sabía perfectamente por dónde había ido para luego poder regresar sin peligro de perderse. Con resolución, echó un vistazo a la pequeña hondonada que se abría ante él, umbrosa y silenciosa. El camino que seguía la cruzaba por la parte más profunda.

—Sólo iré hasta ahí abajo a ver qué hay y luego daré media vuelta... —se dijo a sí mismo.

El suelo en la pendiente, aun no siendo ésta muy pronunciada, era resbaladizo. Gael fue bajando poco a poco, tratando de no caerse; se hundía hasta las rodillas en la cada vez más profunda capa de hojas muertas, y el olor del mantillo superficial se esparcía a su alrededor impregnando sus ropas. A los cinco minutos estaba en la parte más profunda de la vaguada, sin haber dado con sus huesos en el suelo. Satisfecho de sí mismo palmeó su ropa para desprenderse de las hojitas y de la tierra que se había adherido a ella, y luego miró a su alrededor, buscando alguna peculiaridad, algo interesante que mereciera la pena investigar.

Entonces, en la parte más alejada, allí donde de nuevo empezaba a ascender el terreno, le pareció distinguir algo, un agujero, o un pozo...

Entusiasmado, corrió lo más rápido que pudo hacia el lugar donde lo había visto. Cuando hubo llegado vio que efectivamente había un profundo agujero en el suelo.

—Vaya...

Se arrodilló, empapándose las rodillas, y trató de ver si era muy profundo. Se trataba más bien de un pozo artificial, excavado en la tierra, y a juzgar por la oscuridad, que ocultaba dónde acababa, debía ser muy hondo. Gael buscó una piedra alrededor y, cuando encontró una apropiada, la dejó caer. Agudizó el oído para ver cuánto tardaba en tocar fondo: no se oyó nada. Intrigado, se asomó aún más, escudriñando hacia las tinieblas. Un frío intenso y un olor nauseabundo brotaba de aquella boca abierta en medio del bosque, y lejos, a mucha profundidad, creyó distinguir unos barrotes, o una reja.

—¿Qué habrá ahí abajo? ¡Holaaaa!

Ni siquiera había eco. Su voz sonaba seca y cerrada en la abertura de aquel

hoyo. Aguijoneado por la curiosidad, intentó meter la cabeza y los hombros un poco más hacia el interior, pero era demasiado estrecho. En el momento justo en el que reptaba hacia atrás, vio cómo algo se movía allá abajo. El susto que se llevó fue tal que se incorporó bruscamente y se golpeó en la cabeza con una piedra que sobresalía en el borde. Se quedó sentado de culo, frotándose una pequeña herida en la coronilla y respirando aceleradamente.

Para entonces ya había empezado a nevar. Algunos copos de nieve se dejaron caer desde el cielo, pero no lograron atraer su atención, a pesar de que había salido a pasear expresamente para ver si nevaba. Estaba tan intrigado por lo que acababa de ver que no podía pensar en otra cosa.

Por otra parte, el miedo había comenzado a hacer mella en su determinación. No quería asomarse de nuevo, no se atrevía. Ignoraba si lo que se había movido allí abajo era un animal peligroso, o qué clase de criatura podía ser. La escasa luz que alumbraba el pozo desde el exterior quedaba anulada cuando introducía la cabeza para mirar, y eso le impedía ver con claridad. Tampoco podía asomarse más, ni estaba dispuesto a arriesgarse.

—¡Gael!

Reconoció la voz de Rembrandt. Se volvió y le vio acercarse, bajando la empinada pendiente de la hondonada, tal y como había hecho él un rato antes. El hombre venía desde la casa buscándole y la preocupación que sentía era bien visible en la expresión de sus ojos. El chico adivinó sin dificultad cómo le había encontrado el abogado...

—Gael... —llamó Rembrandt jadeando sin resuello—. ¿Qué haces aquí solo? Sabes muy bien que no debes salir sin que te acompañemos alguno de nosotros, te lo he dicho más de cinco veces. Está nevando, ¿no lo habías notado?

—Sí —la nieve caía ahora con mayor intensidad, depositándose en gruesas gotitas heladas sobre el rostro de Gael cuando levantó la vista para mirar—, quería dar un paseo.

—Te has escabullido sin permiso, como haces siempre. ¿Y si te sucediera algo? —Rembrandt estaba enfadado y rojo como la grana cuando llegó a su lado—. No sabía que habías venido por aquí, ha sido pura casualidad que haya dado contigo, porque dejaste tus huellas en el barro. Algún día podría pasarte algo, y nadie sabría dónde estás, ¿no lo comprendes?

—Lo siento...

Gael se colocó intencionadamente delante del pozo para que Rembrandt no lo

viera. Era su secreto, y necesitaba volver otro día para investigar.

—Vámonos, se hace tarde y está cuajando, dicen que habrá ventisca. No quiero que nos pille en medio del bosque.

Rembrandt cogió a Gael del brazo, aliviado por haberle encontrado. Muriel le había puesto sobre aviso en cuanto se había dado cuenta de que había desaparecido. Inmediatamente había salido en su busca, aun sin poseer el menor indicio de hacia dónde podía haber ido.

—¿Sabe Edouard que me he ido solo?

—No, ni tu hermana tampoco, no he querido alarmarles.

—Gracias Rembrandt...

—No habrá próxima vez, Gael. Promételo. Si vuelves a desobedecer se lo haré saber a Edouard.

Gael asintió avergonzado. Su empeño por ir y venir a su antojo le podía costar caro si Edouard llegaba a enterarse. La cuestión era que su hallazgo en la vaguada resultaba tremendamente interesante, y exaltaba su imaginación infantil con demasiada fuerza para resistirse. ¿Cómo luchar contra la tentación de regresar? El pequeño supuso que engañar a Muriel le resultaría relativamente fácil. La convencería para que le acompañara a dar un paseo corto por el bosque y luego eludiría su vigilancia, escabulléndose durante un rato. La natural ingenuidad de la doncella y su tendencia al despiste le brindarían la ocasión de moverse a sus anchas sin que nadie se percatara de lo que hacía.

Rembrandt y él caminaban de prisa. Cuando salieron de la vaguada, una ligera capa de blancura invernal cubría ya el bosque y el viento soplaba arremolinando la cortina de nieve que caía desde el cielo. Los árboles desnudos ofrecían cierto abrigo, aunque no por mucho tiempo. Enseguida alcanzaron el lindero del bosque, y una vez allí tuvieron que correr para salvaguardarse del temporal.

Por fortuna para Gael, nadie les vio entrar empapados y llenos de barro. Aprovecharon la buena suerte que les había acompañado hasta el momento y a hurtadillas se escabulleron cada uno a su habitación, donde se cambiarían las ropas mojadas por otras limpias y secas. Rembrandt prometió a Gael antes de dejarle en su alcoba que guardaría silencio sobre lo ocurrido, y éste a su vez se comprometió a no volver a aventurarse solo por el campo, compromiso que desde luego tenía intención de cumplir, aunque solo en parte. Una vez a solas en su habitación y mientras se cambiaba

apresuradamente por si volvía Muriel, se dedicó a imaginar un plan. Entusiasmado con aquel nuevo entretenimiento y disipado por completo el aburrimiento que hasta aquella mañana había embargado su ánimo, utilizó todo su ingenio en idear cómo engañar a la joven doncella una vez hubiera logrado que ella le acompañase hasta el bosque. Su único problema residía en la tempestad que en aquellos momentos se abatía sobre Beaune con furia. Si continuaba nevando con tal copiosidad, resultaría en vano cualquier iniciativa por su parte para ir al bosque. Consternado contempló por la ventana la nevada que ya lo cubría todo con un espeso manto de nieve. Resultaba irónico que aquella misma mañana hubiera salido precisamente a buscar la nieve, deseando que cayera como lo estaba haciendo ahora, y que a su regreso del paseo quisiera todo lo contrario. Suspiró con fuerza abatido. Quizás aún no estaba todo perdido...

Capítulo 17

Milena tocaba el piano que finalmente su padre, a pesar de sus reticencias, le había regalado; lo hacía con languidez, la mente abstraída por completo. Al contrario que su hermano Gael, se alegraba de la llegada de un temporal como el que asolaba Beaune y toda la región de Borgoña. El aislamiento al que se habían visto forzados la mantenía a salvo de visitas inoportunas, así como de tener que corresponderlas. Evitar al señor Florien Bousquet se había convertido en una necesidad, y refugiarse en la excusa del mal tiempo no le parecía tan ruin.

Sentada a solas en el amplio salón rememoraba insistentemente los detalles de su entrevista con el caballero la última vez que le vio. Sus ademanes, el tono de su voz, sus miradas... E inevitablemente, como un veneno, acudía a su mente la imagen de la señorita Guisset...

Agobiada, Milena cerró la tapa del piano de un golpe seco. La contrariaba demasiado aquella mujer, su zalamera forma de hablar, su coqueteo constante con todos los caballeros. Encontrarla en compañía de Bousquet había sido como un jarro de agua fría, y no dejaba de preguntarse qué relación tenía con él. Estaba clara la inclinación que el caballero le demostraba a ella... Milena se sonrojó. Cómo podía saber si le dispensaba a ella un afecto sincero, o si era la señorita Guisset la que ocupaba sus pensamientos, era lo que la atormentaba más que nada. Lo peor era que ella nunca había querido pensar así; era enemiga del amor, había decidido hacía tiempo renunciar a él y a su destino como mujer; Milena no creía posible encontrar a un hombre capaz de arrebatarse el corazón, y tampoco lo deseaba. Entonces, ¿por qué pensaba una y otra vez en ese caballero?

La joven se levantó y fue hacia la gran chimenea, buscando el calor de las

llamas ardientes. Con la vista nublada, perdida en los destellos danzarines del fuego, se prometió enterrar al señor Bousquet en el olvido. Se convenció a sí misma de que se había dejado cegar por su personalidad, y de que, por tanto, lo que sentía no obedecía a un afecto real ni muy arraigado, sino a un capricho pasajero que ella podía suspender en cuanto se lo propusiera. Contenta con esta suposición acerca de sí misma, se dedicó en ese mismo instante a pensar en otra cosa, y la facilidad con que lo hizo levantó su triste ánimo de una vez por todas.

—Milena, no sabía que estabas aquí —Edouard acababa de entrar en el salón, al parecer vestido para salir—. ¿Estás sola? ¿Y Rembrandt?

—No lo sé, creo que está descansando, nadie parece tener ganas de bajar, con este frío... —le miró de arriba abajo muy seria—. ¿A dónde vas?

—Salgo.

—¿Estás loco? ¿Has visto el temporal que hay? No puedes ir a ningún sitio, te perderás, enfermarás, o algo peor.

Edouard se puso un grueso abrigo sobre la chaqueta y se enfundó un sombrero, lo que denotaba que no iba a tomar en consideración las observaciones de su hermana.

—Iré a caballo, no te preocupes, no me pasará nada, conozco bien el camino.

—No por favor, quédate —suplicó Milena palideciendo ante la determinación de su hermano—. Quería hablar contigo, precisamente...

—No, Milena, ahora no puede ser.

—Por favor —se acercó a él y le tomó las manos con dulzura, mirándole a los ojos—. Por favor, quédate, no hay necesidad de que te arriesgues a perder la salud, y necesito hablarte... ¿Qué puede esperarte ahí fuera que merezca la pena un riesgo tan alto? Te lo ruego, Edouard...

El joven no respondió. Parecía debatirse entre sus planes y la angustia que llevarlos a cabo generaría a Milena. No deseaba preocuparla, y su viaje quizás le tuviera fuera más de un día. Atrajo a la muchacha hacia sí y la abrazó con ternura, besándola en la frente.

—No sé qué tienes que decirme, pero si quedándome te hago más feliz, entonces habré de renunciar a mis locos planes, ¿no crees?

Milena sonrió encantada, y hundió su rostro en el pecho de su hermano. Luego se apartó y le obligó a desprenderse de su abrigo y del sombrero.

—Siéntate conmigo un rato.

—Está bien, ya me tienes donde querías, ¿Qué tienes? ¿Qué te preocupa?

—Varias cosas, aunque sólo hay dos que realmente quisiera contarte... La primera se refiere a la señorita Guisset... —Milena bajó la vista un breve lapso de tiempo, pero enseguida volvió a fijarla en Edouard, quien la observaba con aire imperturbable—. La segunda se refiere a la ausencia de papá. Necesitaba saber si tú también has notado la... el descaro del que hace gala. Me pregunto... No dejo de preguntarme... si ella y el señor Bousquet estarán enamorados. Resultó obvio durante la velada en casa de ese caballero que le dedicaba un trato especial, aunque también a los demás caballeros, pero en especial era atenta con Bousquet...

Edouard se sentó junto a ella, al lado de la chimenea. El fulgor de las llamas iluminaba su gesto, sereno y abstraído. Él también había visto ciertas miradas, frases... Aunque estaba seguro de que Florian Bousquet no había fijado en absoluto su atención en la bella señorita Guisset.

—No sé qué decirte, la verdad.

—Tú también estabas allí, ¡la señorita Guisset incluso coqueteó con él!

—Cierto, y eso es lo que me intriga... Verás, ella no sólo coqueteaba con él, sino que lo hacía con todos. Quizás la naturaleza de la señorita Guisset la haga comportarse así con todos los hombres a su alrededor, lo cual no la enaltece, a mi juicio, pero me hace dudar de que exista realmente una relación secreta entre ella y Bousquet. Es más, estoy convencido de que nuestro amigo no siente ningún apego por ella —sonrió—, fuera de su amistad.

—No es posible —Milena se avergonzaba de contarle a Edouard todo aquello, pero necesitaba desahogarse con alguien—. No, estoy segura de que hay algo entre ellos, y también estoy convencida de que ella le ama. ¿Crees que ella iba a visitarle tan a menudo si no fuese así? ¿Si no estuviera segura de él? ¡Sería un error!

—No adelantes acontecimientos, Milena. Tu naturaleza impulsiva sé que te empuja a enjuiciar con demasiada facilidad. Lo que era una probabilidad rápidamente lo conviertes en hecho. No, debes ir con tiento, en este asunto al menos...

—¿Qué quieres decir?

—Estás equivocada, estoy seguro. Es más, creo que ese caballero ya tiene su corazón ocupado... —Milena enrojeció y volvió el rostro para que él no lo viera—. No debes atormentarte más. ¿En cuanto a tu segunda preocupación?

—preguntó queriendo distraerla de tan incómodos pensamientos—. Espero

que sea tan liviana como la primera, Milena. Si es así estaré encantado. Me refiero a tu segunda preocupación, la ausencia de papá.

—Probablemente esté equivocada, pero no me gustó su empeño en regalarme ese piano, parece que quisiera comprar mi cariño —sus propias palabras parecieron sorprenderla—. Vaya, no lo había pensado...

—No te equivocas. Papá está tramando algo, y por eso iba a salir hoy, a pesar del temporal. Sin embargo no eres tú lo que le mantiene ausente desde hace dos días, y puedo demostrártelo.

Milena se llevó la mano a la frente y suspiró ante las palabras de su hermano. Casi prefería la versión de un intento por ganarse su afecto de forma tan abominable que lo que Edouard pudiera revelarle a continuación. De repente todo parecía ir mal. Justo cuando los problemas familiares por los que atravesaban empezaban a enmendarse, su padre lo estropeaba todo.

—Seguí a papá hasta Dijon, sólo Rembrandt lo sabe.

—Edouard, ¿por qué le seguiste?

—Le vi salir temprano y a hurtadillas. Me resultó extraño y decidí ver qué hacía.

A continuación le contó lo mismo que ya le relatara a Rembrandt, cómo había ido tras las huellas de su padre a través del dédalo de callejuelas de Dijon hasta perderle de vista cuando se reunía con un hombre de aspecto inquietante.

—¡El caballero de negro! Ya te hablé de él, es él, estoy segura... ¿Qué otro hombre mostraría una palidez como la que describes?

—Hoy tenía planeado volver a Dijon y ver si daba con él, para tratar de averiguar qué trama —no quería contarle a Milena que además habían tratado de robar el testamento de su madre, para no agobiarla—. Como te dije, no permitiré que nos haga daño. Sea lo que sea lo que le ocupa, puede ser peligroso, a juzgar por su comportamiento, y no dejaré que nos afecte. Mi obligación es cuidar de ti y de Gael, y eso haré.

—Dios mío... ¿y quién podría ser ese hombre? ¿Para qué reunirse a esas horas con él? Edouard, es todo tan confuso... ¿No deberíamos preguntarle a papá directamente? No soporto los misterios, y no creo que sea buena idea que tú vayas tras él convirtiéndote en espía, ¿y si te descubre?

—No lo hará, confía en mí. Preguntar a papá sólo le pondrá sobre aviso. Nos mentirá, como hace siempre, y necesitamos saber qué trama, para evitar que nos manipule a su antojo.

—Yo... Pensé que estaba haciendo un esfuerzo sincero por mejorar, por nosotros. Ya veo que estaba engañándome, una vez más. Debí darme cuenta en cuanto empezó a agasajarme con regalos superficiales, haciendo gala de las riquezas que posee, siempre delante de los demás, para que todo el mundo vea lo generoso que es... ¡Como ha hecho siempre! ¿Cuánto tardará en arrebatarme el piano? ¿Cuándo se cansará de prodigarme su afecto, de hacerme regalos y me lo quitará todo con alguna absurda excusa? Sólo lo hace para aparentar que me quiere, para demostrar generosidad, cuando odia desprenderse de su dinero, gastárselo, aunque sea en mí, o en vosotros... ¡Cómo echo de menos a mamá!

—Te advertí que no confiaras en él. Ahora debemos estar alerta, vigilarle, y si es necesario, cortar toda relación con él.

—No salgas, Edouard. No quiero que vayas a Dijon. Si te sucediera algo...

Al otro lado de las ventanas el viento aullaba demoledor, golpeando contra la fachada de la casa como si quisiera derribar sus recios muros. Arrastraba los copos de nieve arremolinándolos contra las paredes, y su fragor era el de un huracán endemoniado, capaz de arrancar la casa de sus cimientos. Parecía imposible salir.

—Por mucho que quiera contrariarte, Milena, me temo que ya es demasiado tarde. Hoy no podré ir a ninguna parte. La tormenta arrecia, y soplando como sopla no iría muy lejos. No soy estúpido, habrá que esperar.

—Me alegro... —el alivio asomó a los ojos de Milena—. ¿Has pensado que quizás papá esté tan aislado como nosotros? Es probable que quisiera volver a casa y no haya podido.

—Sí, lo he tenido en cuenta, pero algo me dice que no volverá aunque cese el temporal. Algo le retiene en la ciudad, y como es su costumbre, vuelve a desaparecer por tiempo indefinido. Sólo que esta vez averiguaré qué es lo que le entretiene tanto. Y nos marcharemos a Lyon.

—¡A casa! —Milena no sabía si alegrarse. Después de todo quizás prefería permanecer en Beaune una temporada más.

—Sí, Milena, como tú querías. ¿No te alegras?

—Sí, es decir, sí... Claro.

—Bien... —le sonrió—. De momento confórmate con haber logrado retenerme hoy. Mañana, si amaina lo suficiente, iré a Dijon. Quizás deberías prevenir a Estela y a Maxime, hazles saber que dentro de una semana o dos... un mes a lo sumo, volveremos a Lyon.

—Pero aún no sabemos nada con certeza, ¿y si estás equivocado? ¿Y si papá regresa y...

—No, lo siento Milena —dijo él, que poseía más datos para justificar su seguridad que los que le había revelado—, pero sea lo que sea lo que averigüe, me temo que tendremos que volver a Lyon. Papá no sólo sigue siendo el mismo de siempre, sino que no le conocemos en absoluto.

A pesar de sus firmes intenciones, Edouard tuvo que posponer su viaje a Dijon durante una semana más. El temporal de frío y nieve se mantuvo en toda su intensidad día y noche, cubriendo con un espeso manto de nieve las colinas y los valles de la región. Al darse cuenta de que era inútil planear nada, la resignación fue la única alternativa que le quedó.

Milena, Gael, Rembrandt y él tuvieron que apañárselas para entretener las largas horas invernales de la mejor forma posible. Aislados como estaban, debían animarse con su mutua compañía, mostrando la mejor disposición para hacer más llevadero el monótono paso del tiempo. Gael era el que peor llevaba el encierro. Privado de sus paseos a caballo, de sus devaneos por el jardín, y sobre todo de poder ir a la vaguada, se aburría mortalmente, a tal punto que empezaba a hacerse insoportable, incluso para Muriel, cuya paciencia era la de una santa. La joven doncella ya no sabía qué hacer para distraerle. Lamentablemente no había en la casa suficientes libros ni entretenimientos como para mantener ocupado al muchacho. Menos mal que estaba Rembrandt para ayudarla. El abogado era muy hábil con los niños, y dotado de una capacidad magistral para manejarlos, lograba atenuar el mal talante de Gael casi siempre.

Así, pasaban las horas entre partidas de cartas, veladas en torno al nuevo piano, e incluso improvisaron algún que otro baile, y aunque no podían formar parejas como era de desear, se divirtieron bastante tratando de enseñar a Gael sus primeros pasos. A tal fin retiraron los muebles del salón e improvisaron así una pequeña pista de baile. Tan gratos resultaron aquellos momentos, que decidieron organizar un baile en toda regla en cuanto pasara el temporal, si no en Beaune, al menos en Lyon, cuando regresaran.

En otras ocasiones, cuando Gael quedaba en manos de Muriel y la oscuridad de las tardes invernales invitaba a la conversación, Milena, Edouard y Rembrandt se reunían al calor del fuego para hablar de lo que más les preocupaba en aquellos días. Los misteriosos asuntos del señor Dubois provocaban largas charlas y discusiones en torno a él, e incluso sobre

Bousquet y la señorita Guisset y la implicación que podían tener ambos en dichos asuntos. Convenían fácilmente en que al menos la señorita Guisset debía estar al tanto de las actividades del señor Dubois, pero discrepaban en cuanto al caballero Bousquet. Edouard y Milena le defendían, alegando que era un hombre demasiado noble, educado y honesto; sus modales, su caballerosidad, su inteligencia... todo apuntaba en otra dirección, y por tanto defendían su inocencia. Sin embargo Rembrandt, que no le conocía en persona, sostenía que si era amigo del señor Dubois, algo debía tener en común con él. Según Edouard, si sus caracteres eran tan dispares, no era lógico que les uniera una amistad de aquella índole, y ello descargaba al caballero de esa clase de sospechas.

Milena en particular sufría cuando se inclinaba a pensar que él pudiera parecerse a su padre, y a su vez, cuando se percataba de ello, rechazaba ser tan sentimental y procuraba centrarse en otros aspectos de aquellas cuestiones que tanto les intrigaban. Como por ejemplo, el hombre con el que se había reunido su padre en Dijon, su terrible aspecto, Edouard afirmaba que era un truhán peligroso, de la peor calaña... ¿Quién era? ¿Y qué podía tener en común con alguien como su padre?

El único tema que ni Edouard ni Rembrandt tocaban en presencia de Milena, era el del presunto robo del testamento de Sara Salazar. De común acuerdo mantuvieron en silencio aquél oscuro secreto, para evitar más dolores de cabeza a la joven. Aguardaban a que llegaran las horas nocturnas, cuando ella se retiraba a descansar, para hablar de ello. Aún no poseían respuestas en torno a los planes de Dubois acerca de la herencia materna, pero se proponían mantener la vigilancia en todo momento, no bajar la guardia... Comprendían que tan abominable proceder había marcado el límite que ellos estaban dispuestos a tolerar. Jamás permitirían que Dubois se hiciera con esa herencia. Rembrandt sobre todo era el que más empeño ponía en ello, bien porque al haber sido el destinatario de la petición de Sara Salazar podía saber mejor que nadie cuán creíble había sido su ruego, bien porque su apego a la familia le volvía temeroso en extremo. El abogado recordaba la expresión y el tono de aquella mujer moribunda al hablarle, al advertirle acerca de Dubois, y dudar le resultaba inimaginable. Sara estaba muy lúcida, a pesar de la cercanía de su muerte, y su ruego había brotado del conocimiento de algún secreto que no les había revelado... Trataba una y otra vez de hacer entender a Edouard la necesidad de creer en ella, de velar por Gael, y por ellos, y el

joven, a pesar de que no poseía prueba alguna que demostrase que el chico corría realmente algún peligro, había acabado por aceptar que fuera así, dadas las circunstancias. En parte por su madre, cuyo juicio siempre había sido equilibrado y despierto, en parte porque en su fuero interno notaba que aquél peligro era real. Podía acechar en Beaune o en Lyon, no lo sabía, pero era auténtico, y les amenazaba a todos.

Cuando al fin el sol volvió a lucir sobre la Borgoña había transcurrido una larga semana. Amaneció el séptimo día, un jueves por la mañana, frío y despejado. La blancura inmaculada que lo envolvía todo engullía los sonidos, incluso el trinar de los pájaros se ahogaba, amortiguado en el manto de nieve. El azul de cielo brillaba intenso sobre las calladas colinas, y las ramas de los árboles desnudos se inclinaban cargadas de níveos montones cuyos pesados bordes se desplomaban de vez en cuando con un sonido apagado y breve.

Los hermanos Salazar celebraron aquella tregua invernal y abrigados convenientemente, salieron a disfrutar del aire libre y de la nieve. Rembrandt se disculpó, pues odiaba la humedad y la resbaladiza condición de aquel medio que lo cubría todo; se quedó en casa, contemplándoles desde las ventanas del salón. Gael disfrutó como niño que era, corriendo a saltos, hundiéndose en la espesa capa, arrojando bolas calculadas a sus dos hermanos y mofándose sobre todo de Milena, quien a su pesar reía divirtiéndose de lo lindo. Fueron momentos felices en que los tres desfogaron su encierro, compartiendo por primera vez desde hacía mucho tiempo una dicha sincera y espontánea.

Por la tarde, Edouard comentó con Rembrandt la posibilidad de ir a Dijon en un par de días, si el buen tiempo continuaba. El sol derretiría en parte la nieve y los caminos volverían a estar transitables como para ir a caballo. Se mostraba impaciente por partir, aunque ignoraba por dónde empezar a buscar, o dónde podría hallar a su padre. Ni siquiera contaba con la certeza de que él permaneciera aún en Dijon, lo cual frustraba su ánimo y aumentaba su impaciencia.

—Edouard, no debéis precipitaros. Estáis demasiado nervioso, y temo que nuestro involuntario encierro de esta semana haya aumentado excesivamente vuestras ansias de perseguir a vuestro padre. Os recuerdo que debéis ir con tiento. Como abogado que ya sois, aunque todavía no hayáis decidido ejercer, deberíais saber que la temeridad conduce demasiadas veces al desastre.

—No temáis, Rembrandt. Es cierto que ardo en deseos de partir, pero no

cometeré errores. Debéis confiar en mi temple y en mi buen juicio.

—Ya lo hago, amigo mío. De hecho, tanto es así que no hace mucho os ofrecí trabajar conmigo. ¿Lo recordáis? No, claro que no... Aún estoy esperando respuesta a mi ofrecimiento... Esto fue antes de morir vuestra madre, ya ha pasado un tiempo prudencial... ¿Habéis tomado una decisión al respecto?

—No —Edouard se cruzó de brazos y posó su mirada en Milena, que jugaba con Gael al otro lado del salón—. Lo siento, no he pensando en ello todavía.

—Lo comprendo... —Rembrandt no deseaba presionarle. Prefería esperar lo que hiciera falta—. Esperaré, si es necesario. Si lo preferís, podemos dejarlo para cuando regreséis a Lyon. Ahora hay demasiadas cuestiones en el aire, no quiero añadir más inquietudes a las que ya tenéis.

—Os lo agradezco, de veras —fue la respuesta de Edouard. Puso una mano amigable en su hombro—. Os prometo una respuesta a nuestro regreso, ahora, sin embargo, tengo que centrarme en localizar a mi padre.

—Se me había ocurrido... Ya que al parecer confiáis tanto en la integridad de Florian Bousquet, ¿por qué no acudir a él en busca de ayuda? Podrías preguntarle, quizás sepa dónde buscar.

Edouard sopesó aquella idea. No se le había pasado por la cabeza la posibilidad de contar con Bousquet para encontrarle, pero no le resultaba tan descabellada después de todo. El caballero, al fin y al cabo, estaba al tanto de las constantes ausencias de su amigo, y no le resultaría tan extraño que su hijo quisiera localizarle. Ni siquiera tendría que darle explicaciones, preguntarle por las costumbres de Grégoire Dubois en Beaune estaba perfectamente justificado.

—Una visita al señor Bousquet sería muy conveniente —insistió Rembrandt—. Toda vez que estaréis preocupado por él después de un temporal como el que nos ha asolado.

—No será necesario —interrumpió de repente Milena, quien había podido oír aquella última frase al acercarse a la ventana. De repente se había puesto muy nerviosa y palidecía ante la perspectiva de volver a ver al caballero—. Al parecer él está también preocupado y no ha perdido el tiempo en venir a visitarnos. Acaba de llegar a caballo.

En efecto, Florian Bousquet desmontaba en aquellos instantes junto a la entrada principal, saltando al suelo con agilidad. Vestía una larga chaqueta de viaje y botas de cuero, y cubría su cabeza con un sombrero, por lo que Milena no lograba verle el rostro desde donde estaba. Sin embargo reconocía su

montura, y no tenía dudas de que era él quien subía las escaleras y llamaba a la puerta con determinación.

Al poco rato Maxime le condujo hasta el salón, donde fue amablemente recibido. Edouard se adelantó, estrechándole con sincera afabilidad la mano; le presentó al punto a Benjamin Rembrandt, de quien sólo pudo hablar con palabras de cariño y admiración, y éste último a su vez comprobó por sí mismo las cualidades del recién llegado, que a su juicio no distaban de la descripción que Milena y Edouard hicieran de él tantas veces. Vio en Bousquet a un hombre recto, educado e inteligente, muy equilibrado. Y desde luego no dejó de advertir las frecuentes miradas que dirigía a Milena mientras hablaban. Sin duda Bousquet admiraba a la joven, y ésta, al parecer, no era indiferente, pues un leve rubor adornaba sus mejillas desde que le viera entrar.

—Temía por vosotros, dada la intensidad de la nevada, y decidí acercarme para comprobar cómo os encontráis —estaba diciendo cuando la muchacha se aproximó para saludarle—. Señorita Salazar, me alegra comprobar que seguís tan bella como siempre, a pesar del forzoso encierro.

Milena se inclinó, ocultando su inquietud bajo un velo de muda seriedad. No sonrió, aunque sus ojos mostraban un brillo especial que no escapó a la agudeza del observador Rembrandt.

—Quizás querréis compartir con nosotros la cena, y desde luego pasaréis la noche aquí. Anochece muy pronto y los caminos aún no son seguros como para volver en tales condiciones —invitó Edouard mientras tocaba la campanilla para que acudiera Estela—. No aceptaré un no por respuesta.

Bousquet agradeció la invitación, pues era lo bastante sensato como para no pretender cabalgar a oscuras entre la nieve, a pesar de que era un diestro jinete. Además, parecía disfrutar en compañía de los hermanos Salazar, y muy pronto se sintió inclinado a favor de Rembrandt, cuya agradable forma de ser le convertía en un inmejorable conversador y amigo.

Estela se presentó y recibió instrucciones de preparar una habitación para el señor Bousquet. Cenarían temprano, y así tendrían tiempo para conversar después. Así, a las seis de la tarde ya había oscurecido por completo y a las ocho la mesa había sido dispuesta. Gael bajó al cabo de un rato y Bousquet tuvo oportunidad de conocerle, ya que hasta entonces no se lo habían presentado. Rembrandt vio que congeniaba fácilmente con el muchacho y eso aumentó aún más la buena opinión que le merecía el caballero. Una vez

sentados a la mesa, Bousquet reparó en la ausencia del señor Dubois, y no pudo por menos que preguntar por él.

—Se ausentó hace una semana, justo antes del temporal —informó Edouard contento de poder abordar aquel asunto con tanta facilidad—. Me preguntaba si vos dispondrías de alguna información acerca de su paradero, ya que estamos algo inquietos por él. Aunque es cierto que suele ausentarse a menudo, nos preocupa que en esta ocasión la nevada haya tenido algo que ver con su prolongada ausencia.

—Vaya... —un extraño gesto asomó al atractivo rostro de Bousquet—. Pues, lamento no seros de gran utilidad... me temo que no estoy al tanto de las actividades de vuestro padre. Desconozco por completo a qué se dedica y dónde puede estar. Sólo espero que no habrá sufrido ningún percance.

—Creo que no. Sabemos que fue a Dijon, pero no estamos seguros de que aún permanezca allí, y creímos que vos podríais informarnos.

—Lo lamento, de veras... —Bousquet se mostraba sombrío, como acuciado por algún pensamiento molesto—. ¿Teníais intención de ir a buscarle? Si es así, estaré encantado de acompañaros. Podríamos ir mañana mismo a Dijon. El camino es transitable, os lo aseguro, yo no tuve dificultad en venir hasta aquí, y el tramo desde mi casa es más complicado que el que sale de aquí hacia Dijon, creedme.

—Os lo agradecería —intervino Milena entonces—. Prefiero que mi hermano no viaje solo, por muy buen jinete que sea. Si vos le acompañáis me sentiré mucho más tranquila.

—Entonces ya es un hecho —confirmó él satisfecho de poder complacerla—. Podemos preguntar en la cafetería “Le Coq”, puede que haya pasado por allí, o que le conozcan y puedan decirnos algo.

—Saldremos por la mañana si no os importa.

—No, por supuesto.

—Decidme señor, ¿de dónde provenís? —interrogó Rembrandt cambiando de tema.

—Mi padre se dedicaba al comercio, compraba y vendía arte. Murió hace diez años. Mi madre, que en paz descansa, le siguió cinco años después. Vivíamos en Nantes, pero al morir los dos, como hijo único, decidí cambiar de aires y me trasladé a la Borgoña, persuadido como estaba de la belleza de estos parajes. Acababa de terminar mis estudios y me propuse ejercer la medicina aquí. Vendí nuestras propiedades en Nantes y a cambio compré una

hacienda apartada y solitaria, aunque no demasiado alejada de Dijon y otras poblaciones, pues adoro la tranquilidad del campo. Así, coqueteo con la soledad y la cercanía de la ciudad al mismo tiempo, disfrutando de las ventajas de ambas cosas de la mejor forma posible.

—Sois un joven afortunado, ¿y a qué dedicáis vuestro tiempo? —Rembrandt sentía curiosidad por aquel hombre.

—Ya os lo ha dicho, es médico —dijo Milena entonces orgullosa de poseer información privilegiada acerca del caballero en cuestión—. No imagino ocupación más noble y más apropiada para alguien como él, ¿no creéis señor Rembrandt?

—Gracias, señorita Milena. Aunque estoy seguro de no merecer tantas alabanzas. No he hecho, de momento al menos, nada que permita tener tan alta imagen de mí.

—Yo estoy de acuerdo con ella, querido amigo. Aunque apenas os conozco, creo que encajáis a la perfección con esa noble profesión. Soy buen psicólogo y por mi profesión he adquirido una gran capacidad para captar el fondo de las personas.

—Sois abogado, ¿no?

—Sí, así es.

—Edouard también lo es —se apresuró a añadir Milena sin saber muy bien por qué. Quizás deseaba ensalzar a su adorado hermano frente a Bousquet.

—Sí, lo sé, él me lo dijo la primera vez que nos vimos. También sé, señorita Salazar, que aún no ejerce, cosa que no comparto, pues después de la licenciatura no debería dejar demasiado tiempo antes de ponerse por su cuenta. Estoy seguro de que lo haría estupendamente.

—Yo mismo le propuse unirse a mí, pero ya veis, aún no se decide.

—¿De veras? —exclamó Milena entusiasmada—. ¡Edouard no me había dicho nada! ¡Sería estupendo! Me encantaría que trabajara con vos, no imagino mejor mentor.

—Rembrandt siempre ha sido mi mentor, Milena. He aprendido más de él que en la universidad. Pero —añadió seriamente—, ya hemos acordado que mi respuesta llegará a nuestro regreso a Lyon.

—Cierto, cierto...

Un incómodo silencio se abatió sobre el grupo, como si el haber mencionado la vuelta a Lyon hubiera entristecido a todos.

—¿Vamos a volver pronto a casa?

Gael contempló estupefacto a Edouard. No sentía deseos de volver, aún no.

—No lo sé Gael, pero probablemente.

—Pero yo no quiero volver... Prefiero quedarme, seguro que papá me dejará quedarme con él.

Rembrandt y Edouard intercambiaron una mirada incómoda.

—Eso no será posible, Gael. Sabes que papá siempre está muy ocupado. Estarías solo la mayor parte del tiempo.

—Lamentaré mucho vuestra marcha —dijo Bousquet en voz baja—, os lo aseguro. Espero que aún permanezcáis aquí un tiempo...

—No lo sé, aún no está decidido. Pero creemos que será antes de un mes.

—¿Un mes? ¿No podríamos...

—¡Gael! —amonestó Milena con severidad—. Ahora no... ya hablaremos de todo esto. Ahora no es el momento.

—Al parecer esta familia está atravesando momentos delicados... —dijo de pronto Bousquet, muy serio—. No, no, disculpadme, pero no se me ha escapado ni por un momento que algo ensombrece vuestras vidas —miró a Milena con especial intensidad, y ella tuvo que apartar los ojos—, y os tengo ya en muy alta estima como para fingir despreocupación. Si en algo puedo ser útil, quiero dejar constancia aquí y ahora de que podéis contar con mi solícita ayuda.

—Sois muy amable, señor —agradeció Edouard con una sonrisa—. No esperaba menos de vos, aunque preferiría manteneros al margen de nuestros problemas.

—Edouard, Gael... —advirtió Milena. No quería que su hermano pequeño pudiese oír ciertas cosas.

—No es necesario que me digáis ahora mismo nada —se apresuró a tranquilizarla Bousquet mirando a Gael—. Sólo os ruego que contéis conmigo. De veras, quisiera ayudaros.

—Os lo agradezco —Edouard admiraba a aquel caballero y notaba que su interés era sincero y altruista.

—Edouard, quizás deberías tomar en cuenta su ofrecimiento —intervino Rembrandt—. El señor Bousquet podría sernos útil, después de todo.

—No, Edouard, no lo permitas —negó Milena temerosa y avergonzada de que el caballero llegara a conocer la infamia de su padre—. Te lo ruego... Señor Bousquet, no quiero incomodaros, ni despreciar vuestra ayuda, pero creedme cuando os digo que no os conviene inmiscuirnos, no quisiera que

vuestra opinión acerca de esta familia se viera comprometida...

—Eso es imposible señorita... —aseguró él— nada podría hacerme variar de opinión a estas alturas.

—Quizás después de la cena, estaríais dispuesto a trastrochar un poco... —dijo Edouard—. Así podría explicaros qué clase de problemas nos preocupan. Entonces podréis decidir sin duda con mayor justicia si mantenéis vuestra oferta o no. En cualquier caso, os quedaremos agradecidos.

—Edouard, por favor...

—Milena, no te preocupes, creo que en realidad Rembrandt tiene razón. Necesitamos ayuda, más de la que crees...

—¿Qué quieres decir? ¿Hay algo que no me hayas contado?

—¿Qué ocurre? —preguntó Gael asombrado.

—Nada cielo... No te preocupes. Dejemos este asunto por ahora, os lo ruego

—insistió Milena acariciando a su hermano.

—Desde luego. Terminemos la cena.

Bousquet le sonrió. No pretendía ponerles en un compromiso.

A partir de entonces la velada transcurrió gratamente. De forma gradual el velo de angustia que tanto les había amargado se disipó; Bousquet, gracias a su simpatía y su facilidad para conversar sobre toda clase de temas, hizo que olvidaran sus preocupaciones y temores durante toda la velada. Edouard se lo agradeció. Observó encantado que su hermana sonreía más a menudo y hubiera dado su brazo derecho por verla así cada día.

Después de la cena Gael se fue a acostar, aunque no sin grandes aspavientos y lamentos. Los adultos en cambio se dispusieron a trastrochar reunidos en el salón. Los caballeros se sirvieron una copa de buen coñac francés y Milena se sentó cerca del fuego, pues deseaba escuchar cuanto tuvieran que decirse; sentía curiosidad por ver cuál era la reacción de Bousquet al oír la clase de problemas que les acuciaban.

Sin embargo, fue grande su sorpresa al observar que cuando Edouard le relató qué clase de hombre era Grégoire Dubois y cuánto temían su comportamiento en el futuro, no se sorprendía. Ciertamente ella ya le había adelantado algo la última vez que se vieron, pero es que mientras escuchaba, parecía como si Bousquet hubiese esperado un retrato tan infame de su vecino y amigo... Después de un rato, Edouard, de común acuerdo con Rembrandt, decidió hacer partícipe a Milena del engorroso asunto del testamento. Muy despacio, escogiendo las palabras, relató punto por punto el modo en que su padre

había tratado de hacer desaparecer el testamento con la única intención de robarles la herencia. Bousquet palideció, furioso con Dubois, y Milena ocultó el rostro entre las manos, espantada.

—No puede ser... —repetía entre lágrimas.

—Es un asunto muy grave, señores —sentenció Bousquet dejando su copa. Contuvo el impulso de arrodillarse junto a Milena y consolarla. Lo que más le dolía era que él aún poseía un secreto que sólo añadiría más dolor a su dolor. ¿Cómo decirles que Dubois tenía una amante, y que esa amante era Elizabeth Guisset?

—Mi padre es un hombre deplorable, infame, y su desvergüenza y maldad no tienen límites —se lamentó Edouard—. Yo hace tiempo que lo sabía, pero mi hermana temo que se ha llevado un disgusto demasiado grande. Milena, lo siento, me resistía a contártelo precisamente porque sabía cuánto daño te haría.

—No... Edouard, déjalo. Prefiero saber la verdad. Sólo me arrepiento de haberle abierto siquiera un poco mi corazón. Sólo deseo volver a Lyon, por favor... regresemos cuanto antes...

Bousquet la miró con tristeza.

—Milena, antes debemos averiguar qué trama, buscar el momento oportuno para irnos sin despertar sus sospechas. Si creyera que le hemos descubierto, no sabemos qué sería capaz de hacer.

—¿No es suficiente con haber pretendido dejarnos sin nada? No podré disimular ante él, Edouard, tú lo sabes.

—No será necesario, creo que papá no volverá.

—¿Estáis convencido? —inquirió Bousquet—. En cualquier caso, contad conmigo.

Se acostaron tarde, y tras largas y arduas discusiones, acordaron que Bousquet iría con Edouard a Dijon a la mañana siguiente. Tratarían de buscar al señor Dubois y averiguarían cuál era su juego. En base a eso decidirían qué hacer. Por descontado lo dispondrían todo para partir a Lyon enseguida, en cuanto se diese la menor oportunidad.

Edouard no había pensado hablar a Bousquet acerca de tan graves inquietudes con respecto a su padre. A aquellas alturas creía contar con la total confianza del caballero, y estaba convencido de su lealtad y discreción, pero no había previsto hablarle de un asunto tan delicado. Había llegado a sopesar relatárselo todo tarde o temprano, pero no entonces. Sin embargo las

circunstancias se habían desatado por sí solas, y se alegraba. Durante el trayecto a Dijon, quizás él pudiera orientarle, o revelarle algo que no supiera. Al retirarse a su habitación Bousquet había mirado a Milena preocupado por ella, y más tarde, ya acostado, no dejaba de pensar en la joven. Se sentía enormemente atraído, y sus sentimientos empezaban a cobrar una fuerza inusitada, tanta, que ya le resultaba difícil ocultarlos. Por eso, por Milena Salazar, había decidido ayudar a buscar la verdad en torno a Grégoire Dubois. Deseaba protegerla, aún no sabía de qué, pero conociendo el oscuro cariz que estaba tomando aquel asunto, temía por su seguridad. Rogaba en silencio para que estuviera equivocado, para que Dubois fuera el hombre que él había creído conocer, al menos en parte... Aunque ya era tarde para eso. Si lo que le había contado Edouard era cierto, Grégoire Dubois resultaba ser un monstruo depravado.

Capítulo 18

A la mañana siguiente amaneció un día soleado como el anterior, lo que animó a Edouard a levantarse temprano. Encontró a Bousquet en el comedor, ya vestido para viajar. Al parecer había pensado lo mismo que él y mostraba la misma impaciencia por ir a Dijon. Su buen talante se contagió fácilmente a Edouard, que agradeció enormemente tener como compañero de viaje a alguien tan bien dispuesto, joven como él, afín en cuanto a gustos e inquietudes, buen jinete y conocedor de la región.

Desayunaron en amigable compañía y, presurosos por partir pronto, se levantaron y salieron camino de las caballerizas, donde Philippe ya les aguardaba con los caballos preparados. La montura de Bousquet era un semental de silla francés castaño, alto y bien cuadrado, de temple nervioso pero bien educado. Los dos jóvenes montaron con premura, y galoparon en dirección a Dijon, hollando el camino nevado con los cascos de sus caballos. Pronto dejaron atrás la casa y cruzaron a toda prisa los bosques mudos que sembraban las colinas altas y suaves a su alrededor. De común acuerdo forzaron la marcha al máximo, a fin de alcanzar la ciudad antes del mediodía. Dijon apareció a lo lejos al cabo de una hora, envuelto en una espesa bruma matutina que a aquellas horas comenzaba a levantarse en gruesos jirones desgajados desde la superficie del río Ouche, a cuya orilla se levantaba la ciudad. La catedral de Saint Bénigne destacaba sobre el resto de los edificios, emergiendo entre la bruma con sus muros brillantes a la luz del sol, al igual que las iglesias de Saint Philibert, Notre Dame y Saint Michel. Edouard y Bousquet cruzaron bajo una de las antiguas torres de la muralla que aún protegía la ciudad y se dirigieron al paso hacia la cafetería Le Coq que Bousquet había mencionado la noche anterior.

A aquellas horas había ya mucha actividad, sobre todo en el centro; comerciantes, jornaleros, campesinos... todo un abanico de personas de todas las clases sociales deambulaba por las estrechas calles, ocupados en sus quehaceres cotidianos. Salazar y Bousquet pasaron inadvertidos entre la gente, a pesar de que sus grandes caballos bufaban y cabriolaban inquietos por la multitud, los gritos y los distintos olores que impregnaban el aire.

—Es ahí —dijo al fin Bousquet sujetando a su caballo y desmontando frente a una pequeña cafetería cuyos cristales, húmedos por la condensación, ocultaban su interior—. Preguntaremos, a ver si hay suerte.

Los dos jóvenes entraron abriéndose paso entre las mesas de madera oscura que se hallaban repartidas alrededor de la barra. Debido a la temprana hora en que llegaban apenas había gente allí, algunas damas desayunando su café, tan de moda en aquellos días, y un par de hombres de negocios. Era por la tarde cuando acudía la mayor parte de la gente, intelectuales en general. Bousquet era conocido en Dijon, y uno de los clientes le saludó cortésmente y con respeto. El camarero, un hombre grueso con un gran bigote oscuro ensombreciendo un mofletudo rostro, les atendió con educación.

—Buenos días, caballeros. ¿Qué deseáis tomar? —Ponednos un café, por favor y...

—Dos...

—Dos cafés, por favor.

—Enseguida. ¿Se los llevo a alguna mesa? Les recomiendo aquella, junto a la ventana. Se ve el río Ouche desde allí.

—No, gracias. Nos sentaremos aquí mismo —Bousquet tomó asiento y Edouard Salazar hizo lo mismo—. Decidme, ¿conocéis a un caballero llamado Grégoire Dubois?

El camarero torció el gesto, desviando la vista hacia la derecha mientras trataba de recordar si aquel nombre le decía algo. Luego, con lentos movimientos, les sirvió el café, y negó con la cabeza.

—No, lo siento. No conozco a ese caballero.

Bousquet contuvo un gesto de disgusto. Había albergado la esperanza de que allí le conocieran, pero al parecer se había equivocado. La puerta de la cafetería se abrió de repente y un hombre alto y extraño entró en silencio, destacando su figura en el umbral soleado. Edouard le reconoció enseguida. Era el mismo con el que su padre se había reunido el día que le siguió. Instintivamente se ocultó girándose a medias, aunque sin dejar de seguirle

con la vista. Las damas se volvieron, atraídas por su aspecto siniestro y misterioso; le miraban de arriba abajo con incredulidad. Bousquet por su parte se había percatado del nerviosismo de Edouard, pero no entendía lo que sucedía. El hombre no entró, sino que únicamente echó un rápido vistazo alrededor. Tras comprobar que allí no estaba la persona a la que había ido a buscar, salió por donde había entrado.

—Menudo personaje, menos mal que se ha ido... —murmuró el camarero visiblemente aliviado.

Edouard tomó una decisión al instante, guiado por la necesidad. Empujó sin darse cuenta a su amigo y se lanzó fuera de la cafetería, arrojando antes una moneda al estupefacto camarero. Una vez en la calle, miró alrededor, buscando al que suponía amigo de su padre. Le vio caminar calle abajo con paso presuroso.

—¡Edouard! ¿Qué ocurre? —Bousquet apareció detrás suyo, alarmado por la actitud inexplicable del joven Salazar.

Edouard no respondió. Se fue directamente tras los pasos de aquel hombre, procurando que no advirtiera que iba tras él, y Bousquet no tuvo más remedio que hacer lo propio, aunque le costaba seguirle debido a la cantidad de gente que deambulaba por las calles. Edouard avanzaba sin pensar a través de las estrechas callejas de la ciudad, siempre pegado a los húmedos muros de los edificios. No dejaba de barajar posibilidades, atento únicamente a la figura altiva que caminaba a unos veinte metros por delante de él. Estaba tan enfrascado en su particular persecución que no percibió que Bousquet se había ido quedando muy por detrás. Su presa le hizo dar muchas vueltas, torciendo en una esquina, volviendo a girar en la siguiente, cruzando un túnel aquí, un patio allá, de tal forma que pronto no supo en qué parte de la ciudad se encontraba. Al cabo de un largo rato el joven se halló en un estrecho y lúgubre callejón sin salida. Allí terminaba el rastro del individuo.

Estaba solo, preguntándose si había sido conducido allí premeditadamente, y si así había sido, con qué propósito. Con suma cautela dio unos pasos; pisó con sus botas de cuero los pequeños charcos malolientes que inundaban el suelo empedrado. Miraba a un lado y a otro por si alguien trataba de acorralarle y mientras tanto buscaba el lugar por donde había huido aquel hombre.

Apestaba y estaba oscuro, pues la luz del sol no podía penetrar allí; había basura desparramada a ambos lados de la calle, mezclada con la nieve sucia y

pisoteada que se amontonaba junto a los muros de los dos edificios que le cercaban. Algunas ratas se paseaban a sus anchas olisqueándolo todo. Al ver a Edouard se escurrieron serpenteando por el alcantarillado.

—No es posible, no hay ninguna salida... ¿Cómo puede haberse esfumado?

Edouard maldijo contrariado por haber perdido la única pista fiable que tenía. Era la segunda vez. De pronto, cuando se hallaba ya a la mitad del callejón, dos figuras surgieron desde la parte más oscura, al fondo. Edouard se detuvo en seco.

—¿Quién va? —gritó tratando de dar a su voz un tono autoritario y desafiante.

Uno de los dos hombres se rió, esgrimiendo un largo cuchillo en su mano izquierda. Era alto y desgarbado, con una formidable nariz cuya prominencia destacaba incluso en las sombras. Pero lo más aterrador era el brillo de sus ojos aviesos. Hizo un gesto taimado a su amigo, más bajo pero mucho más fuerte y armado con un machete, y se separaron, avanzando hacia Edouard cada uno por un lado de la calle. El joven Salazar corría serio peligro. Intentó retroceder, pero un tercer hombre saltó a su espalda desde un tejado y le cortó el paso. Estaba acorralado y solo. Se trataba de una encerrona, y él había acudido como las polillas a la luz de una lámpara.

El más alto de los tres, el zurdo, dio de repente un gran salto y corrió hacia él blandiendo el cuchillo con intención de clavárselo en el pecho. Edouard apenas tuvo tiempo de reaccionar. Tuvo que tirarse al suelo, sobre los charcos, para evitar el fatal golpe. No podía detenerse a pensar, o se escabullía ya, o perecería en aquel callejón de mala muerte. El canalla más bajito fue hacia él con el machete, y el tercer hombre, el que estaba a su espalda, le agarró por detrás, sujetándole para que no pudiera huir. Edouard se desesperó y empezó a revolverse como una anguila, pataleando y pidiendo auxilio; era fuerte, y gracias a su empecinado forcejeo pudo zafarse en parte del mortal abrazo de su captor, sin embargo eran tres sus atacantes. Estaba en inferioridad de condiciones y pronto estuvo de nuevo retenido. Se disponían a darle muerte.

En el preciso momento en que creyó llegado su fin, apareció Florian Bousquet blandiendo una larga barra de hierro que había cogido del suelo. De un vistazo comprendió la gravedad de la situación, que no le daba margen para errar, así que con un rugido, sin meditarlo, guiado únicamente por la resolución y el coraje, sacudió un tremendo mandoble en la cabeza del

hombre que sujetaba a Edouard. Le derribó al instante.

—¡Vamos! ¡Salgamos de aquí! —Bousquet levantó a Edouard sin dejar de esgrimir la barra ante los maleantes.

Éstos habían retrocedido un poco ante la ferocidad de su ataque, pero su indecisión duró lo que un suspiro. Edouard y Bousquet adivinaron sus mezquinas intenciones. Dieron unos pasos hacia atrás, sin dejar de vigilarles, y de pronto, como impulsados por un mismo resorte, corrieron para salvar sus vidas. Se lanzaron fuera del callejón todo lo rápido que les permitían sus jóvenes piernas; Edouard cojeaba, magullado por los golpes que le habían propinado, pero Bousquet le sujetaba, ayudándole en su alocada carrera. Pronto dejaron atrás el peligro, y alcanzaron una pequeña plaza bastante concurrida, donde decidieron detenerse a recuperar el aliento.

—No vendrán... —jadeó Bousquet apoyándose en una fuente construida en medio de la plaza y bebiendo de ella con avidez—. No se atreverán, a plena luz del día y a la vista de toda esta gente... estamos a salvo...

Edouard asintió aliviado. Bebió también él, incapaz de creer que aún estaba con vida. Bousquet acababa de salvarle de una muerte triste y vergonzosa. No lo olvidaría.

—Sois un temerario... —Bousquet se sentó a su lado, resoplando—. ¿Por qué no me explicáis a qué estáis jugando?

Edouard le miraba agradecido, pero le faltaba el aire. Tuvo que esperar a recuperar el resuello antes de poder hablar, estaba pálido, sus ropas empapadas y sucias, y lleno de rasguños.

—Lo siento... Os he puesto en peligro y casi pierdo la vida en el empeño —se sentó, frotándose la pierna dolorida, donde un mal corte sangraba con cierta abundancia. Sacó un pañuelo de su chaqueta y se lo ató en torno a la herida—. Os debo una explicación, sin duda.

—Volvamos al café y descansemos —sugirió Bousquet receloso—. Allí podréis explicármelo con calma. Además, sería conveniente curar esa herida. No hubo necesidad de que dijera una palabra más, ninguno de los dos se sentía tranquilo en la plaza, tan cerca del callejón del que acababan de escapar. Ambos temían ver aparecer a alguno de los maleantes, así que volver al café, donde por otra parte habían dejado sus monturas, resultaba en extremo gratificante.

Bousquet ofreció su apoyo a Edouard y juntos tomaron una calle principal, a partir de la cual esperaban encontrar la cafetería Le Coq. Tardaron media

hora en encontrarla, aun con la amable ayuda de un tendero que se avino a indicarles por dónde llegar. Al entrar, el camarero que les atendiera la primera vez les miró sorprendido, y antes de preguntar sacó diligentemente una botella de coñac y les sirvió dos copas. Estaba seguro de que las necesitaban, dado el mal aspecto de Edouard.

—Pero por Dios, caballeros, ¿qué les ha ocurrido? —viendo el pañuelo atado en la pierna del joven Salazar palideció—. ¿Estáis herido? Llamaré al médico... Por Dios...

—No, no os molestéis, yo mismo le atenderé, soy médico. No es una herida grave. Le llevaré a mi consulta, vos sólo cobrad el coñac que tan amablemente nos habéis servido.

—Corren malos tiempos —afirmó el camarero meneando la cabeza con disgusto—, esta ciudad ya no es lo que era... Maleantes, ladrones y asesinos, la peor calaña se esconde en nuestras calles, y nadie hace nada.

Edouard bebió de un trago el coñac, agradeciendo el reconfortante calor que provocó al instante en su corazón helado. Le dolía la herida, le dolía el costado, allí donde el hombre zurdo le había golpeado con el puño, pero en general lo que más le dolía era el orgullo. Pagaron la bebida y pidieron dos cafés. Se sentaron en una mesa donde poder hablar tranquilos, pues necesitaban recuperarse del susto. Cuando el camarero les hubo servido, Bousquet miró a Edouard significativamente. Esperaba saber por qué habían arriesgado sus vidas.

—No puedo justificar mi temeridad, lo lamento... Aunque en mi defensa diré que actué con buena intención, si bien guiado más por el instinto que por la razón.

—Bien, pues iluminadme. Y rápido, quisiera llevaros cuanto antes a mi consulta.

Edouard sonrió sin alegría. Trataba de poner en orden sus confusas ideas. Tomó un sorbo de café y dejó vagar la mente, buscando un orden en el caos que empezaba a dominarle.

—Lo que ha pasado... No... —corrigió dudoso— ...entiendo —empezó de nuevo—, que debo contaros algunos detalles que anoche no os revelamos, pese a que lo principal acerca de mi padre ya lo sabéis.

—Contáis con mi respeto y confianza, creí que eso había quedado claro. Sin embargo, si hay algo que no queráis decirme, lo entenderé.

—Lo sé, pero no es que anoche quisiera ocultaros nada... Florian, el hombre

que entró en la cafetería, ese hombre, sin duda sabe mucho. Mi hermana le vio en nuestra casa, reuniéndose en secreto con mi padre. Después, hace una semana, cuando seguí a mi padre hasta aquí, se reunió con él, a escondidas... Y cuando le vi esta mañana, no lo sé, un impulso me cegó. Creí que si le atrapaba podría sonsacarle la verdad, hacerle hablar.

—Creísteis que os conduciría hasta él... —comprendió Bousquet. Su frente se relajó—. Pero amigo mío, ¿os habéis dejado arrastrar por vuestra amargura y casi perdéis la vida en el empeño! Escuchad, sé que Dubois es un infame, pero comportaros como lo habéis hecho hoy en nada os ayuda, ni a vos ni a vuestros hermanos. Debéis comprender que ellos os necesitan. La próxima vez, confiad en mí, entre los dos haremos lo mejor, de la forma más inteligente. Actuando con sensatez quizás le hubiésemos cogido...

Edouard hizo un gesto aquiescente. Reconocía lo alocado de su comportamiento.

—¿Y qué relación puede tener vuestro padre con un hombre como ése? ¡Por Dios! Casi os matan...

—Eso vine a averiguar. Al verle aquí, tan cerca, pensé que si le atrapaba me daría alguna pista. ¿Y si tiene algo que ver con el intento de robo en el despacho de Rembrandt? ¿Y si mi padre le ha encargado robar y destruir el testamento de mi madre?

—Pero aún no tenéis una prueba de que realmente vuestro padre tenga algo que ver con todo eso. En fin, me temo que lo único que habéis conseguido con vuestra irreflexiva conducta es ponerlos en evidencia y una paliza. Estáis donde empezasteis, y probablemente vuestro padre a estas alturas ya estará al tanto, es decir, en el supuesto de que ese hombre se haya dado cuenta de que le seguáis...

—¿Así lo creéis?

—Así lo creo —confirmó Bousquet muy serio—. Y ahora más que antes temo por vuestra seguridad. Lo mejor será que os cure y que regresemos cuanto antes a Beaune. Luego, os prometo que entre los dos buscaremos respuestas. Necesito recapacitar sobre todo lo que me habéis contado, y acerca de lo ocurrido hoy... —continuó. Pensaba en Elizabeth Guisset una y otra vez, dudaba si contárselo a Edouard... pero ¿para qué añadir más dolor, más despecho al que ya sufría su joven amigo?—. Me cuesta aceptar que dos personas tan distintas sean una misma, la que vos conocéis, y la que yo creí conocer. Me hubiera gustado pensar que estáis en un error y que todo esto no

fuese más que un malentendido, pero... lo cierto es que sospechaba un fondo mezquino en Grégoire Dubois, siempre me dio una rara impresión de... falsedad.

—Ojalá fuera de otro modo, nada me gustaría más... Sobre todo por Milena. Ella está sufriendo demasiado. Gael en cambio es aún muy joven, no se da cuenta de todo lo que pasa a su alrededor y tiene la capacidad de olvidar fácilmente...

Bousquet calló reflexivo. Luego se levantó resueltamente e invitó a Edouard a seguirle. Dejaron el café y montaron a caballo, marchando Bousquet por delante, hacia el río.

—Mi consulta está al otro lado del puente, aquí cerca. Supongo que encontraremos allí a mi socio, el señor Raynaud, pero tranquilo, podéis confiar en su discreción.

Efectivamente, no tardaron en alcanzar la orilla opuesta, abandonando los límites de Dijon. Desde allí, llegaron rápidamente a una pequeña casa palaciega propiedad de Bousquet y de su socio, Armand Raynaud. Allí era donde atendía a sus pacientes, la mayoría gente acomodada, aunque también solía hacer visitas a domicilio, incluyendo entre sus clientes a personas menos pudientes.

Bousquet hizo pasar a Edouard a través de un amplio recibidor. Allí, en un despacho pequeño y ordenado, estaba su socio, Armand Raynaud. Bousquet se asomó y le saludó, haciendo las presentaciones oportunas. Raynaud resultó ser un hombre algo mayor, serio y reservado. Tal y como había vaticinado Bousquet, no hizo preguntas, sino que haciendo gala de una gran discreción y respeto hacia su socio, se quedó donde estaba, sentado frente a su soberbia mesa de madera de ébano. Ninguna duda, ni reproche o sospecha asomó a su rostro severo; no era hombre curioso, y sí muy respetuoso con Bousquet. Jamás mencionaría el lamentable aspecto de Edouard, que saltaba a la vista, no lo comentaría con nadie, y procuraría no recordarlo en adelante. Si se le necesitaba, explicó Bousquet a Edouard mientras le conducía escaleras arriba, acudiría al instante, dispuesto a ayudar en cuanto hiciera falta, y si no, se mantendría al margen. Le apreciaba mucho y era la única persona en quien confiaba plenamente. Llegaron a la segunda planta, luminosa y ventilada. Sin más dilación Bousquet hizo pasar a su amigo a una pequeña sala privada, limpia y agradable. Una vez a solas le obligó a quitarse las botas y con un bisturí rasgó la pernera de su embarrado pantalón.

—Ahora, arreglemos esta herida, que afortunadamente no es muy profunda, y sanará enseguida. Haré cuanto pueda por devolveros vuestro aspecto normal. No conviene que vuestra hermana se preocupe.

—No le comentéis nada, os lo ruego...

—Por descontado... —convino Bousquet inmediatamente. Miraba a Edouard calculando sus medidas—. Creo que tenéis más o menos mi misma talla... os dejaré un traje mío, nadie lo notará.

—No es necesario... —protestó Edouard.

—Oh, ya lo creo que sí. No podéis pretender regresar a Beaune con esa chaqueta llena de barro y vuestros pantalones rasgados...

Estaba claro que no. Así que no hubo por qué discutir y Bousquet se afanó por ayudarle a cambiarse, prestándole un traje de los que tenía guardados en una habitación contigua. Tal y como había imaginado, Edouard era de su misma talla, algo más delgado, pero el traje le quedaba a la perfección.

—¿Puedo haceros una pregunta personal? —le soltó de pronto Edouard tras observarle largo rato.

—Claro... —Bousquet le miró sorprendido. Se preguntaba qué podía suscitar la curiosidad de su joven amigo.

—¿Qué hay entre la señorita Guisset y vos? ¿La cortejáis?

Bousquet no pudo reprimirse. Se echó a reír y pasó un rato hasta que logró contenerse. Luego, al ver que Edouard no se lo tomaba a broma, procuró serenarse y darle una respuesta conveniente, sin revelar algo que ya no le hacía la menor gracia: que Guisset era en realidad la amante de Dubois.

—No, nada más lejos de mi intención —dijo al fin, una vez recuperada la compostura—, os lo aseguro. Esa señorita es sólo una amiga. ¿Por qué me lo preguntáis?

—Me pareció que demostrabais cierta inclinación hacia ella durante la velada en vuestra casa —mintió Edouard con la firme pretensión de proteger a Milena—. Sentía curiosidad...

Bousquet bajó la mirada y guardó silencio. Al cabo, tras meditarlo seriamente, quiso decir algo más.

—Os aseguro que no hay nada entre ella y yo, podéis dar fe de ello —se preguntaba con cierta ansiedad si aquel interés de Edouard podía provenir en realidad de la señorita Salazar—. Mis gustos respecto a las mujeres distan mucho de incluirla a ella entre las que podrían atraer mi atención.

—Pero es muy bella...

—Ciertamente, pero no es de mi gusto.

Se abstuvo de decir nada más, pues temía revelar más de lo que debía. Edouard por su parte se conformó con haber podido confirmar lo que ya sabía, es decir, que el caballero no amaba a Elizabeth Guisset, lo que se ocuparía de hacer saber a su hermana en cuanto la viese.

Una vez curadas sus heridas y mudada la ropa, su apariencia resultó nuevamente la de un joven caballero, y nadie hubiera podido decir que había sido apaleado en una calleja inmunda. Edouard no dejaba de agradecer a su amigo la diligencia, el respeto, la comprensión, que estaba demostrando en todo momento. En su fuero interno la gratitud era ya demasiado grande y el sentimiento de amistad profundo y sincero.

La Borgoña dormía vestida de blanco. Sobre sus colinas nevadas una bruma nocturna mecía el frío invernal en suave suspensión sobre el suelo. En algún lugar próximo al nacimiento del Sena, semi oculto en uno de los dos extremos de un antiguo puente de piedra construido sobre la ruidosa corriente del río, se encontraba Grégoire Dubois. Envuelto en una larga capa oscura ocultaba su rostro bajo una capucha. Atento a cualquier movimiento en el camino que conducía al puente, esperaba. Hacía frío.

A su alrededor la bruma ocultaba los detalles, desdibujando los contornos de los árboles con su fulgor extraño y fantasmagórico. Sólo la corriente del río, que descendía crecido y tumultuoso, le recordaba que estaba en el mundo de los vivos y no atrapado en algún cuento de terror. Llevaba allí, amparado bajo el murete del viejo puente, más de una hora, y empezaba a impacientarse. Se preguntaba si Théodore Teyssière no le habría engañado. Después de todo ya le había fallado una vez, y como consecuencia podía perder la oportunidad de hacerse con la herencia de su difunta esposa... De hecho le intranquilizaba sobremanera llevar ausente tanto tiempo. Sabía que Edouard le había estado siguiendo, su hijo era como un sabueso y recelaba de él, eso lo sabía. El hecho de haber desaparecido de su casa sin explicaciones sólo empeoraba las cosas y le alejaba de su objetivo. Incluso con la tremenda nevada caída durante esos días necesitaba una excusa más satisfactoria. Debía regresar y poner las cosas en su sitio, recuperar el terreno perdido...

El súbito sonido de un carruaje le sacó de sus lamentables cavilaciones.

Tardó un rato en poder ver algo a través de la niebla, allí donde el camino

describía una curva para perderse en el bosque en dirección a París. Del negro manto nocturno al que se enfrentaba surgió un magnífico coche de caballos tirado por cuatro espléndidos animales. Dubois esperó, aunque estaba seguro de que no se trataba de un coche de posta. Cuando se hubo cerciorado de que no corría peligro de ser visto por ojos indiscretos, salió de la protección del puente y avanzó despacio hacia el coche.

Éste se detuvo al borde del camino, y la portezuela se abrió para que Dubois pudiera subir. Dentro estaba Théodore Teyssière, mirándole frío y reservado, como siempre. Dubois se sentó a su lado sin saludarle; no le perdonaría jamás su escandaloso fracaso en Lyon. Frente a él otro hombre le observó, oculta su identidad bajo amplios ropajes oscuros. La escasa luz que alumbraba el interior del carruaje no lograba desvelar sus facciones. A Dubois esto le traía sin cuidado, creía saber quién era, y al menos de momento, le bastaba con eso.

Théodore Teyssière y él le llamaban Su Eminencia, porque aparentaba, por sus modales, sus ropas, y el sello que llevaba en el dedo de su mano derecha, que pertenecía a la Iglesia. A él no parecía contrariarle, aun cuando no fuese así.

—Señor Dubois... Supongo que habréis tenido tiempo de sacar vuestras propias conclusiones... —dijo Su Eminencia como mascando las palabras.

—Leí el artículo que me dejó Teyssière, si os referís a eso...

—Sí... Dadas las circunstancias he creído conveniente celebrar una pequeña reunión con vos. Ese asesinato, nos señala directamente, aunque quizás otros ojos no sepan verlo, pero... debemos estar atentos... Necesito de vos, señor Dubois, la mayor discreción. Exijo un mayor nivel de eficacia, porque está claro que hemos llamado la atención y alguien quiere delatarnos..

Dubois guardó un silencio incómodo. Había tenido tiempo para atar cabos, y una conversación con Théodore Teyssière en Dijon le había ayudado a aclarar algunas cosas, pero no podía identificar a su enemigo. Estaba a oscuras. Por otra parte él siempre obraba con gran cuidado y eficacia, se jactaba de su limpieza, rapidez y profesionalidad. Nunca antes había recibido quejas por su forma de proceder.

—Hay que desenmascarar a nuestro enemigo —continuó Su Eminencia con voz áspera—. No permitiré que nadie nos intimide. Si continúan asesinando a nuestros mejores... —calló de repente y apretó los labios.

—Lo siento, pero no creo que por mi parte haya habido error alguno —

Dubois se revolvió inquieto. No deseaba que aquella responsabilidad recayera sobre él, era demasiado peligroso—. Siempre trabajo sobre seguro, siempre he sido metódico y disciplinado, no creo que ese asesinato haya ocurrido a raíz de mi ineficacia. Sin duda Théodore Teyssière debería ser quien se ocupe de esto, si queréis culpables, encargadle a él su búsqueda.

—Claro... —Théodore Teyssière sonreía mostrando una dentadura perfecta, pero su expresión era torva y malintencionada. Su Eminencia señaló a Dubois mientras hablaba, con una mano larga y huesuda—. Claro... No os he hecho llamar para eso... Teyssière se ocupará. No, esta reunión es para intercambiar opiniones, quería asegurarme de que estabais al tanto de la delicada situación por la que atravesamos. Necesito que colaboréis, que nos ayudéis a detectar los puntos débiles, a erradicar de nuestro proyecto a quienes no estén a la altura... Nuestro común negocio corre peligro ahora mismo. Últimamente están sucediéndose demasiadas negligencias, y, mi querido amigo, no podemos permitirnos los errores, por nimios que parezcan...

—Me temo que no estoy en disposición de arrojar luz sobre ese asesinato. En cuanto a las negligencias, por mi parte trabajo igual que siempre, no es a mí a quien debierais reclamar una mayor competencia. Su Eminencia... soy uno de vuestros mejores hombres, siempre os he demostrado lealtad y compromiso.

—No lo pongo en duda, Dubois. Pero mientras haya un enemigo socavando nuestro negocio, mientras alguien trate de hundirnos... debemos extremar las precauciones. Teyssière encontrará al asesino, y lo eliminará. Mientras tanto, sois responsable de otros, de vos depende no sólo vuestro trabajo, sino el de vuestros subordinados... Procurad depurar el engranaje, para que en el futuro no vuelva a darse una situación como ésta. Prestad mayor atención a vuestro alrededor y si es necesario, haced una limpieza. —Dubois contuvo un gesto de soberbia. No soportaba que le llamaran la atención—. Como muestra de mi confianza en vos, os haré entrega personalmente de una serie de nuevos encargos de los que os ocuparéis lo antes posible, como siempre...

—Ese encargo tendrá que esperar. Sabéis que mis hijos se encuentran en mi casa estos días, no puedo ausentarme sin que sospechen. Ya llevo una semana fuera, es necesario que regrese y ponga las cosas en su sitio.

—No me interesan vuestras cuitas familiares, Dubois. No permitiré retrasos. Haced vuestro trabajo de inmediato.

Dubois clavó sus azules ojos en la sombría figura de cavernosa voz. Por su mente pasó la idea de desafiarle, pero sabía que su vida no valdría nada si lo

hacía. Necesitaba tiempo para hacerse con el original del testamento de su esposa, necesitaba tiempo para averiguar dónde lo ocultaba Rembrandt, para mantener el engaño mientras se apoderaba de aquella jugosa herencia, y si continuaba ausente todo se echaría a perder. Edouard jamás le perdonaría y perdería toda credibilidad...

No, necesitaba regresar a Beaune cuanto antes, disculparse por tan prolongada ausencia, y retomar sus asuntos de inmediato. Miró a Teyssière de reojo, si él no hubiese fallado, las cosas serían diferentes. El sicario pareció adivinar lo que estaba pensando y le dedicó una mueca despectiva.

—Dadme una semana, Su Eminencia —insistió—. Necesito poner en orden mis asuntos.

—No. Obedeced, u otro ocupará vuestro lugar, Dubois. Os debéis a mí, yo os he enriquecido, os he dado cuanto tenéis... No admito demoras, ni excusas. Completaréis el encargo, y como siempre, se os pagará generosamente.

—Una semana nada más... —se resistió Dubois furioso.

Su Eminencia le observó un instante, midiéndole con aquellos ojos fríos, desprovistos de toda humanidad. Era un hombre temible, y Dubois era un temerario por revolverse ante su autoridad.

—Obedeced y todo irá bien.

La amenaza velada quedó suspendida entre los tres. —Nunca os he fallado —rezongó Dubois al fin, resignado.

—Aquí tengo una lista con algunos nombres —dijo de nuevo Su Eminencia extendiéndole un papel doblado—. Son cuatro, muy selectos... Os ocuparéis inmediatamente.

Dubois cogió el papel y lo desdobló, leyendo los cuatro nombres escritos en él. Ninguno le era familiar, pero eso daba igual. Porque no tenía por qué conocerlos. Una oleada de rabia nubló su vista.

Théodore Teyssière abrió la portezuela y le invitó a salir del coche. Dubois sabía que no debía hacerlo, que poner un pie en el camino significaba aceptar aquellas órdenes, renunciar a sus meticulosos planes personales... Pero no le quedaba opción. Obedeció. Le impulsaba un brutal sentido de la supervivencia, el instinto y el egoísmo. Mientras veía alejarse el negro carruaje barajó la posibilidad de huir en aquel mismo instante. Podía hacerlo, y jamás le encontrarían, pero no quiso precipitarse. Había demasiado en juego, y Su Eminencia pagaba generosamente. Él era ya un hombre poderoso, rico, respetado... ¿Merecía la pena arriesgarse?

Capítulo 19

Ni Milena ni Rembrandt sospecharon nunca que Edouard había sufrido una paliza. Su aspecto al regreso de Dijon era tan bueno como siempre, y Bousquet se ocupó de corroborar su versión de los hechos a la perfección, y con tal convicción que no hubo el menor atisbo de duda. Contaron que su viaje había sido del todo infructuoso, que habían buscado por todas partes sin haber hallado la menor huella de Grégoire Dubois, y se guardaron muy bien de mencionar al hombre del café o a los matones del callejón, ya que además no podían asegurar que estos últimos tuvieran relación alguna con él. Quedó muy claro que Bousquet conocía ya la naturaleza de Grégoire Dubois, ya que Edouard le había puesto al corriente de todo, y eso llenó de vergüenza a Milena. Rembrandt les confirmó que no había vuelto en su ausencia, ni había enviado mensaje alguno. El disgusto de Milena era mayúsculo, y su desaliento hizo mella en el caballero Bousquet, quien deseaba por encima de todo procurarle felicidad. La joven cayó en un lánguido decaimiento, y ni el consuelo que Bousquet trató de proporcionarle, ni las palabras de Edouard o el apoyo incondicional de Rembrandt lograron arrancarla de ese estado.

Lo que Bousquet desconocía era que la causa del abatimiento de Milena no era únicamente el egoísmo y la mezquindad de su padre, sino que había otra más, que tenía que ver con él. Esta última razón era consecuencia de la primera, ya que los actos de su padre la empujaban sin remedio a volver a Lyon, y regresar a casa significaba alejarse de Bousquet por tiempo indefinido... Milena estaba confusa, enfadada y asustada de sí misma, temía la verdad acerca de su padre, pero aún temía más la verdad acerca de sus sentimientos, que a pesar de sus esfuerzos no había logrado dominar. Por eso se mantuvo en obstinado silencio, sin atreverse a mirar a Florien Bousquet

directamente. Si lo hacía, él vería en sus ojos lo que ocurría en su corazón, y no estaba preparada para tal cosa, convencida como estaba de que él alentaba cierta inclinación hacia Elizabeth Guisset.

—Dejadlo estar —dijo Rembrandt encogiéndose de hombros—. Quizás sea mejor así, no lo sé. ¿Qué adelantaráis si le encontráis? ¿Qué haréis cuando sepáis el por qué de su ausencia, de su extraño comportamiento? Ha quedado bien claro que no ha cambiado, su silencio demuestra a la perfección que sigue siendo el mismo descastado de siempre y el robo en mi despacho le ha delatado más allá de toda duda. Edouard, mirad a vuestra hermana... Sólo la haréis sufrir más. Dejadlo estar y regresad a Lyon con ella.

—Desde luego —ahí estaba, lo que tanto había temido. Milena sintió un escalofrío recorriendo su espalda al oír a su hermano y apartó la mirada, lívida. Edouard estaba serio al hablar—. Milena, no hay duda en eso, no permitiré que permanezcas aquí tal y como están las cosas. Estarás de acuerdo... Tú y Gael volveréis a Lyon y vos, Rembrandt, les acompañaréis, os lo ruego.

—¿Y tú? Edouard —suplicó ella—, ¿no vas a venir con nosotros?

—No Milena, yo me quedaré. Necesito respuestas.

—No me iré sin ti —se negó ella volviendo el color a sus mejillas—, ¿crees que podrás mantenerme al margen? No soy una muñeca de cristal, sabré afrontar la verdad acerca de nuestro padre, y quiero estar a tu lado cuando la descubras.

—¡No! —la voz de Edouard sonó autoritaria, pero no era enfado lo que sentía. Se acercó a Milena y se arrodilló junto a ella, tomando sus manos entre las suyas—. No... Milena, es mejor así. Llévate a Gael y cuida de él, yo volveré en cuanto pueda y te mantendré informada a través de Rembrandt. Confía en mí, te lo ruego.

—Señorita... Vuestro hermano tiene razón —intervino Bousquet a pesar suyo—. No es conveniente que permanezcáis en la casa de vuestro padre en ausencia de éste, y si por casualidad regresa cuando vuestro hermano no esté... Comprendedme, intento ayudaros, y creo que él tiene razón en este asunto.

—Milena, te lo ruego...

—Pero no pensé que tú no vendrías, Edouard... —¿no estaba clara la indiferencia del caballero hacia ella?—. ¿Por cuánto tiempo estaremos separados? ¿Para qué? Ya sabemos suficiente, es mejor volver a casa y seguir

adelante sin mirar atrás...

—No. Si lo hacemos, puede que en un futuro lo que haga nuestro padre nos afecte. Si anda metido en algo sucio, su honor quedará dañado, y con él el nuestro. Podría deshonorar a toda la familia, incluso podría ponernos en peligro. Sin contar que ha estado tramando dejarnos en la miseria. No, he de acabar con esto de una vez por todas. Por eso necesito saber de qué se trata, desenmascararle más allá de toda duda. Luego tomaremos una decisión. Volver la cabeza hacia otro lado podría tener consecuencias funestas.

Milena asintió muda, volviendo el rostro para ocultar una lágrima cálida que serpenteaba ya por su mejilla.

—Bousquet —dijo Edouard—, espero contar con vuestra ayuda.

—Contad con ello —repuso él al instante conmovido por la escena—. Haré cuanto haga falta, tenéis mi palabra y mi lealtad.

—Entonces todo está ya decidido —Edouard besó a Milena en la frente y se incorporó despacio—. Creo que deberían marcharse mañana mismo, ¿qué decís vos, Rembrandt?

—Estoy de acuerdo. No hay razón para demorarlo más, y las cosas menos importantes podríais enviarlas más tarde con Estela. Saldremos por la mañana con Rafael, si el tiempo acompaña, y Muriel se ocupará de Gael.

—Dispondré todo esta tarde, entonces. Bousquet, ¿os quedaréis a comer?

Milena levantó la vista, y por un instante sus ojos se cruzaron con los del caballero.

—Por supuesto —continuó Edouard sin esperar su respuesta—. Es lo menos que puedo hacer por vos.

—Lo lamento —le contradijo de repente Bousquet apartando con esfuerzo la mirada de la joven—, tendréis que disculparme. Necesito arreglar algunos asuntos antes que nada, a fin de poder ayudaros como pretendo. Me temo que habré de despedirme aquí...

—Esos asuntos pueden esperar a que hayáis descansado...

—Quedaos, os lo ruego —Milena se levantó y se aproximó a él agitada por un nerviosismo a duras penas controlado—. No quisiera despedirme de esta forma —insistió colocando su delicada mano en el brazo del caballero—, quién sabe si volveremos a vernos.

Bousquet dominó una sonrisa, pues jamás habría esperado que ella abrigara alguna inclinación hacia él. De repente veía en sus hermosos ojos un brillo indescriptible, y un rubor en sus suaves mejillas que ensalzaba aún más su

belleza. Un ardor poderoso anidó en su corazón y tuvo que esforzarse para no evidenciar lo que sentía. Se inclinó sin decir nada y Milena pareció darse por satisfecha. Retiró la mano para dirigirse más serena hacia la ventana, refugiándose en la contemplación del hermoso paisaje nevado que les rodeaba. Su figura esbelta destacaba para Bousquet como un rayo de luz en las tinieblas.

Durante la comida procuraron no hablar de nada referente a Grégoire Dubois, pues Gael estaba presente y no le convenía enterarse. Tampoco le dijeron que regresaría a Lyon a fin de evitar una escena delante de Bousquet. Edouard conocía bien a Gael, y adivinaba el disgusto que se llevaría al saber que partiría sin haber vuelto a ver a su padre. ¿Cómo explicarle que ese hombre no era quien él creía? Sólo tenía diez años y un apego natural por él, igual al que sentía por Edouard o por Milena. Conversaron pues de otras cuestiones, dejando a un lado las preocupaciones que todos, salvo el chiquillo, compartían.

Él estaba más bien abstraído, ajeno por completo a cualquier otra cosa que no fuera el pozo en la vaguada del bosque. Había rememorado una y otra vez lo que había visto allí, preguntándose insistentemente si en la oscuridad del fondo habría una cueva, y si aquello que se había movido en el fondo podía ser un animal... o una persona. Gracias a la desbordada imaginación que dominaba su espíritu en aquellos momentos, fue incapaz de percibir la evidente tristeza de su hermana, o la preocupación de Edouard, la del propio Rembrandt, e incluso la desazón de Florian Bousquet. Poco esperaba que su plan de ir al bosque al día siguiente se vería truncado inevitablemente a causa de su inminente regreso a Lyon.

Aquella inesperada noticia no se la darían hasta la noche. Florian Bousquet hacía horas que se había marchado, y Milena se había retirado a su habitación, presa de una gran angustia que no quería que su hermano viera. Así que fue Edouard quien le explicó llanamente que a la mañana siguiente volvería a casa, con Rembrandt, Milena y Muriel. Entró en su alcoba cuando se estaba acostando y sentándose junto a él al borde de la cama le habló con toda confianza. Gael le miraba de hito en hito mientras hablaba, perplejo ante el giro que estaban tomando los acontecimientos. En un abrir y cerrar de ojos vio cómo su aventura en el bosque se desvanecía irremediabilmente.

—¿Y papá? —preguntó sorprendido y muy serio—. Aún no ha vuelto, ¿no podré despedirme de él? ¿Sabe que nos vamos?

—No, no tengo forma de hablar con él... Gael, no sabemos dónde está.

—Pero, ¿por qué no esperamos a que vuelva? Se enfadará si volvemos a casa así.

—No... —Edouard cogió su cara compungida con la mano y le obligó a mirarle—. No se enfadará, por eso me quedo yo. Le explicaré que no podíamos quedarnos más tiempo, al fin y al cabo, ya hemos permanecido aquí muchos más días de lo que habíamos pensado. Has podido montar a Pilgrim, ¿no te parece suficiente?

—Sí, pero no podré... —se mordió la lengua a tiempo.

—Escucha... Y esto no es un chantaje, ¿de acuerdo? Conseguiré que papá te regale a Pilgrim y yo mismo te lo llevaré cuando regrese a Lyon. Será tu regalo de cumpleaños, ¿qué opinas?

Gael abrió desmesuradamente los ojos, boquiabierto. Aquello superaba con creces la decepción de no poder ir al bosque. Adoraba a aquel caballo, y jamás hubiera soñado que pudiera ser suyo. Lleno de entusiasmo se abrazó al cuello de su hermano, apretándose contra él cuanto pudo.

—Eh, eh... —Edouard le acarició complacido—. Es una promesa, ¿de acuerdo? Dalo por hecho.

—Gracias Edouard... —suspiró Gael dejando correr lágrimas de alegría.

—Ahora duérmete, mañana te espera un largo viaje. Te llamaré para que bajes a desayunar, ¿de acuerdo?

—Buenas noches.

—Buenas noches, Gael.

Edouard le arropó y se levantó para marcharse. Antes de salir se detuvo en el umbral de la puerta y le echó un último vistazo. Luego bajó al salón para tomarse una copa a solas; necesitaba recapacitar sobre los oscuros acontecimientos que estaban teniendo lugar a su alrededor.

En cuanto hubo salido, Gael levantó la cabeza, atisbando por encima de las sábanas para asegurarse de que su hermano ya no estaba. Efectivamente, la puerta estaba cerrada. Se hallaba a solas. Si quería indagar en el pozo debía darse prisa, apenas le quedaban unas pocas horas antes de emprender viaje hacia Lyon.

Salió de la agradable calidez de su cama y se vistió todo lo rápido que pudo; se calzó las botas y se puso un grueso abrigo y un sombrero. Se fue hasta la ventana y la abrió sin hacer ruido. Fuera el viento soplaba levemente y la nieve caía sin fuerza, formando una débil cortina blanca. El frío penetró en la

estancia envolviéndole como una marea gélida, e infló las cortinas, insuflándoles una vida caprichosa y agitada. Gael se encaramó a la repisa y salió como pudo, pasando primero la cabeza y los brazos, y luego las dos piernas. Se apoyó con las manos enguantadas en el alféizar de la ventana y a continuación empezó a descender por la pared, aferrándose a una inestable trama de enredaderas que crecía desde el suelo, a unos siete metros de altura. Afortunadamente el entramado de tallos leñosos que sustentaba la planta era viejo y grueso, muy enraizado en la vieja pared de piedra del edificio. Gracias a su poco peso puedo bajar sin demasiado riesgo.

El viento azotaba. Se dejó caer sobre la nieve cuando quedaba un metro para tocar suelo, se levantó con dificultad y echó a correr hacia las caballerizas. Pensaba coger a Pilgrim y acercarse al bosque a caballo, para ahorrar tiempo. Conocía bien al animal y sabía que podía confiar en su templado carácter para afrontar las dificultades del camino sin sorpresas. Así que en cuestión de diez minutos llegó hasta su cuadra y lo sacó, procurando calmarle en todo momento. No necesitaba ensillarle, y hacerlo sólo le haría perder un tiempo precioso; únicamente debía saltar sobre su ancho lomo y aferrarse con las rodillas a los costados. Cogió una antorcha de la pared y la acercó a la lumbre de la chimenea que los encargados de las cuadras mantenían encendida toda la noche para mantener el calor. La encendió con cuidado, la dejó sobre su soporte en la pared y a continuación se aferró con las dos manos a las fuertes crines del caballo. Ágilmente se encaramó sobre Pilgrim, cogió la antorcha con la mano izquierda y azuzó al animal para que saliera del abrigo de las caballerizas. Pronto estuvieron los dos camino del bosque, atravesando como una sombra difusa la oscuridad de la noche.

Gael disfrutaba montando a Pilgrim a pelo, era un gran jinete y se compenetraba a la perfección con él; aquel espléndido animal parecía hecho a su medida, obedecía sin rechistar casi antes de que fuera consciente de haberle ordenado algo, y parecía disfrutar tanto como él en su compañía. A pesar de que sus patas se hundían hasta la rodilla en el espeso manto de nieve trotaba a saltos sin dificultad, resoplando por el esfuerzo. Gael le hablaba al oído, inclinado sobre su vigoroso cuello; le acariciaba con suaves palmadas mientras escondía sus manos ateridas entre las largas crines.

En medio de la oscuridad, y a pesar de la luz de su antorcha, estuvo a punto de perder el camino varias veces. Sin embargo conocía bien el bosque, y había algunos árboles retorcidos cuyas figuras resaltaban en la noche como

vigías nocturnos. Esos troncos eran su referencia para no perderse.

Al cabo de una hora calculó que ya debían estar muy cerca de la vaguada. Tiró de las riendas y obligó a Pilgrim a detenerse. Necesitaba orientarse, buscar la entrada por donde empezaba a descender el camino hasta llegar al fondo donde se hallaba el pozo. Allí, a su derecha, había un gran tronco derribado por alguna tormenta, la última referencia que precisaba para encontrar el camino. Aunque la nieve lo había enterrado hasta casi ocultarlo por completo, no fue difícil distinguirlo y Gael supo que ya había llegado.

Desmontó y sujetó a Pilgrim a un árbol. No podía bajar con él aquella pendiente tan pronunciada sin arriesgarse a que luego pudiera resbalar al tratar de subirla de regreso. Al patinar sus cascos en el hielo oculto podía lastimarse. Por eso, asustado como estaba a pesar de su arrojo y determinación, caminó hacia la hondonada y comenzó a bajar, dejándose caer sobre la nieve mientras con la mano en alto intentaba que la antorcha que llevaba no se apagara. Al tiempo que se impulsaba con las manos hacia abajo se preguntaba cómo iba a encontrar la entrada del pozo en medio de la oscuridad. Además, aunque hubiese sido de día la nieve habría cubierto por completo la boca del pozo y sólo su conocimiento del lugar exacto en que se hallaba le permitiría dar con ella.

Cuando alcanzó el final de la pendiente se puso en pie, frotándose dolorido y empapado con fuertes palmadas. A unos veinte metros delante de él, y un poco a la derecha, detrás de un promontorio de rocas ahora cubierto por la nieve, estaba el pozo. En aquella parte del bosque, protegido por las pendientes de la vaguada, el viento soplaba muy poco, lo cual le proporcionaba un gran alivio. Extendió el brazo e iluminó con su antorcha las formas difusas que las sombras nocturnas ocultaban a su alrededor. Avanzó despacio, y cuando creyó que había llegado al emplazamiento exacto clavó la tea ardiente en la nieve y empezó a cavar. Tardó un rato en retirar la suficiente nieve como para dejar al descubierto la angosta boca de piedra, pero una sonrisa iluminó su rostro cuando al fin apareció ante sus ojos. Las raíces que crecían alrededor habían impedido que la nieve la taponara, formando una especie de soporte sobre el que se había ido depositando sin llegar a caer al interior. Gael tomó aire y se asomó un poco. Abajo, a unos diez metros o quince de profundidad, se perfilaba de forma confusa una reja, tan inalcanzable como estrecha. Gael salió y extendió la antorcha, tratando de iluminar el agujero y ver qué había al otro lado de dicha reja. Las irregulares

llamas ardían derramando un haz de luz oscilante sobre las paredes de piedra, cuya fuerza apenas alcanzaba más allá de veinte metros. Fue suficiente para permitirle ver que una especie de cueva se abría bajo él.

—¡¿Hola?! —gritó Gael— ¿¿¿Holaaaaa???

Para su sorpresa, algo se movió allí al fondo. Entrecerró los ojos tratando de ver mejor, pero la luz era tan débil que no lograba distinguir nada con claridad. Sin embargo estaba seguro de que algo o alguien se movía al otro lado de la reja, por eso se arrastró un poco más e insistió, alzando esta vez un poco más la voz.

—¿¿Hay alguien ahí abajo?? ¡¡Hoolaaaaa!!

De nuevo un movimiento. Una forma confusa se había colocado bajo la reja... El calor de la antorcha le quemaba y el humo le hizo toser.

—No chilléis, por favor... Os va a oír...

Gael enmudeció y abrió los ojos desmesuradamente. Porque aquella voz era la de una niña. Alargó un poco más la antorcha, y entonces vio su rostro alzado hacia él, enmarcado en una larga mata de cabellos rubios... Tenía los ojos cerrados. Tosió entrecortadamente y decidió prescindir de la antorcha. El humo le hacía lloriquear y le impedía respirar. La dejó fuera de tal forma que le prodigara algo de luz, y regresó.

—¿Quién sois? —preguntó sin saber muy bien qué hacer ahora que sabía que alguien vivía allí abajo—. ¿Vivís ahí?

La chiquilla tardó en responder. Parecía muy nerviosa y se volvía una y otra vez hacia algún punto a su espalda, como si estuviera pendiente de que alguien pudiera oírles hablar.

—Ayudadme... Por favor, ayudadme... —sollozó alzando las manos hacia él—. ¡Ya viene! No dejéis que vuelva a llevarme...

—¿Quién? ¿Quién va a llevaros? —preguntó él indeciso. No tenía modo alguno de alcanzarla, no había llevado ninguna cuerda, ni podía arrancar aquellos barrotes. Sólo le quedaba regresar y avisar a Edouard de lo que había encontrado. Pero si lo hacía, Edouard se enfadaría...—. No puedo... ¿Oíd, cómo puedo ayudaros...?

—No... Por favor, hablad más bajo o nos va a oír y entonces os cogerán a vos también... —advirtió ella. Y de repente se retiró y desapareció en la oscuridad.

—¿Hola? —susurró él—. ¿Dónde estáis? Oíd...

Pasaron unos segundos y entonces ella volvió. Levantó su carita pálida hacia

él y le habló de nuevo, desapareciendo después en la oscuridad.

—Soy Mireille... Pero ahora debéis ir, ya viene... Por favor, volved a buscarme, durante el día... No me dejéis aquí...

—Mireille, ¿quién viene? —insistió Gael. Pero ya no obtuvo respuesta. La chica se había ido—. Volveré... os lo prometo...

Se apartó, serpenteando hacia atrás, y recuperó la antorcha clavada junto a la abertura. Su respiración se había acelerado ante aquél hallazgo, mil preguntas se agolpaban en su mente y un temor sórdido y profundo le advertía acerca de aquella niña, Mireille. Intuía que ella corría un gran peligro y que debía hacer algo antes de que fuera demasiado tarde, pero dudaba si acudir a Edouard era la respuesta que necesitaba. Sentado en el húmedo suelo nevado empezó a cavilar, dándole vueltas al hecho de que hubiera un pozo en medio del bosque sin salida por ninguna parte, al menos aparentemente. Tenía que haber por fuerza un sitio por donde llegar hasta la niña, y el pozo sin duda sólo era una abertura de ventilación, una ventana...

Levantó la tea y se puso en pie. Estaba aterido y no le quedaba tiempo, era hora de regresar. Claro que podía dejar atrás la abertura y bordear la vaguada, para ver si encontraba algo que le ayudara a comprender cómo llegar hasta Mireille... Gael apretó los dientes y corrió pendiente arriba en sentido contrario al camino por el que había llegado. Trepó con mucha dificultad y cuando alcanzó la parte más alta de la hondonada caminó hacia el este, entre los árboles. Aquella zona se elevaba en una suave colina sobre la vaguada, justo encima del pozo, y grandes rocas se alzaban desde el suelo salpicadas aquí y allá. Al poco un sonido en la distancia le alertó y tuvo que ocultarse. Eran voces.

Dejó la antorcha clavada en la nieve, detrás de una roca, y avanzó con cautela; procuraba mantenerse siempre resguardado. Allí, a unos treinta metros de distancia, vio un pequeño edificio construido entre los árboles, lo que parecía una posada o albergue llamado “La Belle Nuit”, a juzgar por el cartel que colgaba en la entrada. Muy cerca un gran carromato tirado por cuatro caballos de tiro aguardaba custodiado por dos hombres de aspecto siniestro. Sobre dicho carromato se distinguía una gran jaula, de la que estaban bajando varios niños, maniatados y con las cabezas cubiertas por capuchas negras. Los hombres, evidentemente disgustados por la nevada y el frío que se veían obligados a soportar, les empujaban instándoles a entrar rápido en el albergue. Gael se echó a temblar. Imaginó rápidamente que bajo

aquél edificio habría algún pasillo que llevaría a la cueva donde estaba encerrada Mireille, y quizás... habría muchas más, ¿dónde si no iban a llevar a aquellos otros niños?

Pero por más que quisiera desvelar el misterio o hacer algo, ya no le quedaba más tiempo. Era imprescindible regresar. Le costaba dejar a Mireille y a aquellos chiquillos en manos de unos hombres de aspecto tan horrible... Gael dio media vuelta y regresó hasta el lugar donde había dejado la antorcha. Desde allí volvió por donde había llegado, cruzando la vaguada todo lo rápido que se lo permitía la nieve, sin detenerse. Tenía que volver ya.

Pilgrim estaba donde lo había dejado, temblando de frío, pero en perfecto estado. Agradeció la llegada del pequeño frotando su gran cabeza contra él; resoplaba con afecto equino. Parecía impaciente por regresar al calor de su cuadra, porque cuando Gael se encaramó a su grupa dio un gran salto para salir del montículo de nieve sobre el que se encontraba y tomó el camino de vuelta al galope. Soportando el incansable viento y la nieve, Gael no tenía que guiarle. Pilgrim sabía volver perfectamente. Gael dejó volar su mente hasta aquél extraño albergue en medio del bosque, pensó en los niños, maniatados, encapuchados... ¿Sabía su padre de la existencia de aquél lugar? ¿Y Edouard? ¿Debía contárselo? ¿Qué podrían hacer ellos si se lo decía? Luego recordó la promesa de Edouard acerca de su regalo de cumpleaños y temió ser castigado si se sinceraba. Se había escapado por la noche, había desobedecido, y aun cuando tenía una razón de peso para haberlo hecho, se arriesgaba mucho contando la verdad. Apretó sus pequeñas manos contra el cuello de Pilgrim y sintió su cálido pelo. ¿Supondría renunciar a él el hecho de revelar lo que sabía? Un nudo en su garganta ahogó el lamento que hubiese deseado proferir...

Capítulo 20

Al día siguiente Gael tuvo que hacer un enorme esfuerzo a fin de acallar el gran secreto y ocultar el nerviosismo que padecía. Había pasado las dos horas que le quedaran para dormir a su regreso en vela, acuciado por la más terrible indecisión. Enterrado entre las sábanas había dado mil vueltas, cambiado de postura y vuelto a cambiar, incapaz de conciliar el sueño. Al llegar el amanecer no había tomado ninguna resolución y tampoco había pegado ojo.

Cuando su hermano apareció a buscarle para desayunar continuaba sumido en una angustiosa cavilación, silencioso y taciturno. Su malestar resultaba tan evidente que Edouard pronto se dio cuenta y enseguida le preguntó si se encontraba bien, a lo que tuvo que responder que sí a pesar de las náuseas que agitaban su estómago, tal era la inquietud que dominaba su estado de ánimo. Al final resolvió mantener el secreto, al menos durante el viaje de regreso a Lyon, pues no lograba deshacerse del temor de perder a Pilgrim. Además, necesitaba tiempo para trazar un plan, evitar precipitarse y cometer un error que pusiera en peligro a Mireille y a los demás niños. Sumido en aquellas tribulaciones transcurrió el desayuno, el rato que Muriel tardó en prepararle sus maletas, y el que se demoró hasta que al fin estuvo instalado en el coche. En todo aquel espacio de tiempo no fue capaz de abrir la boca.

Cuando ya estuvo todo listo para la partida y Gael se hallaba sentado en el coche junto a Muriel y Rembrandt, apareció de improviso Florian Bousquet. Gael le vio llegar al galope sobre su soberbio caballo castaño en el preciso instante en que Edouard acompañaba a su hermana al carruaje, llevando dos pequeñas maletas. Rafael bajó del pescante y le ayudó a cargarlas. Milena vio también a Bousquet y una sonrisa de alivio recuperó el color en su rostro, hasta entonces pálido y demudado. Edouard se apartó y fue en busca del

caballero, preguntándose qué le habría llevado hasta allí tan temprano.

—¡Buenos días! —saludó Bousquet desmontando con aire resuelto—. Llego justo a tiempo, al parecer...

Edouard le estrechó la mano con cordialidad. Una expresión interrogante tensaba su frente.

—Buenos días, no os esperaba tan pronto —saludó cautelosamente.

—Creo que he encontrado una forma de avanzar con respecto al asunto que nos ocupa —explicó el caballero haciendo un gesto elocuente con respecto a Gael, que podía estar oyéndolo todo—. No podía esperar y decidí venir a explicároslo en persona...

Edouard asintió mientras tendía una mano a su hermana para que subiera al coche. Cerró la portezuela y la besó.

—Volveré en cuanto pueda —le dijo en voz baja—. Os escribiré según vayan sucediendo las cosas.

—Hazlo, te lo ruego. Sabes que no aguanto estar sin saber nada.

—Yo cuidaré de ellos, señor —afirmó Rembrandt, saludando con la cabeza.

—Gracias, Rembrandt.

Bousquet se aproximó entonces, y Edouard se hizo a un lado para que pudiera despedirse. El joven saludó a Rembrandt con sincero afecto, y sonrió a Gael, reservándose una mayor atención para Milena.

—Sólo quería deciros, señorita, que me propongo visitaros en Lyon, no bien haya pasado todo esto. Dijisteis que no sabíais si volveríamos a vernos... —tomó su mano estrechándola entre las suyas, pero estaba serio—. Pues bien, haré lo posible por evitarlo, tenéis mi palabra.

—Me agrada mucho vuestra visita, señor —repuso ella algo desconcertada. Sonrió más animada y dejó que él continuara sosteniendo su mano. Le miró a los ojos, prendada de aquella mirada cálida—. Vuestra amistad... nos es muy preciada.

—Desde luego —Edouard sonrió al contemplar la escena, pero debían ponerse en marcha—. Rafael, no te detengas por el camino, es mejor que vayáis de un tirón hasta Lyon. Hasta pronto, Milena... —Bousquet se apartó, liberando con esfuerzo la mano de la joven—. Gael, sé bueno y obedece a Milena. Rembrandt...

El coche partió de inmediato. Aún quedaba nieve, pero no tanta como para impedir el paso de los carruajes. Edouard y Bousquet se quedaron mirándolo hasta que desapareció a lo lejos, cada uno sumido en sus propias reflexiones.

—Vayamos dentro, hace frío, ¿desayunaréis conmigo?

—Claro... —agradeció Bousquet, aún emocionado por la separación. Quiso dejar a un lado el dulce recuerdo de Milena y para lograrlo centró su mente en el asunto que le había llevado hasta allí—. Veréis, he pensado que hay una persona que podría ayudarnos a buscar a vuestro padre, y aunque no confío en ella demasiado, en fin... no sé cómo no se me ocurrió ayer mismo.

—¿Quién es? —juntos entraron en la casa y se dirigieron al comedor, donde Estela se apresuró a poner un segundo servicio para el recién llegado—. Me muero de curiosidad, por favor...

Se sentaron a la mesa. Mientras Estela les servía café, muy de moda en París para desayunar, Bousquet le dijo a Edouard de quién se trataba.

—La señorita Elizabeth Guisset, por supuesto —Edouard le miró atónito.

—¿Habéis enloquecido desde ayer? Perdonadme, pero no creo que sea muy adecuado...

—Sé lo que estáis pensando —tras mucho reflexionar había decidido acudir a ella, que era amante de Dubois. ¿Quién mejor podía saber su paradero? Pero temió que Edouard supusiese otra cosa al respecto—. Creedme, nada me ata a ella... —aseguró— pero tengo razones para creer que podría saber algo.

—No, no me gusta esa idea —negó Edouard molesto—. Tanto Milena como yo nos hemos dado cuenta de qué clase de mujer es la señorita Guisset... Si como decís ella tuviera noticias de mi padre, ¿por qué creéis que iba a querer proporcionárnoslas? No me fío...

—Pero puede que vuestro padre esté con ella, hoy, ahora mismo —murmuró Bousquet incómodo—. Quiero ayudaros, y la verdad, por muy... vergonzoso que me resulte, creo que es la única que puede darnos una pista.

—¿A qué os referís? —Edouard notó de pronto que Bousquet le ocultaba algo, e intuyó de qué se trataba al instante—. ¿Cómo que él podría estar con ella en este momento?

Sus palabras dejaban entrever que había adivinado lo que sucedía. No podía censurar a Bousquet por algo que atañía sólo al honor de su padre, pero suponer a Guisset su amante era ya el golpe final.

—Preferiría no tener que contároslo...

—Está bien, amigo mío... No hace falta, sé por qué os contenéis —Edouard se guardó la nefasta impresión que acababa de llevarse—. ¿Qué sugerís?

—Deberíamos ir a hacerle una visita. Es amiga mía, y me valdré de esa amistad para explicar nuestra presencia en su casa. Nada hay de extraño en

ello. Si encontráramos a vuestro padre allí...

—La verdad, prefiero que no sea así... —saltó Edouard realmente inquieto—. No sé cómo debería reaccionar en tal caso.

—Si eso llegara a suceder, tendréis que recurrir a todo vuestro valor para sobreponeros y hablar con él. Es decir, si lo que pretendéis es averiguar qué trama y acabar con esto.

—Sí, sí... eso es lo único que me importa, a estas alturas... —Edouard pensó en su hermana, de camino a Lyon, e imaginó qué diría ella si estuviera presente en aquella conversación. No era difícil adivinarlo, su enojo, su indignación...—. Estoy en vuestras manos, amigo mío. ¿Dónde vive la señorita Guisset?

—En Chenôve, podemos estar allí antes de que os deis cuenta. Y quizás podamos resarcirnos por lo ocurrido en Dijon.

La dama en cuestión vivía en un piso de la calle Paul Bert, en pleno Chenôve. Era aficionada a la soledad, aunque no de la misma forma ni por los mismos motivos que Florien Bousquet, y aunque hubiese preferido vivir en París, Chenôve era una ciudad apacible, alejada de las agitadas circunstancias por las que atravesaba Francia y cuya mayor actividad se centraba precisamente en aquella ciudad. Chenôve hervía llena de vida gracias a la actividad vitivinícola, pero era tranquila y sobre todo un refugio seguro y discreto. De momento era suficiente para satisfacer su caprichoso temperamento. Cuando estaba acompañada se levantaba tarde por las mañanas y se demoraba horas preparándose delante de un fastuoso espejo en el tocador de su alcoba. Era muy consciente de su belleza y dominaba a la perfección el arte de exaltar sus encantos. Para ella era un arma poderosa.

Aquella mañana en concreto no estaba sola. Fiel a sus costumbres aún no se había levantado, pues la retenía entre las sábanas de su cama un hombre: Grégoire Dubois. Él había llegado la noche anterior buscándola, y ella no le había rechazado. Hacía tiempo que eran amantes y siempre había sabido que la presencia en Beaune de sus hijos no le impediría acudir a ella antes o después. Así pues, cuando le vio llegar sumido en un aura de frustración, de rabia y de desprecio, se ocupó a fondo en disipar de su mente las sombras. Algo reconcomía a Dubois, pero ella alejó con destreza los fantasmas que le atormentaban y logró que por aquella noche abandonara sus preocupaciones.

A aquellas horas dormitaba relajado mientras ella le contemplaba, fumándose lentamente un cigarrillo. Dubois no era un hombre atractivo, podría ser su padre... y desde luego no sentía nada por él, excepto desprecio y un odio acérrimo. Estaba allí porque ella le había buscado, le había abierto la puerta... Se acostaba con ella sólo porque le era útil y tarde o temprano haría realidad el proyecto que estaba llevando a cabo. Elizabeth Guisset exhaló el humo lentamente y se levantó. El sigilo era un arte en ella, y la intriga también.

Aprovechando el profundo sueño de su compañero, cogió su chaqueta y empezó a rebuscar en los bolsillos, segura de hallar algo de interés en ellos. Pronto dio con un papel doblado. Lo sacó y lo abrió, descubriendo en él una lista de cuatro nombres. Pausadamente, como si Dubois no fuera a despertarse en cualquier momento, cogió una pluma, y mojándola en tinta copió la lista en un papel. Después devolvió la lista original al bolsillo donde la había encontrado y escondió la copia en su tocador. Dedicó una sonrisa extraña y fría a su amante. Luego, presa de un cierto aburrimiento, apagó el cigarrillo y miró por la ventana, sólo para ver qué ocurría en la calle.

No se sorprendió mucho cuando vio que Florian Bousquet se aproximaba a su casa acompañado de Edouard Salazar, el hijo de Grégoire Dubois. Después de todo era habitual en él presentarse sin avisar, costumbre que ella también practicaba a menudo. El hecho de que llegara con el hijo de Dubois tampoco le suponía demasiada inquietud. Sin inmutarse demasiado fue hasta la cama y sacudió a Dubois. Cuando logró que se despertara, le obligó a levantarse y a asomarse a la ventana para que pudiera ver a los dos jóvenes caballeros, que ya desmontaban a la puerta del edificio. Él se agitó mucho, e inmediatamente saltó por encima de la cama revuelta y empezó a vestirse, mientras maldecía por lo bajo. A Elizabeth Guisset no le preocupaba en absoluto aquella inesperada visita y no pensaba darse prisa alguna. Se divertía muchísimo viendo a Dubois tan acelerado, angustiado y deseoso de escabullirse.

—No sé por qué te preocupas tanto, querido. Ellos no van a entrar aquí...

—Ya lo sé, pero no me fío...

—¿Y por qué no te fías? —apuntó ella; se acercó y acarició sus cabellos entrecanos. Dubois podría ser su padre y le daba asco, pero lo disimulaba a la perfección. Si él la miraba a los ojos sólo podría ver en ellos cariño, apego, e incluso pasión—. ¿Crees acaso que yo voy a delatarte?

—Claro que no... Pero no me fío de nada ni de nadie, y menos de Edouard.

Ha estado siguiéndome el muy canalla... —murmuró apartándose de ella—. Debo tener cuidado Elizabeth... Ya lo hemos hablado.

—Cálmate, o tú mismo harás que te descubran.

Abajo en la calle, la portera dejaba pasar a los dos visitantes. Bousquet la conocía bien, pues había estado en varias ocasiones allí, de visita, con la señorita Guisset. Guió con familiaridad a Edouard hasta el segundo piso, subiendo las escaleras de dos en dos. Llamó a la puerta del piso y aguardó a que la doncella de la señorita les abriera, lo cual no sucedió hasta un rato después.

—Buenos días, Clarisse... Venimos a visitar a la señorita Guisset. Espero que no se haya ausentado. ¿Venimos en mal momento?

—Buenos días señor Bousquet —saludó la doncella inclinándose con familiaridad—. Pasad, la avisaré. Creo que aún no se ha levantado.

Fueron conducidos hasta una amplia sala, acogedora y elegante, aunque algo recargada. Se sentaron en un sofisticado diván y dejaron sus sombreros sobre una mesita dispuesta a un lado, sobre la alfombra. Aguardaron en silencio. Esperaban ser recibidos de un momento a otro. Bousquet sabía que la dama solía trasnochar y que no era madrugadora, así que indicó a Edouard con un gesto que tuviera paciencia. Podían imaginar que la persona a la que con tanto ahínco estaban buscando se hallaba en aquel mismo lugar, a escasos metros de distancia, pero ninguno quería creerlo. Clarisse apareció de nuevo, tosiendo levemente con una mano en la boca.

—¿Deseáis tomar algo mientras esperáis?

—No, gracias —respondieron al unísono los dos jóvenes. Bousquet la miró más detenidamente, sintiendo que ya había visto a aquella chica en alguna parte. Pero al fijar la mirada en sus rojos cabellos sacudió la cabeza, seguro de que se había equivocado.

—Como quieran —Clarisse se inclinó y desapareció para atender sus quehaceres cotidianos.

Continuaron así, en silencio, un rato más. Edouard no estaba a gusto, no compartía el aprecio que Bousquet parecía dispensar a Elizabeth Guisset; estaba muy lejos de merecerle simpatía alguna, pese a su extraordinario atractivo. A sus ojos era falsa y manipuladora, además de haberse inmiscuido, por lo que había insinuado el propio Bousquet, en su familia... Cuánto hacía de eso era una incógnita que de momento quedaría sin resolver. Se hallaba sumido en tales meditaciones cuando apareció la dama en

cuestión, tan provocativa como solía ser.

—Pero qué alegría, querido Florian... —exclamó fingiendo sorpresa. Le sonrió inclinándose ante él como hacía siempre, y luego se volvió hacia Edouard, quien trató de disimular su antipatía. La saludó fríamente aunque con cortesía, lo cual no le pasó desapercibido a ella—. No os esperaba estos días, dicen que ha nevado muchísimo en Beaune...

—Así ha sido, aunque después de una semana la nieve empieza a derretirse y los caminos vuelven a ser seguros. No hemos tenido dificultad para llegar hasta la encantadora Chenôve, os lo aseguro.

—Nunca me gustó la nieve. Sólo acarrea inconvenientes, impide el uso de las carreteras, aísla a los vecinos... —Grégoire Dubois escuchaba desde el otro lado de la puerta, procurando no perder palabra. Vestido por completo, se hallaba dispuesto a marcharse a la menor señal de peligro. Realmente desconfiaba de todo y de todos. Elizabeth hablaba con desenvoltura—. es un engorro, por muy hermosas estampas que nos brinde.

—Sabéis que no puedo estar menos de acuerdo. Particularmente encuentro encantador el hecho de verme atrapado por una espléndida nevada. Me gusta la soledad, la tranquilidad del campo, el silencio... La nieve parece devorar todos los sonidos, ¿no creéis?

—Sobre todo si se está en buena compañía, desde luego —se apresuró a puntualizar ella intencionadamente—. Decidme señor Salazar, ¿cómo está vuestra hermana?

—Bien, como siempre —omitió que se había ido a Lyon porque no deseaba facilitar a Guisset más información de la estrictamente necesaria—. Muchas gracias.

—¿...y vuestro padre? —Dubois sonrió al otro lado de la pared. El descaro de aquella mujer era increíble—. Hace días que no le veo, en realidad, desde la cena en vuestra casa, señor Bousquet.

—Lo cierto es que esperábamos que vos pudierais decirnos algo al respecto —aclaró Bousquet—. Hace días que salió de viaje y aún no ha regresado. Supusimos que vos podríais tener noticias suyas.

—Lo lamento —se encogió ella de hombros con aire inocente—. El señor Dubois no ha venido a visitarme, lo cual, creedme, no tardaré en echarle en cara. Vos sabéis muy bien, señor Bousquet, que estoy particularmente molesta con él. Es muy poco considerado por su parte el trato que me está dispensando últimamente. Sin embargo, aún conservo cierto apego por él, y

espero que no le haya sucedido nada...

—No, no... no debéis preocuparos.

A aquellas alturas Dubois empezaba a sentirse cansado. El hecho de que se presentara allí su hijo haciendo preguntas revestía una cierta importancia que no escapaba a su sagacidad. Edouard estaba indagando sobre él, intentaba descubrir su juego, y era muy capaz de conseguirlo. Ya le costó deshacerse de él la primera vez en Dijon, y empezaba a resultar un auténtico problema. Lamentó que aquellos ladrones no le hubiesen parado los pies... El incompetente de Teyssière había estado a punto de dejarse coger, un error que podía haberles costado muy caro. Se llevó una mano al bolsillo y buscó el papel doblado con la lista de nombres que le diera Su Eminencia, sólo para asegurarse de que aún continuaba allí.

—Decidle a vuestra hermana, señor Salazar —decía en aquellos momentos la señorita Guisset—, que estoy deseando volver a verla. Es una muchacha bellísima, y encantadora. Tenemos más en común de lo que ella cree... —añadió pensativa, y en aquella oportunidad estaba siendo sincera—. Estaría encantada de recibirla si se aviniera a acercarse hasta aquí. Chenôve no está tan lejos de Beaune, de hecho.

—Se lo diré, señorita.

—Sé que son tiempos difíciles. Hoy en día uno no sabe con quién se topará, hay que tener cuidado cuando se sale de viaje. Los caminos están llenos de maleantes... Entendería que la señorita Salazar no desee venir. Aunque de todos modos Beaune estará más o menos a la misma distancia de aquí que de su casa, señor Bousquet. ¿No es cierto? Un paseo así a caballo, resultaría muy saludable, y si se atrevió a visitaros a vos yendo sola, supongo que no pondrá reparos en venir aquí.

—La señorita Salazar vino a verme, al igual que vos, porque estaba preocupada por la indisposición que sufrió el padre Lautrec la noche anterior, por pura cortesía... —interrumpió Bousquet molesto por su descarado intencionado—. Decidme, ¿podrías hacernos el favor de hacer memoria y... tratar de recordar si sabéis dónde puede estar el señor Dubois? ¿No os comentó él por casualidad a dónde tenía intención de ir? Haced memoria, os lo ruego...

Elizabeth Guisset sonrió; imaginaba a su amante espiando al otro lado de la pared. Su malicia era manifiesta, hecho que no pasaba inadvertido ni a Edouard ni a Bousquet. Empezaban a impacientarse. Edouard incluso había

llegado a pensar si su padre no estaría al otro lado de aquella puerta, en la cama de la dama, oyéndolo todo. Dominaba a duras penas el impulso de levantarse y abrirla para descubrir si Bousquet estaba en lo cierto, pero el respeto que le profesaba a su amigo y su educación le contuvieron por el momento.

—No creo que él me haya hecho partícipe de sus planes en ningún momento, señor. Lo lamento, pero si han venido hasta Chenôve sólo para eso, están perdiendo el tiempo. Espero sinceramente que su visita sea de cortesía. ¿No habrán venido únicamente para preguntarme eso?

—Sólo queríamos vuestra ayuda, señorita Guisset —dijo Edouard severamente. Se negaba a aparentar delante de aquella mujer, ya no podía contenerse por más tiempo—. Supongo que no os molestará tanto si os aseguro que hemos acudido a vos confiando en vuestra amistad antes que por puro y frío interés. Quisiera que recapacitarais y que en conciencia os replantearais vuestra actitud respecto a mi padre. Dejémonos de hipocresías, de falsedades y mentiras. Os ruego me digáis dónde está para que tenga la oportunidad de hablarle. Tiene tres hijos, dos si se olvida de mí, pues yo hace tiempo que ya no le tengo como padre, y se debe a ellos, o al menos no debería arriesgar como lo hace su futuro bienestar.

—Ya veo. Me acusáis, así, directamente, tan frío, de mentirosa —repuso ella cambiando la expresión juguetona de su semblante por otra desafiante y más reservada.

—Digo que vos sois la amante de mi padre —acusó al fin de improviso. Las palabras habían brotado de la rabia y el despecho, incontenibles—. Y que como tal, sin duda sabéis perfectamente dónde está. Pero os negáis a decírnoslo del mismo modo en que él se esconde de mí.

—Edouard... —suplicó Bousquet.

—No, dejadle, Bousquet —la señorita Guisset se acercó a Edouard y fijó en él sus bellos ojos inquisidores, como si quisiera llegar al fondo de su alma. Estaba tan cerca que el joven podía oler el delicado perfume a jazmín que llevaba—. Está bien, señor Salazar. Y qué haríais vos si fuera la amante de vuestro padre...

Grégoire Dubois se estremeció y a punto estuvo de marcharse, pero necesitaba saber si Guisset iba a traicionarle.

—...pero sigo sin saber dónde está —se encogió de hombros—. Lo siento. Como os decía, hace días que no le veo.

—No os creo...

—¿Deseáis mirar en mi alcoba?

—No será necesario... —saltó Bousquet incomodísimo, cortando el paso a la dama, que ya se disponía a abrir la puerta de su habitación—. Mi amigo está demasiado exaltado y preocupado, os pido mil disculpas en su nombre y en el mío.

Bousquet se inclinó ante Guisset en un intento por recuperar la normalidad de aquella infructuosa visita. Edouard en cambio no apartaba sus ojos de ella, reacio a deponer su actitud. Estaba convencido de que su padre estaba realmente en aquella habitación, y sólo su amistad con Bousquet frenaba su natural impulso de abrir él mismo aquella puerta.

—Señores, creo entonces que deberíais marcharos. Olvidaré gustosamente lo ocurrido... aunque, señor Salazar, no lamento ser la mujer que soy, pese a la evidente antipatía que os provocho... Vos no sois quién para juzgarme, no sabéis nada de mí. Apenas acabáis de salir del cascarón —añadió midiéndole de la cabeza a los pies—, deberíais cuidaros más vos mismo y sojuzgar menos a vuestros conocidos.

Las palabras de aquella mujer se clavaron como un dardo en el corazón de Edouard, que a pesar del irrefrenable desprecio que le dominaba no dijo nada. Su rostro, su cuerpo entero, estaba sacudido por una tensión demasiado grande y evidente, lo cual provocó una medio sonrisa enigmática en Elizabeth Guisset. Bousquet cogió a Edouard del brazo, dispuesto a llevárselo con mano férrea antes de que sucediera algo de lo que pudieran arrepentirse.

—Espero volver a veros, señor Bousquet —la señorita Guisset le extendió la mano con retintín, evidenciando un sarcasmo sobrecogedor hacia Edouard—. Os prometo que cualquier noticia sobre Dubois... os la haré llegar de inmediato.

Bousquet no respondió. Arrastró a Edouard, quien ardía rojo de indignación, fuera del piso. Él estaba avergonzado y contrariado, nunca habría imaginado tal depravación en la Señorita Guisset, y deploraba su actitud absolutamente. Una vez en la calle, Edouard continuaba tan irritado que volvió la mirada hacia el piso que acababan de abandonar, justo a tiempo de ver una figura masculina en la ventana, espiándoles. El hombre se apartó al instante, antes de que pudiera identificarle, corriendo la cortina.

—Creo que no deberíamos abandonar Chenôve tan pronto, Bousquet.

—¿Cómo? Perdonadme, pero no os comprendo.

—Aparte del inexplicable mal comportamiento de esa mujer, sé que nos está mintiendo. Acabo de ver a un hombre en su ventana, vigilándonos. Seguramente era mi padre. Subamos y descubrámoslo todo.

—No sabéis lo que decís, estáis demasiado enojado, Edouard —Bousquet compartía aquella opinión, pero no deseaba alentar el malestar de Edouard—. Posiblemente haya mentido, pero de ahí a irrumpir en su casa con la excusa de...

—Bien, si no queréis subir vos, lo haré yo.

—¡No seáis necio! —Bousquet le cogió del brazo y se encaró a él— ¿Qué creéis que conseguiréis con eso? ¿Qué pensáis hacer si le encontráis? ¿Secuestrarle? ¿Hacerle hablar, que os cuente sus más recónditos y sórdidos secretos? ¿Qué descubriréis sobre él que no sepáis ya? Estoy dispuesto a ayudaros, pero no así. ¡Si irrumpís en casa de la señorita Guisset por la fuerza, avisará a la policía y os encerrarán! ¡Podría acusaros de cualquier barbaridad, y mientras tanto vuestro padre habrá huido antes de que hayáis abierto la puerta del piso! ¡¡Por Dios, Edouard!! Podría ser una intrigante, incluso podría ser que vuestro padre lo sea... ¿Sabéis lo peligroso que es eso? Vamos, recapacitad... Él no os va a estar esperando... —al ver que Edouard empezaba a calmarse y a recuperar el control, le soltó y habló con más calma—. Propongo volver y esperar. Si tenéis razón, que me atrevería a juzgar que la tenéis, creedme si os digo que soy de la misma opinión que vos, vuestro padre volverá.

—No lo sé... Todo esto empieza a ser tan retorcido... —susurró Edouard apoyándose en la silla de su caballo—. Espero que no obtengamos un final tan grave como preveo... Cuando esta mañana insinuasteis que Guisset y él podían esconder algo más que una amistad no me sonó tan descabellado, pero ahora que lo sé a ciencia cierta... ¿Desde cuándo? Fue capaz de engañar a mi madre incluso cuando se moría... Respecto a los comentarios que ha hecho esa mujer...

—Olvidadlo, os lo ruego. No deberíais atormentaros así —le instó Bousquet—. Esa mujer sabe muy bien cómo herir a un hombre de bien. ¿Qué me decís? Hay un hotel cerca de aquí, el Clos du Roy. Podría venirnos muy bien, es respetable y muy de moda. Pasemos la noche en él y regresemos a Beaune mañana. Luego ya veremos cuál será el siguiente paso. Pero ahora mismo estáis demasiado afectado, y no conviene actuar con la cabeza tan caliente, creedme...

Nada más salir los dos caballeros, Elizabeth Guisset se dirigió a su alcoba. Abrió la puerta y miró dentro, encontrando a un colérico Dubois recorriendo la estancia de arriba abajo como un león enjaulado. Al verla entrar se dirigió a ella y la agarró con violencia de los brazos, zarandeándola como a una muñeca.

—¿Estás loca?! ¿Cómo se te ocurre decirle a mi hijo que eres mi amante?! ¿Quién te has creído que eres?! ¡Una furcia, eso es lo que eres! ¡Ahora me han visto! ¿Entiendes? ¡Mi hijo me ha visto en la ventana!

—¡Suéltame! ¡Me haces daño! —gritó ella defendiéndose—. Yo no he afirmado tal cosa, aunque tampoco lo haya negado...

Dubois la abofeteó con fuerza y luego la dejó, sentándose en la cama y enterrando el rostro entre las manos. No pudo ver el odio en los ojos de ella, el desprecio y el despecho que sentía mientras se frotaba la mejilla allí donde él la había golpeado.

—Harás bien en marcharte, podrían volver, y créeme, no les impediré que entren si lo hacen...

—Elizabeth... —murmuró Dubois acercándose de nuevo a ella. No había arrepentimiento en su mirada, y el rictus amargo de su boca denotaba la soberbia de su temple—. Eres demasiado desafiante, juegas con fuego, crees que puedes manejar a los hombres a tu antojo, pero te equivocas, y al hacerlo arriesgas tu vida, créeme. Te lo advertí, te pedí que no te interpusieras, que no vinieras a verme estando mis hijos... ¡Mira ahora! Mi hijo “sabe” que eres mi amante... y se llevará a Milena y a Gael a Lyon apartándoles de mí para siempre, si no lo ha hecho ya, ¡lo desbaratará todo! Y no se detendrá ahí, no... Querrá averiguar todo sobre mí...

—No me culpes a mí de tus errores, Grégoire. Todo esto es culpa tuya y de nadie más, yo sólo soy una pieza de tu juego... Si pierdes a tus hijos, tu familia, será gracias a tu egoísmo y a tus sucios planes...

—No sigas, Elizabeth —advirtió él acercándose más y besándola apasionadamente. A pesar de su cólera deseaba tomarla allí mismo. Aquella mujer le volvía loco—. Tú no sabes nada... Todo se ha perdido, ahora ya no podré regresar a casa.

—Si no quieres oír la verdad, no vengas a mi casa, sabes que yo no puedo callarme, soy lo que soy, cualquier cosa, menos hipócrita.

Dubois trató de besarla de nuevo, pero ella le rechazó. En aquellos momentos le soportaba menos que nunca.

—Por ahora es mejor que te vayas.

—¿Me echas? ¿Ahora me echas? —siseó él, incrédulo.

—Coge tu capa y vete. Quizás nos veamos mañana.

—¿Qué me vaya, y quizás? —Dubois contuvo el impulso de poseerla por la fuerza— ...Está bien, como quieras...

El silencio se irguió entre ellos, denso y difícil de digerir sobre todo para él, hombre poco acostumbrado a que le dieran órdenes, y menos a que le hicieran un desplante. Sin embargo, a pesar del deseo que inflamaba sus venas y que le impulsaba a abrazarla y a hacerle el amor, decidió que por el momento era mejor transigir. Con gesto hastiado recogió su capa y envolviéndose en ella salió dando un portazo. Ella permaneció unos instantes en pie, en medio de su alcoba, rumiando venganza interiormente.

Llena de odio se fue hasta su tocador y abrió el cajón, extrayendo la copia que había hecho de la lista que Dubois tenía en su poder. Leyó los cuatro nombres escritos en ella y una sonrisa helada se manifestó en sus labios, porque sabía que ella jugaba muy por delante de Dubois, muy por delante de cualquiera que se interpusiera en su camino. Conocía todos sus pasos, al contrario de lo que él pensaba, con su arrogante prepotencia. No en vano había invertido años en buscarle, estudiarle, y trazar su plan maestro. Tocaba mover ficha, y ella nunca cometía errores. Llamó a Clarisse para que la ayudara a cambiarse mientras delante del espejo se colgaba al cuello una fina cadena de oro con un pequeño y sencillo camafeo. Lo abrió y contempló absorta un diminuto retrato de su madre, tan parecida a ella... Lo besó y luego lo ocultó bajo el corpiño. Con gesto ausente sacudió su hermosa cabellera rubia... Aquella Elizabeth Guisset era sin duda una mujer muy distinta a la que creían conocer los hombres. Y sobre todo era un enemigo declarado de Grégoire Dubois, muy pronto su peor pesadilla.

—¿Os preparo algo de comer, señora? No habéis tomado nada desde ayer —preguntó Clarisse a su espalda. Acababa de entrar y llevaba un vestido de seda en las manos—. Oh, y os he traído el vestido, ¿os ayudo a ponéroslo?

—No Clarisse... —Elizabeth se volvió hacia ella con una sonrisa agradable. El odio había desaparecido de su rostro. Ahora debía continuar adelante con su proyecto y necesitaba de su sangre fría para no cometer errores—. Dóblalo junto al resto del equipaje, de momento no lo necesitaré.

—Bien señora.

—Prepárame un café y algo de comer, y haz que venga a recogerme un coche

de posta. Nos vamos.

—Sí, señorita —Clarisse se inclinó obedientemente y se marchó. Era la sombra de Elizabeth, su fiel doncella, incorruptible, callada y discreta. Acataba todas sus órdenes sin preguntar ni cuestionárselas—. ¿He de indicarle al cochero nuestro destino?

—No.

—Así lo haré, señora.

En cuanto se quedó de nuevo a solas escogió un vestido de viaje de color gris perla, no muy llamativo, elegante y delicado muy apropiado para sus propósitos. Se cambió, transformando su imagen de mujer seductora y provocativa en la de una dama bella pero discreta. Ocultó sus hermosos bucles dorados bajo una peluca castaña y un sombrero y restó algo de maquillaje de su rostro. Gracias a su fisonomía no necesitaba de grandes retoques para cambiar radicalmente de aspecto. Cogió unos guantes y finalmente se miró en el espejo, valorando el resultado. Sonrió satisfecha, pues nadie reconocería en ella a Elizabeth Guisset.

Cuando salió de su alcoba el equipaje estaba listo en la entrada, y Clarisse la esperaba vestida y dispuesta para viajar. El destino sólo lo conocía la señorita Guisset, y no lo revelaría más que al cochero en el momento oportuno.

—El coche espera abajo, señorita.

—Bien, baja y dile al cochero que te ayude con el equipaje.

Todo fue rápido y bien organizado. En menos de media hora las maletas estaban colocadas en su sitio y Clarisse tomaba asiento junto a su señora en el confortable interior. Partieron sin llamar la atención, abandonando el piso de la calle Paul Bert en Chenôve, en dirección a Poitiers. Nada ataba a Elizabeth Guisset a aquella ciudad, no dejaba atrás nada ni a nadie que le importara, y Clarisse era una joven solitaria, sin familia ni amigos. Para aquella doncella tímida, eficiente y dedicada, Elizabeth Guisset era todo cuanto existía, su centro, su benefactora, tan bondadosa como para haberla sacado del arroyo cuando estaba sola y enferma, protegerla, darle un hogar y una vida digna. Le estaba tan agradecida que moriría por ella sin vacilar, adoraba a su señora. Por eso sonreía plácidamente, allí sentada, junto a ella, aun cuando no sabía qué futuro le aguardaba. Aquel carruaje se las llevaba de Chenôve hacia un nuevo destino, en alguna parte.

A medida que iban avanzando, el cochero recibía nuevas instrucciones acerca de ese lugar de destino. Elizabeth se las iba dando, guiándole poco a poco,

siempre camino a Poitiers. No obstante, no era ésta la ciudad que se proponía visitar. Dejaron atrás la ciudad de Nevers, en el corazón de la Borgoña y a través del canal de Nivernais cruzaron el Loira y entraron en la región de Auvergne. Allí cambiaron de coche.

—Cochero —Elizabeth golpeó con los nudillos la pared del nuevo coche de posta, a su espalda. Se asomó ligeramente por la ventanilla—, diríjase a Moulins y deténgase en la calle Monin, junto a la iglesia de Saint-Pierre...

—Sí, señora...

En cuestión de una hora ya había anochecido, de manera que atravesaron Moulins con relativa discreción.

Había llovido, y una neblina espesa serpenteaba sobre los suelos empapados de las calles oscuras, en las cuales apenas se veía a nadie. El cochero condujo el tiro de caballos diestramente hasta encontrar la calle Monin, desde la cual se distinguía la torre romana de la iglesia Saint-Pierre. Una vez allí se detuvo. Saltó del pescante para descargar el equipaje de las dos damas, afortunadamente bastante liviano, y la señorita Guisset le pagó generosamente, no sin pedirle antes un último servicio. No se identificó en ningún momento, y el cochero tampoco preguntó. Guisset simplemente le rogó que subiera el equipaje al último piso del número seis de aquella misma calle, y él aceptó de buen grado, pues no solía recibir pagos tan generosos de sus clientes. Las acompañó pues calle arriba, y no las abandonó hasta que estuvieron perfectamente instaladas en su nuevo hogar.

Elizabeth había alquilado aquella casa hacía un mes, y todo estaba muy bien dispuesto. Después del largo viaje, Clarisse, que conocía a la perfección sus obligaciones, la ayudó de nuevo a cambiarse. Sacó un bonito traje de seda de la maleta y todo lo necesario para transformar definitivamente a Elizabeth en una compungida dama. Después de algo más de una hora, acompañaba a su señora escaleras abajo, cuando ya la noche estaba muy avanzada. Salieron a la calle y en silencio se encaminaron hacia el puente Régemortes, cruzando sus trescientos metros de longitud sobre el río Allier...

Clarisse miraba a un lado y a otro, temerosa de caminar a aquellas horas sola, con su señora. Ésta en cambio andaba muy decidida, guiándola por el puente; no vacilaba. Cuando llegaron al otro lado, bajaron por la ladera de la rivera del río, internándose entre los árboles que crecían bebiendo de su salvaje corriente, hasta perderse sus figuras femeninas entre las sombras. Un sendero descuidado y medio oculto entre la maleza continuaba río abajo, hasta las

afueras de Moulins. Guisset condujo a Clarisse por allí sin detenerse... Entonces llegaron a un pequeño claro donde se levantaban los restos de un viejo molino incendiado, y una mujer de aspecto descuidado surgió de repente desde la parte de atrás de aquellos restos. Parecía una prostituta, y llevaba con ella a un niño pequeño, delgado y de cabellos rubios. Elizabeth se detuvo y Clarisse se quedó pegada a ella, sin comprender qué estaba sucediendo. La mujer no abrió la boca, lloraba en silencio mientras su hijo la miraba con sus grandes ojos muy abiertos. La prostituta, demacrada y harapienta, le empujó hacia Elizabeth, obligándole a caminar hacia ella. A una orden de ésta última Clarisse sacó de debajo de su capa una pesada bolsa llena de monedas y con paso inseguro se la acercó a la mujer. Ella la miró a través de sus lágrimas, con cierta amargura. No hubo conversación alguna, aquel trato estaba cerrado mucho tiempo atrás. Aquel niño, a juicio de Clarisse, iba a convertirse en el nuevo protegido de la señorita Guisset; sin duda correría mejor suerte junto a su señora que al abrigo de aquella desgraciada mugrienta. Estaba claro que la prostituta necesitaba desesperadamente el dinero, y que había escogido vender a su hijo, al que seguramente no era capaz de mantener. Pero ¿qué iba Elizabeth Guisset a hacer con él? ¿Para qué lo quería exactamente? De momento aquella pregunta quedaría sin respuesta. Clarisse cruzó su dulce e ingenua mirada con la más resabiada y hastiada de la prostituta momentos antes de que ésta, tras un breve instante de vacilación, diera media vuelta y se internara en el bosque, desapareciendo rápidamente de la vista. La doncella había adivinado el miedo en sus ojos, miedo y dolor, una tristeza antigua e incurable, un sufrimiento similar al que ella misma había pasado años atrás, antes de que su señora la encontrara en circunstancias parecidas y la ayudara... Cabizbaja llevó al muchacho hasta Elizabeth y juntas le acompañaron lejos de allí, hacia el puente de Régemortes. Clarisse sintió que el pequeño deslizaba su mano flaca y helada en la suya, buscando consuelo y cariño. No fue capaz de negárselo, por eso le oprimió con ternura. Después le soltó la mano y le rodeó los famélicos hombros con el brazo. Le atrajo con ternura bajo su capa, para transmitirle algo de su calor...

Capítulo 21

Jacques Valleix solía frecuentar la Iglesia de Saint-Pierre cada domingo, aunque no era un hombre creyente ni practicante en absoluto. Iba sobre todo porque allí encontraba damas muy hermosas a las que podía contemplar a placer, e incluso conocer. Era un canalla sin escrúpulos, libertino y osado, seductor, arrogante y peligroso. Su mente era tan sucia como las cloacas del barrio más marginal de la ciudad, y su alma nada valía, salvo en el Infierno. Arrodillado en los primeros bancos, frente al altar, no prestaba atención alguna al sermón del párroco. Aunque inclinaba la cabeza en señal de recogimiento, se levantaba y volvía a arrodillarse cuando los demás lo hacían, su mirada se centraba en la maravillosa figura de una mujer sentada no muy lejos, a su derecha, y en su hijo. Sobre todo en el chico. Porque si ella era una verdadera belleza, el chico rallaba en lo sobrenatural. Su tez blanco marfil, suave y aterciopelada, sus mejillas pálidas, aquellos grandes ojos castaños, el cabello rubio oscuro, lleno de graciosas caracolas, el modo en que sus rizos caían sobre la frente despejada... Semejaba un ángel y Jacques Valleix se encontraba mareado de delirio. Deseaba a aquel infante por encima de cualquier otra cosa y no le importaba tener aquella clase de inclinaciones en una iglesia. Satisfacer sus más bajos instintos era toda su ocupación en la vida de excesos, lujo y lujuria que llevaba. Durante todo el oficio se mantuvo atento a cada movimiento de madre e hijo, temeroso de perderles de vista sin haber averiguado quiénes eran y dónde vivían. Su elegante porte, su traje, sus maneras, le permitirían presentarse a la dama en cuestión y granjearse su amistad enseguida. Jacques Valleix era pura fachada, perfecta apariencia, oro por fuera, lodo por dentro. Luego, fácilmente, averiguaría su lugar de residencia, sus costumbres...

Ella le miró de repente, como si hubiese notado el fuego abrasador de sus ojos azules. Sin embargo, en lugar de apartar la vista mantuvo su mirada e incluso le sonrió, tímida, deliciosamente turbada y recatada. Valleix creyó desfallecer al comprobar cuán fácil iba a resultarle acercarse a ella después de todo. Había dado con una dama religiosa, sencilla, acomodada desde luego, dulce y pura... Tan perfecta como sin duda lo sería su hijo... Pensaba hacerlo al terminar la misa, se aproximaría a ella a la salida y con la excusa de comentar el sermón del párroco se presentaría y entablaría una conversación superficial pero decisiva.

A una señal del cura todo el mundo se levantó. Sólo se oían algunas toses en el eco de la abovedada nave bajo la que se sentaban los fieles. El olor a incienso impregnaba el frío aire y la monótona voz del párroco era como un rumor de promesas y esperanza que llenaba las almas de quienes acudían con el corazón en la mano y el alma desnuda. No ocurría así con Valleix. Él aguardó lleno de paciencia a que aquella pantomima, a su parecer, finalizara. Al fin, cuando todos se levantaron y se santiguaron, él hizo lo propio de forma mecánica y salió por el pasillo, a apenas unos cinco o seis metros de la mujer y su pequeño. Aspiró con fuerza para ver si percibía su perfume, y repasaba su nuca desnuda con una mirada tan lasciva que al poco ella se volvió inquieta, descubriéndole muy cerca. Valleix sonrió, borrando al instante todo rastro de su depravación en los ojos, y ella le correspondió, sonrojándose como una adolescente. Era encantador.

Continuaron por el pasillo entre la multitud, hasta la doble puerta de la iglesia, y salieron a la calle. El frío del mes de febrero les recibió y la mujer se protegió con su preciosa capa, arrodillándose después para abrochar el abrigo de su hijo. Valleix se detuvo, esperando a que terminara para acercarse. La gente se iba dispersando a su alrededor, algunos le saludaron, aunque él no prestaba atención a nadie más que a la maravillosa pareja que tenía ante él.

—Buenos días, señorita... —se inclinó simulando un gran respeto y una caballerosidad dignas de un auténtico hombre de bien—. Permitidme presentarme, soy Jacques Valleix, y tengo mi residencia aquí mismo, en Moulins... Y vos sois...

La mujer le miró algo dudosa. De cerca, sus facciones resultaban aún más atrayentes.

—Soy Milena Salazar, de Lyon, a sus pies... —se inclinó graciosamente—. Y

éste, es Gael, mi hermano.

—Encantador... Y dígame, ¿están de paso o han venido a Moulins a instalarse definitivamente?

—Llegamos ayer —repuso ella repentinamente demudada, atrayendo hacia sí a su hermano con ademán protector—, después del funeral de mi madre... hemos venido señor para quedarnos un tiempo, quizás para instalarnos definitivamente, aunque nuestro destino sólo Dios lo sabe...

Así que acababa de perder a su madre... Jacques se preguntó si la joven habría experimentado ya su primer amor verdadero, o si alguien ocuparía ya su tierno e inexperto corazón... Decidió que probablemente ninguna de aquellas dos posibilidades sería la más acertada, ya que si realmente estuviera enamorada, no habría viajado hasta Moulins, alejándose de su amor... Aquello jugaba a su favor, pues eso la hacía más vulnerable y accesible.

—Os doy mi más sincero pésame... Lamento conoceros en circunstancias tan tristes, aunque... permitidme animaros, pues he podido disfrutar de vuestra sonrisa y nada me agradaría más que haceros sonreír de nuevo. Moulins es una ciudad encantadora, perfecta para volver a empezar... Encontraréis que aquí las penas pasan rápidamente al olvido y, en ello, si me lo permitís, pondré todo mi empeño. Tenéis mi amistad, y espero aceptéis mi ofrecimiento de apoyaros en momentos tan graves y delicados.

La dama se inclinó de nuevo, agradecida, pero no respondió. Temiendo perderla demasiado pronto, Jacques dio un paso hacia ella y le tendió la mano con galantería, muy serio.

—¿Podéis brindarme la oportunidad de conoceros? Creedme cuando afirmo que sólo deseo vuestra amistad, y vuestro bien... ¿Me diréis al menos donde podré volver a veros?

Ella se detuvo cuando ya le había dado la espalda para marcharse, llevando de la mano al pequeño. Pareció meditarlo un instante al menos.

—Moulins es muy pequeño, creo que podréis volver a verme... Por ahora despedámonos aquí señor. Comprended que son momentos muy delicados y tristes... aún es pronto para olvidar, como vos acabáis de decir. Buenos días.

—Hasta pronto...

Una oleada de rabia y desesperación inundó a Valleix al verla alejarse. No había logrado arrancarle dónde se había alojado, no había podido acercarse lo más mínimo, aunque... al menos ahora ella ya le conocía y no se había negado a volver a verle. Quizás sólo seguía el protocolo, quería acatar las

normas de una perfecta hija abnegada y aparentar el luto... Jacques Valleix sintió renacer la esperanza. A lo lejos la figura menuda de Gael destacaba como una flor en medio del desierto... Y si no podía tenerlos de una forma, lo haría de otra. Inmediatamente mejoró su ánimo y un profundo suspiro sacudió su pecho bajo la elegante chaqueta verde oliva. Aflojó un poco el pañuelo que cubría su cuello, pues se había acalorado, y se fue en dirección contraria a la que había tomado ella. Podía seguir a la señorita Salazar hasta su casa, pero no lo creyó necesario.

Aquella semana Jacques Valleix compró los servicios de tres señoritas, prostitutas de lujo, incapaz de contener sus impulsos, pues en su mente ardía con tal fuerza la imagen del pequeño Gael que ahogaba su razón. Por las noches creía enloquecer de deseo, y en su mente retorcida adivinaba el clímax al que le llevaría poder poseer a aquel niño, arrebatarle su inocencia, su alma... Por eso alquiló una habitación en un hotel discreto y allí desató sus peores impulsos, satisfaciéndolos con las tres mujeres a la vez. Aquella orgía de placer duró una semana, desde el anochecer hasta el alba, mantuvo su ansiedad ocupada, ahogada la fantasía del pequeño Gael...

No obstante llegó un día en que ya nada pudo acallar más tiempo la terrible voz que aullaba en su cerebro clamando por volver a ver al niño. Una mañana se despertó en su habitación alquilada, con dos de las rameras tendidas cada una a un lado de la cama, y la tercera cruzada entre los tres. Abrió los ojos y paseó su mirada enfermiza por toda la estancia, repasando los detalles de su depravación, visibles en cada rincón. Había copas rotas, champán, bandejas con frutas volcadas, ropa esparcida por doquier... Estaba tumbado, desnudo, en medio de un caos atroz, y hastiado de beber del placer femenino. Se apartó con violencia de las prostitutas, levantándose aquejado de una tremenda jaqueca. Las mujeres no se movieron, borrachas y extenuadas de tantas noches de sexo brutal. Sus golpes se veían marcados en la piel de las tres, en la espalda, las nalgas, los brazos... Había sido salvaje, cruel y violento. Porque sólo así había podido atenuar su otro poderoso deseo, el que le gritaba una y otra vez que fuera a buscar al niño y se lo quedara para él...

Valleix se acercó al espejo y se lavó con el agua y el jabón que había en una palangana. Estaba ojeroso, muy desmejorado. No podía presentarse así ante Milena Salazar, así que tendría que descansar primero, relajarse y luego, cuando volviera a ser el atractivo caballero Jacques Valleix y todo rastro de su verdadero ser hubiera desaparecido, buscarla... a ella y a Gael. Se vistió

lentamente, arregló sus cabellos, se afeitó, tomándose su tiempo. Tomó un saquito con algunas monedas y lo dejó sobre la cama, entre las tres rameras semidesnudas. Una de ellas le recordó a Milena Salazar, y su visión le obligó a salir de allí apresuradamente. Se marchó a su residencia, una casa en medio del campo a las afueras de Moulins. Pensaba reposar, recuperarse, y luego salir de nuevo... hasta encontrar a la dama y a su hermano.

El piso de la calle Monin era sencillo y discreto, nada excesivamente caro; Elizabeth Guisset no pensaba recibir visitas en él, y de hecho su intención era pasar lo más desapercibida posible. Había llevado allí a Valerian, el hijo que había comprado a aquella prostituta, le había aseado convenientemente, le había proporcionado ropa adecuada para un infante de buena familia, le había alimentado, y ahora tenía junto a ella a un hermoso niño, extraordinariamente parecido a Gael Salazar, aunque aquel detalle no lo había buscado, pero el azar resultaba a veces caprichoso. Valerian no parecía echar de menos a su madre, probablemente porque era una prostituta hambrienta y borracha que nunca se había ocupado de él e incluso había llegado a venderle por necesidad. Elizabeth no se cansaba de observarle. A pesar de haber sufrido tanto, de su abandono, de los infortunios... de la miseria en la que había crecido, y aun cuando era un chico muy callado, cosa que por otra parte no tenía nada de extraño, también era obediente y amable, muy inteligente. Valerian estaba muy necesitado de cariño, clamaba por una normalidad en su corta vida que le hiciese olvidar un pasado triste y gris, y estaba decidida a ser ella quien le proporcionase un hogar. Elizabeth se proponía criarle y educarle, al igual que ya hiciera con Clarisse en su día... Sería una madre y haría que el chiquillo dejara atrás la amargura y los recuerdos más penosos. En cuanto terminara con su proyecto partirían los tres lejos de Francia, a Italia quizás... y empezarían de nuevo como una auténtica familia.

No obstante, aún no había llegado ese momento, y era preciso que centrara sus esfuerzos en alcanzar el éxito cuanto antes. Se hallaba tan cerca de apagar la llama de la venganza que impulsaba todos sus actos que casi no lograba dormir por las noches. Yacía tendida boca arriba en su lecho, imaginando el final del camino, saboreando de antemano el dulzor de la traición, del engaño, de la manipulación... cuando todo hubiese terminado. Habían transcurrido dos semanas desde que arribaran a Moulins y se habían establecido convenientemente, con total discreción. Calculaba que había

llegado el momento de dejarse ver más a menudo. Saldría a pasear, iría a la iglesia, llevaría una vida normal, acorde con una joven acomodada con un hermano pequeño a su cuidado. Asistiría al teatro, a la ópera, aunque sin arriesgarse demasiado... hasta que llegase el momento perfecto de actuar. Cuándo sería eso era una incógnita, dependía de las circunstancias y de su habilidad para embaucar. Por el momento todo marchaba a la perfección.

Elizabeth se puso un bonito sombrero sobre su peluca castaña y comprobó el resultado en el espejo que Clarisse sostenía delante de ella. A su espalda Valerian la observaba muy atento, sin hacer preguntas. Estaba ya preparado y aguardaba pacientemente a que ella terminara.

—Señorita, ¿necesitáis que os acompañe? —inquirió Clarisse solícita.

—No, Clarisse. Sólo vamos a dar un paseo. Es mejor que te quedes aquí.

—Como queráis, señorita.

—Bien, nos vamos. Valerian... —llamó Elizabeth extendiendo hacia él la mano con una dulce sonrisa.

El chico se acercó sin decir nada y puso su cálida mano infantil en la de ella.

—Recuerda, tu nombre es Gael Salazar —interpeló ella agachándose hasta colocarse a su altura—, y el mío Milena Salazar, pero si no te preguntan, no hace falta que digas nada, ¿de acuerdo?

—Sí señorita.

—Bueno, entonces todo está bien. Nos vamos Clarisse.

—¿Cuál es vuestro nombre de verdad, señorita?

Elizabeth le miró y esbozó una sonrisa enigmática. No se lo había dicho.

—De momento Milena Salazar. A su debido tiempo, te revelaré mi verdadero nombre, pero todavía no.

Valerian asintió conformándose enseguida. Si sentía curiosidad se guardó muy bien de demostrarlo. Elizabeth y él se marcharon, dejando a Clarisse a solas con sus ocupaciones. Abajo aguardaba una calesa tirada por dos caballos, cuyos servicios había alquilado durante un tiempo. Subieron a ella y Elizabeth ordenó al cochero que les llevara hacia la parte norte de la ciudad, donde podrían disfrutar de un agradable paseo por sus jardines. La mayoría de los ciudadanos de Moulins acudían allí para reunirse con sus amistades e intercambiar las últimas novedades, otorgando al lugar una gran animación. Hacía un bonito día. Aunque la temperatura era fría, no soplabla el viento y el sol endulzaba el ambiente, suavizando el rigor del invierno. Cuando el coche pasó por el puente de Régemortes Valerian volvió la cabeza hacia el bosque

donde había visto por última vez a su madre.

—¿La echas de menos, Gael? —nunca usaba su nombre real fuera del piso que había alquilado, por seguridad. En cuanto cruzaba la puerta de su casa era Milena Salazar, y él Gael, su hermano pequeño—. No te preocupes, yo cuidaré de ti, te lo prometo...

—No quiero volver a verla. La odio...

Elizabeth se sorprendió por la fuerza de aquellas palabras, pero le creyó, y en cierto modo le comprendía, porque aquella clase de odio era muy similar al que ella albergaba en su corazón.

—Vivirás conmigo y con Clarisse, Gael... —prometió ella rozando con una bella mano enguantada su barbilla—. No tendrás que volver con ella, no permitiré que vuelvas a sufrir como lo has hecho hasta ahora. Confía en mí.

Valerian la miró largamente, como si estuviese midiendo la verdad o mentira de sus promesas, no se fiaba de nadie. Luego volvió la atención hacia la rivera del río debajo del puente, hasta que lo dejaron tan atrás que ya no pudo verlo. Entonces clavó la vista en el suelo y no volvió a decir nada.

La calesa les dejó en el parque y cumpliendo las órdenes de Elizabeth se marchó al punto. No volvería hasta dentro de unas dos horas. La joven respiró profundamente, estudiando el panorama a su alrededor. Condujo a Valerian paseando despacio, como una dama más, ciudadana de Moulins, aunque observadora y atenta. Estudiaba con disimulo prodigioso a los transeúntes, damas y caballeros en general de clase acomodada, las calesas que pasaban, cada detalle era importante. Buscaba a alguien en concreto, pero al parecer aún no había llegado, o no era la ocasión propicia y tendría que posponerlo todo... Quizás esa persona en cuestión no solía acudir a aquella parte de la ciudad, aunque según sus informadores sí lo hacía, pero, ¿y si estaban equivocados?

Iba tan abstraída, tan concentrada, que de pronto tropezó con un caballero y su mujer, que paseaban plácidamente cogidos del brazo. Elizabeth se deshizo en excusas, lamentando haberle golpeado con el brazo, pero él pareció más divertido que enojado ante su timidez y admirado por su belleza se limitó a descubrirse ante ella desechando al punto cualquier intento por su parte de continuar pidiendo perdón. Mientras Valerian observaba todo algo cohibido, el caballero les sonrió amable y les deseó buen día mientras se alejaba con su esposa muy ufano y nada molesto. Elizabeth pronto olvidó aquel pequeño tropiezo y sujetando a Valerian de la mano continuó adelante. Entonces vio

que Jacques Valleix se acercaba de frente, bordeando una recargada fuente pública cuyos chorros se elevaban en grandes arcos intermitentes que fluían desde los cántaros de dos esculturas femeninas abrazadas entre sí. Apareció sonriente y decidido, caminando a grandes zancadas en su dirección, al parecer dispuesto a entablar conversación con ella, porque estaba claro que la había visto. Y Elizabeth se acordaba perfectamente de él.

—¡Señorita Salazar! ¡Ya había perdido la esperanza de volver a veros!

Elizabeth le sonrió y esperó a que él se aproximara lo suficiente. Al parecer sus informadores no habían errado después de todo... Estaba lista para dar el primer paso. Observó con interés la mirada intensa que el caballero le dedicó a Valerian y el evidente enrojecimiento de su semblante al hacerlo. El niño se pegó a ella instintivamente, buscando protección.

—Buenos días señor Valleix.

—Os acordáis de mí... Qué agradable sensación, creedme. Señorita... decidme, ¿me permitís acompañaros?

—Creo que esta vez no podré negarme, éste es un lugar público y no veo cómo impedir que caminéis por donde os plazca.

—¡Sois cruel! Nadie lo diría de una joven tan hermosa, crueldad y belleza no suelen ir parejas... —afirmó él ladeando la cabeza—. ¿Os sentís a gusto en Moulins? Convendréis en que es una ciudad hermosa.

—Estoy de acuerdo con vos, aunque no he tenido tiempo de visitarla toda. No he salido muy a menudo.

—Oh, lo siento... —se excusó él poniéndose de repente muy serio—. Debéis perdonarme, no os he preguntado... ¿Cómo os encontráis? Espero que poco a poco vayáis recuperando el ánimo...

Elizabeth asintió bajando los ojos.

—Lo que me lleva a preguntar... ¿no tenéis a nadie? Amigos, familiares... Me preguntaba cómo es posible que una joven como vos se vea obligada a cambiar de residencia junto a su hermano pequeño para vivir sola, lejos de su hogar. ¿Podrías aclararme esto? Ardo de curiosidad.

—No es asunto vuestro, desde luego... Pero en fin, la verdad es que no me importa contároslo. Os diré que no estoy tan sola. En realidad tengo un hermano, Edouard, que cuida de nosotros. Él vendrá más adelante. Moulins... es un buen lugar para cambiar, empezar de nuevo, lejos de recuerdos dolorosos. En fin, es una ciudad hermosa, tan buena como cualquier otra. Edouard está buscando una casa adecuada a nuestras necesidades, y cuando

la encuentre, la comprará y nos instalaremos en ella. ¿Satisface esto vuestra curiosidad, señor Valleix?

—Desde luego —sonrió él aclaradas las dudas. Aquella era una explicación sobradamente convincente—. Quizás pueda ayudarla en este asunto, me refiero, a que conozco bien las grandes propiedades de Moulins y de sus alrededores, y posiblemente pudiera poner a su hermano en contacto con las personas adecuadas, y acelerar su regreso a vuestro lado.

—No es necesario, aunque se lo agradezco.

—Está bien... —la tomó del brazo rozándola apenas con los dedos y se encaminaron los tres hacia un delicioso recorrido a través de floreados parterres cuyo colorido ensalzaba un cuidado estanque lleno de patos—. Quizás, si no es mucho el atrevimiento, y ya que no me permitís intervenir en vuestra elección de un nuevo hogar, podríais darme permiso para ser vuestro amigo y ofreceros algunas distracciones que os ayuden a superar tan tristes momentos. Cuando vuestro hermano regrese, no os reconocerá, puesto que me propongo borrar de vuestro rostro todo signo de tristeza.

—No me malinterpretéis, pero deseo que mi hermano me reconozca cuando vuelva —sonrió ella apoyándose en la valla de madera que bordeaba el estanque—. Lo siento, no deseo tales distracciones, al menos por el momento. Sé que vuestra intención no podría ser más noble, pero he de rehusar vuestra oferta. Comprendedlo...

Valerian se agachó y extendió su mano hacia los patos que nadaban cerca de la orilla.

—¡Cómo! ¿Me rechazáis así, sin más? —sonrió él con galantería. Parecía de buen humor, y nada dispuesto a retirarse fácilmente—. Sabed que no soy hombre fácil de disuadir. Sobre todo cuando la dama en cuestión es una señorita tan adorable...

—Ya lo veo.

—Me gustaría hacer algo más por vos... y por vuestro hermano, Gael —dijo de repente Valleix acariciando los cabellos ensortijados del pequeño. Valerian no se apartó, aunque deseaba hacerlo—. Permitidme tenderos la mano, os lo ruego, mis intenciones no pueden ser más honorables.

Elizabeth le dedicó una mirada estudiosamente tímida.

—Está bien, señor. No veo cómo podría negarme ante tanta franqueza y entusiasmo...

—¡Estupendo! —exclamó Valleix triunfalmente—. Dentro de dos días

acudiré al Teatro. Ofrecen una representación que promete ser maravillosa. Decidme que no os negaréis a acudir a actividad tan inocente. ¡Todo Moulins irá!

—El teatro es una de mis aficiones favoritas, al igual que la ópera. No me negaré.

—Consideraré esa respuesta como un sí, y la esperaré allí, señorita, para disfrutar de la representación en vuestra compañía. Será una excelente oportunidad de conocernos, y quizás así abriguéis una mejor opinión de mi persona.

—Creedme, no tengo ninguna opinión sobre vos, ni buena ni mala. Contentaos de momento con que recuerde vuestro nombre, Jacques Valleix. Él la miró sonriente todavía. Había logrado volver a verla antes de lo que pensaba y se anotaba el triunfo, que le acercaba un poco más a Gael. Pronto estaría visitando a la señorita Salazar asiduamente, y podría ver al chico con facilidad. Le conocería, le trataría... Suspiró encantado.

—Bien, entonces no la molesto más. Espero verla de nuevo, dentro de dos días, en el Teatro...

—Dos días no es mucho tiempo.

—Dos días pues... ¡Para mí serán eternos! —aseguró él apartándose con un gesto de resignación que estaba lejos de sentir—. Buenos días señorita Salazar... Gael...

Jacques Valleix se alejó al fin, y Valerian se levantó suspirando de alivio. Aquél hombre le inspiraba un terror desmedido, y sólo le toleraba cerca porque Elizabeth se lo había rogado, asegurándole que nada le sucedería. Ella también parecía contenta de que se hubiese ido.

—¿Por qué tenemos que ser sus amigos?

—No tenemos que serlo, Gael —contestó Elizabeth dándole la mano para pasear de nuevo en dirección contraria a la que el caballero había tomado—. Es sólo temporal, confía en mí. No se acercará demasiado, te lo prometo.

—Me da miedo, no me gusta ese hombre.

—Lo sé.

—Bien, me alegro. Si se me acerca le mataré.

Elizabeth se detuvo en seco, sorprendida de haber escuchado aquellas palabras de labios de un niño como Valerian. Al ver la expresión de sus ojos supo que no mentía, y no pudo dejar de preguntarse qué clase de vida habría llevado, qué cosas espantosas le habrían sucedido a lo largo de su corta vida

para proferir tal amenaza sin inmutarse. Apretó los labios y le obligó a mirarla, levantándole la barbilla con mano firme.

—Si se te acerca, yo misma le mataré, Gael —susurró con frialdad—. No tengas duda.

Valerian se abrazó a ella y hundió la carita entre sus falsos bucles castaños. Aspiró encantado su delicado perfume, olía a jazmín... Elizabeth le atrajo hacia sí y le estrechó con fuerza. Trataba de transmitirle seguridad. No era una experta en asuntos del corazón, no conocía la ternura, ni el amor... su corazón probablemente estaba tan malherido como el de Valerian, pero quizás ambos tenían una oportunidad para cambiar eso.

Capítulo 22

Volver a Lyon. Gael había imaginado que el regreso a casa sería diferente, que volverían con su padre, los cuatro juntos, Milena, Edouard, su padre y él... Desde luego nunca hubiera considerado que se encontraría solo con su hermana, con una taciturna Milena que apenas le prestaba atención. Además, él tampoco estaba de buen humor, porque de nuevo su padre se había esfumado, hecho que, después de todo, tampoco era tan raro... y porque su mente se distraía todo el tiempo con el recuerdo de Mireille... aquella niña encerrada en un triste pozo, allá en Beaune. Demasiado lejos. Recordaba su voz pidiéndole ayuda, su carita vuelta hacia él desde la profunda oscuridad de un pozo excavado en la tierra... Pensar en ella le atormentaba, se sentía culpable. La había dejado sola, a merced de un destino incierto y quizás terrible, a ella y a aquellos otros niños...

Después de una semana en Lyon había sido incapaz de comentarle nada a Milena, o a Rembrandt, cuya presencia en la casa era constante y con quien tenía suficiente confianza como para revelarles su secreto. Guardar tan celoso silencio acerca de aquel asunto estaba provocándole una ansiedad tan grande que empezaba a padecer las consecuencias. Estaba muy desmejorado, apenas comía, no salía a jugar, y debido a su mal humor se ganaba constantes reprimendas por parte de una desconcertada Muriel, quien no entendía qué le estaba ocurriendo. La doncella achacaba aquel súbito cambio a la ausencia de Edouard, o a la falta de su padre, y trataba de animarle cuanto le era posible. Sus esfuerzos sin embargo resultaban infructuosos por completo, y cada día se hacía más evidente que algo grave reconcomía al muchacho por dentro.

Muriel sabía, porque se lo había contado Estela, que se acercaba su cumpleaños, el lunes veinte de enero, una fecha normalmente muy esperada

por Gael. Adoraba los regalos, la celebración de ese día, festejarlo junto a sus hermanos... con su madre. La diferencia aquel año radicaba en que acababa de perder a su madre, y en cuanto a su padre... no contaba con él, ya que de todas formas nunca asistía a sus cumpleaños. De hecho, su silla solía estar vacía en casi todas las ocasiones especiales. Así que una desazón angustiosa robaba a Gael la alegría natural de un muchacho que cumple once años. A veces Muriel se compadecía de él, por haber perdido a su madre tan joven y por tener un padre tan desconsiderado...

Lo mismo opinaba él. Gael, a dos días de cumplir los once años, no esperaba gran cosa, aparte por supuesto, del regreso de Edouard... y de cierto regalo especial que éste último le había prometido el día antes de salir de Beaune. La perspectiva de que su hermano cumpliera tal promesa y se presentara con Pilgrim... era la nota feliz que de vez en cuando alejaba las sombras de su espíritu. Breve aunque intensa alegría.

La causa de que aquella pausa en su melancólico ánimo fuera tan corta era la preocupación: llevaba en Lyon una semana, y no había hecho nada respecto a los niños del pozo.

Sentado en el hueco de la ventana veía llover, oía el repiqueteo del agua al golpear el suelo y los cristales; notaba cómo transcurría el tiempo a su alrededor, lentamente... y continuaba debatiéndose en la indecisión. Era consciente de que los días iban transcurriendo inexorables, pausados y monótonos para él... decisivos y quizás espantosos para Mireille. Mientras él estaba allí sentado, viendo llover, ella bien podía estar muerta o a punto de morir, o sufriendo lo indecible. Todo porque él no encontraba el valor suficiente para contárselo a alguien con capacidad para hacer "algo". Gael no cesaba de cavilar, dando vueltas y más vueltas al mismo asunto, sin acertar a levantarse y simplemente acudir a su hermana, por ejemplo. Parecía tan fácil... Pero no lo era. Porque hablar con Milena significaba revelar que desobedeciendo deliberadamente se había escabullido de casa para ir al bosque, solo, y de noche. Confesarlo equivalía a ser castigado, y sin lugar a dudas el hecho de que Milena estuviera al corriente de sus correrías nocturnas implicaba que Edouard lo estaría también en cuanto volviera de Beaune, y entonces... adiós a Pilgrim. ¿Qué hacer entonces? No era que Gael apreciara más el valor de un caballo que la vida de una chiquilla... Por otra parte no la conocía de nada, pero...

De repente se levantó. Si para ayudar a Mireille debía perder a Pilgrim, así

sería. Cruzó la sala resuelto a hablar, subió las escaleras hasta la segunda planta y se dirigió a la puerta de la alcoba de Milena. Se detuvo un instante en el umbral, mordiéndose los labios, con la mano levantada sin llegar a tocar la puerta.

—Pero ¿qué hago... —tenía miedo, sólo faltaban dos días para su cumpleaños, ¿qué podían importar dos días más o menos? Podía esperar y contarlo todo después...

Llamó con tres golpes secos. En el fondo esperaba que nadie contestara, que su hermana estuviese dormida o que simplemente hubiera salido, circunstancias que a todas luces le exonerarían de toda responsabilidad. Sin embargo estaba claro que nada de eso iba a ocurrir. Quizás no había sido casualidad que fuera él quien encontrara el pozo, ¿y si ése era su destino? ¿Podía él eludirlo, darle la espalda? Pronto tuvo que asumir su implicación en aquel embrollo, predestinada o no, porque Milena le invitó a pasar casi al instante. Abrió despacio y se asomó.

La muchacha estaba sentada en una butaca, cerca de la ventana, con un libro entre las manos. Su semblante serio denotaba que no estaba de buen humor, y el estómago de Gael se encogió dolorosamente.

—Hola Milena...

—Gael... ¿te pasa algo? —dejó el libro a un lado, sobre una mesita—, tienes mala cara. Pasa, no te quedes ahí...

Gael obedeció. Cerró la puerta a su espalda y se acercó a su hermana, eso sí, sin mirarla directamente a los ojos.

—Gael, ¿qué tienes? —insistió Milena—. ¿Te aburres?

—Sí.

Milena soltó un sonoro suspiro y se levantó, dándole la espalda. Cruzada de brazos, parecía abstraída y distante, lo que animó a Gael a decir algo más.

—Milena, ¿qué harías tú si supieras algo muy importante... pero peligroso? Quiero decir, si supieras que hay alguien que necesita tu ayuda...

Ella no contestó. Su mente había volado lejos, y en aquél momento estaba claro que no le prestaba la menor atención.

—Milena...

—¿Qué? Perdona... no te había oído, ¿qué decías?

—El otro día, antes de venir a casa, encontré un pozo en el bosque.

—¿Qué? ¿Cuándo? —ahora sí le prestaba atención.

—El día anterior... Estaba...

—Pero si estuviste todo el día en casa, ¿cómo pudiste ir al bosque?

—Eso no importa, porque lo que pasa es que...

—¿No? ¿Cómo que no importa? —le interrumpió de nuevo disgustada—. ¿Cuándo fuiste al bosque?

—¡Eso da igual! ¡Te digo que encontré un pozo! —¿Por qué se estaba complicando tanto algo tan sencillo de contar?, ¿por qué Milena se empeñaba en fijarse en detalles sin importancia y no le dejaba hablar?

—¿Fuiste tú solo?

—Sí, pero no pasa nada por eso, vi a una niña, estaba encerrada allí...

—¿Solo? ¿Pero en qué estabas pensando? ¿Cuándo, de noche? —estaba enfadándose, o más bien pagando con él su propio malestar.

—Sí, allí había una niña, Mireille...

—¿De qué hablas?

—...y estaba encerrada, creo que la tienen a la fuerza o algo parecido, porque después vi cómo llevaban metidos en una jaula a unos cuantos niños más...

—¡Gael! —ahora sí que estaba enfadada. Ya no le escucharía más, cuando Milena se ponía así ya no valía la pena seguir hablando. Era como si cerrara los oídos y las palabras se perdieran en su ofuscación—. ¿Cómo se te ocurrió irte de noche, con la nevada que había caído, tú solo, al bosque? Y encima te excusas contándome una sarta de mentiras... Podrías al menos reconocer tu culpa sin intentar engañarme, ¿no?

—¿Y qué necesidad tendría de contártelo entonces? ¿Por qué iba a confesar que me fui solo al bosque sino es por una razón de peso? Podría callarme y nunca te enterarías, ¿no?

—¿Por qué se acerca tu cumpleaños y temes que pueda enterarme por terceros, por ejemplo?

Gael enmudeció. Entonces, sorprendentemente, Milena se agachó junto a él y le abrazó, algo que no se esperaba. Aquella reacción le cogió desprevenido.

—Oye... No quiero enfadarme, ¿sabes? —susurró ella en su oído besándole en la mejilla—. Sé que no lo estás pasando muy bien, como yo... Primero mamá... Ahora papá se ha vuelto a ir... Y Edouard no está... ¿Crees que no sé lo que te pasa? No estoy ciega.

—No es eso Milena...

—Chsss... Mira, pasado mañana es tu cumpleaños, por esta vez no voy a decir nada, pasaremos por alto tus aventuras nocturnas —continuó suavemente. Sus ojos se clavaron en él y por un momento le recordó tanto a

su madre... Recuerdos más felices acudieron en tropel a su mente y agitaron sentimientos que hasta entonces había logrado arrinconar. La realidad de haber perdido a su madre regresó con ímpetu demoledor y las lágrimas se agolparon sin remedio en sus ojos. Un nudo terriblemente doloroso ahogó su voz, pugnando por desatarse en llanto—. Pero te pido que por favor... no vuelvas a hacer nada parecido... ¿me lo prometes? Cariño... Prométemelo...

No podía hablar, porque si lo hacía el nudo se desharía y se echaría a llorar. No quería hacerlo, se había prometido a sí mismo ser fuerte, como Edouard. En cambio substituyó la pena con el deleite del asombroso parecido de Milena con su madre, sus mismos ojos, su cabello, su piel, su voz... Era como tenerla de nuevo a su lado. Todo en ella revelaba la misma esencia, el mismo espíritu, la ternura con que le miraba, la preocupación...

—¿Por qué no le dices a Muriel que te prepare algo de cenar? —pero era Milena, su hermana—. Se hace tarde, yo bajaré dentro de un rato y buscaremos algo en qué entretenernos.

—Está bien... —murmuró él cabizbajo.

Cuando ya estaba a punto de salir, Milena le retuvo. —Mentías sobre esa niña, ¿verdad?

Gael se volvió. Sabía que Milena no quería saber la verdad, se había equivocado al contárselo a ella. Sencillamente no era la persona adecuada.

—No...

—Ahora bajo —prometió ella sonriéndole—, ve pensando qué quieres hacer. Gael salió y cerró la puerta. Acababa de fracasar estrepitosamente. Cuando al fin se decidía a hablar, no le escuchaban, ¿podía haber mayor despropósito?

El veinte de enero amaneció gris, plomizo, frío, pesado y neblinoso. Un día tan oscuro como el ánimo de Gael. Lo peor de todo no era la climatología, sino que Edouard aún no había vuelto de Beaune, que no habían tenido noticias del paradero de su padre, y que continuaba sin encontrar a nadie que quisiera escucharle. Era el único depositario de una verdad que de no hacer algo podía tener un final bien triste... Y él sería el culpable.

Se encontraba tan desanimado que a las diez de la mañana aún no se había levantado. Se obstinaba en permanecer entre las sábanas hecho un ovillo, como si así fuese a eludir la dura realidad que tanto le atormentaba. Cerraba los ojos envuelto por el calor protector que su cuerpo emanaba, negándose a

aceptar la situación. No quería saber que Edouard no estaba, no quería bajar y que Milena le diera cualquier excusa, no quería enfrentarse a su nueva vida, porque no le gustaba lo que le depararía. En aquel cuadro faltaban varios personajes importantes, y si no iban a estar allí, él tampoco quería estarlo... ¿Qué tenía que celebrar?

Oyó que Muriel entraba en la estancia. Ella tampoco le había creído cuando desesperado recurrió a ella creyendo que era su amiga y que le comprendería mejor que Milena. Le había escuchado, del principio al final, pero al terminar, se había limitado a sonreír. Luego, para su congoja, le había reprendido porque se aprovechaba de sus despistes para escabullirse cada vez que le apetecía. Le echó en cara que utilizara su imaginación para adornar lo que no era otra cosa que una descarada escapada a sus expensas. Según ella, se había aprovechado de su amistad para engañarla y utilizaba la confianza que había crecido entre ambos para su propio beneficio. A Gael le había dolido que ella creyera que se aprovechaba. Muriel había acabado asegurándole que no iba a volver a caer en sus trampas, y que a partir de entonces se habían terminado esos despistes por su parte. Iba a poner todo su empeño en cumplir estrictamente sus funciones, y aun cuando no por ello dejaría de prodigarle su afecto, que era real y sincero, erraba si creía que le brindaría nuevas oportunidades para escabullirse sin permiso. Ahí había terminado todo.

Gael no se movió. La escuchaba moverse por la habitación, recogiendo, como cada día... Visualizaba sus gestos, su mecánica forma de recoger mientras tarareaba por lo bajo alguna cancioncilla inventada e irreconocible, y su expresión ausente. Muriel era una romántica incurable, pasaba horas soñando, imaginando historias en su alocada cabeza, y aquella capacidad para evadirse era la que le permitía sobrellevar su condición de doncella sin recursos. A su vez la ventaja de poseer una mente tan creativa también era la causa de sus continuos olvidos y de su especial naturaleza distraída que tan bien le solía venir. Apreciaba a Muriel. Era su mejor amiga, su confidente, comprensiva y atenta. ¿Por qué no le había hecho caso?

—Jovencito, ¡es hora de levantarse! —Muriel retiró las sábanas de un golpe y le dejó desprotegido por completo—. Es vuestro cumpleaños, ¡Gael! ¡Felicidades!

Muriel sonrió abiertamente e inclinándose sobre él le besó efusivamente, abrazándole con ternura. No tardó ni diez segundos en deshacer el muro de

indiferencia con que el chico se había propuesto recibir cualquier clase de carantoña. Ella era demasiado dulce para perseverar en una actitud tan fría y distante, y a pesar de sus desafortunadas circunstancias, Gael necesitaba aquellas muestras de cariño. Echaba de menos a su madre, y el recuerdo de ella en sus cumpleaños se impuso en su corazón y deseó que Muriel fuera ella. Se enterró con los ojos cerrados en su abrazo, agradecido por tenerla cerca. Olía a mandarinas.

—Vamos, vamos... —murmuró ella en su oído—. ¡Ya tenéis once años! Nada menos... Os hemos preparado un desayuno muy especial, señor. Me atrevería a deciros que os esperan abajo... ¿Qué tal si os ayudo a vestiros?

—Abajo estarán Milena y Rembrandt...

—¿Y eso no os alegra? —le recriminó Muriel ayudándole a quitarse la ropa de dormir.

—No es eso.

—Sé lo que os pasa. Pero ella os ve desde el cielo, os lo aseguro.

—Yo no creo en eso —afirmó Gael muy serio—. Qué tontería...

—¿Cómo se os ocurre decir tal cosa? Más vale que recapacitéis. Estáis enfadado, y eso os hace decir tales barbaridades...

Gael no se defendió. No tenía ganas. Se vistió dejándose ayudar, aunque ya era mayor para hacerlo solo. Sonrió por no hacerle un feo a Muriel. Trataba de aparentar un estado de ánimo más alegre. Fingiría para contentar a todos.

En el comedor le aguardaban desde luego Milena y Rembrandt, tal y como él ya había vaticinado. Ni rastro de Edouard.

Su hermana le abrazó largamente, cubriéndole de besos, y Rembrandt también le estrechó entre sus gruesos brazos, sinceramente emocionado, contento de estar presente el día de su cumpleaños. Tampoco a él había querido contarle nada... Rembrandt más que nadie se empeñaba en no dejarle salir solo, y se sentiría muy ofendido y dolido si le contaba el modo en que le había estado desobedeciendo... Hasta Estela y Rafael se acercaron para felicitarle. Sobre la mesa había todo tipo de dulces, zumos, y un pequeño pastel hecho exclusivamente para él, de chocolate. Lo contempló todo embargado por una extraña mezcla de ternura, alegría y melancólica añoranza, deseoso de corresponder aquellas muestras de cariño como se merecían, a pesar de su desilusión por no ver a Edouard, por echar en falta a su madre... por no tener a su padre allí... una vez más.

Se sentó con los demás a la mesa y desayunó con ellos, más contento que

antes. Milena estaba especialmente atenta, le sonreía constantemente, se dirigía a él con cariño y le prodigaba toda clase de gestos tiernos. Ella siempre había sido muy buena, la quería con locura, y aunque últimamente estaba muy distante comprendía que sufría tanto como él, lo que hacía muy de agradecer aquel cambio de actitud. Por otra parte Milena se parecía tanto a su madre que en parte lograba hacerle olvidar su ausencia.

El relincho de un caballo resonó con fuerza en el exterior y Gael dio un respingo en su silla.

—¡Es Edouard! —exclamó corriendo hacia la ventana para poder ver si de verdad se trataba de él.

—Gael, espera...

Milena se unió a él y juntos se asomaron, abriendo la ventana y mirando hacia abajo.

—¡Hola! —allí estaba, sonriente, mientras le entregaba su montura a Rafael—. ¿Creías que me había olvidado de tu cumpleaños?

—¡Edouard! ¿Dónde estabas?

—Creíamos que no llegarías a tiempo —le sonrió Milena—. ¿Vienes solo?

—Esperadme, ahora subo...

Milena y Gael se retiraron de la ventana y regresaron al comedor para recibir a su hermano. Los dos temblaban nerviosos y emocionados después de tantas dudas y el temor de que Edouard no fuera a presentarse. Le oyeron subir y cuando al fin apareció en la puerta se abalanzaron hacia él llenos de entusiasmo. El abrazo en el que se fundieron fue largo y sentido. Edouard olía a cuero y a caballo, a campo, lluvia, a frío invernal, y a su particular perfume, tan familiar.

—¿Dónde estabas? —protestó Gael sin querer soltarle.

—Ocupado, pero no lo suficiente como para perderme el cumpleaños de mi querido hermano —aseguró él muy serio—. Eso nunca, lo sabes, ¿verdad?

—¡Claro que lo sabe! —exclamó Milena besándole en la mejilla, tan contenta de tenerle de nuevo cerca que apenas lograba respirar con normalidad—. Temíamos que llegaras tarde, o que te hubiese pasado algo, eso es todo.

—No, estoy bien. ¡Pero sentémonos a desayunar! ¡Rembrandt! —Se dirigió a él reparando de repente en su presencia—. ¡Me alegro mucho de veros! Caramba...

—Yo también me alegro de veros... Aún queda algo que podáis desayunar, sentaos a la mesa, llegáis a tiempo.

Un millar de preguntas se derramaron sobre el joven. Todos querían saber dónde había estado y qué le había mantenido alejado tanto tiempo. Milena no dejaba de preguntarle por qué había vuelto solo. Al principio Edouard creyó que se refería a la evidente ausencia de su padre, pero al cabo de un rato de insistentes alusiones a aquel punto cayó en la cuenta de que su hermana se refería al caballero Bousquet. Al parecer ella había esperado que él le acompañara a su regreso a Lyon y acababa de llevarse una gran decepción apenas mal disimulada. Les explicó, después de que hubieron recuperado la calma, que había estado buscando a su padre, aunque sin éxito. Dirigiéndose a Milena hizo mención al cielo con que Bousquet le había ayudado en todo momento, recalcando que se había quedado en Beaune para continuar investigando, y que aunque hubiese querido visitarles había juzgado más conveniente quedarse... por si así lograba ayudarles en algo. Milena pareció conformarse, aunque le escuchó cabizbaja y levemente pálida. A Edouard no le importó que Gael lo oyera todo, porque era consciente de que el chico necesitaba saber por qué su padre volvía a olvidarse de él en un día tan especial. Lamentó no tener noticias mejores, en ningún sentido, ser mensajero de una realidad tan decepcionante, pero suavizando cuanto pudo sus palabras al hablar, les hizo saber que no debían esperar de él nada en el futuro.

No obstante, debía relegar a otro momento más oportuno aquél asunto y conseguir animar a sus hermanos por encima de todo. En ello centró todo su empeño, en alegrar el desayuno y en celebrar el día de Gael. Era consciente de la desazón que enturbiaba el ambiente y procuró brindarles su entereza, su temple y su buen carácter para alejar los fantasmas de aquella mañana de enero. Levantó su vaso y propuso un deseo, o más bien una promesa. Juntos saldrían adelante, formarían una familia unida y esperanzada, mirarían adelante, hacia un futuro mejor, y él pondría todo de su parte para que así fuera. Nadie dudaba de ello. Luego, velado el rostro por una expresión extraña, cogió a Gael de la mano y sin darle tiempo para pensar se lo llevó fuera, haciéndole un curioso gesto a Milena para que les siguiera.

Mientras bajaban las escaleras, le tapó los ojos con su mano grande y cálida, obligándole a caminar a ciegas hasta salir de la casa. Una vez allí le pidió que contara hasta diez muy despacio, y cuando lo hubo hecho, por fin, le soltó.

Gael abrió los ojos y miró, sin aliento. Situado de pie entre Milena y Edouard, temblando de excitación, clavó sus desorbitados ojos en Pilgrim. Allí estaba, tal y como Edouard se lo había prometido, portentoso, orgulloso,

con su brillante pelo negro, su poderoso pecho, sus grandes patas, sus largas crines rizadas... Y su maravillosa mirada, desafiante y segura, fija en él. No pudo contenerse, fue tal la alegría que dominó su corazón que se lanzó corriendo hacia el caballo y cuando éste bufó suavemente, estirando el morro hacia él, tomó su cabeza y se abrazó a su cuello, frotando con dulzura su frente y sus belfos suaves.

—Pilgrim... —susurró extasiado, llorando.

—Ahí lo tienes... —Edouard veía la felicidad de su hermano y no se arrepentía de haberle robado aquel caballo a su padre—. Ese animal parece hecho para Gael...

—¿Cómo conseguiste que papá te lo diera? ¿No dices que no le has encontrado?

—No le he pedido permiso, Milena. Pilgrim es ahora de Gael, que venga a reclamarlo si se atreve, ¿no crees?

Milena enmudeció. Su hermano hablaba muy en serio. Se cogió de su brazo y se apretó contra él, apoyando la cabeza en su hombro. Después de todo Gael iba a disfrutar de un buen día de cumpleaños...

En efecto, Gael jamás habría soñado que el caballo más hermoso del mundo fuese a ser suyo, que Pilgrim, el noble Pilgrim, con quien se sentía tan compenetrado, fuese a pertenecerle algún día. Hasta que Edouard se lo regalara sólo se había atrevido a imaginarlo, desechando enseguida pensar en ello por temor a destruir la posibilidad de que tal cosa llegara a suceder de verdad. Y ahora estaba allí, en las cuadras, entre los demás caballos, junto a Elliot, el alazán de su hermano. Estaba tan embriagado de dicha que no cesaba de acudir a las caballerizas, iba y venía, tantas veces el mismo día que incluso los mozos encargados de cuidar de los caballos empezaban a impacientarse. Se reían cuando le veían aparecer, e intercambiaban bromas entre ellos a su costa, aunque sin mala intención. Conocían a Gael desde que había nacido, y sabían que sentía un desmedido amor por los caballos. Pilgrim era un sueño hecho realidad.

Hacía muy mal tiempo para poder salir a montar, así que Gael veía frenado su ímpetu por cabalgar y debía contentarse con pasar todo el tiempo posible junto a Pilgrim. Él personalmente se ocupaba de mantener limpia su cama, cambiándole la paja a diario, de llenar su comedero, de cepillarle... Cualquier cosa con tal de permanecer más tiempo cerca.

Fue así como le encontró Edouard una tarde, ocupado en cepillarle. Se

aproximó a él tan silenciosamente que le sobresaltó cuando le puso una mano en el hombro.

—Me han dicho que estabas aquí...

—¡Me has asustado!

—Perdona.

—No, es igual.

—Parece contento de estar aquí —dijo Edouard mirando a Pilgrim—, ¿no crees?

—Sí, está tan contento como yo —sonrió su hermano convencido—, estoy seguro.

—Me alegro Gael.

—Edouard, nunca podré agradecerte lo suficiente que me hayas traído a Pilgrim... Sé que no ha sido cosa de papá. ¿Cómo podría serlo? Él ni siquiera se acordó de que era mi cumpleaños. Nunca lo hace...

—No le des demasiadas vueltas, no merece la pena. Por mi parte me doy por satisfecho viéndote tan feliz.

Gael dejó el cepillo y se volvió hacia su hermano con el semblante muy serio. Detrás suyo Pilgrim sacudió la cabeza y comenzó a olisquearle la nuca suavemente. Dudó unos instantes, porque aquella tarde, mientras se distraía cuidando de su caballo, no había cesado de pensar en su secreto, en aquella niña, Mireille, allá sola, en el fondo de un pozo oscuro... Ya no podía más, y al ver a Edouard a su lado, había llegado a la conclusión de que se le acababa de presentar una buena ocasión para liberarse. Se preguntaba si su hermano le haría caso o se comportaría como Milena, como Muriel... No, él era diferente, siempre le escuchaba, fuera lo que fuera lo que él dijera, aunque fueran tonterías. Para Edouard cada palabra suya era importante.

—¿Me escucharás si te cuento algo... sin enfadarte?

Edouard sopesó las palabras de su hermano. Desde su regreso le había notado muy raro, alicaído, incluso después de su cumpleaños, a pesar de Pilgrim. Milena le había contado que estaba extraño, taciturno... Dadas las circunstancias, se sentía inclinado a asumir cualquier cosa que el chiquillo pudiera contarle, por muy descabellada que fuese. Además, habían sucedido tantas cosas en los últimos meses que prefería saber a qué atenerse con Gael, antes de que, por temor, se las ocultara. El mundo a su alrededor parecía sumido en un tremendo caos, los problemas de familia, la muerte de su madre... La gente en general parecía desconfiar de los demás, las intrigas

crecían en todas partes, muchas personas estaban siendo detenidas, atestaban las cárceles acusadas de traición... Y Edouard temía que su padre pudiera estar involucrado en cualquiera de aquellas intrigas, acercando el peligro que acechaba en toda Francia a su familia, a su hogar... Por lo que él sabía, era muy capaz de haberse convertido en un intrigante, por dinero, antes que por convicciones políticas, de eso estaba seguro... Bousquet y él habían estado hablando de aquella posibilidad largo y tendido. El caballero le había hecho ver que algo así podría suceder, y un frío nudo atenazaba su estómago al considerarlo, porque si Grégoire Dubois llegaba a atraer la atención sobre su persona debido a sus sucios negocios, pondría en peligro a su familia. Así las cosas, Edouard miró a su hermano con aire benévolo, y acariciando a Pilgrim se dirigió a él sonriendo.

—¿Cuándo has dejado de confiar en mí? Siempre te he escuchado. Te prometo no enfadarme.

—Es que se lo conté a Milena, y no quiso hacerme caso, luego se lo dije a Muriel, y ella tampoco me tomó en serio...

—¿Así que soy el último a quien recurre?

—¡Tú no estabas! —protestó Gael haciendo un mohín.

—Es cierto... No estaba, así que quedas disculpado.

Gael bajó la cabeza pensativo. No se atrevía a revelar lo que sabía, y no encontraba el modo de empezar a relatarlo.

—¿Te ha sucedido algo? —interrogó Edouard al ver que no hablaba. A su mente acudieron las palabras de Rembrandt, cuando le había advertido una y otra vez acerca del peligro que podía correr Gael—. Gael, ¿te ha sucedido algo que deba saber?

—No a mí...

—¿Entonces a quién? —suspiró aliviado.

Al fin el chico se envalentonó, y mientras se apoyaba en la grupa de Pilgrim, le contó a Edouard, de principio a fin, lo ocurrido desde que encontrara el pozo del bosque, allá en Beaune. Confesó su escapada, le habló de Mireille, y de los otros niños enjaulados, del albergue, de los extraños hombres que lo custodiaban... No omitió detalle alguno, y mientras su hermano le escuchaba atónito, sintió cómo se liberaba de una pesada carga. Estaba seguro de que Edouard le prestaba la máxima atención. Él le creía, y le ayudaría. Al cabo terminó, y agotado, como si se hubiera vaciado por dentro, enmudeció. Un prolongado silencio se estableció entre los dos. Gael estudiaba la reacción de

su hermano ansiosamente.

Éste, sabiéndose observado, procuraba asimilar lo que había oído, prescindiendo de los detalles más insignificantes y atendiendo al auténtico problema que su hermano había tratado de transmitirle. Fuera del sinfín de disculpas por haberse escabullido sin permiso, por haber tardado tanto en contárselo, le estaba hablando del extraño encierro de una niña en una especie de celda hundida en la tierra... precisamente en la finca de su padre.

—¿Dónde dices que se encuentra ese pozo exactamente?

—¿Me crees?! —exclamó Gael entusiasmado.

—¿Por qué no? ¿Por qué ibas a inventarte todo eso? Ahora dime, ¿dónde está ese pozo?

—En el bosque —Gael no cabía en sí de la emoción—, en la vaguada que hay siguiendo el sendero que parte desde la parte de atrás de la casa de papá.

—Qué extraño. Y ese albergue, ¿cómo puede estar tan cerca y no haberlo visto, ni oído hablar de él? ¿Por qué papá nunca lo mencionó? Esos bosques le pertenecen...

—¿Vamos a hacer algo? Mireille podría es...

—Yo haré algo, tú sólo... esperarás a que haga algunas averiguaciones...

Edouard sopesaba la posibilidad de enviarle una nota urgente a Bousquet para que se acercara por allí y tratara de confirmarle aquella historia. Le escamaba que hubiese un albergue así a tan escasa distancia de la casa de su padre y que él nunca hubiese sabido de su existencia, o que su padre jamás se la hubiese mencionado. Gael no solía mentir, así que había algo de cierto en su relato, pero poseía una mente vivaz y quizás impulsado por su desmesurada imaginación había malinterpretado lo que había visto, adornando lo ocurrido... Necesitaba contrastar aquella historia, separar la imaginación de lo real, para saber si debía hacer algo o no. Bousquet era una buena solución a aquel nuevo embrollo, pero temía abusar de su confianza y amistad. Bastante estaba haciendo ya por ellos, agobiarle además con historias de pozos ocultos y albergues clandestinos podría ser contraproducente.

—Gael, escúchame —decidió al fin apoyando sus manos en los hombros del chiquillo—, haré algunas averiguaciones, y tomaré una decisión. Mientras tanto, no hables con nadie más de este asunto, hasta que yo te diga algo.

—Eso no será difícil, de todas formas nadie me cree... Milena piensa que estoy triste y Muriel que me quiero aprovechar de ella... No me escucharían.

—Bueno, de todos modos, mejor dejar esta historia entre nosotros dos de

momento —Gael le abrazó agradecido—. Cuando averigüe algo, te lo haré saber.

—Gracias Edouard...

—Atiéndeme Gael —Edouard le apartó, confiriendo a sus gestos una seriedad grave para que el chico se diera cuenta de la importancia de sus palabras—. Espero que sea la última vez que te escapas, que desobedeces, sea cual sea el motivo. No volverás a hacerlo.

—Lo siento...

—No lo sientas tanto y obedece. Es por tu bien...

A pesar de lo mucho que Edouard deseaba permanecer en Lyon junto a Milena y Gael, tenía un compromiso que cumplir, y ya empezaba a retrasarse. Florian Bousquet le esperaba desde hacía dos días en su casa de Beaune. Antes de regresar habían acordado volver a encontrarse en cuestión de una semana a lo sumo, y habían transcurrido diez días. Ya no podía retrasar más su partida, por doloroso que le resultara. El motivo de tanta prisa estribaba en el razonamiento que Bousquet le había estado exponiendo los últimos días. Para él empezaba a estar claro que Dubois se hallaba involucrado en alguna clase de intriga, y trataba de convencer a Edouard de la necesidad de encontrarle antes de que algo realmente grave llegara a suceder. Y ahora una nueva incógnita se sumaba a todas las demás.

El relato de Gael acerca de un misterioso albergue donde al parecer había niños retenidos contra su voluntad... Un albergue emplazado en medio de un bosque propiedad de su padre, tan cerca de la casa, sin que éste hubiese hecho mención alguna al respecto jamás. Edouard maleaba aquella inusitada noticia, vapuleando los mil y un significados que se le ocurrían atribuirle, otorgábale ora un tinte siniestro, ora casual... siempre controvertido. Tendría que volver a Beaune, reunirse allí con Bousquet, y juntos intentar llegar al final del hilo, fuera lo que fuera lo que hubiese en el otro extremo.

Asumida tan firme decisión anunció a sus hermanos que se iba por un tiempo indefinido, hasta que obtuviera alguna respuesta acerca de su padre. Primero se lo comunicó a Gael, explicándole que de paso investigaría el asunto del pozo, lo cual pareció mitigar la pena del muchacho. Luego habló con Milena durante su asistencia a la Ópera, en el segundo acto. Cuando salieron a descansar le explicó que se había citado con Bousquet y que se hacía necesario partir inmediatamente, pues se estaba retrasando. Para su sorpresa, Milena no se opuso, no trató de retenerle, ni se mostró compungida y

molesta. Muy al contrario, ella le dio a entender que estaba muy orgullosa de cuanto estaba haciendo por ellos, que le admiraba por su entrega y su perseverancia, y al señor Bousquet por su empeño en ayudarles. Según le hizo ver, estarían bien; ella y Gael se quedarían en Lyon, después de todo contaban con la inestimable compañía de Rembrandt, y aunque tenía la esperanza de que Edouard no tardara en volver definitivamente, le esperarían con paciencia el tiempo que hiciera falta. Edouard se sintió en extremo agradecido, pues realmente necesitaba hacer aquellas pesquisas. Su instinto le advertía del peligro. Un peligro incierto, oculto entre las sombras de su desconocimiento, sin nombre ni forma, pero real.

Así las cosas, al día siguiente partió de nuevo, dejando a Milena y a Gael aún acostados. Amanecía cuando tomó la carretera hacia Beaune. Sus dos hermanos, al cabo de unas horas, al levantarse, descubrieron que él ya no estaba, pero no se inquietaron porque sabían muy bien a dónde había ido. Confiaban en él ciegamente.

Milena encontró una breve nota sobre una bandeja en la mesa del recibidor. Iba dirigida a ella. Era de Edouard, se despedía con dulzura, prometiendo noticias periódicas y un regreso temprano, y le rogaba que cuidara en especial de Gael, que no se apartara de su lado y no le perdiera de vista, al menos hasta que todo se hubiera aclarado. Al final, para su sorpresa, había escrito algo que la hizo enrojecer.

Aludía al caballero Bousquet, prometiéndole que intentaría regresar con él, pues entendía que a ella le haría muy feliz volver a verle. No decía nada más, pero era suficiente para que Milena se echara a temblar y se maldijera a sí misma por ser tan transparente para su hermano. No podía ocultarle nada y su desilusión al ver que llegaba a Lyon solo había sido tan evidente, que sin duda él había adivinado lo que pasaba por su mente.

Milena guardó aquella nota con especial cuidado entre sus cosas, aunque en concreto era aquella última frase, la que aludía a Bousquet, la que le intimidaba con más notoriedad. Porque al haberla escrito su hermano volvía real lo que hasta entonces sólo había estado en su imaginación, porque ni ella misma sabía lo que sentía, se debatía entre la razón y el sentimiento, entre sus principios, que la apartaban del matrimonio y del amor, de un futuro anticipado por la costumbre, y el corazón, que no entendía de proyectos ni de ideales y tendía a confundirla con una intensidad descorazonadora. Al hecho de que no deseaba dejarse llevar por aquel tropel de sentimientos se unía la

certeza de que no quería casarse, ser esposa y madre y cumplir así con el deber de una mujer de su época. La rebeldía se revolvía en ella con violencia, amargando el dulce clamor que emanaba de lo más profundo de su corazón... y para terminar de envenenar la ternura de sus pensamientos hacia Bousquet estaba la incertidumbre. Porque no podía estar segura de él. Después de todo, muy probablemente él no pensaba en ella, o al menos, no de la misma forma, y ése era el peor tormento. Así vivía Milena su regreso a Lyon, en una mezcla de desazón y melancolía, presa de la agitación, de la añoranza, incapaz de poner orden en su mundo interior, incapaz de sobreponerse, de ir hacia delante o hacia atrás... Sólo sabía sentarse cerca de la ventana y aguardar a que algo sucediera, algo que la obligara a moverse en alguna dirección. Ni Rembrandt, ni Gael, ni las renovadas visitas de su amiga la señorita Verreault, a quien hacía tiempo que no veía, lograron sacarla de aquella actitud tan extraña en ella.

Desde su partida, Edouard empezó a escribirles con regularidad, explicándoles los pasos que estaba dando, contándoles cada nuevo descubrimiento, si había logrado acercarse un poco más a su padre... Y Milena esperaba aquellas cartas con ansiedad creciente, pues en ellas solía referirse a Bousquet con frecuencia. A través de su hermano Milena estaba descubriendo más del carácter de aquel hombre que si le hubiese tenido a su lado, y sorprendida encontraba que Bousquet no sólo sabía ser galante, como ya le había demostrado durante su estancia en Beaune, sino que estaba dotado de no pocas cualidades, como la cordura, el temple, lealtad, perseverancia, inteligencia... Todas ellas se adivinaban por el apoyo que estaba brindando a Edouard incondicionalmente, volcándose en su amigo con todo el ímpetu de su juventud y su honor, y por las palabras de Edouard acerca de él, de las que se desprendía el buen juicio que el joven tenía del caballero. Sin embargo, en ninguna de las cartas hablaba Edouard de un pronto regreso, ni le mandaba mensaje alguno de parte de Bousquet, no había alusión alguna a un posible interés por su parte en saber de ella, y aquel silencio la ahogaba en un mar de incertidumbre. Al fin, rindiéndose al evidente olvido al que Bousquet la había relegado, decidió dejar de luchar y tomar partido por la renuncia. Y puesto que ella precisamente siempre había defendido su soltería, renegando del matrimonio y del amor, no quiso doblegarse al dolor y se convenció a sí misma de que en realidad Bousquet jamás se había interesado por ella, ni ella en él. Al menos no tanto como para perder la cabeza y sufrir desvelos. Sólo

había sido un mal pasajero y atolondrado por el que todas las jóvenes pasaban más tarde o más temprano. Y en ello pondría todo su celo, en esquivar la punzadas de angustia y mirar hacia delante. No caería en el error de su madre, que había sacrificado su corazón a un matrimonio falso con un hombre incapaz de amar. Ningún hipócrita Grégoire Dubois la cautivaría para luego abandonarla, por mucho que se llamara Florien Bousquet.

Capítulo 23

Llevaba ya cuatro días en aquella celda infecta, solo y a oscuras. Gérald Margain había llorado tanto, suplicado, pataleado y gritado como le habían permitido sus fuerzas, pero nada había cambiado. Le habían arrastrado junto a otros niños hasta aquel lugar y le habían arrojado sin miramientos en el interior de una minúscula celda sin ventanas, abandonándole en ella día y noche. Las ratas campaban a sus anchas por todas partes; se paseaban a su alrededor, malolientes y chillonas, y algunas incluso se habían atrevido a roer sus ropas estando él despierto, sin apartarse aunque él tratara de zafarse. De vez en cuando le pasaban un escudo de madera con una sopa rancia en la que a veces flotaba algún trozo de carne pasada, y una jarra con agua sucia, y otras entraba un hombre gigante y se lo llevaba todo, sin mediar palabra, ajeno a los gritos y lloros del chiquillo, que creía enloquecer.

Al quinto día, una voz llegó hasta él desde alguna parte detrás del muro de piedra de su angosta celda. Era una voz dulce, suave... la de un ángel en aquel infierno, y le decía que debía tranquilizarse si quería sobrevivir. Gérald no lograba encontrar de dónde provenía, a veces le parecía que sonaba por encima de él otras que llegaba desde el otro lado de la pared, y pegaba su oído a la fría piedra rezando por volver a oírla, porque aquella voz fuera real y no estuviese sólo en su cabeza.

La oscuridad completa en la que pasaba las horas le volvía loco, le llenaba de temores constantes y le sumía en una especie de trance del que cada vez le costaba más salir. Sólo cuando escuchaba de nuevo al misterioso ángel lograba abandonar su apática desesperanza y recuperaba algo del dominio sobre sí mismo, y cuando volvía el silencio la amargura de su encierro y el miedo regresaban duplicados para volver a atarle en las tinieblas. Gérald,

poco a poco, iba perdiendo la conciencia de sí mismo, abandonándose al abandono, hundiéndose en un pozo sin fondo del que pronto no podría salir... Así, después de una semana, ya no chillaba, había agotado las lágrimas y no le quedaban fuerzas para luchar. Desnutrido y absolutamente desprovisto de voluntad, confuso y atormentado, permanecía tendido de bruces en medio de la humedad del suelo, a oscuras.

Entonces fue cuando el carcelero apareció de nuevo, no para darle su asquerosa y exigua ración de comida, sino para llevárselo. Lo cogió sin esfuerzo entre sus poderosos brazos y se lo llevó a cuestas, trasladándole a una sala donde se afanó en asearle y cambiarle de ropa. Lavó su mugre, poniendo especial cuidado en sus cabellos rubios, curó sus heridas, las mordeduras de las ratas, y le vistió con una camisa limpia y unos calzones verdes. Le obligó a calzarse unos zapatos y tras echarle un vistazo pareció conforme con el resultado. Gérald apenas era consciente de lo que sucedía, pero a través de las nieblas del terror que le tenían dominado vio cómo aquel hombre desagradable cogía una capucha negra y se la colocaba en la cabeza. Luego notó cómo le cogía en volandas y de nuevo se lo llevaba a cuestas, como si de un saco de patatas se tratara. No podía ver nada, aunque en su estado tampoco era muy consciente de lo que ocurría. Al cabo de un rato el hombretón le depositó en el suelo sin delicadezas, le quitó la capucha y le empujó al centro de una sala muy acogedora, de planta circular. De un nuevo empujón le obligó a acercarse hasta una especie de confesionario que tenía la cortina corrida, y le dejó solo y aturdido.

Gérald se fijó en que la cortina era rojo bermellón, como las alfombras y los tapices que cubrían toda la sala, y aunque seguía teniendo miedo, ya no sentía frío y podía ver, lo cual le tranquilizó un poco. Entonces una voz al otro lado de la cortina se dirigió a él, y una mano masculina de largos dedos, finos y aristocráticos, surgió por detrás de la tela, apartándola.

—No me mires a los ojos, Gérald... —antes de poder ver quién estaba allí Gérald fue obligado a bajar la cabeza. Un hombre alto y delgado, un noble muy elegante, le obligó a entrar en aquel confesionario. No vio su rostro, pero jamás olvidaría su voz y sus manos, ni lo que le obligaría a hacer...

A partir de entonces su estancia en aquel particular infierno cambió. Gérald pasó sin más de su anterior estado de perpetuo miedo y desconcierto, a otro muy diferente, cargado de pesadillas, plagado de ominosos encuentros nocturnos con el misterioso caballero... Cada vez que oía los pasos de su

carcelero creía morir; cada noche era arrastrado hasta la ineludible Sala Roja, donde le aguardaba siempre el mismo hombre; cada vez revivía la angustiada experiencia a la que aquel desconocido, tan educado... le sometía. Las vejaciones, el dolor y la humillación, eran intolerables para un chiquillo de diez años de edad, que no comprendía qué le estaba sucediendo ni por qué. Gérald sólo sabía que sufría inenarrablemente, que odiaba a aquel hombre de traje negro, odiaba sus manos... no soportaba que se le acercara, su aliento, su mirada. Estaba convencido de que era el Diablo, Satanás, ¿qué otra cosa podía ser?

En medio de su tormento solía apaciguarse cuando escuchaba la vocecilla de su acompañante misteriosa. Gérald la oía con claridad, y se preguntaba si sería otra niña como él, encerrada en alguna celda contigua, y presa de la misma serie de atroces castigos. En cierta ocasión, un día cualquiera, pues había perdido la cuenta del tiempo que llevaba allí atrapado, ella le habló entre sollozos, y era tal la desesperanza que enturbiaba sus palabras entrecortadas que Gérald olvidó por un instante su propia pena, para compadecerse de la de ella. Dolorido y helado de frío se aproximó a rastras hacia el rincón de donde aquella vez creía que provenía la voz.

—Ayudadme... —rogaba la niña—, por favor, ayudadme... ¡Ya viene! No dejéis que vuelva a llevarme...

Gérald adivinó entonces que aquella era la voz de una niña presa, como él, y que el carcelero iba a buscarla, al igual que hacía con él, para llevársela a la Sala Roja.

—No... —oyó que decía— por favor, hablad más bajo o nos va a oír, y entonces os cogerán a vos también...

¿Con quién estaba hablando? Gérald aguzó el oído, pegándose más a la pared de piedra. Una rata enorme salió por un agujero en la pared y se paseó cerca de él. Notaba su pelaje áspero y húmedo, su hocico frío y sus patas de uñas afiladas, pero estaba tan pendiente de la conversación de la niña al otro lado que por una vez le dio igual.

—¿Oye? —llamó sin atreverse a levantar mucho la voz—. Oye, ¿con quién hablas? Oye...

Hubo un breve intervalo de silencio y de pronto la niña le contestó. Le había oído después de todo.

—Gérald, cálmate, no te muevas, después hablaremos...

—Pero escucha, ¿oye? —ella ya no le contestó, en cambio continuó hablando

con ese otro alguien a quien no alcanzaba a oír.

—Soy Mireille... —así que su ángel se llamaba Mireille...—. Pero ahora debéis ir, ya viene... —fuera de la celda se oían efectivamente los pasos del carcelero. Gérald sintió cómo se le revolvía el estómago—. Por favor, volved a buscarme, durante el día... No me dejéis aquí...

Demasiado tarde. El carcelero se hallaba ya en su puerta y Gérald le oyó abrir el cerrojo. Hubo un pequeño tumulto, probablemente Mireille se revolvía como solía hacer él, pero duró poco. Se la llevó y pronto sus pasos se perdieron en la lejanía... Mireille correría la misma suerte que él, como cada día, o cada noche, no sabía en qué momento del día estaba porque su celda no tenía ventanas y no veía nada. Encogido de espanto se arrinconó cuanto pudo en una esquina y enterró la cabeza en las rodillas, sollozando de terror. No sabía cuándo le tocaría el turno a él, y sólo de pensarlo prefería morir. Intentó recordar el rostro de su madre, o el de su padre, pero era difícil tratar de visualizarles en aquella situación. ¿Se habrían olvidado de él? ¿Le dejarían abandonado en aquel lugar maldito, presa del Caballero Negro? Sintió que la rata pasaba cerca y sin pensarlo le lanzó un puntapié histérico, cargado de rabia contenida, pero no llegó a rozarla siquiera. El animal se escabulló con un chillido en su agujero, en alguna parte de la pared. ¿Volvería Mireille? A lo mejor un día no lo hacía, y entonces sí estaría solo...

Transcurrieron más de dos horas antes de que el carcelero trajera de vuelta a la niña. Gérald se había quedado adormilado y no fue consciente de su regreso hasta que la oyó gemir. Fue la intensidad de sus lamentos la que le despertó, trayéndole de golpe a la realidad de su existencia, y tardó un rato hasta que desapareció la desorientación y comprendió dónde se hallaba y qué estaba escuchando. Entonces, preocupado, la llamó.

—Mireille...

No obtuvo respuesta. Ella lloraba, amarga, desgarrada...

—Mireille... Soy Gérald... Por favor, no llores... Mireille...

Nada. Por más que intentó calmarla, por mucho que la llamó, Mireille no respondió. Parecía perdida en el dolor, y tuvo que resignarse, porque pronto le tocaría el turno a él, y entonces también lloraría...

Muy cerca, en su celda, Mireille se perdía en un pozo interior más profundo que aquél en el que se hallaba encerrada. De vuelta en su agujero, acababa de perder un poco más de sí misma, de su alma, su inocencia... Aunque no era del todo consciente intuía que pronto todo lo que había sido desaparecería, y

por eso lloraba. Por eso y por el dolor, la humillación, la vergüenza y el aborrecimiento. Odiaba a aquél hombre, el que la manoseaba, odiaba su olor, su voz y sobre todo... No podía verle, porque le habían cerrado los ojos, ya ni siquiera tenía el consuelo de mirar por el ventanuco abierto hacia el exterior, sólo le quedaba oír, escuchar su propio corazón desbocado, su pánico en la respiración, las pisadas de las ratas a su alrededor, las de su carcelero cuando llegaba a buscarla, y la voz de su nuevo vecino, Gérald. Le había escuchado llamarla, pero no podía responder, porque no le quedaban fuerzas.

Sin embargo una tenue luz brillaba en su memoria. En su mente desmantelada rememoraba una y otra vez la voz de aquel chico que la había visto desde el exterior. Le había hablado, y ahora alguien sabía que ella estaba allí, presa, encerrada. Le había suplicado que fuera a buscar ayuda, que no la abandonara...

Había transcurrido ya mucho tiempo y aún no había vuelto. Claro que allí abajo el tiempo parecía discurrir a otro ritmo, atosigante y zalamero, ruin, lento. ¿Cómo saber si había hablado con él hacía una hora o un día? No había forma, y además ya ni siquiera veía la luz del día, porque habían cegado sus ojos. Mireille vomitó en un rincón hasta notar el amargo sabor a bilis quemando su garganta y su boca. Luego, agotada, cayó en un profundo sopor, inquieto y oscuro, y ya no despertó más hasta que hubieron transcurrido al menos seis horas, cuando su carcelero le dejó su lamentable comida a través de la puerta.

—¡Cómetelo! No me hagas hacértelo tragar por la fuerza...

Se planteó no obedecer. Tirar aquella bazofia maloliente, segura de que las ratas la devorarían antes de que el carcelero se diera cuenta. Así podría morir de inanición y acabaría el calvario. Pero no era capaz. La esperanza aún brillaba en ella lo suficiente como para hacer que se aferrara a la vida con desesperación. En vez de eso cogió a tientas el cuenco y se tragó el líquido espeso que habían puesto en él, mascando con dificultad los trocitos de carne que flotaban escasos, como siempre. Luego buscó la jarra de agua y bebió el líquido a grandes tragos, sin pensar, porque si lo hacía, no sería capaz de tragar y lo vomitaría todo. Cuando hubo acabado, arrojó el cuenco contra la puerta, o hacia donde creía que estaba, y se dejó caer contra la pared. Pasó distraídamente las manos por la roca rugosa, a su espalda. Respiraba despacio, calmada. Y pensó en Gérald.

—Gérald... ¿Estás ahí?

—¡Sí! —respondió él al instante. Parecía estar esperándola. Se le notaba ansioso y descorazonado, como lo estaba ella.

—¿Estás bien?

—No...

—Yo tampoco... No quiero morirme aquí abajo...

—Oí cómo te traía el carcelero... —susurró el chico—. ¿Te lleva a la Sala Roja?

—Sí... Cada noche.

—¿Con quién...

—No lo sé, pero le odio.

—A mí me visita el Caballero Negro, le llamo así porque viste todo de negro, no le he visto la cara...

—No es el mismo que me visita a mí, creo... Él no va de negro, huele a cura... Pero es el Demonio.

—Mireille... ¿Con quién hablabas... Te oí... ¿Había alguien fuera?

—Sí, creo que era un niño... Le pedí ayuda, pero creo que se fue, y no va a volver.

—¿Por qué dices eso? Habrá ido a pedir ayuda, ¿no?

—Ha pasado mucho tiempo, ya debería haber venido... Se marchó...

—Pero volverá... ¿Cómo iba a dejarnos aquí? —se lamentó Gérald—. Mireille, creo que el carcelero vendrá pronto a llevarme... ¿qué puedo hacer? No quiero ir... no quiero que ese hombre me toque...

Se echó a llorar. Sus lamentos se oían apagados al otro lado de la piedra.

—Gérald, yo no puedo hacer nada, y tú tampoco... —entonces se le ocurrió que a lo mejor a él no le habían cerrado los ojos—. Oye... ¿aún puedes ver?

—No veo nada... —gimió él—, está todo oscuro...

—No, ¿te han hecho algo en los ojos? ¿Puedes ver?

—¿Por qué?

—Tú dímelo... ¿Tienes los párpados cosidos?

—¿Qué? —parecía aterrorizado. Mireille se sintió mal por provocarle más temor aún. Le estaba asustando innecesariamente.

—¡No! ¿Por qué? ¡¿Por qué dices eso?!

—Olvídalo...

No dijeron nada más. Después de eso cada uno se quedó en silencio, sumido en sus propias reflexiones. Se sentían mejor sabiéndose acompañados, aunque fuera con un grueso muro de piedra entre ellos. Mireille se llevó la

mano a los ojos, rozando con cuidado el borde cosido en el nacimiento de sus pestañas. Aún escocía, notaba el hilo que obligaba a sus párpados a permanecer sobre sus ojos de forma antinatural, privándole de la vista. No sabía si algún día volvería a ver. Aun cuando lograra sobrevivir, escapar de allí, cabía la posibilidad de que no pudieran cortar aquél hilo y de que se quedara ciega para siempre.

Capítulo 24

La mayoría de la alta sociedad de Moulins se había congregado en el Teatro, donde se ofrecía una nueva obra muy comentada y alabada por críticos y público en general. Se aglomeraban entre cuchicheos, cotilleos y discusiones a las puertas del recio edificio, erigido cerca de la torre llamada Jacquemart. Hacía una buena temperatura, muy apropiada para trasnochar y disfrutar de una buena representación, de ahí que hubiese una asistencia tan concurrida.

Jacques Valleix aguardaba impaciente entre faldas de seda, chaquetas elegantes y sombreros de copa. Estrujaba sus guantes entre las manos, poniéndose de puntillas para tratar de encontrar a la única persona por la que estaba interesado en realidad. Esperaba ver a la señorita Salazar, con quien si no lo había entendido mal, tenía una cita. Atisbaba por encima de damas y caballeros, sombreros y pelucas, más allá de calesas y caballos, por si adivinaba su figura antes de que ella le encontrara o entrara al Teatro... Sin embargo estaban a punto de abrir y no había rastro de la joven. Valleix se desanimó.

Maldijo por lo bajo, negándose a asumir su derrota. No admitía que ella le diera la espalda, que no quisiera verle, conocerle... que se le fuera a escapar tan fácilmente. A su espalda un clamor le anunció que acababan de abrir el Teatro, y la multitud comenzó a moverse impaciente y exultante. Había una gran animación, las damas sonreían abanico en mano, y los caballeros conversaban con placidez. Sólo él se mostraba amargado, apretados los labios en un rictus desagradable que ocultaba el atractivo de su rostro. Aguardó diez minutos más, montando guardia a la entrada, mientras los demás asistentes le dejaban atrás entre murmullos y risas. Esperó cuanto pudo; vigiló cada rincón, por si ella se presentaba a última hora.

Al fin tuvo que reconocer su derrota. Milena Salazar no había acudido; le había plantado en su primera cita, si es que la habían tenido en algún momento. Dio media vuelta, colérico, y dominado por su soberbia entró en el edificio...

Elizabeth Guisset le vio entrar oculta entre los árboles de los jardines que rodeaban el Teatro. Vestida con calzones y chaqueta negros, como un hombre, llevaba un buen rato observando al caballero. No temía ser descubierta, pues la noche y el lugar elegido para esperar eran sus perfectos aliados. Jacques Valleix jamás lograría verla a aquella distancia. Guardó los pequeños anteojos con los que le había estado espiando en el bolsillo interior de su chaqueta y miró su reloj. La representación duraría dos horas al menos, así que debería armarse de paciencia. Si él reaccionaba como esperaba, saldría antes de que acabara la obra, si no, tendría mucho tiempo para pensar. Estaba jugando sus cartas una por una, con calma. De momento los resultados no podían ser más satisfactorios. Elizabeth no se precipitaba, tenía tiempo. Se envolvió en su capa negra y se agachó, hundiendo sus altas botas de montar en la tierra húmeda del jardín...

Cuando las luces se apagaron y subió el telón Valleix echó un vistazo a su reloj de bolsillo. Sólo llevaba allí diez minutos, tenía una buena localidad y la obra estaba a punto de empezar. Pero no lograba dominarse. Debido a su arrogancia no cesaba de atisbar con sus anteojos entre el público. Tenía la esperanza de descubrir en alguna parte a la señorita Salazar, sentada, buscándole a él. No quería renunciar a la posibilidad de que se hubiesen cruzado, no doblegaría su confianza, todavía no.

Sin embargo pronto tuvo que aceptar el hecho de que ella no estaba en el Teatro. Se sentó pesadamente, apoyando su ancha espalda en la butaca, y se hundió en ella rezumando ira por cada poro de su piel. No prestaba atención a la actuación que estaba teniendo lugar en el escenario, porque su pensamiento se encontraba lejos, fijo en la mujer que acababa de avergonzarle, apartándole además de su objetivo: Gael...

Al poco, era tal la soberbia que le atenazaba que no consiguió permanecer en su localidad por más tiempo. Se levantó enfurecido y salió inmediatamente de allí. Abandonó el palco, recorrió a grandes zancadas los pasillos desiertos, dejando atrás el rumor de las voces de los actores, bajó las escaleras de entrada como un huracán cargado de malévolas prepotencia, y en un santiamén se encontró en la calle. No había transcurrido ni un cuarto de hora

desde que entrara, era todo lo que había sido capaz de tolerar. Sabía lo que debía hacer si deseaba poseer a Gael Salazar.

Elizabeth le vio salir. Una sonrisa pintó el triunfo en su rostro, porque aquel indeseable había reaccionado mucho antes de lo que esperaba, ahorrándole una larga espera. Valleix iba hecho una furia, caminó a grandes pasos hasta su coche y de un salto desapareció en su interior. Al momento el cochero partió, pasando muy cerca de donde ella se hallaba escondida. No tenía tiempo que perder. Guardó sus anteojos y se dirigió hacia su caballo, que aguardaba cerca, entre unos arbustos. Era buena amazona, montó sin dificultad y obligó al animal a galopar tras el carruaje, a una distancia prudencial, porque no quería ser descubierta por el cochero, y mucho menos por Valleix.

Éste apretaba los puños uno contra otro, frotándose los nudillos como si estuviese poseído. Constantemente gritaba al cochero para que fuera más rápido, sin importarle si debía castigar a los caballos con el látigo para avanzar más deprisa. Su destino aún estaba lejos, y no quería esperar. Al menos, el hombre con quien quería hablar se hallaba casualmente cerca de Moulins, circunstancia que jugaría a su favor en aquella ocasión, por eso de vez en cuando sonreía, mostrando una mueca macabra en su torva cara. Imaginaba ya cómo sería poseer a Gael Salazar, acariciarle, rozar con sus dedos aquellos deliciosos cabellos rizados, su dulce rostro infantil... Se echó atrás con brusquedad, golpeándose la cabeza contra la pared forrada del interior del coche, y soltó un juramento. Parecía una bestia enjaulada.

El carruaje avanzaba velozmente tirado por cuatro caballos negros, en dirección a Poitiers. El cochero fustigaba a los animales insistentemente, chasqueando el látigo sobre sus lomos para que galoparan más rápido, y sus gritos levantaban un eco nocturno que quedaba ahogado por el rumor de los cascos y de las ruedas sobre el camino. Continuó a aquel endemoniado ritmo durante varias horas, hasta que se hizo necesario un descanso. El carruaje se detuvo en una campa solitaria, a escasos veinte kilómetros de Poitiers. Los cuatro animales resoplaban extenuados, bufando y cabriolando cubiertos los flancos y los belfos de espuma blanca. Valleix bajó del coche aún más colérico y rubicundo que antes de salir del Teatro, e inició una absurda discusión con el cochero, quien trataba de hacerle entender que no debía forzar tanto a los caballos o los reventaría. Valleix sin embargo no atendía a razones, y antes de media hora obligó al cochero a salir de nuevo al galope.

Los veinte kilómetros restantes hasta la ciudad de Poitiers los recorrieron a la misma velocidad, perdiéndose en la noche.

El hombre a quien Valleix quería visitar residía en ocasiones en un vetusto palacio del siglo XV, en las afueras, rodeado de frondosos bosques, en medio de un fértil valle regado por el río Clain. El azar había querido que en aquellos días se hubiera trasladado hasta allí y que Valleix se hubiese enterado de tan beneficiosa circunstancia por medio de un común conocido. No era la primera vez que coincidían, y tampoco la primera que él aprovechaba.

Cuando Guisset llegó a los alrededores del palacio el coche de Valleix estaba a la puerta, el cochero se ocupaba de cuidar de sus caballos, maldiciendo porque había estado a punto de matarlos gracias a la locura de su amo, y el caballero había desaparecido en el interior del edificio. Elizabeth desmontó. Su caballo no estaba en mejores condiciones que los de Valleix, pero había aguantado el ritmo. Necesitaba entrar en el palacio y descubrir la identidad del hombre con quien Valleix iba a reunirse.

—Pasad caballero, mi señor os recibirá enseguida...

Un mayordomo estirado y circunspecto condujo al recién llegado hasta una soberbia biblioteca y le sirvió una copa de coñac, dejándole a continuación a solas. Valleix dio un trago brusco y vació su copa de golpe. Necesitaba entonarse y recuperar la compostura ante el dueño de la casa. Le conocía, sí, pero no lo suficiente como para dejarle ver su verdadera alma. Ni siquiera sabía su nombre, sólo hacía tratos con él y le pagaba grandes sumas de dinero a cambio de sus servicios. Lo normal hubiese sido contratarlos a través de un tercero, su contacto habitual, aunque sus circunstancias particulares le habían impulsado a saltarse las normas y a acudir directamente a este hombre... A Valleix no le gustaba tratar con intermediarios... por muy arriesgado que fuera. Ya era la segunda vez que lo hacía y no debía repetirlo, pero estaba en su naturaleza. Resopló y compuso su gesto, ocultando la ira y sustituyendo su expresión torva por otra más apacible. De nuevo aparentaba las formas de un caballero.

Elizabeth acababa de forzar la cerradura de la entrada de servicio, en la parte de atrás del edificio. Se deslizó como una sombra en las dependencias de la servidumbre, y atravesó la cocina, desierta a aquellas horas de la noche. Pisaba suavemente, sigilosa como un gato, y antes de que hubiesen transcurrido cinco minutos dejó atrás aquella parte del palacio y penetró

triumfalmente en el recibidor. Desde allí, oculta entre las sombras, descubrió que Valleix aguardaba en la biblioteca, ignorando su presencia...

—Buenas noches, Jacques Valleix...

Valleix se volvió. Un hombre alto, de avanzada edad, elegante y sobrio, acababa de hacer acto de presencia en la biblioteca, y le fulminaba con sus ojos de águila, tan fríos como el resto de su persona. Estaba molesto y ofendido, era evidente.

—¿A qué debo el honor de vuestra visita... a estas horas? Algo extremadamente urgente debe atormentaros para que hayáis hecho tan largo viaje... desde Moulins, ¿si no me equivoco?

—Efectivamente, señor... —se inclinó Valleix simulando respeto. No parecía el mismo salvaje iracundo de antes—. Necesito de vuestros servicios una vez más... Os pagaré más de lo habitual, en compensación por las molestias.

—Molestias... —sonrió mofándose con cierto cinismo desagradable—. Éste, señor, no es el canal habitual —le recriminó con tono severo, invitándole no obstante a sentarse junto a la chimenea—. Deberíais dirigiros a vuestro contacto, no directamente a mí. Ya es la segunda vez que os saltáis las normas, y empezáis a tomarlo por costumbre. No respetáis nada ni a nadie, os burláis de mi autoridad, poniendo en entredicho mis designios. Sabed, señor Valleix, que no admitiré una tercera.

Valleix asintió aparentando sumisión. No deseaba enfrentarse a él. Le necesitaba, y se arrastraría si hacía falta, para obtener su favor.

—No volverá a ocurrir.

—No estoy seguro de eso...

—Os lo ruego, necesito con urgencia de vuestros servicios...

—Como todos, pero los demás acatan las normas. Vos no.

—...pagaré la cantidad que estiméis oportuna. Sin límite. Sabéis que puedo permitírmelo...

—¡Basta! —rugió colérico aquel hombre—. El mundo estaría mejor sin una alimaña como vos, Valleix... Os tolero únicamente porque enriquecéis mi patrimonio sobradamente —sonrió entonces fláccidamente y extendió su mano hacia Valleix, que la tomó y besó su anillo como signo de obediencia—. Si vuelvo a veros, será porque estáis muerto.

Valleix tragó saliva y empezó a sudar.

—Sin embargo, ya que estáis aquí... y puesto que no deseo tener un cadáver en mi casa, decidme qué es esta vez, y veré si puedo complaceros. El pago, lo

acordaremos después.

Valleix suspiró aliviado, y al fin se atrevió a levantar la vista y mirar directamente a su interlocutor.

—Tengo un objetivo. Os daré su nombre, pero no sé sus señas, vuestro hombre tendrá que averiguarlas.

—¿Se corresponde ese objetivo con nuestro producto? Sabéis que debe ceñirse a determinados cánones...

—Oh sí, no hay duda —sonrió lascivamente Valleix sin darse cuenta.

—Sois depravado como he conocido a pocos, os lo aseguro —afirmó el hombre lentamente observándole—. En fin... —continuó cogiendo una hoja de papel y una pluma de una mesa escritorio situada a su lado—, escribid aquí ese nombre, y cuanto podáis aportar para acelerar el proceso. Daré las órdenes oportunas, y como siempre, se os avisará en cuanto todo esté listo...

—En cuanto al pago... —insinuó Valleix tomando la pluma y el papel.

—Esta vez se os indicará la cantidad en el momento de la cita. ¿Estáis conforme?

Valleix asintió, pálido de excitación. Calculaba cuánto tardaría en ver cumplido su último capricho, ateniéndose a los anteriores acuerdos con aquel caballero. ¿Diez días? ¿Quince? Mientras escribía en el papel el nombre de Gael Salazar y todos los detalles que creía ayudarían a localizarle, se sorprendió a sí mismo con un nuevo deseo, y al instante, sin pensarlo, lo expresó en voz alta.

—Aún hay algo más, aunque esta vez, se trata de algo que no entra dentro de sus normas habituales...

—¡Por Dios, Valleix! ¿De qué se trata?

—Quisiera que se ocupara de un segundo objetivo, pero es una mujer adulta.

—¿Una mujer? No es posible, lo sabéis bien. Si deseáis tenerla tendréis que ocuparos vos mismo.

—Os pagaré, lo que pidáis. Sólo necesito que la pongáis a mi disposición...

El hombre calló. Miraba a Valleix como se mira a un insecto despreciable. Su silencio se prolongó tanto que Valleix estuvo a punto de volver a rogar, deseoso de obtener dos premios al precio que fuera.

—¿Esa mujer vale vuestra vida?

—¿Mi vida?

Un silencio inquietante fue la respuesta que obtuvo. Valleix sintió que aquel hombre no iba a tolerar más sus caprichos y se arrepintió al instante de su

atrevimiento.

—La suma será cuantiosa, pero escribid su nombre también. Veré qué puedo hacer.

Valleix no podía creer en su buena fortuna. Se apresuró a anotar junto al nombre de Gael el de Milena Salazar. Aquella sería su peculiar forma de vengarse por el desplante sufrido. Cuando terminó, entregó el papel al hombre y éste lo guardó en una caja de alabastro negro. La entrevista había finalizado y él lo sabía. No debía importunar más de lo necesario. Entonces, como si hubiese leído sus pensamientos, el hombre se levantó e hizo un gesto que no dejaba lugar a dudas. Le ordenaba que se marchara. Antes de que saliera de la biblioteca, su voz áspera sonó de nuevo en los oídos de Valleix, que se volvió algo intimidado.

—Recordad... Ésta será la última vez que nos veamos, caballero... —advirtió con siniestra intención—. Recordadlo, porque si volvéis a importunarme, por muchas ganancias que vuestro trato me dispense, estaréis muerto.

Valleix no tuvo que decir nada, no era necesario. Se volvió hacia la salida, lívido mientras por una vez se prometía a sí mismo obedecer fuese cual fuese la situación en que se hallara en un futuro hipotético. Porque aquel hombre nunca hablaba en vano. A pesar de todo abandonó el palacio mucho más satisfecho y apacible que al llegar, y cuando montó en su coche, ajeno a la figura femenina que se deslizaba muy cerca, pegada a la fachada principal entre las sombras, se felicitaba por estar a punto de lograr lo que tanto ansiaba. Pronto, muy pronto, Milena Salazar y su adorable hermano, serían suyos.

Entraba el mes de marzo, y los días iban alargándose poco a poco, trayendo en ocasiones adelantadas ráfagas de promesas primaverales. Así sucedía aquel día en la ciudad de Moulins. El sol abrigaba las alegres calles con una luz especial, brillante y agradable, y entre sus rayos delicados una brisa encantadora se derramaba enriqueciendo el aire con ese augurio espontáneo que proclama el próximo fin de un crudo invierno. Los ciudadanos lo intuían y como movidos por un impulso común se habían lanzado a la calle a pasear, ávidos de sol, a desterrar el incómodo invierno y sus eternas tardes, tristes y oscuras.

Por las altas y cuadradas ventanas del piso de Elizabeth Guisset ese mismo

sol entraba a raudales, desparramándose por el suelo y las paredes. Envolvía la figura de la joven mientras hacía sus maletas a toda prisa, con la ayuda de Clarisse. Cerca de ellas, Valerian alzaba el rostro hacia aquella luz cálida, dejándose acariciar por ella con los ojos cerrados, ajeno al ajetreo que desde primera hora dominaba a su protectora. Elizabeth le había dicho que se marchaban, pero no a dónde. Estaban ocupadas guardando sus ropas y las escasas pertenencias que al parecer siempre llevaban con ellas, y habían comprado un pequeño baúl para él, donde también estaban colocando la ropa nueva que le habían comprado desde que le sacaran de las calles.

Valerian se volvió hacia Clarisse y vio cómo ésta cerraba el baúl y lo dejaba a los pies de la cama, a su lado. Elizabeth también había terminado en aquel instante, cerró sus maletas y las depositó junto a su baúl. Estaba muy hermosa, envuelta en una aureola luminosa. No llevaba su peluca castaña, y su auténtico cabello resplandecía por el sol con destellos dorados. A Valerian le gustaba más su pelo natural y esperaba que algún día Elizabeth no tuviera que llevar peluca. Suspiró tranquilo. Se sentía seguro con ella.

—Señora... —murmuró Clarisse con timidez— ¿puedo preguntaros a dónde iremos... cuando todo haya terminado?

—¿Para qué quieres saberlo Clarisse? No es necesario, créeme. Es mejor para vosotros dos no saberlo.

—Claro, es sólo que... —se excusó ruborizándose—, me siento un tanto aturrida. Últimamente hemos ido de un lado para otro sin parar... Cambiando de identidad, de residencia, y, bueno, supongo que estoy algo cansada. Y también asustada... ¿Y si algo sale mal?

—Clarisse —Elizabeth parecía querer transmitirle confianza cuando la tomó de las manos con dulzura inusitada en ella—, te ruego que confíes en mí... ¿Lo harás? Te prometo que todo irá bien. Pronto podrás ser tú misma, Valerian será Valerian, y yo seré yo misma. Os llevaré a un lugar encantador y todo esto quedará atrás. Podremos empezar de nuevo.

—Sí señora... —sonrió Clarisse esperanzada.

—Por ahora, tendrás que hacer un pequeño esfuerzo, dominar tus nervios y seguir nuestros planes al pie de la letra.

—Pero señora, temo defraudaros...

—Por favor, Clarisse, será la última vez. Ya queda tan poco... Necesito que seas fuerte. Ya lo has hecho más veces. También fuiste mi prima, Emmanuelle Bertrand, ¿recuerdas? Y lo hiciste de maravilla...

—Aún no sé para qué lo hice...

—Porque necesitaba comprobar que eres capaz, tenía que verte en acción, interpretando un papel, fingiendo ser quien no eres, y que lo hicieras de verdad, ante extraños... Quería saber que puedo confiar en ti, y me has demostrado una fidelidad sin parangón, Clarisse. Confío en ti ciegamente, sé que eres capaz, los dos lo sois, por eso os escogí.

—Sí, no fue tan difícil... ¿Verdad? —sonrió la muchacha— pero... ¿hasta cuándo durará?

—No lo sé... —dudó Elizabeth— no puedo controlar el tiempo, esa parte es impredecible... Hasta que el peligro haya pasado, supongo.

Clarisse suspiró conformándose y obedientemente se acercó al tocador para empezar a arreglarse. Elizabeth puso un alegre vestido azul sobre la cama y con una sonrisa la ayudó a vestirse.

—¿Quién serás tú? —preguntó Valerian.

—Yo vuelvo a ser Elizabeth Guisset.

Clarisse volvió a suspirar mirándose en el espejo. No le gustaba su pelo, rizado e indomable, rojo intenso, brillaba tanto, era tan llamativo... Enmarcaba su dulce rostro con demasiada fuerza, confiriéndole un carácter que ella no creía tener. Remetió un mechón rebelde y frunció el ceño insatisfecha.

—¿Y qué ha sido de ese hombre? El señor Jacques Valleix... —quiso saber Valerian. Tenía miedo de volver a verle. Se estremeció de repugnancia.

Elizabeth tendió a Clarisse su estuche de maquillaje para que fuese arreglando su menudo rostro mientras se giraba hacia él sincera y seria.

—No volverás a verle. Te dije que no permitiré que se acerque a ti, y así será. Jacques Valleix ya no es un problema. Ahora entretente un rato, mientras termino de escribir una carta. Si quieres ayuda a Clarisse.

—Sí, señora.

Elizabeth se dirigió a una mesita en el otro extremo de la alcoba, donde esperaba la mencionada carta, a medio escribir. Junto a ella, iluminada por la tenue luz de una vela que había encendido al levantarse, había otra nota, ésta ya escrita y muy manoseada, desdoblada para que se viera bien la letra de su autor... La señorita Guisset se sentó apaciblemente y cerró los ojos un instante, buscando la inspiración para escribir las palabras adecuadas. Luego, con mano diestra, continuó redactando el mensaje que deseaba transmitir. Escribía con sumo cuidado, reproduciendo con maestría la letra de la segunda

nota. Al terminar releyó despacio su carta, repasando cada línea, comparando su letra y la de la otra nota, comprobando que en ambas fuera idéntica y la forma de expresión también. Satisfecha con el resultado, firmó hábilmente al pie de la nueva carta. Una rúbrica exacta en las dos misivas, nadie notaría la diferencia... Sopló para que secara la tinta, y finalmente dobló la carta escrita por ella y la selló. Luego tomó la vela y quemó la otra con la llama, colocándola sobre una papelera. Insistió hasta reducir completamente a cenizas el papel. Cuando no quedó nada aparte de un montoncito de polvo volátil en el fondo de la papelera, sopló para apagar la débil llama de la vela. Ya no le hacía falta.

—Escuchadme bien los dos —ordenó con voz autoritaria a Clarisse y a Valerian—. Ahora saldré, estaré fuera todo el día, puede que hasta mañana. Vosotros permaneceréis aquí sin salir bajo ninguna circunstancia, tarde lo que tarde. No atenderéis a nadie, no haréis ruido, no os asomaréis a las ventanas. Así no os arriesgaréis.

—Sí señora —obedeció Clarisse. Extendió la mano hacia el chiquillo para que se apartara de la ventana.

—Es muy importante que sigáis mis instrucciones al pie de la letra. Cualquier descuido daría al traste con todo.

—No pasará nada, Elizabeth —aseguró Valerian sentándose sobre su baúl al lado de Clarisse—. Haremos todo cuanto nos has dicho exactamente. Te lo debemos.

Capítulo 25

Jean-Antoine Fabères quemaba sistemáticamente todos sus cuadernos, libros, folletos, periódicos... Cualquier cosa escrita o impresa que pudiera comprometerle. Arrojava a las llamas de la chimenea, sin miramientos, cuanto encontraba en su casa, trasladándolo en cajas hasta la biblioteca. No podía detenerse a revisar lo que lanzaba al fuego porque no tenía tiempo. Ni siquiera las cartas más personales se salvarían de arder para siempre.

Sudoroso, presa de una gran agitación, pasaba una y otra vez por delante de su pequeño hijo, Jean-Paul, sin reparar en él y en la inquietud que dominaba su ánimo. Su mente estaba demasiado ocupada, repasando sin cesar cada paso que daba, para no olvidar ningún rincón. Con las mangas de su camisa arremangadas, el pelo sucio pegado a la ancha frente y la mirada perdida, bajó las escaleras cargando una caja más, repleta de documentos. Pasó junto a su hijo sin verle y arrojó su contenido a las voraces llamas, que saltaron hambrientas envolviendo con un repentino fulgor anaranjado aquel nuevo cargamento de papel. Jean-Antoine contempló absorto cómo ardía aquella parte de su vida, reflejadas en su rostro amplio las luces danzarinas de las llamas en la chimenea.

—Papá...

No le oyó. Le dominaba el terror a ser arrestado, el miedo a ser condenado sin un juicio justo, a ser acusado de traición a la República sólo por ser de una opinión diferente, aunque liberal. Las cosas en aquellos tiempos estaban girando frenéticamente sin control hacia una situación descabellada en la que no habría libertad de expresión, sólo la ley de la guillotina... Menuda paradoja.

—Papá, por favor... ¿A dónde vamos? Tengo miedo... ¿Qué te pasa?

Jean-Paul se acercó a su padre y puso su mano pequeña en la suya, grande y sudorosa. Levantó la vista y le miró suplicante. Sólo entonces él tuvo conciencia de que estaba allí, de que su hijo le necesitaba, aun en aquellos momentos críticos. Dolido por no haberle prestado la menor atención, Jean-Antoine se arrodilló a su lado y le abrazó, cubriendo su cuerpo menudo con sus grandes brazos velludos.

—Oh Jean-Paul, lo siento... —susurró desgarrado—. Lo siento tanto...

—Papá... —lloró Jean-Paul asustado al ver que su padre se derrumbaba.

—Escucha... Si hoy sucediera algo grave, prométeme que te esconderás en la alacena de la cocina. No saldrás hasta que todo haya pasado, ¿lo prometes?

—Pero papá, ¿qué va a pasar? No quiero irme, quiero estar contigo...

—No, escucha, escúchame hijo... Sé que tienes miedo, pero debes ser fuerte, ¿lo prometes?

—Sí...

—Jean-Paul, pase lo que pase, te esconderás en la alacena y no saldrás.

Volvió a abrazarle, sentida y prolongadamente. Le besó en la cabeza y acariciando su mejilla con la mano se levantó pesadamente.

—Ahora tengo que seguir. Quédate aquí si quieres... ¿Tienes ya tu maleta hecha?

—Sí papá.

—¿Y la has dejado a la entrada como te dije?

—Sí.

—¿Debajo de los abrigos?

—Sí...

—Bien, eso está bien... Ahora pues, déjame seguir, ya no me queda mucho.

Recapacitó unos segundos, y de pronto recordó que en su escritorio, en un cajón cerrado con llave, guardaba algunas cartas de Antoine Barnave, recibidas antes de su arresto en Grenoble a raíz del descubrimiento por parte de un secretario del despacho del Rey de una carta extremadamente comprometedora...

Debía quemarlas inmediatamente.

—Dios mío...

Colgada del cuello llevaba una cadena con la llave que abría aquel cajón.

De pronto un gran estruendo le paralizó. Oyó cómo Jean-Paul gritaba mientras un grupo de hombres armados entraba por la fuerza en su casa, derribando la puerta. Hubo un gran griterío, y Jean-Antoine trató de llegar a

su escritorio antes de que le detuvieran para arrojar las cartas al fuego, pero dos policías le golpearon brutalmente y le obligaron a tumbarse en el suelo, boca abajo. Desde allí, humillado, vencido, muerto ya aunque aún no hubiese caído la guillotina sobre su cuello, vio cómo Jean-Paul desaparecía en dirección a la cocina, pálido y deshecho en llanto. Lágrimas ardientes se derramaron a borbotones de sus ojos vidriosos. Alguien le dio una patada, le ataron las manos a la espalda, le insultaron, y un policía le arrancó la cadena del cuello triunfalmente. Jean-Antoine cerró los ojos, hundido. Alguien sin duda le había delatado, alguien que sabía exactamente dónde guardaba las cartas de Barnave, alguien que sabía que llevaba la llave del cajón donde las ocultaba colgada de aquella cadena... El dolor fue tan grande que consumió la última llama de esperanza. Sólo deseó que su hijo se hubiese escondido bien, para que su amigo Jacques, el buen y fiel amigo Jacques Rabasse... le encontrara al día siguiente y se lo llevara lejos de allí.

Jean-Paul se metió en la alacena, tal y como le había ordenado su padre, y cerró la gran puerta del mueble tapándose los oídos aterrorizado. Nadie le había visto correr y esconderse, porque estaban demasiado ocupados en rescatar lo que quedaba sin quemar en la chimenea, y en revolverlo todo buscando documentación que incriminara a su padre como traidor. El chiquillo oyó los insultos, los golpes, un tumultuoso revuelo de pasos presurosos, golpes, voces... hasta que al fin le pareció que se llevaban a su padre a rastras y la casa quedaba vacía y silenciosa.

Jean-Paul respiraba afanosamente, nublada la vista por las lágrimas. Temblaba de los pies a la cabeza y no lograba coordinar sus pensamientos con sus movimientos. Tardó un rato hasta que logró dominarse y entreabrir con cuidado la puerta del mueble. Desde allí pudo ver la biblioteca, arrasada... y a dos policías montando guardia en la entrada. Estaban justo al lado de su maleta, pero no la habían visto porque estaba bien escondida bajo los abrigo, tal y como le había dicho su padre que la dejara. Nada más.

El pequeño Fabères cerró la puerta de nuevo y se recostó contra el fondo del mueble, desconsolado. Se habían llevado a su padre. Ahora tendría que pasar el resto de la noche allí, sin moverse ni hacer ruido, y aguardar al amanecer, cuando Jacques Rabasse acudiera a buscarle. Pero ¿cómo podría hacerlo si aquellos dos policías continuaban allí montando guardia? El pequeño se tapó la cara con las manos y aguantó el llanto que tanto ansiaba liberar. Temía no volver a ver a su padre.

Las horas transcurrieron lentas en una noche larga y fría en la que Jean-Paul no logró dormir ni cinco minutos. Si cerraba los ojos, los volvía a abrir al instante, temeroso de que uno de los policías decidiera mirar en la alacena, y si caía en un momentáneo sopor, fruto del agotamiento psíquico y físico que padecía, la desazón, el hambre y el frío le atraían de nuevo a la vigilia forzada y penosa que le atormentaba. Por eso el amanecer le descubrió despierto.

Un leve rumor le hizo saber que los policías se movían, y entreabrió la puerta para comprobarlo. Observó cómo eran relevados por otros dos policías, que se apostaban en la entrada armados con bayonetas. A la tenue luz del alba pudo notar mejor el desastre que había cambiado la faz de su hogar, ahora desmantelado, cubiertos los suelos de montones de papeles medio quemados, arrugados o rasgados... No quedaba nada en orden, lo habían revuelto todo, y el fuego de la chimenea ya se había apagado y sólo unas ligeras volutas de humo ascendían en espirales desde los rescoldos. Volvió a cerrar. Se preguntó si el señor Rabasse tardaría mucho en llegar y qué haría cuando viera a los guardias.

De pronto se escuchó un ruido sordo y un gemido. Algo retumbó sobre el suelo y hubo un forcejeo. Jean-Paul no se atrevió a asomarse. Imaginaba con el pulso desbocado que Rabasse había llegado y encontrando a los policías se había abalanzado sobre ellos para liberarle. Empezó a rezar, suplicando en voz baja que fuese él y que le llevara pronto de allí, junto a su padre. Otro golpe sordo resonó y luego hubo un silencio. Unos pasos amortiguados se aproximaron despacio.

De pronto la puerta de la alacena se abrió. Jean-Paul levantó la vista, deslumbrado por el sol que ya entraba a raudales desde la ventana de la cocina.

—Aquí está, llevaoslo...

Unas manos ásperas lo cogieron, arrastrándolo fuera de la alacena. Había tres hombres en la cocina, y ninguno de ellos era Jacques Rabasse.

—¿Dónde está Jacques? ¿Dónde está Rabasse? —chilló Jean-Paul revolviéndose para escapar.

Uno de los hombres, alto y canoso, le indicó con un dedo enguantado de cuero que guardase silencio, mientras otro alto, de aspecto desaliñado y pendenciero le golpeaba y le colocaba una capucha en la cabeza.

—Rápido, llevaoslo —ordenó el hombre de pelo gris con tono autoritario mientras comprobaba que los dos policías de la entrada continuaban

inconscientes en el suelo.

—Nos veremos en Nantes, señor —recordó el individuo más alto mientras cargaba el cuerpo inerte de Jean- Paul a la espalda.

—Sí, marchaos enseguida.

Los dos hombres obedecieron. Él se quedó unos instantes, para evitar que durante la refriega hubiese queda-do algo que pudiese delatarle. Revisó el piso, la cocina y la alacena sobretodo, y cuando se hubo asegurado de que no se habían dejado nada revelador se marchó también él, abandonando los cuerpos desmadejados de los dos guardias a los que habían noqueado. Nadie fue testigo de lo ocurrido y Jean-Paul Fabères había desaparecido.

Capítulo 26

El mes de febrero estaba ya muy avanzado y en Lyon no tenían novedades de Grégoire Dubois. Edouard escribía asiduamente, comentando cada paso que daba en la dirección adecuada, aunque sin anunciar un pronto regreso. Por su forma de escribir traslucía una inquietud creciente, y Milena intuía que la estaba engañando. Le conocía bien, lo suficiente como para adivinar la falsedad entre líneas. Su hermano había descubierto algo y se lo estaba ocultando. Esa certeza, cada vez mayor, aumentaba su preocupación día a día, hasta que, llegado un punto, no lo soportó más y acabó suplicando a Rembrandt que se pusiera en marcha hacia Beaune para enterarse de la verdad. El abogado se resistió, asegurando que nada tenía que hacer en Beaune, y que además Edouard le había encomendado cuidar de ella y de Gael. Argumentaba con habilidad que su papel estaba allí, en Lyon, junto a ella y su hermano pequeño; si él se marchaba, no quedaría nadie para velar por su seguridad. Se empeñó tanto que Milena tuvo que ceder, aunque no sin un violento acceso de ira que desde luego desfogaría a solas en su habitación. La joven no lograba resignarse a que la mantuvieran al margen, ignorante e ignorada de cuanto sucedía, toda vez que cualquier cosa que descubriesen le atañía directamente, y a Gael también. Por eso debía mantenerse muy firme para luchar consigo misma, refrenando un impulso indomable de dirigirse ella misma a Beaune. Presa de una gran agitación, estrujó malhumorada la última nota de su hermano, fechada la semana anterior, en la que como siempre, no le revelaba “nada” en absoluto, y sin embargo, mentía... Estaba tan segura...

Se sentó en su butaca y apretó los labios, digiriendo las lágrimas de impotencia que no pensaba derramar. Su alcoba se había convertido en un

auténtico refugio, donde daba rienda suelta a unas emociones demasiado fuertes para ser desatadas ante el pobre Rembrandt o ante Gael. Estiró nuevamente el papel arrugado que acababa de apretar en su mano y releyó el texto escrito en él. Edouard le hablaba de sus pesquisas en torno a su padre, de los lugares a donde había ido a indagar... paja, todo era paja. Sólo era sincero cuando se refería a Bousquet.

Milena exhaló un bufido renegado y volvió la mirada hacia la ventana, hacia las lejanas colinas donde debía ubicarse Beaune... Entonces llamaron a la puerta y Estela se asomó tímidamente, consciente del mal humor de su ama.

—Señorita... Acaba de llegar una nueva carta de su hermano, ¿se la entrego?

—¡¡Claro!! —exclamó la joven exaltada. Se levantó, ardientes las mejillas, y arrebató la carta sellada de las manos de Estela, que palideció y se retiró prontamente—. Estela, lo siento...

Milena se arrepentía de sí misma, de no ser capaz de dominar un temperamento inusitadamente brusco en ella. Acogotaba a Estela con sus cambios de humor, chillaba a Muriel, y Gael se apartaba de su camino con tal de no ser blanco de sus airadas reprimendas. Llevaba en Lyon más de un mes, y en lugar de haberse apaciguado, de alegrarse de estar de vuelta en su hogar, de intentar retomar el trato con sus amistades, se volvía taciturna y solitaria, avinagrada por un perpetuo mal talante insoportable. Sólo Rembrandt era capaz de calmarla, pero el buen hombre no podía estar siempre allí, debía atender su despacho de abogados.

—Lo siento, Estela...

Se apoyó un momento en el quicio de la puerta, tomando aire. La doncella ya no podía oírla, así que sus disculpas resultaban banales.

—¿Por qué no puedo controlarme? —se quejó por lo bajo, enojada.

Se fue de nuevo hasta la butaca y se sentó, colocando la carta en sus rodillas. No se atrevía a abrirla. No quería decepcionarse, leer más mentiras... Más de lo mismo. Pero su curiosidad, y un oculto interés por saber algo más del caballero Bousquet, condujeron sus manos, las cuales, temblorosas, rompieron el sello y desdoblaron el papel. Levantó la carta a la luz de la ventana y de pronto algo cayó al suelo. Se agachó y recogió una pequeña llave. ¿Qué significaba aquello? Leyó, al principio despacio, luego con intensidad. Al terminar, pálida, tuvo que volver a leer, incapaz de creer que su hermano al fin confesara lo que estaba sucediendo.

“Querida Milena...”, rezaba. “Me encuentro en lugar seguro, con nuestro común amigo Bousquet. Perdona que no te haya hablado con sinceridad hasta ahora, pero sé que sabes que lo he hecho únicamente por tu seguridad y por la de Gael. No quería preocuparte. Sin embargo, ahora las cosas se han complicado, y necesito que hagas algo por mí... Como ya habrás visto, te envío por este medio una llave. Guárdala bien. Mis investigaciones en torno a papá me han llevado a un callejón sin salida, demasiado peligroso. Tan seria es la situación que Bousquet mismo me ha aconsejado huir. Desgraciadamente no me es dado revelarte aquí qué es lo que ha ocurrido. Sólo puedo rogarte que acudas a esta dirección: Calle Monin número seis, segundo piso, en Moulins. La llave que ahora tienes en tu poder es la de ese piso. Te ruego que me obedezcas, sigue mis instrucciones paso a paso, por vuestro bien y el mío propio.

Mi queridísima Milena, sólo velo por vosotros, te ruego que confíes en mí como siempre lo has hecho. Alquila un coche de posta sin que nadie lo sepa, ni siquiera Rembrandt, “nadie”, y márchate tan pronto recibas esta carta, sin equipaje, con Gael. Me reuniré contigo en Moulins dentro de un par de días. Bousquet nos ayudará a escapar. Recuerda, no deberás revelar nada a nadie en absoluto, es de vital importancia que lo hagas así. Confío en ti, sé que muy pronto volveremos a estar juntos, y entonces lo sabrás todo.

Siempre tuyo amadísima hermana,

Edouard.”

Milena releyó aquella carta una y otra vez, sosteniendo en un puño la pequeña llave metálica que le había enviado. Una emoción indescriptible la embargaba, vacilante entre el miedo, la inseguridad y la curiosidad. No sabía cómo reaccionar. Por una parte las palabras de Edouard revelaban un terrible problema que amenazaba a toda la familia, y no alcanzaba a descubrir qué podía ser, y por otra se alegraba de poder hacer algo al fin. Abandonar aquel encierro mudo y marginal la liberaba de pronto, aunque significara una huida, y un evidente peligro. Moulins... Nunca había estado allí, pero sabía que no quedaba tan lejos. Volvió a leer la carta una última vez y memorizó la dirección. Besó el papel, sonriendo, y después lo arrojó a la chimenea, donde lo vio arder por completo. Según Edouard, debía ponerse en marcha

inmediatamente, pero eran las seis de la tarde, y salir de la casa sin llamar la atención era complicado, así que resolvió esperar hasta la noche. Se vestiría para un largo viaje, con ropa lo más cómoda posible, acudiría al dormitorio de Gael y le obligaría a vestirse enseguida. Juntos abandonarían la casa y buscarían un carruaje que les llevara a Moulins... Pronto volverían a ver a Edouard. Un escalofrío de gozo recorrió su espalda al pensarlo. Le echaba tantísimo de menos... Luego recordó que Bousquet les ayudaría en su huida, y se ruborizó intensamente. Sería la primera vez que vería al caballero desde que saliera de Beaune.

Muy nerviosa Milena revolvió sus cajones y el armario, buscaba ropa adecuada que llevar. Sin equipaje, había dicho Edouard. Era difícil decidirse. Entonces reparó en un pequeño cofre.

—Mamá...

Lo cogió con dulce sentimiento y lo abrió. Dentro había algunas de las joyas de su madre, que había guardado celosamente. Nadie sabía que las tenía, excepto Edouard y Estela. Decidió que las llevaría consigo, no sabía si volvería alguna vez, así que no pensaba dejarlas allí para que cayeran en manos extrañas. Puso con cuidado el cofrecillo sobre su cama y luego volvió al armario y escogió un vestido de viaje, ligero y sencillo, abrigado, muy cómodo. Fue eligiendo varias prendas más, un sombrero, un pañuelo, unos botines... Nada que pudiera estorbarle. Mientras lo hacía imaginó que debía bajar a cenar, como siempre, pasar un rato con Gael en la sala de estar, y luego, con la excusa de estar realmente cansada, retirarse a dormir. Hacia las once de la noche iría a la habitación de su hermano y allí le explicaría lo necesario. Sería la última vez que estarían juntos en la casa, pues a continuación la abandonarían... quizás para siempre. Sabía que Gael no se opondría, sino que obedecería de buen grado, porque estaba tan harto como ella de estar allí, lejos de Edouard, sin poder asistir al colegio ni ir a ninguna parte sin la compañía de Rembrandt, por muy agradable que ésta resultase.

Así, cuando llegó la hora, bajó al comedor. Procuró simular una tranquilidad que estaba demasiado lejos de sentir. Pidió disculpas a Estela por el trato que le había dado y besó a su hermano en la mejilla.

—Espero que hayáis tenido buenas noticias, señorita —dijo Estela, que no guardaba rencor a su ama por el mal genio del que hacía gala en el último mes.

—Sí, Estela, nada fuera de lo normal —mintió ella sonrojándose ligeramente

—. Todo está bien.

—¿No dice nada de papá?

—No Gael, no dice nada, aún no.

—¿Y Edouard no va a volver? —preguntó decepcionado.

—Me temo que no... Aún debe quedarse un tiempo más. En realidad Gael, nada ha cambiado. Tendremos que tener paciencia.

—Estoy cansado de esperar, si al menos pudiera ir al colegio, el tiempo se pasaría más rápido.

—Sabes que no puede ser, de momento al menos. Anda, cena y luego leeremos algo entretenido.

Gael hizo una mueca, no tenía ganas de leer algún aburrido volumen de algún escritor aún más aburrido. Pero tampoco quería discutir, así que cuando le sirvieron la cena se la tomó sin rechistar. Milena hizo lo propio. Comieron en silencio, cada uno sumido en sus propios pensamientos. La joven contaba los minutos, cada vez más alterada. A pesar de sus buenas intenciones, no sabía si aguantaría tener que hacer ningún paripé antes de retirarse a su habitación, y empezaba a evaluar la posibilidad de sufrir un repentino dolor de cabeza que le permitiese irse antes. Pero no lo hizo.

Cuando terminaron, acompañó a Gael a la sala de estar y allí escogió un libro de cuentos de la librería. Con deliberada calma hizo un gran alarde de dominio sobre sí misma sentándose junto a su hermano a leer, tal y como se había propuesto desde el principio. Lejos de lo que hubiese podido pensar, pasaron un agradable rato en mutua compañía; para Milena levantar la vista de vez en cuando significaba reparar en algún detalle que probablemente no volvería a ver en mucho tiempo, y adquiría repentinamente un significado diferente. Cuanto la rodeaba le era muy familiar y le traía mil recuerdos...

—¿Milena...?

—Perdona Gael —se disculpó sacudiendo la cabeza—. Estoy algo distraída esta noche.

—Yo también, apenas te escucho... ¿Y si nos acostamos?

Milena sonrió encantada. Besó a su hermano espontáneamente y cerró el libro. Lo dejó a un lado. Al fin había llegado el momento. Eran las diez de la noche, y dispondría del tiempo necesario para cambiarse y preparar a Gael. Llena de expectación se fue a su alcoba y cerró la puerta, apoyando la espalda en ella. Su pecho subía y bajaba rápidamente. Estaba excitadísima. También tenía miedo y la boca seca.

Miró el reloj. Se preparó mentalmente para lo que se avecinaba. Suspiró, cogió la llave de la casa de Moulins y la colgó de una cadenita de plata, al cuello. Luego empezó a vestirse, con calma. Tenía tiempo de sobra.

A las once estaba lista. Terminó de sujetar sus cabellos bajo el pequeño sombrero de viaje, se envolvió en una larga capa oscura y tomó el cofre de su madre, rozando con los dedos de la mano los bonitos relieves de la tapa. Había llegado el momento. Apagó las lámparas, y una vez a oscuras, escuchó en la puerta, para ver si se oía movimiento. Abrió despacio, y miró arriba y abajo del pasillo; luego salió con sigilo. La habitación de su hermano era la tercera al fondo, pero desde que Edouard no estaba dormía en la habitación contigua a la suya, así que se dirigió a esta última en silencio. Extendió la mano y giró el picaporte con suavidad, abrió y asomó la cabeza. Todo estaba en penumbra y Gael yacía sobre la cama, vestido. Al oírla entrar se volvió sobresaltado.

—¿¿Pero qué haces vestido?? —siseó Milena asombrada.

Gael se incorporó de golpe, estupefacto. Al parecer acababa de cogerle en alguna escapada nocturna.

—Lo siento...

—Deja ya de decir lo siento... ¿A dónde pensabas ir?

—A ver a Pilgrim...

—¿A estas horas?

Gael agachó la cabeza sin responder. Entonces pareció reparar en el atuendo de Milena.

—¿Y tú? ¿Por qué estás vestida? —se extrañó señalándola.

—Nos vamos. Venga, ya que estás vestido salimos ya.

Gael enmudeció. En su cara se dibujó una expresión incrédula.

—Venga, nos vamos...

—¿Por qué?

—Nos vamos a encontrar con Edouard en Moulins.

—¡¿Qué?!

—Chssss. No chilles... Te lo explicaré por el camino, Gael... Ahora debemos irnos. Por favor, no preguntes y acompáñame sin hacer ruido.

—¿Y Pilgrim?

—Tendrás que dejarlo, de momento.

—No, no pienso dejarlo, podemos irnos montando a caballo...

—¡No! Edouard especificó que fuéramos en un coche de alquiler, y eso

haremos. Escucha, cuando todo haya pasado mandaremos a buscarlo, te lo prometo.

Gael frunció el ceño, pero cedió. Confiaba en su hermano y si había dicho aquello no sería él quien desobedeciera. Saltó de la cama y se unió a Milena. Abandonaron la habitación y, amparándose en la oscuridad nocturna, bajaron por las escaleras hacia las dependencias de los criados, en la parte de atrás, por donde pensaban marcharse andando en busca de un coche de posta. Por fortuna la casa estaba muy cerca de Lyon, de manera que no tendrían que caminar demasiado para llegar a la ciudad.

Lo cierto es que todo parecía salir a pedir de boca; antes de una hora encontraron un cochero dispuesto a llevarles a Moulins a cambio de un generoso pago y se hallaban en camino, cómodamente instalados. Todo ello sin haber levantado sospechas y en la más absoluta discreción.

Viajaban de incógnito y nadie sabía a dónde iban, excepto, claro está, Edouard y el señor Bousquet.

—¿Vas a contarme qué está pasando? ¿A dónde vamos?

—Perdona Gael —respondió Milena muy seria—. Esta tarde recibí una carta de Edouard, como ya sabes.

—Sí, me dijiste que todo era normal, ¿mentiste?

—Sí, está claro. Parece que han surgido problemas, en relación a papá, que nos han puesto en peligro a todos. No sé todavía en qué consiste el peligro, Edouard no me daba detalles, sólo que debíamos acudir clandestinamente a Moulins y reunirnos allí con él y el señor Bousquet para huir juntos.

—Pero ¿es por papá? —insistió Gael preocupado—. ¿Sabes dónde está? ¿Cómo puede papá ponernos en peligro? No lo entiendo...

—No lo sé, pero todo se aclarará cuando estemos con Edouard. No te preocupes, todo irá bien.

—¿Y Rembrandt? ¿No debería él saber que nos vamos? Se llevará un susto de muerte cuando vea que hemos desaparecido sin dejar rastro, ¿no crees? Me da pena, después de cómo se ha portado, es como traicionarle.

—Supongo que Edouard se habrá puesto en contacto con él, o que lo hará más adelante, en cualquier caso, seguiremos sus indicaciones, ¿de acuerdo?

—Claro.

El traqueteo del carruaje resultaba monótono y conciliador. La oscuridad de la noche acompañaba el plácido avance del carruaje por la tranquila carretera, invitando a un breve sueño, pero ni Milena ni Gael sentían deseos de dormir.

Ambos estaban demasiado nerviosos y expectantes. Ansiaban reunirse con su hermano, abrazarle, y escuchar de sus labios la verdad. Milena jugueteaba con la llave colgada de su cuello mientras sujetaba en su regazo el cofre de su madre.

Llegaron a Moulins cuando estaba a punto de amanecer. Cansados, doloridos y pesimistas, se quedaron de pie delante del edificio de la calle Monin. Allí, en el número seis, era donde debían esperar a Edouard. Gael miró a su hermana. Ésta sacó la llave de la cadena y mientras el coche de alquiler se alejaba calle abajo abrió el portal. Procuró que no chirriara demasiado. Condujo a Gael al interior, y le empujó para que subiera hasta el segundo piso.

—¿Es aquí? —susurró Gael adormilado. Estaba deseando tumbarse a dormir.

—Pasa... —afirmó ella. Introdujo la llave en la cerradura y abrió la puerta.

Era un coqueto piso, muy femenino. Milena se alegró de que fuera tan agradable. Estaba muerta de sed, y allí, sobre un aparador, vio una jarra de agua y una nota.

—¿Es de Edouard? —preguntó Gael entusiasmado.

—Sí... —confirmó Milena al abrir la nota y comprobar que la letra era la de su hermano.

—¿Qué dice?

—“*Tendréis sed después de tan largo viaje. Siento las molestias. Dormid un poco, por la mañana, o al anochecer a lo sumo, estaremos juntos de nuevo. Os quiero, Edouard...*” —leyó Milena enjugando una lágrima emocionada—. Pronto le veremos Gael... ¿Quieres un poco de agua?

—Sí, por favor...

Milena sirvió dos vasos y le entregó uno a su hermano, que se lo bebió ávidamente. Luego abrieron la puerta de lo que parecía el dormitorio y entraron. Allí había una gran cama, suficiente para dormir un poco los dos y recuperar fuerzas. Gael corrió sin pensarlo y se tiró sobre ella, derrotado de cansancio. Cuando Milena se tumbó a su lado, ya estaba dormido. Ella tardó un poco más, se fue hundiendo en un profundo y reparador sueño. Cuando al fin cerró los ojos una sonrisa iluminaba su rostro, suavemente arrebolado. Amanecía en aquel preciso instante.

Capítulo 27

Vasek Rabechault contempló con cierto temor la prisión llamada la Conciergerie, en París. Sus tres altas torres redondas, la Torre de César, la Torre de Plata y finalmente la temible Torre de Bonbec se alzaban frente a él, imponentes, recias y realmente siniestras, tal y como las recordaba. A su izquierda la Torre del Reloj marcaba en su esfera coloreada las doce del mediodía. Curiosamente, las alegorías de la Ley y la Justicia adornaban aquella magnífica obra de German Pilon, aunque en los últimos tiempos preponderaban en demasiadas ocasiones la sinrazón y la ley del miedo... Rabechault sonrió con cinismo y estiró su traje sastre color azul ultramar. Cruzó la entrada con paso menudo y rápido y se dirigió al despacho del escribano, atravesando la Sala de Guardia por delante del ala oeste, cerrada por una gran reja. Dicha sala, situada en la planta baja, era la antecámara de la Gran Sala, en la cual el Rey había celebrado sus más solemnes sesiones antes de ser decapitado. Estaba dividida por tres recios pilares en dos grandes naves abovedadas, y su gran tamaño permitía su uso como comedor al numeroso personal, que rondaba las dos mil personas. A este efecto, cuatro inmensas chimeneas ardían, asegurando la calefacción al amplio espacio.

Rabechault se encaminó nervioso hacia el despacho de André L'Echard, gobernador de la prisión y encargado de organizar la seguridad y el aprovisionamiento de la misma. Aquel le había hecho llamar a raíz de la detención de dos hombres acusados de traición, Jean-Antoine Fabères y Jacques Rabasse, presos en sus celdas a la espera de un improbable juicio. Al parecer, el hijo de uno de ellos, Jean-Paul Fabères, había desaparecido en circunstancias extrañas, y Rabasse, amigo íntimo de Fabères, aseguraba que había sido raptado.

El Inspector llegó hasta el despacho en cuestión y se presentó ante L'Echard;

se descubrió educadamente como señal de respeto. Sobre la mesa se hallaba el libro de registros, donde figuraban a la vista los nombres de los presos mencionados, anotados con esmero junto a la fecha y hora de su ingreso en la Conciergerie, el día Decadi de la Década III del mes Pluvioso del Año I, según el complicado nuevo calendario de la República.

L'Echard saludó a Rabechault y se levantó. Era menudo y débil, de pelo ralo y nariz aguileña, pero su mirada daba a entender una naturaleza hostil y rencorosa de la que uno debía cuidarse para no ser víctima de alguna peligrosa indisposición con su persona. Llevaba un sombrero picudo negro y una chaqueta azul, y olía a demonios.

—Buenos días, señor Inspector. Me alegra que hayáis llegado al fin, los gritos de Rabasse están soliviantando a toda la prisión y empezaba a desear llevarle al patíbulo antes de tiempo, os lo aseguro.

—¿Por qué se comporta así el prisionero? En vuestra nota me hablabais del hijo de Jean-Antoine Fabères, pero no veo cómo su desaparición puede tener algo que ver conmigo. Sinceramente, espero que no me hayáis hecho venir a París inútilmente, pues me hallo sumido en una difícil investigación y no tengo tiempo que perder.

—No, no... Creedme si os digo que no habéis viajado en vano. Pero venid... —invitó fijando sus ojos saltones sobre él— os lo mostraré, así podréis juzgar por vos mismo.

L'Echard salió de su despacho cojeando y condujo al Inspector hacia las celdas más confortables, las destinadas a aquellos hombres más acomodados cuyo bienestar monetario les permitía pagar un habitáculo mejor. Otros no tenían tanta suerte y se hacinaban en las más lamentables condiciones posibles. La celda de Rabasse no estaba lejos, y sus voces se oían con claridad mucho antes de llegar ante su puerta. Rabechault se asomó por el ventanuco enrejado y vio al prisionero dando vueltas como una bestia enjaulada mientras aullaba pidiendo favor. Parecía desesperado, hundido su porte de caballero y su elegancia ante las terribles circunstancias en que se encontraba. Al notar la presencia de Rabechault y L'Echard su mirada se iluminó, pues creyó que al fin alguien le escuchaba.

—¡Por favor! ¡Tenéis que oírme, no por mí, sino por la vida de un niño! —rogó asomándose desde el otro lado—. Si aún os queda algo de civismo... de corazón, debéis escuchar lo que tengo que decir... Os lo ruego —añadió dirigiéndose al Inspector—. Os lo suplico... Es sólo un niño, Dios sabe qué le

habrá sucedido...

—Abrid —pidió el Inspector a L'Echard—. Veamos qué tiene que decirnos este hombre.

El escribano abrió la puerta y le dejó entrar. La celda era pequeña, pero estaba seca y disponía de una cama, una mesa y una silla, e incluso una alfombra cubría el suelo de piedra. Rabechault gruñó para sí mismo, porque desde su punto de vista aquel traidor debía sufrir las mismas condiciones que cualquier otro preso, pues su crimen era el más ponderable de todos, la traición.

—Lleva toda la mañana aullando como un lobo, fijaos en él, se cree que puede exigir algo, el infame... Pues óyeme bien —rugió empujando a Rabasse—, a lo único a lo que puedes aspirar es a una muerte rápida... Sucio traidor...

—Dejadlo, L'Echard. Hablaré con él, veremos qué tiene que contarnos.

Rabasse le contempló un instante, evaluando sus posibilidades con el recién llegado. El Inspector no era mucho mejor que el otro. Más elegante, acicalado y perfumado, tenía una mirada fría y despectiva, rezumaba un radical desprecio por sus semejantes y en su porte se leía la ambición de un hombre casado con el oportunismo, siempre a la sombra que mejor le cobijara en cada momento. Sin embargo, quizás le escuchara.

—Decid, señor Rabasse... ¿Qué os hace gritar de este modo? Aprovechad ahora para convencerme de que tenéis algo importante que anunciar, para que L'Echard pueda descansar y yo marcharme...

—Llevo horas desgañitándome sin que se me haga caso, un tiempo precioso que bien podría caer sobre sus conciencias, porque seguramente es ya demasiado tarde... —murmuró Rabasse hundiéndose en su catre. Mesaba sus cabellos negros con una mano grande y aristocrática, angustiado—. Esta mañana, al alba, debía recoger en casa de mi amigo Jean-Antoine Fabères a su único hijo, Jean- Paul... Pero fui detenido durante la madrugada, al igual que Jean-Antoine, y arrastrado hasta aquí acusado de complicidad en el crimen de traición contra la revolución.

—¿Y bien?

—He podido saber que Jean-Paul ha desaparecido, y no sólo eso, sino que los dos guardias que custodiaban la casa de mi amigo han sido atacados en el preciso momento en que yo debiera haber estado allí. El pequeño Jean-Paul tenía que esperarme oculto en la alacena, y no está, ¡alguien se lo llevó por la

fuerza!

—¿Y cómo habéis sacado tales conclusiones? ¿Habláis de un secuestro?

—No hace más que repetir que se han llevado al chiquillo...

—¿Queréis denunciar entonces un secuestro?

—¡Sí! Por Dios... Hablad con los guardias, ellos ratificarán mi historia... Hablad con ellos y comprobaréis que alguien les asaltó, entró en la casa y se llevó al muchacho, ¡quién sabe a dónde ni por qué! —sollozó lleno de horror —. Temo que le hagan daño, es sólo un niño...

—¿Fabères puede confirmar vuestra versión de los hechos? —insistió Rabechault.

—Ya lo ha hecho, señor —intervino L'Echard escupiendo al suelo con desdén—. Por eso os hice venir. Alguno de los guardias le contó a este infame esa historia por la mañana, y desde entonces no para de gritar... Estoy harto de él.

—Señor Rabasse... Os concederé cierto crédito, puesto que no puedo permitirme ninguna negligencia en mis funciones y si lo que decís tiene un mínimo de verdad, se trataría de un secuestro, un crimen del que sin duda yo debo ocuparme. Hablaré con los guardias y os prometo ocuparme del asunto de ser verídico... No por vos, sino porque me atañe.

—Oh, gracias señor... —se levantó Rabasse visiblemente emocionado y más tranquilo—. Ahora sé que puedo descansar, porque cuando hayáis escuchado a los guardias sabréis que no miento y os ocuparéis de Jean-Paul... Creed que haréis una buena obra...

—¡Calla de una vez! ¡Se acabó tu tiempo!

L'Echard le empujó con violencia, sentándole de golpe en su cama. Rezumaba odio, desprecio y venganza. Rabasse era consciente de que nada debía esperar de aquel hombre y se resignó. Se echó atrás un mechón oscuro y alzó la noble cabeza con orgullo, pues no tenía por qué avergonzarse. No había cometido ningún crimen y estaba seguro de su inocencia, así como de la de su buen amigo, Fabères.

Los dos hombres abandonaron el habitáculo inmediatamente, camino del despacho de L'Echard. El Inspector quiso saber quiénes eran los dos guardias mencionados por Rabasse y si podría entrevistarse con ellos enseguida. El carcelero esperaba aquella petición. Le dio sus nombres, prestándose a llevarle ante ellos, pues le esperaban en la Sala de Guardias.

Aquellos dos hombres aguardaban sentados junto a una de las cuatro

chimeneas que calentaban la gran sala, visiblemente magullados. Uno de ellos lucía una gruesa venda ensangrentada en su cabeza, y el otro mostró un oscuro moretón en su ojo izquierdo al levantar el rostro hacia ellos cuando se acercaban. Eran muy jóvenes y estaban nerviosos por la visita del Inspector. Temían las represalias por haberse dejado sorprender cuando debían vigilar la casa de un criminal. Rabechault se quedó de pie ante ellos. Estudió sus trajes descompuestos, sus magulladuras y su maltrecho estado de ánimo; tomó nota de su extremada juventud y de su inexperiencia. El error no estaba en ellos, sino en quien había ordenado que fuesen ellos los que vigilaran el domicilio de Fabères, era evidente. Con un gesto despidió a L'Echard. No quería tenerle presente durante aquella entrevista. Una vez a solas, se dirigió al de la venda en la cabeza, un tal Réginald Faucournier, el más templado de los dos.

—¿Vos sois Réginald Faucournier? Responded...

—Sí, señor. Yo soy —se levantaron a la vez, cuadrándose ante él. A una señal de Rabechault volvieron a sentarse.

—Necesito que me digáis qué ocurrió esta mañana, todo cuanto recordéis, si es posible.

—Lo lamento, no puedo deciros mucho... —se avergonzó el joven soldado—. Debíamos guardar la casa del arrestado Fabères, custodiar el lugar y su contenido.

—Pero algo sucedió, continuad...

—Al amanecer, montábamos guardia a la entrada de la casa, cuando nos vimos sorprendidos por un grupo de hombres armados.

—¿Cuántos eran?

—No lo sé, quizás cinco o seis... —mintió exagerando el número de atacantes para justificar su derrota—. Aparecieron de la nada, por sorpresa, y nos asaltaron golpeándonos brutalmente. Cuando nos tuvieron a su merced varios de ellos entraron en la casa, y lo último que pude ver es que se llevaban a un niño con una bolsa en la cabeza, aunque no lo recuerdo bien, pues me desmayé... Lo siento...

—¿Confirmáis entonces que hubo un secuestro? ¿Y vos, Gabelle? ¿Decís lo mismo?

—Yo no vi nada... Caí sin sentido antes que mi compañero.

—Ya veo... Faucournier, ¿sabíais que el hijo de Fabères podía estar en la casa? ¿Qué garantías tengo de que así era? ¿No podría ser que estuviese en otra parte, con su madre...?

—La esposa del señor Fabères murió en julio pasado, señor, y no tenía más familia. Vivía con su padre en esa casa.

—¿¿¿Y a nadie se le ocurrió buscarlo???! ¡¡Válgame Dios!! ¿Cuánta incompetencia habré de sufrir todavía?

—Suponían al chico con el señor Rabasse. Al parecer el propio Fabères hizo circular el rumor de que su hijo estaba en compañía de su amigo para evitar que lo buscaran en su piso —explicó Faucournier—. Pero al detener a Rabasse se descubrió, demasiado tarde, la mentira... Fue el propio Rabasse quien nos puso sobre aviso, confesando la verdad sobre su plan de recoger al chico en la casa esta mañana. Al parecer, al arrestarle nos interpusimos en su planeada fuga con el chico y alguien se le adelantó, llevándoselo por la fuerza. Es todo cuanto sabemos, señor.

—¿Recuerdan algún detalle de sus agresores? Sobre su físico, cualquier cosa valdría...

—No señor, eran zafios y desaliñados, excepto quizás su jefe... Pero de él sólo puedo decirle que era un noble, por su vestimenta, un hombre mayor, como usted, más o menos.

—Más o menos... —murmuró el Inspector insatisfecho—. Está bien, si no tienen nada más que añadir...

—Sentimos no serle de más ayuda, señor.

—Señor Rabechault, un caballero desea verle —anunció de pronto un malhumorado L'Echard desde el otro extremo de la sala.

El Inspector dejó a los dos guardias cada vez de peor humor, y se reunió con L'Echard. Se preguntaba quién podría ser el visitante, nadie sabía de su presencia en la Conciergerie. Aquél día parecía destinado a complicarse paulatinamente, enredándose en una inacabable retahíla de acontecimientos insufriblemente confusos. Para rematar su mala fortuna, al llegar al despacho de L'Echard se encontró con Lázaro Maltés, un engorro más a engrosar la ya larga lista de inconvenientes de aquel día. Rabechault le saludó cortés, muy a su pesar.

—Inspector... —Maltés dejó su habitual sombrero negro sobre la mesa y despidió a L'Echard con una mirada fría. Éste se retiró farfullando, nada habituado a que le relegaran tantas veces el mismo día.

—¿Cómo sabíais que me encontraba aquí?

—Tengo mis propios medios.

—En fin, sabréis también, preveo, qué me ha traído a la Conciergerie.

—Así es —repuso sonriente Maltés. Tomó asiento en la silla de L'Echard, ojeó distraído el libro de registros, y detuvo su mano blanca y fina sobre el nombre de Fabères—. Decidme, ¿habéis averiguado algo?

—¿Tenéis vos algo que decirme, caballero? ¿O habré de contaros todos mis descubrimientos sin obtener nada a cambio? Empiezo a estar cansado de vuestra arrogancia, no creáis que no sé lo que está pasando aquí...

—¿Y qué es ello? —inquirió Maltés sin inmutarse—. Ilustradme...

—Pues bien, pretendéis dejarme en ridículo, desbancarme. Negadlo.

Maltés se echó a reír alegremente. Su rostro habitualmente serio y rígido se ensanchó inusitadamente afable, mostrando una juventud y hermosura llamativas. Se divertía con las reacciones desmedidas del Inspector, siempre demasiado atento a posibles traiciones, conspiraciones o estratagemas dirigidas contra su persona.

—Presumís sobre vos demasiada importancia, si me lo permitís —logró explicar entre risas— ...Deberíais relajáros un poco, señor. Como ya os dije al conocernos, no es mi labor desprestigiaros.

—¿Entonces cuál es?

—Perdonadme... Sólo tengo que ayudaros a esclarecer los secuestros, y ahora también los asesinatos.

—Ayudarme no...

—No, en verdad no. Corrijo pues, trabajo para sacar la verdad a la luz, con o sin vos. Aunque sin interponerme ni contradeciros, digamos que soy una línea alternativa a vuestro, por otra parte, excelente trabajo.

Rabechault resopló indignado. No le hacían mella los halagos de Maltés. Antes bien, creía detectar cierta mofa en su tono.

—¿No vais a preguntarme por qué he venido? —preguntó Maltés abriendo las manos en abanico, un gesto amplio que abarcaba toda la sala—. Está bien, os lo diré. Ha aparecido otro cadáver, y he creído, una vez más, que querríais saberlo.

—Pero ¿cómo es posible? —se enfureció el Inspector golpeando la mesa con el puño—. ¿Por qué nadie me ha informado? ¿Habré de ser siempre el último en enterarme?

—El segundo más bien... Porque nadie más, aparte de mí, sabe que hay un muerto en Moulins. Si no tenéis nada que objetar, deberíamos partir inmediatamente y estudiar la escena del crimen enseguida. Por lo que sé, os resultará muy interesante, puesto que sigue el mismo patrón que nuestra

víctima de Poitiers. He ordenado su celosa custodia hasta que lleguemos, no quisiera que la curiosidad morbosa de los ciudadanos de Moulins acabe con nuestras posibles pistas. Estaréis de acuerdo conmigo.

—¿Quién es esta vez?

—Un caballero, muy conocido por sus desmanes, derrochador, vicioso y poseedor de una inconfesable fortuna... Jacques Valleix. Por lo que sé sumaba un gran número de denuncias en su haber, un joven embaucador muy dado a mentir, capaz de granjearse numerosos enemigos... hecho éste que dificultará nuestra investigación, sin duda.

—Jacques Valleix... No me resulta conocido su nombre.

—No importa. Pronto os lo presentaré con mucho gusto. ¿Nos vamos? —invitó Maltés levantándose ágilmente. Recogió su sombrero y sus guantes—. He dispuesto un carruaje para vos, ya que yo he venido a caballo. El cochero ya ha recibido instrucciones precisas del lugar al que nos dirigimos, la residencia del difunto señor Valleix.

—Gracias —murmuró a regañadientes Rabechault. Le molestaba la eficacia y previsión de aquel hombre. Todo en él le sacaba de quicio en realidad, su juventud, su inteligencia, sus modales... Cuando Maltés le dio la espalda observó de reojo su gallarda figura, su flexible manera de andar, su porte educado, elegante... Comparado con él, de baja estatura, ancho y poco atlético, era demasiado perfecto, y le aborrecía por ello. Rabechault condujo su corpulento cuerpo tras él. Encontraba gran dificultad para seguir su paso. Salieron juntos de la Conciergerie, no sin despedirse antes de un sesgado André L'Echard. A la sombra de la prisión cada uno tomó su propio medio de transporte. Lázaro Maltés montó un caballo tordo de gran alzada y salió al galope; cruzó raudo el puente sobre el Sena, y Rabechault tuvo que hacer uso del coche que Maltés, preciso y diligente, había puesto a su disposición. Era la una del mediodía.

La luz vespertina aún dejaba ver con claridad la escena del crimen. Levantaba con rectilíneos dedos de cálida luminiscencia el polvo en torno al cadáver, sobre la alfombra en la que se hallaba tendido de bruces, y alrededor, en el halo de luz anaranjada que provenía de las ventanas de la grande y fastuosa sala. El rostro de valleix miraba sin ver vuelto hacia el techo, pálido como la muerte que se lo había llevado, descompuesto en una extraña postura

antinatural, desmadejado su joven cuerpo. Resultaba extraña la agradable calidez de la sala, ambientada por los restos de una hoguera en la recargada chimenea y la apacible quietud del campo, y en extremo espeluznante que aquel cuerpo sin vida estuviera tendido, macabro, en medio de aquel cuadro acogedor, tan lívido y desprovisto de humanidad.

Valleix, observó Maltés, no parecía él mismo. Sólo llevaba puesta una camisa blanca, empapada de sangre, unos calzones negros y unos zapatos de hermosa hebilla, tan lustrosos... Un cuchillo en forma de cruz asomaba de su pecho ensangrentado, allí donde horas antes había latido un corazón joven y fuerte.

—Es idéntico al cadáver de Poitiers... —susurró Rabechault. Entró de puntillas, como si el sonido de sus pasos fuese a remover el lugar o a borrar las posibles huellas del crimen—. Incluso sus ojos...

—Ya os lo anuncié —convino Maltés extendiendo un dedo hacia el rostro del joven aristócrata—. Cosidos los párpados para que no pueda ver.

—¿Para que no pueda ver qué?

—Su propia maldad, supongo, su castigo a la impudicia... —¿Impudicia?

—Me temo que sí. Este caballero era depravado, buscaba satisfacción en mujeres... y en hombres, gastaba sus noches en alborotadas bacanales, escandalosas y lujuriosas, se emborrachaba... Su vicio no tenía límites. Su atractivo le abría muchas puertas demasiado fácilmente, me temo.

Rabechault contempló el hermoso rostro del joven, sus correctas facciones, algo aniñadas pero muy varoniles, su cabello, su frente noble, su nariz recta, sus labios sensuales... Aquel cuerpo ahora inerte debió ser impetuoso, arrollador... Se estremeció involuntariamente.

—Una vez más —continuó Maltés levantando un poco la camisa en torno al cuchillo hundido profundamente en el pecho—, carecemos de pistas. Observad que la sala está incólume. No ha habido pelea, no hay rastro de violencia... No veo huellas, nada remarcable, excepto el cuchillo en su pecho y el hilo con que han cosido sus párpados.

—Es cierto —confirmó Rabechault. Paseaba su mirada experta por todo el entorno—. No hay nada esclarecedor aquí. La víctima conocería quizás al agresor, y le dejó entrar. ¿Se vio sorprendido? ¿Por la espalda?

—No... Le clavaron el cuchillo de frente. Habéis acertado en cuanto a que su asesino era alguien conocido.

—¿Habéis interrogado al servicio?

—No vieron ni oyeron nada. Valleix murió hace unas diez horas, lo que

apunta a que fue él mismo quien permitió la entrada a su agresor. Ninguno de los criados vio ni recibió visitas alrededor de la hora de su muerte. Descubrieron su cuerpo sin vida esta mañana, aunque al parecer había ordenado expresamente que no se le molestara.

—Ha de haber algo...

Rabechault se dedicó a inspeccionar la sala minuciosamente, mientras Maltés examinaba el cadáver.

—Decidme, ¿qué hay del hijo de Fabères? ¿Creéis que tiene algo que ver con el resto de los niños secuestrados?

—La verdad... No estoy convencido —farfulló el Inspector. No estaba dispuesto a compartir nada con Maltés y no quería que le tirara de la lengua. Se agachó en el rellano de la puerta para ocultar su esquiva postura.

—Inspector, sé todo respecto a la desaparición de Jean-Paul Fabères, de hecho, fui yo quien autorizó que fuerais puesto al corriente... Así que no es necesario que os hagáis de rogar.

Rabechault encajó aquellas palabras muy mal. Se enderezó altanero y se encaró con Maltés.

—Está bien, ya que lo sabéis todo, no será necesario que comparta con vos mis apreciaciones, caballero. De hecho, no tengo por qué mendigar vuestros servicios, información, pistas, o cualquier otra cosa que provenga de vuestra persona. No, no los necesito —recalcó alzando el dedo índice—, y no os he pedido ayuda, creo.

Maltés dejó el cuerpo de Valleix y se acercó al Inspector sin asomo de reproche en su conducta. Más bien parecía sentir curiosidad.

—Decidme, ¿Creéis que he venido para entorpeceros únicamente?

—¡Sí! ¡Por supuesto que lo creo!

—Pues lo lamento... Porque de hecho, no tendría por qué haberos traído hasta aquí, ni ponerlos al corriente del secuestro de Jean-Paul Fabères. Según vos, ¿qué motivo tendría para hacerlo?

—El de demostrarme que vais por delante, ¡ya me he dado cuenta de vuestro juego, señor! Pero si pensáis que dejándome esa pista falsa me apartaréis del camino, erráis por completo. ¡Me tomáis por quien no soy!

—Así pues, pensáis que el secuestro de Jean-Paul nada tiene que ver con el de los otros chicos.

—Ciertamente, señor. No sigue el mismo patrón, ¡es evidente!

—Ummm... Podría ser.

—¿Cómo? ¿Convenís conmigo? —Rabechault dio un paso adelante desconcertado.

—No. Pero he de admitir que la razón os asiste a primera vista. Ciertamente el secuestro no tuvo lugar de la misma forma que los anteriores, en silencio, limpiamente... Pero algo me dice que este detalle es meramente circunstancial.

—¿Qué lo tenían planeado todo menos el hecho de que Fabères fuera a ser arrestado?

—Exacto.

—Sí... Eso tiene sentido.

—...o que el arresto haya sido un ardid para raptar al muchacho aprovechando la confusión... Tal vez alguien acusó a Fabères precisamente para que lo arrestaran... ¿Es muy rebuscado? Sí, supongo... ¿Y qué me decís de la víctima?

—Convendréis en que nada tiene que ver con las anteriores, Jean-Antoine Fabères es un traidor, contrario a la revolución.

—Acusado de traidor, ¿pero quién dijo que culpable? Por Dios, Rabechault, sabéis que hay muchos inocentes entre rejas, las falsas acusaciones proliferan hoy al mismo ritmo que crecen los rencores entre unos y otros. Pienso más bien que a Fabères le han tendido una trampa. Alguien lo preparó todo... En realidad este último rapto encaja en el perfil de las anteriores víctimas...

—Fabères es sin duda un traidor...

—Os empeñáis en ver política donde sólo hay crímenes cuya naturaleza debemos desvelar cuanto antes —afirmó Maltés con rotundidad—. Os demostraré que este hombre —señaló a Valleix—, la víctima de Poitiers y esa larga lista de infantes desaparecidos, tienen una causa común que en nada se relaciona con la política.

Los dos hombres se quedaron mudos, cada uno convencido de su argumentación. Sin embargo, ambos coincidían en atribuir una misma causa a asesinatos y secuestros.

—Ordenaré el levantamiento del cadáver —anunció Maltés en voz baja, más apaciguada.

Carraspeó entonces señalando el cielo púrpura que anunciaba el próximo anochecer.

—Se hace tarde, deberíamos retirarnos a descansar. Mañana, con la luz del día, volveremos y echaremos otro vistazo a esta sala. Quizás encontremos

algo que se nos ha escapado con esta luz tan ambigua.

—Por mí está bien. Escuchad, os pido disculpas por mi comportamiento. No negaré que me siento enemistado con vos, pero me interesa más llegar hasta el final de este asunto... cuanto antes. Entiendo que juntos avanzaremos más que por separado. De nada sirve disputarnos el éxito en nuestro trabajo si con ello nos entorpecemos. Cenemos en mutua compañía e intercambiamos nuestras respectivas referencias. Estoy interesado en conocer vuestro punto de vista.

—Por fin habláis con franqueza y acierto. Si escucháis apropiadamente, tengo mucho que revelaros. Y fuera de lo que podáis pensar, me interesa lo que vos tengáis que decirme.

Rabechault exhibió una falsa sonrisa y estrechó la mano cordial que le extendía Maltés. Le era imposible distinguir si su cortesía era sincera o se hallaba tan revestida de hipocresía como su propia aquiescencia. En cualquier caso se necesitaban el uno al otro, más él a Maltés que al contrario, pero así era, y no pensaba dejarse pisotear. No se avergonzaba de querer colgarse medallas; ascender en la vida no era algo negativo como daba a entender Maltés, y él pretendía abrirse camino hacia las más altas esferas a base de brillantes investigaciones, exitosas ante quien fuese necesario que lo fueran, y si tenía que teñir de política un secuestro infantil o un asesinato para que alabaran su trabajo y le abrieran las puertas adecuadas, él se ocuparía de mostrar el cuadro bajo la perspectiva más conveniente. Rabechault no tenía escrúpulos, era un lobo con una piel distinta según requiriera la moda del momento, que intercambiaba a su conveniencia con maestría. Utilizaba los medios necesarios para lograr sus fines, fuesen cuales fuesen, más o menos honestos.

Aquella noche compartió la cena con Maltés en un afamado restaurante de la villa, y, dispuesto a alcanzar su objetivo, simuló cordialidad. Departió con él en un tono distendido, e incluso se permitió alguna sonrisa amable en su rostro, normalmente avinagrado. Después, al final de la velada, una vez a solas en una habitación de hotel, cuando llegó el momento de evaluar el éxito cosechado, tuvo que reconocer que había conseguido más en una sola cena que hasta entonces. Lázaro Maltés había resultado ser un confidente extremadamente sagaz repleto de sorpresas que había accedido a compartir con él cuanto sabía sin el menor reparo. Así era como había averiguado que los recientes asesinatos, tanto de Armand Augereau en Poitiers, como de

Jacques Valleix en Moulins, tenían un denominador común con los secuestros. Según Maltés, el asesino estaba atacando a quienes perpetraban los secuestros, y con las señales inequívocas que dejaba en los cadáveres les estaba dando pistas que revelaban mucho más de lo que aparentaba a simple vista. Aseguraba que las dos muertes habían ocurrido en lugares donde había tenido lugar algún secuestro; así, Augereau había sido asesinado en Poitiers, cerca del lugar donde había sido secuestrado Valentine Pitou, y ahora Valleix moría en Moulins. Sin duda pronto tendrían noticia de algún otro secuestro. Luego estaba la inusitada muerte del pequeño Jean-Paul Lesage, cuyos párpados cosidos le relacionaban directamente y sin asomo de duda, con Augereau y Valleix.

—¿Pero y Jean-Paul Fabères? —murmuró para sí mismo el Inspector sentado sobre su cama de hotel mientras degustaba una generosa copa de buen vino francés.

Lázaro Maltés daba la misma solución a aquél enigma que al de Valleix. Si a Jacques Valleix le faltaba un secuestro, a Fabères le faltaba un asesinato. Según el joven e infalible investigador, ambos delitos se sucederían en breve espacio de tiempo: un secuestro y un asesinato. Rabechault suspiró un tanto embriagado. A pesar de los evidentes avances, aún les quedaba mucho camino por recorrer. Estaban muy lejos de encontrar a los culpables, que además, al parecer, eran personas distintas, asesinos y secuestradores, antagónicas y peligrosas.

Un leve ruido llamó su atención. Dejó la copa vacía sobre la mesilla de noche y dirigió la vista hacia la puerta de la habitación. Allí, en el suelo, había aparecido una nota doblada. Alguien la acababa de deslizar por debajo. Torpemente se puso en pie y abrió la puerta en un inútil intento por descubrir a su dueño en el pasillo. Pero allí no había nadie. Cansado de intrigas recogió el papel del suelo y volvió a su cama; se desplomó sobre ella con todo su peso, con lo que un ligero mareo enturbió su mirada. Esperó a que pasara, abrió la nota y leyó su contenido. Tuvo que esforzarse por fijar la vista en la menuda letra con que había sido escrita...

Capítulo 28

A la mañana siguiente un terrible ardor de estómago le despertó con un violento espasmo que a punto estuvo de tirarle de la cama. Maldijo en voz alta porque tiró al suelo la copa de vino de la mesilla por accidente, y al querer levantarse se cayó, enredado en el anillo de sábanas en que se hallaba envuelto. Decididamente no se había levantado con buen pie. Para colmo de males, no transcurrieron ni diez minutos sin que Maltés llamara a la puerta y reclamase con insistencia su presencia en el vestíbulo del hotel.

Rabechault soltó bastantes improperios mientras se lavaba de mal genio, peinaba los escasos cabellos que caían sobre su ancha frente, se ponía el mismo traje del día anterior y repasaba sus cosas para no olvidarse nada. Casi se había reconciliado con la serie de calamidades que le habían despertado, salvo que se olvidaba de algo... Fue como un fulgor en su memoria. Recordó de pronto la nota por debajo de la puerta, y temiendo haberlo soñado abrió el cajón de la mesilla. Allí estaba. La cogió incrédulo y la volvió a leer... Una estruendosa carcajada sacudió su enorme barriga y se tapó la boca con la mano, incrédulo. Alguien le estaba dando una pista sobre el culpable, sin duda. Alguien que quería ayudarlo... Cayó en la cuenta de que gracias a aquella inesperada misiva, a partir de entonces, jugaba con ventaja sobre Maltés. Se prometió a sí mismo que no compartiría con él aquella valiosa información. Besó la nota y la ocultó en el bolsillo interior de su chaqueta, oprimiéndola con entusiasmo contra su pecho. Por fin la balanza se inclinaba en la dirección correcta. Y le parecía justo.

—¿Rabechault? —llamó de pronto Maltés, quien había vuelto al ver que se retrasaba—. ¿Os encontráis bien?

—Sí, si... Enseguida voy, esperadme abajo, os lo ruego...

—Está bien, apresuraos, quisiera interrogar al servicio de Valleix.

—Haced lo que os plazca, yo tengo algo que me ahorrará tiempo y pesquisas... —murmuró para sí muy ufano.

Al cabo de una hora los dos caballeros habían desayunado frugalmente y se encontraban en la admirable residencia de Jacques Valleix, cuya soberbia elegancia recordaba la no tan lejana grandeza de la nobleza, expresando toda la ostentación y el lujo de dicha clase social. Precisamente evidenciaba aquellos injustos privilegios de los que se habían beneficiado los nobles y el clero, ventajas y comodidades negadas al estado llano y contra los que tanto habían luchado los hombres y mujeres de Francia. Rabechault entró en el edificio con profundo desprecio. Él, que provenía de una familia sencilla, aborrecía particularmente a quienes hacían gala de un estatus social inalcanzable hasta entonces para el vulgo al que él precisamente había pertenecido. Ahora, la gente como él, podía acceder a los cargos más importantes, mejorar, prosperar y disfrutar de las mismas ventajas que un noble, estar a su altura... Las mismas condiciones marcaban el destino de las personas, y un burgués como él podía compartir el mismo éxito que un noble como Valleix. Eso le hacía sentirse bien.

La intención de Lázaro Maltés consistía en hablar con todos los criados de la casa a fin de tratar de averiguar si en los últimos días o semanas habían detectado que su amo hubiese hecho gala de alguna nueva amistad, alguien que pudiera encajar en aquel embrollado puzzle. Así pues, fueron entrevistando, uno por uno, a todos los hombres y mujeres que servían en la mansión. Se turnaron a la hora de hacer las preguntas, aunque siempre estuvieron los dos presentes, tomando uno notas mientras el otro interrogaba. Fue una mañana larga y pesada, llena de versiones monótonas, carentes de interés, de charlatanería vacua, silencios elocuentes, y petulantes apuntes por parte de algún sirviente demasiado avisado. Empezaban a desesperar cuando una jovencita tímida y extremadamente dulce dijo algo que llamó su atención sobremanera.

Acababa de sentarse frente a ellos, visiblemente incómoda, y se frotaba las palmas de las manos sobre el regazo, muy nerviosa. Sobre todo era Maltés el que más la intimidaba, con su porte caballeroso y su aire serio. Probablemente era demasiado apuesto para ella, que era incapaz de mirarle cada vez que se dirigía a él. Consciente de su perturbación, Maltés dulcificó su semblante y empleó un tono más agradable y sencillo con la joven. Al

instante obtuvo el resultado deseado, la muchacha se relajó, y fue entonces cuando les habló de la mujer.

—Él debió conocerla durante la misa, pero no sé su nombre...

—¿Cuándo sucedió eso? Tomaos vuestro tiempo, no hay prisa.

—Pues, hará unas semanas, la verdad, no lo sé con certeza. Ella debió causarle una gran impresión, porque le oí hablar con un amigo sobre su extremada belleza. Creo que se proponía cortejarla.

—Dudo que cortejar entrara en el vocabulario de Valleix —insinuó Maltés a Rabechault.

—La dama tenía un hermano pequeño, creo que se llamaba Gael. Sí, él mencionó a ese chiquillo con claridad, Gael.

—Un momento, ¿un hermano decís? ¿De qué edad? ¿Cómo era? —Maltés había dado un respingo en su asiento e instintivamente tomó las manos de la doncella, inclinándose hacia ella con demasiado interés. Tanto, que la joven retiró las manos ruborizándose intensamente—. Perdonad... Por favor, continuad...

—No sé de qué edad, sólo que era muy joven, y aún más hermoso que la señora. Me avergüenza decirlo, pero parecía cautivado por ese chico. Veréis, yo atendía al señor Valleix —sollozó emocionada—, ...y le trataba muy de cerca... es decir, yo le ayudaba a vestirse, le atendía directamente... Por eso tenía oportunidad de escuchar muchas de sus conversaciones... Dios mío, no quisiera ser desleal, él se portó muy bien conmigo...

—No... no os preocupéis. Podéis confiar en que vuestras palabras no podrán dañar la imagen de vuestro amo... Somos hombres de honor, jamás las emplearíamos para difamar a Jacques valleix —aseguró Maltés confiriendo a su mirada toda la sinceridad que pudo—. Necesitamos el nombre de la dama, tenéis que hacer un esfuerzo por recordar...

—Lo siento, nunca lo supe. Es todo cuanto puedo decirles.

—Sin el nombre no tenemos nada, Maltés —intervino Rabechault decepcionado.

—Pero una mujer así, con un hermano pequeño, no habrá pasado desapercibida en Moulins. Podremos averiguarlo a poco que indagemos en la villa. Si no era de aquí, la gente la recordará, sin duda. ¿Y si ese niño es la próxima víctima? —le susurró al oído a Rabechault—. ¿Y si es el próximo en ser secuestrado? ¿No sería eso bastante esclarecedor?

—Sin duda —murmuró aún más bajo el Inspector para que la chica no les

oyera—. Pero permitidme que dude de que tal cosa suceda...

—¿Por qué...? —se interrumpió de pronto—. Perdonad, ...señorita, ¿es todo? ¿Recordáis algo más?

—No señor, es todo lo que sé.

—Bien, os agradecemos enormemente vuestra ayuda. Ahora, si nos disculpáis...

La doncella se levantó y abandonó la sala con obediencia. Maltés se encaró al punto con Rabechault.

—¿Por qué decís eso? ¿Sabéis algo que yo no sepa?

—¡No! Pero estimo que sería demasiada coincidencia que ese muchacho desapareciera —mintió Rabechault negándose a revelar la verdadera fuente de aquella certeza—, demasiada fortuna, y que aunque así fuera, no estaríamos más cerca de nuestro culpable que ahora mismo...

Lázaro Maltés fue a decir algo, pero se contuvo. De repente adoptó un aire cauto, reservado, como si hubiese olido aquel aire ambiguo y traicionero que el Inspector emanaba sutilmente. Rabechault se apercibió de ello, pero no le dio importancia, porque creía tener en su poder la respuesta al enigma y eso era lo que más valía. A partir de entonces podía continuar adelante solo. No necesitaba a Maltés. Llevaba en su chaqueta el instrumento de su futura gloria, y diría que le abrasaba el corazón a través del forro interior si no fuera porque tal cosa era imposible. Lo que Rabechault sabía y callaba, era que en la lista escrita en aquel mensaje anónimo no constaba ningún Gael. Entrecerró los ojos desafiando a Maltés. Había empezado a sudar. Se preguntó si él también le estaría ocultando algo a él, y si así era, se dijo a sí mismo... ¿qué clase de información sería... ¿Algo revelador? ¿Más importante que la pista que él guardaba tan celosamente? ¿Qué le ocultaba?

—Quizás deberíamos buscar a esa mujer y a su hermano —propuso Maltés de repente. Estaba extremadamente serio. Rabechault trató en vano de adivinar qué pasaba por su mente. Su rostro era una máscara helada, como de cera, inexpresiva y distante—. A mi juicio son claves en todo este asunto.

—¡Pero perderíamos el tiempo!

—De repente parecís saber mucho, señor Inspector... ¿Tenéis acaso todas las respuestas? Insisto, ¿hay algo que no me hayáis contado? —se inclinó hacia él, con una muda acusación pintada en su compostura—. Veréis... No es que me importe, al contrario que vos, no necesito ayuda para llegar al final de este asunto. Sin embargo, vos, os jugáis mucho, y si me ocultáis información que

luego os lleve a un callejón sin salida, lo perderéis todo. No sois un gran investigador, lleváis meses tratando de hallar a los culpables, de frenar una oleada de secuestros infantiles, todo inútilmente, y ahora, creéis poder engañarme y alcanzar vuestras metas por vuestros propios medios. Creéis tener un triunfo en la manga. Pues sabed que cuando os halléis solo, sin respuestas, ya no podréis recurrir a mí. Tomad una decisión ahora.

—¿Me acusáis de encubrir pistas? —fingió enojarse Rabechault.

—Os daré plazo para recapacitar. Hasta ahora había compartido con vos cuanto averiguaba, ayudándoos, la verdad, no sé por qué. Pero si persistís en esa actitud egoísta e interesada, olvidaos. No colaboraré con un hombre cuya prepotencia, arrogancia y ambición se anteponen a la verdad. Sois peligroso, Rabechault, mientras yo persigo a los culpables, vos buscáis encumbrar vuestra carrera, sea cual sea el precio, por encima de esa verdad, que debería ser vuestro único norte. Decidme, ¿encerraréis a algún inocente con tal de lograr el éxito? ¿Enviaréis a un inocente o a varios a la muerte?

—¡Desvariáis, Maltés!

—¿De veras? Os aseguro que no yerro en absoluto. Sé quién sois, y sé que intentáis ocultar algo. Pues bien, como os decía, tomad una decisión, y hacédmela saber cuanto antes para que pueda seguir trabajando.

Dicho esto Lázaro Maltés le dejó. Abandonó la casa de Valleix mientras Rabechault temblaba de indignación y soberbia. Su enojo brotaba de una innata y firme incapacidad de aceptar que aquel hombre, su oponente, un rival, leyera tan fácilmente en su alma; que le hubiera descubierto antes de empezar a jugar; que se adelantase siempre a cuanto planeaba sin esfuerzo, y que poseyera tanta confianza en sí mismo.

Después de aquello su estancia en Moulins se prolongó una semana más. Mientras Rabechault enviaba secretamente órdenes de búsqueda para encontrar a cada uno de los integrantes de su lista, Maltés recorría por su cuenta la villa. Preguntó en los cafés, en las Iglesias, en los parques, hoteles e incluso en el Teatro, pero nadie supo darle noticia de la misteriosa dama descrita por la criada de Valleix, y aún menos del niño. Algunos creían haber visto a una señorita que podía responder a su descripción, pero pronto se retractaban, porque aseguraban que cualquier joven dama podría hacerlo si debían atenerse únicamente a su supuesta belleza. Por otra parte, en cuanto Maltés puntualizaba que iba acompañada de un hermano pequeño, todos invariablemente dudaban y finalmente sacudían la cabeza o se encogían de

hombros, sonriendo a modo de disculpa. Al final, Maltés se planteó si alguna vez habría existido tal señorita. Además, ninguno de los vaticinios de Maltés se había cumplido. No había aparecido ningún otro cadáver, ni tenían noticia de un nuevo secuestro, es decir, si descartaba el de Jean-Paul Fabères. Nada. Al fin, un día, cuando ya habían transcurrido seis jornadas desde que llegaran a Moulins, alguien pudo darle alguna información acerca de la joven. Un caballero de edad avanzada afirmó haberla visto en el parque una sola vez, a ella y al chico. Maltés, sorprendido por aquel inesperado avance, invitó al hombre a tomar una copa. Sentados en un oscuro rincón de una prestigiosa y céntrica taberna de Moulins, el señor Fontesse, alto y estrecho de hombros, describió a Maltés el modo en que paseando con su esposa por el parque una hermosa mañana se había tropezado accidentalmente con una joven como la que él describía. Según sus propias palabras, era notablemente hermosa, de largos cabellos castaños recogidos bajo el sombrero, grandes y expresivos ojos (no recordaba el color), vestido sencillo y estatura media. Iba acompañada de un angelical muchacho de unos ocho o diez años de edad, de cabello rubio y rizado, tan guapo como ella, delgado y de buen porte, muy tímido. Iba caminando plácidamente por los jardines cuando ella le golpeó sin querer al pasar, con el brazo. La joven parecía distraída, y al instante se había disculpado, muy nerviosa y azorada. Él se había limitado a sonreír, descubriéndose ante tanta belleza. Fontesse lamentaba no haber vuelto a verla, ni en el parque ni en ninguna otra parte. Era todo cuanto podía decir, afirmaba sonriendo bajo un espeso bigote blanco. Ni su nombre, ni su procedencia... Sólo recordaba haberse topado con ella. Después había comentado muchas veces con su esposa que sería muy grato volver a verla, aunque al parecer la joven había abandonado la villa, porque no volvió a verla más. Maltés, tras aquella conversación, tenía la certeza de que al menos no estaba persiguiendo a un fantasma, y que la información de la doncella de Valleix era verídica. Ya era algo.

Por su parte el Inspector Rabechault se empeñaba en continuar por su cuenta, a pesar de que las palabras de Maltés acudían a su mente una y otra vez, sacudiendo su firmeza. Cada noche, una vez a solas en su habitación, daba vueltas y más vueltas a la única pista que poseía, barruntando si debía compartirla o por el contrario continuar adelante a pesar de Maltés. A la espera de noticias acerca del paradero de las personas de aquella pequeña lista, leía los cuatro nombres allí escritos ansioso, y saboreaba aquella

información privilegiada, a todas luces reveladora. El primero de los cuatro nombres, era nada más y nada menos que el de Jean-Paul Fabères, que casualmente era el último niño que había sido secuestrado en casa de su padre, tal y como tan desesperadamente denunciara Rabasse en su celda de la Conciergerie. Al leerlo la primera vez, cuando su confidente anónimo le colara la nota por debajo de la puerta, había sufrido un vértigo demoledor... Por eso había sabido siempre que ningún Gael iba a ser secuestrado, porque no aparecía en su lista. La lógica le decía que si la última víctima conocida, Fabères, encabezaba aquella lista, inequívocamente los otros tres nombres eran los de otros niños, las futuras víctimas. Así que sólo debía localizarlos y limitarse a esperar pacientemente a que el culpable se presentara. Pronto sus hombres le darían nuevas en ese sentido y podría empezar a cerrar el cerco. Rabechault se echaba a reír entusiasmado. En el preciso instante en que Maltés conversaba con Fontesse, él se hallaba una vez más a solas en su alcoba de hotel, con la nota entre sus manos sudorosas, ya manida y arrugada de tanto mirarla. Allí, anotado al pie de la lista, un tanto aparte, había otro nombre: Grégoire Dubois. ¿Quién sería? ¿Otro niño? ¿El próximo en ser asesinado, el siguiente después de Jacques Valleix? Pronto lo sabría, y se adelantaría a Maltés. A aquellas alturas le llevaba una enorme ventaja. ¿Por qué entonces ceder a sus amenazas? La suerte se inclinaba a su favor...

Rabechault se agitó impaciente. Habían transcurrido ya seis días desde que enviara un mensaje urgente de búsqueda a su ayudante, Arnaud. Pero éste era joven e inexperto, muy capaz de cometer un error y dar al traste con todo. En concreto debía averiguar la identidad y el lugar de residencia de cuatro personas: Louise Lubais de Lys, François Fouassier, Valerie Naillou y por último Grégoire Dubois. Cuatro niños, presuntas próximas víctimas de secuestro... Estuvieran donde estuvieran, aunque vivieran en la otra punta de Francia, averiguaría quiénes eran y podría montar guardia en torno a ellos para capturar a los culpables. Entonces esgrimiría su triunfo ante Maltés, y le habría derrotado. Demostraría su valía y podría planear un futuro mejor. Aquella posibilidad, tan al alcance de su mano, resultaba demasiado atractiva, y Rabechault temió que sus sueños se esfumaran en el aire. Cambió de humor una vez más, pasando del triunfal orgullo al amargo temor al fracaso. Maltés volvió a su mente llenando de sombras su ánimo, y se maldijo por no tener todavía respuestas.

Inmediatamente se puso a escribir un nuevo mensaje, reclamando a Arnaud

una explicación ante aquella imperdonable tardanza. Exigió a su ayudante un pronto resultado, quería saber ya quiénes eran y dónde vivían aquellas cuatro personas, y ordenaba expresamente que en cuanto se tuviera noticia de su paradero, se lo hiciera saber y se les pusiera estrecha vigilancia. Advirtió reiteradas veces del peligro que corrían y de nuevo exigió prestanda en la obtención de resultados. Era la cuarta nota que enviaba a su ayudante, todo en el más absoluto secreto, pues Maltés nada debía saber de sus movimientos... Dobló el mensaje y lo selló, asegurándose a sí mismo que aquella vez al fin sabría algo y saldría del pozo de dudas en que se hallaba. Apagó la llama de la lámpara con la que se alumbraba y se tumbó en la cama con la vista clavada en el techo. Trataba de conciliar el sueño, luchando con la vigilia que su mente activa le imponía los últimos días. Cerró los ojos y suspiró, hinchando su voluminosa tripa y relajándola después.

Pero el sueño no acudía. De nuevo empezó a sudar. Daba vueltas cada vez más nervioso, enrollando su cuerpo entre las mantas, murmurando y resoplando, hasta que, hastiado, las arrojó a un lado y se incorporó. Mesaba sus cabellos con las manos, su desasosiego había aumentado en exceso, y nacía de la inseguridad que Maltés tan hábilmente le provocaba.

Al día siguiente se tropezó con él en el vestíbulo. Rabechault medio dormido, de peor humor que nunca, caminaba meditabundo hacia la salida cuando se encontró a Maltés. Al mirarle y ver su aspecto despejado y apacible, sufrió un intolerable despecho. ¿Cómo podía él estar tan fresco? De reojo se descubrió a sí mismo reflejado en una vitrina y lo que vio sólo contribuyó a aumentar sus celos e inseguridad. A punto de estallar, le retuvo, sujetándole del brazo con brusquedad justo antes de que traspusiera la puerta del hotel.

—¿Qué os proponéis, Maltés? —rezongó Rabechault iracundo. Maltés dio un tirón para liberarse.

—Los dos sabemos que todo esto es una farsa, Rabechault —dijo sin inmutarse—. Ya os lo avisé. Ahora... ¿deseáis decirme algo? De lo contrario, tengo cosas que hacer.

—¿De qué habláis? ¿Qué farsa?

—Inspector, sé muy bien cuál es vuestro juego, de nada sirve que continuéis aparentando no saber nada. Cuando queráis, estoy a vuestra disposición... aunque esto no será así eternamente —insinuó Maltés apartándose levemente en dirección a la salida—. Mientras tanto, si me disculpáis...

—Venid conmigo, desayunemos, y os diré lo que sé... —se rindió Rabechault

a pesar suyo. Estaba del color de la grana y apretaba los puños, colgando inútilmente los brazos a ambos lados de su orondo cuerpo—. Vamos, no tenéis nada que perder y el cochero en cualquier caso os esperará.

Maltés calló. Meditaba la propuesta sin dejar traslucir sus verdaderas emociones. Como siempre, toda su persona demostraba un autocontrol que rallaba en lo sobrenatural, un dominio férreo de la voluntad que sacaba de quicio al Inspector. Se hallaba erguido en medio del vestíbulo, con los brazos cruzados sobre el pecho y la frente inclinada. Sus ojos se alzaron desde algún punto perdido en el espacio que mediaba entre él y el Inspector, y se fijaron en Rabechault sin pestañear. Entonces sólo mostraron un vago brillo de triunfo que desapareció enseguida tras un velo de indiferencia.

—Hablad, os escucho —concedía Maltés media hora más tarde en el comedor del hotel.

—Confieso que poseo cierta pista que os he ocultado deliberadamente...

—Esa parte, señor, ya la conozco.

—He reconsiderado mi postura —dijo Rabechault entre dientes—, y para demostraros que no soy tan ambicioso y ególatra como habéis insinuado, me hallo en buena disposición para compartirla con vos.

—Permitidme que dude de vuestra buena disposición caballero. Aceptaré en su lugar que lo hacéis por necesidad, y por temor al fracaso, que en realidad son vuestros verdaderos motivos. No creáis ni por un instante que podréis engañarme con un teatral arrepentimiento. Sé quién sois, de qué pie cojeáis, y conozco cada paso que dais... Hablad pues, y dejaos de rodeos. Si vais a mostrarme esa pista hacedlo ya.

—Sois despreciable, señor —Rabechault había acusado las palabras de Maltés y se preguntaba asustado si realmente conocería cuanto había estado haciendo a sus espaldas en los últimos días. ¿Le habría estado espiando? ¿Habría interceptado sus mensajes y averiguado lo de la nota...? Con Lázaro Maltés todo parecía posible.

—Sé que no os agrado, pero no he venido para eso. ¿Y bien?

Rabechault se sirvió un poco de café humeante y tomó un sorbo. Le gustaba así, sin leche ni azúcar, pero no era capaz de saborearlo. Se avergonzaba de sí mismo por hallarse sentado en aquella mesa frente a Maltés, proporcionándole “su” prueba. Lamentablemente prefería soportar aquella humillación y alcanzar sus objetivos a apostar por su cuenta y perder escandalosamente. Rabechault había tomado partido por la sumisión y una

gloria compartida.

—Alguien, una persona desconocida, me dejó este papel por debajo de mi puerta —murmuró tan bajo que Maltés tuvo que acercarse para poder oírle—. Aquí lo tenéis, es la prueba que os había ocultado.

Maltés se quitó los guantes, los dejó a un lado y extendió una mano para arrebatárselo con delicadeza la nota.

—Como veréis, es una lista, y ved... quién la encabeza...

—Jean-Paul Fabères... —Maltés llegó de inmediato a la misma conclusión a la que había llegado Rabechault al tenerla por primera vez en su poder. Era obvio—. Pero entonces, los demás nombres...

—...han de ser, por fuerza, los de las próximas víctimas. Otros niños.

—¿De dónde la habéis sacado?

—Lo siento, como os decía, no puedo revelároslo, porque sencillamente no lo sé. Alguien la dejó en mi habitación de forma anónima.

Maltés le observó con interés. Luego releyó los nombres.

—Por eso pusisteis una orden de búsqueda... —concluyó al rato.

—¿Qué? ¡¿Acaso me espiáis?! —Rabechault saltó furioso, golpeando con la palma de su mano la mesa. A su alrededor todo el mundo calló sobresaltado; tuvo que suavizar su comportamiento a fin de no llamar tanto la atención—. Lo sabía... ¿Habéis estado siguiéndome? ¿Desde cuándo?

—No os espío, pero no puedo, ni debo... evitar estar bien informado. En eso consiste mi trabajo. Sé que habéis escrito en varias ocasiones a vuestro ayudante cursando una orden prioritaria de búsqueda y vigilancia. Ahora ya sé a quiénes buscabais —sonrió Maltés conciliatoriamente—. ¿Por qué este último nombre está escrito aparte? Grégoire Dubois... —hablaba para sí mismo, frunciendo el ceño—. ¿Por qué? ¿Y quién puede estar interesado en ayudaros?

—Dubois es otro niño, eso es indudable. En cualquier caso pronto lo sabré con certeza.

—Puede que este nombre no sea el de un niño como pensáis llevado por vuestra habitual lógica, en exceso prematura y obvia... sino el de un cadáver, quiero decir... Grégoire Dubois, es más probablemente el próximo hombre en morir, después de Valleix.

Maltés guardó silencio, barruntando todo aquello cuidadosamente. Algo no encajaba, pero no sabía qué, al menos de momento.

—Pero esa afirmación es absurda, señor. Sólo porque su nombre está escrito

un tanto aparte de los otros tres, ¿no podéis concluir que indique que se trata del próximo cadáver! Ya puestos, ¿por qué no podría ser el asesino? ¡A lo mejor nos han querido decir que Dubois es el asesino!

Maltés le miró sorprendido.

—A veces vuestra cándida irreflexión, vuestro escepticismo y vuestra evidente falta de lógica, sorprendentemente os conducen por el buen camino... Pero vos ni siquiera os percatáis de ello, ¿no es así?

Rabechault se le quedó mirando perplejo, sin comprender.

—¿A qué os referís? ¿Dubois será la próxima víctima de asesinato? ¿Aparecerá con los ojos cosidos y un puñal en el corazón, como el desventurado Jacques Valleix?

—Aunque podría ser, creo que no. Dubois, puede que sea el asesino —afirmó Maltés—. Fijaos... Recapacitad sobre el modo en que ha sucedido todo. Alguien os deja una nota con una lista de nombres, presuntamente una relación de los niños que van a ser secuestrados. Os la deja, evidentemente, cuando el primero de la lista, Jean-Paul Fabères, ya ha sido secuestrado, y vos es seguro que estáis al corriente. ¿Por qué? Para que fácilmente comprendáis el significado de la nota. Pero ¿por qué anotar el nombre de Dubois aparte? Sólo puede haber dos razones lógicas, una, que suponiendo que vuestro misterioso confidente quiera ayudaros con el secuestro y los asesinatos, Dubois sea el próximo en morir o el asesino —Maltés pensaba en voz alta. Juntaba las piezas tratando de deducir el significado implícito en aquella lista—. Claro que, quienquiera que os esté ayudando, quizás sólo quiere que acabéis con esta marea de secuestros, en cuyo caso os daría el nombre de...

—Caramba...

—¡Claro! Dubois no es el asesino... —murmuró triunfalmente Maltés. Acababa de comprobar aliviado que lo que acababa de descubrir volvía a dar sentido al caso. Grégoire Dubois no tenía por qué ser el asesino, lo que daba peso a su teoría de que alguien aparte estaba asesinando selectivamente a personas implicadas de alguna forma con los secuestros.

—Y, ¿por qué si quiere ayudarnos no nos da el nombre del asesino?

—Quizás vuestro amigo apoye los asesinatos, porque, a mi juicio, las dos víctimas, tanto la de Poitiers como la de esta villa, están relacionadas de algún modo con los secuestros, aunque aún no sé de qué forma. Recordad, Rabechault, que cada vez que hay un secuestro, aparece un muerto en la

misma ciudad o viceversa. Sabemos que una cosa y otra guardan relación porque afortunadamente abandonaron el cadáver del pequeño Lesage en el río, y tenía los ojos cosidos, igual que los dos muertos. Así que de algún modo el asesino apunta a esos secuestros con su macabra escenificación de cada crimen. Y volviendo al principio... puede que vuestro anónimo confidente apruebe los asesinatos del mismo modo que reprueba los secuestros. Ojo por ojo... ¿Comprendéis?

—Creo que me he perdido un poco —admitió Rabechault de mal genio—. Además, aún no hay ningún secuestro relacionado con Valleix, que sepamos. Ni siquiera el rapto de Fabères parece guardar relación con él, y está el hecho de que Valleix es de Moulins, ¡mientras que Fabères es de París! ¿Cómo lo explicáis? Eso, señor Maltés, desbarata toda vuestra teoría, y a no ser que suceda algo que la corrobore, ¡estáis errando por completo! Hay demasiados cabos sueltos, y vos os apoyáis en acontecimientos que no han llegado a suceder... Para que vuestra teoría quede probada —sentenció con obtuso triunfalismo—, debería aparecer un cadáver en París, y un niño secuestrado aquí, en Moulins. Y dejadme que os recuerde —terminó saboreando las palabras—, que han pasado ya seis días sin que haya sucedido ni una cosa ni la otra...

Maltés no le prestaba atención. En su mente brillaba ya la solución al caso, aunque le faltaba poner nombre y apellidos a cada pieza del puzzle. Incluso barajaba otra posibilidad aún más reveladora si la analizaba con detenimiento... pero esa se la guardó para sí. No pensaba revelarle a Rabechault más de lo estrictamente necesario, porque hacerlo resultaría peligroso. El Inspector, si se le daban demasiadas respuestas, podía tomar un rumbo equivocado y dar al traste con la solución del caso gracias a su ineptitud y a su ambición. No, Maltés le contaba lo justo y necesario, poniendo a buen recaudo las piezas más interesantes de aquella trama. Incluso podía haberle dicho más de la cuenta, llevado por su entusiasmo. Por muy lento de reflejos que fuese Rabechault, acabaría enlazando cuanto había oído y llegaría a la misma conclusión que él. O no.

—Os ayudaré a buscar a estos niños —se ofreció—. Mis medios son más eficaces, creedme, y el tiempo es un factor crucial en esta investigación.

—Ya tengo a mis hombres trabajando en ello, ¿por qué habrías de inmiscuirte?

—Porque el único motivo de que hayáis accedido a contarme lo de la nota es

que aún no habéis obtenido resultados.
Rabechault enmudeció. Odiaba a Maltés.

Capítulo 29

Tal y como había sospechado Milena, Edouard hacía semanas que mentía en sus cartas. Obrando en contra de sus principios, le ocultaba la realidad cuanto podía, deseoso de protegerla de sí misma, de la cruda realidad y de su padre. Sobre todo del verdadero Grégoire Dubois, un hombre que no sólo había desaparecido, ocultándose vilmente incluso de sus hijos, sino que cuanto más indagaba acerca de él, siempre con la inestimable ayuda de Rembrandt y de Bousquet, más ruin resultaba ser.

A través de los contactos y el buen hacer de Rembrandt había descubierto que su padre era poseedor de una imponderable fortuna, cuyo origen se perdía en las oscuras sombras que rodeaban su vida. Benjamín Rembrandt, fiel a la familia Salazar y actuando siempre en la más estricta confidencialidad, había obtenido por sus propios medios cierta información por la cual había llegado a saber que Grégoire Dubois había estado recibiendo de forma clandestina elevadas sumas de dinero desde hacía más de diez años. Desgraciadamente sólo poseía datos acerca del ingreso de dichas cantidades, pero no de su procedencia, que se perdía en aquellas mismas sombras que ocultaban la realidad de un hombre cada vez más extraño y detestable. Estos nuevos datos envilecían aún más el hecho de que Dubois hubiese pretendido hacerse con la herencia de su difunta esposa... Al parecer su avaricia no tenía límites, o eso, o se complacía en destruir la felicidad de sus propios hijos dejándolos en la miseria.

Por supuesto, ni Edouard ni Rembrandt habían puesto a Milena al corriente de todo aquello, con el ánimo de evitarle un sufrimiento prolongado hasta que descubriesen el todo que moldeaba al verdadero Dubois. La finalidad de Edouard, empero, no era ocultar la verdad, sólo retrasarla, mantener a su hermana en una inocente ignorancia hasta que tuviera toda la información en

su poder. Prefería que la muchacha sufriera una vaga inquietud ante la falta de información antes que proporcionarle una atroz angustia, la que conllevaría ir averiguando en pequeñas y letales dosis que su padre era un monstruo. Porque Edouard estaba seguro ahora de que Grégoire Dubois era un ser insensible, desprovisto de alma, inhumano, ambicioso, ruin y rastrero; se avergonzaba de haberle tenido como padre, o al menos, de ser su hijo, ya que él nunca mereció tal apelativo; sufría por lo que su madre debió haber padecido teniéndole como marido, y comprendía ahora, apoyando la teoría de Rembrandt, que ella siempre había sido consciente de la verdadera naturaleza de su esposo, y quizás aún más. Rembrandt le había sugerido la posibilidad de que Sara hubiese estado en todo momento al corriente de la auténtica vida de Dubois, pero entonces, ¿por qué nunca había hablado? La respuesta a aquella pregunta se la había llevado con ella a la tumba. Probablemente había tratado de sincerarse con Rembrandt, pero la muerte le arrebató la palabra antes de que lo hiciera, y sólo logró advertir a su buen amigo acerca del peligro que corría Gael. Edouard aún se preguntaba qué clase de peligro era el que acechaba a su hermano... Eran tantas las preguntas sin respuesta...

—¿Vamos? —Bousquet apareció de improviso, sacándole de su ensimismamiento. Llevaba una daga en la mano, y una antorcha.

Edouard abandonó el refugio de los establos de Bousquet y salió en su compañía, todavía sumido en profundas reflexiones. Fuera aguardaban sus monturas, ya ensilladas.

—No te preocupes, amigo mío... —trató de reconfortarle Bousquet colocando una mano firme en su hombro—. Presiento que el final de todo este embrollo está cerca.

Edouard asintió echando una mirada larga al cielo nocturno, espeso y gris, cargado de lluvia. Cogió la antorcha que le tendía Bousquet y montó a Elliot. Sujetaba las riendas pensativo. Entonces, antes de salir, se volvió hacia Bousquet. Retuvo a su montura con resolución al dirigirse a él.

—Florien, no quiero que salgamos sin agradecerte cuanto estás haciendo. Eres un gran amigo, para mí como un hermano.

Bousquet acababa de montar. Se volvió hacia él con el cabello revuelto por el viento sobre su noble rostro y asintió en silencio. Estaba conmovido. Apreciaba a Edouard sobremanera y estaba dispuesto a apoyarle hasta el final. Cuanto hacía por él lo hacía desinteresadamente, movido únicamente por un sincero afecto que se fortalecía con el paso de los días. Cuanto más

trataba a Edouard Salazar más valoraba en él su lealtad, valor, determinación y sinceridad, sentía que los lazos que les unían se hacían cada vez más fuertes. Se alegraba de estar allí, aunque fuera peligroso.

—Mi hermano me habló de esa vaguada —reflexionó Edouard en voz alta volviendo a la cuestión que les había reunido allí—, en el bosque contiguo a la casa de mi padre. Busquemos en esa parte, quizás hallemos respuestas de una vez por todas.

De común acuerdo partieron en esa dirección. Enfilaron la carretera abrigados por las sombras de una noche cerrada y lúgubre. Un viento sureño soplaba a sus espaldas, empujándoles a empellones mientras galopaban muy juntos. La antorcha que Edouard sujetaba en alto llameaba a punto de apagarse con cada aullido cálido de aquel aire desagradable e incluso los caballos cabeceaban nerviosos, volviendo la cara de lado para evitar los soplidos violentos, cargados de polvo.

Nada más regresar de Lyon, Edouard le había contado a Bousquet el modo en que Gael había descubierto un pozo artificial oculto en una hondonada del bosque. Le relató punto por punto cuanto su hermano le había revelado en su última conversación, remarcando el hecho de que el chico hubiese creído ver a una niña en aquel pozo, y después a unos cuantos niños más enjaulados en una carreta junto a un extraño albergue llamado “La Belle Nuit” del que él jamás había oído hablar. Curiosamente, tampoco Bousquet había oído nunca que hubiese un albergue de aquellas características en Beaune, y mucho menos escondido en un bosque y tan cerca de la casa de Dubois. Al instante había coincidido con Edouard en que parecía inevitable sospechar que Dubois tuviera algo que ver con todo aquello... Por eso cabalgaban juntos a aquellas horas de la noche. Pretendían corroborar la historia de Gael y de paso ver si avanzaban algo en la dirección correcta.

No tardaron mucho en llegar al lugar descrito por el pequeño de los hermanos Salazar; la vaguada se abría enseguida una vez se penetraba en el bosque colindante con la finca de Dubois, y con la ayuda de la luz de la antorcha pronto darían con el misterioso pozo. Agradecidos por el abrigo de los árboles que les guarecía del acoso del viento, dejaron sus caballos atados a un tronco retorcido de un roble, al pie del empinado borde de la hondonada. Miraron hacia abajo. Edouard levantó la antorcha para ver mejor, aunque con escaso éxito, pues la noche era muy oscura y penetraba en la profundidad de aquel barranco con intensidad creciente. Ya no quedaba nieve, y los dos

caballeros se hundían con sus altas botas de cuero en una gruesa capa de hojarasca. Era hora de bajar.

Bousquet se adelantó. Descendió rápidamente a través de un revuelo de hojas muertas y su figura se perdió pronto en las tinieblas. Edouard le siguió levantando la tea cuanto pudo para alumbrar mejor delante de él.

—¡Bousquet! ¡Espérame, yo te alumbraré el camino!

—¡No hace falta, ya he llegado abajo! —fue su inmediata respuesta—. ¡Esto no es muy profundo... —pasó de gritar a susurrar cuando vio que Edouard le alcanzaba— ...o yo he bajado muy deprisa...

—¿Ya está?

La trémula luz bailaba entre las rocas que asomaban del abrupto fondo del pequeño valle. Edouard giró sobre sí mismo rebuscando una abertura en el suelo. Según Gael no debía estar demasiado lejos.

—¡Aquí! Edouard, ven, alumbrame aquí, creo que lo he encontrado...

En ese preciso instante Mireille contaba los minutos presa de una temblorosa e inimaginable angustia.

—¡Arriba! —era su celador, que acababa de llegar.

Mireille retrocedió espantada entre las sombras del agujero en que pasaba los días y las noches; de nuevo había llegado su hora y no lograba resignarse a su suerte. Ya no podía verle la cara a su carcelero, pero sí olía su rancia corpulencia: intuía su odiosa presencia a través de su pestilente olor bastante antes de que abriera la puerta de su celda. Era peor que las ratas.

No trató de resistirse, había aprendido que así evitaba los golpes. Se dejó coger y él la levantó en volandas. Mientras la sacaba fuera de la celda, Mireille lloró. Pensaba en su amigo Gérald, que sin duda lo oía todo desde su propia celda, contigua a la suya, y estaría rezando para que volviera pronto, o para que su turno no llegara nunca... A su espalda, a través del agujero abierto en el techo, brilló un tenue y trémulo resplandor. El carcelero salió y cerró la puerta sin verlo.

Mireille imploró piedad por lo bajo porque aborrecía lo que estaba a punto de pasar; odiaba su destino, que se repetía cada día, inevitable. No entendía por qué les estaba sucediendo aquello... Arrastrada pasillo adelante se desmayó presa de terror, aunque no por mucho tiempo, no como para librarla del hombre que ya la esperaba en la Sala Roja.

Fuera, Edouard y Bousquet continuaban inclinados sobre la abertura; era demasiado angosta para que un hombre adulto pudiera asomarse siquiera en

su interior. Edouard introdujo el brazo con la antorcha y atisbó hacia la profundidad del agujero artificial, a través de la piedra. Parecía una chimenea, más bien un estrecho conducto de ventilación, y abajo se distinguían unas rejas... Tal y como Gael le había contado. Le faltaba el aire, y Edouard se retiró asfixiado.

—¿Qué hay?

—Es como me dijo mi hermano —explicó jadeando—. Toma, echa un vistazo, lo comprobarás por ti mismo.

Bousquet obedeció. Se puso de rodillas e introdujo la antorcha y luego la cabeza, aunque sólo en parte. Vio, como Edouard, la angosta pared de piedra y al fondo unas rejas. Pero no lograba distinguir nada más allá de los barrotes.

—¿Hola? —llamó, recordando que según le había relatado Edouard Gael había hecho lo mismo antes de encontrar a una niña allá abajo—. ¿Hay alguien?

Gérald, desde su encierro, le oyó gritar. Estaba hecho un ovillo en el suelo, lamentando su suerte, cuando aquella voz, lejana y amortiguada, llegó hasta él como un eco de esperanza. Al principio creyó que eran imaginaciones suyas, tanto había deseado que algo así sucediera, pero cuando volvió a oír aquella voz por segunda vez dio un respingo. Se acercó a la pared y a tientas apoyó el oído esperanzado. Sabía que el vigilante se acababa de llevar a Mireille, por lo que ella no podía responder y a él jamás le oirían por mucho que gritara. Un grueso muro de piedra se interponía entre su habitáculo y el de la niña, amortiguando los sonidos. Aquella certeza provocó una amargura desmedida en su maltrecho espíritu.

—¡Aquí... —chilló con voz ahogada a pesar de todo—. ¡Aquíííí!

Una rata salió por algún agujero y se acercó a él entre chillidos, rozando sus pies desnudos con su cuerpo de pelaje áspero y húmedo. Ya no se oyó nada más.

Volvía a estar solo.

Lo peor de todo no era esa certeza, sino la de que quienquiera que estuviese allá fuera, al no estar Mireille, creería que no había nadie y se marcharía... probablemente para siempre.

Bousquet había esperado ver algo, o a alguien. Pensaba que la misteriosa niña descrita por Gael se movería allá abajo y respondería a su llamada. Suspiró hondo, un silencio apagado era toda la respuesta que había obtenido. Insistió

varias veces más, pero con el mismo resultado. Al fin, desanimado, retrocedió.

—Nada... No logro ver ni oír nada ahí abajo. He probado a llamar, pero nada... No lo sé, quizás se trate de un error. Puede que tu hermano se lo imaginara todo...

—No, estoy seguro de que no. Mi hermano era sincero, no mentía, y no suele inventarse esta clase de cosas.

—Suponiendo que así sea, deberíamos contar con la posibilidad de que ya no haya nadie ahí abajo. Quizás es demasiado tarde, ha pasado mucho tiempo desde que Gael estuvo aquí.

Edouard tuvo que reconocer que eran razonables sus palabras. Gruñó impotente y se levantó sin saber qué hacer.

—Si no sabes hacia dónde ir, te orientaré un poco, si me lo permites — sugirió Bousquet iluminándole con la luz de la antorcha mientras sobre la profunda hondonada en la que se encontraban se oía soplar el violento viento racheado—. El albergue no debe estar lejos. Deberíamos probar allí. A lo mejor tendremos mejor suerte.

—Sí, vayamos allí... No me iré sin haberlo registrado todo.

Juntos abandonaron la vaguada, ascendiendo costosamente por el lado contrario al que acababan de bajar para llegar hasta allí. Sus botas se hundían constantemente en la hojarasca, tropezaban en ocasiones con las gruesas raíces de los árboles, ocultas bajo el espeso manto, y la pendiente húmeda provocaba resbalones inoportunos que en varias ocasiones les hizo caer de bruces. Sin embargo al fin llegaron arriba, donde de nuevo el viento les sacudió con fuerza, algo amortiguado por el poblado bosque. Se tomaron un breve descanso y a continuación buscaron el sendero descrito por Gael.

Tal y como el chiquillo le contara a Edouard resultaba fácil encontrarlo bordeando la colina que coronaba la vaguada; discurría en zigzag, serpenteando entre los árboles, y lo siguieron retrocediendo en la misma dirección por la que habían llegado, alrededor de la colina. Caminaban despacio por prevención, puesto que si la situación resultaba coincidir con cuanto les había advertido Gael el albergue estaría vigilado. Se hacía necesario ir con cuidado.

Al poco rato, cuando habían avanzado unos quinientos metros, Edouard se detuvo. Aguardó unos instantes, tendida la mano en señal de cautela. Sus ropas ondeaban en la oscuridad, alumbrada apenas su figura por un arco

tembloroso de luz. Bousquet decidió apagar la antorcha y los dos se agazaparon. No lejos de allí se distinguían las luces de un pequeño edificio. Se ocultaron, a medias entre los árboles a medias en la oscuridad, aproximándose con sigilo a lo que efectivamente parecía un albergue. Había luz en sus ventanas, y un letrero, que bailaba temerariamente sobre sus goznes a causa del viento, rezaba “La Belle Nuit”. Dos hombres grandes y de aspecto rudo vigilaban en la puerta de entrada, armados con fusiles.

—Para ser un albergue está muy vigilado... —murmuró Bousquet al oído de Edouard—. No pasaremos de aquí, me temo.

Hablaban en susurros, ocultos detrás de un gran promontorio rocoso.

—Ahora sabemos con certeza que algo extraño pasa... Me inclino a creer la versión de mi hermano tal y como me la contó. Si “La Belle Nuit” es un lugar de paso, ¿por qué custodiarlo? Fíjate en esos hombres, parecen sicarios, mercenarios o asesinos. Me pregunto qué es lo que guardan con tanto celo. ¿Qué habrá en el interior?

—Estoy de acuerdo. Pero además no dejo de pensar que ha de existir una conexión entre ese edificio y el pozo...

—¿Cómo? Está a más de quinientos metros...

—Sí, pero ¿y si hubiesen construido por debajo del nivel del suelo? Tenemos que entrar, tiene que haber algún modo...

—¿Y si nos hacemos pasar por viajeros? Podríamos venir a caballo, diciendo que nos hemos despistado y que necesitamos pasar la noche...

—No... No nos dejarán entrar, es evidente —razonó Bousquet susurrando—. Si queremos colarnos habrá de ser por la puerta trasera, en la clandestinidad. Y me temo que no hemos venido preparados para tal cosa, porque un enfrentamiento nos cogería en clara desventaja. Yo sólo llevo encima una daga, y tú nada, ¿qué crees que pasaría?

—Desde luego, cómo hemos sido tan estúpidos...

Un repentino ruido a su espalda les sorprendió. Cuando Edouard quiso volverse recibió un violento golpe en la cabeza y cayó rodando al suelo, al pie del promontorio. Bousquet reaccionó con más rapidez, e impulsado por un innato espíritu de supervivencia pudo sacar su daga y enfrentarse al asaltante empuñándola con destreza. Sin embargo el desconocido saltó hábilmente hacia atrás con un sordo revuelo de su abrigo de montar, de cuero negro. Era un hombre alto, delgado, que ocultaba su rostro bajo un amplio sombrero. Iba armado con una espada y les desafiaba impasible, con una

gélida mueca en su oculto semblante. Bousquet avanzó con precaución hacia él; no era un mercenario como los que guardaban el albergue, sino un caballero, un hombre atlético y elegante, claramente formado en la lucha cuerpo a cuerpo, hábil con la espada y dispuesto a matar. De él sólo podía ver que vestía de negro de los pies a la cabeza, incluso sus manos se hallaban enfundadas en unos guantes de cuero, y la piel de su rostro era tremendamente pálida. Lucía un cuidado bigote que ensombrecía aún más aquella enigmática cara escondida bajo el sombrero. Bousquet creyó reconocer en aquellas características al hombre de Dijon, el mismo al que Edouard había perseguido tan temerariamente y al que Milena había visto reunido con Dubois... Temió por sus vidas, pero se abalanzó sobre él sin perder el ánimo, tratando de asestarle una puñalada en el pecho. Él le esquivó sin dificultad, y de repente ambos se enzarzaron en una desigual lucha llena de giros y revueltas, estocadas, saltos y gemidos. Edouard quería apoyar a Bousquet, pero estaba tirado sobre el suelo embarrado, incapaz de levantarse. El golpe recibido le había aturdido sobremanera y no lograba centrar la vista. Todo le daba vueltas. Entonces vio que su amigo tropezaba cuando intentaba eludir el implacable ataque de su oponente, retrocedía trastabillando y al fin caía a su lado. Estaba herido en un brazo.

—Maldito...

Bousquet se levantó de nuevo, y saltó hacia delante temerariamente, hacia las sombras donde se ocultaba su enemigo.

—¿Dónde está... —Bousquet avanzó buscando al agresor.

De pronto éste surgió de la oscuridad y saltó sobre él, lanzándole una mortal estocada. Tuvo suerte de poder esquivarla. Cuando giraba para retroceder un poco y poder contraatacar, una piedra certera voló por el aire y golpeó a su enemigo en la cabeza, arrancándole un rugido y aturdiéndole. Bousquet se volvió sorprendido y vio a Edouard, apoyado contra el promontorio de roca, aturdido aunque satisfecho por haber lanzado un golpe tan certero. Tenían que aprovechar para marcharse, pues aquel individuo se disponía a la lucha, imparable.

Bousquet retrocedió y ayudó a Edouard. Juntos se alejaron bosque a través, dejando atrás a aquel peligroso enemigo. Azotados por un viento implacable miraban constantemente a su espalda, sin lograr ver nada en aquella densa oscuridad que les rodeaba. Pronto oyeron unos pasos, y gritos de alarma. Asustados, supieron que aquel implacable asesino iba tras ellos,

probablemente habría alertado a los otros y estaba dispuesto a impedir que se escabulleran. Sus cuerpos se encogían en medio de la noche mientras trataban de huir, temerosos de que aquel hombre les diera alcance en cualquier momento y acabara con sus vidas. Sus pasos cautos resonaban apagados sobre el suelo espeso de hojas muertas. Ramas y zarzas se enganchaban en sus ropas; raíces traicioneras capturaban las puntas de sus botas indecisas provocando tropiezos y juramentos, pero era el temor el que daba alas a sus jóvenes cuerpos. A pesar de la profunda oscuridad en la que se movían, lograron encontrar el camino de vuelta. Muy pronto oyeron los resoplidos de sus monturas y aliviados supieron que pronto estarían a salvo.

Aquella había sido una extraña noche en la que no habían averiguado nada, excepto que el relato de Gael se sustentaba en hechos verídicos que apuntaban directamente a Dubois. Aunque no habían encontrado a Mireille, la niña del pozo, se habían convencido de que en algún momento debía haber estado allí abajo. Galoparon hacia la finca de Bousquet, dejando atrás a su atacante y el peligro que representaba. A pesar del susto que embargaba sus corazones, tenían la mente puesta en regresar muy pronto a “La Belle Nuit”. Volverían mejor preparados, con un minucioso plan bien elaborado. Porque para sacar algo en claro primero tenían que desvelar el misterio oculto bajo aquel albergue. Si aquel extraño caballero de negro volvía a atacarles no les cogería en desventaja. Ahora ya sabían que Dubois, el pálido hombre de negro y el albergue conformaban una única realidad...

El reverendo Lautrec entró en la Sala Roja envuelto en su larga sotana negra. Se santiguó y murmuró una breve plegaria en voz baja. Su piel cetrina brillaba a la luz de la lámpara que iluminaba la estancia. Echó un vistazo para ver si la pequeña Mireille ya estaba allí, pero no la vio. Aún no la habían llevado. Más nervioso que nunca se refugió en el reducido confesionario donde solía encerrarse a solas con ella y se sentó a esperar. Le temblaban las manos, de excitación y de vergüenza, sentía latir el corazón en su pecho, desbocado, y bajo sus ropas una tremenda e incontenible erección amenazaba con dominar sus sentidos en exceso. No podía dominar aquello, su mente a veces se revelaba espantada de sus atroces inclinaciones mientras su cuerpo se erigía vencedor, guiando todos sus actos. Y no era todo, porque la mayoría de las veces aquellos breves pensamientos de arrepentimiento se desvanecían

fácilmente al recordar a la pequeña Mireille... Entonces se dejaba llevar, permitía que toda una oleada de imágenes obscenas irrumpieran en su imaginación y al instante deseaba hacerlas realidad.

Lautrec respiró impaciente, moviendo los pies sobre el suelo alfombrado. Aquella misma mañana había visitado a una familia de campesinos, gente muy necesitada. Solía acudir a ver personalmente a los más pobres como penitencia, porque al imbuirles con la sagrada palabra de Dios notaba que los fantasmas se retiraban y volvía a sentir la paz en su espíritu. Les miraba a los ojos y oraba por sus almas, colocaba su mano temblorosa sobre sus cabezas piadosas, hablándoles de resignación, de salvación... Hasta entonces aquellas visitas le habían servido. Ni las misas, ni las oraciones, ni flagelarse como castigo por sus pecados, sólo acudir a los hogares más desfavorecidos le había proporcionado el perdón que necesitaba.

No obstante, su espíritu estaba enfermo, corrompido por la lascivia, la lujuria... Esa mañana, mientras se arrodillaba a solas sobre el suelo y rozaba con sus manos manchadas los cabellos del pequeño François, el menor de siete hermanos, había sentido de nuevo el deseo. Al tocarle, su mente y su cuerpo habían reaccionado al unísono, y él había permitido que aquella reacción creciera y se desmandara... Había sido tal la violencia de sus inclinaciones que aprovechando que no había nadie en la mísera casa a punto había estado de arrebatarse a François algo más que su inocencia. Había ocurrido al mirarle a los ojos, aquella almendradora mirada, tan dulce... como la de Mireille. Por fortuna no había podido hacerlo. El riesgo que hubiese corrido al caer en la tentación hubiera sido demasiado elevado.

Después de aquello, se había dado cuenta de que ya no quería luchar. Se complacía degustando el sinfín de sensaciones que embargaban su alma y se regodeaba en ellas, anticipando la realidad que pronto le satisfaría. Por eso había acudido allí más temprano de lo habitual, con una sola idea en la cabeza...

Oyó un ruido y retiró levemente la pesada cortina tras la que esperaba. Vio que el carcelero acababa de traerle a Mireille. Lautrec la observó encendido de deseo, su menudo cuerpo, su angelical rostro... Aquel hombre rudo y zafio la había depositado en el suelo, tan cerca... Ella sollozaba desconsolada, lo que la volvía aún más deseable... Era tan tierna, tan inocente... Una repentina humedad invadió su boca y tuvo que secar sus finos labios con la manga de la sotana. Lautrec creyó perder el sentido de puro gozo. El carcelero obligó a

Mireille a avanzar hacia él, empujándola con rudeza sin escuchar sus súplicas... La chiquilla estaba tan cerca que podía oler su piel, su cabello... El carcelero se retiró y les dejó solos.

—Mireille... Acércate... —suplicó él entreabriendo la cortina. Sonreía extasiado, porque aquella vez no pensaba limitarse a las caricias. Necesitaba algo más, necesitaba, deseaba, sufría dolorosamente por hacerla suya, por penetrar en su profundidad infantil... Se quitó el rosario que llevaba al cuello y se lo colocó a ella, besándola en los labios con los suyos, fríos y húmedos. Mireille lloraba horrorizada, a punto de desmayarse. Pero sería suya. La atrajo hacia sí y se arrodilló.

Las campanas de Poitiers repiqueteaban en lo alto de la torre de la Iglesia de Notre Dame la Grande. Subida sobre un notorio promontorio rocoso, se asomaba a orillas del río apoyada en su piedra clara, serena y acomodada. Su voz contundente colgaba claros toques, lánguidos pero firmes, en el aire matutino, mientras de sus grandes puertas surgía una marea de hombres y mujeres después de la misa. En la parte de atrás, donde había menos concurrencia y el sonido de las campanadas llegaba más apagado, un coche se había detenido junto a otro, ocupando buena parte de la calzada. Un hombre se había bajado discreto del primero y se escurría en el segundo sin apenas pisar el suelo de adoquines. Cerró la portezuela tras de sí. En el interior tapizado hacía calor, y un segundo caballero aguardaba con el ceño fruncido a que el otro se acomodara frente a él. Estiró su mano y dejó que le besara en señal de respeto, sin adelantarse a la luz de la ventanilla. Prefería mantenerse en la sombra, como siempre hacía. El recién llegado esperó a que cierto aire de complicidad se estableciera entre ellos. Mientras tanto, como para propiciar ese momento, se fue quitando los guantes negros, con parsimonia, primero el derecho, luego el izquierdo; se descubrió la cabeza del amplio sombrero picudo, alisó con la mano su largo cabello, y para acabar lo depositó todo sobre el asiento, a su lado. Se atusó el bigote con gesto mecánico y se echó atrás, aguardando paciente a que su interlocutor se decidiera a hablar. Una fea herida se abría en su frente, amoratada.

Al fin la voz templada de Su Eminencia sonó entre los dos, aunque no abandonó la refugiada penumbra.

—Vuestra nota, señor. Me preocupa en extremo lo que me adelantabais en

ella. Necesito los detalles.

Théodore Teyssière, a raíz de su encuentro en Beaune con el hijo de Grégoire Dubois y su amigo, había enviado un mensajero a su señor advirtiéndole de la situación. Conservaba un leve corte en el pecho y la pedrada en su frente como recuerdo de su refriega en el bosque.

—Creo que deberíamos vigilar a Dubois, mi señor. Últimamente parece que todas las intrigas giran en torno a él... Durante mi última visita a nuestro “nido” en Beaune, como os informé en mi nota, descubrí a su hijo merodeando en los alrededores. Iba acompañado por un conocido caballero de la región, un tal Florian Bousquet, según mis informadores...

—Estaba en la finca de su padre. ¿No podría ser una casualidad?

—¿De madrugada? Permittedme si os contradigo, señor. Estaban escondidos entre las matas, curioseando cerca. Pude haberles matado allí mismo... —murmuró entre dientes.

—Me pregunto por qué no lo hicisteis, Teyssière —susurró Su Eminencia entre las sombras—. ¿Creéis que han descubierto algo?

—Se escaparon... Aunque no por mucho tiempo. En cualquier caso están investigando. Al parecer están revolviendo aquí y allá, utilizan sus influencias para recabar información sobre Dubois. Si averiguan algo sobre él, llegarán hasta nosotros... —Théodore Teyssière miró por la ventanilla con aire siniestro, destacándose su palidez a la luz de la mañana, que entraba de lleno desplomándose sobre él—. Luego está el reciente asesinato de nuestro cliente, Jacques Valleix.

—¿Cuándo ha sido?

—Hará unas semanas, en su residencia. Igual que Augereau...

—Valleix quería al hijo de Dubois, incluso a la muchacha, pero yo no he ordenado nada al respecto, no pensaba hacerlo. Y Dubois no lo sabe.

—Pienso que es mucha casualidad. Quizás Dubois sí lo supiera y quiso eliminarle. Hay dos investigadores siguiendo los asesinatos, y por lo que yo sé uno de ellos cuenta con el respaldo del Departamento de Justicia de París... posee carta blanca y es un “hurón” peligroso... El otro no es más que un bufón.

—Por el Departamento de Justicia no debéis preocuparos... Por otra parte, Valleix vale más muerto que vivo, era un depravado incluso para nuestro proyecto. Llamaba demasiado la atención, no respetaba las reglas... ¿Es posible que no supiera que se había encaprichado precisamente de los hijos

de Dubois?

—Así lo creo.

—No podemos acusar a Dubois.

—Os equivocáis. Ha habido otro asesinato, en París. Han hallado el cuerpo de Renan Audigou esta misma mañana, a orillas del Sena. También acuchillado en el corazón, y con los párpados unidos.

—¡Era uno de nuestros mejores clientes! —rugió Su Eminencia colérico—. Es demasiada casualidad, tiene que ser alguien de dentro...

—Un niño, un cadáver. Ésa es la pauta. ¿Quién puede conocer nuestros planes? Dubois posee las listas... Quizás quiere retirarse. Últimamente parecía muy centrado en acercarse a su familia, aunque desde luego no por motivos honestos... Deberíamos acabar con él. Además, estaba empeñado en hacerse con la herencia de su esposa, ¿para qué querría tanto dinero? Sin duda está planeando retirarse y pretende recabar fondos, quedarse con todo...

—Demos gracias por que os haya encargado a vos ese lamentable asunto del testamento... Si no jamás hubiésemos descubierto su juego. Hacedle una visita.

—Está en Nantes.

—¡Pues ve a Nantes! Háblale, hazle ver su gravísimo error... Hazle comprender cuán peligroso es para él y para sus hijos que continúe adelante. Si volvemos a tropezar con otro cadáver, mátales a él y a toda su familia.

Théodore Teyssière sonrió un instante.

—¿Y el “nido”?

—Arrásalo.

—¿Y los “inquilinos”?

—Aniquílalos. Destrúyelo todo, préndele fuego y elimina a todos. No debe quedar rastro, nada ni nadie. No podemos correr riesgos.

—Deberíamos eliminar al hijo mayor de Dubois para que comprenda.

—Edouard Salazar...

—Posiblemente ya sepa demasiado. Nadie nos garantiza que no vaya a hablar.

—Está bien, pero primero localiza a Dubois. Luego encárgate de Salazar y de su amigo Bousquet.

—Por una vez, deberíais dejarme hacer, mi señor... —se adelantó Teyssière hacia la sombra—, os he demostrado mi lealtad, dejad que yo vele por nuestros intereses. Es hora de renovarse.

—No... Aún no, Teyssière. Sois esclavo de vuestros instintos sanguinarios, aunque reconozco que metódico y limpio. No ordenaré una masacre sin tener pruebas.

—Si la pauta es correcta, Jacques Valleix era la víctima que correspondía a Gael Salazar, el hijo menor de Dubois —apuntó Teyssière entrecerrando los ojos—, y ¿quién sabía que ese niño sería el próximo? ¡Nadie! Vos guardáis celosamente cada lista, sólo Dubois tiene acceso a ella. Sólo él puede saber que el nombre de su hijo e incluso el de su preciosa hija, estaban incluidos en la nueva lista... en vuestra caja, que guardáis celosamente, que nadie, salvo Dubois, puede tocar... ¿Qué otra prueba queréis? Él asesinó a Valleix, y por lo tanto, también a Augereau, y ahora a Audigou.

—Entonces vigilad a Anclade, debería ser el próximo. Estad cerca de él, y así descubriréis al asesino. Si resulta ser Dubois, eliminadle a él y a sus hijos.

—Os traeré su cabeza.

—Si es culpable, quiero su corazón de serpiente traicionera, su lengua de mentiroso y sus manos de traidor. Y antes de morir deberá saber que sus hijos morirán también.

Théodore Teyssière sonrió de nuevo. Cogió sus guantes y el sombrero del asiento y se los puso con ademán pulcro. Volvió la vista hacia la calle.

—Es todo, Teyssière.

Théodore Teyssière se inclinó con una mano en el ala de su sombrero, abrió la portezuela y del mismo modo en que había entrado salió, pasando de un coche al otro sin apenas pisar el suelo. Su figura se escabulló en su carruaje y desapareció. Las campanas de Notre Dame la Grande enmudecieron en aquel preciso instante.

Capítulo 30

El cuerpo de Renan Audigou yacía rígido y amoratado en el lodo del cauce del Sena, semi hundido en las gélidas aguas. Un niño lo había encontrado, ya muy hinchado y sin vida, de nuevo con una daga clavada en el corazón. Al bajar hasta la orilla, hundiéndose en el barro, y voltearlo, Maltés evidenció que al igual que las anteriores víctimas presentaba los párpados cosidos entre sí. Rabechault se unió a él maldiciendo por su torpeza, porque se había caído nada más empezar a bajar por la abrupta pendiente que conducía hasta aquella parte del río. Al ver la azulada piel del muerto, tan hinchada, su estómago se revolvió y se alejó para vomitar, incapaz de ver tan macabra escena. Al rato, cuando se hubo recuperado lo suficiente como para soportar con entereza cuanto tuviera que afrontar, regresó junto a Maltés. Estaba mareado y muy pálido.

—Marchaos si queréis, señor. No os necesito para esclarecer la causa de la muerte, es bastante evidente... —le ofreció Maltés señalando el mango del cuchillo hundido en el pecho de Audigou—. Aquí tenéis la tercera víctima, en París.

—La que necesitábamos para conectar el secuestro de Jean-Paul Fabères...

—Exacto. Un secuestro, un muerto —Maltés no pensaba jactarse de su triunfo—. Pronto tendremos un secuestro en Moulins. Aunque reconozco que en el caso de Valleix me pierdo... Es el único que muere antes de haber un secuestro...

—Puede que por una vez no se nos haya informado todavía. Probablemente ese secuestro ya se haya perpetuado, y no lo sabemos...

—Ummm —Maltés no estaba convencido—. Perdonadme, pero me cuesta creer que nadie haya denunciado la desaparición de un niño. Todas las víctimas raptadas pertenecen hasta ahora a familias acomodadas que

inmediatamente alertan a las autoridades, es difícil que en Moulins se rompa la pauta.

—Desde luego es extraño. Puede que a Valleix le hayan asesinado por otros motivos, aunque esté relacionado con el caso.

—Puede... Pero será complicado concretar eso, Inspector.

Unos hombres retiraban el cuerpo arrastrándolo con dificultad fuera del lodo mientras hablaban. Llovía, y Maltés y Rabechault se guarecían bajo un paraguas en incómoda compañía.

—Lleven el cuerpo al depósito, señores —ordenó Maltés volviendo la vista hacia el cielo encapotado. Estaba decepcionado y satisfecho al mismo tiempo—. Este caso empieza a llevarse demasiadas víctimas, tenemos que avanzar más rápido...

—¡Señor! —un hombre bajaba saltando a trompicones por la pendiente, resbalando con sus botas mientras trataba de salvaguardar una nota que llevaba en la mano—. ¡Señor! —llamó de nuevo pasando junto a los que se llevaban el cadáver de Audigou—. ¡Ha llegado un mensaje urgente para vos! Maltés le arrebató el papel de la mano con aire impaciente. Con un gesto de su cabeza le indicó que se apartara. Luego, ante la atenta mirada de Rabechault, leyó su contenido.

—¿Alguna nueva? —llovía cada vez más intensamente, y los dos hombres se apiñaban bajo el paraguas, muy molestos.

—Volvamos al hotel, Inspector —respondió Maltés guardando la nota bajo su abrigo—. Este no es lugar para hablar del caso y acabaremos empapados si continuamos aquí. Adelántese, enseguida me reuniré con vos.

Rabechault se marchó agradecido, llevándose el paraguas consigo. Empezó a subir la cuesta entre chapoteos y maldiciones, mientras abajo Maltés se inclinaba en el barro, sobre las huellas que rodeaban el lugar en el que habían encontrado al difunto Audigou. La lluvia resbalaba sobre su sombrero y su cuerpo empapándole, y pronto borraría aquellas marcas en la orilla cenagosa. Había muchas pisadas, la mayoría de los dos hombres que se acababan de llevar el cuerpo de allí, y había un surco, ancho y profundo, que indicaba el lugar por donde el asesino había arrastrado a su víctima hasta allí. Al parecer se había molestado en borrar sus huellas a lo largo de todo aquel tramo, porque no había pisadas alrededor...

Repentinamente, un poco más lejos y medio cubierta por algunos matorrales que crecían bebiendo del río, vio una huella distinta. Ésta era poco profunda y

menuda, lo que denotaba que pertenecía a alguien de complexión más ligera, y no muy alto, de pie pequeño. Maltés se acercó para ver mejor. Apartó las ramas secas que la ocultaban en parte y la estudió intrigado. Ahora que la veía más de cerca se planteó si no pertenecería al chico que había encontrado el cadáver... Al instante rechazó aquella conclusión, puesto que no había más huellas como aquella; daba la impresión de que el asesino, que se había molestado en eliminar todo rastro, la había dejado por error, lo cual le apuntaba a él, sin duda. No es que hubiese resuelto el crimen, pero estaba muy próximo. ¿Quién sería?, se preguntaba Maltés recorriendo el borde de la viscosa huella con el dedo. Debía ser alguien fuerte para poder asesinar y después arrastrar un cadáver como el de Audigou, no muy alto ni corpulento, pero sí fuerte... a no ser que contara con alguna ayuda, la de uno o varios cómplices. Le faltaban los detalles, esos que realzan y precisan el carácter de una persona, los que la dibujan y concretan. Maltés abandonó el lugar y se reunió con Rabechault. No le habló de esa pisada.

La prisión de la Conciergerie no estaba lejos y Maltés tenía intención de interrogar a Jean-Antoine Fabères acerca de Audigou. Se preguntaba si este último era un conocido de la familia Fabères, alguien cercano a ellos... a Jean-Paul. Esa respuesta sólo la poseía el traidor Fabères, de quien se decía que pronto moriría en la guillotina. Por eso tenía prisa, quería entrevistarle antes de que perdiera la cabeza.

—¿Por qué Fabères? —insistió todo el trayecto Rabechault. Su voz era como un sonsonete estridente en sus oídos—. ¡Rabasse podría responder a eso igualmente! Sabed, señor... que Fabères está aislado. No permiten visitas, está... ¡en la antesala de la muerte! ¿Lo entendéis?

—Igual que Rabasse, Inspector. Ambos están acusados del mismo crimen.

—Sí, pero a Rabasse aún le permiten las visitas.

—Quiero hablar con Fabères. Sé perfectamente cómo funciona la prisión, Rabechault, y recordad... que tengo carta blanca. Puedo entrar y salir de donde quiera, hablar con quien quiera... Las mismas personas que retienen a Fabères y que le condenarán, me otorgaron plena libertad para resolver este caso. Creedme, me dejarán pasar.

Y así fue. Ante el asombro y enojo de Rabechault, Maltés cruzó todas las puertas sin tener que pedir permiso. Fueron conducidos a la celda a la cual habían trasladado a Fabères en los últimos días, un lugar triste y solitario donde el preso pasaría sus últimas semanas aislado por completo, a solas

consigo mismo y con Dios. Cuando los dos investigadores entraron, fijó en ellos una mirada intensa y triste, aunque resignada.

—Lo tolero todo... —murmuró lúgubrementes—. Todo, mi destino... Excepto haber perdido a Jean-Paul. Él... lo es todo, lo único que me queda, mi familia... mi descendencia. Se lo han llevado. No hago más que preguntarme por qué, para qué... si estará bien, si le harán daño... si estará vivo...

Rabechault se quedó atrás, junto a la reja, porque odiaba esas escenas sentimentales que solían padecer todos los reos a punto de morir. Dejó que Maltés llevara la conversación con aquel hombre, una sombra de lo que había sido. Le habían despojado de su dignidad, su verdad y su alma. Aquél ya no era Jean-Antoine Fabères, sólo era la fachada, cuanto merecía la pena de él hacía días que se había perdido.

—Buenos días, señor —saludó Maltés con una inclinación sinceramente respetuosa.

—¿A qué han venido? Debe ser algo importante para que les hayan permitido verme. Ya no me dejan recibir visitas.

—Es por su hijo.

—Mi hijo... Oh, Jean-Paul... Me temo que no podré ayudarles demasiado... ¡Desde aquí dentro! —golpeó la reja con los puños, impotente, vencido—. Lo raptaron, es todo lo que sé.

—Sí, pero hay algo que quizás pueda ayudarnos a recuperarle. Se trata de un nombre, Renan Audigou. Queremos saber si vos le conocíais.

—¿Por qué?

—Ha aparecido muerto esta mañana en el Sena, y pensamos que puede tener alguna relación con el secuestro de vuestro hijo.

—¿Renan? ¿Muerto? Dios mío... ¡Eso es imposible!

—¿Así que le conoce? —Rabechault pareció despertar de su letargo al oírle y se acercó a ellos vivamente interesado—. Decidme, ¿qué relación teníais con él?

—¡Era su tutor! Por Dios, él se ocupaba cada día de la educación de mi hijo... ¡Jean-Paul le adoraba!

L'Echard les interrumpió en ese momento. Traía un mensaje para Rabechault. El Inspector lo leyó y después se lo pasó a Maltés. Se trataba de una breve nota en la que se les informaba de la identificación y localización de Grégoire Dubois. Un brillo de interés iluminó el rostro de Lázaro Maltés al saber la noticia. Al fin iban a saber quién era Dubois. Se volvió a Fabères, que se

había desplomado sobre su catre y sollozaba incapaz de contenerse.

—Fabères, ¿creéis que Audigou pudo tener algo que ver con el rapto de Jean-Paul?

—Por Dios... ¡No! ¡Es imposible! Renan no... Necesito salir de aquí...

—Creo que este hombre no nos dirá nada más —presionó Rabechault impaciente por irse.

—¿Notasteis algo extraño en él en los últimos días? Cualquier cosa que recordéis...

—Dejadme, os lo ruego... No responderé a nada más. No quiero saber nada más. Voy a morir, sé que voy a morir, y ya nada puedo hacer por Jean-Paul. No sé nada, os lo aseguro... Así que dejadme en paz. Quiero estar solo.

Maltés asintió, de todas formas comprendía que Fabères no iba a arrojar más luz en torno a Renan Audigou. Lo que buscaba saber ya lo había obtenido. El último cadáver estaba directamente relacionado con el niño secuestrado. ¿Y si sucedía igual con los demás niños? A nadie se le había ocurrido preguntar a los padres si conocían a aquellos hombres asesinados, Augereau, Valleix, y ahora Audigou... Resultaba revelador que en este caso Renan fuera el tutor de Jean-Paul, alguien muy cercano, con un vínculo afectivo muy estrecho.

—¡Abrid! —pidió.

—Rezad por vuestra alma, caballero Fabères. Es lo único que os queda —dijo Rabechault antes de salir.

Una vez fuera de la Conciergerie respiraron más tranquilos. El ambiente de la prisión era opresivo y deprimente, incluso para quienes entraban y salían libres. El ayudante del Inspector, Arnaud, les esperaba impaciente bajo la lluvia, deseoso de ponerles al corriente de cuanto habían averiguado sobre Dubois. Después de numerosas pesquisas, les explicó entre tartamudeos, había sabido que Grégoire Dubois era un caballero de Lyon, padre de tres hijos nacidos fruto de su matrimonio con una mujer de origen español, Sara Salazar. Poseía una finca en Beaune, donde pasaba casi todo el año; o más bien residía allí, apartado de su familia. Era un hombre muy rico y respetado en la región. Rabechault no pudo disimular un aire de triunfo. Estaban a punto de pescar al culpable. Dubois podía confirmarles si sus teorías eran ciertas, arrojar nueva luz sobre el caso y ayudarles a coger al asesino. Por fin la suerte estaba de su lado.

Mientras el siempre inseguro Arnaud ordenaba traer el carruaje, Maltés expuso cuáles eran desde su punto de vista los pasos que debían seguir. Ya

sabían dónde estaban todos los integrantes de la lista del Inspector, excepto François Fouassier, pero éste estaba en tercer lugar, luego aún tenían tiempo de encontrarle.

—Además —añadió Maltés bajo el paraguas con el que ambos se protegían de la intensa lluvia que llevaba cayendo sobre París toda la mañana—, si detenemos a Dubois, es de suponer que los secuestros se detendrán.

—Si es el culpable.

—Si no lo es, o si tiene otros cómplices, continuarán adelante, por eso nos ocuparemos de tener localizados a todos los niños antes de que se perpetúe otro rapto.

Un carruaje encapotado llegó tirado por dos caballos empapados cuyos cascos chapoteaban al pisar sobre los numerosos charcos del pavimento. Cruzó rápidamente el puente sobre el Sena, y se detuvo junto a Maltés y Rabechault. El ayudante del Inspector se apresuró a abrirles la portezuela para que pudieran subir enseguida. El joven estaba calado y tiritaba de frío, pero lo soportaba porque estaba Rabechault delante. Los dos investigadores encontraron un gran alivio al sentarse en el interior, confortable y seco. Allí podrían continuar hablando más relajados. Rabechault ordenó a Arnaud que partiera de inmediato a Bordeaux. Debía transmitir a todos los cuerpos de policía que pusieran todo su empeño en localizar a François Fouassier. El joven, deseoso de ser útil, cerró la portezuela y se alejó bajo la lluvia a la carrera.

—¿A dónde, señores? —el cochero se había agachado para preguntar, apenas resguardado del intenso aguacero.

—Al Palacio de Justicia —repuso Maltés.

—Necesitaré hacer el equipaje de nuevo para ir a Lyon —Rabechault planeaba ya sus próximos movimientos. Deseaba hacerse con la gloriosa detención de Dubois.

Pero Maltés no pensaba igual. Tenía para Rabechault otros planes muy distintos. Dejó el paraguas a un lado, se sacudió el agua de los bajos de su abrigo, se quitó los guantes y el sombrero y se acomodó en el agradable asiento acolchado, frente a Rabechault.

—No iréis a Lyon.

—¿Cómo? —se indignó el Inspector enrojeciendo.

—Primero, porque según nos acaban de decir, Dubois vive todo el año en Beaune. ¿Qué sentido tendría viajar hasta Lyon? Allí sólo encontraréis,

probablemente a su familia, y ellos, de momento, no nos son útiles.

—Bien, pues iré a Beaune, entonces... —suspiró aliviado al recuperar la perspectiva de una detención.

Maltés sonrió sin molestarse. Se estaba acostumbrando a la forma de ser del Inspector, su afán de gloria, su necesidad de tener éxito, o de apropiárselo. No le importaba, pero era necesario contenerle.

—Temo que no, señor. Vos partiréis hoy, sin duda, pero no a Beaune, ni a Lyon. Debéis centraros en vigilar a Louise Lubais de Lys, la próxima en ser raptada según vuestra lista...

—¡No haré tal cosa! —rugió Rabechault revolviéndose en su asiento—. ¡Vos no tenéis potestad para darme órdenes! ¡Iré a Beaune, desde luego!

—...tened en cuenta —continuó Maltés sin inmutarse—, que mientras yo hago mi trabajo en Beaune, vos tendréis la ocasión de detener a Dubois en Nantes, puesto que si él es el secuestrador, estará allí, y no en Beaune. Me parece que mi plan es mucho más ventajoso para vos de lo que pensabais...

Rabechault sonrió al notar el acierto de aquella observación. En efecto, tenía más oportunidades de detener a Dubois en Nantes que en Beaune si estaban en lo cierto acerca de ese hombre.

—Disculpad mi ímpetu... —se retractó al punto.

—Comprendo vuestro deseo de efectuar esa captura, señor. Obtend vuestra orden de arresto.

—¿Y qué haréis vos en Beaune?

—Tratar de aclarar un poco más quién es Dubois. Pensaba pedir una orden en el Palacio de Justicia para registrar su casa. Necesitamos pruebas para inculparle. Si llega el caso como esperamos, deberéis esperar al momento clave, no le arrestéis si no es cometiendo el delito. Ni antes ni después, tenéis que cogerle en el momento justo. Mi labor será recabar pruebas contundentes que apoyen vuestra detención. No permitiré que se nos escurra una vez le tengamos.

El Inspector no podía estar más de acuerdo, pero lamentaba el modo en que Maltés le arrebatava la dirección del caso. Su férrea decisión, su arrojo, seguridad, la manera en que se anticipaba a los hechos... Se sentía como una marioneta sin voluntad propia, y se daba cuenta de que hasta entonces no había dado un solo paso en la dirección correcta. Arrestar a Dubois se estaba convirtiendo más que nunca en una cuestión de orgullo. Vasek Rabechault temía por su futuro. Veía a Maltés como una amenaza que enturbiaba con luz

propia el brillante camino hacia el ascenso y el reconocimiento que él tan metódicamente había estado preparando. Pero no podía librarse de él, así que mientras se demoraban en el Palacio de Justicia recapacitó y llegó a la conclusión de que su mejor opción consistía en dejarse apoyar por él, por odioso que le resultase. Entraría en su círculo de luz, se beneficiaría de su éxito, y saldría bien parado.

A partir de entonces cada uno seguiría su propio camino. Rabechault partiría hacia Nantes, donde debía tener lugar el próximo rapto, y Maltés viajaría a Beaune, donde trataría de recabar pruebas de peso para asegurar el encierro de Dubois. Con suerte, salvarían a Louise Lubais de Lys de su destino, evitarían un futuro siniestro a los otros niños de la lista, y descubrirían el paradero de los anteriores desaparecidos, si es que continuaban con vida.

Capítulo 31

El mal tiempo acompañó a Maltés en su viaje a Beaune. La región de la Borgoña le recibió sumida en persistentes neblinas, cubierta de grises nubarrones desgarrados sobre las fértiles colinas. El frío y la humedad se negaban a abandonar la campiña francesa, arraigándose con sus largos dedos en cada rincón, estropeando los cultivos, enfermando a los sufridos agricultores y ennegreciendo el triste y encendido ánimo de los más desfavorecidos. La Borgoña, famosa por sus maravillosos viñedos, no era una excepción. Maltés atravesó la región cruzando carreteras embarradas y bosques nublados de ramas desnudas, hasta llegar a Beaune.

Viajó a caballo, acompañado de una pequeña guarnición. Soportó aquellas duras condiciones climáticas con estoicismo y determinación. Cuando llegó se instaló en la pequeña villa con sus hombres e inmediatamente empezó a preguntar sobre la ubicación exacta de la finca de Grégoire Dubois. Su presencia en una ciudad tan pequeña, donde todos se conocían, no dejó de llamar la atención, y muy pronto todo el mundo murmuraba acerca del

extraño y temible Inspector recién llegado de París. Hablaban de él en todas las reuniones, tildándole de hombre frío y reservado, demasiado joven para ocupar un puesto tan elevado dentro del Departamento de Justicia e Investigación. Sin duda le temían. No dejaban de preguntarse por qué buscaba a Grégoire Dubois, un caballero respetado, poseedor de uno de los viñedos más productivos del valle.

Aquel revuelo llegó fácilmente a oídos de Raynaud, el socio de Florian Bousquet en su consulta médica, y de éste al propio Bousquet, quien inevitablemente informó a Edouard. La llegada de un Inspector a la villa y su interés por Grégoire Dubois no sorprendió a su hijo, quien al contrario, esperaba algo así desde hacía tiempo. En cuanto supo que el Inspector, Lázaro Maltés, estaba haciendo preguntas, y se disponía a visitar la finca de su padre, decidió ser él quien se presentara al caballero en primer lugar. No tenía nada que ocultar, y quizás el recién llegado le ayudara a comprender de qué clase de asuntos se ocupaba Dubois, puesto que por sí mismo no lo había logrado. Por eso en cuanto Bousquet le habló de él ensilló su caballo y acompañado de su amigo se dirigió a Beaune. Sentía una gran curiosidad por conocer al Inspector y saber qué tendría que contarle.

Lázaro Maltés se hospedaba en una pequeña casa de alquiler de dos plantas, de estilo colonial, sencilla y muy cómoda, en pleno centro de la ciudad. Cuando llegaron, bajo una torrencial lluvia, vieron dos hombres armados apostados en la entrada, vigilando. Edouard y Bousquet desmontaron. Se aproximaron a los dos guardas y se presentaron, pidiendo ver al Inspector Maltés. Al principio, y hasta que Edouard se identificó como el hijo de Grégoire Dubois, los dos jóvenes soldados se negaron a dejarles pasar, pero en cuanto lo hizo, explicándoles que llevaba el apellido de su madre, cambiaron de actitud. Al punto uno de ellos desapareció en la casa para avisar al Inspector de su llegada, mientras el otro les cortaba el paso con el fusil. Afortunadamente no transcurrió demasiado tiempo hasta que el propio Maltés bajó a recibirles. Era serio y autoritario. Con un gesto enérgico ordenó a sus hombres que hicieran pasar a los dos caballeros. Se adelantó y extendió su mano a modo de saludo.

—Señores... —se inclinó, invitándoles a entrar en una agradable sala de estar donde un alegre fuego calentaba el ambiente—. Así que vos sois el hijo de Grégoire Dubois...

Les ofreció asiento y ordenó que les llevaran algo de comer. Suponía por las

ropas mojadas de los dos jóvenes que agradecerían tomar algo caliente que entonara sus cuerpos. Las ventanas de la sala se hallaban cubiertas de vaho, y la lluvia repiqueteaba contra los cristales.

—¿Por qué lleváis el apellido de vuestra madre? —se interesó Maltés estudiando a Edouard sin disimulo.

—Mi madre era española, se casó con mi padre y vino a vivir a Francia hace ya muchos años. Desde entonces su relación con él no fue, digamos, la que correspondería a un matrimonio bien avenido. Yo no estoy orgulloso de mi padre, nunca le consideré como tal, y por eso me niego a llevar su apellido.

—Vuestra madre murió hace unos meses, si no estoy mal informado, os doy mi más sincero pésame.

—Os lo agradezco, señor. Efectivamente ella murió de enfermedad. La enterramos en Lyon hace tres meses —Edouard guardó silencio apesadumbrado, pues aún le dolía recordar la pérdida—. Tengo entendido, señor, que buscáis a mi padre. He querido adelantarme, para advertiros que no le hallaréis aquí. Sin embargo, si os puedo ser de utilidad, estoy a vuestro servicio.

—En realidad, ya sabía que no encontraría en Beaune al señor Dubois...

—¿Entonces qué buscáis? —inquirió Bousquet—. Disculpadme, no me he presentado. Soy Florian Bousquet, ejerzo como médico aquí en Beaune y en Dijon, y soy amigo del señor Salazar.

Entraron trayendo un pequeño almuerzo y Maltés esperó a que lo hubieran servido todo antes de explicarse.

—Tengo una orden de registro. Me propongo ir a la casa de su padre e investigar en ella en busca de pruebas. No obstante, ya que están aquí, me encantaría que me ayudaran.

—¿Pruebas de qué? —Edouard había palidecido, a pesar de que ya intuía algo parecido. Temía la verdad, aun habiéndose preparado para ella durante los últimos meses—. ¿De qué se le acusa?

—Puesto que sois parte directamente implicada por ser familia de Dubois, os responderé sin rodeos. Se sospecha que Grégoire Dubois es el autor de un sinnúmero de secuestros, y mi presencia aquí se debe a la necesidad de recabar pruebas que demuestren su culpabilidad.

—¿Secuestros? —Edouard relacionó fácilmente aquella acusación con lo que su hermano Gael y él mismo habían visto. Desde el principio había intuido que su padre tenía algo que ver con el extraño albergue ubicado en su

propiedad, aunque desde luego no se le había pasado por la cabeza que fuera capaz de cometer un delito tan grave.

—Me hallo inmerso junto al Inspector Vasek Rabechault, de quien sin duda habrán oído hablar, en la investigación de una larga lista de raptos cometidos por toda Francia. París, Nantes, Poitiers, Bordeaux... A raíz de recientes descubrimientos hemos llegado hasta Grégoire Dubois, que aparece como principal sospechoso. Pero coman algo... No quisiera pecar de poca hospitalidad.

Bousquet y Edouard callaron, abrumados por las palabras de Maltés. Empezaban a sentirse superados por las circunstancias.

—Lamento ser portador de tan malas noticias.

—En realidad, caballero —apuntó Edouard mirando a Bousquet de soslayo—, temíamos algo así.

—Aclaraos, os lo ruego.

—Con la ayuda de mi buen amigo, Florien Bousquet, llevo tiempo investigando a mi padre. Sabíamos que ocultaba algo, siempre he sabido qué clase de hombre es, aunque hablar de secuestro ya es demasiado grave... Es más de lo que yo hubiera podido imaginar. Le hemos buscado sin éxito todo este tiempo. Desapareció y no hemos vuelto a saber de él.

Maltés se adelantó hacia ellos interesado. No tenía motivos para dudar de la palabra del joven Salazar, y desde su experimentado punto de vista creía en su sinceridad. Se preguntaba cómo un hijo puede llegar al punto de perseguir a un padre, qué motivos podía tener para albergar tan mala opinión de él...

—Entonces, quizás podáis ayudarme, caballero. Os diré que vuestro padre probablemente se encuentra en Nantes. El Inspector Rabechault ha viajado hasta allí y pronto, si todo va bien, le detendrá.

—¿En Nantes? —Edouard se sorprendió, siempre había creído que estaría más cerca, oculto.

—Edouard, quizás deberías contarle lo que vimos —intervino Bousquet rozándole con la mano en el brazo. Acompañaba a su amigo en aquellas tristes circunstancias y comprendía la gravedad de la situación—. Estoy seguro de que has pensado lo mismo que yo...

—¿Tenéis algo que decirme?

Edouard vaciló. No sabía por dónde empezar y se encontraba algo aturdido. Finalmente fue Bousquet quien se hizo cargo de la situación. Más entero que él le relató a Maltés todo en torno al misterioso albergue del bosque, sin

omitir ningún detalle. Desde el extravagante relato del hermano pequeño de Edouard, hasta su enfrentamiento con el caballero de negro. Maltés le escuchó sin pestañear. Mostraba una grave meditación. A medida que iba conociendo los detalles que ordenadamente le esbozaba el joven médico, crecía en él la certidumbre de que había hallado sin esfuerzo la prueba que necesitaba para encerrar a Dubois de por vida. El albergue “La Belle Nuit”, el pozo, aquellos mercenarios vigilando la zona... todo apuntaba a Dubois directamente. Es más, estaba casi seguro de que ese albergue era el lugar donde ocultaban a los niños secuestrados. Con qué fin, no lo sabía, pero pensaba averiguarlo.

—Seguramente habréis llegado a la misma conclusión que nosotros —dijo Bousquet para terminar—. Son demasiadas las evidencias, y me horroriza decirlo, pero probablemente, si registráis el lugar, hallaréis allí a esos niños desaparecidos.

—La niña de la que os habló vuestro hermano —aclaró entonces Maltés dirigiéndose a Edouard—, es Mireille Jacquenet, de doce años de edad, una de las últimas en desaparecer. Es la prueba que necesitaba. Si la encontramos en ese pozo con vida, ya no habrá duda. No será difícil relacionar a vuestro padre.

—Pero... Cabe la posibilidad de que sea inocente, aunque ese albergue se encuentre en su finca... Todavía me resisto a creer a mi padre tan extremadamente depravado. Precisamente con niños...

—Lo dudo... —recapitó Maltés—. En cualquier caso Rabechault lo confirmará en Nantes. Mientras tanto, deberíamos ir a ese albergue enseguida. El tiempo apremia, y no quisiera llegar demasiado tarde.

La rectoría donde vivía Lautrec era muy modesta; desde su llegada a la región, un auténtico hogar, apartado y discreto. Había llevado en ella una vida apacible dentro de lo posible, muy cerca del objeto de sus más oscuros deseos: Mireille. Durante su último encuentro con ella, después de tomarla por la fuerza, había decidido permanecer cerca para siempre. Viviría en la rectoría y disfrutaría de su compañía siempre que quisiera. Nadie tenía por qué saberlo, no sospecharían de él, un hombre apreciado en la comunidad, volcado en ayudar a los feligreses más necesitados. Tal era su obsesión con la niña que incluso estaba dispuesto a matarla antes que renunciar a ella.

Lautrec se detuvo un momento. Apoyábase sobre su cama, sudoroso... temblaba de excitación, pues se preparaba para hacer una nueva visita al albergue. Lautrec se relamió, humedeciendo sus labios agrietados. Se miró las manos, blancas y temblonas. Luego, mientras doblaba una sotana limpia y la colocaba pulcramente sobre la cama, empezó a rezar una oración. Cogió un cuchillo afilado y lo ocultó entre sus ropas. En su cabeza materializaba una y otra vez lo que podría hacer con Mireille cuando estuviera allí, junto a él. Imaginaba el placer de cada noche, cada día... cuando lo necesitara, la vio resistiéndose, como la última vez, suplicante, y eso le excitó aún más. Con los ojos desorbitados salió de su habitación y montó en su carreta, dispuesta fuera de la rectoría. Llovía mucho, pero no pensaba echarse atrás por eso. Fustigó el caballo de tiro y se alejó hacia Beaune siguiendo una carretera secundaria que discurría por el bosque.

“La Belle Nuit” se escondía en plena espesura, a unos diez kilómetros de la rectoría. Cuando Lautrec, a través de la densa niebla, vio al fin las luces de sus ventanas, se alegró de haber llegado. Por el camino su impaciencia había crecido tanto que ya no lograba dominarse. Detuvo la carreta en un recodo del camino, fuera de la vista de los vigilantes, se bajó torpemente y caminó con sus flacas piernas por el embarrado camino hacia el albergue. Ya había anochecido, aun habiendo salido más temprano que de costumbre, y la oscuridad envolvía el brumoso lugar. Sobre él se derramaban gruesos goterones de agua helada entre la fina lluvia que se colaba desde las altas ramas de los árboles desnudos, y sus botas se hundían en el suelo con un cloqueo viscoso. Apareció de improviso ante los guardias de la entrada, como una aparición huesuda y desmejorada procedente del ultra mundo. Ellos, impasibles, se limitaron a saludarle y se apartaron. Estaban acostumbrados a sus visitas diarias y a su aspecto famélico y enfermizo y ya no le prestaban atención.

Entre tanto, acostada en su celda sobre un charco maloliente, Mireille sufría lo indecible. El agua de la lluvia se filtraba desde el techo y había formado en el suelo una fina película de humedad pestilente sobre la que no le quedaba más remedio que tumbarse si quería dormir. Se hallaba pues tendida de costado, con la mejilla pegada en el viscoso fondo de agua, y las manos sobre el vientre, que no le había dejado de doler desde la noche anterior. A su regreso de la Sala Roja no había respondido a las llamadas de Gérald, se había desplomado exhausta y desde entonces no se había movido, no había

comido nada, y pensaba dejarse morir. El dolor en su vagina era aún más insoportable que el de la tripa, y había estado sangrando. Mireille se esforzaba en dejar su mente en blanco. Rechazaba sistemáticamente todo recuerdo de lo ocurrido en ese infierno rojo, pero cuando a pesar de su determinación revivía aquella espantosa experiencia en manos de un hombre sucio que no cesaba de manosearla, invariablemente vomitaba. Ya no le quedaba nada que arrojar. Las ratas habían estado deambulando por doquier, chupeteando lo que ella había echado, y ya no lo hacían porque ella ya sólo podía expulsar una bilis amarga. Tampoco le quedaban lágrimas, sólo un férreo deseo de morir.

El dolor regresó, como una punzada penetrante. Sacudió su cuerpo mancillado. Mireille sufría. De pronto oyó los pasos del carcelero y algo la incitó a moverse. Se dio cuenta de que su pesadilla aún no había terminado. Descubrió horrorizada que aquella noche iba a volver a pasar por el mismo tormento...

—¡Arriba!

El carcelero abrió la puerta con violencia, molesto porque le habían interrumpido mientras cenaba. Al ver que la niña no se movía, entró maldiciendo y la arrebató del ponzoñoso suelo en el que se hallaba tumbada, obligándola a ponerse de pie.

—¡Maldita seas! ¡Mira cómo estás! ¿Crees que así nos sirves de algo? ¿Crees que te librarás?

Le ató las manos sin miramientos.

—Por favor... No me lles con él, por favor... —suplicó ella sin fuerzas.

—¡Cállate! O puede que una de estas noches sea yo quien te visite...

El carcelero la cogió en volandas, como siempre, y la sacó del habitáculo. Mireille conocía bien el proceso. La llevaría a la horrible habitación, donde la lavaría y la perfumaría, limpiando su piel y su cabello de la mugre de su encierro, todo para que estuviera presentable, y deseable. Después la dejaría en la Sala Roja, y allí, de nuevo, se encontraría con el Demonio.

Todo sucedió exactamente igual. Mireille rezaba mientras su cuerpo se zarandeaba cargado como un saco sobre la espalda del celador, lloraba al dejarse bañar, incluso cuando él abusaba y la manoseaba con la excusa de arrancarle la mugre, y finalmente enmudeció, entrando en un apático estado, al sentir que deslizaba un vestido sobre su cuerpo. Cuando llegó el momento, supo que aquel desagradable hombre que tanto la había estado atormentando

estaba ya allí, esperándola. Tras ella el carcelero se retiró, riéndose entre dientes, y entonces él corrió la cortina y la obligó a pasar al confesionario.

Lautrec estaba desnudo y sus ojos saltones la devoraban mientras unas pocas lágrimas discurrían por sus escuálidas mejillas. Su pecho agitado subía y bajaba, hundido, su piel brillaba cetrina y el escaso vello que la cubría se adhería a ella sudoroso. Estaba excitado y suplicante, con las desproporcionadas manos tendidas hacia ella.

Mireille, privada de la vista, no tenía donde huir, no podía eludir aquel infierno al que se veía sometida desde que la arrancaran cruelmente del lado de sus padres. Ya no recordaba los rostros de sus seres amados, no lograba pensar en ellos sin sentirse avergonzada, y creía que si alguna vez volvía a verlos ya no la querrían, pues había sido humillada, vejada, hasta la saciedad. Cuando Lautrec de nuevo puso sus manos sobre ella, sólo deseó la muerte.

En el exterior, entre la niebla y una densa cortina de lluvia, surgió la figura de Théodore Teyssière. Llegaba a caballo, seguido por otros tres hombres de su confianza. Ante la mirada impasible de los guardianes del “nido”, cruzó la entrada, pasando entre ellos con total libertad. Saludó con un gesto de su cabeza, como si su presencia allí fuera casual... Era muy consciente de su autoridad. De pronto, en cuanto hubo traspasado el umbral, los tres hombres que le seguían se volvieron y con rápidos movimientos tomaron a los dos vigilantes por sorpresa, degollándoles sin darles la oportunidad de emitir el menor ruido. Dejaron caer sus cuerpos sobre el desnudo suelo, en medio de un gran charco de sangre.

—Quemadlo todo, no dejéis a nadie con vida —dijo Théodore Teyssière impasible—. Arrasad este lugar para que no quede rastro alguno.

En medio de aquella extraña noche aquellos asesinos se colaron en el albergue. Portaban antorchas encendidas y largos cuchillos. Avanzaban despacio, en silencio, moviéndose como sombras siniestras. Llevaron la muerte diestramente a cuantos se encontraron en el interior, degollándoles sin que ofrecieran resistencia. La mayoría no eran desconocidos, pero debían morir. La consigna era no dejar ningún testigo en ese “nido”. Entraron en cada una de las habitaciones interiores, en la cocina, en la sala dispuesta para los guardas... Sorprendieron a sus víctimas durmiendo, o cenando, daba igual. Les cortaron la garganta, avanzando poco a poco, en silencio, como una marea mortal. Pronto aniquilaron entre los cuatro a doce personas en los dos pisos...

—Bajad a las celdas... —les había susurrado Théodore Teyssière junto a la entrada, a la luz de su antorcha. Su piel lívida tenía un brillo fantasmagórico propio de un muerto, pero sus ojos brillaban llenos de vida... Disfrutaba con aquella matanza—. Ya sabéis lo que tenéis que hacer. A vuestro regreso prended fuego a todo.

Ajeno a la atroz redada de asesinatos que estaba teniendo lugar en el piso superior, Lautrec terminaba de vestirse. A sus pies Mireille yacía sin sentido, sangrando porque la había violado una y otra vez, incapaz de encontrar el momento de acabar. Nunca parecía satisfecho y había vuelto a empezar tres veces en total antes de que la chiquilla se desmadejara con un hilo de vida en su magullado cuerpo. Lautrec se ajustó la sotana en torno a su húmedo cuerpo, y luego trató de volver a Mireille boca arriba. Necesitaba saber si aún respiraba. Se agachó sobre ella y escuchó, con la mejilla tan cerca que rozaba su sedosa piel y olía su perfume... Volvía a excitarse.

Pero debía contenerse, o la mataría. Sacó el cuchillo de sus ropas y acercó el filo brillante a los suaves párpados de la chiquilla inconsciente. Necesitaba cortar aquellos feos hilos que ocultaban tan hermosos ojos. Quería que ella le mirara cuando lo hicieran, quería reflejarse en sus grandes y almendrados ojos de diosa cuando la poseyera, y con los párpados cosidos era imposible. Poco le importaba si le llamaban la atención, o si tomaban represalias... Mireille era suya, había pagado una fortuna por ella. Con un gesto rápido y certero cortó los hilos secos que bordeaban los delicados párpados. Primero un ojo, después el otro... Luego retiró los restos de hilo y limpió con cuidado las heridas, soplando suavemente sobre ellas.

De pronto un dolor espantoso laceró su garganta cuando un hombre, por sorpresa, le cogió por detrás y le degolló con un enorme cuchillo. Trató de decir algo, abiertos los ojos desmesuradamente, pero sólo pudo boquear sangre. El desconocido le propinó un violento empujón y le dejó caer sobre Mireille, sin vida. Era uno de los sicarios de Teyssière quien se había aproximado con sigilo y le había atacado por sorpresa. Se inclinó sobre Lautrec para comprobar si aún respiraba: un enorme charco de sangre delataba su muerte. Luego miró a la chiquilla, desnuda y desmadejada, puso una mano en su cuello y trató de ver si estaba viva o muerta. Estaba muerta o a punto de morir. Se volvió y continuó su mortal marcha. Aún tenía mucho que hacer, y había que incendiarlo todo...

Pero Mireille no estaba muerta, aunque se encontraba tan débil que apenas

podía moverse. Se había desmayado, y al despertar se vio sola, en medio de La Sala Roja. Lautrec le impedía moverse con el peso de su aborrecible cuerpo semidesnudo, pero al parecer había fallecido con la garganta seccionada. Mireille no lograba entender qué podía estar sucediendo. ¿Por qué estaba el cura muerto sobre ella? Pero estaba muerto, aquel demonio estaba muerto, tendido sobre ella sin vida... Eso encendió su corazón y le dio fuerzas, lo demás no importaba. Al poco se dio cuenta de que veía algo, borroso, pero veía. Se llevó las manos a los ojos y descubrió que ya no tenía los párpados cosidos... Alguien había cortado los hilos... Miró al sacerdote y vio un cuchillo en su mano. ¿Habría sido él? ¿Y qué más daba? Le arrebató el arma y como pudo se retorció para liberarse de su inerte peso, que la aplastaba. Al cabo estaba libre, cogió del suelo el vestido que con tanta prisa le había arrancado aquel depravado y se lo puso, cubriendo su desnudez.

No sabía qué hacer, no entendía por qué aquel hombre estaba muerto... Entonces oyó un grito y un fuerte ruido. De las escaleras que conducían a la antesala donde solían bañarla llegaba un rumor de pasos y de lucha. Ella aún no podía ver con claridad, pero guiándose por su intuición se escondió en el confesionario, corriendo la cortina sobre ella. A través de la rendija que se abría entre el espeso cortinaje y la pared podía ver si alguien entraba en la Sala.

Transcurrieron unos minutos sin que nada ocurriera, aparte de los gemidos que provenían del otro lado de la antesala. Esperó, hasta que la certidumbre de que si se quedaba allí moriría se apoderó de ella. Se asomó de nuevo y trató de pensar qué hacer... estaba tan débil, magullada, dolorida, cansada... Se echó a llorar desconsolada. No lograba centrarse, dominar el pánico. Quería vivir, por encima de todo, quería vivir y volver a ver a sus padres.

—Gérald... —recordó de pronto que su compañero y amigo estaba encerrado en alguna parte.

¿Y qué podía hacer ella? De repente se sintió ínfima, pequeña e insignificante. ¿Qué podía hacer ella por Gérald? Estaba precisamente allí de donde venían los gritos, probablemente ya estaba muerto...

—No... Gérald, no...

Mireille se levantó y echándole un valor nacido del miedo y la desesperación, salió de su seguro refugio, en el confesionario, aquel lugar horrendo donde tanto había sufrido. Resultaba irónico que ahora fuera un refugio. Abandonó al despreciable Lautrec, muerto en medio de su propia sangre y se aproximó

de puntillas a la pesada puerta entreabierta que daba a aquella antesala... Se asomó, vio la bañera, los jabones, los botes de perfume, las toallas... No había nadie. Mireille estaba mareada y sentía náuseas. La cabeza le daba vueltas y un insoportable dolor en la vagina la obligaba a caminar encogida. Sujetó el cuchillo con las dos manos y rezó por lo bajo mientras trataba de aclarar la vista, aún muy borrosa.

Delante de ella se abría un largo y angosto pasillo de piedra apenas iluminado. No había ni rastro del celador. ¿Estaría muerto también, como Lautrec? Mireille deseó que así fuera. De momento podía considerarse afortunada, aunque tenía que apresurarse si quería hacer algo por Gérald, o por sí misma. Se preguntó cuál sería la celda de su amigo y cómo podría sacarle. Dudó unos instantes, sin atreverse a salir al pasillo. De repente se le antojaba extremadamente largo y no se sentía capaz de recorrerlo. Estaba tan cansada... Susurró por lo bajo el nombre del muchacho para ver si estaba cerca y le contestaba.

—¡Gérald... ¡Gérald! ¿Dónde estás?

A ambos lados del pasillo había varias puertas. A través de ellas varias voces contestaron, pero ninguna era la de su amigo. Mireille temió que armasen demasiado alboroto y la descubriesen. Se oyó un golpe, y de pronto un hombre apareció al otro lado, armado con un largo cuchillo ensangrentado.

—¡¿A qué viene tanto jaleo?! —bramó de pronto muy tranquilo—. ¡¡Callaos, pronto os llegará el turno!!

Se rió entre dientes levantando el cuchillo en el aire.

—Aún me queda un rato aquí abajo... Esperad vuestro turno y seré rápido con vosotros...

Al instante todos enmudecieron. Mireille atisbó desde la pequeña sala de baño, y le vio caminando por el pasillo. Arrastraba los pies y rozaba el cuchillo contra la pared para asustar a los pequeños prisioneros. Desapareció enseguida. Mireille oyó cómo abría puertas, lamentos, el filo del cuchillo sobre la carne, algún gemido, gritos, otra puerta... Estaba matando a los niños de las celdas, uno a uno. ¿Habría matado ya a Gérald? Una amarga sensación de impotencia se adueñó de Mireille. Se quedó donde estaba, petrificada por el terror a pesar de tener un cuchillo entre sus trémulas manos.

Al poco, aquel asesino apareció de nuevo. Al parecer había terminado en el otro pasillo y ahora se disponía a empezar con las celdas de aquella parte, ante los atónitos ojos nublados de la pequeña Mireille. Empezó a abrir las

puertas. Fue entrando en cada habitáculo, sin sacar a ningún niño. Era fácil adivinar que los estaba asesinando. Abría, entraba, degollaba al pequeño que encontraba dentro, y volvía a salir, con la hoja de su mortal cuchillo goteando sangre. A continuación se dirigía a la siguiente puerta y volvía a hacer lo mismo...

El asesino estaba muy cerca. Llevaba un manojo de llaves en la mano, pero eran inalcanzables. Mireille jamás lograría arrebatárselas. De hecho no podía moverse. El miedo la mantenía pegada a la pared, tras la puerta de la sala de baño. “*¿Qué puedo hacer yo?*”, se preguntaba una y otra vez.

—¡Toscanne! ¡Date prisa, maldito patán! —se oyó gritar desde el piso de arriba—. ¡Vamos a prenderle fuego a todo, contigo dentro si no sales enseguida!

—Voy... maldita sea... —murmuró el tal Toscanne limpiándose con la manga de su camisa ensangrentada la comisura de los labios—. Acabemos ya, empiezo a estar harto...

Mireille le vio abrir una celda muy cerca de donde ella se encontraba. Pronto habría terminado, y entonces entraría directamente en la sala de baño, donde estaba ella...

Tenía que hacer algo.

La chiquilla respiraba con dificultad y temblaba convulsivamente. Ya no pensaba en Gérald, sólo en sobrevivir, en salir de allí como fuera, en volver a ver a sus padres...

De pronto algo en su interior se agitó. Toda la rabia contenida, el miedo, el dolor, el sufrimiento, se agolparon en su pecho como una marea violenta de ofuscación, y en cuanto vio que el tal Toscanne desaparecía dentro de aquella celda abandonó su escondite y se aproximó a él por detrás, con el cuchillo en alto. Allí estaba, de pie, sujetando a un pobre muchacho por el cabello, dispuesto a matarlo. Mireille dio un alarido y saltó con una violencia inusitada hacia aquel asesino desalmado. Cuando Toscanne se volvía asombrado hacia ella, se tiró sobre él y le clavó el cuchillo en el estómago. El hombre cayó aullando. Un torrente de sangre bañaba su vientre. En ese instante Mireille le asestó otra cuchillada, esta vez en la garganta, tan profunda que ahogó sus gritos, convirtiéndolos en un estertor gorgojeante. Al fin Toscanne cayó muerto.

—¿Quién eres? —preguntó temblando aquel muchacho al que acababa de salvar. Aún estaba arrodillado, con los ojos muy abiertos, contemplándola sin

dar crédito a lo que veía—. ¿Mireille? —¿era la voz de Gérald la que estaba oyendo? Mireille le miró sin comprender—. ¿Mireille? ¿Eres tú? —aquella voz le resultaba ya tan familiar que la chiquilla no tuvo dudas de que era él—. ¡Mireille! ¡¿Eres tú?!

Era un milagro. Al verle por fin, al mirar su rostro, todo el coraje que hasta entonces la había sostenido se desparramó, como el agua que se vierte de una jarra. Sin poder creer su buena fortuna se abrazó a él, estrechándole intensamente, compartiendo en aquella íntima cercanía todo el horror que habían pasado, el consuelo de poder estar juntos al fin.

—Creí que estabas muerto... —sollozó ella— los estaba matando a todos... Creo... —notaba que algo se desgarraba en su interior, probablemente su alma— creo que no queda nadie, Gérald... Sólo tu y yo... Tú y yo...

—Mireille... ¿Qué vamos a hacer? Iba a cortarme el cuello, iba a matarme... Creí que... Tenemos que irnos... ¿Puedes levantarte?

—Sí... creo que sí —respondió muy afectada. Pero el dolor había vuelto, lacerante y profundo en sus entrañas. Se apoyó en él. Le temblaba todo el cuerpo cuando se puso en pie y finalmente cayó de rodillas, a punto de derrumbarse. Había llegado a su límite—. No puedo... me duele...

—No, Mireille, yo te ayudo... Apóyate en mí...

Por la mañana temprano una pequeña comitiva compuesta por Lázaro Maltés y seis de sus hombres, Edouard Salazar y Florian Bousquet, atravesó el bosque en dirección a la vaguada sobre la que se hallaba el albergue “La Belle Nuit”. Los caballos levantaron la tierra mojada al pasar con un retumbar sordo que agitó la tranquilidad como un trueno de tormenta. Habían salido de la casa de Grégoire Dubois e internándose entre los árboles a gran velocidad, se habían sumergido en la persistente niebla, desapareciendo rápidamente. Los jinetes apenas distinguían más allá de cinco o diez metros por delante de ellos y soportaban el frío y la niebla enfundados en sus largos abrigos de montar. Iban armados con fusiles. Edouard indicaba a Maltés el camino a seguir sin intención de bajar por la vaguada. No pensaban ir al pozo, sino directamente al albergue, bordeando la colina tras la que se ocultaba.

No bien hubieron rodeado el suave desnivel tras el que se hallaba su objetivo, vieron una espesa humareda mezclándose con la neblina. Maltés dio el alto.

Desde donde estaban apenas distinguían el contorno del albergue envuelto en llamas. Atónitos contemplaron las furibundas lenguas de fuego que asomaban de las ventanas lamiendo el tejado y las paredes con un destructivo fulgor anaranjado; columnas de humo negro se elevaban hacia el cielo, retorcidas e inflamadas, arrastrando en su voraz ascenso la pesada niebla que envolvía el bosque. Habían llegado demasiado tarde. Acercarse era imposible, y tratar de apagar el incendio una temeridad. Allí no podía quedar nada ni nadie, y en cuestión de media hora lo que había sido el falso albergue se habría transformado en un informe montón de polvo, cenizas y maderas carbonizadas.

—Maldita sea... —murmuró Edouard exteriorizando el sentir general.

—Ya nunca sabremos lo que se ocultaba tras esos muros...

—Se equivoca, señor Bousquet —afirmó Maltés de mal talante—. Siempre queda algo. Siempre —luego se dirigió a sus hombres—. ¡Batid toda la zona! ¡Rastreadlo todo, palmo a palmo!

—¿Qué buscamos? —dijo uno de ellos nada contento con la idea de permanecer en medio de aquella niebla.

—¡Cualquier cosa!

Maltés contempló el modo en que las llamas derruían el albergue, arrasándolo todo.

—Lo mejor será regresar. Nada tenemos que hacer aquí, por lo menos hasta mañana.

—Quisiera ayudar, dejadme colaborar con vuestros hombres. No soportaría quedarme sin hacer nada...

—Edouard, me temo que habrán asesinado a esos niños, o se los habrán llevado —afirmó Bousquet al ver el abatimiento de su amigo.

—En cualquier caso no creo que encontremos a nadie con vida en este lugar. Quienquiera que lo haya hecho, pretendía arrasarlo, y lo ha conseguido.

—¿Y el pozo? ¡Puede que haya niños con vida ahí abajo!

—Edouard —insistió Bousquet sujetando a su caballo, que se agitaba temeroso del cercano incendio—, mira esas llamas... La humareda... Nosotros no podemos ni acercarnos, ¿crees de verdad que si había algún niño ahí abajo habrá sobrevivido? Si no han perecido quemados, lo habrán hecho sin duda asfixiados...

—Volvamos a su casa, señor Bousquet —sugirió Maltés haciendo retroceder a su montura mientras vigilaba a los hombres que habían desmontado de

mala gana y se alejaban ya, separándose en abanico para batir el bosque—. Regresad conmigo mañana, si tanto deseáis colaborar. Mis hombres harán una primera batida hoy —indicó con un gesto de su mano—, y al amanecer, con las primeras luces, podremos volver y tratar de bajar a los subterráneos.

—Mi casa es su casa —convino Bousquet—, por supuesto.

—Necesitaría de vos que me contarais más cosas acerca de vuestro padre, señor Salazar.

—Claro —aceptó Edouard como hipnotizado por el dantesco fuego, cuya voráGINE había derruido ya el tejado y amenazaba con derrumbar las paredes. Estaba gravemente afectado por la suerte de los pequeños, supuestamente enterrados en aquel horno infernal—. Responderé cuantas preguntas queráis hacerme. ¿Qué hay del registro?

—Encontré algo que creo os interesará... Pero prefiero explicároslo luego, al abrigo de un buen fuego. En cualquier caso he mandado a unos cuantos hombres con objeto de vigilar la casa hasta que Dubois sea detenido, por si acaso.

—No creo que él regrese —indicó Edouard preguntándose qué habría encontrado Maltés.

—No, yo tampoco —Maltés palmeó su espalda con suavidad—. Lamento todo esto. Me hago cargo de lo que debe suponer para vos el que vuestro padre finalmente esté involucrado en un crimen tan atroz.

—Vos no sabéis nada... Os sorprendería lo poco afectado que estoy. Grégoire Dubois hace tiempo que dejó de ser mi padre. Lo único que me duele es no haber hecho nada por esos chiquillos...

—No te atormentes más Edouard, vamos, descansemos hasta mañana y entonces veremos qué hacer.

Los tres caballeros pasaron las primeras horas de aquella triste tarde sumidos en un mustio estado de ánimo. Mientras procuraban cambiarse de ropa y descansaban unas horas después de aquella infructuosa excursión al bosque, Maltés se entretuvo en ordenar sus ideas y en hacer interminables anotaciones en su inseparable cuaderno. Necesitaba poner orden en su cabeza, hacer un alto y mirar atrás, con otra perspectiva... Se impacientaba, ansiando que llegara el alba para remover los restos del incendio y buscar nuevas pistas. Temía que el autor de tan brutales hechos fuera tan metódico como para haber logrado borrar todo rastro. Un contratiempo así le haría retroceder un gran paso en su investigación. Donde hubiera podido obtener la prueba que

necesitaba para detener definitivamente a Dubois, sólo quedarían cenizas... Sólo el hallazgo de los cuerpos carbonizados de algunos niños, si es que los hallaban, servirían para demostrar su culpabilidad, cuando los identificara en caso de ser posible. Si quedaba algo...

A media tarde volvieron sus hombres, empapados y malhumorados. No habían encontrado nada y habían registrado los alrededores en más de un kilómetro a la redonda del albergue. Llegaron con las botas cargadas de barro y los sombreros y abrigos totalmente llenos de agua, ateridos de frío y cansados. Una vez hubieron informado se retiraron a las dependencias de la servidumbre, donde la cocinera de Bousquet les serviría algo caliente y les mostraría un lugar donde cambiarse y secar sus ropas.

Entre tanto Bousquet, que había bajado al salón hacía rato, meditaba sentado en un diván cerca de la chimenea, con los codos apoyados sobre las rodillas y la barbilla sobre las manos cruzadas. Llevaba semanas intentando prestar ayuda a su amigo sin éxito, y se sentía culpable y muy ineficaz. Evocó el rostro de Milena, sus dulces maneras y un suspiro encendió un tanto su espíritu alicaído. Si las cosas hubiesen sido de distinto modo ya la habría visitado en Lyon. Edouard y Maltés se reunieron con él al poco, y los tres quedaron momentáneamente en incómodo silencio. Ninguno se encontraba tranquilo.

—Decidme, señor Inspector... —Edouard se había colocado junto a la ventana, con los brazos cruzados. Parecía darle vueltas a algo y que al fin se había decidido a romper el silencio—. ¿Qué fue lo que encontrasteis en casa de mi padre?

—¿Cómo? —Maltés hizo un esfuerzo por abandonar sus propias meditaciones.

—Me dijisteis que habíais hallado algo de interés durante el registro de la casa de mi padre...

El Inspector le observó, entrecerrando los ojos. De pronto se levantó, sacó un papel doblado del bolsillo de su chaqueta y se lo tendió a Edouard. Había olvidado la existencia de aquella pista, a tenor de los dramáticos acontecimientos acaecidos en el bosque. Su expresión era enigmática.

—¿Qué es...

Edouard sostuvo unos instantes aquel papel doblado, sin atreverse a mirarlo.

—Adelante, abridlo, creo que os resultará revelador en extremo...

Edouard lo desdobló y echó un vistazo a su contenido. Bousquet, lleno de

curiosidad, se levantó y se aproximó. Ahora Maltés y él observaban a Edouard expectantes. Por su reacción adivinaron que estaba furioso. Había palidecido y su mano temblaba.

—Es una carta dirigida a su padre —aclaró Maltés a Bousquet sacudiendo la cabeza con tristeza.

—Es una carta sin firmar... —levantó la vista Edouard mirando a su amigo. Tenía los dientes apretados en un gesto de incontenible rabia y una profunda arruga marcaba su frente atribulada— ...en la que se le confirma a mi padre de la existencia de la herencia de mi madre... Bousquet, es justo lo que pensábamos...

—¿Qué? —exclamó Bousquet asombrado. Se volvió a Maltés con el interrogante pintado en su rostro—, pero ¿dónde la habéis hallado?

—Es indudable que vuestro padre tiene buenos contactos, señor Salazar. Esta carta —explicó pidiéndosela a Edouard con un gesto amable—, la encontré en su casa, en el cajón del escritorio de su despacho, guardada bajo llave. Edouard suspiró agotado, aunque no sabía de qué se sorprendía, cuando hacía tiempo que sabía lo que su padre tramaba.

—Él quiso dejarnos sin nada... Y lo hacía en nuestras narices, con toda falsedad...

—Explíquese —Maltés se sentó junto a él, muy interesado.

—Antes de morir, mi madre, que al parecer sospechaba ya de su ruin naturaleza, quiso protegernos. Disponía de algunas propiedades en España, una herencia que premeditadamente mantuvo oculta a mi padre mucho tiempo, y que quiso dejarnos a nosotros para asegurar nuestro futuro. Por lo visto no logró mantener el secreto... Bousquet y yo hemos estado investigando por nuestra cuenta desde hace un tiempo, alarmados porque hubo un intento de robo en el despacho de nuestro abogado, Benjamin Rembrandt, en Lyon. Alguien quiso apoderarse del original del testamento de mi madre, pero afortunadamente Rembrandt hizo dos copias, y el original lo guarda bajo llave en lugar seguro. Yo sabía que mi padre debía estar detrás de todo eso, imaginé que su intento de reconciliación con nosotros, toda esta pantomima de estar juntos en Beaune, en familia, no era sino una excusa para distraernos mientras trataba de destruir esos documentos para así aparecer como el salvador, representar su papel de amantísimo padre, tendiéndonos su mano para en realidad quedarse con toda la herencia... y después abandonarnos.

—Ahora tenéis la prueba de que vuestras sospechas son ciertas —aseguró Maltés guardando aquella pista en su bolsillo—. Si hubiera logrado destruir el original y cualquier copia de ese testamento hubieseis perdido la herencia y Dubois sería el beneficiario directo. Pero ¿por qué querría hacer algo así? Tengo entendido que ya es un hombre muy rico.

—No es lo único que he de contaros... en fin, la verdad es que gracias a mi amigo Benjamin Rembrandt hemos podido averiguar que ingresaba grandes sumas de dinero en distintas cuentas bancarias, dinero manchado con la inocencia de los niños, supongo, a juzgar por vuestras pruebas... Aunque no tengo nada que demuestre de dónde procedía ese dinero, sólo sé que mi padre, a nuestras espaldas, se ha hecho con una inmensa fortuna y que no contento con eso quiso adueñarse de la de mi madre.

—¿Posee documentación de todo eso?

—Tengo papeles donde se ve que ingresaba esas cantidades, aunque, como le decía, no de su procedencia. Pero aún no he terminado... Grégoire Dubois, señor, no contento con todo esto... se atreve a ensuciar el buen nombre de la familia con una amante. Descaradamente, mientras estábamos aquí, según él porque quería empezar de nuevo... no sólo ha vuelto a darnos la espalda, a manipularnos, sino que he sabido que una mujer calienta su cama desde hace tiempo, antes incluso de que mi madre... muriera.

—¿Una amante? —Maltés se inclinó hacia él con interés—. ¿Sabéis quién es?

—¡Por supuesto!

—Edouard, no... Aún le debemos cierto respeto a ella. Te lo ruego...

—Caballeros, no pueden ocultarme información. La honra, la lealtad o el respeto... en estas circunstancias nada tienen que ver, por desgracia.

—Pero y ¿qué puede tener que ver ella en todo esto? —se revolvió Bousquet tratando de defender a Elizabeth Guisset, a la cual aún consideraba como a una amiga a pesar de todo.

—Puede que nada, puede que todo.

—Hace un tiempo fuimos a visitarla a su residencia, en Chenôve. Queríamos saber si ella nos podía decir dónde estaba mi padre. Fue allí donde descubrí la verdad. Que ella era su amante. Elizabeth Guisset...

—Perdón, señor —les interrumpió de improviso el criado de Bousquet—. Un hombre solicita ver al señor Maltés. Dice que es el Inspector Vasek Rabechault.

—¿Es vuestro compañero, Inspector? —inquirió Bousquet obteniendo un gesto significativo a modo de respuesta—. Está bien, Philippe, hazle pasar enseguida.

—Quizás tengamos noticias sobre el paradero de su padre, señor Salazar —anunció Maltés levantándose para recibir a Rabechault.

Edouard calló, algo demudado. Ahora que tenía la certeza de que Dubois era un infame capaz de todo deseaba que fuera apresado y que expiara sus culpas. Al poco rato el criado condujo a la sala a un Rabechault tan mojado como lo habían estado ellos mismos aquella mañana. Saludó con cortesía, inclinando su grueso cuerpo ante los tres caballeros, y a una invitación de Bousquet se desprendió de su abrigo y de su sombrero y se sentó con ellos.

—Espero disculpen mi intrusión, caballeros, pero un asunto urgente me ha obligado a buscar al señor Maltés donde quiera que estuviera.

—¿Venís de Nantes? —interrogó Maltés sospechando que algo había salido mal.

—En efecto. Debo añadir que no ha dejado de llover desde la última vez que nos vimos en París —gruñó.

—¿Qué ha sucedido? ¿Tenéis a Dubois? Éste, señor, es su hijo, Edouard Salazar, y este caballero es el dueño de esta casa, el señor Florian Bousquet.

—¿Está mi padre arrestado?

—No, me temo que no... —se excusó—. Es decir...

—¿Qué ha sucedido? —Maltés había previsto aquel fracaso y no parecía alarmado en exceso. Sólo necesitaba saber los detalles de lo sucedido para planear el siguiente paso—. ¿Y Louise Lubais de Lys, la niña a la cual debíais proteger?

—Temo que cuando llegué a Nantes ya había sido raptada. Encontré a sus padres desolados y ellos me explicaron que alguien se había llevado a la niña durante un baile de máscaras.

—Pero, ¿no habíais mandado aviso a los padres de cada niño para que los tuvieran bajo vigilancia hasta vuestra llegada?

—Sí, sí... —aseguró molesto Rabechault—, pero los padres de la pequeña Louise no creyeron oportuno privarla de un baile...

—¿Cómo es posible? ¿No sabían el peligro que corría? —se enfadó Maltés—. Veamos... ¿han localizado ya a François Fouassier?

—Sí, afortunadamente. Vive en Toulouse —suspiró Rabechault—. La policía de esa ciudad ya está al tanto y un cuerpo de guardia vela por su seguridad.

—Debéis ir allí, enseguida. Antes de que Dubois se os vuelva a escabullir. Antes de que pase a engrosar la lista de niños secuestrados. Tenéis el tiempo justo.

Edouard no pestañeó, aunque era evidente su malestar. Escuchaba a los dos Inspectores y por la actitud de cada cual adivinó con rapidez que Vasek Rabechault era un individuo gris, incapaz y poco resolutivo, además de estar enormemente celoso de su compañero Maltés. Saltaba a la vista su enemistad, la superioridad de uno y la soberbia del otro. Estaba claro que era Maltés quien conducía el caso. Bousquet sólo vio el lado práctico de la situación. A sus ojos Rabechault era un hombre cansado y empapado, al escuchar que el recién llegado debía salir de nuevo bajo la lluvia y de noche, quiso oponerse.

—Señor Maltés, permitidme... Este hombre no debe salir de viaje hoy. Ya ha anochecido, sigue lloviendo y no adelantará mucho en tales condiciones. Antes de tomar una decisión tan desacertada dejadme ofrecerle mi hospitalidad. Quedaos ambos en mi casa...

—No pensaba salir hoy, desde luego —murmuró Rabechault lanzando una mirada acusatoria a Maltés—. Como mucho saldré al amanecer. Hay tiempo, no llegaré tarde esta vez...

—Pasad entonces en mi casa la noche, vos también, señor Maltés, y mañana, mientras nosotros acompañamos al Inspector Maltés, vos podréis partir hacia Toulouse.

—¿Acompañar a Maltés? ¿A dónde?

—Al parecer nada está saliendo bien —explicó Maltés—. Al llegar a Beaune el señor Salazar tuvo a bien hablarme de un albergue donde al parecer podían tener retenidos a algunos de los niños secuestrados...

—¡Pero eso supondría una enorme ventaja!

—Desde luego. Lamentablemente, esta mañana, cuando íbamos allí para investigar, descubrimos que alguien se había adelantado. Lo han quemado todo.

Rabechault abrió mucho los ojos, sin asimilar tantos fracasos seguidos. Miró a Edouard de soslayo, estudiándole. Era el hijo de Dubois. En su mente retorcida nadie escapaba de la culpa. A pesar de su aspecto noble y educado, empezó a cavilar si no se estaría escudando en una falsa honorabilidad para esconder el hecho de que ayudaba a su padre en sus fechorías.

—Decidme, señor Salazar, ¿cómo conocías la existencia de ese albergue?

—No la conocía. Mi hermano el pequeño, Gael, lo descubrió por casualidad...

—Un momento —interrumpió Maltés. Sabía que Edouard tenía dos hermanos, pero no sus nombres, un detalle que ahora le parecía importantísimo como para no haberlo tenido en cuenta. Había cometido un error, y quizás iba a lamentarlo—, ¿Gael habéis dicho?

—Sí, en efecto. Es mi hermano pequeño. Tengo dos hermanos, en realidad, Gael y mi hermana Milena.

—¿De qué edad es el chico?

—Acaba de cumplir los once años de edad...

—¿Y decís que además tenéis una hermana más? —inquirió mientras su mente trabajaba frenéticamente.

—¿Qué ocurre, señor? —Bousquet no había dejado de notar la preocupación en el Inspector.

—Nada, creo... Pero necesitaría corroborar un par de cosas.

—Mi hermana Milena y Gael no tienen nada que ver en todo esto, señor.

—Eso espero, creedme.

—¿Qué queréis decir?

—¿Creéis posible que hayan visitado recientemente la villa de Moulins?

Edouard y Bousquet le observaron muy serios.

—Imposible. Ambos están en Lyon.

—Puedo corroborar eso, señor.

—¿No es posible que hayan viajado sin vuestro conocimiento? —insistió Maltés—. Al fin y al cabo, ¿cuánto hace que estáis aquí, en Beaune, tratando de encontrar a vuestro padre?

—Os repito que no es posible. Ambos están en Lyon en compañía de mi buen amigo Benjamin Rembrandt. Si mi hermana hubiese decidido emprender tal excursión llevándose a Gael con ella, Rembrandt me lo habría hecho saber al instante.

Maltés se echó atrás, al parecer nada convencido todavía. Rabechault no dejó de notar que probablemente estaba tratando de relacionar al hermano menor de Edouard Salazar con el niño del cual la doncella del difunto Jacques Valleix les había hablado y que respondía casualmente al nombre de Gael. La criada les había revelado que su joven amo se había prendado de una mujer joven acompañada de un muchacho pequeño. A sus ojos era absurdo que tratara de enlazar hechos tan fortuitos. ¿Cuántos niños responderían a ese nombre en toda Francia? ¿Acaso no podía haber más de dos? ¿Y que además tuvieran una hermana?

—¿En qué afecta eso a nuestra investigación? —preguntó al fin, rompiendo su silencio—. Además, aún no me habéis explicado qué era todo eso de un albergue en el bosque... ¿Dónde exactamente? ¿Y cuándo pensabais comunicármelo?

—Calmaos, Rabechault. Acabáis de llegar y apenas me habéis dado tiempo a ponerlos al corriente. Al parecer existe, o existía... en la finca del señor Dubois, un albergue llamado “La Belle Nuit”, donde como ya os he dicho antes, podían tener retenidos a algunos de los niños secuestrados...

—¡Pero eso es una prueba importantísima! —saltó de nuevo Rabechault, muy excitado.

—Lamentablemente todo el lugar ha sido arrasado por las llamas, y hasta mañana no podremos volver para buscar alguna prueba, si queda alguna. Puede que la lluvia que tanto os ha incomodado sea una aliada ahora y haya ahogado las llamas en parte... lo suficiente al menos como para que quede algo revelador...

—¿Y los niños?

—Suponemos que estaban dentro...

—Dios mío... —todos callaron—. En fin, señor... —Rabechault pronto olvidó el pesar por los infantes que supuestamente habían perdido la vida en ese incendio y volvió a pensar en detalles menos trágicos pero a su juicio no carentes de importancia. Se acercó a Maltés y le habló al oído, a fin de no ser escuchado— *“...a pesar de las circunstancias, permitidme haceros notar que no creo que estos caballeros deban estar al tanto de todos los pormenores de nuestro trabajo. Me asombra que aun siendo ellos los que os han prestado valiosa información, os hayáis arriesgado a tratarles con tanta confianza... ¿Acaso olvidáis el hecho de que este caballero es el hijo de un criminal? ¿Y a qué preocuparos por las idas y venidas de sus hermanos?”*

—“Silencio...” —susurró Maltés. Clavó sus ojos oscuros en Rabechault y éste palideció. No sólo había ofendido a Edouard Salazar, sino que acababa de poner en entredicho al propio Maltés, recriminándole sus actos—. *“Recordad quién sois, señor... Y recordad también que no estaríais aquí de no ser por mí. Ocupaos más bien de estar a tiempo mañana en Toulouse para que podamos detener al auténtico culpable.”*

Rabechault calló. Ocultó su resentimiento para no provocar un agrio enfrentamiento delante de Salazar y Bousquet. Había hecho un largo recorrido hasta Nantes y había vuelto con las manos vacías. Grégoire Dubois

continuaba en libertad, y otra niña más había caído en sus manos, un error que sólo se le podía achacar a él. Si no se hubiera detenido a mitad de camino para descansar habría podido ahorrar un día, el que marcaba la diferencia entre el éxito y el fracaso... Desde luego no sería él quien le explicara a Maltés lo que en realidad había provocado el fracaso de su misión. No tiraría piedras sobre su propio tejado, no le facilitaría a Maltés una excusa más para desprestigiarle. En lugar de eso iría a Toulouse y cazaría a Dubois, trayéndolo a rastras y encerrándolo en la Conciergerie... Eso sería suficiente para hacer callar a Maltés.

Nadie descansó aquella noche. Fue larga y plagada de malos presagios. De madrugada un auténtico vendaval empezó a soplar con endiablada furia. Azotaba insistentemente las ventanas de la casa, arrojando contra los cristales una torrencial lluvia, en ocasiones acompañada de granizo. Soplaban con tanta fuerza que más de una vez pareció que iba a arrancar el tejado del edificio, a pesar de su recia construcción. Nadie, por lo tanto, pudo conciliar el sueño. Cada uno sumido en sus propias reflexiones soportó como pudo las largas horas de insomnio mientras en el exterior la climatología condenaba las horas nocturnas a un vaivén de agua y viento. Sus furibundos embates continuaron arreciando, haciendo gemir las mismísimas paredes de piedra, y no cesaron hasta las seis de la mañana, cuando ya las primeras luces del amanecer brillaban en el cielo encapotado. No dejó de llover, pero cuando la luz del día arrastró por fin las sombras nocturnas, un paisaje desolador quedó a la vista en todo Beaune. Árboles caídos, puentes derruidos, caminos inundados...

Rabechault, al contemplar desde su ventana tal desastre no pudo evitar pensar que quizás no lograría llegar a Toulouse, si las carreteras estaban en tan mal estado como allí. ¿Era el azar o una maldición? Cuando bajó de su habitación de invitados encontró a Maltés ya vestido, y Edouard y Bousquet desayunaban frugalmente en su compañía, dispuestos a salir a pesar del mal tiempo. Se sentó con ellos y mientras le servían el desayuno observó a Edouard con disimulo. No dejaba de pensar si ese joven ocultaría algo. Le parecía demasiada casualidad que el albergue hubiese ardido justo cuando él les daba noticia de su existencia. ¿Y cómo era posible que, presuponiendo su inocencia, no hubiese sabido antes lo que estaba pasando en su propia finca? O la de su padre, pero al fin y al cabo, de la familia...

—He salido a ver cómo están los alrededores y el temporal se lo ha llevado todo por delante —anunció Bousquet—. Hay árboles derribados, parte de la

carretera está completamente anegada o es un auténtico lodazal, y no deja de llover... Nunca habíamos tenido una salida del invierno tan cruenta como ésta, desde luego. No sé cómo habréis pasado esta noche, pero yo no he podido dormir...

—¿Creéis que podremos llegar al albergue? —quiso saber Maltés.

—Espero que sí, pero no a caballo, el sendero que había es ahora un barrizal demasiado resbaladizo, hay ramas caídas por todas partes, en fin...

—Retrasarme en mi partida hacia Toulouse sería nefasto, precisamente ahora —apuntó Rabechault contrariado.

—No os preocupéis, mi cochero os llevará hasta Beaune y allí podréis tomar un coche de posta que os lleve a Toulouse. No creo que las carreteras principales estén tan mal como aquí. Esta finca está en pleno campo, a bastante altura, y los temporales suelen ser mucho más crudos que en la ciudad.

Rabechault agradeció el detalle, pero no por eso se sintió mejor. Detestaba viajar en aquellas condiciones, tan poco acostumbrado como estaba a desplazarse, por lo general.

No hubo mucha charla aquella mañana. Lázaro Maltés se apresuró a prepararlo todo para salir, vistiéndose con ropa más adecuada que el día anterior. Tanto Bousquet como Edouard se contagiaron fácilmente de su energía y en menos de media hora le esperaban con los caballos ya ensillados bajo la persistente lluvia. Rabechault se despidió de ellos desde el carruaje de Bousquet y se marchó camino de Beaune, de muy mal talante. Maltés no le vio para despedirse. Cuando se reunió con los dos jóvenes caballeros ya se había ido. Escogió a tres de sus hombres y sin más demora se dirigieron a la finca de Grégoire Dubois. El grupo iría a caballo hasta el bosque, y una vez allí cruzarían a pie hasta los restos del incendio.

Durante todo el trayecto, cuando tuvieron que empezar a caminar por el bosque embarrado sorteando ramas y troncos que obstaculizaban el paso, Maltés fue por delante, inexpresivo y poco inclinado a conversar. Avanzaba a paso ligero, sorteando hábilmente todos los obstáculos que encontraba en aquel escenario natural tan maltratado por el vendaval. En varias ocasiones dejó atrás a sus compañeros, que no lograban seguir su ritmo, se paraba entonces, cuando se veía solo, y esperaba hasta que les volvía a ver en la distancia. Todo era tal y como lo había descrito Bousquet, un auténtico caos. El bosque había cambiado su fisonomía de la noche a la mañana, mostrando a

la luz del nuevo día un aspecto desolador.

Maltés sin embargo no se fijaba tanto en eso, sino que mientras andaba fusil en mano, hundiendo sus altas botas de cuero en el lodazal de hojas y barro, no dejaba de darle vueltas a un detalle: el nombre de la amante de Grégoire Dubois. La mujer que con tanto despecho había nombrado Edouard Salazar, le resultaba curiosamente familiar, y no lograba saber por qué. Elizabeth Guisset... No dejaba de preguntarse, de rebuscar en su memoria, dónde había oído antes ese nombre. Estaba seguro de haberlo escuchado, tanto, que se maldecía por no ser capaz de recordar algo que podía ser de gran relevancia. Por experiencia sabía que los más nimios detalles con frecuencia son los que al final resuelven un caso. Así mismo, tal y como ya había notado Rabechault, le resultaba curioso que el hermano pequeño de Salazar se llamara Gael, y cavilaba sobre tantas casualidades tan íntimamente entrelazadas. Maltés barajaba todas aquellas porciones de información, trataba de encajarlas, de buscarles significado en el tiempo y el espacio, pero aún albergaba demasiadas incógnitas y se le escapaba la verdad.

Sumido en aquellas cavilaciones llegó hasta el claro donde el día anterior había ardido el albergue. Se detuvo bruscamente al pie de la colina tras la que antes se había erigido, y al mirar descubrió sin sorprenderse que allí sólo quedaba un montón informe y humeante de escombros calcinados. La lluvia había hecho su trabajo, apagando el fuego, pero el edificio, aun siendo de piedra, no había aguantado en pie. El tejado había sido devorado y los muros se habían derrumbado... Suspiró sin perder la esperanza. En su fuero interno aún creía que podría encontrar algo. Como le dijera a Bousquet el día anterior, siempre quedaba algo, siempre.

A su espalda se oyeron los pasos de sus compañeros. Primero llegaron sus hombres, y después, a corta distancia, Bousquet y Salazar, cuyos rostros demostraban preocupación. Al alcanzarle se asombraron más que él de la magnitud del desastre. Ninguno imaginó que allí, entre aquellos restos, fuesen a encontrar nada que mereciese la pena. Sólo Maltés parecía convencido, y no tenía intención de dejarse amilanar por las circunstancias, por muy adversas que resultasen. Ordenó a sus hombres que se esparcieran de nuevo en abanico y rastrearán los alrededores.

—Pero señor... ¿Qué buscamos? —se lamentó uno de ellos—. Nos ayudaría mucho si nos lo explicara...

—¡Cualquier cosa! Huellas, un cadáver, lo que sea, ya habéis hecho esto

antes. Sabéis lo mismo que yo, ¡así que dejad de rezongar y poneos en marcha!

El soldado se reunió con los otros con cara de pocos amigos. De mala gana se dividieron para volver a batir la zona en busca de pistas.

—¿Sigues pensando en bajar al subterráneo? —le preguntó entonces a Edouard volviéndose hacia él.

—No veo por dónde podríamos acceder, pero sí, por supuesto.

—Entonces seguidme. Estad atentos, no sabemos lo que podemos encontrar ahí abajo...

Juntos entraron en el círculo calcinado que conformaba la zona del incendio y se dedicaron a buscar el acceso a la planta subterránea, probablemente sepultada entre las piedras y maderas quemadas. Sus botas pisaban inseguras aquella mezcla de ceniza húmeda, piedras y demás restos humeantes. En algunos sitios era peligroso caminar, y varias veces tuvieron que apartar lo que quedaba de las vigas que habían sujetado el tejado para poder avanzar. Pronto los tres estaban tiznados de negro y olían a fogata, destacando sus figuras en medio de aquel desastre.

—¡Aquí!

Edouard y Bousquet se volvieron al unísono al oír a Maltés. Le vieron inclinado junto a la base de una pared ennegrecida, encendiendo su antorcha.

—¡Por aquí! —insistió brillantes los ojos—, esta es la entrada, sin duda. Creo que podremos bajar.

—Vayamos, Dios nos ampare de lo que podamos encontrar —murmuró Bousquet.

Efectivamente, al reunirse en el punto donde Maltés se agachaba ya con la antorcha encendida, vieron una angosta escalera que descendía en la oscuridad. Apartaron algunas maderas hasta despejar la entrada, y uno tras otro fueron bajando. La luz danzante de Maltés les mostró un estrecho pasillo donde el incendio también lo había quemado todo. Sin embargo allí las paredes habían resistido y la estructura se mantenía en pie, aunque el aire era insano y al pisar se levantaba una espesa humareda de la capa de cenizas acumulada.

—Parece una galería... —susurró Maltés girándose apenas iluminado— veamos qué hay ahí al fondo.

Al final de aquel pasillo encontraron lo que quedaba de una gran sala circular, abovedada. Estaba vacía, en su interior todo había ardido irremediamente.

Sin embargo, en el rincón más apartado, encontraron los restos informes de un cadáver abrasado. Maltés corrió hasta él y se agachó para estudiarlo mientras le tendía su antorcha a Edouard para que le alumbrara. Bousquet se arrodilló a su lado horrorizado.

—¿Quién sería este hombre? Dios, ¡qué muerte tan espantosa!

—No ha muerto a causa del fuego, fijaos —señaló Maltés—. Aquí, ¿lo veis?

—¿Es un corte? Sí... Es profundo... —convino Bousquet vivamente interesado—. Diría que le han degollado.

—Creo que puedo iluminarles un poco a ese respecto. Fíjense en esto, aquí... Probablemente era un hombre de fe, o un cura, sí, más bien un sacerdote, a juzgar por lo que queda de la tela de su sotana, aquí, debajo de él, donde el fuego no ha llegado.

—Si esa parte de sus ropas no ha ardido —supuso Bousquet contemplando cómo Maltés volteaba aquel cuerpo rígido—, debe ser porque cayó muerto antes del incendio, ¿me equivoco?

—En absoluto, es exactamente así, señor Bousquet.

—Dios mío... —murmuró Edouard—. ¿Quién podría reconocer a este hombre?... Fíjate Florian... Es imposible, su rostro es un amasijo de carne quemada...

Bousquet miró con atención el rostro renegrido, las facciones transformadas, tratando de reconocer en ellas algún rostro conocido. Pero estaba tan carbonizado que resultaría imposible identificarle. Jamás nadie llegaría a saber quién era...

—Sigamos adelante —Maltés se lamentaba de que las llamas hubiesen cobrado tanta fuerza allá abajo, porque si encontraban los cuerpos de los niños secuestrados, y estaban igualmente abrasados, no habría forma de identificarlos...—. Aún hay mucho que ver, espero...

Edouard y Bousquet cruzaron una mirada triste e impresionada. Ver allí a aquel hombre desconocido, abrasado hasta tal punto... Un vacío frío y hondo socavaba sus almas atribuladas.

—No sólo han querido quemar el lugar, también a quienes estuvieran dentro y pudiesen hablar más de la cuenta —afirmó Maltés a su espalda

—Estaba pensando en aquel hombre —dijo Edouard—, el que nos atacó en el bosque cuando vinimos la otra noche.

—Adelante —le animó el Inspector mientras avanzaban muy despacio entre aquellos restos calcinados. Se tapaba la boca con la manga de su chaqueta,

pues el aire estaba viciado.

—Sí... Estoy convencido de que ha tenido mucho que ver en todo esto. Quizás ha sido él el autor del incendio. Pero, ¿por qué querría hacerlo? Sólo se me ocurre que esté involucrado en esos secuestros que vos investigáis, bueno, vos y el Inspector Rabechault... Y que nos hayamos acercado demasiado. Todo lo que ha ocurrido desde entonces parece relacionado. A mi juicio es la única explicación.

—Continuemos, señor Salazar —asintió Maltés, más de acuerdo con él de lo que pensaban—, y veamos qué más nos depara esta tumba.

Fuera de aquella sala había una pequeña antesala y otro pasillo. Como sólo tenían una antorcha tuvieron que seguir en grupo, optando por visitar aquel corredor en mutua compañía. Varias puertas se abrían a ambos lados. Estaban todas abiertas, cuatro a la derecha, cinco a la izquierda. En cuanto visitaron la primera supieron qué clase de infierno era aquél. Tal y como había vaticinado Maltés, una tumba, un cementerio... Encontraron el cuerpo sin vida de un niño. A juzgar por sus heridas, le habían degollado, como al hombre desconocido de la otra sala... Su cuerpo estaba encogido sobre sí mismo, una masa informe de carne negra... Maltés supo inmediatamente que estaban en el buen camino.

—Pero ¿qué clase de bestias harían algo así? —murmuró Edouard espantado.

—Aún no sabemos qué hacen con estos niños realmente, señor, sólo cómo terminaron con ellos. Aún hay muchos otros niños secuestrados.

—No puede ser que mi padre tenga que ver con todo esto. No le tengo en buen concepto, pero algo así...

—Dejemos eso para cuando le hayamos cogido, entonces responderá a todas nuestras preguntas y vos sabréis a qué ateneros.

Uno tras otro fueron visitando todos aquellos habitáculos, la mayoría sin ventilación, agujeros infectos llenos de humedad donde junto a los cuerpos sin vida de los pequeños se amontonaban los de las ratas que no habían logrado escapar a las llamas. Sólo en aquel pasillo contaron ocho cadáveres, todos degollados cruelmente, de niños y de niñas... En una de las celdas encontraron algo diferente. En el suelo el cuerpo de un hombre de gran tamaño yacía con un cuchillo en la mano. Se aproximaron a él por si pudiera darles alguna pista más. El Inspector no dejó de observar aquel enorme cuchillo en su mano derecha, así como el hecho de que en aquella celda no había niños. Estaba sólo aquel hombre... a todas luces el autor de aquellos

asesinatos. ¿Qué había sucedido?

—¿Sabéis quién podía ser? —preguntó Edouard observando que tenía una profunda herida abierta en la garganta.

—No, ni idea... Quizás el celador, uno de los secuestradores... no lo sé, no tengo manera de averiguarlo, no lleva nada que le identifique. Sin embargo, fijaos en que la herida de su cuello es distinta. No ha sido degollado, sino que le hundieron el cuchillo hasta el fondo en la garganta. El cuchillo en su mano derecha nos indica que probablemente es quien matara a esos pobres niños. Algo salió mal, fue atacado, quizás...

Bousquet se agachó junto al cuerpo y trató de moverlo. Un olor nauseabundo a carne humana quemada brotó de aquellos restos y tuvo que cubrirse la boca y la nariz con un pañuelo.

—Inspector, este hombre tiene otra herida en el vientre, aquí... Vedla —el caballero señalaba una gran herida en la boca del estómago.

—Dos cuchilladas, pero murió a causa de la de la garganta, sin duda.

—¿Podrán saber de quiénes son los cuerpos de esos niños? —Bousquet pensaba en el dolor que ocasionaría una muerte tan brutal a los padres de aquellas criaturas.

—Imposible. Aunque traslademos los cuerpos y les practique la autopsia... Es imposible. No tengo medios para identificarles. Fíjese, sus cuerpos son un montón de carne pegada y carbonizada... Sólo nos queda la certeza de que aquí se les retenía por la fuerza, no hay duda de que estos niños estaban secuestrados, y eso al menos, ya es una prueba de peso.

Un grito resonó fuera, lejano y apagado. Parecía que llamaban a Maltés y éste cogió la antorcha y seguido de Edouard y Bousquet se lanzó por el pasillo a la carrera.

Algo había sucedido, quizás sus hombres habían encontrado algo al fin. Al salir a la luz del día quedaron cegados; después de haber estado por espacio de una hora sumidos en tan lúgubre penumbra tuvieron que esperar hasta que la vista se acostumbrara a la claridad de la mañana. Luego, resoplando por haber corrido, se encontraron con que los hombres de Maltés les aguardaban allí. Entre ellos sujetaban a dos niños, de unos diez u once años de edad, que no paraban de gritar, revolviéndose presas de un agitado ataque de pánico. Su sorpresa fue mayúscula, y al instante una sonrisa iluminó el rostro manchado de hollín de Maltés.

—¿Dónde los habéis encontrado?

—Ayer no estaban, señor. No sé dónde se habían escondido, pero salieron de debajo de una roca, cerca de aquí, y trataron de escapar. ¡Esta fiera me hizo un corte en el brazo y casi me clava el cuchillo en la tripa!

—Por Dios, deben estar asustadísimos —se apiadó Bousquet acercándose a ellos. Se arrodilló para colocarse a su altura—. ¿Cómo os llamáis? Tranquilizaos, no vamos a haceros daño...

La chiquilla, de largo cabello rubio y tan llena de hollín como él, pareció darse cuenta de que ellos no representaban una amenaza. Dejó de patalear, pero el soldado que la sujetaba no la soltaba y quiso zafarse gruñendo, muy nerviosa.

—Soltadla —rogó Bousquet—, ¡vamos, soltadla! No se irá...

—Suéltala —ordenó Maltés con la antorcha humeante en alto—. Y al chico también. Quizás así se tranquilicen.

Bousquet se acercó un poco más a la niña. No era consciente de su temible aspecto, todo lleno de hollín. Leyó en sus ojos una tristeza tan grande, un dolor tan profundo, que se sintió desfallecer. No podía imaginar qué cosas habría tenido que sufrir.

—¿Cómo te llamas? Soy Florian —dijo poniendo una mano sucia en el rostro de la chiquilla. Quiso transmitirle dulzura, pero ella se apartó al instante, como movida por un resorte. En su expresión había un pánico irracional y asco...—, hemos venido a ayudaros, no debéis tener miedo...

De pronto la pequeña empezó a sollozar desconsoladamente. Era tan desgarradora su angustia que todo su cuerpo se agitaba presa de la histeria. Bousquet quiso estrecharla con sus brazos, consolarla, pero la pequeña no se dejaba tocar.

—Mireille... —susurró el niño a su lado al verla así. Él también lloraba—. Mireille, por favor...

Maltés se arrodilló a su lado y le cogió una mano con suavidad.

—¿Mireille? ¿Mireille Jacquenet?

—Sí señor, es ella, Mireille Jacquenet, y yo soy Gérald Margain.

—Vaya... —al parecer dos de los niños secuestrados habían sobrevivido. Probablemente los únicos que habían escapado a aquella masacre, ¿pero cómo?

Maltés deseaba hacerles tantas preguntas... Sin embargo se daba cuenta de que lo primero era ofrecerles asistencia, llevárselos de aquel lugar y proporcionarles los debidos cuidados. Luego, mientras avisaban a sus padres

de la feliz noticia, podría tratar de interrogarles. Esos niños eran la prueba que necesitaba, un testimonio viviente del misterio que tanto tiempo llevaba investigando. Con suerte, serían las últimas víctimas. ¿Dónde estaría Rabechault? Maltés deseó que tuviera éxito por una vez.

Capítulo 32

Vasek Rabechault había llegado a Toulouse por la noche, y lo había logrado a base de forzar los caballos del carruaje que había alquilado en Beaune y de pagarle al cochero una buena suma por el esfuerzo. Poco imaginaba que su compañero acababa de encontrar a dos de los niños secuestrados, Mireille Jacquenet y Gérald Margain. Él se limitó a instalarse en los alrededores de la casa de François Fouassier, informándose a través del cuerpo de policía que la había estado vigilando hasta su llegada, de que nada sospechoso había sucedido por el momento. El chiquillo estaba a salvo y sus padres se estaban mostrando muy colaboradores. Al enterarse de que todo iba bien suspiró aliviado. En su segunda oportunidad había llegado a tiempo, lo cual era un alivio, porque posiblemente no tendría otra. Más tranquilo, y animado por un nuevo ímpetu, mandó a varios de aquellos policías a vigilar todo el perímetro en torno a la casa. No debían dejarse ver a fin de no levantar sospechas, puesto que su misión era detener al secuestrador “*in fraganti*”.

Afortunadamente en Toulouse no llovía. Rabechault estaba harto de ver caer tanta agua, por lo que agradeció sobremanera el clima benévolo que había encontrado en aquella ciudad al llegar. Cansado a causa de tantas horas de viaje continuadas, se dispuso a pasar otra noche en vela. Se ocultó él también entre los árboles del jardín que circundaba el edificio donde residía Fouassier. Desde allí pudo ver un instante a uno de los policías que rodeaban la casa, y después, nada. Una quietud aplastante descendió sobre los vigilantes al tiempo que la noche se cerraba en torno a ellos, serena y oscura. Las ventanas del primer piso en la casa aún estaban iluminadas. Pasó más de una hora hasta que fueron apagándose las luces tras ellas, una por una. Al fin todo quedó sumido en la penumbra. La familia Fouassier se había retirado a descansar.

Rabechault se acomodó lo mejor que pudo dispuesto a mantener la vigilia el tiempo que hiciese falta. ¿Se presentaría Dubois? Una vaga inquietud anidó en su estómago como siempre antes de una misión en la que él participaba tan directamente.

El tiempo transcurría lento y apacible. El cielo se mostraba despejado, cargado de estrellas titilantes, aunque era un firmamento sin luna. Todo en derredor estaba tranquilo y una suave brisa soplaba del este; agitaba las ramas de los arbustos entre los que se escondía un agotado Rabechault que luchaba por no cabecear.

Estaba tan fatigado que no percibió la primera sombra deslizándose por el césped hacia la pared del edificio. Fue la segunda la que llamó su atención, porque pasó muy cerca de donde él se encontraba. Al incorporarse a medias pudo ver que dos hombres habían irrumpido sigilosamente en el perímetro que él custodiaba, y se agazapaban pegados a la fachada norte que tenía justo delante. Rabechault se espabiló al punto.

Por el rabillo del ojo vio que uno de los policías del grupo se arrastraba hacia él por detrás de un murete que protegía un parterre de florecientes pensamientos. Le hizo señas y él se sintió aliviado de tener compañía. Los dos intrusos se movieron. Uno de ellos se encaramó al alféizar de una de las ventanas del primer piso y trató de forzarla. Cuando su compañero se dirigía a la siguiente para probar suerte, un grito sonó alertándoles. Dos policías aparecieron desde la otra esquina persiguiendo a un tercer hombre, que era quien había gritado, y al verlo los otros dos huyeron, corriendo directamente hacia Rabechault.

—¡Alto! ¡Policía! ¡Deténganse! —aulló demasiado nervioso mientras salía torpemente de entre los arbustos.

Tropezó y cayó rodando mientras uno de los fugitivos pasaba sobre él de un ágil salto.

—¡Alto! —gritó impotente.

Afortunadamente el policía que había cerca era mucho más joven y hábil que él, lo cual le permitió correr en pos del criminal a gran velocidad. Hubo una tremenda confusión cuando varios policías del cuerpo que apoyaba a Rabechault aparecieron de improviso y rodearon a aquellos hombres. Efectuaron varios disparos y se desató una gran escaramuza entre perseguidores y perseguidos. Fue tal la algarabía organizada que acabaron despertando a los moradores de la casa que protegían. Algunas luces se

encendieron, y en las ventanas del piso superior aparecieron las figuras somnolientas del señor y la señora Fouassier, esta última abrazada a su marido presa del pánico. Ante sus incrédulos ojos dos de los criminales lograron huir. Se internaron velozmente en el bosque que bordeaba el edificio por el lado sur, seguidos muy de cerca por cuatro aguerridos policías nada predispuestos a dejarles escapar. El tercero, un hombre de edad más avanzada y con menos facultades físicas, fue el único que quedó a merced de los guardias. Cuando se vio acorralado levantó las manos y se rindió. Le empujaron, tirándole de bruces contra el césped y le arrestaron. Cuando Rabechault llegó, exhausto, temía lo peor. Sin embargo descubrió que por una vez, la suerte estaba de su lado. Al parecer aquel hombre era justamente Grégoire Dubois, la clave que le llevaría al éxito y al reconocimiento, y por supuesto, a la resolución de aquel caso.

Mireille despertó agitada por una pesadilla ominosa. Había soñado con Lautrec, con cada doloroso latido había rememorado ese físico repelente que tantas noches había estado en contacto con su cuerpo; con cada aliento gimiente había recuperado la angustia de ser violada una y otra vez, le había oído reírse a carcajadas, murmurar palabras soeces muy cerca, su mejilla sudorosa pegada a ella... Hasta incorporarse febril, sudorosa y con el corazón desbocado.

Lentamente, al compás de una hermosa mañana cuya radiante luz se derramaba sobre ella, fue pasando de ese estado de irrealidad somnolienta y espeluznante, la que rige nuestro entendimiento cuando acabamos de despertar, a una lucidez reparadora que le reveló la tranquilizadora realidad en que se hallaba. Vio que estaba tendida en una cama de verdad, envuelta en la calidez de unas sábanas limpias, en una estancia acogedora iluminada por la luz del sol de finales de marzo. Entraba a raudales a través de un maravilloso ventanal, anunciaba la inminente llegada de la primavera, prometía días más largos, floridos, pletóricos de vida, que ella podría contemplar...

Aquella circunstancia, trivial para otra persona cualquiera, representaba para ella un auténtico manantial de dicha; donde otro vería una bonita alcoba decorada con delicadeza, ella veía libertad, belleza, un lienzo donde el mundo del que se había visto privada en las últimas semanas estaba representado con

la más pura magia...

Estaba desconcertada, aun cuando recordaba lo ocurrido al ser rescatados por aquellos hombres en el bosque. Rozó con sus finos dedos el borde de sus ojos, repasó las marcas reseca entre las pestañas, allí donde había estado el hilo que la cegaba. Aún escocía, sabía que le quedaría una marca, duro testimonio de la aberración con que la habían marcado de por vida. Llevaba puesto un leve camisón azul, ribeteado en las mangas y el cuello con un precioso bordado de florecillas; la manta sobre su cama era gruesa y aterciopelada; el aire era tan dulce... Sin duda gracias a un fresco ramo de margaritas que alguien había depositado en la mesilla junto a ella...

Mireille dudó ante toda aquella nueva situación, radicalmente diferente. Habituada a soportar toda clase de vejaciones, se le ocurrió de repente que quizás aún estaba soñando y sintió miedo de despertar. Imaginó por un instante que en cualquier momento podría regresar al brutal Infierno del que acababa de salir, tumbada sobre el frío suelo de piedra, a oscuras, con la única compañía de las ratas. ¿Qué pequeño hilo separaba esos dos mundos? Uno era el Cielo, el otro el Infierno, ¿qué hacía tan fácil pasar de uno a otro de la noche a la mañana? Se acordó de Gérald, ¿dónde estaría? Tenía muchas ganas de verle, en realidad no se sentía con fuerzas de ver a nadie más... Y entonces se dio cuenta de que no deseaba ver a sus padres, no podía. ¿Qué iba a decirles, cómo soportar semejante vergüenza? En cuanto supieran lo que le habían hecho ya no la querrían igual, la despreciarían, o se apiadarían de ella. Mireille razonaba guiada por el amargo estigma grabado en su corazón. Nunca volvería a ser la misma.

Sonó un breve toque en la puerta, y al momento se asomó Edouard Salazar. Mireille se acordaba de él, estaba en el bosque con los otros hombres cuando les recogieron a ella y a Gérald. Le caía bien, por alguna razón le parecía alguien en quien poder confiar, a quien le contaría todo si tuviera fuerzas para hacerlo. Le observó muy quieta desde la cama. Era alto y delgado, de espeso cabello castaño peinado hacia atrás y recogido a la moda, en una coleta anudada en la nuca; sin embargo, lo que más le llamó la atención fueron sus ojos, grandes y oscuros, de mirada penetrante y honesta, franca como toda su fisonomía. Él sonrió. Trataba de animarla sin acabar de decidirse a entrar. Al fin escogió pasar y cerró la puerta a su espalda. Luego se acercó a ella y con su permiso se sentó a su lado, sin decir nada. Mantuvo unos momentos la mirada clavada en el suelo, como si no se atreviera a mirarla, por lo que

pudiera encontrar.

—¿Has dormido bien? —preguntó al fin. Su voz era profunda y agradable—. Estás en casa de un buen amigo mío, le viste ayer, se llama Florian, Florian Bousquet...

Mireille no contestó, su voz se negaba a romper el silencio, como si la garra de su dolor hubiese cortado sus cuerdas vocales ahogándola para siempre.

—Ahora estás a salvo... Pronto te traerán el desayuno, hemos pedido que te pongan toda clase de dulces, es decir, si tienes hambre —dudó algo turbado por su muda contemplación—. Puedes quedarte aquí todo el tiempo que necesites, no tienes que bajar si no quieres.

—¿Y Gérald? —logró preguntar Mireille, rompiendo su mutismo con un hilo de voz enronquecida.

—Gérald... Él está bien.

—¿Dónde? ¿Está aquí?

—Sí, claro... Esta muy cerca, en la otra habitación, en este mismo piso.

—¿Podré verle? —sólo deseaba volver a estar con él, abrazarle, compartir el dolor... A sus ojos él era el único capaz de comprenderla.

—Por supuesto. Cuando se despierte, ahora creo que sigue durmiendo, estabais agotados. Esta tarde, si te sientes con fuerzas, mi amigo Florian vendrá a verte. Él es médico, y quiere asegurarse de que os encontráis bien.

—No... —no soportaba la idea de que la tocaran.

—Mireille... Nadie va a obligarte a hacer algo que no quieras, ¿de acuerdo?

La chiquilla no dijo nada. Bajó los ojos, se envolvió con los brazos, rodeó sus rodillas y apoyó la frente sobre ellas.

—¿Sabes? Creo que te gustará saber que aquel chico con el que hablaste fue quien nos dijo dónde estabais.

Mireille levantó un poco la cabeza. Recordaba muy bien la voz del muchacho cuando le prometió que volvería con ayuda.

—Él es mi hermano, y se llama Gael. Me contó todo, por eso pudimos encontraros.

—¿Dónde está? Me gustaría conocerle —susurró Mireille dejando caer algunas lágrimas de eterno agradecimiento.

—Está en Lyon, pero pronto iré a buscarle y te prometo que le traeré. A él también le gustará verte, estaba muy preocupado por ti.

—Decidle cuando estéis con él que le estoy muy agradecida, y Gérald también.

Una doncella de Bousquet entró. Traía una bandeja con un succulento desayuno, tal y como había prometido Edouard. Se acercó muy risueña y colocó la bandeja sobre la mesilla, junto a las margaritas.

—Aquí tenéis, señorita. Si me necesitáis tocad la campanilla —dijo señalando una pequeña campanilla colgada de la cabecera de la cama.

—Gracias Emmanuelle, ya puedes retirarte.

—¿De quién son las flores? —inquirió Mireille no bien hubo salido la doncella.

—¿Te gustan? El señor Bousquet quiso que te las pusieran cerca para que al despertar las vieras. Pensó que te agradarían.

—Me gustan mucho... —sollozó.

De pronto un raudal de lágrimas se abrió paso, desparramándose por su rostro deshecho. Necesitaba consuelo, necesitaba que alguien la abrazara, y Edouard estaba allí, confiaba en él... Pero Mireille no abandonó su postura recogida. No quería que nadie la tocara, no soportaba las caricias, la cercanía de otro ser humano, le repugnaba el contacto físico con otros... Nadie podía apaciguar aquel torrente de desolación, al menos por el momento.

Cuando Edouard la dejó a solas y bajó para reunirse con Bousquet y el Inspector Maltés lo hizo presa de una gran desazón. Sufría por esa niña, y lo que peor llevaba era que su padre hubiese tenido algo que ver en todo cuanto había pasado. Le odiaba, deseaba que le encerraran en la cárcel de por vida, o, mejor aún, que acabaran con su vida. Lo merecía. En la mente de Edouard no existía peor pecado que la afrenta a la inocencia de un niño, atentar contra la infancia, privarles de su ingenuidad, causarles dolor... ¿Era su padre en verdad un ser tan depravado? Le había atribuido toda clase de fechorías, le habría imaginado implicado en algún sucio complot político, o dedicado al juego, endeudado... mil cosas, antes que la cruda realidad que empezaba a vislumbrar. Su expresión cuando apareció en la sala donde le esperaban Bousquet y Maltés era de completa tristeza, de repulsión. Estaba lívido.

—¿Qué tienes amigo mío? —se inquietó Bousquet nada más verle—. Ven siéntate, son momentos difíciles...

—Necesita una copa —Maltés se levantó y fue a servírsela diligentemente—. ¿Coñac?

—Sí, servidle coñac, sé que le sentará bien —afirmó Bousquet apoyando una mano conciliadora en el hombro de su amigo.

El Inspector le llevó la copa enseguida, y Edouard la tomó de un trago.

Estaba muy alterado. El ardiente líquido bajó por su garganta, anudada en un angustioso y apretado lamento, y llegó a su estómago, extendiendo un plácido calor por todo su cuerpo. Era lo que necesitaba; al momento el color volvió a sus mejillas y pareció recuperar un poco el dominio sobre sí mismo.

—¿Qué te ha pasado? Has estado con la chiquilla —adivinó Bousquet comprensivo.

—No debisteis ir a verla —reprobó Maltés sentándose con ellos—. Tened en cuenta vuestra implicación personal en este caso, aunque sea de forma indirecta.

—Mi padre...

—Grégoire Dubois pagará por sus crímenes, creedme. —¿Qué le diré a Milena, Florian? ¿Cómo explicarle...

Bousquet calló. Era difícil adivinar cómo reaccionaría la joven, pero era seguro que la verdad le asestaría un duro golpe. Sólo deseaba estar a su lado en esos momentos.

—Escuchad, señor Salazar. Aún no sabemos qué clase de delito ha cometido vuestro padre...

—Grégoire Dubois, ese hombre ya no es mi padre.

—Está bien, ignoramos qué crimen ha cometido el señor Dubois, os aconsejo que no dramaticéis, no tratéis de adelantar acontecimientos, es posible que tenga una implicación indirecta...

—Sea cual sea su implicación, no suavizaré mi opinión acerca de su persona. Ha demostrado ser todo menos un padre, y sus actos sólo me mueven a olvidar que alguna vez fue parte de mi familia.

—Edouard, debes calmarte...

—No Florian, no imaginas la decepción que sufrirá Milena, y Gael... ¿Qué pensará él? Sólo tiene once años, adora a ese hombre, en su corazón no hay dudas, únicamente una imagen idealizada que debería corresponderse con la realidad, al menos en parte...

—Tú has sido su padre, Edouard. Tú serás su fuerza. Un niño se recupera mucho antes que un adulto de las decepciones, le dolerá, pero aprenderá a valorar lo que realmente importa, y te tendrá a ti para ayudarle, y a Milena.

—Quisiera volver a Lyon cuanto antes, no quiero que se enteren del arresto de Dubois antes de que yo llegue.

—Me temo que eso no será posible, señor —advirtió Maltés mirándole con severidad—. Lo lamento pero os necesito aquí hasta que termine algunas

gestiones...

—No podéis impedirle que se reúna con su familia, señor.

—Debo hacerlo, señor Bousquet. Es mi deber. Aunque no tenga nada que ver, es parte relacionada con este caso. Debo rogaros, caballero, que permanezcáis aquí, en Beaune. Será poco tiempo. Quizás hasta que tengamos noticias de mi compañero, el señor Rabechault.

Edouard calló, presa de una gran agitación. Se levantó furioso y se fue hasta la chimenea, donde se apoyó con una mano, atento sólo al fuego. Maltés y Bousquet le observaban expectantes.

—Necesito al menos enviarles una nota. Decirles que estoy bien, que pronto me reuniré con ellos...

—Por supuesto, enviaré a uno de mis hombres si es preciso...

—No, si Milena ve a un policía temerá lo peor, y ya nada la retendrá en Lyon. No quiero que venga aquí.

—Déjame que vaya yo, Edouard. Yo le llevaré el mensaje en persona.

Edouard se volvió hacia el caballero. Apreciaba a Bousquet y sabía que no había nadie mejor para estar al lado de su hermana cuando todo se supiera, si él no llegaba a tiempo. Además sabía desde hacía tiempo que Bousquet se sentía atraído por ella. Leyó en sus ojos el afecto que le profesaba y una encendida determinación por ver a Milena, y no supo decir que no. Tampoco lo pretendió.

—Está bien entonces. Todo está arreglado. Esta misma tarde partiré y le contaré lo imprescindible, ¿estás de acuerdo?

—Sí... No quiero que se entere todavía de toda la verdad. Prefiero que la oiga de mis labios. Impide por todos los medios que le lleguen noticias a través de terceros, te lo ruego.

—Déjalo en mis manos. Sabré protegerla.

—Estoy convencido, amigo mío... No me cabe duda.

Después de la partida de Florian Bousquet aquella misma tarde, la casa quedó vacía, evidenciada su ausencia por un vacío imposible de llenar. Edouard acusó la falta de su amigo, su apoyo y su buen humor. Ni siquiera Maltés permaneció mucho tiempo inactivo, lo que contribuyó a aumentar su desasosiego. Edouard no sabía quedarse esperando, necesitaba hacer algo, colaborar, lo que fuese, antes que padecer aquella insufrible inactividad. Sin embargo, el Inspector le necesitaba en Beaune.

Así, pasaron unos cuantos días enfrascados en largas conversaciones, durante

las cuales el Inspector buscaba sobre todo, escuchar de sus labios algo revelador, una frase, un recuerdo, un nexo de unión entre sus pesquisas y el pasado que Edouard guardaba en su memoria. Maltés decidió posponer el interrogatorio de sus dos principales testigos, Mireille y Gérald, persuadido de que los chiquillos necesitaban aún tiempo para recuperarse, un lapso de reparación que sanara sus heridas. Ya había mandado aviso del feliz rescate a sus familiares, aunque retrasando el reencuentro, puesto que ni Mireille ni Gérald se mostraban deseosos de que llegara ese momento; los dos parecían temerlo, como si se avergonzaran de sí mismos, como si creyeran imposible que sus padres fuesen a quererles igual que antes... Necesitaban tiempo, y Maltés quería interrogarles, así que esperaría.

Al cabo, absorto en continuar adelante con su investigación y mientras esperaba noticias de Rabechault, el Inspector dejó solo a Edouard por unos días, confiriéndole la responsabilidad de velar por el bienestar de Mireille y Gérald; debería ocuparse de su recuperación y proporcionarles consuelo y abrigo, hasta que llegara el momento de interrogarles. Si se mostraban dispuestos a hablar, Edouard debía avisar al Inspector inmediatamente.

Capítulo 33

Jean-Baptiste de Fronsac caminaba dando un apacible paseo junto al río, en Nantes. Estaba atardeciendo, el sol asomaba trémulo en el horizonte, a punto de desaparecer envuelto en nacaradas luminiscencias cuyo velo embellecía el firmamento, y aquel caballero, con su elegante chaqueta azul ultramar, su sombrero de copa y su bastón andaba muy complacido, atento únicamente a la hermosa puesta de sol. Sus ojos azules reflejaban el hermoso espectáculo vespertino, poco dado a vigilar a su espalda. Además, estaba tan imbuido de íntima satisfacción, de perspectivas halagüeñas para aquella noche, que nunca se le hubiera pasado por la cabeza mirar a su espalda. Soñaba con su futuro, muy próximo. En ese futuro había un encuentro con una pequeña niña llamada Louise Lubais de Lys, de la que se había encaprichado hacía un mes durante una excursión entre amigos. Encandilado recordó su belleza, los ojos azul cielo que adornaban un rostro angelical, sus largos rizos rubios, tan delicadamente peinados en preciosos bucles sobre su cabecita, su piel nacarada... Soñaba despierto con verla desnuda. Desde luego, al caminar tan embelesado, no pensó que alguien le pudiera estar siguiendo. Cruzó el puente sobre el río abstraído en aquellas lujuriosas ensoñaciones y aceleró un poco el paso a medida que imaginaba el momento en que al fin tuviera a la pequeña Louise para él solo. A unos veinte metros de distancia, y al tiempo que el sol desaparecía por completo engullido por las lejanas montañas, una figura oscura se deslizaba tras sus pasos. Alguien, embozado en una larga capa oscura, ocultaba su rostro bajo un gran capuchón, y se afanaba en perseguirle sin que se diera cuenta. Era fácil, Fronsac estaba en extremo distraído.

Cuando la oscuridad desplegó su manto de sombras nocturnas sobre la ciudad de Nantes Jean-Baptiste Fronsac entró en un café. Estaba abarrotado de

caballeros de diferente clase y condición, la mayoría escritores, filósofos y periodistas, como él. El ambiente estaba bastante caldeado y muchos se mostraban preocupados, tratando de alertar a los demás sobre la próxima creación de un Comité llamado de Salvación Pública, encargado de acabar para siempre con los enemigos de la República, con las conspiraciones, las intrigas y los crímenes de Estado. Unos apoyaban la instauración de tal organización y otros hablaban del peligro que representaban quienes la encabezarían, brutales y extremistas que mandarían a la guillotina a quien osase siquiera estornudar en su dirección. Fronsac no tenía miedo, él era buen amigo de Georges-Jacques Danton y del diputado Fabre D'Églantine, quienes al parecer formarían parte del temido Comité. Sonrió al ver tanto alboroto y se sentó, dispuesto a conversar y discutir con sus colegas y conocidos hasta que llegara la hora de su cita.

Al cabo de dos horas salió del café, oliendo a tabaco y algo ebrio. Sus ojos chispeaban alegres, animados aún más porque al fin había llegado el momento que tanto había esperado. Aquel rato en el café le había hecho olvidar momentáneamente a la niña Louise Lubais de Lys, pero ahora volvía a su mente con fuerza. Tosió y fue a buscar su coche, que le aguardaba cerca de allí. No bien hubo andado unos veinte metros, la misteriosa figura que le había seguido hasta allí salió de las sombras de un callejón oscuro y fue tras él. Avanzaba ahora a buen paso, sin importarle si el escritor le oía. Cuando le alcanzó, su capa formó un agitado revuelo de tela en torno a su cuerpo. Antes de que Fronsac se volviera le asestó un formidable golpe en la cabeza que le hizo caer al suelo. No había nadie alrededor y era de noche. El encapuchado lo tenía todo a su favor. Cogió al aturdido Fronsac por debajo de los brazos y le arrastró hacia una calleja medio escondida al abrigo de un muro de piedra. Una vez allí le arrojó contra el suelo, propinándole un puñetazo en la mandíbula que acabó de sumir al desconcertado caballero en un temeroso estado de semi inconsciencia.

—¿Quién sois? ¿Qué queréis? Os daré todo mi dinero... —murmuró sin fuerzas.

—Maldito seáis, señor. Os mataré por ser lo que sois. Recordad a Louise Lubais de Lys antes de morir, es por ella que perderéis la vida, infame.

—¿Qué? ¿Quién...

No pudo terminar su pregunta. El encapuchado sacó una daga afilada y se la hundió en el pecho, justo donde latía su corazón. Fronsac abrió mucho la

boca, atónito, aterrado... su expresión era igual a la de todos los otros, Audigou, Valleix... El asesino clavó todavía más el cuchillo. La sangre brotó a borbotones en torno a la herida, mientras Fronsac boqueaba aferrando la capa del desconocido con una mano trémula. Pero la vida le abandonaba con rapidez... Enseguida se soltó y su cuerpo medio incorporado sobre el suelo se desplomó sin vida. Sentado a horcajadas sobre él, el encapuchado dejó la daga donde estaba. Luego, con calma, extrajo de debajo de su capa una basta tela enrollada, y al abrirla allí mismo, dejó a la vista una larga aguja y hebra para coser.

Cuando el asesino abandonó el cuerpo inerte de Fronsac en aquella calleja se dirigió sin prisa hacia el río, siguiendo el mismo camino que le había llevado hasta allí. Al igual que Fronsac, ignoraba que a su vez a él también le habían estado siguiendo. No muy lejos, un hombre vigilaba todos sus pasos, había visto cómo asesinaba a Jean-Baptiste de Fronsac, y ahora iba tras él. Ambos, perseguidor y perseguido, dejaron atrás el río, salieron de Nantes, y en las afueras, cuando el asesino encapuchado montó su caballo negro, su sombrío espía fue en busca de un alazán castrado que había escondido en las cercanías. Había estado vigilando, primero a Fronsac, para descubrir quién iba a matarle, y después a su asesino, al que desde entonces había estado siguiendo todo el tiempo. Montó hábilmente y espoleó a su montura mientras su pálido rostro quedaba oculto bajo un amplio sombrero negro. La figura encapuchada de su objetivo galopaba en dirección a Poitiers...

Apretado y maniatado entre dos policías, Grégoire Dubois permanecía obstinadamente en silencio, lanzando insidiosas miradas a un orgulloso Rabechault, quien no se molestaba en ocultar su triunfal gozo por haberle arrestado. A ojos de Dubois el Inspector era un insecto despreciable, un hombre pequeño, gordo y de aspecto estúpido, muy ansioso por conquistar el mundo. Rabechault le dirigió una significativa sonrisa y le propinó un puntapié en la espinilla con su bota puntiaguda. Dubois acusó el golpe pero no se quejó. Sabía que le conducían directamente a la Conciergerie, la terrible prisión de París, y temía lo que allí fuese a suceder. No sabía aún de qué le iban a acusar, ¿de intento de robo únicamente? No hablaría, le interrogarían, pero él era hombre leal, mantendría su silencio por encima de su aprensión a la muerte... Por eso clavó una mirada oscura en Rabechault cuando éste le

golpeó con el pie, tan torva que fue fácil hacerle palidecer.

El carruaje de pronto aminoró el paso, y Rabechault se asomó por la ventanilla a fin de averiguar qué ocurría. Una muchedumbre agitada gritaba delante de la Plaza de la Revolución. A pocos metros de distancia se abría un pasillo entre la gente y una carreta avanzaba con dificultad cargada de presos condenados a morir en la guillotina. Una lluvia de piedras cayó sobre sus cuerpos sin que ninguno demostrara temor. El coche del Inspector se detuvo al fin, impedido por el gentío. Allí, en medio del grupo de condenados, estaba Rabasse, y junto a él su leal amigo, Jean-Antoine Fabères, el padre del niño secuestrado, Jean-Paul Fabères. Rabechault se fijó en su expresión serena y se mordió el labio con rabia. Hubiera preferido ver el miedo en sus rostros, en lugar de aquel gesto entero y resignado. Pronto morirían guillotinado, y cuando sus cabezas rodaran habrían desaparecido dos traidores más. Rabechault brindaría por ello. Miró a Dubois de reojo, a la caza de un gesto de temor, porque bien podía ser él el próximo, pero el preso no estaba mirando. Volvía la cabeza deliberadamente en otra dirección.

De pronto el carruaje volvió a moverse. La carreta de los condenados ya había pasado y la muchedumbre se desplazaba hacia el centro de la plaza, donde se elevaba la terrible guillotina, custodiada por un regimiento de soldados. Poco a poco, en medio de los gritos de aquella gente encendida, el coche fue alejándose de la plaza, y al rato volvía a avanzar velozmente, en dirección a la prisión. En su interior nadie dijo nada.

Cuando al fin los caballos se detuvieron a la entrada de la Conciergerie, Rabechault saltó muy animado del coche. Esperó a que los soldados bajaran al preso. Le empujaron sin consideración y el Inspector les siguió, deseoso de comprobar personalmente que era encarcelado en la peor celda, sin lujos, sin privilegios... L'Echard les recibió malhumorado. La prisión empezaba a estar abarrotada y no daba a basto con el registro de los presos que entraban.

—Esto es un infierno —rugió muy atareado mientras registraba en el libro de entradas el nombre de Grégoire Dubois y la fecha y día de su llegada—. Deberían ponerme ayudantes si pretenden traer a todo París aquí...

—¿Qué ha sucedido? —quiso saber Rabechault, que en los últimos días había estado demasiado ocupado con su trabajo y había perdido el hilo de los acontecimientos.

—¿No estáis al día, señor? Pues más os vale informaros, Inspector. El día seis se ha inaugurado el Comité de Salvación Pública, doce personas para

liberar a Francia de las intrigas europeas que pretenden hacer regresar la monarquía a este país, doce para acabar con esos malditos reaccionarios y sus conspiraciones.

—¿Quiénes son?

—¡No lo sé, vive Dios! He oído que Danton, un tal Joseph Cambon... ¡No lo sé, pero las ratas podrán temblar a partir de ahora en sus agujeros! —se rió mirando con malicia a Dubois—. Su amigo Rabasse, ése al que interrogó, el amigo de Fabères... Los dos morirán hoy.

—Les hemos visto en la Plaza de la Revolución... —dijo orgulloso Rabechault—. A estas horas sus cabezas ya habrán rodado...

—¡Ja!

L'Echard ordenó a dos guardias que trasladaran a Dubois a su celda.

—Sin privilegios —ordenó Rabechault—, ni visitas. Nada. Mantenedlo aparte del resto hasta que el Inspector Maltés y yo le interroguemos. Aún no ha llegado su hora, pero lo hará.

Dubois le oyó mientras le arrastraban hacia su destino, y un negro presagio se abatió sobre su espíritu. Allí, como les ocurría a muchos de los que habían llegado antes que él, era fácil perder la dignidad, la entereza y el juicio. La Conciergerie era la antesala de la muerte.

El asesino encapuchado desmontó cuando estaba cerca de Poitiers. Parecía cansado, o al menos, dispuesto a tomarse un pequeño respiro. Pero sobretodo se había percatado de que alguien le estaba siguiendo. Dejó su caballo paciendo apaciblemente a la orilla del camino y se internó un poco en el bosque. Desapareció con facilidad engullido por las sombras nocturnas. Allí, entre los árboles, aguardó a que su perseguidor apareciera. Se parapetó detrás del viejo tronco de un gran castaño, apoyándose en su corteza rugosa y atisbando en silencio hacia el camino...

De repente un hombre surgió tras él. Era Théodore Teyssière, como siempre vestido de negro. Se adelantó sigiloso desde la oscuridad, con su mano enguantada en alto sosteniendo una larga daga. Tomó por sorpresa al encapuchado, con su otra mano le cogió por la barbilla y le obligó a echar la cabeza hacia atrás, colocando el filo brillante sobre su garganta.

—Éste, amigo mío, es el final de tus fechorías... —siseó en su oído. Se proponía terminar con su vida y con el peligro que representaba.

Así, sin más, con un movimiento enérgico, largo y calculado, le cortó el cuello sin que le temblara el pulso. Le dejó resbalar hasta caer al suelo, sobre la hierba, en medio de un charco de sangre. Teyssière se agachó y retiró la capucha de su rostro. Se quedó allí, de pie, contemplando a su víctima agonizante retorciéndose sin aire. Lo rodeó con aire despectivo en su pálido rostro, sonriente pero sin alegría bajo su mostacho negro. No sentía lástima, hacía lo que tenía que hacer.

—Se acabó tu amenaza... Fronsac ha sido tu última víctima.

La notificación del arresto de Grégoire Dubois llegó con rapidez a manos de Maltés. Un mensajero le llevó la noticia a caballo, redactada por la mano exultante de Rabechault en persona, y Maltés la leyó enseguida, pues debía enviar respuesta con ese mismo mensajero. Satisfecho por el modo en que evolucionaban los acontecimientos el Inspector se sentó a una mesa y escribió diestramente una breve nota en la que le anunciaba a su compañero un corto retraso en su regreso a París, pues aunque tenía intención de colaborar en los interrogatorios, aún debía realizar algunas pesquisas más. Garabateó su firma y selló la nota. En menos de una hora el mensajero emprendía de nuevo el camino hacia París, llevando la respuesta de Maltés guardada en su jubón.

Ahora que Dubois estaba encerrado, Maltés preveía una rápida resolución del caso. Sin embargo, para que las cosas continuaran avanzando positivamente precisaba de la colaboración de G erald Margain, ya que Mireille se encontraba demasiado afectada como para obligarla a hablar. Habían transcurrido ya diez días y aún no había podido hablar con ninguno de los dos. Su experiencia en el falso albergue era importantísima, su testimonio encarcelar a a los culpables, incluido a Dubois. Éste, de eso Maltés estaba convencido, sólo era un eslabón, una pieza importante de todo el engranaje, pero una pieza secundaria al fin y al cabo. La cabeza pensante, el dirigente de la complicada trama, aún permanecía en la sombra. Y el asesino del puñal también.

En aquellos días había recorrido la región, visitado las villas cercanas a Beaune, preguntado y rebuscado intensamente. Su objetivo ahora era encontrar a cierta dama mencionada por Edouard Salazar, porque aun cuando no había querido demostrar demasiado interés por ella ante él, intuía que era

otra clave más, relacionada con Dubois de forma directa. Sin embargo, Elizabeth Guisset se había esfumado, era una sombra escurridiza. Era conocida en la región, le habían hablado de ella como una dama apasionada, bellísima, muy misteriosa, cuya residencia estaba en Chenôve. Maltés había ido allí, a la calle Paul Bert, había hablado con la casera e incluso había visitado el piso donde había estado viviendo. Al abrirle la puerta con su juego de llaves, la casera le había enseñado una casa vacía. No había muebles, ni cuadros, ni alfombras, nada. Sólo las habitaciones completamente vacías, paredes empapeladas y suelos desnudos. Eso había sido todo. ¿Dónde estaba pues Elizabeth Guisset? Según la casera la dama tenía una doncella, Clarisse, pero no había podido darle referencias de la muchacha. En su opinión era una muchacha tímida y obediente, en extremo reservada.

De vuelta en Beaune, Maltés tenía una idea clara del aspecto de Guisset, rubia, voluptuosa, de ojos azules, grandes y sombreados por largas pestañas... Era increíble con qué detalle la recordaban quienes la habían tratado. De Clarisse tenían una idea más vaga, la describían joven y recatada, de estatura más bien baja, delgada, y cabellos muy rojos; este detalle era el que más llamaba su atención. ¿Qué papel jugaba esta dama en todo el entramado de secuestros y asesinatos? Maltés se debatía entre dudas e intuiciones en torno a ella. Bousquet le había comentado de pasada, unos días antes de marcharse a Lyon, que tenía una prima llamada Emmanuelle Bertrand, de Bergerac. Resultaba alarmante que no hubiese encontrado rastro de la existencia de tal persona, ni en los registros de Bergerac ni en los de ninguna otra parte. Era como si esa prima fuese una invención... ¿Y si lo era? ¿Por qué y para qué? Bousquet aseguraba haberla conocido en una velada organizada por él mismo en su casa, al igual que Salazar, luego había una mujer que se hacía llamar así, pero ¿quién?

Lázaro Maltés estaba en un callejón sin salida. Con el piso de Guisset limpio de todo rastro, sin informes de su paradero, ni de otras posibles residencias... Era una mujer misteriosa, desde luego. ¿Habría descubierto quién era Dubois en realidad y había querido desaparecer de la escena por temor a verse involucrada? Era una posibilidad, y tenía motivos para temer tal cosa. Maltés esperaba volver a entrevistarse con Bousquet en Lyon. Ya debía haber llegado a la casa de los Salazar. Planeaba viajar allí acompañado por Edouard Salazar, una vez hubiese interrogado a Gérald Margain, para volver a preguntar por Guisset. Entraba dentro de lo posible que el caballero recordara

alguna cosa más acerca de ella, o que incluso Salazar se mostrara más dispuesto a referirse a su persona, por mucho que la repudiase. Después iría a París y se enfrentaría al propio Grégoire Dubois.

Su pensamiento regresó a Beaune y se centró en los dos chiquillos, Gérald y Mireille. Sus esperanzas se centraban en el pequeño Gérald, mucho más entero y predispuesto que la chiquilla. El joven Salazar le había hecho notar la apatía, la angustia y el obstinado silencio que Mireille demostraba desde el primer día; no había mejorado en ese sentido, y a su juicio se hacía necesario dejarla marchar. Salazar había insistido tanto a ese respecto que finalmente Maltés había convenido permitir que regresara a su hogar, con sus padres. La chiquilla estaba hundida, devastada por lo ocurrido, y a pesar de su mejoría física, no parecía recomendable mantenerla por más tiempo retenida. La ética le había gritado claramente lo que debía hacer. Mireille se iba a Nantes esa misma mañana, y le parecía bien.

En ese preciso instante, desde su ventana, Gérald contemplaba cómo Mireille se reunía con su familia. La vio salir de la casa con pasos tímidos, el cabello recogido y muy abrigada. La doncella, Emmanuelle, la acompañaba. Mireille se detuvo unos segundos, levantó la vista y le miró tristemente. Gérald levantó una mano y la saludó. Sus padres acababan de llegar desde Nantes. Louise y Jean-François Jacquenet habían bajado del elegante coche de caballos y trataron de abrazarla entre risas y lágrimas, pero Mireille no se movió; era como una estatua helada. Gérald la comprendía, como él, no soportaba que la tocaran. Iba a echarla de menos, pero se alegraba de que volviera a estar con su familia. Retiró un poco la cortina y atisbó por el cristal, envidiando aquella ternura, la forma en que su bellísima madre, rubia como ella, intentaba besarla, cómo aquel padre de aspecto aristocrático se deshacía de rodillas ante ella, desmoronada su apariencia, perdida la altivez, el orgullo y todo rastro de petulancia. Era una hermosa escena que él jamás olvidaría. No faltaba mucho para que sus propios padres, Isabelle y Feodor Margain, fueran a buscarle desde Bordeaux... pero aún tendría que esperar dos días más. ¿Qué sentiría al verles? ¿Qué pensarían ellos? ¿Habría nacido ya su hermano?

Maltés había creído llegada la hora de hablar con Gérald, y a tal efecto hizo que le condujeran a la sala al día siguiente por la mañana temprano. Era lunes y hacía un hermoso día. Atrás habían quedado la persistentes lluvias, cargadas de humedad, y el desapacible mal tiempo había dado paso a

soleados días primaverales. La campiña florecía por doquier, los árboles agitaban sus ramas cargadas de yemas a punto de abrirse, pletóricas de vida, y desde la casa se podía ver que los viñedos brotaban al unísono con fuerza. Beaune ofrecía en abril su mejor estampa, y aquellos días serenos habían apaciguado el espíritu del niño; cuando entró en la sala acompañado por Emmanuelle, la solícita doncella de Bousquet, mostraba un aspecto inmejorable. Sólo sus ojos reflejaban aún la amargura y el recuerdo, debía echar de menos a Mireille.

—Retiraos, deseo hablar con él a solas —ordenó Maltés a la doncella con un gesto de su mano.

Emmanuelle empujó a Gérald suavemente hacia el Inspector y abandonó la estancia, cerrando la puerta. Gérald se acercó lleno de timidez y aprensión, pues le impresionaba el aspecto del Inspector, en ocasiones tan distante y frío.

—No temas, sólo quería hablar contigo, hacerte algunas preguntas.

Gérald aparentó estar más predispuesto que en días anteriores y se sentó junto a Maltés obedientemente; estaba contento porque le habían dicho que al día siguiente llegaban sus padres. Ahora que faltaba tan poco para volver a verles se sentía embargado por una terrible impaciencia.

—Verás... —Maltés no sabía cómo empezar sin hacerle revivir su particular infierno. Al final se dio cuenta de que era inevitable—. Sé que es difícil, pero necesito que me cuentes algunas cosas. Aún hay otros niños en tu misma situación, atrapados, secuestrados...

Gérald bajó los ojos y palideció.

—Os ayudaré, señor.

Maltés le contempló apiadado.

—Mañana regresas a casa, Gérald. Todo habrá terminado, podrás olvidar, dejar todo esto atrás... Pero ahora te necesito, esos niños te necesitan, para que puedan volver un día junto a sus padres, como tú. ¿Qué puedes decirme, Gérald?

—Quiero ayudar, pero... No lo sé, no sé por dónde empezar... —se estremeció involuntariamente.

—Todo. Dónde os tenían, por qué, o para qué... Si viste a alguien a quien pudieras reconocer... Queremos atrapar a los culpables, por eso cuanto me digas, cualquier cosa que recuerdes, será importante.

Pero Maltés no estaba preparado para oír lo que Gérald tenía que contarle. El

chiquillo, despacio al principio, con más seguridad a medida que avanzaba en su relato, le detalló cuanto había sufrido y lo que sabía de Mireille... Las vejaciones, las violaciones, aquel infierno por el que habían tenido que pasar, encerrados en míseros agujeros sin luz, sin apenas comida o agua, las ratas... Gérald lloraba mientras hablaba. Se avergonzaba, pero quería hacerlo, necesitaba desahogarse, sacar su verdad a la luz, y sobre todo ansiaba que quienes les habían hecho aquello fuesen detenidos, y ejecutados. Maltés supo entonces que se enfrentaba a un caso de pederastia. Una probable red de tráfico infantil destinado a satisfacer las sucias inclinaciones de personas sin escrúpulos capaces de pagar desorbitadas cantidades de dinero con tal de hacer realidad sus espantosas fantasías. De ahí los fuertes ingresos de Dubois... Un sudor frío perló su frente y las náuseas le revolviéron el estómago, a pesar de su entereza, porque escuchar a Gérald resultaba demasiado duro, ver a un niño de apenas diez años contar tantas atrocidades... Maltés le observó conmovido. Sentía deseos de ejecutar él mismo a Dubois, pero sobre todo creció con fuerza desmedida su determinación de capturar al cabecilla de aquella red de corrupción, cuyo alcance aún estaba por determinar.

—Gérald, ¿siempre te llevaban a la Sala Roja?

—Sí, y a Mireille también, ella me lo contaba.

—¿Y siempre te visitaba el mismo hombre?

—Cada noche... —susurró él enjugándose las lágrimas—, pero no sé quién era...

—¿Podrías describirlo?

—No sé... No quiero —se negó para no visualizar el rostro odiado de su torturador—, no recuerdo...

—Está bien, Gérald, no te preocupes.

—Era alto, supongo... —dijo al fin sobreponiéndose en un alarde de coraje y superación—. Y llevaba un gran bigote negro. Y tenía la piel muy pálida.

—¿Cómo yo? —preguntó Maltés señalando la piel de su rostro, que era de una marcada blancura.

—No, más, mucho más, parecía un muerto. Incluso en la oscuridad era como si brillara.

Aquello parecía sobrenatural, pero era un detalle que recordó a Maltés que otra persona le había hablado de un hombre así: Bousquet. Precisamente el caballero le había explicado que esa persona les había atacado a él y a su

amigo Salazar en los alrededores del albergue “La Belle Nuit” poco antes del incendio, y que al parecer le habían descubierto reuniéndose en secreto con Dubois, no una, sino varias veces. Tanto Bousquet como Salazar se habían referido constantemente a su extraordinaria lividez, fantasmagórica, sobrenatural y espeluznante... ¿Podía tratarse del mismo hombre? ¿Era casualidad? Tres personas le habían situado en lugares distintos, pero todas ellas relacionadas.

—Ese hombre, ¿visitaba también a Mireille?

—No —afirmó el chico con rencor—. El que “visitaba” a Mireille murió. Era un cura, y se llamaba Lautrec.

Maltés recordó el cadáver hallado entre los restos de lo que sin duda debió haber sido la Sala Roja mencionada en diversos momentos de aquel espeluznante relato, y supo sin dificultad que se correspondía con el del sacerdote al que se refería Gérald... Acababa de desvelar su identidad gracias al chico. De no ser por él, jamás habría podido averiguar quién era, aunque aún debería indagar más.

—¿Les cogeréis?

—Te lo prometo, Gérald —¿qué habría empujado a aquel sacerdote, Lautrec, a cometer tales atrocidades? ¿Quién era? ¿Le conocerían Bousquet y Salazar? ¿Qué había en su alma?—. Gracias a ti, y a Mireille, acabaremos con todo esto, y los responsables serán condenados.

—Ojalá sean ejecutados, y ojalá sufran al morir.

Capítulo 34

A su llegada a Lyon lo primero que hizo Florian Bousquet fue encargarse un ramo de flores en una céntrica floristería. Nadie sabía de su presencia en la ciudad, ni siquiera Rembrandt, y puesto que nunca había estado en la casa de los Salazar y ésta se hallaba ubicada en las afueras parecía lógico visitar en primer lugar al abogado en su gabinete, sorprenderle, comprar un ramo adecuado, y juntos acudir a la casa. Escogió con cuidado las flores que compondrían el ramo, aconsejado por la dependienta que le atendió, una señorita muy afable y entusiasta con una marcada predilección por las rosas rojas. Sin embargo Bousquet no deseaba decidirse por tan pasional color, porque no tenía intención de ser tan explícito, no en aquellos momentos tan delicados. Sólo quería tener un detalle con Milena, ya llegaría el momento, cuando todo hubiera quedado atrás, de declararle sus intenciones. Ahora su objetivo era otro, ser su amigo y apoyo cuando la noticia del arresto de su padre llegara. Satisfecho con la elección final se encaminó, llevando un hermoso ramo de rosas blancas en la mano, a la dirección donde en cierta ocasión Rembrandt le había explicado que encontraría su despacho.

Lyon era una hermosa ciudad, grande y próspera, y Bousquet se sintió cómodo en ella, a pesar de su preferencia por la vida en el campo. Caminó durante más de media hora por sus estrechas calles en el centro histórico, más concurrido, hasta encontrar la calle en cuestión, y allí, en un antiguo edificio de piedra, dio con el letrero donde se anunciaban servicios de abogacía a nombre de Benjamín Rembrandt. Subió a la primera planta y llamó a la puerta, impaciente por encontrarse con su amigo.

Fue el propio Rembrandt quien le abrió. Al verle compuso un gesto de sorpresa y agrado, y enseguida una amplia sonrisa de bienvenida le recibió en su amable rostro. Se deshizo en preguntas, le hizo pasar, le abrazó incluso,

llevado por un impulso natural y campechano. Era tal su alegría que no sabía qué hacer para agradar a su amigo. Le invitó a entrar en su despacho, le mostró su biblioteca, repleta de una gran variedad de volúmenes de jurisprudencia, la vista que disfrutaba desde su ventanal, le hizo sentarse y le ofreció una copa. Estaba entusiasmado de verle y la dicha que sentía se evidenciaba en las constantes sonrisas y en el brillo de sus ojos, como siempre tan humanitarios. Rembrandt era un hombre bonachón, generoso y sociable, y se había encariñado sobremanera con Bousquet. Al ver el ramo entre sus manos volvió a sonreír, sospechando para quién era. Pero era discreto, y no preguntó, prefería que fuera el propio Bousquet quien le contara todo a su debido tiempo. Él era así, nunca se adelantaba, no presionaba, dejaba que la confianza y el tiempo y momento adecuados fuesen los que abrieran los corazones de quienes se acercaban a él, cosa que invariablemente ocurría más temprano que tarde.

Una vez superados los primeros momentos de excitación los dos caballeros comenzaron a sentirse más cómodos, y cada uno quiso saber del otro. Rembrandt tenía muchas preguntas acerca de lo que habían podido averiguar sobre Dubois.

—Pero Edouard le escribe a su hermana todas las semanas, ¿cómo es que no estáis al tanto? —se extrañó Bousquet.

—Veréis, amigo mío, en sus últimas cartas Edouard no estaba siendo demasiado... explícito. No nos contaba nada nuevo, es como si sus investigaciones se hubiesen detenido, o más bien, y esto es lo que yo creo más firmemente, como si quisiera ocultar algo doloroso a su hermana, para no hacerle daño... Pero vos debéis saberlo, puesto que habéis estado a su lado, estoy convencido... Pero en fin, ¿qué os parece si les visitamos esta tarde? Pero primero comeréis conmigo, ya que Milena seguramente querrá que nos quedemos a cenar...

—Claro, por supuesto —convino Bousquet contento de ver que allí todo estaba bien. Sin embargo debía advertir a Rembrandt, por mucho que le doliese romper su felicidad—. Os preguntaréis por qué no ha venido Edouard...

—Sí, desde luego, pero esperaba a que vos mismo me lo explicarais.

—Querido amigo, me temo que soy portador de malas noticias, aunque quizás vos ya intuáis algo así...

—¿Qué ha sucedido? —se preocupó Rembrandt acercándose a él muy serio y

alerta.

—Hemos sabido muchas cosas en los últimos días, acerca del padre de nuestro común amigo... Al parecer será detenido en los próximos días, si no lo está ya...

—¿Detenido? ¿Acusado de qué? —el abogado estaba pálido y expectante.

—De secuestro.

—¡Vive Dios... es peor de lo que pensaba...

—Aún peor, amigo mío. He venido a Lyon con el único propósito de apoyar a Milena si llegara a enterarse de tan triste noticia antes de que Edouard pueda regresar, pues se haya retenido por el Inspector Lázaro Maltés en Beaune, como hijo de Dubois...

Rembrandt se alarmó en exceso y Bousquet tuvo que tranquilizarle.

—No, no... No es sospechoso, calmaos, os lo ruego... Sucede que al ser familiar directo, Maltés necesitaba de su presencia hasta aclarar algunas cosas, pero no se le acusa de nada.

—Por Dios, es mucho peor, pobre Milena, si supiera que su hermano está retenido...

—No, no debe saberlo, no es necesario. Yo mismo me ofrecí a venir al saber que Dubois iba a ser arrestado, y Edouard estuvo de acuerdo en que así lo hiciera. Debemos mantenerlo todo en secreto hasta que Edouard regrese... Pero hay algo más.

—¿Qué es ello? —se escandalizó Rembrandt atónito—. ¿Qué más habéis de contarme?

Bousquet se tomó su tiempo. Había mucho que explicar. Poco a poco, procurando no exagerar ni omitir nada, puso al abogado al corriente de las noticias más recientes. Su voz apacible resonaba entre las paredes de aquel despacho; las agujas de un viejo reloj de pared corrían segundo a segundo y a través de las ventanas las gentes de Lyon continuaban sus vidas, ajenos a cuanto aquellos dos caballeros estaban tratando al abrigo de la intimidad que su amistad les proporcionaba. Transcurrió media hora.

—Así que era cierto... —Rembrandt se había ido hundiendo en su asiento a medida que Bousquet hablaba. Estaba algo indispuerto y un leve rubor encendía sus mejillas, tal era su agitación— ...ese infame pensaba hacerse con el testamento... ¡y de la manera más ruin posible! —rememoró la sensación de impotencia el día que descubriera que alguien había irrumpido en aquel mismo despacho para robar los documentos relativos a la herencia

de Sara Salazar. ¿Cómo habría llegado Dubois a saber de su existencia? Debía tener muchas influencias, seguramente llevaba tiempo husmeando en los asuntos de su difunta esposa. ¿Y aquel albergue en la finca? La depravación de Dubois no tenía límites, al parecer...—. Pero... en relación al otro asunto, aún más abominable que el primero... ¿por qué mezclarse en asuntos tan sórdidos? ¿Para qué semejante barbarie? Jamás oí hablar a Dubois de ese albergue... No puedo creer que Dubois... Creía conocerle bien, sabía que era egoísta, ambicioso... Está claro que aún guarda muchas sorpresas.

—...teníais que haber visto a esos dos chiquillos, amigo mío... Sus rostros, esos ojos... No quiero pensar lo que habrán pasado —Bousquet se pasó una mano por la frente, algo desmejorado al revivir aquellos acontecimientos.

—Tomad otra copa...

—No, no, estoy bien... —Bousquet no podía evitar volver una vez más al asunto del albergue, pues le había afectado sobremanera—. Uno de ellos era una niña, se llama Mireille Jacquenet. Es la pequeña a la que Gael vio al fondo de ese pozo. ¿No es un milagro? ¿Creéis que hay algo de casualidad en tal circunstancia? Yo no.

—Es increíble, desde luego. Pero, ¿para qué querría Dubois a esos niños? ¿Con qué objeto?

—Esa respuesta a estas horas puede que sea Maltés el único que la tenga, si es que ha logrado hacerles hablar. Están tan afectados, tan maltratados, que ni siquiera quieren ver a sus padres, es como si se avergonzaran de sí mismos, o de lo que les ha pasado... Al menos en tal estado les dejé antes de venir a Lyon.

—Debéis comprenderlo, amigo mío. Esa experiencia tan traumática les habrá marcado para toda la vida, jamás podrán olvidarla... —Rembrandt se levantó cansino y se abstrajo unos instantes frente a su ventanal. Se quitó las gafas y las limpió frotándolas contra su chaqueta.

Ya no lograba ver el mismo paisaje que minutos antes de la llegada de Bousquet. Donde antes se deleitaba con la hermosa vista de un soleado parque, ahora no encontraba nada que le provocase una sonrisa. Estaba emocionado y dolido. Nunca hubiera imaginado que Grégoire Dubois hubiese llegado tan lejos. Ahora le resultaba fácil encontrar significado a las grandes sumas de dinero que había estado recibiendo en los últimos años. Años... ¿Cuántos niños había secuestrado? ¿Desde cuándo? Palideció al caer

en la cuenta de la atrocidad de ese hombre.

—No le diremos nada a Milena, de momento. Es mejor que sea Edouard quien se lo cuente, teníais razón, pero ¿cómo simular ante ella? Ahora mismo estoy conmocionado por lo que acabáis de relatarme, no sé cómo... Ella lee en mí como en un libro abierto, y en cuanto me vea sabrá que algo sucede, y no parará hasta que se lo diga...

—Tranquilizaos. Vuestra idea de antes me parece perfecta. Una comida nos dará sosiego, podréis recuperar el ánimo y enfrentaros a Mil... la señorita Milena mucho más entero. Además, yo estaré a vuestro lado. Amparaos en mí, yo me ocuparé.

—¿Cuándo tiene Edouard previsto su regreso?

—Eso depende de Maltés.

—¿Quién es ese Maltés? No me suena su nombre, y conozco a la mayoría de los funcionarios policiales...

—Yo tampoco he oído hablar de él, pero es hombre cabal. Un gran investigador, inteligente y metódico. No se puede decir lo mismo de su compañero, el Inspector Vasek Rabechault.

—¡Rabechault! —exclamó Rembrandt contrariado—. Me he topado con él en más de un juicio, ¡es un indeseable! ¡Inculparía a su madre si así lograra llevarse una medalla más!

—No debéis alarmaros, Maltés parece tenerle dominado, es una sombra en este caso, algo que no le debe sentar muy bien, a mi juicio.

—No, por cierto. No he visto en mi vida mayor cúmulo de egocentrismo y ambición. No os fiéis de él... —suspiró agotado—. Espero que Edouard no se vea demasiado involucrado en este asunto, ese hombre podría complicarle mucho las cosas, y más en momentos como los presentes... Ya sabéis que se ha creado el Comité de Salvación Pública, me parece a mí que este país no hace sino empeorar cada día que pasa...

—Pero no veo cómo podría verse mezclado, no hay nada que le acuse, no tiene nada que ver, aparte de su parentesco con Dubois.

—Rabechault ve enemigos en todas partes, si con ello piensa que puede ganar algo, hará lo imposible por mezclarle, os lo aseguro. Esperemos que ese Maltés le tenga bien atado, es todo cuanto digo.

Al mediodía los dos amigos fueron a comer, tal y como habían convenido. Sentados en un afamado restaurante de la ciudad que Rembrandt conocía bien, convinieron el modo en que afrontarían la visita a Milena y su hermano.

Estuvieron debatiendo durante algo más de media hora y Rembrandt no pudo evitar aludir a las advertencias de Sara Salazar en su lecho de muerte.

—¿Y si al prevenirme sobre el peligro que acecha a Gael quiso advertirme de un posible secuestro? ¿No os parece demasiado casual que Dubois haya estado secuestrando niños? ¿Y si ella sabía lo que estaba pasando y temía por Gael?

Bousquet no quiso hacerle caso. Aseguraba que por muy ruin que Dubois fuese jamás permitiría el secuestro de su propio hijo, era absurdo. ¿Para qué? ¿Por dinero? ¿A tal extremo llegaría su perfidia? Desde luego ninguno de los dos halló motivos que pudieran justificar tal posibilidad. Además, tal y como le hizo notar Bousquet, Dubois estaba ya con total seguridad entre rejas, lo cual garantizaba que el peligro hubiera pasado. Gael estaba bien, con Milena, a salvo en su casa. Departieron un par de horas más, tomaron un café, y ya más sosegados emprendieron el camino hasta la residencia de los Salazar.

Bousquet nunca había estado allí, y aunque Edouard le había hablado muchas veces de aquella vieja casa, no imaginaba encontrar un edificio tan carismático a las afueras de Lyon. Cuando el coche de Rembrandt atravesó la verja de entrada y avanzó al trote de los dos caballos percherones por una hermosa alameda, se encontró ante un maravilloso cuadro donde una mansión soberbia se alzaba majestuosa en medio de un gran parque de césped bien cuidado.

—Es hermosa, ¿verdad? Pero es propiedad de Dubois, forma parte de su fortuna, y sus hijos jamás podrán disponer de ella... Doy gracias por aquel impulso que me llevó a esconder el original del testamento de Sara a buen recaudo, imaginaos qué destino les aguardaría en caso contrario...

—Están sufriendo muchas calamidades, no lo merecen...

—Sí, desde luego. Primero pierden a su madre... y ahora esto... Si hubieseis conocido a Sara... —Rembrandt ocultó su turbación.

—Vos la amabais... —Bousquet habló sin pretensión. Las palabras habían brotado sinceras, comprensivas, intuitivas.

Benjamín Rembrandt volvió la cara. El carruaje se detuvo ante la casa y el cochero se asomó para abrirles la portezuela. Habían llegado. Rembrandt bajó sin responder y esperó a que Bousquet se reuniera con él. Juntos subieron las escaleras hacia la entrada principal, y llamaron a la puerta.

—Buenas tardes, señores —saludó Rafael en persona. Al verles sonrió animado, pues les apreciaba sobremanera—. ¿Vienen a visitar a la señorita

Milena? Se alegrará mucho de verles. Esta mañana no ha bajado a desayunar, mandaré a Estela que la avise, vendrá enseguida.

Bousquet y el abogado entraron, acompañados por Rafael, a quien entregaron abrigos, guantes y sombreros. El criado les condujo a la biblioteca, donde les dejó instalados cómodamente antes de ir a buscar a Estela.

—Es una hermosa casa, sin duda —afirmó Bousquet observando las librerías—. Tienen además una valiosa colección de libros, menos mal que esto no es París o quizás lo habrían perdido todo a manos de los revolucionarios.

—No olvidéis que todo esto pertenece a Dubois...

—Sí, es cierto... Conozco a muchos amigos que han debido venderlo todo, amenazados de muerte por ser nobles, o cuyas casas han sido arrasadas, saqueadas... En fin, dejando a un lado a quién pertenezca la casa, es una suerte que la señorita resida en Lyon, aquí las cosas son más tranquilas.

—Hubo un momento en que Edouard se planteó volver a España, a la casa de la familia de su madre, pero luego todo eso quedó olvidado. Al fin y al cabo ellos se han criado aquí, ésta es su tierra.

—Lamentaría mucho que abandonaran Francia —aseguró Bousquet con el ceño fruncido.

—¿Queréis que coloque ese ramo en un jarrón, señor? —Estela acababa de aparecer, sonriente.

—Oh, sí, muchas gracias... ¿Habéis avisado ya a la señorita Milena?

—No estaba en su alcoba, Rafael ha ido a buscarla. Probablemente haya ido a dar un paseo con su hermano. Suele ausentarse sin previo aviso, últimamente no estaba muy tranquila.

—Gracias Estela, esperaremos entonces —dijo Rembrandt con una sonrisa amable.

La doncella recogió con delicadeza el hermoso ramo de rosas y se lo llevó.

—Es un hermoso ramo, las rosas blancas son una perfecta muestra de amistad, delicadas, frágiles, como la misma señorita Milena.

—Desde luego —afirmó Bousquet muy seguro de aquellas afirmaciones. Ansiaba ver a la joven, tomarle la mano, hablarle, ver sus ojos de nuevo... Suspiró profundamente.

—Señores, lamento decirles que no logramos encontrar a la señorita, y tampoco a Gael —anunció de repente Rafael apareciendo en la entrada de la biblioteca algo inquieto. Estela llegó por detrás con el ramo de rosas adornando un precioso jarroncito blanco. Lo colocó sobre la repisa de la

chimenea y ajustó algunas flores para componer el conjunto lo mejor posible —. Les he buscado en los jardines, y Muriel ha mirado en todas las habitaciones. Pero no están, quizás hayan salido.

—Qué extraño... —murmuró Rembrandt.

—No tanto señor —le tranquilizó Estela con aire optimista. Estaba muy satisfecha de su trabajo con el ramo—, no es la primera vez que lo hacen. Suelen salir de excursión sin previo aviso, a veces toda la mañana, o todo el día. Como vos no venís todos los días la señorita se llevaba a su hermano a menudo, sobre todo estos días tan bonitos.

—Desde luego hace un tiempo magnífico para estar encerrado en casa — admitió Rembrandt.

—¿Queréis que vaya a buscarles a la ciudad? —sugirió Rafael dispuesto a sacar el coche.

—No, no es necesario, Rafael. Ya volverán. Si no os importa, esperaremos.

—Como deseáis... —Rafael se retiró

—¿Tomaréis algo mientras tanto? —sugirió Estela, solícita como siempre.

—No, gracias Estela.

Los dos caballeros se resignaron a pasar el resto de la tarde esperando. En vista de la tardanza de la muchacha en regresar, el abogado quiso enseñarle a Bousquet las dependencias de la casa. Acompañados por Muriel visitaron las habitaciones del piso superior, incluidas las de Milena, Edouard y Gael, y la que había pertenecido a Sara Salazar. Allí, sobre la chimenea, había un magnífico retrato de la dama antes de enfermar, y su parecido con su hija era tan palpable que Bousquet creyó estar contemplando el rostro de Milena, extasiándose con su belleza. A su lado Rembrandt saboreaba sensaciones muy similares, pero él recordaba a la dulce Sara. Luego le llevó a las caballerizas, donde encontraron a Philippe, el mozo de cuadras, que en aquellos momentos cepillaba a Pilgrim, el regalo que Edouard le hiciera a Gael por su cumpleaños.

—Es un magnífico animal, señor —afirmó Philippe estirando la larga cola rizada del animal, que piafaba satisfecho—. El señor Gael adora a este caballo, sale a montarlo casi todos los días. Es raro que hoy no haya venido a visitarle todavía.

Bousquet cruzó una mirada con su amigo mientras ofrecía la palma de su mano al caballo, que se la chupó con una lengua áspera, haciéndole cosquillas con los pelillos de su hocico.

—¿Viene siempre, aunque vaya a salir de paseo con su hermana?

—Llueva o truene, señor —sonrió Philippe—. Pilgrim y Gael son uña y carne, os aseguro que el sentimiento es mutuo. Este caballo le echa de menos cuando no viene. Ya os digo que es extraño que hoy no haya pasado por aquí. Siempre lo hace, nada más levantarse.

—¿Todos los días? ¿Cuántos días ha dejado de hacerlo desde que está aquí Pilgrim?

—Veamos... —recapacitó el mozo frotando ahora la grupa del animal con esmero—. ¡Ninguno! Sí, seguro, ni un solo día.

—Rembrandt, deberíamos regresar, esto empieza a ser muy extraño.

—Yo también presiento algo, amigo mío... Volvamos, por si hubiesen regresado, y si no...

Salieron de los establos a buen paso, cada uno albergando un vago temor. ¿Qué podía significar que Gael no hubiese ido a ver a Pilgrim? Probablemente nada, pero en sus corazones latía la incertidumbre y querían comprobar que estaban equivocados. Al llegar a la casa encontraron a Rafael, quien les confirmó que no habían vuelto todavía. El criado, al ver su preocupación, se ofreció de nuevo para ir a buscarles.

—Yo iré, Rafael. Ordena que me ensillen un caballo, enseguida.

—Amigo mío, ¿estáis seguro? —Rembrandt no se sentía dispuesto a ceder a la alarma.

—No puedo esperar aquí, sin hacer nada, prefiero salir a buscarles. Vos quedaos, por si regresaran.

Bousquet tuvo un caballo ensillado en menos de diez minutos, y partió al galope hacia la ciudad, donde pensaba buscar a la joven y llevarla de vuelta a casa antes de que anoheciera. A Rembrandt sólo le quedó esperar, una aciaga alternativa nada halagüeña.

Ocupó las horas que quedaban de aquella tarde en la lectura de algunos de los libros de la biblioteca. Trataba de concentrarse en los textos escritos que buscaba en cada volumen que abría al azar, pero su mente volaba lejos una y otra vez. Se preguntaba por qué Bousquet tardaba tanto. Al final, cuando ya la noche había caído y la escasa luz le impedía seguir leyendo, cerró un ejemplar de Voltaire y lo dejó en la librería, tremendamente impaciente. Justo entonces oyó los cascos de un caballo y corrió a la ventana. Acababa de llegar Bousquet, pero estaba solo. Alarmado le vio desmontar y queriendo saber qué sucedía fue a buscarle a la entrada. Rafael le abrió la puerta cuando

llegó. Estaba pálido y muy preocupado.

—¿No han vuelto durante mi ausencia?

—No... Temo que no... Pero, ¿qué habrá sido? ¿Dónde podrán estar? Es muy tarde...

—No lo sé... No he podido averiguar nada. Nadie les ha visto en Lyon, ni en otras ciudades en los alrededores, y os aseguro que he recorrido más de lo que ellos hayan podido caminar en todo el día alrededor de Lyon... —fueron sus funestas palabras—. No están.

—Desde luego ya deberían haber vuelto, se ha hecho de noche —dijo Rafael muy intranquilo mientras pasaban de nuevo a la biblioteca.

—Pero Rafael, ¿nadie les ha visto salir? —quiso saber Bousquet evidenciando su ansiedad por la suerte de los dos hermanos—. ¿no os dijo Milena si tenía intención de ir de excursión, de viajar...

—No señor, os lo aseguro. Anoche estaba muy cansada y se acostó temprano, aunque no mucho más que de costumbre. No dijo nada, y esta mañana no la he visto... Preguntad a Muriel.

—Hazla venir, a todos —ordenó Bousquet decidido a averiguar lo ocurrido.

Todos los sirvientes de la casa fueron convocados en la biblioteca, y Bousquet les informó de lo que sucedía. Preguntó a todos, uno por uno, si habían notado algo extraño, fuera de lo normal, o si le habían oído comentar algo a la señorita o a Gael acerca de algún viaje. Pero nadie sabía nada. Doncellas, cocineras, los criados, mozos... todos aseguraban desconocer los planes de los hermanos, y ninguno recordaba haberles visto desde la noche anterior.

—¿No habrán querido regresar a Beaune? —se le ocurrió a Rembrandt de repente—. Quizás Milena estaba preocupada y... ya la conocéis, a veces es impulsiva, puede que no aguantara más aquí sola sin saber nada, y haya decidido volver con Edouard. Es posible que nos hayamos cruzado por el camino, y que a estas alturas estén ya con su hermano...

—Pero señor —le hizo notar Rafael—, se hubiera llevado el carruaje. Y con toda seguridad os hubiera escrito a vos, avisándoos de tal decisión. No es propio de la señorita actuar así...

—Es cierto —Bousquet no cesaba de buscar una solución al misterio. Tenía el corazón oprimido en el pecho y se sentía impotente.

—No lo comprendo, no pueden haberse esfumado así.

—No han llevado equipaje, señor —quiso ayudar Estela—. Las maletas están

en sus habitaciones, si se han ido iban con lo puesto...

—¿Estás segura? —Bousquet salió corriendo hacia la estancia de Milena.

—Bousquet, ¿a dónde vais?

—Venid conmigo, tú también, Estela, os necesito —repuso subiendo por las escaleras a la carrera.

A una orden de Rafael todos los sirvientes volvieron a sus quehaceres, salvo Estela, que siguió al abogado en pos del caballero. Éste entraba ya en la habitación de la joven, aunque sin saber muy bien qué buscaba.

—Estela —le pidió en cuanto la vio entrar—. Necesito que me digas si falta algo, lo que sea... Tú conoces bien a tu señora, quiero que mires si se ha podido llevar algo.

—Pero señor, ya os lo dije, todas sus cosas están aquí...

—Revísalo todo, te lo ruego, mira si ves que falta algo.

—Haz lo que te dice, Estela, es por el bien de la señorita.

La doncella no atinaba por dónde empezar. Se dirigió a la mesilla, abrió los cajones, y poco a poco fue entrando en faena y empezó a rebuscar por todas partes. Bajo la cama, sobre la cómoda, en la mesita de lectura, y finalmente en el armario. Allí, aturdida, se quedó paralizada.

—¿Qué ocurre? —Bousquet y Rembrandt se acercaron al unísono.

—Falta algo... —murmuró la joven llevándose una mano temblorosa a la cabeza—. Pero no tiene sentido, ¿por qué habría de... Puede que lo hayan robado...

—¿De qué se trata? Estela... —Rembrandt puso su mano en el hombro de la muchacha para calmarla.

—Es la cajita, la preciosa cajita de su madre.

—¿Qué?

—Donde guardaba las joyas de la señora, ella se las regaló antes de morir. Las guardaba aquí, estoy segura.

—¿Qué diantre significa eso? —quiso saber Bousquet mesando sus cabellos con impaciencia.

—Que se iba lejos, o que no piensa volver... —recapitó el abogado. Se dejó caer sobre la cama, alicaído por las circunstancias—. Pero no se ha llevado equipaje... no tiene sentido. Sugiere más bien una huida precipitada. ¿Qué se llevaría con ella si quisiese desaparecer?

—Sus recuerdos —Bousquet estaba de acuerdo con aquel hilo de razonamientos—. Las cosas que más significado tienen para ella. ¿Por qué?

¿Habrá ido a Beaune?

—No tiene sentido... no lo tiene...

—Estela, ¿alguien ha visitado a Milena en los últimos días?

—No señor, nadie. Recibía las cartas de su hermano nada más. Aparte del señor Rembrandt, y ahora vos, nadie más ha venido a verla.

—Mostrádmelas. Quiero verlas.

—Están aquí en el cajón de su escritorio —dijo ella sacándolas con cuidado. Estaban atadas con un cordel en un fajo cuidadosamente guardado.

—Puede que aquí haya alguna pista... ¿Son todas las cartas que ha recibido?

—Ella las guarda todas, las de su hermano sobre todo...

—Bajemos Rembrandt. Conozco bien cada carta que Edouard le ha escrito, porque yo estaba delante cuando las redactaba, veamos si hay algo que nos pueda ayudar.

—¿Pensáis que Edouard le haya escrito cuando salisteis de Beaune y que le haya pedido a Milena que se reúna con él?

—Ojalá fuera así, comprobémoslo.

Sin embargo, aunque pasaron más de una hora leyendo y releendo cada nota, no hallaron nada revelador en ellas. Bousquet reconoció en cada una todas las que Edouard le había enviado estando él en Beaune. No había en aquel montón ninguna nueva, reciente o no, ni una sola pista. Al final, Bousquet las arrojó enfurecido contra la mesa y empezó a pasearse arriba y abajo ante la mirada perpleja y consternada de Rembrandt.

—Deberíamos avisar a Edouard, saber si ella está con él, antes de alarmarnos.

—Todo esto es muy extraño... Le escribiré ahora mismo. ¡Rafael!

El criado apareció al rato. Estaba deshecho, temiendo que a su joven ama y al pequeño Gael les hubiese sucedido algo.

—Prepárate, necesito que lleves un mensaje a la ciudad y que allí contrates a un mensajero. Deberá ir a Baune, se trata de una emergencia, ¿de acuerdo? Tiene que regresar con respuesta del señor Salazar. Mañana por la noche debería estar de vuelta, ¿has entendido?

—Sí señor, por supuesto.

—Espera pues, mientras la escribo.

Con el semblante nublado y el corazón en un puño, Bousquet se sentó, tomó papel y pluma y redactó una nota breve, explicándole a Edouard lo sucedido y rogándole que si tenía noticias se lo hiciese saber de inmediato, con el mensajero que le enviaba. Si por el contrario nada sabía del paradero de su

hermana, le aconsejaba volver a Lyon enseguida. Mientras doblaba la nota esperaba que Maltés no se opusiera, aunque prefería que Edouard le respondiera con una gran disculpa, comunicándole que tanto Milena como Gael estaban a su lado. Se levantó y entregó el mensaje sellado a Rafael, quien partió con ligereza, dispuesto a poner todo de su parte para ayudar.

—¿Qué podemos hacer ahora?

—Nos quedan largas horas de espera hasta mañana, pero no pienso quedarme quieto, mañana por la mañana saldré de nuevo a buscar.

—Permitid que os acompañe, no soportaré quedarme de brazos cruzados, ignorante de todo... Anularé todos mis deberes, mi socio se ocupará, no pienso marcharme mientras no sepa qué ha ocurrido... ¡Por Dios! ¿Dónde está Milena? Bousquet, temo por ellos, ¿y si se ha cumplido la advertencia de Sara?

—No lo creo, se trata de otra cosa, sin duda. Según vos os advirtió sobre Gael únicamente, no sobre Milena.

—Sí, sí... es cierto.

—Entonces calmaos. Descansemos ahora, y mañana saldremos a buscarles. ¡Removeré toda Francia si es necesario!

El día siguiente transcurrió triste y cargado de malos presagios. Bousquet y Rembrandt partieron al amanecer, cabalgaron hasta la ciudad de Lyon y una vez más volvieron a preguntar en todas partes. Recorrieron cada pueblo cercano, incluso se internaron en los bosques de alrededor, rastreando todas las posibles rutas. Consultaron a los cocheros, pero nadie supo darles noticias... Milena y Gael habían desaparecido.

A su regreso, por la noche, después de todo un día a lomos de sus monturas, de haber removido hasta debajo de las piedras, se encontraron con una sorpresa. Sentado en la biblioteca de la casa les aguardaba Edouard en persona, y Lázaro Maltés le acompañaba. Al verles entrar el joven se puso en pie de un salto y acudió a su encuentro, lívido. Abrazó a Bousquet con sentimiento, y después a Rembrandt, y luego empezó a preguntar. Tuvieron que calmarle, hacer que se sentara, porque estaba fuera de sí. Adoraba a sus hermanos, les quería con locura y no soñaba que les hubiese podido suceder nada malo. Con manos temblorosas aceptó una copa de coñac que el propio Maltés se ofreció a servirle, y más sosegado escuchó a sus amigos cuanto tenían que contarle. Luego les explicó que había recibido el mensaje de Bousquet y que puesto que ni Milena ni Gael estaban con él, había decidido

regresar a Lyon enseguida. Maltés no se había opuesto, e incluso había querido ayudarle, por eso le había acompañado.

—Edouard, tu hermana se llevó la caja con las joyas de vuestra madre — anunció Rembrandt.

—¿Qué? ¿Por qué haría algo así?

—Pensamos que iba a alguna parte... sin intención de regresar. Pero no se ha llevado equipaje alguno, y eso nos desconcierta.

—Tales detalles dan a entender una huida precipitada —intervino Maltés muy serio—. ¿Sabéis si algo podía amenazarla?

—La única amenaza que conocemos iba dirigida contra Gael, antes que contra ella.

—¿Qué amenaza? —interrogó Maltés apoyando su peso sobre una pierna mientras cruzaba los brazos, pensativo.

—Mi madre —explicó Edouard carraspeando para aclarar la voz. Un nudo de ansiedad oprimía su pecho y ascendía hasta su garganta, ahogándole—, en el lecho de muerte, le advirtió al señor Rembrandt acerca de un peligro, que al parecer acecha a Gael.

—¿Recordáis sus palabras? —Maltés arqueó las cejas al dirigirse al abogado. Cada vez que hablaban descubría algún detalle nuevo, y se preguntaba molesto cuándo dejarían de transmitirle información relevante con cuentagotas.

—Me dijo... —trató de recordar Rembrandt con aire emocionado—. Sólo me dijo que cuidara de él, que corría peligro.

—¿Sólo se refirió a él?

—Sí, sí... Bueno, también me dijo que cuidara de sus hijos, de Edouard y de Milena, pero sé que hablaba sobre todo del menor de los tres, de Gael. Lo recuerdo bien... Dijo exactamente algo como... “*No dejes que él le haga daño a Gael...*”

—¿Él? ¿A quién se refería? ¿A Dubois? —Maltés suspiró exasperado—. ¿Sabéis si Sara Salazar estaba al corriente de las actividades de su marido, señor Salazar?

—No tengo idea, Inspector... Lo lamento.

—Algo sabía, sí... —se encogió de hombros, apartó aquella línea de pensamientos por el momento, y continuó enlazando los que le conducían directamente a Milena—. Puede que vuestra hermana quisiera proteger al pequeño Gael. Puede que descubriera una amenaza contra la seguridad de su

hermano y quisiera alejarle del peligro. Eso explicaría una partida tan repentina, que se llevara lo justo, y que no dijera nada a nadie. Quizás temía que si hablaba con alguien quienquiera que les estuviese acosando se enterara de sus planes y la encontrara. Así, se fue sin equipaje, se llevó las joyas con intención de venderlas y disponer de algo de dinero, y ahora está oculta, en alguna parte. Creo, señor Salazar, que si estoy en lo cierto, pronto tratará de ponerse en contacto con vos. Sería lo lógico...

—Eso sería muy tranquilizador, en cierto modo... Me aterra todo esto, no saber dónde están ni lo que pasa... ¿Quién puede estar amenazando la seguridad de mi hermano?

—Su padre, presumiblemente —afirmó Maltés—. Tened en cuenta cuanto sabemos hasta el momento. ¿No creéis en la posibilidad de que quiera llevarse a Gael? Por dinero... Además, hay algo que no os he contado, y que empieza a sonarme... demasiado casual como para pasarlo por alto...

—¡Por Dios! ¡Hable! No hay tiempo que perder...

—Lamentablemente es sólo una pista, y es posible que falsa... Veréis —siguió Maltés, obligando a Edouard a sentarse—. Hubo un asesinato en Moulins, la víctima fue un caballero libertino llamado Jacques Valleix. Según la doncella de este caballero, él se había prendado de una joven dama y de su hermano, que al parecer se llamaba Gael...

—¿Qué... —todos estaban sorprendidos.

—Estuve indagando en esa ciudad, buscando evidencias de la presencia de esa señorita y del niño, pero nadie, a excepción de un respetable caballero, me pudo dar señas de su paradero. Incluso este caballero del que les hablaba, no pudo decirme nada más aparte de que tropezó con ella en el parque una mañana cualquiera... Como ven, es bien poca cosa como para sacarnos de dudas.

—¿Creéis que mi hermana pueda estar en Moulins?

—No lo sé, según aquel caballero ella estaba paseando por los jardines de la ciudad... Si como suponemos la señorita corre algún peligro, su actitud no concuerda. Por lo que me dijo ese anciano parecía una muchacha feliz, disfrutando de un agradable paseo... Además, esto fue ya hace unos días, y la señorita Milena se fue ayer...

—¡Tenéis razón! No podía ser ella —aseguró Rembrandt—. ¡Yo estuve con ellos todo el tiempo! ¡No se han movido de Lyon!

—Cierto... —convino Maltés encogiéndose de hombros— no tiene

explicación, pero me resulta extraña la coincidencia, una muchacha de apariencia similar, con un chico que se llamaba Gael... Es muy raro, no dejo de preguntarme... —se sacudió molesto—. Por otra parte, sé algo más que resulta inquietante, y aún más extraño si cabe.

—Por Dios... ¿qué más...

—Ese caballero del que les hablaba, Jacques Valleix, era presumiblemente un cliente de su padre, ¿comprenden? Y según su doncella estaba muy encaprichado de la joven y de su hermano. Puede que el infame Valleix se hubiese prendado hasta tal punto que... que quisiera ordenar el secuestro de Gael...

—Pero ¿sabéis lo que decís? Aunque se tratase de mis hermanos, cosa imposible, ¿mi padre aceptaría tal cosa? ¡Es una locura, incluso para él! Incluso después de lo que me habéis contado... ¿Sería capaz por dinero de vender a sus propios hijos? —Edouard tembló conmovido—. Sí, lo creo...

—No comprendo nada, —Bousquet les miraba de hito en hito, tratando de seguir la conversación— ¿a qué os referís con cliente, y cómo que ese tal Valleix se había prendado de ellos? ¿Hay algo que no sepa? Edouard...

—Pero Edouard —le interrumpió Rembrandt sin escuchar a Bousquet—, vuestra hermana estuvo en Lyon todo el tiempo, ¿quién era entonces esa joven de la que habla el Inspector? No concuerdan las fechas...

—No lo sé, pero después de lo que sabemos...

—¿Qué ocurre... —quiso saber Bousquet cada vez más nervioso— por favor, explicadme qué sucede...

—Disculpadme —Maltés se interrumpió de pronto, consciente de que tanto Bousquet como Rembrandt ignoraban algunos detalles del caso—. Hay algunas cosas que vos no sabéis, es cierto. Quizás sería conveniente que os las explicara para que comprendierais mejor cuanto estamos hablando. Al fin pude interrogar a Gérald Margain. De su exposición de los hechos, un relato atroz, os lo aseguro... —se estremeció al recordarlo— sé ahora que los secuestros organizados por Grégoire Dubois y otros cómplices por el momento desconocidos, iban encaminados al tráfico infantil. Hablamos del gravísimo delito de pederastia. Cuando digo que Valleix era cliente de vuestro padre, estoy afirmando que abusaba sexualmente de los niños que vuestro padre ponía a su disposición... Una abominación que aún me cuesta asumir como cierta... Tanto Gérald como Mireille Jacquenet fueron víctimas de pederastia, y el resto de aquellos niños asesinados en el incendio del

albergue también.

Un silencio general y escandalizado acogió aquel nuevo golpe. Ninguno de los presentes lograba digerir tantas y tan malas noticias.

—Según mis investigaciones, cada vez que se va a cometer un nuevo secuestro hay un asesinato. La víctima invariablemente es el cliente que solicitó el rapto en cuestión. En el caso de Valleix, no ha habido que sepamos tal secuestro, hasta ahora... Comprenderéis la gravedad de la situación. Si efectivamente Valleix ordenó el rapto de ese niño, Gael, fuera o no vuestro hermano...

—¡No es posible! —insistió Edouard negándose a creer que su padre fuese capaz de algo así.

—Sólo digo que la señorita Milena ha tenido tiempo desde que regresara a Lyon, hace más de un mes, de viajar en alguna ocasión a Moulins, con su hermano, quizás en una excursión de la que vos, Rembrandt, no tuvieseis conocimiento... Quizás quiso ocultároslo por algún motivo, estuvo allí, conoció a ese tal Valleix, y ahora, persuadida del peligro que corría su hermano, ha huido para mantenerlo a salvo... De todas las malas noticias, ésta sería la menos mala, al fin y al cabo, porque la otra posibilidad es demasiado... —Maltés no quiso continuar—. Tenemos la esperanza de que la señorita esté en algún lugar, oculta, y de que presumiblemente pronto se pondrá en contacto. Pero es sólo una teoría, no podemos afirmar nada todavía. Habría que indagar más.

—No creo en esa teoría, señor —Rembrandt estaba convencido de lo que decía—. No en vano yo mismo he estado visitando con asiduidad a la señorita Milena. No es posible que se haya ido a Moulins sin yo saberlo... ¿Y por qué ir a Moulins? ¿Qué tenía que hacer allí? No, no lo creo...

—Un día o dos hubiesen bastado, Moulins no está tan lejos y es una hermosa ciudad como para querer visitarla... ¿Me estáis diciendo que no ha habido algún día o dos en el que vos hayáis fallado en vuestras visitas? Al parecer los criados tampoco están siempre al tanto de lo que hace o deja de hacer ella...

Rembrandt palideció. Efectivamente, eso era posible, sobre todo en las dos últimas semanas. Edouard escuchaba todo aquello sumido en un mutismo profundo y dramático. No dejaba de darle vueltas a la detención de su padre, de la que había tenido noticia gracias a Maltés. Sus amigos aún desconocían aquél detalle, importantísimo a su juicio, ya que Dubois podía saber el

paradero de sus hermanos.

—Florien, Benjamin... —anunció al fin lleno de amargura—, habéis de saber que mi padre ya ha sido detenido.

—¿Cuándo? —exclamaron a un tiempo los dos hombres.

—Mi compañero Vasek Rabechault, a quien ya conocéis, le arrestó cuando trataba de cometer otro secuestro en Toulouse. Ha sido puesto a disposición de la prisión de la Conciergerie, en París, donde espera para ser interrogado.

—¡Preguntadle a él entonces! —sugirió Bousquet—. ¿Quién puede saber mejor que él si Gael estaba en su lista de secuestros?

—Desde luego, le preguntaremos al respecto. —¿Y si lo niega? ¿O si no es lo que pensamos?

—En tal caso, no imagino qué puede haber ocurrido.

A partir de entonces Edouard cayó presa del abatimiento, y ni Bousquet, quien trataba por todos los medios de animarle a pesar de su propio sufrimiento, ni Rembrandt, lograban sacarle de aquel estado de agonía. Con la casa vacía, Edouard se veía solo, más solo que nunca. Temía haber perdido de un solo golpe del destino y en muy poco tiempo, a su madre... y ahora a sus dos seres más queridos, Milena y Gael. ¿Qué haría si descubrían lo peor? No soportaba pensar en ello.

El Inspector partió a París enseguida, con el fin de participar en el interrogatorio de Dubois y obtener la información que necesitaban. A partir de entonces Edouard se levantaba por las mañanas como un sonámbulo, deambulaba por la casa a solas, esperando noticias de Maltés. Pasaba las horas aguardando, consumiéndose, sin saber qué hacer para encontrar a su hermana y al pequeño Gael...

Bousquet por su parte no lo estaba pasando mejor. Aunque intentaba demostrar entereza por deferencia a su amigo, estaba deshecho por dentro. Tenía el alma rasgada, y sólo de pensar que podía haber perdido a la joven Milena para siempre creía morir. Sin embargo, cada mañana se prometía a sí mismo no dejarse cegar por el pesimismo, y así salía cada día, continuaba buscando, e intentaba que Edouard le acompañara, sin éxito. Al tercer día su amigo aceptó, incapaz de permanecer más tiempo inactivo.

Aquellas salidas, el aire libre y la actividad, el mero hecho de estar participando activamente en la búsqueda de sus hermanos, animó a Edouard, devolviéndole algo de su coraje. Al quinto día recibieron noticias de Maltés. En una larga carta escrita de su puño y letra, les explicaba que Rabechault, a

su llegada, le había puesto al corriente del resultado de sus interrogatorios, y que a pesar de la dureza de los mismos no había logrado que Dubois admitiera ser responsable de los secuestros. Él mismo había interrogado a Dubois sin éxito. El prisionero negaba estar al tanto de la desaparición de sus hijos menores, ni tener nada que ver en ello... El Inspector afirmaba estar convencido, en vista de las circunstancias, de que el prisionero no mentía respecto a sus hijos. No había planeado secuestrarlos. Por lo tanto, a su juicio quedaba descartada esa posibilidad, lo cual no era demasiado tranquilizador, puesto que les hundía en la más espantosa oscuridad. Estaban a ciegas. Si Dubois hubiese sabido algo, y Gael había sido raptado, podían haberle encontrado... pero ahora... ¿Dónde buscar? ¿Qué les había sucedido?

Capítulo 35

Para Théodore Teyssière el peligro que les amenazaba había terminado. Se sentía satisfecho de sí mismo, de su eficiencia demostrada. Era limpio y metódico, y había salvaguardado su modo de vida. Mientras entraba en una pequeña cripta de un cementerio apartado y discreto, donde debía reunirse en secreto con Su Eminencia, presentía ya las alabanzas, y un generoso pago. Sonrió fríamente. Bajó una empinada rampa de piedra a través de un estrecho corredor de techo abovedado. Iluminaba el camino que tenía por delante con una antorcha. Se veía obligado a andar agachado, pues el techo era demasiado bajo para él. Olía a rancia humedad y algunas ratas se cruzaron en su camino sin inmutarse por su presencia.

Al final de la rampa había una cámara mortuoria, reducida y silenciosa. En ella, como siempre entre las sombras, estaba Su Eminencia, esperándole. Se adelantó un poco, sin salir del anonimato. Teyssière se preguntó cuál sería su verdadera identidad. Algún día lo averiguaría, decidió. Saberlo podía salvarle en un futuro...

—Dubois ha sido detenido, está en la Conciergerie, en París... —le hizo saber el misterioso caballero en voz baja.

—Eso es peligroso... —Teyssière no confiaba en la integridad de Dubois.

—Una vez más tenemos algo que temer, aunque... debo felicitaros por vuestro proceder en el asunto del asesino. ¿Sabéis ya quién era?

—Sí, por supuesto... Aunque eso ahora carece de interés... porque está muerto, habéis de saber que una vez más estaba relacionado con Dubois...

—Dubois nos ha estado ocasionando demasiados problemas... Ahora que la amenaza de ese asesino ha acabado, tengo una nueva misión para vos, Teyssière...

—Espero que se trate de Dubois.

—Exacto. Sabéis lo que debéis hacer.

—¿Y su familia?

—Buscadles, a todos. No quiero testigos, matadlos. Es necesario.

—Condenarán a Dubois a la guillotina.

—No, morirá bajo vuestro cuchillo... Quizás ya sea tarde, no me fío, conocéis los métodos de Rabechault. Pocos hombres superan sus interrogatorios...

—Sí... —siseó Teyssière bajo su bigote—, es hombre implacable...

—No se habrá detenido ni por el Inspector Maltés. Así que si aún no es tarde, deberá morir. Averiguad qué saben los Inspectores.

—Eliminaré primero a sus hijos, y se lo haré saber a Dubois antes de que muera...

Su Eminencia se rió por lo bajo, y retrocedió un poco, ocultándose su figura por completo en las tinieblas.

—Necesito saber si he de salir de Francia, Teyssière. Por vuestro bien os sugiero que os ocupéis de salvaguardar nuestros intereses, si todo se ha perdido, salvad vuestro cuello por vuestra cuenta, no esperéis respaldo — advirtió extendiéndole una bolsa llena de monedas—. Tened, esto es en pago por vuestros servicios.

Teyssière cogió la bolsa complacido, y sin esperar más, pues sabía muy bien lo que debía hacer, se marchó. Salió de la cripta con la firme determinación de acabar con la vida de Milena y Gael Salazar en primer lugar. Después eliminaría fácilmente a Edouard Salazar, y por último se encargaría de Dubois. No le tenía ningún afecto, es más, en realidad se alegraba de poder infringirle semejante sufrimiento antes de acabar con su vida.

Tendido en su catre, entre las lóbregas paredes de una celda inmunda, Dubois creía morir. Las torturas a las que Rabechault le había sometido eran demoledoras y ya no tenía fuerzas para tolerar más dolor. Encogido sobre aquella cama de madera, se cubría el rostro ensangrentado con las manos, rogando para que la muerte fuese a buscarle. Le faltaban casi todos los dientes, sufría quemaduras, y le habían amputado varios dedos de las manos y de los pies, todo para que admitiese ser responsable de un sinfín de secuestros, haber participado en un entramado de pederastas, y que finalmente delatara a su superior. Pero él no había hablado. Ahora, sumido en un pozo oscuro de agónica desesperanza, recordaba amargamente la llegada

de Lázaro Maltés. Él le había hablado de la desaparición de Milena y Gael y había querido saber si tenía algo que ver... Rabechault, en un arranque de soberbia despiadada y siempre a espaldas de Maltés, le había arrancado otro dedo, tirando de él con unas tenazas para que le dijera dónde estaban. Al final, convencido de que no sabía nada, le había dejado en paz... Lo irónico del asunto era que verdaderamente no sabía dónde podían estar sus hijos. Y le daba igual.

Grégoire Dubois sólo pensó en ellos para maldecirles por ser la causa de sus atroces sufrimientos. Se retorció presa del dolor. Hacía frío en aquel agujero subterráneo, la antesala del Infierno. No se arrepentía de sus actos, sólo de haber sido tan estúpido como para dejarse atrapar. En el fondo de su alma temía que un día cualquiera le condenaran a la guillotina, o que apareciera Teyssière para acabar con su vida. Porque sabía que Su Eminencia no se quedaría de brazos cruzados a ver si él se rendía y le traicionaba. ¿Y sabiendo eso, por qué no hablaba? Porque él era un canalla, pero no un chivato. Aún respetaba algunos principios, aunque ni morales ni éticos.

El dolor se agudizó por todo su cuerpo y se mordió los labios, llorando de impotencia. Al contarle Rabechault cómo le habían descubierto, había imaginado sin dificultad quién le había traicionado. ¿Quién podía tener si no la misma lista que él con los nombres de sus próximos secuestros? Rabechault había exhibido ante su ensangrentada cara una nota, idéntica a la que Su Eminencia le había entregado a él, con los cuatro nombres de los niños a los que debía raptar... y al final de la lista estaba escrito su nombre. Haciendo memoria había recordado que el día en que le fuese entregada esa lista, había yacido con Guisset, en su piso de Chenôve... Nadie más podía haber tenido acceso a la lista. ¿Pero por qué? ¿Por qué lo había hecho? ¿Por qué le había traicionado? Dubois no cesaba de darle vueltas y más vueltas a aquella cuestión, jurando venganza contra ella. Sólo que estaba allí, encerrado, con su vida colgando de un hilo, y ella estaba fuera... tramando alguna clase de traición. Necesitaba advertir a Su Eminencia, casi deseaba ver a Teyssière, pero era imposible. Tenía prohibidas las visitas.

Un ruido le anunció que alguien iba a verle, y Dubois se irguió con dificultad, palideciendo. La puerta se abrió, chirriando sobre sus goznes metálicos, y tras la figura conocida de L'Echard vio a Lázaro Maltés. La angustia le provocó un inusitado acceso de temblores, y maldijo por lo bajo su suerte, aunque agradecía que no hubiese sido Rabechault quien le visitara. Maltés no era

amigo de las torturas.

—Tranquilizaos, no vengo a torturaros —el Inspector se había enfrentado a Rabechault al ver el estado en que había dejado a Dubois. Condenaba sus métodos y no estaba dispuesto a tolerar tales actividades—. Eso se terminó...

—Salvo que se muestre tan obstinado como en días anteriores... —sonrió L'Echard deseoso de que llegara tal circunstancia. Su sadismo no tenía límites.

—Id al Infierno —le escupió el preso a Maltés—, pues de allí habéis salido, bastardo...

—No, más bien vos habéis salido de allí, Dubois. No soy yo quien ha secuestrado niños inocentes para sodomizarlos, violarlos y someterlos a toda clase de vejaciones...

—¡Al Infierno! No os diré nada... Prefiero morir...

—Sois duro, pero tranquilo, vuestro deseo será cumplido. Con creces, creedme.

Dubois se encogió de temor, reculando sobre su cama en medio de un charco de sangre reseca sobre el que se había tumbado los últimos días, noche tras noche, hora tras hora. Su aspecto era deplorable, el de un cadáver que aún respiraba. Nadie que le hubiese conocido antes le reconocería al verle en tales circunstancias. Todo su porte había desaparecido, sus cabellos se adherían sudorosos al cuero cabelludo, y sus mejillas se hundían demacradas bajo unos pómulos sobresalientes. Sólo el brillo gélido de sus ojos azules evidenciaba que seguía siendo Grégoire Dubois.

—Escuchad... Hay algo que puedo deciros, si olvidáis martirizarme por hoy —siseó desdentado.

—Sabéis que yo no empleo tales métodos... Pero hablad, os escucho —invitó Maltés, tomando un taburete y sentándose en él. Estaba asombrado de los salvajes medios que Rabechault había empleado a sus espaldas con tal de hacer hablar a Dubois, aunque ya se había ocupado de eso. Mientras, L'Echard se apoyó en la pared, a esperar.

—Cuando me hablasteis de que mis hijos han desaparecido, y me enseñasteis esa condenada lista... Sólo hay una persona que pueda haber tenido acceso a ella. Quiero que esa persona pague por ello. Por eso estoy dispuesto a deciros su nombre...

—¿Y bien? Apresuraos, o cambiaré de opinión...

—Elizabeth Guisset, ella era mi amante, esa zorra pudo copiar los nombres

de mi lista...

—¿Admitís pues, vuestra culpabilidad?

—Sí... —admitió levantando una fiera mirada bajo sus pobladas cejas— eso en nada me perjudica, bastardo, sé que estoy condenado...

—Elizabeth Guisset... —se sorprendió Maltés— algo sé de ella.

—Ella me traicionó, y puede que tenga algo que ver con la desaparición de mis hijos.

—Lo dudo.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Sin duda, es posible que ella os robara la lista, incluso puede que fuese ella quien la deslizara debajo de la puerta de Rabechault, acusándoos a vos, pero dudo que tenga que ver con la desaparición de Milena y Gael Salazar. Sólo tratáis de eludir vuestra responsabilidad. Vamos, confesad... ¿dónde están?

—¡Os digo que no es cosa mía! ¡Preguntadle a ella!

—No es posible. Está muerta.

Dubois calló, sorprendido. No esperaba oír tal cosa.

—Su cadáver fue hallado en un bosque cerca de Poitiers, con la garganta seccionada —explicó Maltés, aunque no tenía por qué. Pero quería ver la reacción de Dubois al saberlo.

—Habéis de saber que también vuestro cliente, Jean-Baptiste de Fronsac, ha aparecido muerto, en Nantes. Su cadáver, al igual que los anteriores, tenía un cuchillo clavado en el corazón, y los párpados cosidos... Y yo, señor, sé quién es su asesino.

Dubois se rió. Una risa incontrolada y nerviosa que sacudió su cuerpo cada vez con más intensidad, producto del irracional miedo que sentía. Unas lágrimas furtivas surcaron sus sucias mejillas ensangrentadas. Resultaba conmovedor ver llorar a un hombre de cuarenta y tantos años de edad.

Maltés se levantó. Acababa de recabar más información de la que esperaba obtener en aquella visita.

—Esperad... —rogó Dubois tratando de dominarse—, esperad... ¿Quién es el asesino? ¿Qué sabéis?

—¿Me contaréis cuanto deseo saber? ¿Me diréis quién es vuestro superior? Quiero su nombre, sólo decid su nombre, y quizás pueda hacer algo por vos... Cadena perpetua es mejor que guillotina...

—No... Nunca —sonrió Dubois—. Nunca lo he sabido, pero aunque lo supiese, jamás os lo diría...

—Bien, entonces moriréis ignorando la verdad que ha dado con vuestros huesos en esta celda, la que os conducirá al cadalso... Acudiré a vuestra ejecución, señor. Estaré en primera fila para veros morir. Siento curiosidad por ver si los sicarios de Satanás acuden a reclamar vuestra alma, o si como imagino, ni el mismo Diablo os quiere a su lado.

—¡Esperad! ¡Decidme quién es el asesino!

Maltés salió de allí seguido de L'Echard. Abandonó a Dubois en su desesperación, y se apresuró a reunirse con Rabechault en el registro civil, donde había quedado urgentemente con él.

El motivo de tanta urgencia era precisamente Elizabeth Guisset.

Vasek Rabechault estaba en la sala de registros, rebuscando con la ayuda de un funcionario entre las pilas de documentos que allí había archivados. Llevaba una hora buscando algún papel donde constase la fecha y el lugar de nacimiento de Elizabeth Guisset, para a partir de ahí poder empezar a tirar del hilo, pero hasta entonces no había tenido éxito. A la llegada de Maltés alzó la cabeza sudorosa e hizo un gesto desesperado con el que le anunciaba su rotundo fracaso en aquella empresa.

—¿Por qué tanto empeño en esa mujer? Está muerta, ¿Qué tiene que ver con nuestro caso?

—Dubois acaba de inculparla... —anunció satisfecho Maltés cogiendo una nueva carpeta que empezó a revisar—. Dejadnos solos, os lo ruego —pidió al funcionario. Luego, cuando hubo salido continuó—. Según él, esta mujer es quien os entregó la lista con los nombres de los próximos secuestros...

—Ella era su amante...

—Exacto, y al parecer la única que tenía acceso a esa lista. Por alguna razón quería delatar a Dubois, y apuntó su nombre al final de la relación de niños.

—¿Por qué?

—De eso se trata, por eso estamos aquí.

—Creí que buscábamos pistas de su asesino. Que queríais investigar este caso, ya que el de Dubois está a punto de resolverse...

—Ambos casos están relacionados, ¿cómo no lo veis? Al parecer vuestros métodos no os son muy útiles... —Rabechault apretó los dientes, no se arrepentía de haber torturado a Dubois, y lo hubiese seguido haciendo de no haber mediado Maltés—. Y aún quedan cabos sueltos, Inspector. No saldremos de aquí sin esos documentos, así que basta de charla.

La sala estaba completamente forrada de estanterías altísimas, cargadas de

miles de carpetas con registros de nacimientos y defunciones de ciudadanos franceses. Rabechault contempló la gigantesca labor que tenían por delante y suspiró desesperado. Se fue hasta el otro extremo de la sala, que era bastante amplia, y dejó a Maltés donde estaba, a fin de ir cada uno por un lado ordenadamente. Maltés se quitó la chaqueta y se quedó en mangas de camisa. Se arremangó, se ajustó el chaleco y miró la hora. Eran las doce del mediodía. Tenían una larga jornada por delante, pero él no pensaba rendirse. Cogió otro montón de carpetas y la colocó sobre la mesa dispuesta en el centro de la sala. Una por una las fue repasando todas, buscaba concienzudo, atento ante cualquier Elizabeth o Guisset.

Transcurrió toda la mañana y toda la tarde. El funcionario acudió varias veces para preguntar si necesitaban algo, y cada una de ellas Maltés no levantó la cabeza de las carpetas. Se limitaba a hacer un gesto negativo con la mano. Rabechault rebuscaba más frenético, tratando de acabar con aquella operación para la que no tenía ninguna paciencia. Además aquellos documentos estaban polvorientos y el cúmulo de suciedad depositado en ellos le provocaba un tremendo malestar, picor de ojos y estornudos. A espaldas de Maltés sorbía y carraspeaba sin éxito, pues Maltés le ignoraba deliberadamente, atento sólo a su investigación. Al fin, cuando ya eran las siete de la tarde, Rabechault dio con algo. Incrédulo se volvió hacia su compañero. Sostenía una carpeta entre sus manos y leía y releía el encabezado, donde rezaba claramente el nombre de Maria Elizabeth Guisset de Montignac, nacida en la villa de Amiens hacía veintinueve años, el dos de abril de 1764.

—Mirad...

Maltés dejó el montón que estaba repasando y se reunió con él. Al punto se emocionó, pues tenían en su poder la guía que necesitaban para averiguarlo todo sobre la misteriosa dama. Aquel momento fue verdaderamente trascendental, más para Maltés que para Rabechault, pero ambos salieron de allí con la carpeta y buscaron al encargado de los archivos, que copió la información relativa a Guisset en un papel aparte, pues no podían sacar de allí ningún archivo. Ahora que poseían un punto de partida se hacía imprescindible un viaje a Amiens, donde al fin conocerían quién era, cuáles eran sus orígenes, dónde vivió, y qué la había conducido hasta su trágico final en un bosque de Poitiers.

Todo fue muy precipitado. Sin detenerse a hacer equipaje alguno tomaron su

coche y abandonaron la ciudad de París.

Maltés se arrellanó en el interior del carruaje sin mediar palabra con Rabechault. Estaba como ausente, ido, cosa que de todos modos no parecía molestar a su compañero. Éste prefería relajarse y no tener que hablar con él. Estaba harto de su compañía, deseaba acabar ya con aquel caso. Estaba tan seguro de llenarse de gloria teniendo a Dubois arrestado que ya no le importaba llegar hasta el final, capturar al instigador de aquella trama o hallar con vida a los hermanos Salazar. Para él todo había terminado, tenía un culpable, y era cuanto necesitaba. Ya había recibido las felicitaciones de sus superiores y se le había insinuado la posibilidad de un ascenso... Rabechault sonrió satisfecho y cerró los ojos, dejándose llevar. Esperaría, no tenía prisa.

En cambio Maltés no lograba descansar. Para él, encontrar a la joven Salazar y a su hermano Gael era una prioridad, así como desentrañar el misterio de Guisset. Porque intuía que siguiendo su pista quizás llegaría hasta el final que tanto ansiaba, el nombre del verdadero artífice de aquella red de pederastas, y la liberación de tantos niños y niñas aún capturados en esas mismas redes. En su memoria las palabras de Gérald Margain, el rostro de Mireille Jacquenet, ardían con intensidad, grabadas en su alma para siempre. No aprobaba que Rabechault hubiese recurrido a la tortura para hacer hablar a Dubois, pero tampoco sentía lástima. Anhelaba llegar hasta el fondo de todo para terminar definitivamente con el entramado más sucio y extenso con el que jamás se hubiese topado. Mantendría con vida a aquel canalla y le sacaría la verdad, aunque tuviese que privarle de su alma... Grégoire Dubois era un monstruo al que no importaba la suerte de sus propios hijos. Ni un solo momento había dedicado al menor de ellos, Gael, ni a Milena Salazar; no se había inmutado por su suerte; para él, no significaban nada. Tal y como ya le había advertido Edouard Salazar. Maltés estaba dispuesto a llegar muy lejos para devolverle a aquel joven las vidas de sus dos hermanos. Pensó en Elizabeth Guisset, cuyo cuerpo sin vida yacía a aquellas horas en el depósito, con la garganta limpiamente seccionada.

Hacía ya dos días que el cadáver había sido descubierto por una campesina en medio del bosque, cerca del camino principal. Su caballo vagaba suelto por los alrededores, y la pobre mujer había tratado de capturarlo. Al seguir entre los árboles al asustado animal, se había topado con un cuerpo desmadejado, tendido entre la maleza sobre un charco de sangre. Al principio, según había relatado la compungida campesina, no había imaginado que era una mujer la

que yacía sin vida en aquel rincón boscoso, pues una gran capa y una capucha tapaban su rostro y sus formas femeninas, pero al levantar la tela... Era Elizabeth Guisset, muerta, con los ojos muy abiertos mirando hacia el cielo y el cuello sesgado profundamente. Maltés había llegado al lugar de los hechos para levantar el cadáver, y al hacerle la autopsia había sospechado, por su aspecto físico que era ella. Por eso había hecho llamar a uno de los innumerables conocidos que tenía la joven en Chenôve, a fin de que la identificara y así confirmar o no sus suposiciones. Finalmente, y gracias al testimonio de la compungida casera del piso que Guisset tenía en Chenôve, fue fácil averiguar que aquella muerta sin identificar no era otra que Elizabeth Guisset, a la que tanto tiempo llevaba buscando. Una hermosa dama de cabellos largos, ondulados... y rubios. La muerte del escritor Fronsac muy cerca de donde había sido encontrada denunciaba a Guisset como su autora, así como el hallazgo entre sus ropas de una tela con utensilios para coser llenos de sangre. No había duda posible, ella era la asesina de Fronsac, y de todos los otros. Aquel instrumental la inculpaba de los asesinatos de Jacques Valleix, desde luego, y presumiblemente de Augereau y Audigou... La pregunta que ahora había que plantearse era el por qué. Por qué ella se había convertido en una asesina implacable, y por qué había muerto. Quién la había matado. Para Maltés estaba claro que ella quería eliminar a los pederastas antes de que pudieran llegar a sus víctimas, pues cometía cada asesinato justo cuando la víctima de la que se habían encaprichado era raptada. Además el detalle de arrancarles los ojos y coserles los párpados denotaba su repulsión por la clase de crimen cometido por sus víctimas; era una forma de señalar el pecado de esos hombres... Pero, ¿por qué? ¿Por qué, si reprobaba tales actividades, y sabiendo de antemano qué niño iba a ser secuestrado, no evitaba el secuestro en sí mismo? ¿Cómo había llegado hasta Dubois? ¿Cuál era la razón de fondo? ¿Quién era Elizabeth Guisset y a dónde le conduciría su pista?

Capítulo 36

El despacho de Benjamín Rembrandt se había convertido en el punto de reunión de los tres amigos durante aquellos negros días de tristeza y desazón. Edouard y Bousquet solían reunirse allí con él, buscando en su compañía el consuelo que sus corazones necesitaban, porque a pesar del celo del Inspector Maltés, las horas se sucedían impertérritas sin que tuvieran noticias del paradero de Milena y de Gael. La angustia que vivían era inenarrable, y sólo en aquel despacho, entre aquellas paredes plagadas de libros, lograban refrenar su impetuosa imaginación, que les llevaba a augurar el más terrible fin a sus esperanzas. Desde allí Rembrandt continuaba moviendo hilos, tratando de saber más por su cuenta, porque aunque suponía a Maltés muy capaz, se negaba a permanecer impávido ante la suerte o el destino. Había perdido a Sara Salazar, no soportaba la idea de perder también a Milena y a Gael. Además, pesaba sobre su alma la nobleza de una promesa, la que le hiciera en su lecho de muerte, cuando prometió que cuidaría del pequeño Gael, salvaguardándolo del peligro, fuese cual fuese. Había fallado, y esa certeza le atormentaba.

Ni Edouard ni Bousquet lograban redimirle de esa culpa que tan hondamente le torturaba, al igual que él no podía arrebatárles el temor que les dominaba. Cada día esperaban ver aparecer a Maltés con alguna noticia, y cada día se marchaban más tristes que el anterior, sin noticias, silenciosos...

Bousquet se había instalado en casa de Edouard, acompañándole en momentos tan difíciles, pero sabía que su compañía no era muy alentadora, puesto que él mismo no lograba salir de su apatía. Por las noches, tendido boca arriba sobre la cama, sin desvestirse ni arroparse, pensaba desvelado en la joven Milena y en la suerte que podía haber corrido. Suspiraba a menudo por recuperarla, por poder decirle lo que sentía. El corazón se desgarraba en

su pecho cuando procuraba prepararse para lo peor, y se revolvía inquieto. Porque no quería perderla. Varias veces habían tratado de obtener permiso para visitar a Dubois en la prisión, pero Maltés se lo había prohibido expresamente. Aseguraba que ese hombre nada iba a decirles que no le hubiera revelado ya a él mismo, y que sólo hallarían en su negro corazón más dolor, pues nada sentía por sus hijos, y nada le importaba su destino.

Florien Bousquet se incorporó quedándose sentado al borde de su cama, en la habitación de invitados. La luna llena iluminaba la estancia de lleno. Cogió su cabeza alborotada entre las manos y sollozó amargamente. Rezaba para que Milena estuviera viva, estrujando con manos temblorosas de rabia sus cabellos revueltos, rezaba para que Gael y ella aún estuvieran con vida, y que pudieran encontrarlos a tiempo.

Por la mañana se levantó algo más sereno. Se miró en el espejo, se lavó con agua y jabón en la palangana de porcelana, se afeitó cuidadosamente, se peinó, y se vistió. Después volvió a mirar su imagen, y el nuevo aspecto que el reflejo le devolvió le dio un aire de esperanza renovador que necesitaba. Había decidido que tenía que sobreponerse, ser fuerte, buscar otro rumbo y ayudar a Edouard a hacer lo mismo. Juntos encontrarían la forma, Milena y Gael regresarían.

Edouard y él se dirigieron como siempre al despacho de Rembrandt. Desayunarían juntos en un café cercano, leerían las noticias, que aquellos días eran terribles, y comentarían sus siguientes pasos. Pasearon en silencio, en mutua connivencia, apurando el tiempo de las primeras horas del día, las más apacibles, cuyo tranquilo discurrir les proporcionaba un respiro. Benjamín Rembrandt les esperaba ya en la calle, y al verles llegar sonrió, tratando de aparentar normalidad. Sin embargo tenía en su bolsillo una nota de Maltés que un mensajero le había llevado esa mañana a su despacho, y la estrujaba inquieto, sin saber a qué atenerse. Después de cruzar algunas frases de saludo, afables y algo estudiadas, de puro rigor, se encaminaron al café. Una vez allí, mientras compartían el desayuno en agradable compañía, Rembrandt ya no pudo ocultarles por más tiempo la información que obraba en su poder. Sacó la nota, muy manoseada, y se la pasó a Edouard. Éste la tomó sorprendido, y leyó su contenido. Al instante palideció, y Bousquet, al ver su expresión, se la arrebató, poniéndose a su vez lívido.

—Está muerta... —murmuró con voz entrecortada.

—Cálmate, amigo... —rogó Rembrandt apesadumbrado. Le tuteaba desde

que las circunstancias se habían vuelto tan dramáticas—. Su muerte no quiere decir nada.

—¿Cómo es posible? Pobre señorita Guisset...

—Al parecer la hallaron muerta en un bosque de Poitiers, pero esta noticia no tiene por qué estar relacionada con Milena y con Gael. Señores, tranquilicémonos. Os ruego paciencia y entereza, la necesitamos. Sé que son momentos difíciles, pero no debemos amilanarnos con cada nuevo descubrimiento del Inspector, por funesto que éste sea, no hasta que sepamos algo más concreto...

—Pero todos alrededor de mi padre están muriendo, Rembrandt...

—Edouard... —susurró él muy apenado—, no te derrumbes, Milena es fuerte, seguro que está bien. Ella cuidará de Gael.

—Aquí dice que Guisset ha muerto degollada —leyó Bousquet—, y que a su regreso nos dará los pormenores de sus hallazgos... ¿A qué se refiere?

—Lo ignoro, habrá que esperar...

—Estoy harto de esperar.

—Y yo —convino Edouard—. ¿No podríamos hacer algo más?

—Yo estoy haciendo lo imposible, pero es como si todas las puertas se cerraran en mis narices —explicó Rembrandt con aire sombrío—, como si algo o alguien entorpeciera cada paso que doy... Donde creía encontrar apoyo, me topo con un muro... Os aseguro que cada día que pasa me parece que todo el país conspira en nuestra contra. Fuerzas poderosas operan en la sombra, creedme, este asunto va más allá de lo que imaginamos.

—Deliras, Rembrandt —aseguró Edouard poniendo una mano en su hombro—. Estás demasiado volcado y crees ver fantasmas conspiradores donde sólo hay burocracia.

—Es posible...

—Son momentos difíciles —argumentó Bousquet—, en las altas esferas están demasiado ocupados acusándose entre ellos como para prestar atención a un abogado haciendo preguntas sobre un familiar o conocido que ha desaparecido. No apartarán la vista del cadalso, por si al volverse fuese su cabeza la que rueda...

—Es posible —repitió Rembrandt lacónico.

La noticia de la muerte de Elizabeth Guisset sumó una desgracia más a la larga lista de infortunios que asediaban a los tres caballeros. Sentados en aquel café no sabían qué pensar, a dónde volverse para pedir ayuda, y su

silencioso grito de desesperación se ahogaba en medio del clamor aterrorizado de un país convulsionado por el Terror que el poder ejecutivo emanado del Comité de Salvación Pública estaba esparciendo en todas partes, por las oscuras corrientes contrarrevolucionarias que pugnaban por recuperar el Antiguo Régimen y por las tensiones fronterizas que conspiraban para acabar con la revolución. Se hallaban sentados sobre un volcán de sentimientos contrarios, de intereses contrapuestos, y su dolor era sofocado por sus efluvios. Edouard, Bousquet y Rembrandt debían buscar el final del camino solos. Nadie iba a ayudarles. Sólo Maltés parecía dispuesto a tenderles una mano franca y firme.

A cien kilómetros al sureste de Lyon, cerca de Grenoble, un edificio pequeño y rústico se levantaba al pie de las montañas de Chartreuse, limitado al este y al oeste por Vercors y la cordillera Belledone. El afluente del Drac corría sinuoso cerca de él, arrastrando con ímpetu las aguas turbulentas, crecidas a causa de las grandes nevadas derramadas en las montañas aquel invierno. Una apacible quietud rodeaba la casa de piedra, y una estela de humo blanquecino se elevaba lentamente hacia el cielo azul. Agazapado entre las rocas a orillas del río, Teyssière estudiaba los alrededores con detenimiento. Llevaba horas allí oculto, y empezaba a notar entumecimiento en brazos y piernas, además de que la temperatura aún era fresca en aquellos parajes. Se sacudió un poco para recuperar la circulación de la sangre en su cuerpo y se centró en la actividad del edificio. Vio salir de nuevo al hombretón corpulento que al parecer se encargaba de la casa, llevando una pila de troncos cortados entre sus robustos brazos. Era muy alto y fuerte, e iba armado con un fusil que colgaba a su espalda. Teyssière le midió, evaluando cuánto esfuerzo le costaría derribarle. Sabía que no tendría que emplearse a fondo, porque él era hombre avezado en la lucha cuerpo a cuerpo y contaba con la ventaja de la sorpresa. Iría por detrás, le sorprendería y como siempre se aprovecharía de su hábil cuchillo, que le clavaría en el costado provocándole una muerte cierta, silenciosa y segura. Sin embargo, a pesar de su extrema vigilancia, no había visto rastro de las dos personas a las que había ido a buscar allí. Ni Milena Salazar, ni Gael Salazar, claro que quizás se hallaban ocultos, bajo la tutela de aquel guardián... Él sabía que estaban allí, escondidos, en alguna parte dentro de la casa, y con el paso de las horas

se iba afirmando en la idea de que tendría que eliminar al vigilante para poder llegar hasta ellos. Gracias a la influencia de Su Eminencia había encontrado aquel lugar, moviendo los hilos en la sombra, rebuscando en el pasado, había acabado deduciendo la lógica que había impulsado a Guisset a convertirse en una asesina; había captado sus motivos y sus fines... y al fin allí estaba... dispuesto a terminar su trabajo, satisfecho de sí mismo. No era nada personal, pero los hermanos Salazar se interponían en su futuro.

El vigilante regresó con las manos vacías. Se detuvo a la entrada de la casa y echó un vistazo alrededor, aspirando el límpido aire de la mañana. No podía saber que el siniestro Teyssière le acechaba... Satisfecho de la tranquilidad que se respiraba, subió la corta escalinata de piedra y entró en el edificio, cerrando la puerta. Théodore Teyssière salió de su escondrijo y corrió, siempre agachado, hacia la pared más sombría del edificio, parapetándose al abrigo de sus elegantes muros. A pesar de su pequeño tamaño, aquella construcción era soberbia y elegante, propiedad de una al parecer afortunada señorita Guisset, quien estaba resultando ser una caja de sorpresas incluso después de muerta... Se pegó en silencio a la pared, apartando las ramas colgantes de las enredaderas que crecían adheridas a la piedra. Pretendía sorprender al guardián cuando volviera a salir, pero debía ser muy preciso y rápido, porque la distancia hasta la entrada era algo larga y suponía un riesgo a tener en cuenta. Calculó cuánto tardaría en recorrerla a la carrera. De pronto se oyeron las dulces notas de un piano en el interior, y Teyssière sonrió como siempre, con una mueca desalmada. Música para sus últimas horas...

La recia figura del vigilante apareció de nuevo, con otro cargamento de troncos. Perfecto para sus planes, porque suponía que tenía las manos ocupadas y tardaría en reaccionar... Teyssière salió desde la esquina y como un felino depredador se deslizó sin hacer el menor ruido a su espalda, recorriendo a grandes zancadas, meditadas y silenciosas, la distancia que le separaba de su presa. De pronto, justo antes de que se volviera hacia él, más por intuición que por haberle oído, le cogió por detrás y le asestó una certera y profunda puñalada en el costado, abriendo una herida mortal en su pulmón derecho. Con la otra mano le tapaba la boca, de manera que sólo un leve gemido brotó de los labios exangües del sorprendido guardia. Lentamente cayó a sus pies, agonizante. Aún tardaría en morir unos minutos, el tiempo en que su pulmón se encharcara de sangre, pero estaba acabado. No podía gritar, y sus ojos se abrían desorbitados, fijos en él, que le contemplaba impassible

mientras limpiaba el filo de su cuchillo en sus ropas. La brisa de las cercanas montañas agitó su capa, y Teyssière aspiró el aire, satisfecho.

Dejó el cuerpo inmóvil de su víctima allí tirado y se acercó, serpenteando como un reptil del inframundo, hasta la entrada principal. La puerta estaba abierta y la música continuaba sonando desde alguna sala cercana. El siniestro sicario de Su Eminencia se coló en el interior, y su sombría figura se escabulló de estancia en estancia, buscando el lugar de donde procedían aquellas notas. Al poco descubrió una recogida habitación, donde una joven dama se hallaba sentada al piano, interpretando muy concentrada una pieza desconocida para él, que nada sabía de esas artes, pero de forma tan dulce... Teyssière esperó a que terminara, deseaba escuchar la pieza completa. Cerca de la muchacha vio a un niño, de unos diez años, de cabello rubio, entretenido con un grueso libro que sostenía entre sus rodillas. Eran Milena y Gael, sin duda, y estaban completamente distraídos. De pronto ella dejó de tocar y cerró la tapa del piano, molesta con algo. Eso contrarió a Teyssière, que decidió prolongar su agonía por haber interrumpido su deleite. La vio levantarse y acercarse al chico, le besó en los cabellos, una escena enternedora... Luego se fue hasta la ventana y miró ensoñadoramente hacia la cumbre nevada de las montañas Chartreuse.

Entonces Teyssière surgió de algún rincón oscuro, y como una bestia se lanzó sobre el muchacho. Apenas hizo ruido, por lo que la joven tardó un poco en darse cuenta de lo que pasaba. Cuando se volvió, porque Teyssière arrancó un gemido del pequeño, descubrió horrorizada que aquel desconocido acababa de cercenar el delicado cuello infantil, del que brotaba la sangre a borbotones. Espantada gritó, llamó a su protector, ignorante de lo sola que estaba.

—Llama cuanto quieras, Milena, nadie te escucha... —siseó Teyssière dejando caer al niño al suelo—. Tu hermano ya ha dejado de respirar, es tu turno...

—No... —no pudo hablar.

Retrocedió pegada a la pared. No podía dejar de mirar el cuerpo sin vida del chiquillo. Teyssière, implacable, saltó hacia ella, y antes de que pudiese gritar otra vez le clavó el cuchillo en el pecho. Luego le dio un afilado corte en la garganta y así le arrebató la vida. Ella trató de murmurar algo, pero sus labios sólo derramaron un hilo de sangre. Resbaló entre los brazos de aquel depravado y se desplomó en el suelo, encima de la alfombra, con la mano

tendida hacia el pequeño. Teyssière contempló la nueva escena, que él acababa de dibujar. Milena Salazar exhaló su último suspiro, la mirada perdida... ¿a quién habría dedicado su postrer pensamiento? ¿A Gael, que yacía a su lado? ¿A Edouard Salazar, de quien pronto se encargaría? Ya no importaba...

Théodore Teyssière se demoró aún un tiempo en la casa, y después abandonó la región tan rápidamente como la había visitado. En su retorcida mente un nuevo escenario acababa de planificarse, con pequeñas variaciones que a él le resultaban por demás atractivas, mucho más... satisfactorias. Acababa de decidir que Dubois moriría antes que Edouard Salazar. Se le antojaba más cruel, más refinado... ¿No sufriría más Dubois sabiendo que su hijo iba a morir después que él? Su próximo destino, pues, era la prisión de la Conciergerie, donde mataría a Grégoire Dubois, haciéndole saber primero que había eliminado a sus dos hijos menores, y que el último en morir después de él, sería Edouard Salazar...

Las pesquisas de Maltés y Rabechault en Amiens dieron sus frutos. Con la ayuda del alcalde de la ciudad tuvieron acceso a los archivos locales, y allí encontraron muchos datos de interés acerca de Elizabeth Guisset. A medida que profundizaban en los orígenes de la dama en cuestión, más misteriosa se volvía, pero al mismo tiempo más y más reveladora. Los hechos en torno a su figura resultaban comprometedores y en extremo esclarecedores. Al parecer había pasado su infancia allí, en Amiens, en el seno de una familia noble, educada con los mejores tutores, al abrigo de un padre autoritario y una madre culta. Sin embargo, a la tierna edad de ocho años, había desaparecido. A partir de ahí su rastro se perdía. Su familia, deshecha, había sufrido toda clase de calamidades. El padre, Jean-François Guisset, había muerto a los pocos años, presa de una profunda depresión, y su madre se hallaba retirada en el Monasterio de Saint-Jean, allí mismo, en Amiens.

Maltés pensó que Marguerite Guisset podía tener algunas respuestas, pero ya aventuraba que la desaparición de la chiquilla era demasiado casual... Luego recordó su hermosa cabellera rubia y fácilmente imaginó a una niña delicada, como Mireille Jacquenet.

Por el camino hacia el monasterio decidió, de acuerdo con Rabechault, que no le dirían a la madre que su hija acababa de morir asesinada, era un duro

golpe innecesario. Ya había perdido a su hija una vez, recuperarla y volver a perderla en un minuto podía ser desastroso. De camino al monasterio de Saint-Jean trató de hacerse una composición de lugar, pero Rabechault le interrumpía constantemente.

—Resulta azaroso el pasado de esa mujer, sin duda. Es raro que una chiquilla de ocho años se fugue de su casa, ¿no creéis?

—Desaparecida no quiere decir que se fugara, amigo mío.

—¿Perdida entonces? No creo que fuese secuestrada si es lo que pensáis.

—Veremos, señor Rabechault, no adelantemos acontecimientos.

Marguerite Guisset llevaba una vida distanciada y piadosa entre los muros protectores del monasterio. A la llegada de Maltés y Rabechault el prior de la congregación les recibió con reservas. No deseaba turbar la precaria tranquilidad de la mujer, que acababa de cumplir cincuenta y cuatro años de edad. Según les explicó, tenía un estado de salud delicado y remover sus heridas no podía hacerle ningún bien.

—Es un asunto de vital importancia, padre —explicó Maltés—. Investigamos una serie de secuestros y su resolución depende en buena parte del testimonio de la señora Guisset. No pretendemos molestarla, ni infringirle más dolor, pero es urgente y necesario que nos entrevistemos con ella...

—Comprendo sus palabras, pero no puedo permitirles verla, ella me rogó cuando ingresó aquí no volver a oír hablar de su hija. Ha sufrido mucho. Lo lamento, no puedo dejarles pasar.

—Volvamos, Maltés, esto es una pérdida de tiempo...

Pero él no estaba dispuesto a ceder. Ya que había llegado hasta allí pensaba ir hasta el final. Miró al prior con ojos poco amistosos, turbándole sobremanera, pues podía ser muy inquietante cuando se lo proponía.

—No me obliguéis a ejercer mi autoridad, padre. Os ruego encarecidamente que obréis con más prudencia, en aras de un bien mayor. Os debéis a los niños que ahora mismo sufren en manos del demonio, el alma de esa mujer nada vale en comparación con tanto dolor. Dejadme pasar, o lo haré por la fuerza.

—No tenéis autoridad aquí, señor —rugió el prior colérico—. Ésta es la casa del señor, y yo la única autoridad en ella, marchaos.

—Maltés... —murmuró Rabechault a su espalda.

Pero él hizo caso omiso. Se adelantó hacia el prior con los puños crispados en un ademán violento, y entonces desde un corredor suspendido sobre sus

cabezas en torno al patio en el que se hallaban, una voz se elevó alta y clara.

—Padre... Dejadlo pasar.

Era Marguerite Guisset. Asomada a la balaustrada observaba la escena con ojos penetrantes, temerosa y orgullosa al tiempo. Miró a Maltés, y él le devolvió la mirada, admirado de su belleza, que aun conservaba intacta, pese a sus cincuenta y cuatro años.

—Traedlo aquí, hablaré con él...

—Pero señora...

—Os lo ruego, padre. Ya habéis hecho suficiente —insistió Guisset retirándose al momento siguiente—. Que venga ese caballero, sólo él, el otro tendrá que esperar —continuó mientras desaparecía de la vista.

—Se refiere a vos, señor Maltés —el prior le tomó del brazo y se lo llevó, dejando a Rabechault en medio del patio, a solas con su contrariedad.

La señora Guisset, elegante y altiva, le aguardaba en una pequeña capilla, sentada delante de la piadosa figura de María. El prior le indicó con un gesto que podía acercarse y se retiró. Estaban a solas. Maltés dio unos pasos hacia la mujer, y al llegar a su altura se inclinó con respeto. Se parecía mucho a su hija, aunque con una hermosura más delicada, menos exuberante.

—¿Qué deseáis, señor? —preguntó ella sin mirarle. Sostenía en sus manos un relicario.

—Lamento molestaros en vuestro retiro, señora, pero me trae un asunto de la máxima urgencia. Tiene que ver con vuestra hija, Elizabeth.

Ella sufrió un involuntario temblor y palideció. Dejó a un lado el relicario y le miró, con los ojos enrojecidos y el semblante descompuesto.

—¿La habéis encontrado? —suplicó. Maltés lamentaba haber tenido que ir hasta allí—. Responded... ¿Dónde está? Elizabeth... mi pequeña...

—No, lo lamento... No sé nada sobre su paradero —explicó viendo cómo la esperanza se desvanecía por completo en aquel rostro torturado por el tiempo y el sufrimiento—. He venido porque necesito oír de vuestros labios cómo desapareció, las circunstancias que rodearon su pérdida.

—Vuestros motivos deben ser muy elevados para remover mis heridas con tan poca consideración, señor —susurró ella hundiéndole el puñal de su resentimiento en el orgullo—. Mi hija fue secuestrada.

—¿Estáis segura de eso?

—Lo sé, porque me la arrebataron a mí... —suspiró ella volviendo su rostro para que no la viera llorar—. Yo cuidaba de ella, en el jardín de mi casa,

cuando aquellos hombres se la llevaron. ¿Sabéis cuánto me ha torturado esa imagen? ¿La idea de que... ellos me la arrancaran de los brazos y se la llevaran... Aún oigo sus gritos...

Se llevó las manos a los oídos como si la voz de Elizabeth los castigara todavía, allí mismo. Parecía estar reviviendo aquella escena y el dolor hundía su altivez y entereza. Marguerite Guisset sufría muchísimo, y jamás se perdonaría a sí misma. Se culpaba por haber permitido que le quitaran a su hija.

—¿Qué podíais hacer vos contra esos hombres? No fue culpa vuestra, señora...

—Sí, pude haber hecho algo... Estoy segura, siempre se puede hacer algo, pero el lamento es nuestro único compañero después, cuando ya no hay remedio, ¿verdad? Mi marido murió de pena, dejó de hablarme, me culpó una y otra vez, y su castigo fue aún peor que mi propio desprecio hacia mí misma, mi negligencia... Elizabeth era nuestra única hija, lo perdimos todo, nuestra fortuna, vendimos todas nuestras propiedades, buscándola. Removimos cielo y tierra, rezando por hallarla con vida... Pero los años pasaron sin encontrar la menor pista... Nos arruinamos, señor. La familia Guisset se hundió y a la muerte de mi marido me vi sola, absolutamente sola, con mis fantasmas. Vine a este monasterio porque entre sus muros creía acallar la voz de mi hija, el consuelo de mi Fe ha sido grande estos años, ha sido mi único bálsamo...

—No imagino cuánto debéis haber sufrido. Os prometo que no he venido sin motivo... Otros niños podrían evitar sufrir el mismo destino que Elizabeth... Vuestras palabras me ayudarán a recuperar a los hijos e hijas de otras familias, hundidas como la vuestra...

—Frágil consuelo es ése, hace tiempo que ya nada me sirve... Sólo deseo que la muerte me lleve, para poder reunirme con ella. Porque sé que está muerta... Maltés calló, inclinando la cabeza. Ahora que ya sabía con certeza que Elizabeth Guisset había sido raptada, ya no albergaba dudas. Comprendía con claridad sus motivos, la línea conductora que la había llevado a asesinar, a perseguir a Grégoire Dubois... probablemente su secuestrador. Se levantó ante la impassible señora Guisset, y sin mediar palabra se retiró, dejándola a solas con su dolor. Aquella breve visita había sido contundente. Elizabeth Guisset, al igual que Mireille Jacquenet, había sido raptada por Dubois, y sufrido las mismas vejaciones en algún agujero de mala muerte. Luego, milagrosamente, o por sus propios medios, había logrado salir con vida y

convertirse en una hermosa joven aparentemente normal. Salvo que en su corazón latía la llama de la venganza. Había buscado a Dubois, su raptor, y a través de él, transformándose en su amante, había desentrañado toda la trama que en su niñez le había robado la inocencia. Así, superando su odio hacia ese hombre, su repugnancia, que debió ser inenarrable, penetró en su abominable secreto y empezó a maquinarse un elaborado plan para acabar con él y con quienes continuaban perpetrando impunemente crímenes tan atroces. Averiguaba los nombres de los niños a quienes iban a secuestrar, y después asesinaba a quienes lo habían encargado... ¿Pero para qué? ¿Por qué no acabar más rápidamente con esa red de pederastas? Maltés intuyó que en el momento de su muerte ella debía saber ya el nombre del principal creador de tan depravada maquinaria, pero la habían descubierto, y ahora estaba muerta, sin que su venganza se hubiese consumado.

Rabechault y él dejaron el monasterio y emprendieron el regreso a París. Maltés no tuvo que explicarle a Rabechault nada más aparte del hecho de que Elizabeth Guisset había sufrido las mismas terribles circunstancias que Mireille Jacquenet y Gérald Margain, como tantos otros niños... a la edad de ocho años. El Inspector no comprendió en qué le ayudaba aquello, y le miró obtuso y molesto. En realidad ni siquiera Maltés sabía muy bien qué había logrado, aparte de comprender los motivos de una asesina. No había avanzado más, no sabía quién era el artífice, la mente criminal de aquel abyecto puzzle, y no había encontrado a Milena y Gael Salazar...

Entonces una idea descabellada estalló en su cerebro. Apenas habían recorrido diez kilómetros desde que dejaran atrás el monasterio, pero mandó detener el coche.

—¿Qué hacéis? —exclamó Rabechault más que harto de los radicales e inexplicables cambios de Maltés—. ¿Qué nueva emergencia se os ha ocurrido para importunarme? ¿No íbamos a París?

—Iremos, pero no ahora —se limitó a decirle Maltés, que ignoraba deliberadamente la actitud infantil de su compañero, quien parecía más interesado en volver a las comodidades de su vida que en esclarecer la verdad acerca de hechos tan abominables como los que estaban investigando—. Tenemos que volver a repasar los informes de la familia Guisset...

—¿Qué? ¿Para qué? Ya sabemos que ella era la asesina, ¿no os basta? ¡Incluso tenemos a Dubois, el secuestrador!

—¡Pero aún no hemos hallado a los hermanos Salazar, ni tenemos el móvil

de Elizabeth Guisset resuelto del todo, ni hemos desmantelado esta espantosa organización! —se asomó por la ventanilla y gritó con voz resuelta—. ¡De la vuelta!

—No os atreveréis...

—Desgraciadamente —el cochero obligaba a dar la vuelta a los caballos mientras él hablaba— ...para vos, vais en el mismo coche que yo, y no voy a dejaros tirado en medio del campo, así que no os queda más remedio que acompañarme, señor.

—¿Acaso sois mi superior?

—Por descontado, soy superior por cuanto soy el único aquí que posee la capacidad de acabar este incesante cúmulo de crímenes, ¿o acaso estoy equivocado y sois vos quien lo resolverá todo... por vuestra cuenta? —Rabechault había enrojecido hasta un purpúreo tono que encendía su rostro de pura soberbia—. Sólo deseáis regresar para recoger las medallas, recibir los halagos y ascender... por un trabajo a medio hacer. Si lo preferís, no obstante —continuó abriendo la portezuela. El carruaje avanzaba y la carretera pedregosa pasaba velozmente ante sus ojos—, ¡saltad!

Rabechault calló. Se echó atrás, lo más a salvo posible de aquel salto arriesgado que Maltés le proponía.

—Lo suponía... —dijo para sí mismo el Inspector con aire despreciativo—. No arriesgaríais vuestro pellejo por nada ni por nadie, salvo por vos mismo. Rabechault, no tenéis ni convicción, ni moral... Sois despreciable.

La intención de Maltés era repasar la documentación relativa a las propiedades de la familia Guisset. En su mente activa brillaba, aún sin base sobre la que sustentarse, una idea. Había brotado a partir de ese deseo de venganza que la difunta Elizabeth Guisset sin duda había albergado en su corazón todos aquellos años, una joven que se había propuesto, a juzgar por sus actos, acabar con Dubois, delatarle, y de paso mostrar la existencia de su organización, evidentemente para terminar con las ominosas acciones de los pederastas. Pero, ¿acababa ahí su venganza? Maltés acababa de imaginar que quizás no. Dispuesto a revolver y poner patas arriba todas las posibles combinaciones de teorías y hechos reunidos hasta el momento, a floraba en su intuitiva mente la probable relación de Guisset con la desaparición de los hermanos Salazar. ¿Y si no contenta con encerrar a Dubois había querido castigarle además con el secuestro... y a lo mejor también con el asesinato de sus hijos, carne de su carne? ¿No le habría supuesto ella más sentimental de

lo que era, más capaz de lamentar la pérdida de sus seres supuestamente queridos...? Si así era, había cometido un error, puesto que Grégoire Dubois no albergaba el menor afecto por ellos, ni por nadie.

Impaciente y temeroso de que sus suposiciones tuvieran fundamento, apremió al cochero. Barajaba la idea de que Guisset, desde una posición ventajosa, hubiese recuperado alguna de las propiedades que su familia vendiera en su vano intento por encontrarla. Marguerite Guisset le había dicho en el monasterio que se habían arruinado buscándola, se habían desprendido de todas sus fincas y terrenos, vendiéndolos a fin de poder pagar los incalculables gastos de una frenética e infructuosa búsqueda... hasta quedarse sin nada. Así pues, puede que Elizabeth hubiese comprado alguna de aquellas propiedades, y que después hubiese raptado a Milena y Gael Salazar, y les hubiese encerrado en ella. Guisset había contado con el hecho de que se la suponía muerta: a efectos oficiales Elizabeth Guisset fue secuestrada a los ocho años y desde entonces, dado que no había noticias de su paradero, había sido dada por muerta... Maltés empero, esperaba que no fuese demasiado tarde, y que el rencor de Guisset no hubiese llegado demasiado lejos como para haber cometido otro crimen... el asesinato de los hijos de Dubois, con el fin de hacérselo saber una vez encerrado en prisión, para mayor castigo antes de ser enjuiciado por sus crímenes.

De vuelta en la oficina de registros de Amiens, Maltés pidió una vez más los archivos de la familia Guisset. En ellos figuraba un listado y detallada descripción de las propiedades que habían formado parte de su patrimonio, donde se especificaba su ubicación y tamaño... así como el nombre de quienes las habían comprado en aquel entonces, Maltés las repasó una por una, de un total de diez. Se fijaba sobre todo en su situación en los mapas, buscando alguna más apartada, más discreta... un lugar perfecto para ocultar a dos personas sin llamar la atención, sin correr riesgos...

Capítulo 37

El tiempo se había detenido. Se sucedía arrastrado por la inapelable ley de la justicia, cierto, pero sus horas, sus minutos, se estancaban entre los bastos muros de la celda de Grégoire Dubois. El tiempo, inexorable en su avance, remoloneaba caprichoso tirando de su angustia mientras jugaba a aparentar quietud e invariabilidad; se había instalado en el aire malsano que respiraba, en la bazofia de comida que le servían cada día, en su odio creciente, su temor a la guillotina y en su falta de arrepentimiento. Transcurría pues hacia delante, pero atenazaba a Dubois cada segundo que las agujas del destino se empeñaban en marcar. Él, prisionero de la justicia y de sí mismo, había recorrido el reducido espacio en que se hallaba confinado cientos de veces, hollando con los pies del martirizado el suelo de piedra. Los ecos de su estancia allí martilleaban su juicio, convirtiendo en salmodia insoportable la voz que le repetía en su fuero interno que iba a morir. Grégoire Dubois no aceptaba ese destino y no se arrepentía de su pasado. Su único consuelo radicaba en la breve tregua que su torturador le había brindado aquellos días. El implacable Rabechault se hallaba fuera, siguiendo otras pistas del caso, según le había informado el malvado L'Echard sólo para después castigarle con la amenaza de su pronto regreso. Mientras ese momento llegaba, Dubois recorría su celda en círculos desesperados, alrededor del catre hasta la reja de la puerta, y de allí vuelta al catre... La Conciergerie era una tumba en vida y él se ahogaba atrapado en ella.

Una mañana, después de cinco días de tregua con la sala de tortura, se sentó al borde del cajón de madera que hacía las veces de cama, sobre el delgado colchón, sucio y ensangrentado. Los piojos corrían por su cabeza entrecana provocándole un terrible picor, y se rascó colérico. Él era un caballero y se creía con derecho a otro trato, fueran cuales fuesen sus crímenes. No le

habían permitido disponer de un abogado, no parecía que le fueran a llevar a juicio, se limitaban a dejar que se pudriese en su agujero, hasta el día de su muerte... Y ese día no llegaba nunca. Dubois se preguntó si pretenderían abandonarle allí para que envejeciera o la enfermedad devorara su alma y su cuerpo... La más cruel de las voces que susurraban en su mente le anunciaba un futuro olvidado entre aquellas paredes, sin certeza, eternamente esperanzado... Temía que nadie le dijese nunca cuál iba a ser su castigo, quedarse allí con la pregunta sin respuesta formulada sin descanso... Se cubrió la cara con ambas manos y sollozó sin lágrimas. Su cuerpo se agitaba trémulo, se balanceaba de adelante atrás y de atrás a adelante.

Entonces oyó que alguien se acercaba por el corredor. Los pasos resonaban firmes en el eco lóbrego de las paredes de la prisión, pero Dubois no levantó la mirada. No deseaba saber si quien llegaba era L'Echard, dispuesto a atormentarle, o si por el contrario era Rabechault el que se acercaba, ya de regreso para torturarlo... Se miró las manos, llenas de muñones allí donde le habían arrancado los dedos. Se echó a temblar. A su espalda sonó la cerradura de la puerta y el chirrido de sus goznes al abrirse. Alguien entró y cerró la puerta a su espalda, en silencio. Eso le extrañó. Ni L'Echard ni el Inspector solían hacer tal cosa. Por eso se volvió y miró, intuyendo la presencia de un nuevo visitante en su celda...

—Tú... —palideció al reconocer por fin el rostro de su destino en el hombre que le contemplaba de pie, a su lado— ¿A qué has venido, perro infame... ¿A matarme? ¡Así es como tratáis a vuestros amigos, a quien os ha sido leal durante años! Adelante, acaba ya, lo prefiero antes que seguir aquí atrapado... Théodore Teyssière le observó sin mostrar compasión ni desprecio. Llevaba una bandeja con comida y vestía como un funcionario de la prisión. Dubois imaginaba que habría utilizado alguna de sus tretas o sus innumerables influencias para llegar hasta él saltándose todas las medidas de seguridad. O quizás el poder de Su Eminencia le daba carta blanca incluso en la Conciergerie. Sí, eso era lo más probable...

Teyssière depositó la bandeja sobre una banqueta de madera, y al hacerlo dejó al descubierto su mano, armada con un largo cuchillo. Dubois lo miró un instante y sus ojos brillaron. Sonrió desdentado y clavó sus ojos fríos en ese hombre impasible. No tenía miedo. Ya no.

—Antes de que mueras, Dubois, me han encomendado una misión —dijo Teyssière dando un paso hacia él—. Debo entregarte un mensaje, del que soy

portador.

—¿Qué puedes tener que decirme? Ya nada me importa, salvo la muerte, que me hará libre, Teyssière... No creas que me das miedo.

—Has de saber que he matado a tus hijos, Milena y Gael... Los dos están muertos —se quedó mirándole, muy de cerca, estudiando con la cabeza ladeada la expresión de sus ojos, buscando en ellos algún vestigio de pena, de martirio, pero no vio nada—. Ya veo...

—¿Creías que me echaría a llorar? ¿Qué sufriría? ¡Ahí tienes, perro! ¡Soy peor que tú! —se rió Dubois, jactándose de sí mismo—. ¡Nada puedes hacer para herirme! ¡Acaba pues ya...

—Lo haré... —siseó Teyssière acercándose aún más—, pero no sin antes hacerte saber que tu hijo Edouard morirá bajo mi cuchillo esta misma noche, y con él se perderá toda tu descendencia... Pensaba arrancarle la vida antes que a ti, pero luego cambié de opinión, y sí... creo que acerté... Él morirá hoy, y tú abandonarás este mundo sabiendo que va a suceder, impotente y culpable... También quiero hacerte saber que tu mujer, Sara, murió envenenada, y no de enfermedad, porque sabía más de ti de lo que suponías. Yo mismo propicié su asesinato, lento y agónico. Y te equivocas —susurró entre dientes mientras colocaba el filo de su cuchillo en su estómago— si crees que no sé lo indiferente que eres ante la vida ajena, aunque sea la de sangre de tu sangre... Pero en el fondo, Dubois, algo debe importarte, estoy seguro de ello, no porque te hayan unido nunca lazos afectivos con tu esposa o tus hijos, sino porque nada tuyo perdurará.

—Bastardo, te equivocas...

—Bien, empecemos ya... —Teyssière hundió repentina y fácilmente el cuchillo en la boca de su estómago, arrancándole un profundo y doloroso lamento a su víctima—. Es como hundir el cuchillo en mantequilla caliente... ¿Pensabas que te mataría como hago siempre... degollándote para que mueras con rapidez? No... Este dolor es sólo el comienzo de un largo recorrido, el más horrible que hayas conocido.

Dubois cayó de costado. Sujetaba con las manos la herida abierta, se encogía sobre sí mismo presa de un sufrimiento intenso y prolongado. El dolor que sufría era más atroz que las torturas a las que Vasek Rabechault le había sometido, y duraría mucho más.

—Tardarás horas en morir, esa herida no te matará inmediatamente, sino que logrará que tu agonía sea duradera, y mientras llega tu hora, tendrás tiempo

de arrepentirte, incluso de ti mismo, Dubois, y de haberlo perdido todo... Te lo prometo. Nadie vendrá en muchas horas, ya me he encargado de ello.

Teyssière se apartó y limpió el cuchillo sobre el colchón raído en el que yacía un Dubois acabado, lívido, extraviado... El tiempo se detuvo definitivamente en aquel lugar, su tumba, y le abandonó cuando el sicario salió de la celda, impune, y desapareció pasillo adelante. Las últimas palabras de aquel hombre, la muerte en persona, estallaron en su cerebro como un abyecto sonsonete cuyo significado fue minando su espíritu a medida que la vida se escurría manando de la herida abierta en su estómago: *“Tardarás en morir... tendrás tiempo de arrepentirte, incluso de ti mismo, Dubois, y de haberlo perdido todo... Te lo prometo.”*

Todas las cosas de Milena estaban intactas. Tal y como ella las había dejado antes de irse. Edouard, sentado en su tocador, rozaba con dedos temblorosos las cerdas suaves de su cepillo del pelo. Estaba hundido, temía lo peor. No lograba hacer otra cosa que pasearse de la habitación de Gael a la de Milena, amparándose en sus recuerdos, en sus pertenencias, las que le hablaban de ellos cuando estaban a su lado y le daban una falsa impresión de normalidad. A veces le parecía que en cualquier momento entrarían por la puerta, sonrientes... Hacía días que se dejaba arrastrar por la desesperanza, había perdido la fe en la justicia, en la eficacia de Maltés, en el mundo, y ni siquiera podía culpar a Dios, porque no creía en él. Eso desde luego le libraba de la inevitable alusión por parte del padre Matías a los designios del Señor... El sacerdote le visitaba a menudo, trataba de llevarle consuelo, de acercarle de nuevo a su Fe vertiendo sobre él toda clase de sermones que sonaban a falsete en sus oídos agnósticos. Edouard no le escuchaba, le dejaba hablar y sus palabras rebotaban en su coraza de amargura. Sólo Bousquet, quien compartía su dolor y su angustia, lograba acercarse a él. Porque ni Rembrandt, a pesar de la amistad que le profesaba, de la lealtad inviolable, de su empeño y de su trabajo, había podido calar tan hondo en su estima como lo había hecho en los últimos meses el joven Bousquet.

Edouard dejó caer algunas lágrimas, aunque no le quedaban muchas, pues la mayoría las había vertido ya noche tras noche, a solas en su alcoba. Se sentía vacío por dentro, exprimido, como si la adversidad le hubiese absorbido cada mota de humanidad, de esperanza... Si como temía había perdido

definitivamente a sus hermanos, entonces habría hallado el fin. Nada tendría sentido, estaría solo, y jamás encontraría consuelo suficiente.

Llamaron a la puerta abierta y vio que Bousquet le buscaba. Estaba de pie en el umbral, y en su gesto se adivinaba su desaprobación ante aquel empeño suyo por demorarse en esas estancias vacías, donde sólo hallaría aún más dolor.

—Pasa, Florian...

El caballero obedeció, y al entrar soltó un sonoro suspiro. Estaba cansado y unas profundas ojeras evidenciaban las noches de insomnio. Se sentó al borde de la cama, cerca de Edouard, la cabeza alicaída sobre el pecho. La diferencia entre él y Edouard estribaba en que él aún no perdía la esperanza. Se negaba. Hasta el último momento creería en el milagro que ambos más esperaban ver cumplido. Trataba de contagiar a su amigo ese bastión de fe, no en Dios, sí en la justicia, en el destino.

—No deberías torturarte así, Edouard... Sólo agrandas la herida, baja conmigo a la biblioteca, charlemos de cosas intrascendentes, pensemos en banalidades, o profundicemos en nuestro dolor, como prefieras, pero no te quedes aquí, a solas con tu despecho. La rabia, la impotencia, son malas compañeras de espera.

—No puedo, Florian... Lo único que deseo es estar cerca de ellos, y como no puedo, necesito estar aquí, entre sus cosas... Sé que me comprendes.

—Claro... Pero no dejaré que te tortures así.

—Si no les hubiese dejado solos, empecinado en perseguir a mi padre, en descubrir algo que en el fondo ya sabía... ¿De qué me ha servido ponerle nombre a sus crímenes? Sólo he conseguido perder a mis hermanos, Florian...

—Tú sólo querías protegerles de él. No es culpa tuya, Edouard. Dubois, y sólo él es quien ha traído la desgracia a esta familia. Fue decisión suya cada paso que dio, tu obligación era velar por los tuyos, y lo has hecho con creces. Yo he sido testigo de ello.

—Ojalá pudiera creerte, pensar del mismo modo de mí mismo. Pero no lo consigo. Mi juicio se revela acusatorio, me plantea mil posibles alternativas en cada uno de mis actos, y todas ellas me alejan del abismo ante el que me hallo, me dan como resultado otro destino, y en él Milena y Gael están a salvo. ¿Cómo afrontar eso?

—Todos debemos elegir en un momento dado, pero esas decisiones no deben convertirse en castigo cuando resultan ser equivocadas si el resultado no es el

que deseábamos. ¿Cómo puedes saber que eligieses la opción que eligieses el final no iba a ser el mismo? Las alternativas de las que hablas probablemente no hubiesen evitado que Milena y Gael desaparecieran. Cuando obraste en una dirección lo hiciste basándote en tu juicio, por el bien de tus hermanos, al escoger otro camino lo hubieses hecho igualmente pensando en su bienestar... Y la mala suerte habría golpeado igual, Edouard.

—¿Hablas del destino? ¿Crees que haga lo que haga, da lo mismo? Mi hermana y Gael... estaban predestinados? ¿A qué... a morir?

—No... —se quejó Bousquet por aquel vaticinio derrotista—. No lo sé... No me gusta dejar nuestra suerte en manos del azar, yo no suelo guiarme por la vida de ese modo, pero hay fuerzas que operan de igual modo al margen de nuestras decisiones. Los sucesos del futuro no existen, suceden invariablemente en orden de las circunstancias más imprevisibles, y son ingobernables... ¿entiendes? Sólo al conocer el resultado de una incógnita poseemos las respuestas para haberla evitado, y entonces nos creemos culpables por no haberlas descubierto antes y haber cambiado el rumbo de los acontecimientos. Pero ésa es una banal prepotencia de nuestro intelecto que se niega a ser pasto del azar.

—¿Debo esperar sentado entonces? —rugió impotente Edouard—. ¿Porque haga lo que haga el resultado será el mismo?

—No, debes hacer lo que tengas que hacer a tu juicio, pero no culparte por lo que ya ha sucedido, eso ya no tiene remedio y no posees todas las respuestas... No te maltrates por lo pasado, no sufras por el futuro, lucha ahora, en el presente... Yo te ayudaré, estoy a tu lado, Edouard, únicamente pretendo tenderte mi mano...

—Sé que amas a mi hermana, Florian.

Bousquet guardó silencio, abatido. En su corazón aún quedaba un reducto de esperanza y se negaba a cerrar aquella puerta. Todo su afán era continuar aferrado al borde escurridizo del mismo abismo en el que Edouard estaba cayendo, y si podía, tenderle una mano a su amigo para que no se precipitara en sus negras tinieblas definitivamente.

—Dímelo... ¿La amas?

—Sí... —admitió frotándose los ojos como si un velo invisible le nublara la vista—. Desde el momento en que la vi, la primera vez... No ha pasado ni un solo día sin que piense en ella, Edouard.

—Creo que ella también te ama, sí, es seguro, lo sé, la conozco bien.

—Pensaba ofrecerle mi mano en mi primera visita a Lyon, y ahora... No sé si llegaré a hacerlo alguna vez...

Edouard le miró y de pronto comprendió lo inútil de su comportamiento. Allí estaban los dos, sentados en la habitación de Milena, aguardando un trágico final. Algo en su interior se retorció de nuevo, vigoroso.

—Lo harás, amigo mío, y yo estaré orgulloso de tenerte como cuñado. No imagino a nadie mejor a su lado... Tú sabrás hacerla feliz.

Bousquet sonrió brevemente. Contempló aquella estancia, donde aún se percibía el perfume de la joven.

—Demos un paseo —propuso de pronto Edouard, levantándose—. Cabalguemos juntos un par de horas, eso nos vendrá bien...

—¿Qué ha cambiado? —se extrañó Bousquet mirando a su amigo, que de pronto parecía animado por una extraña fuerza, mientras que él acababa de soltarse a la amargura.

—Nada, pero tú... No lo sé, salgamos, lo necesitamos.

Aquella noche, a su regreso de una reparadora cabalgada, encontraron al padre Matías en la biblioteca. Edouard y Bousquet, de mejor talante gracias al ejercicio, soportaron con estoicismo su presencia e incluso le escucharon durante la cena. El sacerdote, creyéndose en el deber de prodigarles compasión y de prepararles para lo peor espiritualmente, no dejó de hablarles de la salvación eterna, de los milagros, de la misericordia divina, pero sus palabras no surtieron el menor efecto en los dos jóvenes caballeros, quienes durante su paseo vespertino habían logrado abandonar en parte su melancolía y de nuevo se sentían con fuerzas para luchar. Fueron educados con el cura, amables y atentos, aceptaron su bienintencionado consuelo, pero no aceptaron el fondo de su discurso, apoyado en el perdón que como cristianos debían prodigar a quienes les infligían aquel dolor.

Después de una prolongada velada, el padre Matías al fin se marchó, no sin antes amenazarles con un pronto regreso. Entonces Edouard se retiró a su habitación, dejando a Bousquet al abrigo de la chimenea, en la biblioteca.

Estaba agotado, y convencido de que aquella noche, por primera vez desde hacía muchos días, lograría conciliar el sueño. Cuando se tumbó en su cama, a oscuras, y cerró los ojos, comprobó aliviado cómo el sueño acudía dulcemente, dispuesto a aliviar su alma de la vigilia... El cansancio tiró de él, poco a poco se sumió en un reparador sopor, cada vez más profundo... hasta que cayó dormido.

Cuando su respiración se hizo más lenta y regular, una sombra surgió del rincón más oscuro de su cuarto. Un hombre avanzó sin ruido hacia él, y el brillo afilado de su cuchillo destelló a la luz de la luna llena, grande y luminosa sobre el cielo nocturno. Era Théodore Teyssière, y estaba dispuesto a cumplir con su deber, acabar con el último hijo de Grégoire Dubois. Edouard Salazar debía morir, y lo haría sobre su cama. Se aproximó hasta colocarse muy cerca y extendió el filo brillante hacia el cuello palpitante de vida del joven.

Edouard respiraba tranquilo, con los ojos cerrados, tan ajeno al peligro que Teyssière se sintió molesto. Contempló unos instantes su rostro noble, y no encontró en él ningún parecido con su padre. Puso el cuchillo sobre la piel y apretó los dientes dispuesto a darle muerte ya mismo.

Pero entonces algo cambió. El azar, o la intuición del joven obraron de improviso y le hicieron despertar. Edouard abrió los ojos y al ver aquella siniestra figura inclinada sobre él y el frío acero sobre su garganta respondió violentamente, propinando con un gesto de su brazo un tremendo codazo al intruso. Teyssière retrocedió sin aire, sorprendido de haber sido descubierto, y cayó al suelo. Edouard se incorporó y de un salto se abalanzó contra él, reconociendo en su pálido rostro el del hombre con el que su padre se reuniera aquel día en Dijon, y el mismo del que les atacara a él y a Bousquet en el bosque de Beaune.

—¡Vos! —rugió enfurecido mientras le sacudía un fortísimo puñetazo en la mandíbula y desplomaba todo su peso sobre él para inmovilizarle.

Pero Teyssière era hábil luchador y a pesar del golpe se escurrió bajo él como una anguila. En menos de cinco segundos se había levantado y se disponía a contraatacar. Lejos de sentirse en peligro, agradecía aquella lucha a vida o muerte, porque así disfrutaría más cuando le arrancara el último suspiro a Edouard Salazar, quien sería consciente de su muerte. Eso le satisfacía más. Pasó el cuchillo de una mano a la otra, midiendo a su adversario. Edouard era alto y fuerte, como él, pero estaba desarmado y no era un avezado luchador. Carecía de su destreza y no se había educado en la costumbre del asesinato. Él en cambio era un implacable sicario, experto y frío... Igualmente hábil con la mano derecha que con la izquierda para matar con su cuchillo. Volvió a cambiarlo de mano y susurró con voz ronca.

—Edouard Salazar, no eludas tu suerte... Los dos sabemos que vas a morir...
—sonrió bajo su bigote.

—Perro infame, si así ha de ser te arrastraré conmigo, lo prometo... — Edouard le rodeó despacio. No sentía miedo, sólo estaba alerta, atento a cualquier gesto suyo. No gritaría, porque sabía que nadie llegaría a tiempo hasta su habitación. Ni siquiera Bousquet.

—Tu padre está muerto a estas horas, Salazar, yo mismo le quité la vida en París... —disfrutaba sobremanera con el sufrimiento ajeno.

—¡Mentís! —aulló Edouard tratando de alcanzarle con un puñetazo de su mano derecha.

Teyssière aprovechó su furia y le lanzó un rápido cuchillazo. Le cortó profundamente en el antebrazo y el joven retrocedió sujetándose la herida.

—Dudad, si queréis, pero está muerto, tan cierto como que yo estoy aquí ahora mismo...

Abajo, en la biblioteca, Bousquet avivó el fuego. Añadió algunos troncos a la chimenea y removió los rescoldos bajo ellos con las tenazas. Hacía media hora que su amigo se había acostado, y él estaba ocupado en la lectura de una novela escogida al azar en las estanterías. Pero no lograba centrarse en ella. Una y otra vez su mente volvía a Milena y a Gael. Repasaba la tragedia de aquella familia que tantas pérdidas había sufrido, la ignominiosa idiosincrasia de Grégoire Dubois, la profanada inocencia de todos esos niños... del propio Gael, estuviera donde estuviera, vivo o muerto. Y finalmente, de forma ineludible, acababa pensando en Milena. Siempre Milena. Suspiró inclinado sobre las llamas ardientes, tan abrasadoras como el amor que ya nadie lograría erradicar de su corazón. Estaba profundamente enamorado, y sufría lo indecible por volver a verla, por recuperarla...

De pronto un estruendo en el segundo piso atrajo su abstraída atención y dio un respingo. Las tenazas se le cayeron de la mano y miró hacia arriba. Un nuevo ruido y un rumor de lucha le hicieron saltar como un muelle, coger el atizador que colgaba junto a la chimenea y correr escaleras arriba. Oyó un grito que provenía sin género de duda de la habitación de Edouard.

Éste luchaba por su vida. Teyssière jugaba con él, atacaba y retrocedía una y otra vez, eludiendo sus contraataques con apabullante facilidad. Ya le había herido en el brazo, y ahora le había clavado su cuchillo en la pierna. Edouard cojeaba.

—Voy a disfrutar con esto, señor Salazar... Más de lo que imagináis.

—Aún no deberíais cantar victoria, señor.

—¿De veras? Miraos, renqueáis como una tortuga vieja... Os diré lo que yo

veo... un muerto que aún respira... Un muerto al fin y al cabo.

Edouard vio un abrecartas sobre la mesilla. ¿Y si lograba hacerse con él y se lo clavaba en el pecho? Retrocedió un poco y se colocó de forma que Teyssière no viera sus intenciones. Sangraba mucho y el brazo herido temblaba debilitado. Pero nada tenía ya que perder, así que bien podía arriesgarlo todo. De repente saltó por encima de la cama a la vez que cogía el abrecartas, y como quien no teme a la muerte se lanzó de cabeza contra aquel demonio de negro. En el preciso instante en que se encontraba con Teyssière cuerpo a cuerpo entró Bousquet.

—Edouard... ¡No!

Bousquet les vio rodar por el suelo en un mortal abrazo y temió haber llegado demasiado tarde. Avanzó por la habitación empuñando con fuerza el atizador, y entonces vio que Teyssière se incorporaba sobre el indefenso joven, intentando hundir un largo cuchillo en sus entrañas. Aquello fue demasiado, alzó el pesado atizador y le asestó un fuerte golpe en la cabeza. Teyssière cayó al fin, de bruces. Edouard se agitó bajo él, gimiendo. Trataba de quitarse al sicario de encima.

—Está muerto... —murmuró como si acabara de percatarse de sus actos.

—Levanta...

Bousquet le ayudó a ponerse en pie y al instante se inclinó sobre Teyssière para comprobar si aún respiraba.

—No, no está muerto, sólo está herido —se volvió mirando a su alrededor—. Coge la cuerda de las cortinas, servirá...

Edouard comprendió lo que su amigo pretendía y obedeció. Arrancó sin miramientos el cordel que sujetaba la cortina y se lo tendió a Bousquet, quien procedió a maniatar a Teyssière antes de que recobrase el conocimiento.

—¿Quién será?

—No lo sé, pero pronto nos lo dirá... —murmuró Edouard—. Coloquémosle ahí, junto a la cama.

Entre los dos le arrastraron hasta dejarlo apoyado a los pies de la cama, sobre el suelo ensangrentado.

—Edouard, estás sangrando mucho, deja que sujete esas heridas...

Tiró de las mantas y dejó a la vista las sábanas; arrancó un trozo y con habilidad rasgó éste en varias tiras. A continuación procuró vendar las heridas del brazo y de la pierna de su amigo.

—Trató de matarme, Florian... Estaba escondido aquí mismo, ¿desde

cuándo...

—Eso ahora da igual. Lo único que me importa a mí es que estás vivo y que le hemos atrapado.

—Se mueve...

En efecto, Teyssière recobraba el conocimiento. Poco a poco fue volviendo en sí, y al ver que estaba atado empezó a revolverse. Gruñó colérico.

—Deberíamos atarle los pies Florian...

Bousquet fue hasta la ventana y arrancó el cordel que quedaba sujetando la cortina. Se lo lanzó a Edouard y éste procedió a sujetar los pies del enfurecido Teyssière. Bousquet tuvo que ayudarle para poder retenerle mientras anudaba el cordel lo suficiente como para impedirle que diese patadas.

—¿Creéis que habéis acabado conmigo? —siseó Teyssière entre dientes. Estaba rabioso, porque jamás antes le habían atrapado así. Verse atado de pies y manos le resultaba intolerable.

—¿Quién sois? ¡Vuestro nombre! —exigió Edouard.

—Jamás lo sabréis... Nadie ha podido arrancarme jamás una sola palabra por la fuerza... Si la situación fuese a la inversa, señor... vos imploraríais como una niña por vuestra vida... Yo en cambio nada diré... —se rió.

Edouard le abofeteó lleno de rabia.

—Edouard, tranquilo... Deberíamos avisar a la policía, ellos sabrán qué hacer.

—No, Florian, este bastardo me dijo algo antes, y quiero que lo repita delante de ti.

—¿Qué dices...

—Lo haré con gusto... —rumió Teyssière sonriendo—, nada me ocasiona más placer que reivindicar mis obras...

—Asegura haber asesinado a mi padre...

—Y no sólo eso, señor Salazar... Dejad que termine lo que empecé a contaros. No creáis que he acabado, no... —tosió y un gemido brotó de sus labios. La herida en su cabeza sangraba mucho.

—¿Qué queréis decir? Hablad... —Bousquet sujetó a Edouard. Temía una reacción por su parte ante aquel desalmado.

—Yo, señor, asesiné a Dubois en su propia celda, pero ésa sólo es una parte de la historia. Soy un sicario, y mi trabajo consiste en eliminar todo obstáculo que ponga en peligro a quienes me pagan tan bien... —volvió a toser y se

agitó incómodo—. La verdad es que yo fui quien mató a Sara Salazar, vuestra madre... —se rió de pronto, estrepitosamente y Bousquet tuvo que rodear a Edouard con sus brazos para evitar que le estrangulara con sus propias manos—. ¿Os sorprende? Oh sí, fue un gran trabajo... ella sabía demasiado, y me encargué de silenciarla, la envenené, poco a poco... hasta arrebatarle la vida, sin que fuese consciente de ello —volvió a reírse. Su rostro no podía estar más pálido.

—¡¡Bastardo!! —Edouard lloraba. Imperceptiblemente cogió el abrecartas del suelo. Bousquet no se dio cuenta de aquel gesto, pero Teyssière sí, y sonrió con maliciosa intención.

—Ni siquiera Dubois lo supo hasta el final —insistió—, cuando yo se lo dije... Ahora me alegro de que vos también lo sepáis... Porque, ¿qué mérito tiene una obra si nadie conoce al autor? En fin, sabed que toda vuestra familia ha muerto bajo mi mano. Vuestra madre, vuestro padre... y vuestros hermanos... Y yo no recibiré castigo por ello... Aunque me encierren, saldré libre, me soltarán, tan seguro como que vos os hundiréis en el abismo, por haberlo perdido todo. ¿Creéis que por haberme capturado me tenéis a vuestra merced? No...

—¡¡No!!

—¡¡Edouard!! ¡¡Edouard!! ¡Miente! ¿No lo ves? Nada de lo que dice tiene sentido... —Bousquet vio que empuñaba el abrecartas y trató de quitárselo—. ¡Quieto! ¡Le matarás! ¡Te encerrarán! Por Dios...

—No miento, señores. Yo les maté, a cuchillo —se rió, y esta vez no podía contenerse, dibujando una mueca macabra en su rostro ceniciento. Sabía que Su Eminencia le salvaría de la prisión. Él Teyssière, eludiría la muerte y el castigo—, Edouard Salazar... Vos vais a ser el último, el último... Vuestra hermana, y vuestro hermano, los dos han muerto, jamás volveréis a verles... Y os aseguro que vos también moriréis...

—¡¡No!!

Edouard se liberó del abrazo de Bousquet, e impulsado por la rabia se abalanzó sobre Teyssière y le hundió el abrecartas en el corazón.

—¿Qué has hecho? Edouard, ¿qué has hecho...

Bousquet trató de taponar la herida del pecho, pero Teyssière se agitaba convulso; un hilo de sangre brotó de la comisura de sus labios, y estupefacto ante aquel final inesperado, le lanzó una mirada incrédula a Bousquet. Al fin, tras un estertor agónico dejó de moverse, y su cabeza cayó inánime a un

costado.

Los dos jóvenes quedaron en silencio. Edouard cayó sobre el suelo y soltó el abrecartas ensangrentado. Era consciente de haber matado a aquel hombre, pero no se arrepentía. En su mente martilleaban sus últimas palabras, las que le decían que había perdido a sus seres queridos, uno por uno, y que no sufriría castigo por ello. Le había creído. Aquel hombre se lo había arrebatado todo.

—Está muerto. Maldita sea...

Bousquet se levantó furioso. Temía por su amigo, acababa de asesinar a un hombre, y por ello le encerrarían. De súbito llamaron a la puerta y al volverse descubrió que Rafael se asomaba atónito. Tras él estaban los demás criados, muy alterados y asustados. Habían oído los gritos y la escaramuza, y ahora no se atrevían a pasar, a la vista del cadáver de Teyssière y de su amo lloroso. Edouard no salía de su estupor, se había derrumbado.

—Levántate, amigo... —rogó Bousquet sin querer perder la poca entereza que le quedaba— te curaré... Deja que Rafael se encargue de ese mal nacido...

Rafael entró entonces y solícito empezó a ocuparse de todo. Estela y Muriel retorcían la falda de sus camisones sin saber cómo reaccionar; estaban aterradas.

—Rafael, quítale las cuerdas y quémalas. Estela, necesito tu ayuda. Llevaré al señor a la biblioteca, necesito vendas y agua caliente para curarle... — Bousquet pensó que lo mejor era mantener ocupados a los criados— Muriel ayúdala... Los demás, retiraos a vuestros cuartos, nada tenéis que hacer aquí. Haciendo acopio de la escasa presencia de ánimo que aún guardaba y con la inestimable ayuda de Estela obligó a Edouard a levantarse.

—Rafael, tú ve a avisar a la policía...

—Le detendrán señor... —murmuró Rafael apenado—. Se llevarán al joven señor.

—Ya nos ocuparemos de eso, Rafael —era cierto, pero ahora no debían dejarse superar por las terribles circunstancias. Tenían que ser prácticos—. Ahora haz lo que te pido, lo más rápido que puedas...

Salió de la estancia de Edouard y se lo llevó con Estela a la biblioteca, medio arrastrándole por las escaleras. El joven estaba ido, necesitaba el calor de un buen fuego y reposo. Bousquet le pidió a Estela un cuenco de aguda limpia y caliente, unos paños para limpiar las heridas y vendas. Entre los dos le

tumbaron en un sofá y allí Bousquet le quitó el vendaje provisional que le había hecho anteriormente para contener la hemorragia; dejó al descubierto los limpios cortes que presentaba en el antebrazo y en el muslo.

—Señor... ¿Qué puedo hacer yo... —suplicó Muriel apesadumbrada mientras retorció las manos sobre su camisón.

—Muriel... Ve con Estela y ayúdala... Buscad algún calmante, Edouard está demasiado alterado. Y llévatelos a todos, que se acuesten —ordenó señalando sin mirar el corro de ocho criados que se apiñaba allí cerca.

Rafael entró muy azorado. Se había vestido con prisa.

—Señor, me voy a la ciudad... Avisaré a la policía y mandaré llamar al señor Maltés, ¿no es así?

—Sí, por favor... Rafael, corre... —pidió Edouard acusando el dolor que Bousquet le ocasionaba al tratar de lavar sus heridas—. Haz que venga, tengo que decirle... Por Dios... —volvió la cabeza ocultando las lágrimas. No lloraba por el dolor de los cortes, sino por lo que Teyssière le había dicho antes de que él le matara—. Florian, todo está perdido... Al final, todo está perdido... —sollozó sin poder contenerse.

—Calla Edouard, no sabes lo que dices...

—No... No... Él me lo dijo... Tú mismo estabas presente... Ha matado a mis hermanos, Florian, asesinó a Milena y a mi hermano Gael... me lo dijo... Incluso a mi madre, en mis narices, en esta casa... ¿Cómo podré nunca superar semejante golpe?

Bousquet dejó un paño ensangrentado en la palangana que Estela acababa de depositar junto al fuego y le miró, demudado, sin aire.

—Edouard, no lo sabemos con certeza... Probablemente sólo quería provocarte, buscaba venganza. Te mintió para herirte, quiso que te hundieses en la desesperación sólo para atormentarte...

—Ese hombre... —se empeñó Edouard con dificultad— decía la verdad... Y si yo no le hubiese matado sin duda hubiese salido indemne, libre de cargos...

—No puedes creerle... —Bousquet se negaba a aceptar algo así—. Sólo quería atormentarte... ¿No lo ves?

—No... Todo se ha perdido, Florian, yo lo sé, y tú también, pero no quieres verlo...

La noche se había convertido en una auténtica pesadilla. Bousquet procuró dejar a un lado sus sentimientos, profundos y dolorosos, y atender a su amigo lo mejor que pudiera. Limpió y vendó sus heridas, pero Edouard no dejaba de

delirar, demacrado, presa de una terrible agitación. A tal punto llegó el estado del joven que al fin, alarmado por su salud, tuvo que obligarle a tomar un tranquilizante que él mismo le preparó en la cocina con algunas hierbas que Muriel había buscado. Estela las guardaba en un armario para tratar el insomnio y los nervios. Cuando Bousquet vio que surtían efecto y se calmaba, le recostó y se sentó cerca, a esperar que llegara la policía.

Sólo entonces pudo recapacitar sobre lo ocurrido. Edouard había cometido un asesinato, no en defensa propia, porque Teyssière estaba atado de pies y manos... Esa rotunda realidad podía acarrear una última desgracia al joven Salazar, por eso había ordenado a Rafael que se deshiciera de las cuerdas con que le habían maniatado. Dirían a la policía que había sido en defensa propia... Se tomó varias copas de coñac y tuvo que pedirle a Estela que se acostara, porque la pobre mujer no sabía qué hacer y no cesaba de importunarle, temerosa del cuerpo sin vida que yacía en la habitación de su amo. La mujer se marchó llorosa y le dejó solo, en la penumbra de la biblioteca, con Edouard medio dormido por toda compañía. Por fortuna para él estaba aletargado por efecto del bebedizo que había tomado. ¿Qué había dicho? Bousquet repasó las palabras del hombre de negro. ¿Hasta qué punto creerle? ¿Y si era cierto? ¿Y si ese hombre había acabado con la vida de Milena y de Gael? Y de Dubois... Pero éste estaba en la cárcel, en la Conciergerie... nadie podía entrar allí tan fácilmente y asesinar a un preso... Todo era muy extraño.

—Dios mío, ayúdanos...

Al cabo de dos horas llegó Rafael acompañado de varios policías. Dos se quedaron fuera, montando guardia, y otros dos entraron en la casa. El pobre Rafael estaba tan confundido y afectado que no había acertado a darles una explicación coherente de lo ocurrido, pero al ver el cuerpo inerte del desconocido tendido en el suelo de la alcoba de Edouard, enseguida se hicieron cargo de la situación. Despidieron a Rafael, que al principio se resistía a irse, y mientras uno registraba el cadáver el otro se quedó con Bousquet, presentándose debidamente.

—Vuestro criado no ha sido capaz de explicarme lo ocurrido, ¿seríais tan amable... ¿Sois el señor de la casa? ¿El señor Salazar? —inquirió echando un vistazo de reojo a Edouard, que estaba aturdido en el sofá y no se había movido.

—No señor, soy Florian Bousquet, un amigo de la familia...

—Bien, señor Bousquet, ¿qué ha ocurrido aquí, y por qué hay un cadáver en esa estancia?

—Ese hombre —señaló Bousquet—, ha irrumpido esta noche en la casa y ha tratado de asesinar al señor Salazar.

—¿Quién es?

—Lo ignoro... Hirió a mi amigo y trató asesinarle...

—¿Fue él quien le mató?

Bousquet recapacitó. Sopesó lo que iba a hacer, si estaba dispuesto a cargar con la culpa, y de pronto resolvió que no podía hacer otra cosa. Edouard ya estaba sufriendo demasiado, cargarle con la culpa de aquel asesinato sería la gota que colmara el vaso.

—No... Fui yo. Subí al oír ruido y al ver que estaba a punto de matar a mi amigo..

—Explicaos...

—Edouard le hirió —explicó despacio—, pero era muy peligroso... Nos atacó y tuve que matarle...

—Aun en ese caso... es un homicidio señor... Tendré que deteneros hasta que termine la investigación. Mi compañero bajará enseguida.

—Lo sé muy bien. Haced lo que tengáis que hacer. El Inspector Maltés — Bousquet asumió las consecuencias de aquel acto de amistad con un suspiro —, ¿le han hecho llamar?

—Sí, hemos enviado un mensajero urgente a Amiens.

—¿Amiens? —se escandalizó al oírle.

—Sí, al parecer se encuentra allí estos días con el Inspector Vasek Rabechault, investigando. Nos dejó sus señas antes de irse por si le necesitáramos.

—Pero entonces no llegará a tiempo... —aquella circunstancia agravaba la situación.

—¿A tiempo para qué?

—Ese hombre dijo haber asesinado a Milena y Gael Salazar, los hermanos de este joven, y afirmó también haber acabado con la vida del señor Grégoire Dubois e incluso de su madre...

—¿Grégoire Dubois? —preguntó sorprendido el soldado.

—El padre de este joven.

—¿Insinúa que ese hombre ha matado a toda su familia y que después vino a asesinar al propio señor Salazar?

—Así es... —el policía le miraba incrédulo. Se volvió hacia su compañero, que bajaba en ese instante, y le miró espantado.

—Creedme que si lo que decís es cierto comprendo vuestra reacción.

—He examinado el cadáver, tiene una herida en la cabeza y una puñalada en el pecho —anunció el segundo policía ya al pie de la escalera.

—Le golpeé con el atizador cuando entré para ayudar a Edouard —explicó Bousquet—. Pero no fue suficiente y me vi obligado a matarle con lo primero que encontré a mano...

—Un abrecartas —confirmó el policía aproximándose. Llevaba el abrecartas ensangrentado envuelto cuidadosamente en un pañuelo.

Bousquet no quería perder el tiempo dando explicaciones a aquellos hombres que nada sabían del asunto en el que se hallaban implicados, excepto lo que les hubiese transmitido el propio Maltés durante su estancia allí, es decir, lo justo y necesario. Calculó que Maltés tardaría al menos tres días en volver dándose mucha prisa, y se desesperó.

—Deberéis responder a algunas preguntas —los policías le miraban compasivos—, y después os llevaré preso.

Pasaron más de una hora entre metódicas preguntas y extensas respuestas por parte de Bousquet. Los policías no conocían al detalle el caso que investigaban Lázaro Maltés y Vasek Rabechault, pero no ignoraban la implicación que Edouard Salazar e incluso él mismo tenían con él, ni el trato que Maltés les había dispensado hasta entonces, de respeto y confianza. Esto último no les impediría detener a Florian Bousquet, por mucho que les disgustara. Cuando Edouard salió del sopor inducido por las hierbas tranquilizantes, ya algo más recuperado, les contó lo mismo que Bousquet. Les dijo que el desconocido se había colado en la casa, le había sorprendido cuando dormía y mientras trataba de matarle le había asegurado que pocos días antes había degollado a sus hermanos. Les repitió insistentemente que debían investigar aquellas afirmaciones. Lo recalcó tantas veces y con tanta convicción, advirtiéndoles de que el intruso había afirmado haber asesinado a Grégoire Dubois en la prisión de París, que finalmente uno de los policías salió y ordenó a uno de sus compañeros que montaban guardia en la entrada que partiera de inmediato a París con objeto de comprobar tal suceso.

—Es imposible, señor —dijo a su vuelta convencido—. Nadie puede entrar en la Conciergerie y asesinar impunemente a un preso. El señor Dubois, según tengo entendido, sufre prisión preventiva, nadie puede acercarse a él...

Está en una celda de máxima seguridad, el propio Inspector Maltés me lo dijo. Sin duda estáis afectado y habéis creído...

—¡¡No!! ¡Os digo que no! Por eso tuve que...

—Edouard, cálmate, yo creo... —le interrumpió Bousquet. Le empujó suavemente para que volviera a sentarse.

—Bien, si es todo —dijo de pronto el policía—, es hora de que nos acompañe, señor.

Edouard contempló estupefacto a Bousquet, que se levantaba sumiso.

—¿Qué es esto, qué ocurre aquí? Florian...

—No te preocupes Edouard, todo saldrá bien.

—¿Te detienen? ¿A ti? —entonces comprendió lo que pasaba y palideció—. No... ¡No! Él no ha sido, señor, yo maté a ese hombre, ¡Florien sólo trata de protegerme!

—Cálmese señor, no nos lo ponga más difícil...

—No le escuchéis, es mi amigo y no quiere verme preso, es comprensible...

—Bousquet le sonrió a pesar de su propio temor—. Tranquilo Edouard, cuando venga Maltés todo se arreglará, es mejor así...

—Pero fui yo, yo le maté... —Edouard le miraba incrédulo mientras le veía salir tras el policía—. Florian, no puedes hacerlo, no lo soportaré...

—Por supuesto que lo harás, amigo mío.

Bousquet le sonrió de nuevo, confiriendo una confianza que estaba lejos de sentir a su compostura, y abandonó la casa. Amanecía y ahora que los policías se habían llevado el cadáver era como si nada hubiese sucedido, aunque los criados pasaban por la biblioteca a hurtadillas, temerosos de lo ocurrido. La presencia de los policías había contribuido tanto a calmarles como a angustiarles; todos querían a su joven señor, y deseaban ayudarle en momentos tan delicados.

Edouard, una vez a solas, ya despierto del todo y a pesar de su debilidad, acusó la tragedia provocada por Teyssière. Bousquet había tenido razón, hundió el rostro entre sus manos y se estremeció de espanto. Se había dejado llevar por la cólera y había hecho exactamente lo que no debía, asesinarle... Ahora Florian había decidido dar un giro a la situación y evitarle un final aún más trágico, poniéndose en su lugar. ¿Qué iba a pasar? Llamó a Rafael y le ordenó buscar urgentemente a Benjamín Rembrandt. Le necesitaban.

Capítulo 38

La finca que Elizabeth Guisset poseía en las montañas era muy hermosa, señorial aunque discreta y de reducidas dimensiones, y miraba hacia el afluente del Drac teniendo a sus espaldas las montañas aún nevadas. Era el lugar perfecto, desde el punto de vista de Maltés, para ocultar a alguien. No opinaba así su molesto compañero. Rabechault rezongaba mientras trotaba tras él, con media docena de guardias a su espalda, por haber tenido que seguirle a través de toda Francia persiguiendo a un fantasma. Maltés se detuvo, tirando de las riendas de su montura.

—Mirad, Rabechault, es aquí, estoy seguro...

Justo cuando pronunciaba aquellas palabras un grito a su espalda hizo que se volvieran, sorprendidos. Un soldado apareció a lo lejos, galopaba al límite, espoleando con furia a su caballo, y gritaba llamando al Inspector mientras mostraba con la mano en alto un papel.

—¿Qué ocurre...

—¡Inspector! —gritó el soldado frenando con brusquedad a su sudorosa montura cuando estuvo a su altura—. Inspector Maltés —dijo entre jadeos entregándole el papel—, tengo un mensaje urgente para vos de Lyon, algo grave ha sucedido...

El Inspector lo cogió sin demora, y ante los ojos atónitos de Rabechault leyó su contenido, palideciendo.

—¿Qué es... —quiso saber su compañero.

—Debo irme... —concluyó de repente Maltés pasándole la nota para que la leyera—. Vos os ocuparéis de nuestra pesquisas aquí. Sabéis qué debéis buscar, ya os lo he explicado.

—Pero no podéis... Sería mejor que yo fuese a Lyon, lo que encontréis aquí os atañe más a vos que a mí...

—¡No! Encontrad a Milena Salazar y a su hermano, han de estar en esa casa

—ordenó Maltés partiendo al galope junto al soldado—. Estaré en Lyon, mantenedme informado de cuanto encontréis —gritó mientras se alejaba por el camino.

Rabechault arrugó el papel iracundo. Se quedó solo, en medio del campo, con seis soldados impasibles que no le miraban con simpatía. Miró con ojos llameantes las figuras de los dos jinetes que en poco tiempo desaparecieron a lo lejos. Maltés le había arrastrado hasta aquel lugar perdido de la mano de Dios, en medio de la nada, y ahora le abandonaba...

—Maldito seas Maltés... Algún día vos y yo tendremos algo más que palabras... —rumió a punto de dar media vuelta y alejarse desobedeciendo a su compañero.

Sin embargo no era hombre valiente ni decidido. Tras una breve lucha interior venció su miedo a las represalias de Maltés y cabalgó hacia la casa de Elizabeth Guisset seguido por los soldados. Un viento frío del norte azotaba su rostro. Paró cerca de la entrada principal y desmontó, muy ocupado en protegerse del frío con su capa de viaje. Era una mañana desapacible y gris, y a pesar del hermoso paisaje el tiempo no invitaba a permanecer a la intemperie. Su yegua torda piafó satisfecha y se puso a pastar apacible, alejándose un poco del camino. Rabechault suspiró y cogió su fusil, cargado y a punto para disparar. Miró alrededor, algo miedoso.

—Vosotros dos, quedaos aquí y vigilad los alrededores —ordenó a dos de sus hombres—. El resto, seguidme...

Al fin se decidió a cumplir con su cometido...

—¿Qué diantres...

Allí, tumbado boca abajo junto a una pila de troncos cortados, el cuerpo de un hombre yacía sin vida cubierto de moscas. Rabechault se acercó corriendo y trató de darle la vuelta, para verle la cara, pero era muy pesado y no lo pudo mover. Vio que tenía una profunda herida en el costado.

—¿A qué esperáis para ayudarme? —rugió. Sujetó con fuerza su fusil y se apresuró hacia la casa mientras algunos soldados se ocupaban en el cadáver.

Él y dos guardias llegaron a la entrada. La puerta principal estaba abierta de par en par.

—Atentos...

Entraron en silencio y se repartieron por las distintas salas de la casa, por separado. Rabechault se encontró en la cocina, desierta. Alguien había estado preparando la comida, pues aún había algunas hortalizas a medio preparar

sobre una tabla y una gran olla reposaba llena de agua. El Inspector pensó que quizás el hombre muerto que estaba fuera era el que se había estado ocupando de tal cosa, hasta que le asesinaron. Avanzó un poco y salió a una pequeña estancia, como una salita de estar, probablemente habilitada para el descanso del servicio. Allí no había nadie.

—¡Inspector!

Uno de sus soldados se asomó a la cocina y le llamó de nuevo.

—Hemos encontrado algo, señor...

Rabechault salió tras él y juntos llegaron a una amplia sala donde el otro soldado les esperaba de pie, muy pálido. Allí, tendidos sobre la alfombra, había dos cadáveres más, el de una joven muchacha, degollada, y el de un chiquillo de unos ocho años de edad, con la garganta abierta y semi desnudo.

—Por Dios... —gimió el Inspector al instante.

Allí acababa el misterio de la desaparición de Milena y Gael Salazar, y comenzaba el de su asesinato. Se acercó a ella, se inclinó sobre su cuerpo inerte y tocó su piel, gélida y rígida. Estaba muerta. Cerró aquellos hermosos ojos con la mano, sacó un pañuelo de su chaqueta y lo puso sobre el marmóreo rostro juvenil. A continuación se aproximó al muchacho e hizo lo propio. Se preguntó impresionado por qué estaba medio desnudo...

—Levantad los cadáveres, los trasladaremos a Lyon —ordenó a los jóvenes soldados que observaban todo impresionados—. Cuando lo hayáis dispuesto todo para su traslado me avisáis...

—¿No vamos a registrar el resto de la casa, señor?

—¿Para qué? Ya sabemos lo ocurrido. No perderé mi tiempo aquí... ¡En marcha, haraganes! Quiero regresar cuanto antes...

En cierto modo se alegraba de que todo hubiese terminado, porque bien o mal podía volver. Salió de la casa y aspiró con fuerza el límpido aire de las montañas. Los soldados se afanaron en buscar unas cuantas ramas fuertes con las que confeccionar unas rudimentarias camillas. Sobre ellas depositarían los cadáveres y así podrían llevárselos hasta el pueblo más cercano, donde los colocarían en una carreta. Rabechault inspeccionó los pormenores de aquella actividad. Les obligó a amarrar con fuerza los cuerpos a las camillas, y a enganchar éstas a las sillas de los caballos con algunas cuerdas que encontraron en la casa. Al cabo de tres horas estaban listos, y la fúnebre comitiva abandonaba la finca. Rabechault marchaba al frente, seguido por los seis soldados, uno en solitario, arrastrando los tres cuerpos cubiertos con unas

mantas, y el resto cerrando filas.

La nota que con tanta premura había obligado a Lázaro Maltés a abandonar a Rabechault en la finca de Guisset, cuando albergaba serias esperanzas de hallar allí a Milena y Gael Salazar, era un urgente mensaje del jefe de policía de Lyon. Requería su presencia en esa villa a raíz del intento de asesinato del joven Edouard Salazar, y atendiendo al requerimiento expreso de éste último, y dado que además había tenido lugar un asesinato en la casa de ese caballero, le rogaba acudiera lo antes posible al lugar de los hechos. Maltés se había asustado. Tenía en alta estima a Edouard Salazar y no había previsto que un suceso así fuese a darse. Por eso, al leer la breve explicación del jefe de policía no había dudado en abandonar la región y poner rumbo a todo galope a Lyon. Durante el agitado trayecto tuvo tiempo de recapacitar, pero no logró anticipar ninguna explicación a aquellos nuevos hechos. ¿Quién podía querer la muerte del joven? ¿A quién habían asesinado? Ésta y mil preguntas más se formularon en su mente a medida que devoraba los caminos hacia la ciudad de Lyon. Al cuarto día desde que recibiera el mensaje se halló a la puerta de la casa de los Salazar, aporreándola con insistencia. No se había detenido a hablar con el jefe de policía, prefería ir directamente a la casa y encararse con Edouard Salazar, oír de su propia boca lo que tuviera que contarle. Casi había reventado a su caballo en el intento de llegar allí cuanto antes.

La puerta se abrió y un alicaído Rafael le recibió. Era evidente que algo grave había sucedido. El criado, al verle, se animó un poco e incluso sonrió lleno de alivio. Le hizo pasar al instante, y con paso rápido le guió hasta la parte de atrás de la casa, donde al parecer se hallaba su joven señor, paseando en compañía de Benjamín Rembrandt, su incondicional amigo. Ahora que ya les habían alcanzado Rafael le dejó, y Maltés se dirigió hacia ellos, que aún no se habían percatado de su presencia. Fue Rembrandt quien le descubrió el primero. Por su expresión quedaba claro que le esperaban, y enseguida Edouard se volvió hacia él, alertado por el abogado.

—Señor Maltés, al fin estáis aquí... —saludó Edouard tendiéndole la mano. Estaba más delgado y la ojeras denotaban un deterioro general tanto físico como espiritual.

—Recibí vuestro mensaje, señor Salazar, he venido lo más rápido que he

podido.

—Lo sé, el jefe de policía de Lyon me explicó que estabais en Amiens.

—Si —se limitó a responder Maltés. No deseaba añadir inquietud al caballero con sospechas que quizás no llevarían a ninguna parte. Hasta que Rabechault regresara con respuestas no diría nada.

—¿Os han informado de lo ocurrido? —preguntó Rembrandt saludándole.

—Sólo sé que trataron de asesinaros —repuso señalando a Edouard—, y que ha habido un asesinato en esta casa, pero desconozco los detalles. No he querido entretenerme en visitar al jefe de policía y he venido directamente aquí.

—Os lo agradezco, Maltés... Pero temo que he de daros pésimas noticias. Ojalá las cosas fuesen distintas, ya no sé qué podemos hacer...

—Disculpadle, señor, no se encuentra bien —intervino Rembrandt excusando las extrañas palabras de Edouard—. Yo os explicaré lo ocurrido, pues estoy debidamente informado...

—Adelante, os lo ruego.

El abogado, mientras caminaban por los jardines de la casa bajo el sol de abril, le relató punto por punto los últimos acontecimientos, sin omitir detalle alguno.

—¡Bousquet detenido! Grave es la situación, por cierto... ¿Y quién era el agresor? —quiso saber Maltés profundamente conmovido.

—Nadie lo sabe.

—Yo le reconocí —Edouard habló distraídamente, como si le faltaran las fuerzas—. Era el mismo hombre que nos atacara en el bosque de Beaune, aquel de la piel tan pálida...

Maltés recapacitó. Sabía perfectamente de quién hablaban. Ese hombre era el mismo al que Gérald Margain se había referido cuando le hablara de su secuestro. Era quien le había violado y sodomizado... Pero aún no sabía su nombre. Por una parte se alegró de que estuviese muerto.

—Averiguaré su identidad.

—Él... —continuó Rembrandt— le aseguró a Edouard que había asesinado a sus hermanos, y no conforme con eso, aseguró también haber matado a Grégoire Dubois...

—Eso no es posible... Está en prisión, en París...

—Lo lamento. A estas horas está confirmado. El jefe de policía mandó un mensajero y esta misma mañana hemos sabido que efectivamente Dubois

apareció muerto en su celda. Alguien le había clavado un cuchillo en el estómago, provocándole una muerte lenta y dolorosa.

—Por eso le maté, Inspector —se acusó Edouard desesperado—, y Bousquet sólo quería protegerme. Ahora es él quien está encerrado en mi lugar, debéis hacer algo al respecto, os lo ruego...

Maltés le escuchó inmutable. Pensaba en el asesinato de Dubois; era difícil, pero no imposible. Había mil formas de colarse en la Conciergerie, sobre todo para alguien con contactos, con influencias... Al parecer el brazo de los criminales implicados en aquel caso era muy largo... ¿Pero quién era ese hombre? Luego recordó a Rabechault, que a aquellas horas ya sabría si los hermanos Salazar estaban vivos o muertos, y deseó por primera vez verle pronto. En su fuero interno rogaba para que los hubiese encontrado con vida, y que las palabras de aquel misterioso asesino fuesen fruto de una fanfarronada. Con suerte Milena y Gael habían estado a salvo todo el tiempo, en manos de Elizabeth Guisset... Salvo que ésta le hubiese revelado a su asesino, antes de morir, el lugar donde les había ocultado. Maltés procuró que sus pensamientos no se revelaran en su expresión.

—Acudiré al jefe de policía y trataré de informarme sobre la identidad de ese hombre —puso su mano sobre el hombro de Edouard—. Exculparemos a Bousquet y encontraremos a sus hermanos, Salazar. Tenéis mi palabra.

—Temo que ya es demasiado tarde... Ese hombre decía la verdad, lo sé, sé cuando un hombre miente, y él no mentía...

Tras entrevistarse con Rembrandt y Salazar, Maltés se apresuró a visitar a Bousquet en su celda; necesitaba corroborar la versión de Salazar. No albergaba la menor duda de que efectivamente Bousquet era inocente, de que impulsado por su amistad había querido evitarle la prisión a su amigo, pero no podía sacarle con ese pretexto. Liberar a uno y encerrar al otro no solucionaba las cosas. Lo que debía hacer era exculpar a Bousquet. Mientras el jefe de policía le conducía hasta la celda donde Bousquet llevaba ya varios días con sus noches, buscaba mentalmente alguna estratagema para sacarle de allí, y cuanto antes.

—Maltés... —Bousquet se levantó nada más verle, y en su expresión franca se notó el alivio que le producía su visita.

—Señor Bousquet... He venido lo antes posible.

El policía les dejó a solas y Maltés tomó asiento junto al preso. Ambos guardaron silencio unos instantes. Luego el joven médico empezó a hablar,

relatando punto por punto las circunstancias que habían desencadenado que él estuviese encerrado allí. No le dijo en momento alguno la verdad acerca de Edouard, y Maltés hubo de reconocerle el valor y la lealtad que le caracterizaban.

—Sé que no sois culpable, señor. Salazar me lo ha contado, y le creo. Sé que él fue quien dio muerte al asesino, lo cual es mucho más lógico desde cualquier punto de vista.

—No, fui yo...

—Dejadlo, no debéis preocuparos por vuestro amigo. No voy a encerrarle. Mi propósito es sacaros a vos de aquí.

—Pero se trata de un asesinato, las pruebas son evidentes, ¿cómo vais a liberarme? Ni siquiera vos con vuestras influencias...

—El señor Rembrandt y yo estamos trabajando en ello. Podemos hablar de defensa propia y eso quizás os exculpe.

La seguridad de Maltés apaciguó a Bousquet, que contaba las horas, temiendo sobre todo que le trasladasen a París. Si daba con sus huesos en la Conciergerie sería el fin.

—¿Habéis averiguado algo acerca de Milena y Gael? —deseaba oír la verdad, por muy dura que fuese. Bousquet se estaba torturando en aquella incertidumbre, entre la esperanza de que el hombre de negro hubiese mentido y una más que probable realidad, demasiado dura para él.

—No, espero noticias de mi compañero Rabechault... Lo siento Bousquet, no puedo sacaros de dudas —Maltés le compadecía. Estaba tan impaciente como él por llegar al final de aquel entramado de desgracias—. Supongo que no tardaremos en saber algo, mientras tanto descansad.

—Si me trasladan a París...

—No lo permitiré. Eso sería muy peligroso. Confiad en mí señor, no dejaré que os encierren en la Conciergerie.

Pasó una hora más con Bousquet, intercambiando impresiones, sopesando posibilidades, barajando alternativas, todo para buscar la mejor forma de sobrellevar aquella situación por demás trágica. Bousquet no demostraba confianza, y por su abatimiento estaba claro que empezaba a resignarse a su suerte, que esperaba el peor de los destinos para un reo acusado de asesinato: la muerte. A pesar de las palabras de consuelo de Maltés, de su presencia allí y de su apoyo incondicional, el joven ya había arrojado la toalla; escuchaba a Maltés con una mezcla de pesimismo y cinismo.

Bousquet se encerró en un mutismo abrasador cuando el Inspector le dejó al fin. Apoyado contra la pared, de brazos cruzados y con la mirada perdida en el techo, oraba para que su destino le alcanzara cuanto antes. Su corazón sangraba por dentro porque aun cuando no estaba demostrado fehacientemente, temía que Milena estuviese muerta, haberla perdido sin haber podido decirle nada, sin haberla visto una última vez... Cerró los ojos y dejó que las lágrimas cayeran mansas por su rostro. Se prometió a sí mismo que si aún había esperanza, si había una mínima posibilidad de volver a estar con ella, incluso aunque él estuviese preso, aunque le juzgaran y condenaran a la guillotina, le diría la verdad: que la amaba. Rezó para que estuviese con vida, por poder verla de nuevo, siquiera en aquella celda, rozar sus manos y saber al fin si ella también le amaba.

Por desgracia las palabras de Teyssière se verían confirmadas dos días más tarde. Maltés se hallaba en el depósito de Lyon, realizándole la autopsia al cadáver de aquél. Buscaba pistas que le revelaran su identidad, hasta el momento sin éxito, cuando Rabechault entró, y tras él varios soldados con tres cuerpos.

—Buenos días, señor... —el Inspector soltó el bisturí con el que acababa de cortar la piel del tórax del cadáver y clavó sus ojos en los cuerpos que Rabechault traía y que los soldados se afanaban en colocar sobre una enorme mesa dispuesta a tal efecto a un lado de la sala. Estaban cubiertos con una manta, por lo que no podía ver quiénes eran—. Vengo de la finca de Guisset... Me temo que traigo las peores noticias posibles.

Maltés suspiró vencido. Sintió como si el destino hubiese dejado caer sobre él el mazo de su irónica visión del mundo. Allí, según se atrevía a aventurar, tenía el cuerpo del asesino, y ahora... también los de sus víctimas: Milena Salazar, Gael Salazar, y un tercero, o tercera aún por descubrir...

—¿Quiénes son? —preguntó no obstante.

—Lo sabéis, seguro... Se trata de los hermanos Salazar, y el tercero es un hombre, deduzco que era quien les vigilaba o protegía, depende... Sea como fuere cayó a cuchillo igualmente.

Rabechault levantó la manta y dejó a la vista los tres cadáveres. En primer lugar el de la joven, a continuación el del chiquillo, ambos degollados, y por último el del hombre desconocido, un individuo grande y corpulento.

—¿Y él? —indicó con la cabeza Rabechault.

—Éste hombre es quien les ha asesinado a ellos tres... Además es el autor del

asesinato de Grégoire Dubois en París. Presumiblemente también mató a Elizabeth Guisset en Poitiers. Es un sicario.

—¿Qué? —se extrañó Rabechault acercándose para ver mejor a tan prolífico asesino—. Qué piel tan pálida... Nunca he visto nada igual, ni en un muerto... Bueno, él está muerto, qué duda cabe, pero fijaos...

—Trato de averiguar su identidad.

—Yo le conozco —saltó de pronto uno de los soldados que aún permanecían en la sala a la espera de nuevas órdenes.

—¿Qué hacéis aquí todavía? ¡Retiraos, necios! —les arengó Rabechault sin escuchar.

—¡No! —interfirió Maltés anteponiéndose a Rabechault— ¿Qué decías? Continúa... —instó al joven soldado que acababa de hablar—. ¿Le conoces? ¿Cómo, cuándo? Dime su nombre.

—Yo conozco a ese hombre. Coincidí con él... —repitió el muchacho muy erguido. Enrojeció hasta las orejas, pero continuó— en un prostíbulo, señor...

—¿Y bien?

—Se llama Théodore Teyssière, pero es todo lo que sé. Sólo fue una coincidencia de una noche, oí su nombre por casualidad, cuando una de las chicas le llamó. Pero es un hombre tan peculiar que se quedó grabado en mi memoria.

—Teyssière... —repitió Maltés despacio.

Cerró los ojos, agotado. Necesitaba salir de allí de inmediato.

—Me han dicho que Florian Bousquet está detenido. ¿Fue él quien mató a este hombre... Teyssière?

—Dejadme ahora, Rabechault —dijo con tristeza pasando a su lado. No deseaba sostener aquella conversación—. Salgo un rato, volveré después y entonces iremos a ver a Edouard Salazar para darle tan triste noticia...

—¡Pero aún me debéis una explicación! ¡Si no me la dais, iré yo mismo a ver a Bousquet!

—Haced lo que os plazca...

Así le dejó. Plantado en medio de tanto cadáver. Los soldados salieron uno tras otro en pos de Maltés y esperaron fuera del edificio, comentando en voz baja sus impresiones en torno a los sucesos compartidos en las últimas horas. Cuando el Inspector se alejó caminando calle abajo empezaron a hablar con más libertad, aliviados.

Lázaro Maltés no necesitaba que le dijeran lo que iba a suceder. Aun cuando

Edouard Salazar ya sabía que sus hermanos estaban muertos, el hecho de haber hallado sus cuerpos era lo que realmente lo certificaba e imbuía de una dimensión más real a un hecho ya irrefutable. Al fin y al cabo, había sido un asesino quien se lo había notificado, momentos antes de intentar quitarle la vida. No era lo mismo. Salazar podía saberlo, pero albergaba esperanzas. Y el Inspector no deseaba aumentar su aflicción. Sabía que al darle la nefasta noticia iba a asestarle el golpe de gracia, y no era de extrañar. Había perdido en poco tiempo a su madre, después a sus hermanos, y por último a su padre, de quien había renegado, pero su padre a fin de cuentas. Estaba solo, sin más familiares, y su amigo entre rejas por un crimen que no había cometido.

Asqueado de todo caminó sin rumbo, deambulando por las calles de Lyon, ajenas a tanta pesadilla. Su presencia era como un hálito fantasmal cuyo paso llamaba la atención por su insólito aire trágico y algo siniestro. Estuvo así durante al menos dos horas, buscando algo en ese lapso requerido, una redención, un rayo de esperanza, una señal de que no todo iba a derrumbarse alrededor. En aquel escenario cruento estaba siendo testigo de crímenes espantosos que muy bien podían quedar sin castigo... Maltés se hallaba inmerso en su propia lucha, una batalla desigual contra alguien en la sombra que sabía cómo eludirle. Comprendía que podía perder esa batalla. La tenía perdida de antemano si no lo remediaba. Sabía que él solo nada podía hacer, y que aunque había desenmascarado la raíz del problema, no estaba más cerca de acabar con él que al principio. Se preguntaba con la voz sarcástica de su intelecto de qué le servía su amplia experiencia en el Departamento de Justicia, cuando estaba claro que no lograba acercarse al final de aquel caso; se sentía como una marioneta en manos de una sombra más ominosa que la del propio Satanás. Teyssière, Dubois, Guisset, estaban muertos, y ellos, que podían haberle revelado las grandes claves del mal que trataba de erradicar, como el médico intenta atajar un tumor en su paciente, no lo habían hecho. Así, Maltés había ido perdiendo, una por una, todas las bazas. Sabía a qué se enfrentaba, pero no poseía las armas para acabar con el problema. Y Bousquet corría peligro de pagar con su vida en lugar de los auténticos criminales. ¿No era irónico? Por eso aquellas dos horas fueron más una huida hacia ninguna parte, un respiro a su hastiado espíritu...

A su regreso al depósito Rabechault se había marchado. No esperaba menos de él. Sabía dónde encontrarle, pero no se molestó en buscarle. Decidió que esa noche descansaría, y por la mañana visitaría a Salazar en su casa.

Al día siguiente Rabechault fue quien le buscó en la habitación del hotel en que se había hospedado. Apareció apacible, recién afeitado y muy satisfecho de sí mismo. Ya había desayunado y se mostraba ansioso por liberarse de la detestable obligación de informar al joven Salazar.

Maltés le recibió sin mediar palabra. Le abrió la puerta en silencio, cogió su chaqueta, su abrigo, el sombrero y los guantes, y salió al pasillo. No tenía ni idea de qué iba a decirle a Edouard Salazar y no quería pensar en ello. Se lo diría como surgiese, ya daba igual. Rabechault le siguió con ánimo elevado, como si no fuese con él toda aquella tragedia. Lo mismo le daba. Sólo veía una rápida recuperación de su independencia, cuando Maltés al fin se marchara, y un futuro brillante ante él...

Rafael les abrió la puerta y les hizo pasar. Como siempre, les llevó a la biblioteca, ya tan familiar para ellos, y les dejó en ella esperando la pronta llegada del joven caballero. Tardó algo más de diez minutos, pero se presentó al fin, muy sereno, aunque abatido. Le acompañaba Rembrandt, quien no había querido dejarle solo aquellos días por razones más que evidentes.

—Caballeros... —saludó sin sonreír.

—Señor Salazar, señor Rembrandt... —Maltés palideció a su pesar. De pronto sintió deseos de no ser él quien pronunciara las palabras que debía pronunciar. ¿Cómo hacerlo, por dónde empezar?

—¿Ha sabido algo más? —le salvó el abogado, que se apoyaba en la repisa de la chimenea con una copa de coñac en la mano. Edouard les sirvió maquinalmente, una a Maltés y otra a Rabechault, y se sentó, cansado.

—Sí, en efecto...

—Lamentamos comunicarle, señor Salazar, que finalmente hemos hallado a sus hermanos... —Maltés miró colérico a Rabechault, que frío e impassible había decidido ser quien diera la noticia. Con tal de acabar antes, claro—. Tristemente, han fallecido. Tanto el Inspector Maltés como yo le damos nuestro más sentido pésame...

Nadie habló. Un silencio sepulcral se abatió sobre los dos amigos, que aunque ya conocían aquella realidad, no habían perdido la esperanza de que alguien, Maltés, la desmintiera. Ahora, cuando Rabechault había hablado, debían asumir un hecho. Ni Milena ni Gael iban a regresar jamás... Rembrandt cerró los ojos, y apuró la copa que sostenía en su mano trémula de un trago. Edouard parecía mareado, a punto de perder el sentido.

—¿Estáis bien? —se interesó Maltés con sinceridad—. Rabechault, salid.

—¿Por qué? —quiso saber éste último enojado. —Salid...

Obedeció al fin, inclinándose muy ofendido.

Cuando se marchó, Maltés tomó asiento y se dispuso a relatar a Edouard los pormenores de cuanto sabía acerca de la muerte de Milena y del pequeño Gael. Se lo contó todo, le habló de Elizabeth Guisset, de sus motivos, de los asesinatos que había cometido y por qué, y de que ella había secuestrado a los dos hermanos. Luego recalcó que había sido Théodore Teyssière quien había acabado con sus vidas. Incluso con la de la señorita Guisset.

—Pienso que ella se los llevó para protegerles, aunque también quería castigar a vuestro padre, haciéndole creer que estaban muertos. El problema apareció cuando Teyssière la descubrió, destapó todo su juego y halló a vuestros hermanos. Creedme, lo lamento, si hubiésemos llegado antes...

—Dejadlo, no os atormentéis —suplicó Edouard en voz baja, apenas audible—. ¿Cómo estar en todas partes? Vos no sois un dios... Os agradezco que los hayáis traído a casa. Ahora sólo deseo enterrarlos en paz, junto a mi madre. Y liberar a mi amigo...

—Necesito aire —anunció Rembrandt. Y salió sin más, cerrando la puerta detrás de él.

—Dejadle. Ha sufrido tanto como yo... —explicó Edouard—. Es un buen amigo, leal y comprometido. No sé qué habría hecho sin su apoyo.

—Edouard —dijo Maltés— si puedo hacer algo...

—No. ¿Qué ibais a hacer? No... Salvo sacar a Bousquet de la cárcel. No merece estar allí, y menos cuando fui yo quien... —no pudo seguir. Tuvo que contenerse y recuperar la compostura unos segundos—. Al menos —recapacitó entonces—, esos dos niños están ya en sus casas, al menos ellos han podido contarlo, salir de ese infierno, y Gael fue quien nos ayudó a encontrarles...

Edouard ya no pudo seguir. Lágrimas de desconsuelo cayeron por sus mejillas y se tapó la cara avergonzado. Maltés comprendió que ya nada tenía que hacer allí. Había llegado el momento de marcharse. ¿Por qué se sentía tan culpable? Se levantó despacio, compungido.

—Será mejor que me vaya. Estaré a vuestra disposición en todo momento, ahora y en el futuro. Señor... Tenéis mi más profundo respeto.

—Os lo agradezco...

—Deberíais ir a ver a vuestro amigo, no deseo ser yo quien le de tan triste noticia.

—Tenéis razón, iré a verle... Yo se lo diré, aunque no imagino cómo...

Maltés se inclinó, y luego salió. Edouard se quedó solo. Muy solo. El mundo pareció empequeñecer, ahogando su alma. Sollozó amargamente, como un niño. Su alma estaba desnuda y su tristeza era inconmensurable.

Hasta el día siguiente Edouard no fue capaz de superar su propio dolor como para visitar a Bousquet en la cárcel de la comisaría en Lyon. No se le ocurría cuáles iban a ser sus palabras, cómo decirle que después de todo habían perdido a Milena y a Gael. Sabía que iba a asestarle un duro golpe, tremendo, teniendo en cuenta sus personales circunstancias... Rembrandt se ofreció a acompañarle, el bueno de Rembrandt, siempre al pie del cañón. Él fue su apoyo en aquella triste encrucijada. Gracias a él pudo sobreponerse y encarar su obligación.

Encontraron a Bousquet medio aletargado, recluido en su pequeño habitáculo, de apenas dos metros cuadrados. Edouard al verle creyó que iba a desvanecerse; le vio tan desmejorado, tan abatido, que la culpabilidad se le hizo insostenible. Él era quien debería estar allí, y no Bousquet. ¿No le había ocasionado ya bastantes problemas? ¿Por qué debía pagar además por su impulsividad?

—Bousquet, amigo —dijo Rembrandt sentándose a su lado y sacudiéndole para que despertara.

—Buenos días, me alegro de veros —se incorporó aturdido, frotándose los ojos enrojecidos—. Este catre es tan incómodo que hasta he podido pegar ojo en él cuando creía no poder hacerlo —sonrió sin humor.

—Pronto os sacaremos —afirmó Rembrandt—. Estamos en ello, hay muchos atenuantes en este caso y creo poder afirmar que pronto seréis libre otra vez.

—Temo que no... —le contradijo Bousquet con sombría expresión—. Ayer tarde me comunicaron que se me traslada a París dentro de dos días. Es el fin...

—La Conciergerie... —murmuró Edouard palideciendo—. Pero eso no puede ser... le matarán, Rembrandt... ¡Tenemos que hacer algo!

—¿Estáis seguro? ¿Quién os lo dijo? ¿Maltés?

—No, no... Creo que Maltés no lo sabe aún. Fue su compañero, ese tal Rabechault... Juraría que se alegraba de ello, incluso, el muy canalla. Vino a verme, me interrogó, estuvo grosero, y antes de irse me soltó tan grata noticia.

—No puede ser —Rembrandt se ajustó las gafas muy concentrado—. Debe

haber un error... Edouard, quédate con él, iré a buscar a Maltés enseguida.
Rembrandt salió de la celda muy agitado.

—Creo que no podrá evitarlo, Edouard... Sólo me alegro de que no seas tú quien esté aquí.

—No digas eso, Florian, te lo ruego. No sabes cómo me siento. No debiste acusarte en mi lugar, si llegara a ocurrirte algo...

—Lo hice porque valoro demasiado tu amistad, te he visto sufrir lo indecible, y no soportaría que además pagues por los crímenes de ese Teyssière. Déjame hacer, Edouard, es la única forma de conseguir que ese desgraciado no se salga con la suya, ¿lo entiendes?

Edouard asintió. Se sentó a su lado y enterró la cabeza entre las manos. Notó que Bousquet apoyaba una mano cálida en su hombro.

—Florien, hay algo que deberías saber.

—Calla Edouard, lo sé todo. No hace falta que te esfuerces.

—¿Rabechault?

—Sí, él me lo ha contado... —la voz de Bousquet se rasgó. Había llorado toda la noche por la muerte de Milena y de Gael. Ya no le quedaban fuerzas —. Lo siento tanto Edouard... No comprendo esta pesadilla...

—Ese bastardo... —Edouard deseó ir a buscarle y clavarle un cuchillo en el corazón. Así acabaría con su prepotencia y su desalmada conducta y de paso compartiría el destino de Bousquet.

Ninguno dijo nada más. Cayeron en un profundo silencio, cada uno sumido en su propio pesar, en mutua compañía. Bousquet agradeció tener a Edouard cerca todo aquel tiempo, aunque no dijeran nada; apreciaba su presencia en aquella celda. Tenía miedo a la guillotina, pero se consolaba pensando en que pronto se reuniría con Milena, en el Más Allá.

Capítulo 39

De madrugada Maltés daba vueltas y más vueltas en su cama del hotel. Había tormenta y él aún estaba en Lyon, porque por alguna extraña razón no había querido seguir a Rabechault en su apresurado viaje a París. En cuanto Rembrandt le había puesto al corriente de lo que ocurría había tratado de impedir por todos los medios que Bousquet fuese trasladado a la Conciergerie... sin éxito. Rabechault había esgrimido con aire triunfal la orden que dictaba el traslado inmediato de Bousquet, y ni siquiera él había encontrado el modo de contravenir aquella decisión del Departamento de Justicia. ¿Qué estaba sucediendo? ¿Por qué tanta prisa en llevar al acusado a la prisión? Maltés no dejaba de advertir un cierto interés por acabar con su vida, y eso le atemorizaba. Incluso Rembrandt se lo había insinuado. Parecía que quisiesen eliminar testigos, y Bousquet era un testigo, sin duda... ¿Tratarían también de eliminar a Edouard? ¿O acaso estimaban que ese joven ya estaba hundido? Benjamin Rembrandt había hecho las maletas y viajaba a París por su cuenta en aquel mismo instante, decidido a utilizar toda su influencia para liberar de una vez por todas a Bousquet de un destino tan trágico e injusto.

A aquellas intempestivas horas de la noche el insomnio obligaba a Maltés a mantener una vigilia insoportable e inquieta. Sudando y nervioso se incorporó. Tardó un rato hasta que sus ojos se acostumbraron a la oscuridad y su respiración se volvió a normalizar. La ansiedad le oprimía el pecho, cosa que nunca antes le había sucedido. Se levantó y se sirvió un vaso de agua de una jarra. Bebió a grandes tragos, sediento. Después volvió a la cama y se tumbó, buscando el sueño. Pero todo era en vano. Al cabo de dos minutos se volvió a levantar.

—Rabechault... —murmuró sin saber muy bien por qué.

De pronto, dejándose guiar por su natural instinto, que tantas veces le había

resultado útil, pensó en vestirse e ir al depósito. No alcanzaba a entender por qué, pero debía ir allí. Se puso la ropa apresuradamente y salió en medio de la noche.

Las calles de Lyon estaban desiertas y llovía a cántaros. Los truenos retumbaban con un sordo rumor, ronco y prolongado, mientras parpadeantes relámpagos restallaban en el cielo encapotado. Maltés continuó impasible, dejando que la lluvia empapara sus ropas. El depósito estaba ubicado en el otro extremo de la ciudad, pero él era joven y tenía ganas de andar, incluso bajo aquella tormenta. Al cabo de media hora se presentó en el depósito y el guardia, al reconocerle, le dejó entrar sin rechistar. ¿Qué buscaba allí?

Entró en la sala donde esperaban los cuerpos de Milena y Gael Salazar, apartados de los demás. Se desprendió de su abrigo, empapado, y dejó el sombrero y los guantes en un rincón, sin importarle que se hubiesen caído al suelo. No llevaba chaqueta. Su camisa blanca resplandeció en la penumbra de la sala cuando la luz momentánea de un relámpago estalló en el cielo. Al instante un trueno sonó, y todo el edificio tembló. Maltés pasó junto al cuerpo de Teyssièrre, a quien Edouard había matado con un abrecartas... Levantó la sábana que le cubría y observó la herida en su cabeza, y la que le había matado, en el pecho. No era eso lo que buscaba. Se acercó al cuerpo del anónimo vigilante de la finca de Guisset, el hombre que al parecer había custodiado a Milena y Gael durante su secuestro... y que según Rabechault se hallaba muerto en la entrada de la casa. ¿Qué había dicho Rabechault? Poca cosa... El Inspector no se había extendido en detalles. Maltés se acercó al otro extremo de la sala. Otro relámpago iluminó brevemente la mesa en la que yacían los cuerpos de los hermanos Salazar; fue hasta allí, y con gran delicadeza y respeto levantó la sábana que los cubría. Observó la juventud de Milena, su serena belleza... Rabechault la había encontrado tendida junto a su hermano. Nada más. Eso era cuanto sabía. Si hubiese sido él quien se hallara en la escena del crimen sin duda hubiese aportado infinidad de detalles, porque habría repasado cada rincón en busca de pistas... ¿Lo había hecho Rabechault? No... Sin duda tenía demasiada prisa por acabar, por volver a su rutina, por despedirse de él...

Maltés se detuvo. Había visto un retrato de la madre de Milena en la casa de Edouard Salazar, según él Sara Salazar era tan parecida a Milena que era como si la madre se hubiese reencarnado en la hija. Pero era difícil ver parecido alguno con nadie en el amoratado rostro de aquel cuerpo sin vida, la

muerte había borrado las huellas, la expresión... Sostuvo un mechón de sedoso cabello castaño entre sus dedos y lo frotó con cuidado, frunciendo el ceño.

—¿Por qué estoy aquí? ¿Qué es lo que no me encaja... —Maltés miró con más detenimiento el rostro de la muchacha. Enredó los dedos en la espesa mata de cabello, suave y ondulada...

Luego se fijó en el chiquillo. Recordó que Rabechault le había comentado que le había encontrado medio desnudo e intuitivamente se volvió hacia el cadáver de Teyssière. Sospechaba que aquel bastardo había violado al muchacho, antes o después de morir... Al fin y al cabo era quien torturaba cada noche al pequeño Gérald, ¿no era fácil concluir que hubiera sucumbido a sus más bajos instintos al tener ante sí al indefenso Gael? Maltés sintió asco.

De pronto, una vez más, una idea se abrió paso en su mente, o más bien una duda... porque estaba seguro de que Rabechault no había hecho bien su trabajo. Había abandonado la escena del crimen anticipadamente, y Maltés estaba seguro de que había dejado allí las pruebas... los detalles, las claves que quizás... sólo quizás, podían brindarle la oportunidad de continuar adelante con aquel caso. Tenía que volver.

Aún tronaba cuando aporreó la puerta de Edouard Salazar. Embozado hasta las orejas en su capa de viaje golpeó insistentemente, hasta que el propio Edouard bajó a abrirle.

—Vestíos y acompañadme —rogó mientras la lluvia discurría a grandes chorros sobre su sombrero y su abrigo.

—¿Qué? ¿A dónde? —Edouard no salía de su asombro. Miró al cielo negro y luego al Inspector, cuya mirada determinada indicaba que no bromeaba. Debía haber enloquecido.

—A Grenoble, a la finca de Elizabeth Guisset, donde encontramos a vuestra hermana.

—No haré tal cosa... Mañana es el entierro. Marchaos, y dejadme descansar. Os lo ruego, ya he sufrido bastante...

—¡No! Os necesito...

—¿A mí? ¿Para qué?

—No lo sé... aún. Pero os lo ruego, acompañadme. Creo que aún podemos encontrar a los culpables de la muerte de vuestros hermanos, ¿no deseáis ayudarme? Por vuestros hermanos, por Bousquet...

Edouard sostuvo su mirada. Bousquet merecía ese esfuerzo, desde luego.

—Esperad... —Edouard se dejó guiar por un inesperado impulso. Deseaba salir en una noche tan trágica, tan negra... Deseaba galopar en esas condiciones y enfrentarse al mundo... Su espíritu ansiaba esa sensación de libertad, o se desmoronaría como un castillo de naipes—. Esperadme aquí.

Al rato bajó. Le había dejado una nota a Rafael para que no se preocupara, rogándole que hablara con el padre Matías a fin de aplazar el entierro de sus hermanos hasta su regreso.

Así las cosas Maltés y él salieron, al cabo de media hora de preparativos. Atravesaron Lyon en medio de la tormentosa noche. Sus caballos galopaban al unísono, como empujados por una fuerza invisible que les diera alas. Por suerte la tormenta no les acompañó toda la noche, sino que al final, después de haber amanecido y cuando ya había transcurrido media mañana, dejó de llover y los gruesos nubarrones, altos como torres plomizas, se abrieron en retorcidos jirones que los rayos del sol atravesaron con largos dedos luminosos. Al atardecer decidieron detenerse en la hermosa villa de Voiron, a unos veinticinco kilómetros de Grenoble, y dar un respiro a sus agotadas monturas. Apenas comentaron nada en ese breve y reparador alto en el camino. Cenaron con hambre, se acostaron pronto, y al día siguiente, con el ánimo y las fuerzas recuperadas, emprendieron de nuevo el camino. Cuando alcanzaron la finca de Elizabeth Guisset era mediodía.

El cielo se había despejado y mostraba un azul intenso sobre un horizonte nítido de notable belleza. Edouard no esperaba hallar un edificio tan singular, pequeño, elegante, sobrio... digno de la nobleza, construido en una zona tan apartada, en plena montaña. Comprendió que Guisset lo hubiese escogido para ocultar a Milena y Gael... Era el sitio perfecto, discreto, cómodo... Sentado en su silla se quitó el sombrero y soltó el aire de sus pulmones como quien deja caer un pesado saco de arena de golpe. Maltés descansaba a su lado, inclinado sobre el cuello de su caballo castaño. Le vio desmontar y dejar su sombrero y su abrigo atados a la silla. El precipitado viaje había mitigado el dolor de su corazón, pero al encontrarse en el lugar donde sus seres queridos habían muerto, toda la angustia regresó con fuerza. Por un momento Edouard no se sintió con ánimo de desmontar. Su cuerpo y su alma se negaban a dar un solo paso hacia la casa.

—¿Para qué hemos venido? —quiso saber. Imaginaba que a aquellas horas Bousquet estaría muy cerca de París.

Maltés no respondió enseguida. Sostuvo las riendas de su caballo. Recapacitaba con calma. Ni él mismo sabía explicarlo, pero si había de dar una razón, ésa era Rabechault. Levantó la cara hacia Edouard. Tuvo que protegerse los ojos de la intensa luz del sol, la cual le daba de lleno, deslumbrándole.

—Mi compañero, como sabéis el Inspector Rabechault, no se molestó en investigar como es debido. Estoy seguro de ello, le conozco bien. Creo, no... sé que pudo haber dejado olvidadas pistas reveladoras. Se marchó a toda prisa en cuanto encontró lo que había venido a buscar, sin cumplir con sus obligaciones como investigador. Cuando le pregunté, al pedirle detalles, no supo darme ni uno. Porque no había perdido ni un segundo en repasar la escena del crimen. Por eso tenía que volver, para hacer el trabajo que él como investigador debiera haber llevado a cabo... Y quería que vos me ayudarais, la verdad, no sé por qué...

Edouard aceptó aquella explicación, aunque continuaba sin conocer el motivo de su presencia en la casa de Guisset. Bajó de su caballo, Elliot, y siguió a Maltés hasta la entrada principal.

—¿Qué he de hacer?

—Nos separaremos para revisar toda la casa. Buscad cualquier cosa fuera de su sitio, huellas, notas, objetos, cualquier cosa que os llame la atención, que os parezca diferente, o incluso que podáis reconocer. Abrid vuestra mente, utilizad vuestro instinto... Si encontráis algo avisadme, no lo toquéis.

Los dos caballeros se separaron y comenzaron una búsqueda incierta; ninguno sabía en concreto que debía hallar. Edouard recorrió con pasos indecisos las dependencias del servicio. Se admiraba de la frialdad con que la señorita Guisset, la amante de su padre, había planeado todo aquello. ¿Había entrado en sus planes la muerte de Milena y de Gael? ¿O se le había escapado de las manos su particular venganza? Se mareó al darse cuenta de que sus hermanos habían pasado allí mismo sus últimos días, encerrados sin saber por qué, lejos de él... Ahora ya no estaban.

—¡¡Edouard!!

Maltés le llamó, sobresaltándole.

Edouard continuaba en el mismo sitio, de pie en la cocina, desorientado y sin saber cuánto tiempo llevaba así. Con un gran esfuerzo logró moverse y se reunió con Maltés en una pequeña sala alfombrada. El Inspector estaba de pie junto a una estantería y al parecer acababa de encontrar algo importante.

Edouard le había oído desde la cocina, cuando se apoyaba sobre los fogones fríos incapaz de buscar nada... aturdido por aquel peso que tanto le agobiaba el corazón. El tiempo había volado mientras él trataba de superarse a sí mismo. Ignoraba cuánto había permanecido allí, reclinado sobre la cocina de leña.

Ahora, al ver la caja que el Inspector sostenía ante él con aire triunfal, la reconoció enseguida. Era la misma que había pertenecido a su madre, la que Milena se llevara la noche que desapareciera.

—Pasad... ¿es ésta la caja de joyas de vuestra madre? —preguntó Maltés sabiendo de antemano la respuesta—. Veamos si está todo...

La abrió despacio, y en su interior hallaron las hermosas joyas de familia, intactas. Edouard las cogió con delicadeza, emocionado.

—Es extraño..

—¿El qué?

—Que no las hayan tocado... Son de gran valor.

—Porque el móvil no era el robo, Edouard. Ni siquiera el asesinato. Guisset no planeaba matar a vuestros hermanos, sólo retenerles. Fue Teyssière quien les mató, como a ella.

—Pero ¿por qué? —inquirió el joven con rabia—. ¿Qué tenían ellos que ver con ese monstruo?

—Todo. Tened en cuenta que era un sicario al servicio de quienes organizaron la red de pederastas. Al detener a vuestro padre, temieron que hablara, y decidieron eliminarle a él y a toda su familia... Yo pude encontrar este lugar, imagino que Teyssière también cuando descubrió el juego de Guisset...

Edouard cerró la caja y la apretó contra su pecho, aturdido.

—Elizabeth Guisset sólo quiso engañar a vuestro padre, hacerle creer que sus hijos habían muerto una vez le hizo caer preso, pero la suerte se volvió en su contra. Lo siento, Edouard...

—Sigamos buscando.

—Creo que ya lo hemos registrado todo, no he visto nada fuera de lugar, nada... salvo esa caja —dijo entre dientes—. Llevamos ya más de dos horas aquí...

—¿Dos horas? Dos horas... No puede ser, no puede haber pasado tanto tiempo...

—Amigo mío, llevamos ya dos horas aquí, os lo aseguro. Lo he registrado

todo, y no he encontrado nada —estaba frustrado—. Creí que habría algo más, creí que Rabechault habría dejado escapar alguna pista...

—Esta cajita es importante, al menos la he recuperado. Os lo agradezco, no os torturéis más.

Maltés calló, nada satisfecho. Había creído sinceramente que Guisset hubiera podido dejar alguna pista en aquella casa, y ahora se daba cuenta de que no. Debía rendirse a la evidencia. Tendría que retirarse del juego, definitivamente.

—Volvamos a casa Edouard... Me equivoqué al traeros hasta aquí.

—No, no... Estáis en un error. Yo me alegro de haber venido. Es como haberme despedido de mis hermanos... No lo sé.

Maltés fue a salir, pero se detuvo en el umbral de la sala.

—¿Creéis que Guisset pudo prever su propia muerte? Es decir... una mente como la suya, capaz de elaborar un plan tan retorcido para vengarse, ¿no habría previsto tal circunstancia?

—Quizás su arrogancia la hizo perder. Puede que no contemplara tal posibilidad, que creyera en todo momento que saldría vencedora...

—Ummm, no lo sé, no me cuadra. Todo lo que he averiguado acerca de ella me habla de una mujer metódica, previsor. Debería haber tenido en cuenta los posibles fallos, los imprevistos.

—¿Y qué si fue así?

—Que deberíamos haber encontrado algo, si yo hubiese estado en su lugar, habría dejado preparada alguna forma de terminar mi venganza aun cuando hubiese muerto.

—Si tenéis razón, desde luego esa pista o la artimaña que ella haya podido tramar, no está aquí.

—No... Puede que no debamos buscarla nosotros, puede que nos llegue por otros medios.

—Puede, pero ahora... Tenéis razón, desearía regresar, y oficiar el funeral de mis hermanos. Es hora de que descansen en paz. Además, Rembrandt estará muy preocupado.

Salieron de aquella sala de común acuerdo. Cuando pasaban delante de la estancia donde había tenido lugar el asesinato de Milena y Gael, Edouard se detuvo de nuevo. Se quedó petrificado, mirando las manchas de sangre, allí donde estuvieran tendidos los cuerpos de sus hermanos.

—Dejadlo...

Pero Edouard no se movió. Estaba como hipnotizado. En su mente imaginó la escena, y un escalofrío recorrió su espalda como una descarga. Sintió náuseas. Entró en la estancia. Vio el piano y se sentó ante él unos momentos, meditabundo. Al levantar la tapa y rozar las suaves teclas con los dedos, arrancó una involuntaria nota. Aquel sonido le recordó a aquella velada en casa de Florian Bousquet, cuando Milena se sentara a tocar el piano... Tenía talento.

La angustia afloró desde su corazón. ¿Planeaba ya Elizabeth Guisset, aquella misma noche, secuestrar a Milena? No podía creerlo.

—¿Qué fue de la prima de Elizabeth Guisset? Recordaréis que os hablé de ella...

—Emmanuelle Bertrand —dijo Maltés sin dudarlo. Se acercó al piano y se apoyó en él con las manos—. No existe.

—¿Cómo...

—Esa mujer, era una farsante, Guisset no tenía primos.

—¿Pero por qué? ¿Quién era entonces aquella joven? ¿Actuaba acaso? Con qué objeto llevar a una velada a una actriz? No tiene sentido...

Maltés se quedó pensando. Había dado mil vueltas a aquel asunto, sin obtener respuesta. No había hallado el menor indicio acerca de la verdadera identidad de la mujer que se había hecho pasar por Emmanuelle Bertrand, ni tampoco del motivo para tal artimaña...

—Lo ignoro, me siento perdido en ese punto.

Edouard volvió al piano, tocó un breve y triste fragmento, mientras pensaba en sus hermanos. Se lo dedicaba a ellos, en realidad. Y de repente un sonido, opaco y distante, resonó en alguna parte de la casa. Se quedó helado.

—¿Habéis oído eso?

—No he oído nada, salvo vuestra música...

—No, no... Otra cosa...

—Serán los ruidos de la casa, un crujido de las vigas, la madera del suelo...

—¡Os digo que no! Un golpe... no sé de dónde —Edouard se levantó, pero no lograba precisar de donde había procedido el peculiar sonido.

Entonces, ante la mirada incrédula de Maltés, hizo un gesto indicando que había vuelto a escucharlo.

—Yo no oigo nada...

—Tengo buen oído, acercaos —sugirió Edouard agachándose.

El Inspector se colocó a su lado y se quedó muy quieto, escuchando con toda

atención. En ese instante sí que percibió un vago golpe, tan leve y apagado que parecía provenir del más allá. Se asustó, aun cuando no era supersticioso. Entonces Edouard se inclinó, de rodillas sobre la alfombra ensangrentada, y pegó su oído sobre la tela. Olía a polvo y humedad.

—Oigo algo, como un rumor... —Estaba pálido—. Creo que viene de abajo, de la tierra.

—Esta casa no tiene sótano... No he visto ninguna escalera, ni acceso, ni ventanas... No puede ser.

—Escuchad...

Maltés puso su oído en el suelo y esperó. Entonces, con nitidez, escuchó un golpe seco y breve. Se levantó de inmediato y apartando a Edouard levantó la alfombra. Allí debajo, ante sus atónitos ojos, había una trampilla perfectamente disimulada.

—Ayudadme, rápido... —pidió sin ser capaz de imaginar qué podía haber allí.

Entre los dos buscaron una anilla, o algún resquicio por donde levantar aquella puerta de madera. Al fin Edouard encontró una rendija donde le cabían los dedos y trató de tirar. Maltés se puso a su lado, y entre los dos empujaron hacia arriba. La madera cedió con un chasquido y la trampilla se abrió, dejando al descubierto un pequeño pozo, de aproximadamente un metro de profundidad. En el angosto hueco había una cuerda y un cesto, además de una escala enrollada.

—Otra trampilla... ¿Qué es esto...

Edouard no esperó. Se coló en el hueco y palpó la madera sobre la que pisaba.

—Sí, es otra trampilla...

—Tened cuidado...

Allí, en uno de los bordes, sobresalía un pequeño aro de cuerda. Edouard tiró con fuerza, y entonces la tapa que cubría el fondo de aquel pozo sobre el que él se hallaba se abrió chirriando.

—¡¡¡¡Socorro!!!! ¡¡¡¡Hola!!!! ¡¡¡¡Virgen del cielo!!!! ¿¿¿¿Quién hay???

Edouard se quedó estupefacto. Reconocía aquella voz, pero no veía nada, estaba muy oscuro.

—Traed una luz, Maltés, rápido... ¡Rápido!

El Inspector desapareció, y al rato regresó con una lámpara de aceite que acababa de encender. Se la pasó a Edouard, escuchando claramente las voces

de una mujer y un niño que chillaban desesperados desde el fondo de aquel agujero. Sonaban huecas y distantes, pero ahora que las dos trampillas estaban abiertas se oían claramente. El joven Salazar extendió la lámpara hacia la negra abertura y miró. Allí, encaramados a una mesa, había una muchacha y un chiquillo. Eran Milena y Gael.

—¡¡Edouard!! ¡¡Edouard!! —Milena reía y lloraba a la vez—. ¡¡Oh Dios mío, Gael, es tu hermano!! ¡¡Edouard!! ¡¡Bendito sea Dios!! ¡¡Estamos salvados!!

—¡¡Edouard!! ¡¡Sácanos de aquí!! —chilló Gael entusiasmado al distinguir el rostro de su amado hermano a la luz de aquella lámpara.

Edouard, petrificado, no lograba reaccionar. Les estaba viendo, allá abajo, vivos. ¿Pero, cómo era posible?

—¡¡Edouard!! ¡¡Por Dios, reaccionad!! —le apremió Maltés exultante. Le empujó para que se moviera—. ¡Hay que sacarlos de ahí! Vive Dios, es un milagro...

Todo fue muy rápido. Edouard y Maltés tendieron la escala que habían encontrado enrollada en el hueco y bajaron a la sala de piedra subterránea en la que Milena y Gael habían sido sepultados. Nada más alcanzar el suelo, se fundieron los tres hermanos en un abrazo, largo, intenso, emotivo... Risas y lágrimas estallaron entre ellos, que no podían dejar de temblar. Se susurraban palabras de consuelo, de alivio, de cariño, se besaban una y otra vez... Maltés saltó al suelo y les dejó unos momentos, desahogando su angustia, los pesares sufridos, tantos y tan graves. Mientras tanto vio que los dos prisioneros estaban encadenados, y recordó que en la cocina de la casa había un manojito de llaves colgado en una repisa. Saltó sobre la mesa y ascendió hábilmente por la escala, desapareciendo en el rectángulo de luz de la trampilla.

—Edouard, creímos morir aquí abajo... Nos oíste... Nosotros sí que oímos el piano... —explicó confundida Milena con apenas un hilo de voz. Estaba afónica y ya no podía ni hablar. Tampoco Gael lograba que se le oyera—. Primero escuchamos pasos, pero chillamos tanto que nos quedamos sin voz, luego pasó mucho rato hasta que se oyó el piano, y entonces empezamos a arrojar libros contra la trampilla... Oh Dios mío, es un milagro que nos hayas encontrado, es un milagro...

Edouard la besó en la mejilla y la abrazó, sollozando. —Cálmate... Ya estoy aquí... os sacaremos enseguida...

—¿Y Bousquet? ¿Dónde está? —quiso saber ella.

Edouard calló. Agachó la cabeza, temeroso de contarle la terrible realidad de

su amigo. ¿Estaría ya en la Conciergerie?

—Edouard... ¿qué ocurre?

—Milena... Han ocurrido tantas cosas desde que hablamos la última vez, que no sabría por dónde empezar. Sólo tengo el consuelo de que al menos una de mis pesadillas ha finalizado —aseguró tomando sus manos con las suyas y besándoselas.

—Dime qué ha pasado Edouard, no me hagas esto...

—Florien está preso —admitió al fin.

—¿Qué... Pero ¿por qué? ¿Cuándo? —sollozó ella cubriéndose la boca con la mano, incrédula.

—Un sicario, alguien llamado Teyssière quiso matarme, en mi propia habitación... Bousquet acudió en mi ayuda, y cuando ya le teníamos dominado empezó a decir que él... —era mejor omitir que había sido él quien había acabado con la vida de su madre— os había asesinado, a ti y a Gael... Llevado por el dolor, de mi amarga locura, le clavé un abrecartas en el corazón...

—Oh Dios mío, Edouard...

—Florien se acusó, quería protegerme, les hizo creer a todos que él había cometido ese asesinato, y cuando me di cuenta ya era tarde.. Ahora está preso, camino de París.

—Pero, ese Teyssière es un asesino... —razonó ella tras meditar unos instantes—. ¿No es suficiente para hacer que suelten a Bousquet? ¿Cómo van a juzgarle por haber matado a un asesino?

—¿Dónde está Maltés? —preguntó Edouard involuntariamente.

Se volvió hacia arriba, y le vio asomarse con un grueso manajo de llaves en la mano.

—Coged esto, hay que soltar sus cadenas —explicó el Inspector señalando las argollas que rodeaban los tobillos de Milena y Gael—. Probad con alguna de esas llaves.

Edouard las alcanzó al vuelo. Estaba desorientado, y no sabía cómo acallar los lamentos de su hermana, que temblaba de temor por la suerte de Bousquet. Se arrodilló primero ante el pequeño Gael, el cual se apoyó lloroso en sus fuertes hombros para que pudiera liberarle; notaba sus manos infantiles aferradas a él con tanta fuerza que sintió que el corazón se le desgarraba de pena y de ternura. Probó con algunas de las llaves, buscando la que abría la argolla, hasta que al fin dio con la correcta. La cadena cayó sobre

la mesa con un chasquido del cerrojo al abrirse.

—Ya estás, ahora Milena, ve subiendo Gael, ¿podrás tú solo?

—Sí...

Desde luego que podía, no había soñado con otra cosa desde que despertara allí el primer día. Puso un pie en la escala y aferrándose con las manos empezó a subir. Arriba se asomó de nuevo Maltés, que le tendió una mano firme y cálida para ayudarle a superar el último tramo.

—¡Ya! Al fin... —Edouard liberó a Milena.

Se abrazaron de nuevo, dominados por la emoción. —Os creímos muertos, Milena...

—Sácame de aquí, te lo ruego, o me desmayaré...

—Milena, no temas por Florian, le salvaremos, no sé cómo, pero no dejaré que pague por mis errores. No es un asesino.

—Lo sé Edouard —le susurró ella al oído. Le besó con dulzura—, pero tú tampoco, ¿me oyes? El asesino era ese tal Teyssière, él y nadie más....

Él sonrió con amargura y se dispuso a trepar.

—Sujétate a mí para subir.

Arriba les esperaban Maltés y Gael. El chiquillo no lograba acostumbrarse a la deslumbrante luz del día, y Milena, al asomarse por el hueco de la trampilla tuvo que protegerse los ojos, cegada. La ayudaron a salir, y la hicieron sentarse en la banqueta del piano, pues se desvanecía. Estaban hambrientos, cansados y demasiado emocionados. El Inspector les veía, y no lograba dar crédito a sus ojos. Su corazón se ensanchaba mucho más libre, enormemente satisfecho. Ya tendrían tiempo para explicar lo ocurrido.

Tanto Edouard como él se ocuparon de atender a los dos hermanos, les dieron agua fresca, les prepararon algo de comer con lo que había en la cocina de la casa, y les proporcionaron ropa de abrigo, porque a pesar de que hacía una temperatura muy agradable, estaban helados. Maltés curó, solícito y encantado de poder hacerlo, las rozaduras que las pesadas argollas de hierro habían provocado en los delicados tobillos de Milena y Gael.

—¿Cómo nos habéis encontrado? —insistió Gael llenándose la boca con un trozo de pan.

—El Inspector se empeñó en volver aquí... —dijo Edouard sonriendo al ver a su hermano devorar como lo hacía la comida—. Si no fuese por él...

—¿Volver? —se extrañó Milena sin poder probar bocado. El aire renovado de la sala le había devuelto el color a las mejillas; a pesar de su tristeza estaba

realmente hermosa, aureolada por su cabello suelto en torno a la cara—. ¿Cómo volver? ¿Es que vino otras veces?

—Más o menos —empezó Maltés apoyado en la ventana con los brazos cruzados—. Esta finca pertenece a Elizabeth Guisset, a quien recordaréis.

—¿Guisset? ¿Qué tiene que ver ella en todo esto? —se enojó la joven recordando viejas rencillas con la dama. Ignoraba que ella había sido la artífice de su secuestro—. ¿Dónde está, y por qué nos trajeron aquí, precisamente?

—Ella ya no está, murió asesinada.

Milena calló, incapaz de tragar la comida que tenía en la boca. No le tenía tanto rencor a aquella señorita como para desearle un final así.

—Señorita, temo que ésta es una historia larga de contar, y no quisiera agotaros con los detalles. Preferiría hacerlo más tarde, cuando os halléis tranquila y a salvo en vuestra casa.

—Milena, sólo necesitas saber que otras dos personas murieron aquí, y que fueron confundidas... —miró de soslayo a Maltés—, con vosotros. Fue Teyssière, él quiso asesinaros y erró en su empeño, aunque nunca lo supo... Sus cuerpos están a estas mismas horas en Lyon, íbamos a celebrar vuestro funeral hoy... Pero Maltés me arrastró hasta aquí en plena noche...

—Pero... Eso es espantoso, Edouard... ¿Qué hubiese pasado si ese entierro llega a llevarse a cabo?

—Probablemente jamás hubiéramos vuelto aquí.

—...entiendo... —murmuró ella con un hilo de voz.

—¿Dónde está el hombre que nos cuidaba? —inquirió Gael harto de comer.

—También muerto —repuso Maltés suponiendo a quién se referían.

—Entonces estábamos en manos del destino —comprendió Milena—. Estábamos solos, Edouard, atrapados ahí abajo, sin que nadie lo supiese. Porque los que lo sabían, habían muerto, ¿no es cierto?

—Sí... pero eso se acabó, Milena. Estamos aquí, ya estáis a salvo. Os llevaré a casa y todo será diferente.

La besó con amor en la frente, dando gracias por haberla recuperado, a ella y al pequeño Gael.

—¿Y papá? Preguntó Gael.

Milena no quiso mirar a Edouard. En su fuero interno sospechaba la verdad.

—Gael... Papá ha muerto —no podía expresarlo de otra forma, lo que era, era, tal cual, y con todo lo que el niño había tenido que pasar no deseaba

disfrazar la muerte de su padre con palabras superfluas. Tampoco sentía predisposición alguna por ocultarle el ignominioso carácter de su progenitor. Gael vertió algunas lágrimas, aunque eran de aflicción por ser huérfano, porque había perdido en poco tiempo a su madre y a su padre y no comprendía semejante injusticia. Luego, a medida que en su corazón anidaban otra clase de sentimientos y reconocía que hacía tiempo que había perdido a su padre en realidad, fue calmándose y recobró el ánimo. Milena no expresó nada; ni pena ni alegría, ni decepción, nada en absoluto, salvo indiferencia. Ella ya había cerrado ese capítulo y no iba a mirar atrás.

Tras un merecido descanso, cuando creyeron que ambos se habían repuesto lo suficiente, abandonaron aquella casa, y en ella la pesadilla más espantosa que jamás hubieran tenido que soportar. La visión de las montañas, del cielo azul, aspirar de nuevo el aire fresco, notar la brisa en el rostro, era como revivir las sensaciones más triviales con especial intensidad, como nacer de nuevo. Gael, al ver a Elliot se fue corriendo hasta él lleno de gozo. Acarició el suave hocico del enorme animal, y al hacerlo pensó en Pilgrim, en que pronto volvería a verlo. Edouard adivinó con facilidad en qué estaba pensando.

—Pilgrim te está esperando, Gael. Pronto lo verás de nuevo.

—Monta conmigo, muchacho —le dijo Maltés encaramándose a su caballo y extendiéndole la mano para ayudarlo a subir a la grupa, a su espalda.

Edouard montó a Elliot y ayudó a Milena a subir tras él. Sería un largo viaje, pero ya no tenían tanta prisa, salvo para llevar las buenas noticias a sus amigos. Milena se abrazó a la cintura de Edouard, apretando su mejilla contra la fornida espalda de su hermano. Era tan feliz de verse libre que casi le costaba respirar. Jamás olvidaría los angustiosos días vividos. En su corazón ahora sólo había cabida para el más profundo agradecimiento y para el recuerdo de Bousquet... En voz baja rezó por él, para poder estar pronto a su lado, para recuperarlo... Que le liberasen fue a partir de entonces su tormento.

Capítulo 40

El salón del diputado Jean-Claude Socquet-Meilleret resplandecía lleno de lujo, y Rabechault no cesaba de maravillarse de tanta belleza reunida en aquel espacio. Era soberbio, los mejores materiales, las más hermosas telas y tapices... Sentado en un estrecho diván bellamente tallado, aguardaba con las manos cruzadas en el regazo a que aquel hombre, también conocido como el Conde de Fourneau, le recibiera. Esperaba de él, de su influyente posición en el gobierno de París, un pronto ascenso por sus méritos, una recompensa, porque al fin y al cabo, había resuelto el caso. Con ayuda, desde luego, pero el caso lo había llevado él desde sus inicios, así que... Ante la repentina ausencia de Lázaro Maltés, que se había esfumado sin dejar aviso de a dónde había ido, él había querido aprovechar la inmejorable oportunidad que se le presentaba. Aunque había dado orden a su subalterno de avisarle ante cualquier contingencia, noticia o mensaje que recibiera durante su entrevista con el diputado. No quería parecer demasiado interesado ni mezquino.

Vestido con su mejor traje, carraspeó impaciente. A su espalda el reloj daba las doce, y llevaba ya diez largos minutos de espera. Por supuesto, un personaje tan importante como Jean-Claude Socquet-Meilleret siempre se hacía de rogar, y él estaba dispuesto a esperarle toda la mañana si así había de ser. De pronto entró el mayordomo de la casa, con una bandeja en la mano.

—Traigo un mensaje para vos, señor —anunció muy altivo tendiéndole la bandeja con su mano enguantada—. Acaba de traerlo vuestro criado, dice que es muy urgente.

—Gracias —se enojó Rabechault temiendo que fuese alguna nota del inoportuno Maltés.

Abrió el sobre y cuando el mayordomo desapareció, sacó la carta de su interior, sellada pulcramente. ¿De quién sería? Buscó la firma y se

sorprendió... Era de la difunta Elizabeth Guisset. Olió el perfumado papel, le dio vueltas, extrañado, y al fin se dispuso a leer lo que aquella mujer tuviera que decirle desde la ultratumba. No era el primer mensaje que le enviaba, aunque el primero había sido anónimo, y sentía curiosidad. Leyó rápidamente, temeroso de que el diputado irrumpiera precisamente entonces, y al punto empezó a sudar, pálido. Aquella era una confesión en toda regla, en la que Guisset se declaraba autora de los asesinatos, que listaba a continuación en una relación de nombres que él, por supuesto, ya conocía. Pero lo que le hizo palidecer e incluso sentir vértigo, fue que ella, de forma previsoramente, había ordenado que en caso de ser asesinada se entregara aquella carta al Inspector Rabechault, como de hecho había ocurrido, porque en ella le daba el nombre del cerebro de la espantosa red de tráfico infantil de la que ella misma había sido víctima en su niñez. Aquel nombre aparecía al pie de la carta, y después la dama le avisaba del peligro que correría si esa persona llegaba a saber que había sido descubierta. Rabechault sudaba, tembloroso. Arrugó el papel y lo guardó muy nervioso en su chaqueta. Justo entonces entró el diputado, y el Inspector no acertó a levantarse con el respeto debido.

—Buenos días, amigo mío —saludó Jean-Claude Socquet-Meilleret con tono altivo. Le extendió su mano para que besara el sello que llevaba en el dedo, acostumbrado a que se le rindiera pleitesía.

—Conde de Fourneau...

—Os lo ruego, no me llaméis de esa guisa, ya no utilizo tal título, en los tiempos que corren.

—Disculpadme —Rabechault no se atrevía a mirarle a los ojos, conmocionado por el contenido de la carta que ocultaba en el bolsillo.

—Bien, he sabido que habéis aclarado con éxito el difícil caso que se os encomendó, ¡bravo! —le felicitó frío, aunque sonriente. Su compostura era forzada, falsa. Se sentó frente a él y cruzó las piernas— aunque habéis tardado...

—Ha sido un caso difícil, muy complejo... —pensaba rápidamente qué hacer con lo que sabía. Esa información privilegiada, si la hacía pública, le apartaría del esplendoroso futuro que tanto le había costado alcanzar...—. Grégoire Dubois, asesinado en la prisión de la Conciergerie, era el autor de los secuestros, y Elizabeth Guisset, que a estas horas también está muerta...

—se aflojó el cuello encorbatado, sudando— era sin duda la asesina de tantos y tan dignos caballeros... —mintió a ese respecto, pues no quería ensuciar los

nombres de tales personajes con la gravísima acusación de pederastia.

—Me alegra oíros. Sois digno de elogio, señor. Y aunque sé que habéis recibido cierta ayuda, no dejaré de apoyaros, como os prometí. Recomendaré un ascenso para vos, disfrutaréis de una nueva y holgada posición aquí, en París. Vuestra actuación así lo merece.

Rabechault le miró de hito en hito. Había soñado con aquellas mismas palabras cada noche, cada día, ansiando ese premio, el reconocimiento... ascender a una categoría superior, que se le distinguiera entre los demás. ¿Merecía la verdad renunciar a todo aquello? ¿Iba a dilapidar su ansiada posición en París por descubrir al organizador de una red de tráfico de niños?

—Gracias señor —tomó una decisión. Jamás desaprovecharía aquella oportunidad y nunca nadie podría echarse en cara, porque en justicia, había detenido al autor material de los raptos, y probablemente durante un tiempo la maquinaria se detendría... Sonrió complacido y se arrellanó en el asiento ante la mirada curiosa del diputado—. Largo tiempo he esperado este momento... Si me lo permitís...

Súbitamente abandonó su acomodada postura y se levantó. No le importó que el Conde le viera la carta en la mano, ni que fuera testigo de cómo con parsimonia premeditada pasaba ante él, se dirigía a la chimenea, y con una mueca indescifrable en su rostro la arrojaba a las voraces llamas.

—¿Qué era? —quiso saber Fourneau—. ¿Algo importante?

—No, nada que mereciese la pena conservar... —Rabechault se apoyó en la repisa y aguardó hasta que el papel se hubo consumido y ya no quedó nada. Había destruido la prueba más importante, la que apuntaba al cabecilla de un crimen tan atroz. Luego regresó al sofá y se sentó muy tranquilo. Ya no sudaba.

—¿Una copa? —le ofrecido el Conde con una sonrisa. —Sí gracias...

Desde luego, brindaría por su suerte.

—¿Qué me decís de ese Florian Bousquet?

—Ya se encuentra en París, en la Conciergerie.

—¿Es culpable? —preguntó el diputado.

—Sí, aunque Teyssière era un sicario, culpable de la muerte de varios inocentes, eso no exculpa a Bousquet de haber cometido un asesinato a sangre fría. Le clavó un abrecartas en el pecho.

—Sin duda debe pagar por ello, un crimen es un crimen, debe quedar claro que nadie puede salir impune cuando se deja llevar por sus instintos. Los

ciudadanos reclamarán su sangre, si no lo condenamos se nos echarán encima...

—Ya me he encargado de ello.

—No habrá juicio.

Rabechault le miró. Sabía por qué deseaba acelerar tanto la muerte de Bousquet y él ya había tomado una decisión a ese respecto.

—No lo habrá. Será guillotinado dentro de cuatro días.

La breve nota que Edouard había dejado no bastaba a Rembrandt para explicar tan repentina ausencia. En ella no le decía a dónde había ido, con quién, ni por qué se ausentaba justo cuando iban a celebrar el funeral de sus hermanos. Consternado, y siguiendo las instrucciones de su amigo, se había apresurado a llamar al sacerdote Matías para pedirle que pospusiera el entierro unos días, hasta el regreso de Edouard. Ahora soportaba con estoicismo la verborrea incontenible del cura, que aun con buena intención sólo estaba logrando exasperarle. El buen hombre no entendía que Edouard se hubiese marchado de aquella forma. A su entender era imprescindible dar sepultura cuanto antes a Milena y Gael Salazar, y dejarlos en el depósito indefinidamente constituía un error muy poco propio de Edouard, precisamente.

—Debe haberos dicho algo que explique semejante comportamiento, hace ya dos días que deberíamos haber oficiado el funeral... —decía a su espalda con retintín—. En fin, debo decir que me sorprende sobremanera semejante actitud, aunque comprendo las dolorosas circunstancias, que pueden haber nublado el juicio del joven Salazar...

—Nada sé de sus motivos, padre.

—Lo sé, lo sé... Ya me lo habéis dicho... En fin, ¿cuántos días más habrá que esperar? Tened en cuenta que no podemos demorarlo mucho más...

Rembrandt se volvió, hastiado, y se encogió de hombros incapaz de darle una respuesta satisfactoria. Aún no había perdido el brío y las ganas de luchar, aunque ya no disfrutaba de las pequeñas cosas tan intensamente. Se sentía herido, profundamente herido, por haber dejado que trasladasen a Bousquet a la Conciergerie. Una vez en París poco podía hacer por él.

—¿Podrías dejarme a solas? —rogó frotándose los ojos enrojecidos por debajo de las gafas— os lo ruego... Comprenderéis...

—Oh, sí, sí... Por supuesto, no pretendía molestaros... —dijo el padre Matías sin moverse de donde estaba.

Se oyó un carruaje y Rembrandt regresó a la ventana; esperaba que fuese Edouard. Abajo, a las puertas de la casa, un coche de posta acababa de detenerse. Edouard en persona bajó de él, y el abogado suspiró aliviado. Se dirigió al sacerdote con voz tranquila.

—Al fin tendréis una explicación, y preveo que pronto podréis officiar el funeral, padre.

Una risa infantil estalló en la calle. El padre Matías se quedó petrificado, y él palideció.

—¿Quién puede ser? —preguntó el cura extrañado.

De repente llamaron a la puerta y un gran alboroto se desató cuando Rafael acudió a abrir. Rembrandt caminó inseguro hacia allí para ver qué estaba ocurriendo. Al asomarse al recibidor el cuadro que se representó ante sus ojos le provocó una impresión tal que a punto estuvo de hacer que se desmayara. Rafael abrazaba, llorando como un niño, a Gael... y allí estaba Milena, quien sollozaba a su vez abrazada a su hermano... Milena y Gael, a quienes creía muertos, estaban allí, en pie, vivos... ¿Cómo era posible?

—¡Rembrandt, amigo mío! —Edouard le vio y fue hasta él visiblemente emocionado—. Rembrandt... ¡Estaban vivos! ¡Los hemos recuperado del mismísimo Infierno!

Edouard le abrazó entusiasmado; Rembrandt le miró con los ojos llenos de lágrimas, incrédulo. No sabía si reír o llorar. No acertaba a decir nada. Entonces su mirada se cruzó con la de Milena, y fueron instantes llenos de magia los que encumbraron su corazón hasta lo más alto, del infierno al paraíso en un solo segundo de su respiración contenida. La muchacha corrió hacia él y se arrojó en sus brazos, llorando de felicidad.

—Edouard, hijo mío, bendito sea Dios... ¿Cómo es posible este milagro... — el padre Matías no cabía en sí de gozo, estrechó al joven y luego acogió a Gael con alegría. El muchacho no paraba de reír, entusiasmado de volver a estar en su casa—. ¿Qué ha pasado? ¿Cómo puede ser...

—Os lo explicaré todo, pero no ahora —Edouard pasó un brazo sobre los hombros de Rembrandt. Éste le escuchaba aturdido por completo. Su hermano continuó hablando, feliz en parte de estar todos juntos de nuevo—. Sólo nos falta Florian...

—Edouard, Florian ya está a estas horas en París —anunció Rembrandt

apesadumbrado—. No quiero ensombrecer este maravilloso, inexplicable... reencuentro, pero... temo por su vida.

—¿Qué? —exclamó Milena pálida—. ¿Qué queréis decir?

—Según me dijo ese infame de Rabechault, nada podrá librarle de la guillotina... Ni siquiera van a juzgarle... es de locos. Y estoy convencido de que es cosa suya...

—¡Pero eso no es posible! ¿Sin juicio? ¿Qué clase de infamia es ésta? No pueden hacer eso —protestó Edouard.

—¿Dónde está Maltés? ¿No viene con vosotros?

—No, se ha detenido en el depósito, necesita averiguar de quiénes son los cuerpos que...

Milena y Rembrandt bajaron la mirada. Comprendían que se refería a las dos víctimas que yacían en el depósito en lugar de ella y de Gael.

Encerrado ya en una triste celda de la Conciergerie Bousquet se paseaba arriba y abajo, recorriendo los escasos metros de que disponía sin descanso. No podía quedarse quieto, porque si lo hacía el tiempo parecía dispararse en su contra, y no le quedaban muchos días. Rabechault se había encargado de hacerle saber que debería enfrentarse a la guillotina, e incluso había soportado impertérrito sus gritos ante la injusticia con que pretendían ejecutarle, sin juicio. El joven médico no salía de su asombro. La mayoría de los presos que entraban en la Conciergerie acababan en la guillotina, y desde que se creara el Comité de Salvación Pública la mayoría morían sin juicio previo, pero eran reos políticos. Su caso era distinto, a él se le acusaba de asesinato, no de traición a la República. ¿Por qué entonces tanta prisa por quitarle de en medio? Rabechault parecía demasiado interesado en su muerte y mientras le daba la fatal noticia creía haber visto un amago de sonrisa en sus gruesos labios... ¿Por qué? Bousquet golpeó impaciente la reja de hierro. Cada vez estaba más seguro de que alguien buscaba eliminar a cuantos hubiesen tenido el menor contacto con los secuestros. Mucha gente había muerto ya. Gente importante, que había jugado un papel preponderante en toda la trama, habían fallecido directa o indirectamente... Así, Dubois había sido asesinado en su celda, Guisset había muerto en un bosque, el propio autor de ambas muertes, es decir, Teyssière, había muerto a manos de Edouard, y alguien había arrasado aquel albergue con cuantos se hallaban en

su interior... Habían asesinado a toda la familia Salazar, salvo a Edouard, pero a él le habían aniquilado de otra forma más sutil, más cruel. Por último estaba él, y pronto iban a ejecutarle.

Lo que peor llevaba era morir sin poder hablar con Edouard o con Rembrandt, sus dos leales amigos, sin intercambiar una despedida con ellos. Morir como un criminal, y no es que se arrepintiera de estar allí en lugar de Edouard, sino que ni él ni su amigo eran delincuentes, ni asesinos...

Bousquet se detuvo, pegó su frente sudorosa a la reja y soltó el aire muy despacio. La imagen de Milena había acudido a su memoria y de pronto se sintió resignado a su suerte e incluso agradecido. Recordar su mirada, su voz, aquellos ojos, la forma que tenía de apartarse cuando él se aproximaba, la timidez con que recibía sus atenciones, una marea de imágenes acudieron en tropel a su mente y todo su cuerpo se relajó. Aferró los recios barrotes con ambas manos, recordando el día en que la vio por primera vez, altiva y desafiante sobre su yegua... ¿Le amaba ella? ¿Le había amado alguna vez? Edouard le había asegurado que sí, pero no habían tenido ninguna oportunidad. Ahora se reuniría con ella donde quiera que estuviese, y ya nada podría separarles.

Maltés estaba inmerso en profunda meditación cuando Edouard y Rembrandt irrumpieron en el depósito. Se inclinaba sobre el cuerpo sin vida de la joven a la cual habían tomado por Milena, y en su mano sostenía una peluca castaña. Al oírles entrar se giró despacio, mostrándoles aquella peluca con una expresión indefinida en su delgado rostro.

—¿Qué es eso? —Edouard frenó su impulsiva carrera al verlo. Pasó su mirada inquisitiva de la peluca al cadáver y de pronto lo tuvo claro. Acababa de reconocer a la persona que yacía sobre la mesa, detrás de Maltés—. Es Clarisse... —murmuró señalándola.

—¿Clarisse? —Maltés recordaba vagamente ese nombre. Se hallaba tan conmovido por lo que acababa de descubrir, por no haber visto antes que esa joven llevaba peluca que no lograba hacer uso de sus facultades—. ¿Quién es Clarisse?

—La doncella de Elizabeth Guisset, recuerdo bien su cabello, rojo fuego... Tiene que ser ella.

Maltés se volvió y tomó con los dedos un mechón de pelo rojo. Bousquet le

había hablado de ella. Contempló aquel rostro juvenil. Entonces todo estaba aclarado, al menos en lo que a ella concernía. La identidad del muchacho en cambio, probablemente jamás saldría a la luz.

—Inspector, os necesitamos con urgencia —dijo Rembrandt acercándose con pasos lentos. Estaba cansado, como los demás.

—Siento no haberme dado cuenta antes, si hubiese hecho mi trabajo como es debido no os habría hecho sufrir por error, señor... Si le hubiese practicado la autopsia antes de sacar conclusiones precipitadas, no habríais supuesto nunca que vuestros hermanos estaban muertos. Creedme que lo siento.

—Olvidadlo señor. Y centraos en los que aún quedan con vida —insistió Rembrandt—. Bousquet corre peligro.

—Nada puedo hacer, no pude impedir que le trasladasen a París, la orden venía del Departamento de Justicia, del que dependo por completo.

—Pero no lo sabéis todo, señor —Rembrandt le cogió del brazo y le obligó a mirarle—. Van a ejecutarle, sin juicio.

—Eso no es posible.

—Sí lo es, y vuestro compañero Rabechault parece haber tenido algo que ver, porque estaba muy satisfecho de sí mismo cuando me lo dijo. Es ya un hecho, no tenemos, más que dos días. Hemos venido hasta aquí para avisaros, con la esperanza de que aún podamos hacer algo...

Maltés clavó sus ojos en los de Rembrandt y leyó en ellos la sinceridad de sus palabras. Rabechault... Sí, él bien podía haber tenido mucho que ver. Quizás la muerte de Bousquet iba a granjearle algún beneficio. Pero aun sabiendo lo injusto de todo aquello sabía a ciencia cierta que nada podía hacer. Ni siquiera con toda su poderosa influencia, que la tenía, podría saltarse aquella decisión.

—Si lo que decís es cierto, no podemos esperar más —dijo de pronto soltando la peluca sobre la mesa y cubriendo el delicado rostro de Clarisse con la sábana mortuoria—. Aquí sólo estamos perdiendo el tiempo.

—¿Iremos a París? —preguntó Edouard con un brillo temerario en sus ojos castaños. Estaba dispuesto a asaltar la prisión si era necesario.

—Sí, pero no para enfrentarnos al Departamento de Justicia, ni a Rabechault, perderíamos un tiempo precioso y Bousquet caería bajo la cuchilla sin remedio.

—¿Qué sugerís entonces? —Rembrandt sudaba.

—Salazar, ¿estaríais dispuesto a abandonarlo todo? A dejar Francia. Lyon,

vuestras propiedades...

—¿Por qué habría de hacer tal cosa?

—Porque si hemos de hacer lo que debemos, vos y vuestra hermana debéis pensar en abandonar este país para siempre, tal vez...

Rembrandt cruzó una mirada significativa con Edouard. Ambos intuían lo que Maltés estaba insinuando, aunque no tenían idea de cómo pensaba llevarlo a cabo.

—Nada me retiene aquí, salvo recuerdos amargos.

—Yo me encargaría de vender la casa de Lyon, Edouard, y por suerte disponéis de vuestra herencia.

—¿Volver a España? —pensó Edouard en voz alta—. Sí... Ésa sería una hermosa idea, se lo prometí a Milena.

—Entonces partamos ya. Por el camino os pondré al corriente de lo que pretendo.

Capítulo 41

Bousquet dormía por primera vez desde que le arrojaron sin miramientos en la celda, dormía sumido en profundos sueños en los que volvía a encontrarse con Milena, y eran tan hermosos que de ser consciente de ello jamás habría deseado despertar. Sin embargo L'Echard le sacudió con brusquedad y salió de aquel placentero paraíso subconsciente para regresar de golpe a la más asfixiante realidad. Sobre él vio el abominable rostro del escribano, que sonreía con una mueca de regocijo.

—Ha llegado la hora, señor. Levantaos y preparad vuestra alma, pronto os encomendaréis a Dios.

L'Echard le empujó de mala gana y le obligó a extender las manos para proceder a atarle con una soga.

—¿No han venido Benjamin Rembrandt ni Edouard Salazar?

—No tenéis derecho a visitas. ¡Les veréis quizás de camino al cadalso! —se rió despectivo el celador mientras terminaba de apretar el nudo en torno a sus muñecas.

—Os veré en el Infierno, L'Echard... —le susurró Bousquet con aire amenazador.

—Vos primero.

Había llegado la hora. Bousquet siguió al renqueante L'Echard fuera de la celda y recorrió el largo e interminable pasillo hacia el patio de la prisión, donde le subirían a una carreta, solo, o con otros condenados, y le conducirían a la Plaza de la Revolución, donde iban a decapitarle. No temía a la muerte, sólo la injusticia con que iba a abandonar el mundo de los vivos. Caminó cabizbajo, soportando de vez en cuando los tirones con que L'Echard le obligaba a avanzar más rápido.

—Aquí es...

Estaban en la antesala que había antes de salir al patio. Allí había dos soldados y tras ellos, en un rincón oscuro y algo apartado, un preso de aspecto extraño, seguramente era otro condenado. Los soldados se levantaron al verles entrar y se colocaron uno a cada lado de Bousquet.

—Vigíladle...

L'Echard salió al patio y por la puerta entreabierta Bousquet pudo alcanzar a ver la temible carreta, donde cuatro hombres y dos mujeres aguardaban ya el mismo destino que él, maniatados. Algunos llevaban la cabeza cubierta con una capucha. Bousquet pensó que a él no se la pondrían; no pensaba morir privado de la vista, oculto en el anonimato de un capuchón. Una de las mujeres sollozaba aterrada, y la otra trataba de consolarla. Algunos hombres rezaban fervientemente, otros mantenían la vista clavada en la nada, impertérritos y orgullosos...

—Poneos esto... —le dijo uno de los soldados extendiendo una capucha negra.

—No la quiero.

—¡Ponéroslo!

—No la necesito... —rugió enfurecido. No podían obligarle.

La puerta del patio se cerró, ya no podía ver la carreta. El soldado le colocó la capucha por la fuerza. Bousquet se revolvió, tratando de zafarse de aquella última humillación, y entonces sintió cómo le empujaban. No había nada que hacer, con férreas manos le arrastraron y le obligaron a abandonar la prisión privado de su libertad, de su orgullo, de su honorabilidad...

En el patio la carreta de los condenados arrancó, tirada por dos caballos castaños de patas vigorosas. Siete personas iban a morir aquella mañana en la guillotina, y todas ellas harían un último recorrido por las calles de París antes de morir. La carreta avanzó abandonando los muros de la prisión; iba custodiada por una comitiva de soldados, a la cabeza y a la cola, encargados de custodiarla y velar por las vidas de los reos hasta que se enfrentaran a su destino. Nada más cruzar el puente encontraron numerosos grupos de personas que lanzaban vítores, aullaban y algunos arrojaron piedras contra los condenados. Los soldados fueron abriendo camino, apartando a aquellos demasiado entusiastas o violentos, despejando la breve ruta hasta la Plaza de la Revolución.

—Mira, es la plaza... —susurró una de las mujeres, la que lloraba desconsolada.

—No mires, Jacqueline, no la mires...

Las dos apartaron la vista de la guillotina, cuya estructura se alzaba en medio de la plaza. Una piedra golpeó a uno de los presos en la cabeza, pero no con tanta fuerza como para haberle hecho perder el conocimiento o matarle, lo cual hubiese sido una suerte. La carreta avanzaba ahora con gran dificultad, traqueteando sobre el suelo empedrado, pues tumultuosos corros de gente abucheaban, vociferaban e insultaban a los presos, levantando las manos hacia el cielo, enfebrecidos, como bestias sedientas de sangre, y se interponían en su camino como una marea en movimiento.

Si Bousquet hubiese podido ver la hermosa mañana que saludaba a la ciudad de París el día en que iba a morir se hubiese compadecido de sí mismo por tener que abandonar un mundo tan hermoso, lleno de amaneceres como aquel. Sin embargo le habían empujado con insistencia hasta arrojarle en un carromato y ahora aguzaba el oído, atento a cuanto sucedía a su alrededor. Oía los gritos, aquellas voces airadas, ¿contra qué o contra quién? Él nada sabía de eso, sólo sabía esperar al momento más fatídico de su vida... Cuando el filo ensangrentado se elevara hacia el cielo para luego caer aceleradamente sobre su cuello y arrancarle la vida de un solo tajo.

Alguien le obligó a sentarse.

—Quedaos muy quieto y no digáis nada... —una voz susurraba en su oído. Bousquet palideció y se revolvió inquieto. No podía ver por culpa de la capucha y eso le enfureció.

—¿Quién es? Por favor, ¿quién es...

Nadie le respondió. Notó que el vehículo se ponía en marcha y entonces cayó en la cuenta de que aquella no era la carreta que había visto a través de la puerta entreabierta, en el patio... Los reos condenados a muerte siempre van de pie en una carreta abierta... y a él le habían obligado a sentarse en un receptáculo cerrado... Su respiración se aceleró a medida que el ritmo del carruaje aumentaba y las voces de la muchedumbre se alejaban. Al cabo de un rato que a él se le antojó eterno, la misma voz de antes volvió a susurrarle al oído.

—Ahora voy a quitaros la capucha. Procurad no moveros mucho y permaneced agachado.

Una mano firme cortó la cuerda que sujetaba la tela negra en torno a su cabeza y quedó liberado. Junto a él estaba Maltés, quien le hizo guardar silencio indicándoselo con el dedo en un gesto elocuente. Ante su asombro

procedió a cortar las ligaduras que sujetaban sus manos. Miró alrededor, atónito, esperanzado, a punto de llorar, y vio que no estaba en una carreta, sino en un coche de caballos con las ventanillas tapadas por cortinillas negras.

—¿Dónde estoy? ¿Qué significa esto? —un millar de preguntas se agolpaban en su mente. De repente respiraba a bocanadas el aire, consciente de que había esquivado a la muerte por algún milagro.

—Muchos factores han jugado en vuestra contra —susurró Maltés—, hay muchos intereses que han procurado vuestra muerte con demasiado empeño. Por ello hemos decidido jugar una baza apostando por vos. Pronto estaréis a salvo y todo os será revelado, pero a su debido tiempo... Por el momento contentaos con disfrutar de vuestro renacimiento. Sois libre, señor Bousquet.

—Pero si yo estoy aquí... ¿quién...

—Olvidadlo.

Bousquet sonrió agradecido. Se frotó las muñecas, allí donde la marca de las cuerdas se había grabado en su piel. No comprendía todavía por qué Maltés le había salvado de la guillotina, ni cómo lo había hecho, pero le estaba profundamente agradecido, salvo porque al hacerlo le había privado de su ansia de volver a ver a Milena, en la otra vida. ¿Cómo sobrellevaría ahora aquel dolor? ¿Vería a Edouard? El carruaje abandonó París a gran velocidad. Mientras tanto, en la Plaza de la Revolución un soldado gritaba en voz alta los nombres de los que iban a morir. En último lugar nombró a Florien Bousquet. Los siete condenados fueron abandonando de uno en uno la carreta, y de uno en uno fueron pasando por la guillotina. Un sacerdote rogaba a gritos por sus almas, leyendo bien alto un pasaje de la Biblia, pero su voz apenas se distinguía entre el griterío de la multitud. Primero cayeron las dos mujeres, cuyo llanto no ablandó el corazón de los testigos; les increpaban ferozmente. Sus cabezas rodaron rápidamente y cayeron sobre un cesto habilitado a tal fin al pie del cadalso. A continuación todos los hombres fueron pasando por aquel mismo proceso. Cada vez que la hoja se abatía sobre la cabeza de alguno de ellos la muchedumbre aullaba, y el siguiente en morir se estremecía de pavor. En el lugar de Bousquet un hombre anónimo aguardaba impasible su turno. Se llamaba Jean-Paul Betancourt y estaba condenado a cadena perpetua desde hacía meses. Su suerte había cambiado y él estaba agradecido por ello; era un asesino convicto, ladrón y violador, y cuando Maltés le ofreció acortar la larga y agónica espera que sufría en

prisión, no se hizo de rogar. Ahora allí estaba, dispuesto a asumir sus culpas, dispuesto a morir.

El coche de caballos se detuvo bruscamente bajo un puente, a la sombra encubridora de un grupo de árboles. Otro carruaje aguardaba en el mismo lugar. Maltés saltó fuera y haciendo una seña al cochero se aproximó al otro coche. La portezuela se abrió y Edouard se asomó.

—¿Está ahí? —preguntó ansioso.

—Sí, saludadle, pero rápido. No podemos quedarnos aquí mucho tiempo. Si descubren el engaño nos perseguirán. Gael, sal ya y procura que no te vea...

—No creo que se den cuenta —dijo Rembrandt apareciendo detrás de Edouard—. No suelen mirar las cabezas de los decapitados. Las arrojan a la basura sin molestarse en quitarles la capucha...

—Rembrandt por favor... —Milena se acurrucaba al fondo del coche sin atreverse a salir a pesar del fervor con que deseaba abrazar a Bousquet.

—Quédate aquí Milena. Nos intercambiaremos ahora mismo.

—¿Qué? ¿A dónde vais todos?

Edouard cerró la portezuela y seguido de Rembrandt se fue hasta el carruaje donde Bousquet aguardaba agazapado y tembloroso. Gael, obediente, se deslizó por detrás para evitar que le viera. Querían darle una sorpresa. Maltés se asomó de nuevo por la portezuela y corrió la cortinilla. El caballero aguardaba algo confuso.

—Bajad, rápido. Tenéis que cambiar de coche.

Bousquet obedeció. En cuanto puso un pie en el suelo vio que Edouard y Rembrandt le esperaban sonrientes. Su sorpresa fue desmedida y la emoción al estrecharles de nuevo tan intensa que apenas logró articular palabra.

—No digas nada, amigo mío —le susurró Edouard en voz baja—, sube a ese otro coche enseguida, ya te explicaremos todo cuando estemos a salvo.

—Pero, ¿a dónde vais?

—Te seguiremos, sube al coche...

Fueron apenas dos minutos de emoción, abrazos y efusivas demostraciones de afecto y alivio las que compartieron en ese breve intercambio, pero Bousquet jamás lo olvidaría. Había lágrimas en sus ojos cuando vio a sus amigos desaparecer en el interior del carruaje que él acababa de abandonar, junto a Maltés. Se volvió decidido y abrió la portezuela del segundo coche.

Lo que vio en su interior le dejó sin habla. Se quedó pasmado, los ojos muy abiertos, tembloroso y dudando de su juicio, pero entonces la voz de ella le

sacó de ese estado de estupor en el que se hallaba.

—Florien... —Milena le miró con idéntica sorpresa, aunque ahora ya comprendía la razón del intercambio. Edouard había querido darle una sorpresa a Bousquet—. Pasa, date prisa, tenemos que irnos —Milena le tendió la mano y le ayudó a subir, consciente de la impresión que debía haberle causado cuando él la suponía muerta.

—Milena... —susurró Bousquet, tan bajo que casi no se le oía. Curvó sus dedos en torno a aquella dulce mano y la atrajo hacia sí—. Milena, yo... creía que, que estabas...

—Lo sé... —sonrió ella turbada. Bousquet se sentó a su lado sin soltarla, incapaz de creer lo que estaba viendo, y ella no se apartó. De pronto Bousquet comprendió que la joven estaba realmente allí, junto a él, que no la había perdido, e incapaz de contenerse la abrazó, estrechándola contra su pecho como si temiese perderla de nuevo. Aspiró su delicado perfume, acarició sus cabellos... Cuando se apartó, algo cohibido, lágrimas de felicidad surcaban su varonil rostro.

—Pero... ¿Cómo es posible? —el coche se puso en marcha en aquel instante—. ¿Y Gael? —preguntó con dulzura. Saboreaba la dicha de estar vivo y de haber recuperado al ser que amaba.

—Está bien, va en el otro coche, con Edouard. Salió por este otro lado porque querían darte una sorpresa después... —sonrió, y su rostro se iluminó ante la mirada enamorada de Bousquet—. Florien, temí por tu vida...

Bousquet puso una mano en sus labios, con ternura. Sus ojos cálidos no se apartaban de los de la joven, puso suavemente la otra mano en su mejilla y la atrajo hacia sí con delicadeza. Entonces la besó, poniendo sus labios sobre los de ella, y fue un beso arrollador al que Milena se rindió sin fuerzas. En aquel instante mágico se abrazaron el uno al otro y el mundo empezó a girar a su alrededor como un torbellino vertiginoso mientras se besaban larga e intensamente. No hacían falta las palabras, los dos sabían que se amaban.

Todo estaba minuciosamente planeado. Rembrandt y Maltés se habían ocupado de montar una premeditada farsa en la que Bousquet había sido sustituido por otro reo en el momento en que aguardaba en la sala de guardias, junto al patio de la prisión. Allí dos hombres de confianza de Maltés habían conspirado para llevar a cabo el intercambio, colocándole una capucha al falso Bousquet a fin de ocultarlo todo. Ahora apretaban la marcha hacia la frontera, dispuestos a abandonar Francia y alcanzar la seguridad en

España, donde podrían empezar de nuevo.

Maltés, que no aceptaba un final tan injusto para Bousquet ni para Salazar, había tramado aquella estratagema con Rembrandt. Entre los dos lo habían dispuesto todo, estudiando cada paso, cada detalle de tan delicado plan, con tal de que Edouard y sus hermanos, además del propio Bousquet, tuviesen una oportunidad lejos del peligro que les amenazaba. Una vez muerto el sicario Théodore Teyssière, quienes le habían enviado no dudarían en mandar a otros a acabar el trabajo que aquel empezó si llegaban a sospechar su plan. Por eso era necesario alejarlos del peligro que suponía permanecer en Francia, y Florian Bousquet les acompañaría, para él no había otra alternativa. Benjamin Rembrandt había estado trabajando para que los hermanos pudiesen disponer de la fortuna de su madre una vez se encontraran en España, e incluso había escrito una carta a la hermana de Sara Salazar, a la cual había localizado hacía cosa de un mes cuando procuraba vender una de las fincas pertenecientes a la difunta. En esa carta le prevenía de la próxima llegada de sus sobrinos, y estaba convencido de que los recibiría con los brazos abiertos, pues había tenido oportunidad de comprobar que ella ansiaba conocerles. Él les acompañaría durante un tiempo, y después presumiblemente regresaría a Francia. Atrás quedarían los amargos recuerdos, el desengaño y la perfidia de Grégoire Dubois y cuanto a él atañía. Los carruajes atravesaron raudos los grandes bosques franceses, llevando en su interior sueños y esperanzas. Se alejaron de la Borgoña pasando cerca de la villa de Nevers y durante varios días continuaron su desenfrenado avance a través de Francia. Cruzaron por su amada Lyon, a la que quizás jamás regresarían, Saint-Etienne, Valence... Se detenían de incógnito a descansar, en algún recóndito rincón en medio de la campiña, o en algún bosque, siempre ocultos, apartados de la vista, y así fueron recorriendo los kilómetros, distanciándose de París y de sus enemigos lo más rápido posible. Al sexto día, tras dejar a su espalda Montpellier y Carcassonne, los coches llegaron a las cercanías de Perpignan, muy cerca de la frontera con España. Allí Maltés se despidió de ellos; no podía continuar sin levantar sospechas y se le hacía inevitable regresar a la capital. Habían parado cerca de la costa, en un hermoso bosque de altos alerces de suaves agujas verdes, y aguardaban a que el sol se ocultase tras las lomas de una colina para encender un fuego y tumbarse a descansar. Lázaro Maltés no era hombre dado a los sentimentalismos, pero no dejaba de reconocer en su pecho un claro afecto

hacia aquellas personas; de otro modo no se hubiera arriesgado por ellas. Se acercó a Bousquet en primer lugar, y le abrazó.

—Aprovechad esta segunda oportunidad, amigo mío...

—Jamás podré pagaros esta deuda, señor —aseguró Bousquet con una sonrisa. Había recuperado todo su temple y la alegría de vivir. Estrechó la mano de Maltés con sinceridad—. ¿Qué le diréis a Rabechault?

—Absolutamente nada —sonrió él a su vez con un brillo malicioso en su expresión. Bajo su sombrero aleteó una expresión indescifrable que a Bousquet se le antojó de vengativa jugarreta—. Rabechault no hará preguntas, es más, en estos momentos estará convencido de que vos habéis muerto, y no se molestará más que por saborear su triunfo y su premio en París. No es hombre inclinado a terminar lo que empieza, sus aspiraciones no le permiten ver más allá de su propio ego, me temo.

—Vos le conocéis bien, supongo —Milena se aproximó entonces y Bousquet la rodeó por la cintura, atrayéndola hacia sí con ternura.

—No os preocupéis. Cuando regrese a París, haré ver que Edouard Salazar se ha suicidado, y como ya nos encargamos —explicó señalando a Rembrandt— de que todos sigan creyendo que la señorita y su hermano están muertos, pensarán que desesperado por haberlo perdido todo se quitó la vida, y, sintiéndose a salvo de todo peligro, olvidarán.

—¿Entonces se ha oficiado el entierro?

—Exacto. El padre Matías sabe que los cuerpos que ha enterrado no son los de Milena y Gael, pero no hablará.

—El padre Matías... Siempre se portó bien. Es increíble... —meditó Bousquet en voz alta, aliviado. Pensó que por un momento él mismo había creído en la muerte de Milena y su hermano y se estremeció, estrechando tiernamente la cintura de la joven. Ella le miró apasionadamente y se apoyó en él, con un suspiro.

—Ahora debo dejaros, ha sido un placer conoceros y ayudaros, señor... Señorita... —Maltés se llevó la mano al sombrero y se inclinó levemente ante la pareja de enamorados.

A continuación se fue despidiendo de todos los demás, asegurándoles que no corrían peligro y que a partir de allí las cosas se desarrollarían con facilidad. En diez minutos se encaramó en uno de los dos coches y desapareció carretera adelante, de vuelta a sus quehaceres y a su investigación, pues para él aquél caso no había acabado. Ocultaba en su chaqueta una carta de cuya

existencia no había querido hablar a nadie. Refugiado en el interior de su carruaje la sacó y la abrió sonriente. Era de Elizabeth Guisset...